

TARTESO

LOS ORÍGENES
DEL URBANISMO



Clara Toscano, Javier Bermejo,
Juan M. Campos (eds)



TARTESO

LOS ORÍGENES DEL URBANISMO

Editores

Clara Toscano-Pérez,
Javier Bermejo Meléndez y Juan M. Campos Carrasco



ARCHAEOPRESS PUBLISHING LTD

13-14 Market Square

Bicester

Oxfordshire OX26 6AD

United Kingdom

www.archaeopress.com

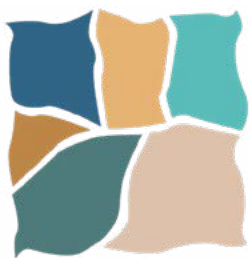
ISBN 978-1-80327-7400

ISBN 978-1-80327-741-7 (e-Pdf)

© the individual authors and Archaeopress 2024

Cover: Recreación idealizada de la ciudad vista desde el oeste (Toscano-Pérez y Arquesia).

La presente monografía se enmarca en los trabajos desarrollados en el proyecto "El arco atlántico del sudoeste hispano desde la protohistoria hasta la tardoantigüedad: evolución geomorfológica, ocupación litoral y sistemas portuarios" (Ref. PID2022- 142778NB-I00) de la convocatoria de Proyectos Generación del conocimiento convocatoria 2022



CIPHCHN

Centro de Investigación en Patrimonio
Histórico, Cultural y Natural



This work is licensed under the Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License. To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> or send a letter to Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.

This book is available direct from Archaeopress or from our website www.archaeopress.com

Contents

Prefacio	1
Ciudad y urbe: aproximación arqueológica y conceptual al debate sobre Tarteso y la génesis de la ciudad en la Hispania meridional	3
<i>Manuel Bendala Galán</i>	
Ciudad y urbanismo en Tarteso: aspectos teóricos	22
<i>Eduardo Ferrer Albelda y Francisco José García Fernández</i>	
Phoenician colonization of the Mediterranean and the process of urbanization in the Far West	47
<i>Ana Margarida Arruda</i>	
La Huelva Protohistórica cien años después del descubrimiento del depósito de bronce de la Ría: Estado de la cuestión.	58
<i>Javier Bermejo Meléndez, Alejandro Cano Pérez y Juan M. Campos Carrasco</i>	
Urbanismo tartésico: Tejada la Vieja como paradigma	82
<i>Clara Toscano-Pérez</i>	
Fondos de cabaña: las viviendas que nunca lo fueron	98
<i>José Luis Escacena Carrasco</i>	
Reflexiones en torno al urbanismo tartésico del valle medio del Guadiana	129
<i>Esther Rodríguez González y Sebastián Celestino Pérez</i>	
Estado de la investigación del poblamiento y urbanismo tartésico en Córdoba	148
<i>Juan F. Murillo Redondo y Antonio Monterroso Checa</i>	
Metodología de estudio para el análisis arqueológico y espacial de la Bahía de Cádiz en la I Edad del Hierro	176
<i>Natalia López-Sánchez y Ana M^a Niveau-de-Villedary y Mariñas</i>	
‘Pre-urban’ settlement patterns and internal organisation of autochthonous sites at the outset of the Iron Age between the southeast of Iberia and the Strait of Gibraltar	198
<i>José Suárez-Padilla and José L. Caro</i>	
Invención de lo urbano, invención de lo rural: reflexiones sobre espacio construido y sociedad en la I Edad del Hierro del sur portugués (ss. VIII - VI/V a.n.e.)	218
<i>Francisco B. Gomes</i>	
The urbanization process in the mouth of the Tagus estuary during the 1st millennium BC	237
<i>Elisa de Sousa</i>	
Crisis y adaptación en la Huelva tartésica: el impacto de un evento de inundación extremo en la evolución constructiva y en la dinámica histórica del emporio onubense (siglo VI a.C.)	257
<i>Manuel Álvarez Martí-Aguilar</i>	

Prefacio

El origen del urbanismo de la Península Ibérica se relaciona con el mundo tartésico, cuya área nuclear se sitúa en las actuales provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz y se extiende hasta el Algarve por el Oeste, el valle del Guadiana extremeño por el Norte y el área cordobesa como límite oriental. Se enmarca este proceso en uno de los sucesos históricos más relevantes para la historia de la humanidad, pues se trata de la adaptación a una estrategia orientada a la economía mundo, en lo que algunos investigadores incluso vinculan con la conversión del ser humano en el “zoon politikon” definido por Aristóteles. Este proceso, con origen mediterráneo y que tiene una temprana acogida en el suroeste peninsular, se disecciona a través del acercamiento al paisaje urbano tartésico, pero también urbanístico o arquitectónico, donde el territorio onubense tiene un papel protagonista, con el yacimiento arqueológico de Tejada la Vieja y la propia ciudad portuaria de Huelva como modelos y lugares clave en esta temática. Por todo ello, se tornó necesario que el I Congreso Internacional sobre urbanismo protohistórico se centrara en el mundo tartésico, lo que permitió reunir a los máximos especialistas internacionales en la materia. El congreso se estructuró en áreas geográficas, de modo que contó con especialistas en el mundo tartésico en general y en áreas geográficas concretas en particular (área onubense, sevillana, gaditana, malagueña, cordobesa, extremeña y del Algarve).

Del 16 al 18 de Noviembre de 2022 tuvo lugar el “I Congreso Internacional sobre Urbanismo Protohistórico”, que en esta primera edición se ha centrado en “Urbanismo Tartésico”. El Congreso, que se desarrolló según programa, tuvo lugar en dos sedes: el Aula de Grados de la Facultad de Derecho de la Universidad de Huelva y el Salón de Actos de la Cooperativa Campo de Tejada, en Escacena del Campo.

El comité organizador lo conforman los profesores del área de Arqueología Juan M. Campos Carrasco, Clara Toscano Pérez y Javier Bermejo Meléndez, mientras que las entidades financiadoras fueron: la Universidad de Huelva; Ayuntamiento de Escacena del Campo; Centro de Investigación en Patrimonio Histórico, Cultural y Natural; Campus de Excelencia Internacional del Mar; y Cooperativa Campo de Tejada.

La inauguración tuvo lugar el 16 de Noviembre en la sede de la Universidad de Huelva, de la mano de la Sra. Rectora Magnífica, el Profesor Juan Manuel Campos Carrasco y la Profesora Clara Toscano Pérez,

desarrollándose a continuación la conferencia inaugural, por el Profesor. Manuel Bendala Galán, titulada “Ciudad y urbe: aproximación arqueológica y conceptual al debate sobre Tarteso y la génesis de la ciudad en la Hispania meridional”.

La mesa de debate, moderada por el Prof. Juan M. Campos, continuó con la intervención del Profesor de la US José Luis Escacena Carrasco, titulada “Fondos de cabaña: las viviendas que nunca lo fueron”; y con la del profesor Diego Ruiz Mata “Indígenas, fenicios y griegos, una trilogía para Tartessos”.

La sesión de mañana del 17 de Noviembre tuvo lugar en la Sede en Escacena del Campo, donde dio la bienvenida el Sr. Alcalde, Eulogio Burrero Salazar. Posteriormente intervino el Profesor Juan M. Campos y el doctorando Alejandro Cano, con la conferencia titulada “Huelva protohistórica: características geomorfológicas y estructura urbana”. Tras el coffee break fue el turno de la profesora Clara Toscano Pérez, con la ponencia “Tejada la Vieja como modelo de urbanismo tartésico”, tras la que procedimos a la visita guiada al *oppidum* de Tejada la Vieja para los ponentes y a los asistentes.

Las conferencias de la tarde del jueves las protagonizaron el Profesor de la US Eduardo Ferrer Albelda con “Ciudad y urbanismo en Tarteso-Turdetania”; el profesor Francisco J. García Fernández, también de la US “El urbanismo fenicio y su desarrollo en el Bajo Guadalquivir: los casos de *Ilipa* y Cerro Macareno”; y del profesor de la UCM Mariano Torres Ortiz “El Carambolo: arquitectura del poder en Tartessos”.

El 18 de Noviembre fue el turno de las intervenciones que giran alrededor de áreas más alejadas del núcleo tartésico: Algarve, con las ponencias de Francisco Gomes “Invención de lo urbano, invención de lo rural: reflexiones sobre espacio construido y sociedad en la I Edad del Hierro del sur portugués” y la profesora Ana M. Arruda “A colonização fenícia do Mediterrâneo e o processo de urbanização no extremo ocidente”; las relativas al área gaditana de la mano de las profesoras de la UCA Ana M. Niveau y Natalia López “Propuesta metodológica para una aproximación a la organización espacial del territorio de la Bahía de Cádiz en la I Edad de Hierro”; la del Guadiana extremeño, con los investigadores del CSIC Sebastián Celestino y Esther Rodríguez “Análisis constructivo y debate sobre el urbanismo del Guadiana Medio durante la I Edad de Hierro”; la del área cordobesa, con la ponencia de los investigadores Juan F. Murillo y Antonio Monterroso

“Estado de la investigación del poblamiento y urbanismo tartésico en Córdoba”; para terminar con la intervención del profesor de la UMA, José Suárez Padilla “La organización interna de los asentamientos del entorno del litoral oriental del sur de la península Ibérica a inicios de la Edad del Hierro: modelos preurbanos”.

El debate final abordó cuestiones epistemológicas y teóricas sobre nuestra disciplina, mostrando los argumentos y los protagonistas principales de las tres corrientes teóricas dominantes en la actualidad.

La clausura, llevada a cabo por Clara Toscano y Javier Bermejo, resumió el correcto desarrollo del congreso, con un balance final muy positivo. Se indicó que las actas serán publicadas en 2024, así como que el congreso tendrá una periodicidad bianual, con algunas propuestas de temas que han ido surgiendo a lo largo del desarrollo del congreso.

El éxito de este congreso, tanto al cubrir totalmente el aforo de las salas, como el seguimiento de las sesiones en streaming y el feedback recibido por los ponentes,

garantizan la continuidad y la correcta elección del formato.

Los participantes en esta publicación son la mayoría de los ponentes del congreso, incluidos los que por cuestiones sobrevenidas no pudieron acudir, así como dos investigadores cuya participación no pudieron aceptar en su día pero en cuyas actas se comprometieron a participar.

De este modo, en el presente volumen se recogen las aportaciones de 20 investigadores, de España y Portugal, pertenecientes a ocho instituciones de investigación diferentes, lo que garantiza que queden recogidas todas las aristas que componen el tema que nos ocupa.

La presente monografía se enmarca en los trabajos desarrollados en el proyecto "El arco atlántico del sudoeste hispano desde la protohistoria hasta la tardoantigüedad: evolución geomorfológica, ocupación litoral y sistemas portuarios" (Ref. PID2022- 142778NB-I00) de la convocatoria de Proyectos Generación del conocimiento convocatoria 2022

Ciudad y urbe: aproximación arqueológica y conceptual al debate sobre Tarteso y la génesis de la ciudad en la Hispania meridional¹

Manuel Bendala Galán

Doctor Honoris Causa de la Universidad de Huelva

Resumen: Este capítulo propone un recorrido por algunos conceptos clave en el debate sobre Tarteso y la génesis de la ciudad en la Hispania meridional, como son el propio concepto de ciudad, estructura urbanística, arquitectura, etc. A partir de ahí, se tratará el urbanismo en la Hispania antigua y, particularmente, en Tarteso, a través de mi propia aportación al debate científico sobre esta importante cuestión a lo largo de más de cuarenta años.

Palabras clave: Tarteso; Hispania meridional; urbanismo; arquitectura; ciudad.

Abstract: This chapter proposes a re-examination of some key concepts in the debate on Tartessus and the genesis of the city in southern Hispania, such as the concept of the city itself, urban structure, architecture, etc. From there, urban planning in ancient Hispania and, particularly, in Tartessus, will be dealt with through my own contribution to the more than forty years of scientific debate on this important issue.

Keywords: Tartessus; southern Hispania; urban planning; architecture; city.

Uno de los temas que más me han ocupado y complacido en mi quehacer como investigador ha sido la ciudad antigua, especialmente la que protagoniza la historia de la civilización mediterránea, con particular atención al ámbito hispano. Me pareció necesario abordar una aproximación conceptual a la ciudad en la Antigüedad, que dio lugar, entre otros, al ensayo “La ciudad, ayer y hoy”, publicado como una breve monografía vinculada a la Real Academia de Doctores (Madrid, 2003), y al titulado “La urbanística antigua en los tres decenios últimos”, incorporado como estudio preliminar a la tercera edición (Figura 1) de la monografía de Antonio García y Bellido, *Urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo* (Madrid, 2009, pp. 15-68). Creo oportuno, por todo ello, empezar aquí con un breve comentario sobre la ciudad antigua, porque me parece imprescindible destacar algunos de sus aspectos básicos para entender casos concretos como el que nos convoca en este cónclave científico.¹

La ciudad en la antigüedad mediterránea, fundamentalmente la griega y la romana, pero también sus parientes cercanas de los ámbitos fenicio-púnico, etrusco o, incluso, el ibérico, era de concepción muy distinta de la actual. Con ejemplos máximos y mejor documentados en los casos de Grecia y Roma, la ciudad era una realidad fundamentalmente socio-económica y su materia prima básica era la ciudadanía, el conjunto de los ciudadanos. La ciudad consistía en la aglutinación o articulación de individuos depositarios

¹ He mantenido la estructura discursiva de la conferencia tal y como fue impartida en el acto inaugural del Coloquio.

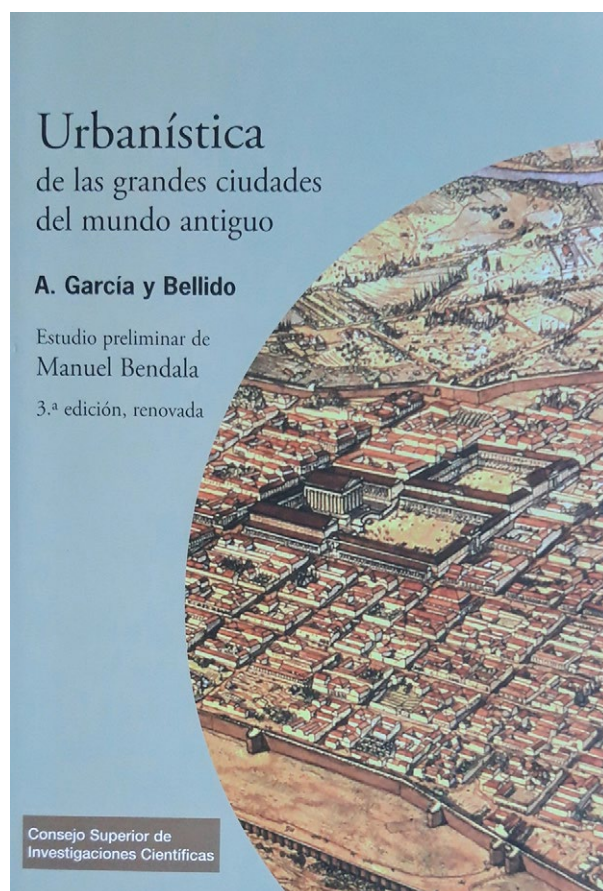


Figura 1. Portada de la 3ª edición del libro de A. García y Bellido, *Urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo* (Madrid, 2009).

de las cualidades propias del “animal político” -zoón politikón, según lo denominó Aristóteles-, cohesionados por fuertes nexos de índole jurídica e ideológica, y decididos a explotar las capacidades y virtualidades económicas y estratégicas de un determinado territorio, tenido por propio. Representaba un alto grado de complejidad en la economía, basada en la especialización, la división del trabajo, la capacidad de producir excedentes y la explotación de los mismos mediante el comercio. Precisamente el comercio fue el componente clave de la economía urbana y del tipo de estrategia territorial principal que representa la ciudad, de modo que, sobre todo las más importantes, se ubicarán en lugares idóneos para la fijación y el control de las vías de comunicación, fueran terrestres, fluviales o marítimas; y éstas, amarradas en los nudos en que suelen constituirse las ciudades principales, formarán la urdimbre de la estructura territorial que irá determinando definitivamente la organización del paisaje cada vez más antropizado que el triunfo de la vida urbana comporta.

La enorme complejidad consustancial a la ciudad va a hacerla generar una de sus expresiones más características y determinantes: la estructura urbanística. Lo hizo notar acertadamente, ya en el siglo XIX, Numa Dionis Fustel de Coulanges en *La Cité Antique* (1864). Ponía de relieve cómo la ciudad antigua era fundamentalmente la agrupación de los ciudadanos, y distingue conceptualmente la ciudad de la urbe. Según sus propias palabras, en traducción castellana: “Ciudad y urbe (*cit*é y *ville* en francés) no eran palabras sinónimas entre los antiguos. La ciudad era la asociación religiosa y política de las familias y las tribus; la urbe (*ville*) era el lugar de reunión, el domicilio y, sobre todo, el santuario de esa asociación” (Fustel de Coulanges, 1864[1983]). Subraya la importancia de la dimensión sacra de la urbe y da cabida al afortunado concepto de “domicilio”. La ciudad es una agrupación humana que necesita un “domicilio” adecuado a su complejidad y a sus necesidades, hábitats generalmente muy complejos, con una fundamental dimensión arquitectónica y una destacada y precoz presencia de elaboradas formas artísticas, esenciales para la comunicación del ideario comunitario preconizado por las élites. Fue un fenómeno generalizado que cuando determinadas sociedades alcanzaron nivel urbano, que inicialmente, desde el punto de vista material, podían tener acogida en formas de hábitat que no se diferenciaban de los poblados prehistóricos, activaron su creatividad, o su capacidad de adoptar modelos que otros se habían adelantado a crear, para dotarse con exigente premura de un marco urbanístico adecuado a sus necesidades de protección, de funcionamiento y de representación.

Es el fenómeno que podemos caracterizar como la “arquitectonización” de la ciudad, según la certera

expresión del urbanista y arquitecto italiano Aldo Rossi. En su importante estudio sobre *L'architettura della città* (Rossi 1966)[1982], argumenta cómo la ciudad material, “construida”, fue una decantación esencial de la sociedad urbana, en la que buscó acogida y referentes tan fundamentales que se convirtió en su correlato más sustantivo. Fue, entre otras cosas, expresión extrema de la creatividad consustancial a la condición de individuos que habían superado el estadio de criatura de la naturaleza para alcanzar el de creador de una nueva y a la propia medida; y la arquitectura se convertiría en su mejor constatación.

Es significativo que la importancia para la ciudad de su correlato urbanístico y arquitectónico hizo que el concepto de ciudad fuera absorbido por él y hoy entendemos por ciudad el “conjunto de calles y edificios que la componen”, según la sumaria definición que ofrece el Diccionario de la Real Academia Española. En los estudios sobre la ciudad cobró cuerpo la idea, además, de que la proyección material de la ciudad se da prioritariamente, con casi exclusión de todo lo demás, en la urbe construida. En ella se agotaría la materialidad de la ciudad, una ecuación entre urbanismo material y urbe que tampoco resulta adecuada a la concepción originaria de la ciudad en la Antigüedad, como por otra parte pone de relieve la investigación moderna. Varios factores confluyentes han conducido a un interesante encuentro entre la recuperación más auténtica del concepto de ciudad antigua y su proyección material y las propuestas desarrolladas por la llamada Arqueología territorial y, más propia y profundamente, por la conceptualizada como Arqueología del paisaje².

En función de los planteamientos de esta última, se hace preciso contemplar la proyección material de una determinada cultura priorizando la recuperación y la valoración de su escenario cultural, resultado de un proceso de antropización de un determinado ambiente geográfico que genera formas nuevas y específicas de paisaje en los que entender y desde los que entender la cultura que le dio forma. En este sentido, la vida urbana representó una cima en el proceso creciente de antropización del medio natural, hasta dar en un paisaje caracterizado en la generalidad de los casos por una contundente transformación, que tiene su vértice y su núcleo principal en un sector completamente antrópico, construcción artificial plena, correspondiente a la urbe; pero es necesario contemplar íntegramente a la ciudad en su territorio, en todo el ámbito sobre

² Representa uno de los frentes de renovación conceptual y metodológica más atractivos de la moderna Arqueología, y ha generado ya una densa bibliografía. Remito, para acercamiento a sus planteamientos y resultados, a: Barker y Lloyd, 1991; Barker y Mattingly 1992; Rossignol y Waadsnider 1992; Bender 1993; Bernardi 1992. Para las aportaciones de la investigación hispana me limito a mencionar dos trabajos de A. Orejas: 1995; y 2006, con la bibliografía al caso.

el que la comunidad urbana ejerce su control y las transformaciones de diferente grado que determinan la compleja articulación del paisaje urbano.

Conviene advertir, además, que la ciudad antigua es, en su verdadera acepción, un concepto equivalente o próximo al de estado (de donde la traducción habitual como ciudad-estado de la *polis* griega), y su primera proyección material no es de índole arquitectónica sino territorial. La ciudad establece sus centros de acción en un determinado territorio en función de exigencias específicas que la diferencian de las organizaciones no urbanas, entre ellas la de producir más allá de la satisfacción de las necesidades de subsistencia y obtener excedentes para el comercio, de forma que tanto el comercio interno como el externo determinarán aspectos esenciales de la organización interna y de la estrategia organizativa del territorio de la ciudad, en la que a menudo priman, como antes decía, los criterios de vialidad o comunicabilidad, por encima a menudo de la ubicación más directa en los focos de producción. En las fases formativas y de primera consolidación de las ciudades y de las formas de estado que ellas representan, muchas urbes principales tienen un especial papel en las comunicaciones, un paradigma que representan Troya o Biblos, o Atenas y Roma, o Cádiz, Huelva y Sevilla, o tantas otras. Destacaron ya en la Antigüedad los centros de carácter portuario y pontuario, asociados a puertos y a puentes y vados que expresan de la mejor manera su vocación de centros volcados a la comunicación.

A partir, pues, de la comunidad ciudadana, estructurada con los niveles de complejidad estatales, se interviene y ordena el territorio elegido, en un proceso de antropización que suele conducir, como se ha dicho, a la creación de urbes complejas, en dinámicas muy creativas y activas en la adopción y la adaptación de modelos urbanísticos y arquitectónicos. Pero es un paso de segundo nivel, porque lo esencial –y requisito previo para que éste sea posible– es la existencia de la comunidad ciudadana y su asentamiento territorial con presupuestos estratégicos urbanos. Porque puede haber ciudad sin urbe, debido a opciones de hábitat distintas, con centros de apariencia o nivel aldeano, por su grado de desarrollo o por opciones específicas en una gama muy variada, según corroboran los datos textuales y arqueológicos conocidos.

Es importante resaltar, en fin, que la ciudad antigua no es una realidad inmueble, como se piensa de la actual, atendida a su proyección urbanística y arquitectónica. La antigua era una realidad “mueble”, como acreditan muchos casos concretos, en los que los ciudadanos y sus núcleos de hábitat se movían o se desplazaban en su territorio urbano, como podemos ejemplificar en los casos del mediodía hispano de *Corduba*, *Baelo* y *Sabora*, o fuera de su territorio originario, en lo que consiste de

hecho la colonización, incluso a territorios muy lejanos, como la promovida por ciudades fenicias o griegas, o la excepcional de la propia Roma. La conciencia de esta realidad ha sido fundamental para resolver los enormes problemas arqueológicos que suscitaba, por ejemplo, el estudio de una ciudad “romana” como *Corduba*, de la que se sabía su condición de ciudad prerromana, pero que en los sondeos que se practicaban en el ámbito de la urbe romana no aparecían testimonios de sus etapas anteriores. Con el tiempo se comprobó que la urbe prerromana se hallaba al oeste de la romana, en la zona del parque de Cruz Conde, en una altura adecuada para control de un vado que permitía el paso del río (Figura 2).

La ciudad material, según la percepción antigua, no se constriñe o se acaba, pues, en la urbe, que con matices diferenciadores según culturas o épocas es concebida como el centro nodal del territorio urbano. No existe dicotomía entre ciudad y campo, al menos tal como ahora suele percibirse tras el desarrollo de la sociedad industrial, puesto que el campo, sobre todo en sociedades de base fundamentalmente agropecuaria, es parte sustancial de la ciudad, la más antropizada del territorio extra-úrbico que le pertenece. Y sin olvidar que incluso el ámbito incultivado o salvaje –la *silva* de los romanos– ha de ser percibido como controlado o controlable desde la ciudad, integrado a manera de periferia dominada e incluida en el orden perfecto que la ciudad quería representar.

Pero vayamos ya a nuestro tema, Tarteso y el urbanismo en la Hispania antigua, que abordaré aceptando la invitación de los organizadores de dictar esta conferencia atendiendo a mi propia aportación al debate científico sobre esta importante cuestión, un enfoque de historiografía personal que tiene, a estas alturas de mi tiempo, un recorrido de más de cuarenta años.

No extrañaré que, iniciándome en mis actividades investigadoras sobre cuestiones de arqueología romana, mi interés por la historia del urbanismo, de las ciudades de la Hispania antigua, naciera de las preguntas que me hacía para entender cómo las que tenía más cerca y eran objeto de mis pesquisas –*Hispalis*, *Carmo*, *Onoba*, *Gadir*, *Corduba*...– se habían “romanizado”, cómo habían pasado de ser ciudades de vieja raigambre tartésica, fenicia o turdetana, a ciudades “romanas”, que era como se las contemplaba allá por los sesenta y setenta, con más simpleza que acierto. Pronto, con la mirada puesta sobre todo en la vieja *Carmo* (Figura 3), en la que templaba el acero de mi armadura doctoral, me di cuenta de que para entender la “Carmona romana” y las demás de su círculo cultural había que conocer y valorar la “Carmona prerromana”, que, entre otras cosas, seguía presente en la “romana”, como habían advertido



Figura 2. Ubicación topográfica de la Corduba prerromana y romana, según J. F. Murillo y D. Vaquerizo.

hacia mucho Jorge Bonsor, Francisco Collantes de Terán y otros.

De estas reflexiones surgió un trabajo de 1979, publicado en 1981, presentado en el coloquio sobre *La Baja Época de la Cultura Ibérica*, con el expresivo título “La etapa final de la cultura ibero-turdetana y el impacto romanizador”. En él expongo las bases esenciales de toda mi investigación posterior sobre la Hispania prerromana

y la omnipresente “romanización”, convertida hacia tiempo en una careta que enmascaraba una rica e imprescindible historia anterior, entre otras cosas su propio proceso de consolidación urbana. De lo mismo me ocupé en el trabajo colectivo “Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista”, realizado con Carmen Fernández Ochoa y Ángel Fuentes, compañeros de la UAM, y con Lorenzo Abad, de la Universidad de



Figura 3. La gran fortaleza de la Puerta de Sevilla, en Carmona. En ella se yuxtaponen y superponen fábricas de época púnico-helenística, romana y medieval -visible en la magnífica puerta en arco de herradura-, así como las obras de restauración modernas (Fot. M. Bendala).

Alicante, presentado como ponencia en el coloquio sobre *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, celebrado en la Casa de Velázquez, en Madrid, en 1986 (Madrid, 1987, 121-140).

La mirada histórica al pasado de las ciudades del mediodía hispano pronto me puso, como a tantos, ante la constatación de que la generalidad de las más importantes remontaban su historia a épocas muy lejanas, que se hundían en los tiempos brumosos y a la vez deslumbrantes de la civilización tartésica. Para algunas contábamos ya en los años setenta con secuencias estratigráficas que lo confirmaban (en Carmona, Huelva, Córdoba...) y daban sentido a un célebre pasaje de la Geografía de Estrabón (3, 1. 6) en el que se ensalza a los turdetanos (herederos de los tartesios) “como los más cultos (*sofótatoi*) de los iberos, poseedores de leyes y escritos de antigua memoria”. Eran rasgos típicos de pueblos civilizados, insertos en las formas de vida urbanas, que hacían a los turdetanos depositarios de una vieja *politeía* que fue determinante en la evolución histórica de la Bética y en su particular y temprana integración en el imperio romano (que es cosa distinta a su supuesta precoz “romanización”).

La valoración de esta vieja raigambre urbana del mediodía peninsular hispano y la secular continuidad de sus ciudades cobraba sentido atendiendo a la dimensión estructural de la ciudad y a las leyes

que la rigen, como advierte la iluminadora visión estructuralista de la historia que preconizó con tanto éxito Fernand Braudel. La evolución de las entidades urbanas objeto de nuestra atención se entendía con meridiana claridad por su inserción en las realidades sujetas a la *longue durée* braudeliiana; y con atención a esta importante cuestión de concepto y método, escribí un artículo sobre “La génesis de la estructura urbana en la España antigua” (Bendala 1989).

Es un largo artículo que encabezaba con una cita de Oswald Spengler, sobre la radical trascendencia de la aparición de la ciudad en la evolución de la humanidad, y otra de F. Braudel sobre su pensamiento como historiador, que repito aquí: “Lo que el historiador de las civilizaciones puede afirmar, mejor que cualquier otro, es que las civilizaciones son realidades de muy larga duración. Por lo general sólo son perecederas sus flores más exquisitas, sus éxitos más excepcionales; pero las raíces profundas subsisten a muchas rupturas, a muchos inviernos”.

Pasados más de treinta años de la publicación de este artículo principal de mis investigaciones sobre nuestro tema, sigo suscribiendo lo esencial de sus conclusiones, que rezan como sigue en el resumen de la cabecera: “Se concluye el comienzo de la estructura urbana con el Bronce Final tartésico, y se argumenta su relación, de ruptura, con las etapas anteriores y de clara continuidad

con las posteriores”. En el recorrido expositivo se analiza todo el proceso urbano empezando por la fase de consolidación definitiva de la ciudad en época romana y yendo hacia atrás en el rastreo de sus orígenes.

Antes de la conquista romana, en efecto, está arqueológicamente constatada una amplia expansión de la estructura urbana por el mediodía y el este de la península, sin la que no es posible entender su rápida integración en el imperio romano. El protagonismo de la colonización fenicio-púnica y griega en el arraigo de la ciudad en la Hispania prerromana nadie lo discute, y tampoco que la inicial acción colonial en la periferia fue seguida de una importante progresión de los fenómenos de aculturación y de presencia directa de los colonos en el interior, con grandes consecuencias en todos los planos culturales, entre ellos los urbanos y urbanísticos. En este marco hay que situar la maduración de la cultura ibérica y del conjunto de las culturas de la España antigua.

Por otra parte, siguiendo el camino retrospectivo propuesto, tampoco parece que la colonización de fenicios y griegos fuera el factor primero y único de la implantación de las formas de vida urbanas en la Hispania antigua. Como escribía en el artículo de 1989, el conocimiento cada vez más profundo de la colonización fenicia y de sus formas de operar había puesto de relieve que la actividad de los colonos fenicios de la época arcaica, la que se remonta a los siglos IX y VIII a.C., sólo pudo ser posible y efectiva acogiendo a la aceptación o la hospitalidad en sus territorios de comunidades hispanas ya bastante desarrolladas y capaces de suministrarles las materias primas que pretendían obtener, fundamentalmente los ambicionados metales (cobre, estaño, plata...), catalizadores principales del comercio internacional desarrollado en el Mediterráneo desde el segundo milenio y cuya abundancia en Hispania fue estímulo principal para los colonizadores orientales. Recordaba, como prueba de la importancia de la actividad metalúrgica en todo ello, las conclusiones de la *Exploración arqueometalúrgica de Huelva* (Blanco y Rothenberg 1981), dirigida por Antonio Blanco y Beno Rothenberg, en la que tuve el honor de colaborar. Textualmente escribieron: “Después de un período aparentemente largo de estancamiento cultural en el suroeste peninsular, durante la Edad del Bronce Media, reflejada en la ausencia total de restos de esta época en los yacimientos metalúrgicos explorados en nuestra prospección, la Edad del Bronce Tardía se ofrece como una etapa de renovada y extensa actividad metalúrgica en Huelva... La evolución de la tecnología del metal alcanza entonces un nuevo estadio: en lugar del cobre puro y arsenical de las épocas anteriores, nos encontramos con bronce de estaño” (Blanco y Rothenberg 1981: 170-171). Añaden, además, que la tecnología de la fundición, según las escorias de Corta



Figura 4. Estela de Solana de Cabañas (Cáceres). Museo Arqueológico Nacional, Madrid (Fot. M. Bendala).

Lago y otros yacimientos, no experimentó cambios cuando la producción recibió el nuevo impulso de las demandas de los mercaderes fenicios. Por otra parte, en el marco de esta misma exploración arqueometalúrgica, Manuel Pellicer y Víctor Hurtado llevaron a cabo una excavación en el poblado metalúrgico de Chinflón, en término de Zalamea la Real, cerca de Riotinto, y el resultado, publicado en 1980, fue comprobar la actividad de un poblado del Bronce Final tartésico, aproximadamente entre fines del siglo IX y comienzos del VII a.C., en el que no se detectan elementos coloniales fenicios. La misma dedicación a la minería y la metalurgia de la población tartésica precolonial había sido comprobada por Diego Ruíz Mata (1981) en el poblado metalúrgico de San Bartolomé de Almonte (Huelva), activo desde fines del siglo IX a.C., aunque su particular atención a la explotación de la plata se explicaría por la reorientación de la demanda impulsada por los fenicios.

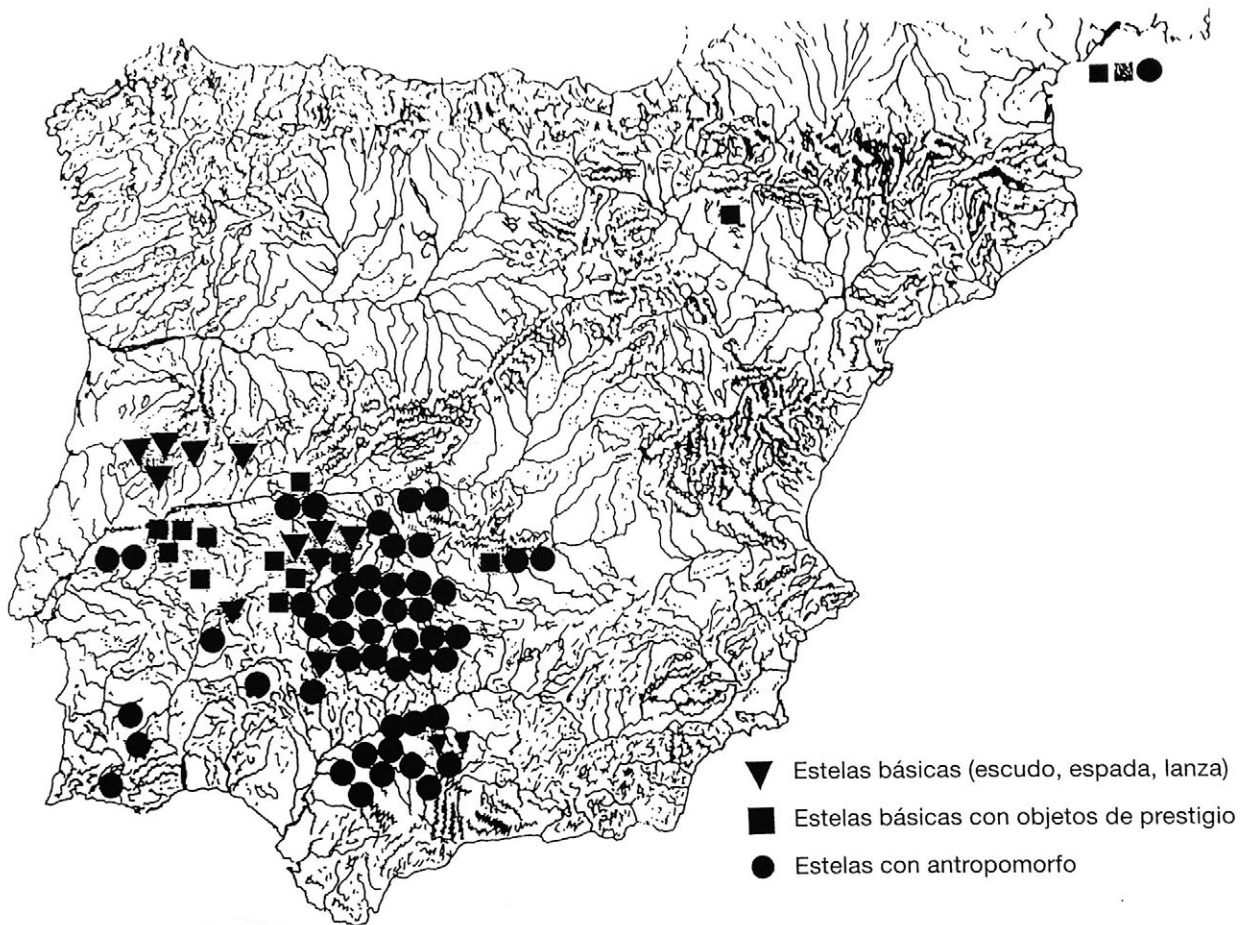


Figura 5. Distribución geográfica de las estelas de guerreros (según S. Celestino).

Parecía claro, pues, que la estructura económica y cultural receptora de la primera colonización oriental en Hispania correspondía al Bronce Final tartésico, reconocible arqueológicamente en núcleos de habitación a menudo fortificados, habitualmente de cabañas y estructuras de almacenamiento de planta curvilínea, determinados tipos cerámicos, sobre todo fabricadas a mano y bruñidas, o en el importante y muy expresivo conjunto de las llamadas estelas de guerrero (Figura 4). El reparto territorial de todo ello hacía visible la gran expansión de la cultura del Bronce Final tartésico (Figura 5), desde los focos nucleares del bajo Guadalquivir hasta bien dentro de las tierras extremeñas y de la Meseta meridional y, en menor medida, del sudeste y levante de la península. Revelan en conjunto, además, que correspondían a comunidades de gran complejidad social y económica, suficiente -concluía entonces- como para esbozar la hipótesis de que le fuera propio el nivel de desarrollo de una sociedad urbana, o protourbana si se quiere, como se había denominado a esta etapa inicial en ambientes culturales semejantes al hispano, cuando no se habían alcanzado todavía algunos rasgos típicamente urbanos, como la proyección urbanística y arquitectónica en sus

núcleos de hábitat. Toda la información arqueológica disponible a fines de los ochenta permitía constatar, además, un hecho principal: que con el Bronce Final tartésico quedaba configurado el cuadro básico de la organización urbana y territorial que seguirá vigente en las etapas posteriores.

Estas conclusiones de mi ensayo de los ochenta, deudoras de los trabajos de muchos investigadores, compartiendo o no con ellos sus conclusiones o lecturas histórico-culturales, nos conducían a la valoración de uno de los periodos más controvertidos de la protohistoria hispana: el Bronce Final, concretamente el que algunos llamamos Bronce Final Tartésico. No hace falta evocar aquí las enormes discrepancias que tienen o tenemos quienes desde diferentes ópticas y métodos de trabajo nos hemos aproximado a la investigación de este periodo, tan fascinante como polémico, tan agotador para algunos, entre los que me incluyo. Aunque sólo fuera por eso, por agotador, no voy a tratar aquí de lo que en general pueda decirse en mi opinión de ese período, que expuse hace no muchos años en el congreso sobre *Tarteso. El emporio del metal*, celebrado en Huelva en diciembre de 2011 y organizado

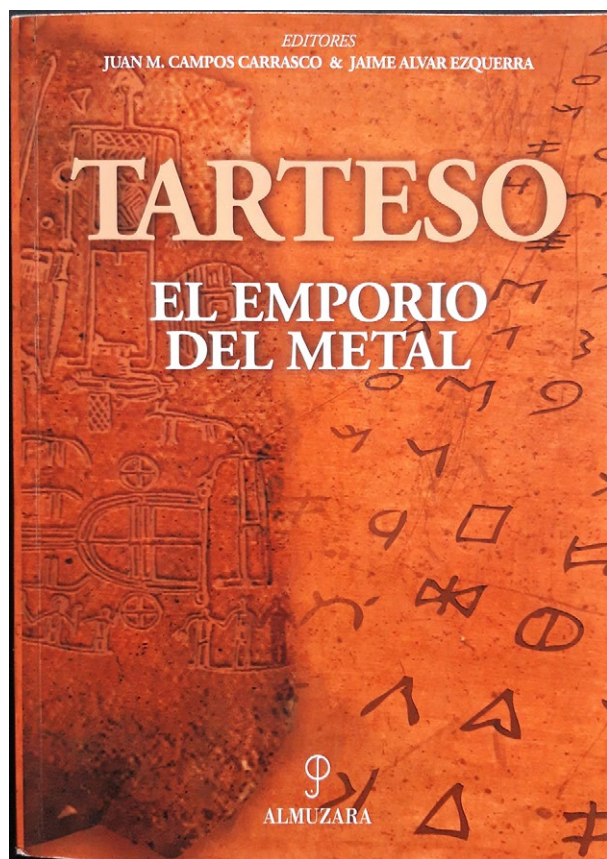


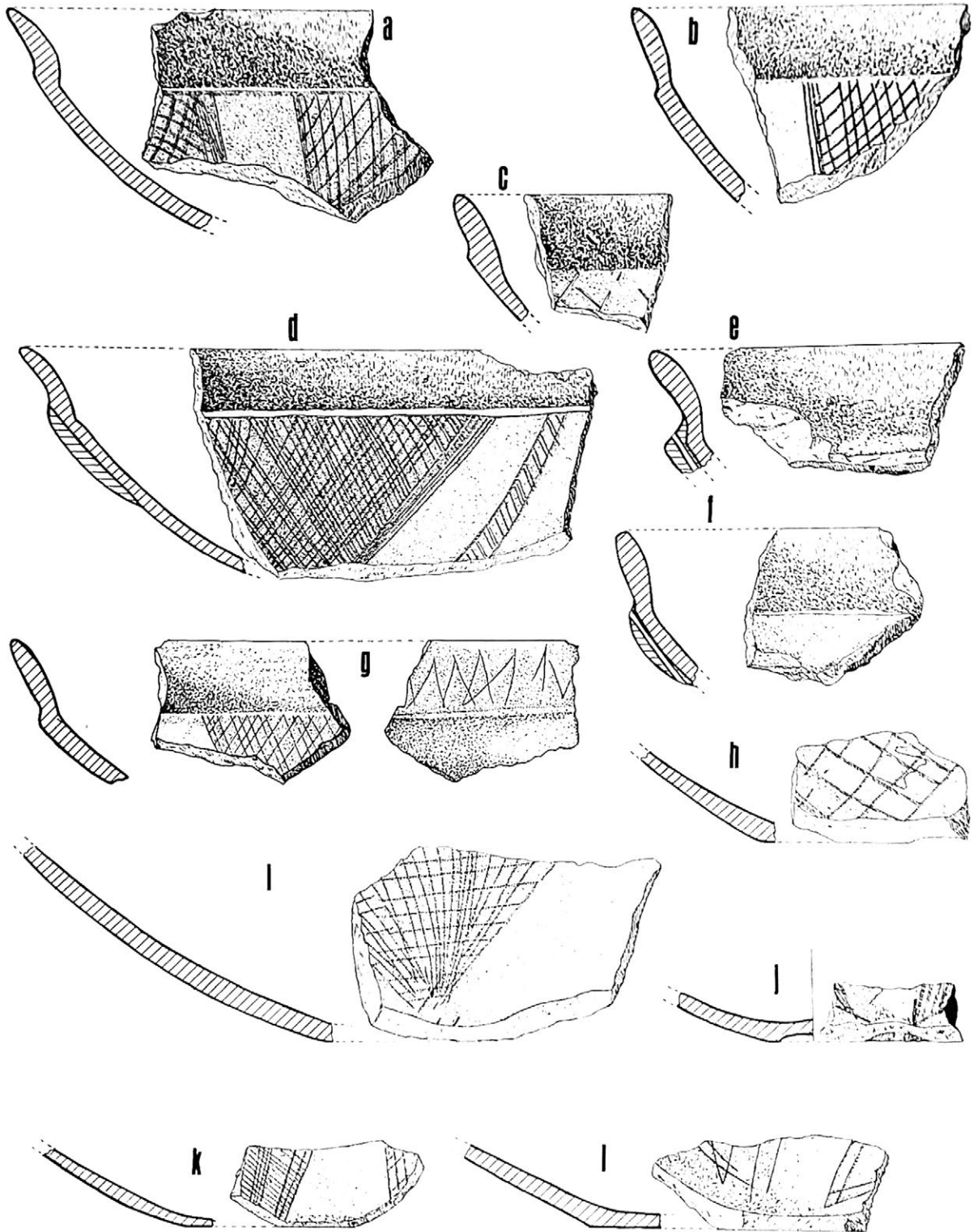
Figura 6. Portada de las actas del congreso Tarteso. El emporio del metal, celebrado en Huelva en diciembre de 2011 y organizado por Juan Campos y Jaime Alvar.

por Juan Campos y Jaime Alvar (Figura 6). Traté, como puede verse en las actas, de “La génesis de Tarteso en la etapa ‘precolonial’ del segundo milenio: notas para una discusión” (Bendala 2011), con lo que volvía al asunto principal de mi artículo de los ochenta, ahora con nuevos datos y nuevas corrientes de pensamiento que matizaban mis propuestas de hace treinta años, pero que en general daban una nueva robustez a su entramado argumental básico.

Sí recordaré brevemente que en los últimos años (o decenios), uno de los resultados más determinantes de la investigación arqueológica sobre este período y estas cuestiones, ha sido precisamente, pese a las reticencias de alguno, la constatación de la existencia desde fines del II milenio a.C. de ese Bronce Final Tartésico, previo a la colonización fenicia, que fue determinante en la formación y la conformación estatal y territorial de Tarteso. Siento melancolía recordando mi modesta implicación en los comienzos del conocimiento de ese Bronce Final a raíz del desmonte del Cabezo de San Pedro en esta ciudad de Huelva, a la que vine en 1969, invitado por José M^a Luzón, para la preparación del estudio y la publicación de los célebres materiales

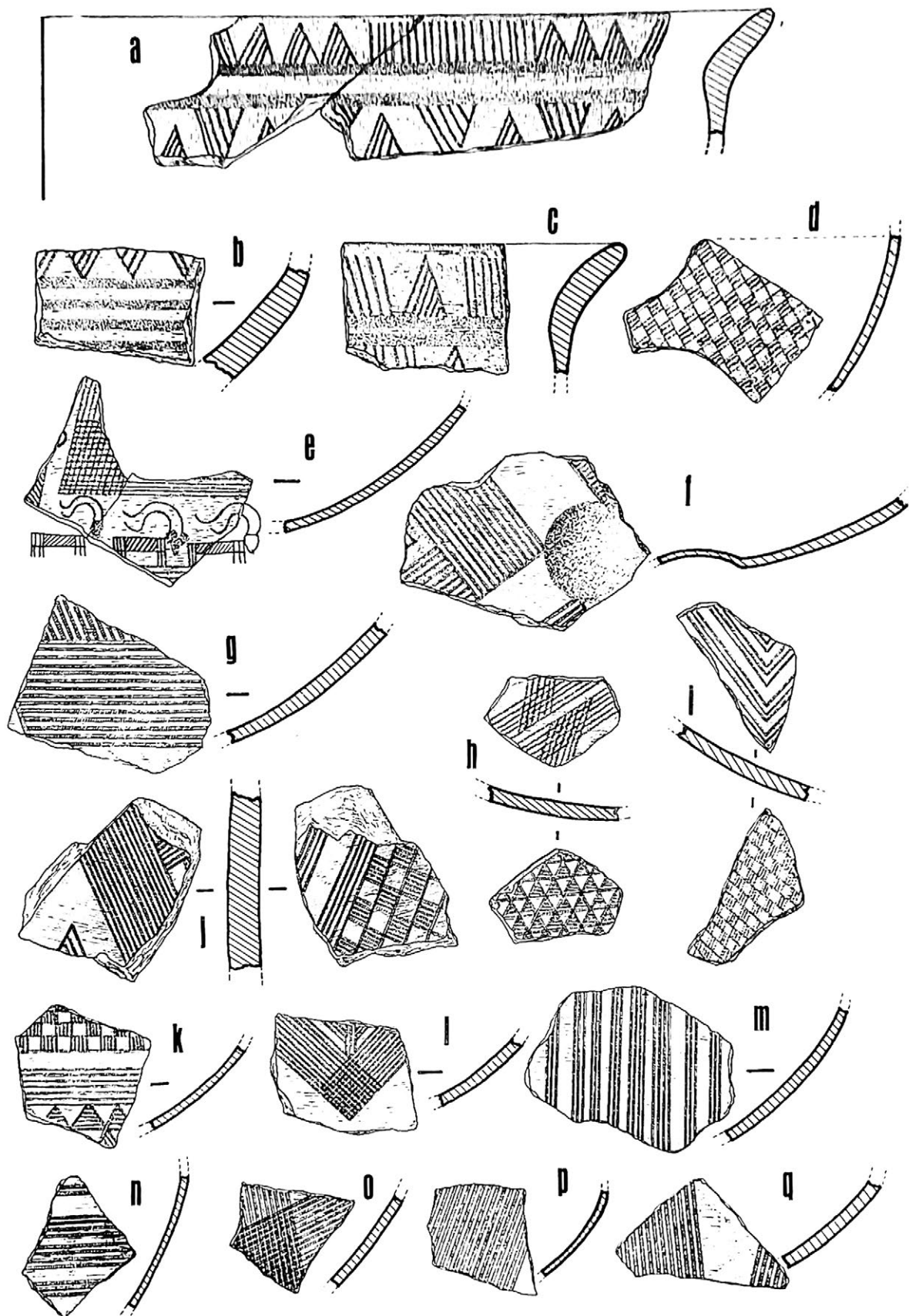
cerámicos recogidos en sus laderas. Fueron publicados en *Huelva Arqueológica* en 1970 y recuerdo bien la ebullición científica que suscitaron las magníficas cerámicas a mano allí y entonces recuperadas, especialmente las bruñidas o con decoración bruñida y las decoradas con motivos geométricos en tonos rojizos (Figuras 7 y 8), algunos consistentes en esquemáticas representaciones animales. Sobre algunos fragmentos de las bruñidas, que parecían corresponder a las más antiguas, se hallaron, además, signos grabados que parecían corresponder a una antigua escritura, como luego se confirmaría. Estábamos, pues, ante testimonios de formas de cultura muy evolucionadas que evocaban con fuerza el nombre de Tarteso.

Desde entonces, la investigación arqueológica ha progresado exponencialmente en el conocimiento de datos y referentes culturales sobre estos antiguos periodos de nuestra historia. Precisamente la ciudad de Huelva y su ámbito próximo de la Tierra Llana y de las comarcas serranas, tan importantes para el desarrollo de Tarteso, han sido objeto de una ingente actividad arqueológica, por lo que, estando además donde estamos, viene al caso fijar nuestra atención en la provincia onubense para subrayar hasta qué punto está sobradamente constatada hoy día la existencia de ese Bronce Final Tartésico. Ya en 1993, Juan Campos y Paco Gómez aportaron un magnífico estudio sobre “El territorio onubense durante el Bronce Final”, como ponencia del Congreso *Tartessos, 25 años después, 1968-1993*, celebrado en Jerez de la Frontera para conmemorar el famoso V Symposium de Prehistoria Peninsular sobre Tartessos y sus problemas, que promovió Juan Maluquer de Motes (las actas se publicaron en 1995). Campos y Gómez Toscano revisan el conjunto de la investigación arqueológica, propia y ajena, llevada a cabo en el mediodía español sobre estas etapas finales de la Edad del Bronce, dan relación de los numerosos yacimientos onubenses con vestigios de ese periodo (Figura 9), y llegan a la conclusión de que puede definirse arqueológicamente un Bronce Final con dos etapas: una primera, considerada formativa, constatada en todo el territorio onubense estudiado, que se iniciaría hacia el 1200 a.C. y perduraría hasta el siglo VIII; y una segunda etapa, reconocible sólo en la Tierra Llana, caracterizada por cambios en los materiales y en la estrategia de los asentamientos, el control del territorio y, consiguientemente, en la organización económica y social. Se advierte un proceso de reestructuración de los poblados, con el surgimiento de núcleos hegemónicos desde los que se controlaría una actividad económica diversa basada en la explotación especializada del territorio y sus diferentes recursos y la redistribución de los excedentes, en todo lo cual quedaba interrelacionado un amplio espacio geopolítico. Se concluye, en fin, que el territorio onubense quedó configurado según patrones de asentamiento de inspiración urbana, que



Cuencos decorados con motivos bruñidos.

Figura 7. Cerámicas con decoración bruñida del Cabezo de San Pedro, de Huelva. El fragmento señalado con la letra "g" lleva signos de escritura grabados en el borde exterior.



Fragmentos decorados con motivos geométricos en carmín y castaño oscuro sobre la superficie bruñida.

Figura 8. Cerámicas con decoración pintada del Cabezo de San Pedro. Nótese el rigor geométrico de los motivos decorativos.

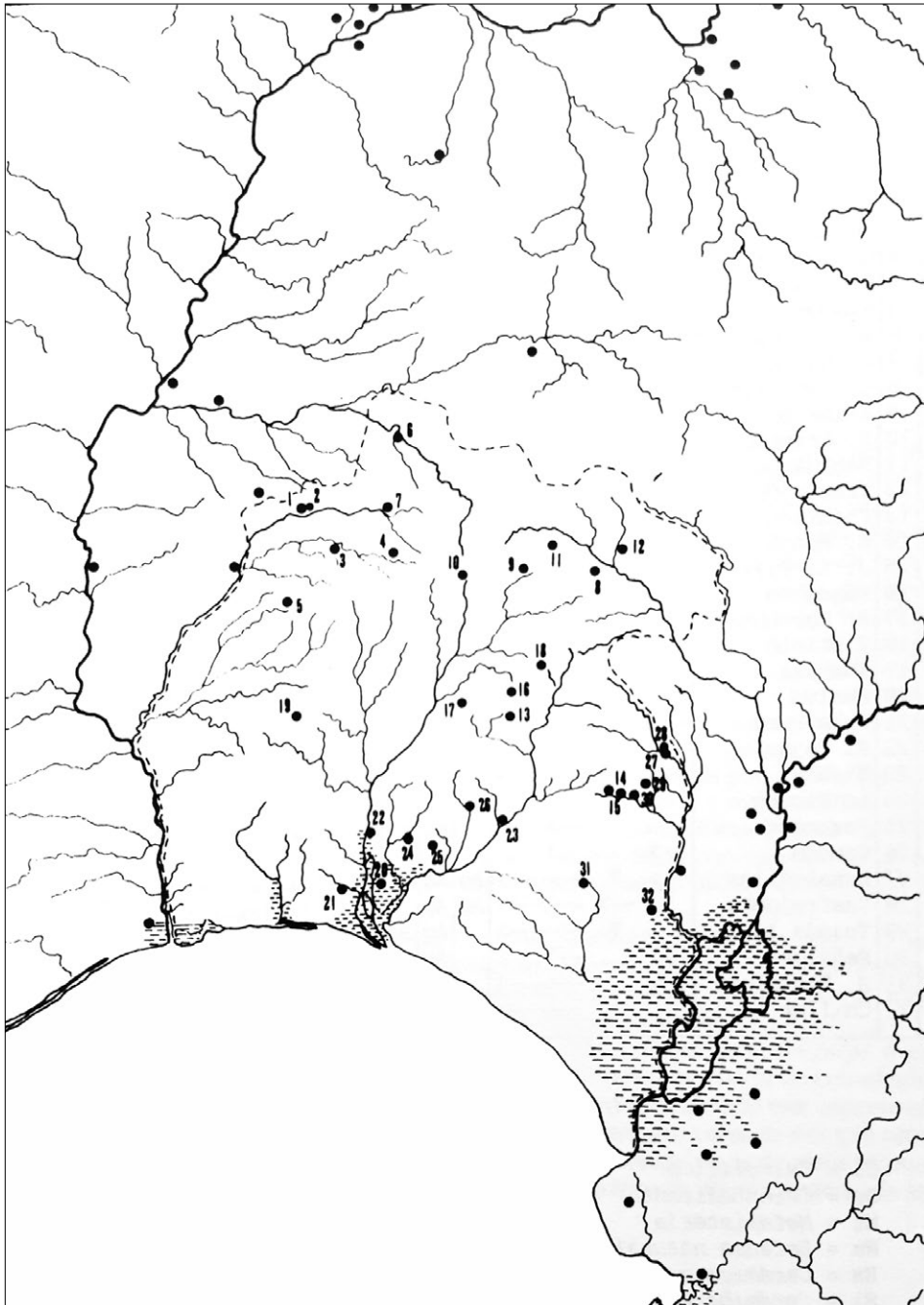


Figura 9. Yacimientos del Bronce Final en el territorio onubense (según J. M. Campos Carrasco y F. Gómez Toscano).

cristalizará plenamente en el período orientalizante. Cronológicamente arrancaríamos esta segunda etapa a comienzos del I milenio, en correspondencia con la Fase I del Cabezo de San Pedro. Desde el punto de vista cultural representaría una clara ruptura respecto de los esquemas anteriores de época prehistórica y una anticipación de las tendencias que se consolidarán en la época orientalizante. La ruptura se explicaría por influencias externas remontables a los siglos finales del II milenio, cuya procedencia, sin descartar las atlánticas y meseteñas, debían proceder fundamentalmente

del ámbito mediterráneo. Esta segunda etapa es considerada por Campos y Gómez Toscano plenamente tartésica (Campos y Gómez 1995: 137-158).

Bastantes trabajos publicados después han venido a dar consistencia creciente a estas conclusiones. Han sido especialmente relevantes las excavaciones y estudios llevados a cabo en el sector de Huelva conocido como La Orden-Seminario, que han permitido constatar la existencia de un asentamiento de cabañas, asociadas a complejas instalaciones para las labores agrícolas,

propias de una población del Bronce Final local a juzgar por los materiales arqueológicos recuperados, a los que se incorporan pronto materiales que denotan relaciones significativas con el mundo mediterráneo, especialmente con Cerdeña. Son datos que han podido ser contextualizados con lo ya conocido en el resto de la provincia, poniendo en relación, por ejemplo, los núcleos amurallados de El Castillejo y Los Castrejones, en Aznalcóllar, donde se explotó cobre y plata desde el segundo milenio; el centro amurallado de Niebla, que controlaba el vado del Tinto y los flujos de minerales entre el interior; y el puerto de Huelva, abierto al Atlántico y activo desde fines del II milenio. En todo ello se advierte -y cito textualmente- “un esquema de sociedad prácticamente urbana que se relaciona con la importancia y complejidad de la sociedad local y sus relaciones con el mundo exterior”. Es la conclusión a la que se llega en un trabajo de 2014 sobre el yacimiento onubense, firmado por un grupo que encabeza Francisco Gómez Toscano (Gómez Toscano *et al.* 2014), a quien rindo el sencillo homenaje de este especial recuerdo, subrayando su gran contribución a la valoración arqueológica de la primera etapa de Tarteso.

No es caso entrar aquí y ahora a discutir las complejidades de este periodo trascendental para nuestro tema, sí en comentar con algún detalle la cuestión que directamente nos reúne: la valoración del carácter urbano de la estructura cultural que se manifiesta arqueológicamente en el Bronce Final Tartésico. Porque es asunto que bastantes investigadores niegan, en importantes trabajos ya antiguos o muy recientes, todo lo cual merece la debida atención en nuestro debate científico.

Un reconocido estudioso del mundo tartésico y colonial, Carlos González Wagner, ha sostenido desde hace tiempo con contundencia el carácter no urbano y poco desarrollado del Bronce Final Tartésico. Expresó claramente su posición doctrinal, entre otras publicaciones, en la reseña del libro coordinado por M^a E. Aubet, *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir* (Sabadell, 1981), (González Wagner 1992) y puede resumirse en la afirmación de que el Bronce Final o Reciente del ámbito tartésico corresponde a “una cultura marcadamente aldeana con un modo de producción doméstico” (González Wagner 1992: 357). Consagraba esa idea de “cultura aldeana”, que tenía su mejor prueba material en los hábitats de cabañas de planta curvilínea habituales entonces.

Y por no fatigarnos en hacer un recorrido por todas las publicaciones que desde esas fechas a hoy día abogan por parecida lectura antropológica y socioeconómica de la cuestión, me atenderé aquí a la última publicación importante sobre el tema que conozco, que es libro de F.J. García Fernández y E. Ferrer Albelda, *Ciudad y territorio*.

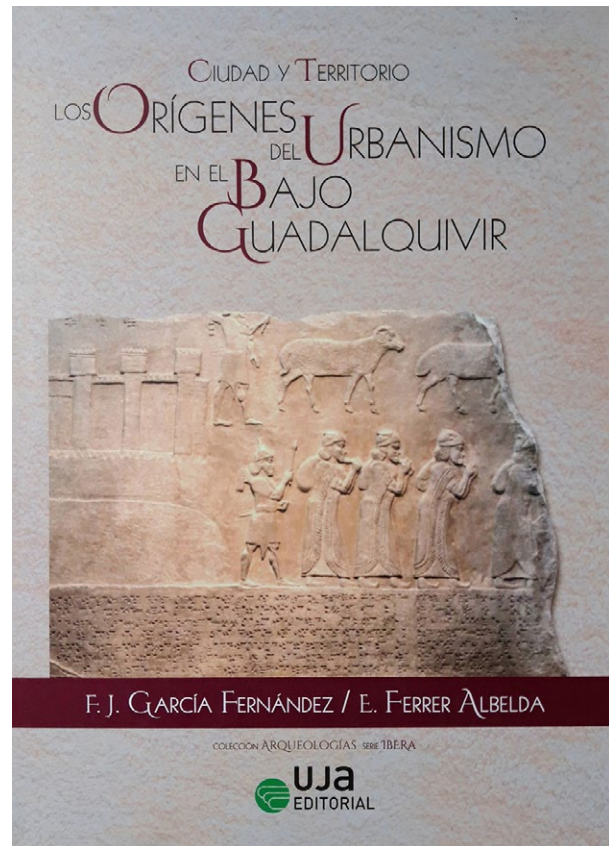


Figura 10. Portada del libro de F. J. García Fernández y E. Ferrer Albelda, *Ciudad y territorio. Los orígenes del urbanismo en el Bajo Guadalquivir* (Córdoba, 2021).

Los orígenes del urbanismo en el Bajo Guadalquivir (2021) (Figura 10). En el capítulo 6.1., dedicado a una visión retrospectiva sobre Tarteso y el origen de la ciudad, se comentan las propuestas más significativas al caso. Empiezan con la de José Luis Escacena, desarrollada en un artículo de 1983 sobre “Problemas en torno al origen del urbanismo a orillas del Guadalquivir”, donde, en su visión evolutiva, atribuye al Bronce Final tartésico la condición de estadio protourbano, que se prolongaría con el mismo carácter y en fase de expansión en el periodo orientalizante, para llegar a un periodo plenamente urbano tras la crisis de Tarteso del siglo VI a.C. (Escacena 1983).

Tras recordar García Fernández y Ferrer que en trabajos posteriores cambiaría Escacena radicalmente esta lectura del proceso urbanístico, comentan mis propuestas sobre urbanismo y Tarteso, según lo expuse en mi trabajo citado de 1989. Pasan revista a lo esencial de mis argumentaciones, consideradas algunas como cercanas al difusionismo idealista de A. Schulten, una forma certera de devaluarlas asociándolas a un horizonte de pensamiento histórico tenido hoy día por trasnochado en nuestra comunidad científica. Incluyen varias citas textuales expresivas de mis planteamientos,

que cierran con la que caracterizo al Bronce Final Tartésico como “una etapa inicial de la estructura urbana en la que no se han desarrollado todavía algunos de sus aspectos básicos, fundamentalmente el nivel urbanístico y arquitectónico de sus núcleos de hábitat, aunque estén dados, y en suficiente grado, los rasgos que caracterizan el modelo de ocupación territorial en función del nivel social y, sobre todo, de las exigencias económicas propias de la ciudad”. Hasta aquí la cita, a lo que añaden, concluyendo: “Es decir, se trataría de una sociedad urbana sin ciudades porque no hay evidencias arqueológicas diferentes de las agrupaciones de cabañas” (García Fernández y Ferrer 2021: 128).

Es claro que los defensores de esta disidencia con mis conclusiones caen en el error de establecer una equivalencia total entre ciudad y urbe, algo contrario a la concepción de la ciudad mediterránea antigua según he comentado ampliamente en la introducción de esta exposición, en la que me hago adecuado eco de la sustancial diferenciación entre *ville* y *cité* sobre la que nos advirtió Foustel de Coulanges hace siglo y medio. González Wagner deja clara esa misma errónea equiparación cuando, en su libro reciente *Tartessos. Mito e historia* (Madrid, 2014), escribe como valoración del Bronce Final: “Los vestigios de entonces [son] poblados, más que villas o ciudades” (González Wagner 2014: 13).

La persistencia en confundir ciudad con urbe, un verdadero “clásico” en la historiografía española sobre el urbanismo en la Antigüedad, me obliga a recordar que las más importantes culturas urbanas del Mediterráneo antiguo, como la griega y la romana, tienen igualmente fases iniciales en las que el hábitat urbano consistía en conjuntos de cabañas a la manera de los poblados prehistóricos, es decir, recordando lo dicho en la introducción, que no habían alcanzado la fase de “arquitectonización” de la ciudad.

Es paradigmático el caso de Roma, paralelo y sincrónico en tantas cosas al del mundo tartésico. La relevancia histórica de Roma y su importancia en la consolidación de las estructuras urbanas en todo el Mediterráneo ha hecho que se preste gran atención al estudio arqueológico e histórico del origen de la ciudad, alimentado por una tradición literaria antigua excepcional, que bien la quisiéramos para nuestro caso. Me limitaré aquí, para una sumaria aproximación al proceso histórico-arqueológico de la génesis de la ciudad de Roma, a recordar la sistematización de sus fases recientes de la prehistoria y la protohistoria propuesta por el prestigioso arqueólogo italiano Giovanni Colonna en un trabajo clásico de los años setenta: “Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio” (Colonna 1974). Comienza por indicar la importancia en el poblamiento y la ordenación territorial del Lacio de la Edad del Bronce, especialmente en el Bronce Final,

periodo en el que sobresale la vecina Etruria en el desarrollo social y económico de sus comunidades, con centros de habitación y necrópolis de notable entidad, incremento del artesanado y el estímulo de relaciones y comercio con el mundo egeo, en una apertura hacia la civilización micénica que hubo de beneficiar igualmente al Lacio por los contactos que propiciaba el Tiber (Colonna 1974: 279).

Es una apreciación arqueológica tras la que Colonna evoca la rica tradición legendaria de la prehistoria de Roma y del Lacio: la población originaria del Lacio por los Sículos, a veces unidos a Ligures; la invasión de los Aborígenes, llegados de los montes Sabinos y descendientes de los Arcadios llegados a Italia 17 generaciones anteriores a la guerra de Troya, población que habría conquistado el Lacio hacia el 1300 a.C.; la llegada posterior de más Arcadios, Peloponesios y Troyanos en época del rey aborígen Fauno; y hacia el 1180, finalmente, reinando Latino, hijo de Fauno, la llegada a Lacio de Eneas y sus troyanos; de la unión de Aborígenes y Troyanos se formaría el pueblo Latino, con centro principal en Lavinio. Es un breve repaso a la tradición legendaria, que cierra Colonna con el comentario de que el total escepticismo de la crítica moderna hacia estas reconstrucciones históricas eruditas no podía ser mantenido tras los descubrimientos arqueológicos de los últimos años; y cita los numerosos hallazgos de cerámicas micénicas en territorio lacial e itálico en general (Colonna 1974: 281-282).

Según Colonna, entre el Bronce Final y los comienzos del Hierro (siglo X y la primera mitad del IX a.C.) emergen en Italia las diferentes culturas de la Edad del Hierro atribuibles a determinado pueblo o grupo de pueblos. El Lacio muestra precozmente una facies cultural autónoma, con signos de la adquisición por su gente de la conciencia nacional de ser latinos (Colonna 1974: 283). Sobre la base arqueológica, principalmente, de varias necrópolis, entre ellas el conocido *sepolcreto* del Foro de Roma, se ha podido definir una cultura lacial bien caracterizada con varias fases. La primera, fechable hacia el primer siglo del primer milenio antes de la Era, corresponde a una profunda renovación del Lacio con los signos de una cultura vigorosa y cargada de originalidad, que expresa la firmeza de sus ideas y convicciones en el rigor de sus ritos funerarios: los difuntos eran, sin excepción, cremados y las cenizas custodiadas en urnas de barro en forma de cabaña, o en ollas con tapadera en forma de techo de cabaña. A la urna la acompañaban, junto a objetos personales (anillos, fíbulas, etc.) y vasos de mayor o menor interés, objetos de especial significación ritual: estatuillas, pebeteros (*calefattori*) y vasitos en miniatura de barro y armas de bronce. Todo se depositaba en un pozo, a menudo dentro de un gran *dolium* (Figura 11). Son de

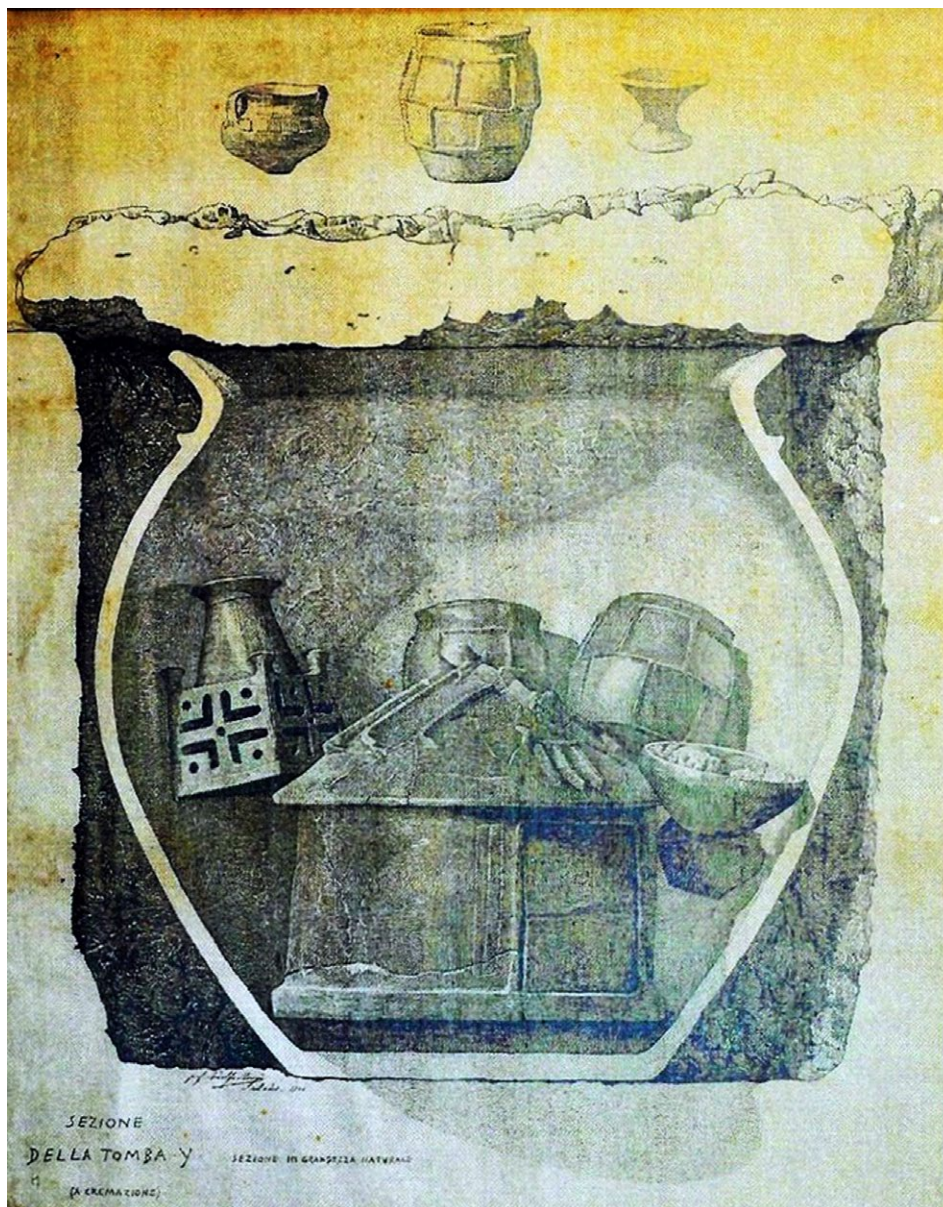


Figura 11. Dibujo explicativo de una tumba lacial del “sepolcreto del Foro”, realizado para los estudios de G. Boni de comienzos del siglo XX.

particular interés las urnas oikomorfas, que debían de reproducir fielmente las cabañas reales, de las que se tienen bastantes testimonios, entre ellos los poblados de cabañas hallados en el Palatino de Roma y en el valle del foro al pie del mismo, que, como subraya Colonna, constituyen el núcleo del que partirá la urbe histórica Colonna 1974: 295).

En los rasgos de la cultura material se advierten elementos heredados de la tradición anterior o responden a elaboraciones locales. Por otra parte, junto a una notable gravitación sobre la Etruria meridional, la cultura lacial de esta primera fase denota una remota conexión con el mundo egeo, detectable, entre otras cosas, en las estatuillas de las tumbas, que recuerdan

a las micénicas, o en los pozos de algunas de ellas, dotados de pequeñas cámaras de falsa bóveda a la manera cretomicénica. En trabajos posteriores al de Colonna añaden a ello, entre otras cosas, la constatación de versiones locales de la cerámica micénica y de la porcelana (faienza) egea (Ross 1994: 14)³.

El segundo periodo lacial, que se desarrollaría desde el siglo IX hasta el primer tercio del VIII, paralelamente a la cultura villanoviana del ámbito etrusco, representa para Roma una etapa de desarrollo y crecimiento, primero por un fructífero alineamiento con las regiones costeras de la Italia tirrénica: la Etruria meridional y la

³ El autor destaca en esto el papel mediador de Cerdeña.



Figura 12. Imagen del Palatino de Roma, en su estado entre el 800 y el 750 a.C. (según Carandini-Cappelli).

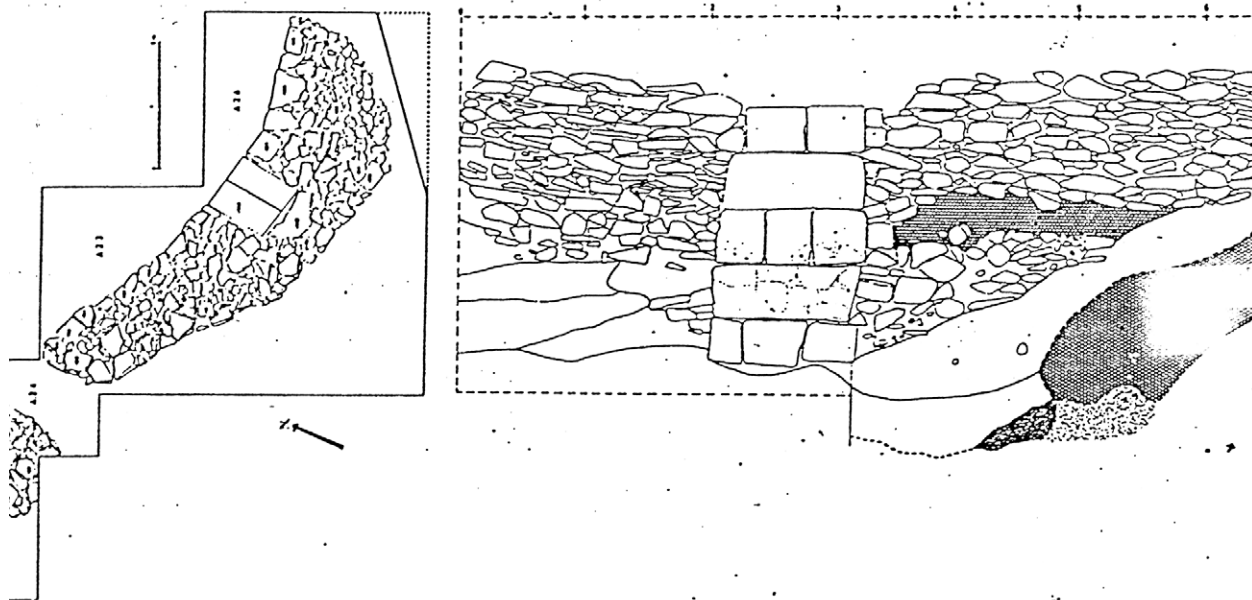
Campania costera. Se dio en conjunto un considerable aumento de la población, que se extiende por el Esquilino y el Quirinal, hasta quedar prefigurada la ciudad de las cuatro regiones de época arcaica, siempre con un hábitat (Figura 12) propio de agrupaciones de cabañas (Colonna 1974: 278-302). Con todo, concluye Colonna, para este periodo no se puede hablar todavía de “ciudad” en el sentido urbanístico, pero sí en el jurídico-sacral, económico-social y político, lo que podría invitar a proyectar a estos años la saga de Rómulo y de la fundación tradicional de la ciudad, que Timeo situaba hacia el 814 a.C. (Colonna 1974: 304-305).

El tercer periodo lacial (aproximadamente entre 770 y 730/20) está caracterizado por el predominio del influjo villanoviano, en una época enriquecida culturalmente por la primera colonización griega. Se imponen ahora las cerámicas a torno y pintadas y se desarrollan intensamente los contactos comerciales con el exterior, fundamentalmente con las ciudades griegas, pero también con el mundo fenicio. Subraya Colonna que a esta fase corresponden los fondos de cabaña hallados en el Palatino bajo el atrio de la Domus Augustana (Colonna 1974: 305-308).

En el cuarto periodo lacial (aproximadamente entre 730 y 580 a.C.) se impone en el Lacio la cultura

orientalizante, que impregna a Cumas, Etruria y la Campania. Roma queda envuelta en una koiné cultural de signo etrusco, en un Lacio en el que aflora una clase dominante seguramente etrusca, que tiene su mejor manifestación en las grandes tumbas orientalizantes Bernardini y Barberini de Palestrina. De nuevo se respalda arqueológicamente la tradición erudita sobre la imposición en Roma de reyes etruscos. Y es muy importante destacar que en este periodo se pasa del hábitat de cabañas al de casas de planta cuadrangular, con muros de piedra y adobe y techos de tégulas de barro cocido. Es un cambio edilicio con el que nace verdaderamente la urbe romana, que será la Roma de barro que Augusto querrá convertir en la Roma de mármol (Colonna 1974: 309-312).

De este proceso formativo de la ciudad de Roma sistematizado por G. Colonna, considerado después el más aceptado por muchos especialistas (Ross 1994: 35), se obtienen importantes enseñanzas para lo que ahora nos ocupa. Entre ellas que una ciudad tan importante como Roma vivió los primeros siglos de su historia (siglos X/IX al VII/VI) con un hábitat ciudadano de agrupaciones de cabañas más o menos lujosas. La aparición de una arquitectura digna de tal nombre ocurrió en época orientalizante con matrices etruscas y griegas, expresándose pronto en la proclama colosal



Planta y alzado del muro de San Pedro (según D. Ruíz Mata, 1981).

Figura 13. Dibujos explicativos del muro del Cabezo de San Pedro de Huelva, según D. Ruíz Mata.

del templo de Júpiter Capitolino, que dejó claro el valor de la arquitectura para los romanos como expresión de poder, de *dignitas* ciudadana.

Las ciudades tartésicas vivieron también su etapa formativa con hábitats de cabañas, y su arquitectonización, como se comprueba en la misma Huelva, fue fruto igualmente de la oleada orientalizante, aquí de matriz obviamente fenicia, como en la generalidad del mundo tartésico, con una expresión tan antigua como formidable en el gran muro con centro en un pilarón de sillares del Cabezo de San Pedro (Figura 13).

Hemos visto que las necrópolis proporcionaron al mundo lacial los referentes arqueológicos mejores para percibir su personalidad y su evolución cívica y cultural, lo que no ocurre en el mundo tartésico, que tiene en las necrópolis uno de sus ámbitos menos conocidos. Pero sí tenemos en la expresiva faceta del mundo funerario las conocidas estelas de guerreros, que, por más que se hayan propuesto lecturas de lo más diverso (y pintoresco si se quiere), son monumentos funerarios y de altísima significación, mucho más que soportes de toscos dibujos de significado incierto, como alguna vez se ha escrito. Las estelas más significativas -de Gamarrillas (Ategua), de Cuatro Casas (Carmona), de Solana de Cabañas (Cáceres), de Zarza Capilla I (Badajoz), de Fuente de Cantos (Badajoz), etc.- expresan en sus codificados dibujos la exaltación del difunto, habitualmente con sus armas, asociado ritualmente en muchos casos a la representación convencional de

un carro de guerra de dos ruedas y doble caballería, carro que, con pocas dudas, debía de ser el vehículo psicopompo que trasladaba al difunto al más allá. En el dibujo más minucioso de la estela de Ategua (Figura 14), parece claro que el difunto, representado en la figura heroizada de la parte superior, es revitalizado mediante el ritual y los sacrificios representados en la escena situada a sus pies, bajo la que, en otra escena principal de la estela, una figura de bastante empaque, que debe ser el difunto mismo, se acerca al carro apoyando la mano derecha en la barandilla de subida para emprender el viaje al más allá. La cuidadosa representación de los órganos sexuales, como tienen también los animales presuntamente sacrificados en su honor, subraya la idea de la transmisión de vida por obra del sacrificio, que se proyecta en la genitalidad según una convención simbólica muy repetida en las civilizaciones mediterráneas. La presencia del carro en numerosas estelas, su representación convencional obediente siempre al mismo esquema, supone un rigor en el seguimiento de la ritualidad funeraria que acredita la misma cohesión y la misma firmeza de ideas y convicciones que destacaba Colonna en la ritualidad de las tumbas laciales por la presencia regular de las urnas oikomorfas.

La gran expansión de las estelas, desde Cáceres y Portugal a Córdoba y Huelva, siempre obedientes a los mismos patrones en sus representaciones, denota la amplia irradiación de la cultura tartésica preorientalizante y la gran cohesión de su ideario. Por otra parte, la referencia al uso ritual del carro (nunca

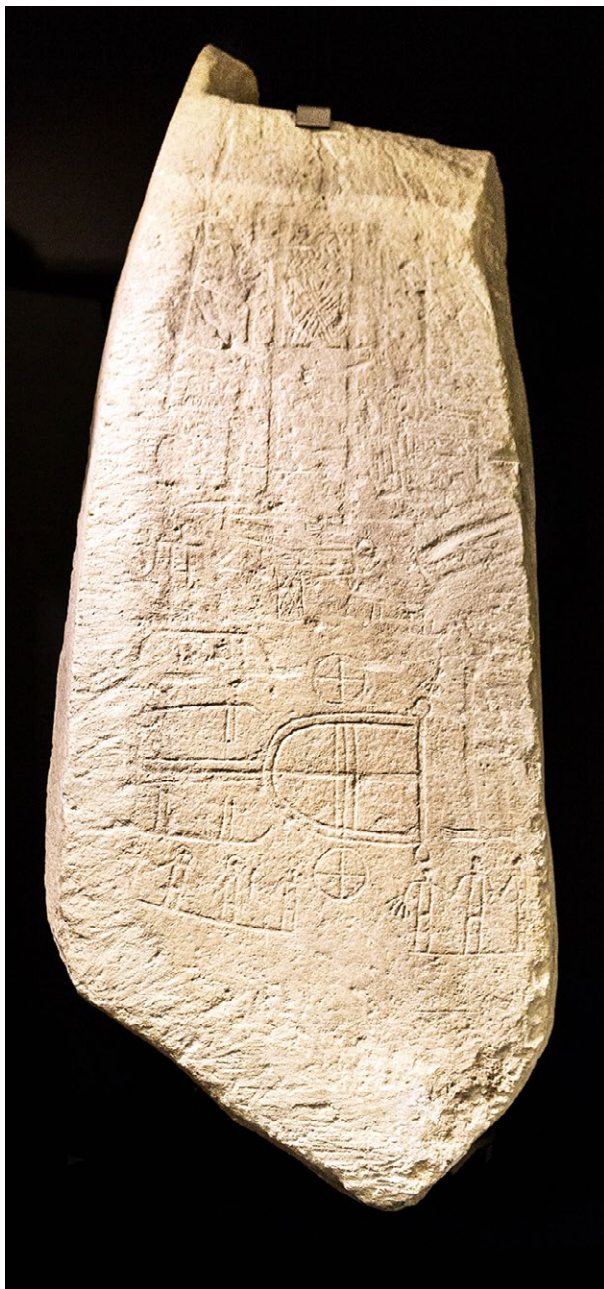


Figura 14. Estela de Ategua. Fot. Museo Arqueológico de Córdoba.

por cierto se representan barcas en las estelas), la asociación de los individuos representados a armas de guerra y la presencia de instrumentos musicales de cuerda, responden a un ritual de corte aristocrático, expresión de una potente estratificación social, propia de las sociedades complejas de nivel urbano, algo que de ninguna manera puede asociarse a formas de vida aldeana.

Es lo mismo que acredita la presencia temprana, ya en el Bronce Final tartésico, de importaciones que revelan relaciones con las civilizaciones de vanguardia

del Mediterráneo. Últimamente se ha destacado la importancia del componente sardo, así como la presencia de cerámicas micénicas y de imitaciones locales de las mismas, cuya primera detección en Montoro (Córdoba) hace años fue el aviso definitivo de una asociación del Bronce Final Tartésico a la poderosa dinámica cultural y económica del mundo micénico o, mejor, postmicénico, que algunos, como yo mismo, venimos barruntando hace mucho y que la investigación más reciente ha corroborado con muchos datos y buenos argumentos (Ruiz-Gálvez 2009).

Hace tiempo, en efecto, que hemos caracterizado como carros de tipo egeo los representados en las estelas, y lo mismo puede decirse de los instrumentos musicales de cuerda, que entroncan con tipos de tradición micénica. Se ha puesto de relieve, además, un hecho de enorme importancia para mejor entender la dinámica cultural de la etapa formativa de Tarteso. Se trata de la comprobación de la difusión en Hispania de patrones de pesas para el comercio premonetal entre los que destaca el basado en una unidad egea de 6,3-5 gramos, propia del mundo minóico-micénico en el II milenio y vigente hasta comienzos del primero y ampliamente constatada en Cerdeña. Es un patrón metrológico que se materializa en pesas de bronce discoidales, troncocónicas o troncopiramidales que se han hallado abundantemente en este extremo occidente, sobre todo en numerosos poblados de Portugal o en el importante tesoro de Villena; y por los contextos arqueológicos en que se han recuperado, constituyen la morfología más antigua constatada en Hispania. Por otra parte, de su arraigo y perduración dan cuenta testimonios importantes como los juegos de pesas hallados en el santuario de Cancho Roano, que se ajustan al patrón metrológico egeo, así como su permanencia como patrón referencial en acuñaciones monetales propias del ámbito ibérico levantino (contestano y edetano)⁴.

A la significativa abundancia de testimonios del patrón egeo en Portugal y en Cancho Roano, se une la posibilidad de que esté presente, simbólicamente, en las estelas de guerreros. Muchas de ellas tienen series de puntos, prácticamente siempre en número de cinco, que han hecho pensar a Sebastián Celestino que fueran la representación de un sistema ponderal como el constatado en Cancho Roano, en varios juegos de cinco piezas precisamente (Celestino 2001). Su representación en las estelas sería, pues, expresión de los privilegios económicos de los individuos homenajeados en ellas. La confluencia de hallazgos en el occidente peninsular, portugués y español, de las citadas pesas de patrón egeo, así como la distribución geográfica de las estelas de guerreros por los mismos ámbitos, deben de estar en relación, como vengo sugiriendo hace tiempo, con el control de las mercancías más ambicionadas entonces,

⁴ Véase, últimamente, el estudio de M^a P. García-Bellido 2020-2021.



Figura 15. Reunión en el Museo Arqueológico de Carmona, en 2007, el día de la presentación de las actas del congreso sobre El nacimiento de la ciudad. La Carmona protohistórica, que dirigió el autor con María Belén. Los dos estamos en el centro de la fotografía, rodeados, entre otros, por D. Manuel Pellicer (†), Francisco José García Fernández, M^a Luisa de la Bandera, Eduardo Ferrer, José Luis Escacena y Fernando Amores.

fundamentalmente metales como el oro y, sobre todo, el preciadísimo estaño.

Bajo todo este entramado parece obvio que no puede percibirse la acción de gentes de vida aldeana y modo de producción doméstico. Antes al contrario, se trata de una trama gestada por comunidades de horizonte mucho más amplio a partir de centros de carácter urbano. Y todo ello con manifestaciones materiales que el estudio arqueológico ha permitido explicarlas con nexos evidentes con el mundo egeo, seguramente con la mediación de Cerdeña y otros lugares, y con la dinámica de comunidades exploradoras y viajeras que bulleron al calor de la eclosión de la civilización micénica y buscaron nuevos horizontes con la crisis de esta civilización a finales del segundo milenio. No pretendía aludir aquí a un asunto recurrente en mis escritos, a los *nostoi*, pero no puedo dejar de recordar que en medio de la espesa bruma de aquéllos tiempos, que hoy tratamos de despejar e iluminar con nuestros estudios arqueológicos, resuenan los relatos

legendarios de expedicionarios y navegantes que buscaron en este extremo occidente nuevos horizontes para sus actividades económicas y nuevos territorios que cultivar y en los que conseguir las mercancías más preciadas, entre ellas, claro, el estaño. Como ocurriría después en el lejano Oeste americano, aquí se desató una particular fiebre del oro, en este caso “oro blanco” (*plumbum album*), que fue un catalizador importante, tal vez el que más, del origen de Tarteso y de la implantación de la ciudad en el lejano Oeste hispano.

Saludo finalmente a todos con una imagen (Figura 15) que me asocia a algunos de los presentes en el coloquio –y a alguno definitivamente ausente–, en uno de tantos actos que nos han reunido con anterioridad en torno a las ideas que impulsan la exposición que aquí termina. Que sea en acuerdo o en desacuerdo es lo de menos. Lo de más, que son el resultado del interés amigable y compartido por conocer mejor nuestro pasado.

¡Muchas gracias!

Bibliografía

- Barker, G. y Lloyd, J. 1991. *Roman Landscapes: Archaeological Survey in the Mediterranean Region*. London: British School at Rome.
- Barker, G. y Mattingly, D. (eds.) 1999. *The Archaeology of Mediterranean Landscapes*. Oxford: Cambridge University Press.
- Bendala, M. 1981. La etapa final de la cultura ibero-turdetana y el impacto romanizador, en *La Baja Época de la Cultura Ibérica*: 33-48. Madrid: Asociación Española de Amigos de la Arqueología.
- Bendala, M.; Fernández Ochoa, C.; Fuentes, A. y Abad, L. 1987. Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista, en *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*: 121-140. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Bendala, M. 1989. La génesis de la estructura urbana en la España antigua. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 16: 127-147.
- Bendala, M. 2003. *La ciudad, ayer y hoy*. Madrid: Real Academia de Doctores.
- Bendala, M. 2009. La urbanística antigua en los tres decenios últimos, en A. García y Bellido. *Urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo*: 15-68. Madrid: CSIC.
- Bendala, M. 2011. La génesis de Tarteso en la etapa 'precolonial' del segundo milenio: notas para una discusión, en Campos, J.M. y Alvar, J. (Eds.) *Tarteso. El emporio del metal*: 123-135. Córdoba: Almuzara.
- Bender, B. 1993. *Landscapes. Politics and Perspectives (Explorations in Anthropology)*. London: Berg.
- Bernardi, M. (ed.) 1992. *Archeologia del Paesaggio*. Firenze: Edizioni All'Insegna del Giglio.
- Blanco, A. y Rothenberg, B. 1981. *Exploración arqueometalúrgica de Huelva*. Barcelona: Labor.
- Campos, J.M. y Gómez, F. 1995. El territorio onubense durante el Bronce Final, en *Tartessos, 25 años después, 1968-1993*: 137-158. Jerez de la Frontera: Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- Celestino Pérez, S. 2001. *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Barcelona: Bellaterra.
- Colonna, G. 1974. Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio, en *Popoli e civiltà dell'Italia antica*. Roma: Biblioteca di storia patria.
- Escacena Carrasco, J.L. 1983. Problemas en torno al origen del urbanismo a orillas del Guadalquivir, *Gades* 11: 39-83.
- Fustel de Coulanges, N.D. 1864 [1983]. *La Ciudad antigua*, trad. de C.A. Martín. Barcelona: Iberia.
- García-Bellido, M^a P. 2020-2021. Moneda e identidad en el mundo ibérico tardío, en M. Bendala y R. Castelo (Eds.), *La Baja Época de la cultura ibérica, 40 años después, Simposio conmemorativo de los 50 años de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*. Madrid (2019), *BAEAA* 51: 319-332. Madrid.
- García Fernández, F.J. y Ferrer Albelda, E. 2021. *Ciudad y territorio. Los orígenes del urbanismo en el Bajo Guadalquivir*. Jaén: Universidad de Jaén.
- Gómez Toscano, F.; Beltrán Pinzón, J.M.; González Batanero, D. y Vera Rodríguez, J.C. 2014. El Bronce Final en Huelva. Una visión preliminar del poblamiento en su ruedo agrícola a partir del registro arqueológico de La Orden-Seminario, *Complutum* 25: 139-158.
- González Wagner, C. 1992. *Reseña M^a E. Aubet, Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir (Sabadell, 1981)*, *Spal* 1: 357-365.
- González Wagner, C. 2014. *Tartessos. Mito e historia*. Madrid: CEFYP-UCM.
- Orejas Saco, A. 1995. *Del marco geográfico a la Arqueología del paisaje. La aportación de la fotografía aérea*. Madrid: CSIC.
- Orejas Saco, A. 2006. *Landscapes as Cultural Heritage in the European Research*. Madrid: CSIC.
- Pellicer, M. y Hurtado, V. 1980. *El poblado metalúrgico de Chinflón (Zalamea la Real, Huelva)*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Ross Holloway, R. 1994. *The Archaeology of Early Rome and Latium*, London: Routledge.
- Rossi, A. 1966 [1982]. *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Rossignol, J. y Waadsnider, L. (eds.) 1992. *Space, Time and Archaeological Landscapes*. New York: Springer.
- Ruíz-Gálvez, M^a.L. 2009. ¿Qué hace un micénico como tú en un sitio como éste? *Andalucía entre el colapso de los palacios y la presencia semita*, *Trabajos de Prehistoria* 66: 93-118.
- Ruíz Mata, D. y Fernández Jurado, J. 1981. *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)*. Huelva Arqueológica 8.

Ciudad y urbanismo en Tarteso: aspectos teóricos¹

Eduardo Ferrer Albelda*

Francisco José García Fernández*

*Universidad de Sevilla

Resumen: La ciudad en Tarteso es en origen un fenómeno ajeno a la tradición local y constituye el trasplante no solo de morfologías y técnicas constructivas sino también de modos de vida urbanos procedentes del Próximo Oriente. La fundación de emporios y de ciudades fenicias fue el comienzo de un proceso lento, a veces con ensayos fallidos, pero con un gran arraigo en el territorio. En este ensayo, analizamos los criterios utilizados para definir y caracterizar las ciudades de Tarteso en su dimensión regional, pero teniendo en cuenta la escala local, porque los procesos sociopolíticos, económicos y culturales que se activaron con la implantación fenicia originaron una diversidad de situaciones que, más allá de las tendencias generales (interdependencia económica, complejidad social, surgimiento de nuevas elites aristocráticas, hibridación cultural, etc.), deben estudiarse localmente. Solo así es posible comprender la convivencia de distintos modelos de urbanización, adaptados a las condiciones de las diferentes comarcas naturales, así como la variedad de respuestas a las coyunturas de cambio.

Palabras clave: Tarteso; Protohistoria; península ibérica; urbanización; ciudad; primera Edad del Hierro; colonización fenicia

The urban phenomenon in Tartessus is initially alien to the local tradition. It constitutes the translation not only of morphologies and construction techniques but also of urban lifestyles from the Near East. The foundation of Phoenician emporiums and cities was the beginning of a slow process, sometimes with failed attempts, but with deep roots in the territory. In this essay, we analyse the criteria used to define and characterise the cities of Tartessus in their regional dimension, by considering the local scale. The socio-political, economic, and cultural processes that were activated with the Phoenician implantation gave rise to a diversity of situations that, beyond the general trends (economic interdependence, social complexity, emergence of new aristocratic elites, cultural hybridisation, etc.), must be studied locally. This is the only way to understand the coexistence of different models of urbanisation, adapted to the conditions of the different natural areas, as well as the variety of responses to the conjunctures of change.

Keywords: Tartessus; Protohistory; Iberian Peninsula; urbanisation; city; early Iron Age; Phoenician colonization

A modo de introducción: de la civilización tartesia a Tarteso como territorio liminar

Tartessos, siguiendo la grafía tradicional, es uno de los grandes temas de la Historia Antigua hispana por muchos motivos, la mayoría de los cuales siguen tan vigentes hoy como hace cuatrocientos años. A los propios procesos de mitificación fraguados en época griega arcaica (el ciclo heracleo, la figura de Argantonio), le siguieron su consideración como hidrónimo y corónimo, y en el período tadorrepublicano la noción de Tarteso como una ciudad ignota localizada en la desembocadura del río *Baetis*, o su identificación con fundaciones fenicias (*Gades*, *Carteia*) en época imperial, tendencia que ha perdurado hasta la actualidad con ciertos momentos de desinterés, pero, sobre todo, de auge.

En época moderna, la identificación con villas, ciudades y despoblados se concentró significativamente en

el suroeste de la península ibérica, teniendo como principal objetivo dotar de prestigio a ciertos municipios a través de la exégesis de los crípticos testimonios grecolatinos o de la Biblia, al hallar un filón en las referencias a una enigmática Tarsis que, por homofonía, se identificó con el Tarteso de los testimonios clásicos (Koch 2003). En época contemporánea, Tarteso se ha concebido como un doble problema: uno de índole histórico-literaria, en la línea plurisecular de identificación de la ciudad con alguna población actual, y significativamente con Huelva, hasta el punto de que el topónimo prerromano de la ciudad, *Onoba*, que además proporciona el patronímico a la población, ha sido obviado por incómodo (Ferrer y Prados 2013; 2018). Pero esta tendencia, aunque pervive incólume, ha sido minimizada por otra más dinámica, la investigación arqueológica, impulsada por el optimismo inherente al positivismo y al cientifismo, que ha visto en la metodología arqueológica y en la acumulación de datos la solución al “problema” tartesio, y que, a la postre, ha sido el origen de los conceptos de civilización y cultura tartésicas (Álvarez Martí-Aguilar 2005a; Ferrer 2017a).

La “cultura tartésica”, como hemos argumentado en otras ocasiones (Ferrer 2017a: *passim*), se creó en un

¹ Esta contribución se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación *Tarteso olvidado (en los Museos) 2. Redes urbanas vs paisajes rurales* (PID2022-139879NB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

contexto muy determinado, a fines de los años 50 y en los primeros 60 del siglo XX, con las bases epistemológicas y metodológicas del historicismo cultural, condimentada con el esencialismo patrio tradicional y con el nacionalismo decimonónico reforzado durante el franquismo, aunque posteriormente las versiones españolas de la “Nueva Arqueología” renovarían algunos planteamientos, siempre desde el autoctonismo, y le darían una pátina de cientifismo y modernidad, sobre todo mediante la comparación con otros procesos coetáneos en el Mediterráneo y Europa central. No obstante, en la actualidad los planteamientos básicos se han mantenido prácticamente intactos:

a) La existencia de una cultura arqueológica tartésica con base en determinados artefactos interpretados como expresiones y símbolos de normas e ideas compartidas por los integrantes de dicha cultura. La tartésica sería netamente autóctona, aunque abierta a otras civilizaciones como la griega y, sobre todo, la fenicia, que la influenciaría en diversos grados, en un lapso de tiempo conocido como “período orientalizante”, con controvertidas connotaciones sociales y artísticas. En este aspecto surgen desavenencias entre los investigadores centradas en el alcance e intensidad de esta “orientalización”, en los sectores sociales afectados y en los procesos originados por el contacto e interacción entre culturas, como la aculturación (cf. Alvar 1991; Aubet 2005; Álvarez Martí-Aguilar 2005b).

b) El marco cronológico de la cultura tartésica tampoco ha generado unanimidades, ni en su origen ni en su final. En la génesis distinguiríamos tres planteamientos generales: sería un proceso evolutivo que arranca en la Prehistoria, al menos desde el III milenio a.C., a partir del megalitismo; o bien se originaría durante el Bronce Final precolonial; o, en tercer lugar, sería un fenómeno de época colonial, vinculado indefectiblemente a la actividad fenicia. En lo que respecta al final del fenómeno histórico, nuevamente encontramos disparidad de opiniones: la destrucción cartaginesa de Tarteso que plantea A. Schulten en los años 20 no suscita adhesiones porque no hay datos, ni literarios ni arqueológicos, que permitan argumentar esta ocurrencia. La opinión mayoritaria concibe el fin de Tarteso como una consecuencia del ocaso del sistema colonial fenicio tras la conquista babilonia de Tiro (c. 573 a.C.) y la crisis económica y sociopolítica derivada de este colapso y del agotamiento de los filones mineros de Sierra Morena (vid. Ferrer y García Fernández 2019; 2021).

c) El marco espacial de la cultura tartésica es, quizás, el que ha provocado más controversias, porque según la lógica historicista cultural, allá donde se encontrasen los artefactos considerados tartésicos, allí debería haber tartesios, de manera que el área

nuclear se localizaría en las provincias de Huelva, Cádiz y Sevilla (idea compartida prácticamente por todos los investigadores), pero habría regiones consideradas de expansión tartésica o periféricas, como el Guadalquivir alto y medio, centro y sur de Portugal, Extremadura y, recientemente, el sur de Castilla-La Mancha (Celestino y Rodríguez, eds. 2023).

Esta es, sintetizada, la versión tradicional, con muchos matices, compartida por una parte no precisamente minoritaria de la academia española. Sin embargo, a fines del siglo XX y principios del XXI se empezaron a percibir indicios que anunciaban un cambio de paradigma, primero tímidamente a través de la revisión cronológica, funcional y de materiales de yacimientos emblemáticos como El Carambolo (Belén y Escacena 1997; Amores 1995), Huelva (Pellicer 1996; González de Canales *et al.* 2004) o Montemolín (Bandera *et al.* 1995; Chaves *et al.* 2000), pero después de la excavación en El Carambolo (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007; 2022) -yacimiento que precisamente había dado origen al concepto de cultura arqueológica tartésica- las bases del modelo historicista se tambalearon, sobre todo a efectos cronológicos, aunque también en lo que lo que respecta al análisis de la cultura material y de la funcionalidad de los yacimientos más señeros, como El Carambolo o Huelva. No obstante, en los últimos veinte años no se ha producido la sustitución de un paradigma por otro, quizás porque no ha habido una propuesta unánime y perfectamente definida sobre qué fue Tarteso, de manera que el modelo antiguo y las propuestas más recientes malconviven en los círculos académicos.

En este sentido, hay nuevos paradigmas que pretenden dar una explicación global al problema de Tarteso o, mejor dicho, al de la interacción entre las poblaciones indígenas y las fenicias, ante la incapacidad metodológica del historicismo cultural de analizar a través del registro arqueológico la convivencia de dos o más comunidades de distinto origen cultural en un mismo territorio o asentamiento. Si la configuración de “culturas arqueológicas” consiste en agrupar los ítems de cada cultura en conjuntos estancos, las diferencias entre unas y otras se medirían en la ausencia/presencia de estos artefactos, y, cuando conviven, en los porcentajes de éstos, por ejemplo de las cerámicas, sin atender a los contextos arqueológicos. Estos nuevos modelos interpretativos son el materialismo histórico, el evolucionismo darwiniano y el poscolonialismo en sus diversas plasmaciones, el primero de ellos atento a la aportación de la antropología cultural (sobre todo de los procesos de aculturación) y contrario a la idea de la “irradiación” cultural fenicia como mecanismo positivo de civilización de sociedades con un grado de desarrollo sociopolítico y económico menor (G. Wagner 1983; 1995). Es más, algunos autores desarrollan un

modelo “pesimista” haciendo hincapié en la violencia y coacción de los fenicios sobre las poblaciones indígenas, concretamente la esclavización de individuos y comunidades (Moreno Arrastio 1999; 2000). Asimismo, algunos autores recuperaron planteamientos de J. Bonsor (1899), desarrollados posteriormente por C.R. Whittaker (1974), sobre la colonización agrícola fenicia en el área de Los Alcores (Carmona, Sevilla), que interpretarían fenómenos considerados hasta entonces de aculturación como poblaciones fenicias asentadas fuera de su “espacio natural”, la costa, y que trasladaron sus costumbres funerarias a necrópolis como Cruz del Negro, en Carmona (Alvar y G. Wagner 1988; G. Wagner y Alvar 1989).

El neoevolucionismo darwiniano aplica las leyes de la Biología al comportamiento humano, centrando su atención, por ejemplo, en la evolución demográfica de la población del Suroeste, en la que el componente fenicio aumentaría exponencialmente por la introducción de una agricultura comercial y la fijación de la población en el territorio, frente a una población local con más movilidad y un mayor peso de la ganadería y, por tanto, con menos capacidad reproductiva (Escacena 2000; 2005). Coincidiendo en parte con el modelo anterior, las expresiones religiosas “tartésicas” (santuarios, iconografía, parafernalia, etc.) serían en realidad manifestaciones de las poblaciones fenicias coloniales o de los grupos de semitas asentados entre las comunidades indígenas, y no expresiones materiales de las poblaciones indígenas aculturadas. Así mismo, el evolucionismo darwiniano es aplicado también a la cultura material que, en el caso de las construcciones defensivas (fosos, terraplenes y murallas), constituye un ejemplo de la transferencia “tecnológica” del Próximo Oriente al extremo Occidente (Escacena e Izquierdo 2001; Escacena 2002).

Por su parte, la perspectiva poscolonial ha centrado su atención en las poblaciones indígenas en contacto con comunidades exógenas, sobre todo en el papel de la mujer (Delgado Hervás 2016; 2018; 2023), desactivando la idea de la pasividad de las sociedades colonizadas y destacando el rol activo de la población local en la interacción e integración, que a la postre generaría fenómenos de hibridación (Vives-Ferrándiz 2005; Delgado 2010). Desarticula, de esta manera, la visión colonialista decimonónica, en esencia paternalista, sobre el efecto civilizatorio de la colonización, pero en contrapartida sería un modelo “optimista” que minusvalora o prefiere ignorar la violencia como mecanismo de imposición, o el rechazo y resistencia de las comunidades locales a la colonización.

Nuestra aportación al “problema” de Tarteso se basa en el análisis crítico de la producción historiográfica fundamentalmente española, de los testimonios

grecolatinos y del registro arqueológico, siempre teniendo presente que Tarteso es un concepto originado en la Grecia arcaica, con una evolución posterior que es la de la propia historiografía grecolatina a lo largo de más de trece siglos. La clave está, por tanto, en la exégesis de los textos escritos clásicos, es decir, en conocer qué entendían griegos y romanos por Tarteso en los diferentes períodos de esta dilatada producción. Por su parte, los estudios historiográficos, con significativos y pioneros precedentes (Álvarez Martí-Aguilar 2005a, 2010; Escacena 2010), no tienen otro objetivo que analizar cómo ha sido interpretado Tarteso en toda época y circunstancia, cuáles han sido los actores, los guiones y los contextos historiográficos, en un ejercicio reflexivo sobre cómo se construye la historia en cada tiempo y lugar. Por último, en lo que respecta al registro arqueológico, nuestro objetivo ha sido poner en duda la existencia de una “cultura arqueológica tartésica”, un producto surgido del armazón metodológico del historicismo cultural y de un conglomerado de tradiciones pluriseculares (nacionalismo, autoctonismo, esencialismo) sin más valor ni vigencia hoy día que los que proporcionan la inercia y los criterios de autoridad (Ferrer 2017a).

Descartamos, por tanto, la existencia de una cultura y de una civilización tartésicas, conceptos que nunca existieron en las tradiciones grecolatinas, sino que son una creación de época contemporánea. Desde esta perspectiva, Tarteso debe ser considerado en origen un hidrónimo (Str. III 2, 11), que a su vez dio nombre a un territorio, generándose un corónimo (Correa 2016: 462-463), el concepto más utilizado en época clásica, y un etnónimo (tartésios), es decir, el nombre de la población que habitaba dicho territorio. No repetiremos los argumentos expuestos en otros textos, pero este territorio sería fundamentalmente litoral, con escasa penetración tierra adentro, probablemente hasta las primeras estribaciones de Sierra Morena y de la serranía de Cádiz, en un arco comprendido entre el río Guadiana y el estrecho de Gibraltar, en el que las Columnas de Heracles constituirían un límite geográfico y, a la vez, simbólico. Los criterios que utilizaron los griegos de época arcaica para segmentar y denominar estas regiones no fueron en ningún caso étnicos sino geográficos, utilizando probablemente corónimos locales, como *Tart(essos)* (otras versiones serían *Tartesia*, *Tartéside*, *Tarseion*) y *Mastia* (o *Massía*), para definir regiones segregadas unas de otras por accidentes geográficos significativos, ya fuera un río grande (Guadiana), un estrecho (Gibraltar) o un cabo prominente.

Siglos más tarde, a fines del siglo II a.C., se acuñaría el concepto de Tarteso = ciudad que, curiosamente, tendría una mayor proyección en el tiempo, llegando hasta nuestros días (Ferrer 2017b; *contra* Correa 2016:

465). Sin embargo, el sentido coronímico del término siguió vigente en época clásica y en el primer helenismo, como lo ponen de manifiesto el segundo tratado entre Cartago y Roma (h. 348 a.C.) y la mención de Eratóstenes, en el siglo III a.C., de una región (Tartésida) que lindaba con *Calpe*, es decir, con el estrecho de Gibraltar. Por tanto, Tarteso no desapareció misteriosamente ni la crisis del siglo VI a.C. supuso el fin de Tarteso, sino que siguió siendo un corónimo (y un etnónimo) productivo en la cultura griega hasta los cambios administrativos y geoetnográficos introducidos tras la conquista romana. A partir de ese momento el carácter autóptico de los escritos geográficos griegos se tradujo en un cambio de nomenclatura utilizando la misma raíz, a la que se añadió la desinencia característica de los corónimos latinos, pasando a ser *Turt*(itania) o *Turd*(etania) (García Moreno 1989; García Fernández 2003; 2004).

Tarteso-ciudad vs ciudades de Tarteso

Seiscientos años después de la primera referencia a un río llamado Tarteso, Pseudo Escimno (fines del siglo II a.C.) se refería a una ciudad denominada Tarteso en su poema *Orbis Descriptio* (139-168)². La ubicación de la ciudad, a dos singladuras de *Gadira* (THA IIB 81a), alejaba la posibilidad de identificarla con la fundación fenicia, por lo que se pensó en Huelva (Luzón 1962: *passim*), pero el orden de la descripción costera no era, como siempre se ha supuesto, en dirección oeste sino este, por lo que se tendría que ubicar en el entorno de las Columnas de Heracles (Ferrer y Prados 2018). No obstante, esta información es espuria y no constituye una fuente fiable al tratarse de una obra poética con escaso valor desde el punto etnogeográfico, en la que se amalgamaron datos de diversas procedencias y épocas sin coherencia ni orden alguno. Para entonces, ya no se sabía qué era Tarteso, no había correspondencia entre el Tarteso griego de época arcaica y clásica y la realidad geoetnográfica de época tardohelenística, de manera que surgieron numerosas especulaciones sobre su localización. Las más conocidas son las identificaciones de Tarteso con las ciudades fenicias de *Gades* (Arriano, *Anab.* II 6, 4; Plin., *Nat.* IV 120; Av. *OM* 85) y *Carteia* (Str. III 2, 14; Mela II 96; Plin. III 7; Silio, *Pun.* III 396 ss.; Paus. VI 19, 3), pero siempre han sido obviadas porque un Tarteso fenicio era inconcebible al ser un fenómeno histórico netamente español (después autóctono), a pesar de que las fuentes de época romana eran insistentes en la consideración de Argantonio como gaditano y del gaditano Balbo como tartesio (Álvarez Martí-Aguilar 2007: *passim*). Por ejemplo, Salustio (*Hist.* II 5) comentaba que, “como otros han transmitido,

Tartessus, ciudad de Hispania, que ahora los tirios, cambiando el nombre, llaman *Gaddir*”.

Otra línea de atribución antigua la identifica con una ciudad localizada en una isla homónima: “Como las desembocaduras del río son dos, se dice que en el territorio intermedio se había edificado anteriormente una ciudad, a la que llamaban Tarteso, con el mismo nombre que el río, y Tartésida a la tierra, ...”. La compilación que hace Estrabón en el cambio de Era expone la cuádruple acepción de Tarteso en su tiempo: río, isla, territorio y ciudad, pero si comparamos este testimonio con Plinio (IV 120; también Escol. a Licofr. 643, *THA* II 70d) podemos concluir que en realidad las fuentes utilizadas por Estrabón se referían a *Gades* y no a otra ciudad desconocida. El cierre simbólico de esta tradición sobre Tarteso como ciudad de Iberia lo representaría la cita de Esteban de Bizancio (siglo VI d.C.): “*Tarteso*: ciudad de Iberia, llamada así por el río que nace del monte de la Plata (*Argiro*), río que arrastra también hacia abajo estaño en Tarteso” (*THA* II B 142ba).

Como comentamos antes, a pesar de ser una tradición tardía y ciertamente confusa, es la que mayor proyección ha tenido hasta la actualidad, tanto por las especulaciones sobre su localización como en su búsqueda infructuosa en el Coto de Doñana siguiendo la descripción de Estrabón. Las críticas mejor enfocadas de los testimonios escritos grecolatinos -siempre desde nuestro punto de vista- coinciden en señalar, sobre todo cuando se refieren a la ecuación Cádiz = Tarteso, que esta identificación “obedece a razones bien comprensibles. En efecto, *Gadir* fue, desde todos los puntos de vista, la primera y durante algún tiempo la única ciudad de un territorio cuyo nombre indígena adquirió la forma *Ταρτησσός* al ser trasplantado a la lengua griega. La factoría tiria, que había surgido como un «simple recinto amurallado» (*he gadir*), se convirtió en «la ciudad de *Ταρτησσός*», a pesar del posterior desarrollo del urbanismo en el suroeste de la Península. La identificación *Gadir/Gades* con «la ciudad de *Ταρτησσός*» tiene su justificación, aunque *Gadir* no fuera exactamente *Ταρτησσός*, y menos aún su capital, que, por otra parte, probablemente nunca existió” (A. Padilla en *THA* IIB 142cd: 977-978; Alvar 1989; Álvarez Martí-Aguilar 2007).

Que *Gadir* era la ciudad más importante de Tarteso queda fuera de toda duda si contrastamos los testimonios literarios antiguos con los datos arqueológicos, como comentaremos después; no obstante, *Gadir* no era la única ciudad de Tarteso. Los testimonios literarios grecolatinos han proporcionado otras noticias de época arcaica y clásica que avalan la idea de una temprana urbanización no solo de Tarteso sino también de otras regiones del litoral hispano como Mastia e Iberia (Ferrer y García Fernández 2007). Hecateo de Mileto hizo acopio

² Es posible que la referencia a una ciudad llamada Tarteso fuera anterior, procedente de Éforo de Cumas, del siglo IV a.C., de donde derivaría la tradición posterior (Éforo, 1b Doop, vol. I; Escoliasta de Aristófanes, *Ranas* 475; Escoliasta de Licofrón 643; Eustacio, *Comentario a Dionisio Periégeta* 337, etc., vide Cruz Andreotti 2007: 479).

de una información muy exhaustiva de todo lo conocido en su época (c. 500 a.C.) sobre el extremo Occidente, más allá de las Columnas de Heracles, y su obra fragmentaria aporta dos hápax, las póleis tartesias de *Ibulla* o *Ibilla* (THA IIA 23i; THA IIB 142au) y *Elibúrge* o *Elibirgue* (THA IIA 23h; THA IIB 142 ah), la primera de las cuales tenía minas de oro y plata. Algunos datos contextuales posibilitan la hipotética identificación de la primera con dos ciudades de Tarteso relacionadas con la metalurgia, *Ilipa* (Alcalá del Río, Sevilla) o, mejor, *Ilipla* (Niebla, Huelva) (Jiménez y Ferrer, e.p.). Había otra ciudad en época arcaica en este entorno, *Calathe* (THA IIA 23a; *Calathusa* en Éforo), sin adscripción étnica pero ubicada no lejos de las Columnas de Heracles (Ferrer y Jiménez 2015). Y de época clásica existen otras referencias; a las ya mencionadas de *Gadira* (*Periplus* 1 y 111; THA IIB 63 a y d) y *Calathusa* (*supra*), habría que añadir otro hápax, *Jera*, polis mencionada por Teopompo de Quíos (siglo IV a.C.), sin adscripción étnica pero ubicada en la cercanía del Estrecho de Gibraltar (THA IIB 64a).

Las conclusiones que podemos extraer en este apartado son, en primer lugar, que al final de la época arcaica se tenía conciencia en los ámbitos ilustrados griegos de que el fenómeno urbano estaba plenamente implantado más allá de las Columnas de Heracles, en Tarteso, siempre que entendamos el término *polis* como lo concebiría un viajero griego como Hecateo de Mileto, es decir, como una ciudad-estado no necesariamente griega localizada en las principales rutas comerciales, con áreas de mercado y procesos de aculturación en las regiones colindantes (Ferrer y García Fernández 2007: 655; García Fernández y Ferrer 2021: 140-142). En segundo lugar, concluimos que una arraigada tradición grecolatina ha transmitido la noción de que *Gadira* fue la ciudad más importante de Tarteso, no solo por su antigüedad e importancia geoestratégica, sino también por su significación política -¿el basileo Argantonio era gaditano?- y religiosa, al disponer de varios santuarios en su territorio insular, entre ellos el de Melqart-Heracles, el fenómeno religioso más significativo del extremo Occidente en la Antigüedad y uno de los más importantes del Mediterráneo. Por último, en un momento determinado (¿siglo II a.C.?), en un contexto en el que los conocimientos del extremo Occidente ya eran autópticos, la acepción hidrográfica y geográfica del término Tarteso (río, territorio, estrecho) cambió hacia la identificación con una ciudad, como un recuerdo impreciso del pasado, a veces confundida con *Gades* o con *Carteia*, y en otras ocasiones con una ciudad ignota desaparecida de la memoria colectiva al mismo tiempo que Roma conquistaba, exploraba, explotaba y administraba este territorio periférico.

El comentario de los textos escritos grecolatinos no agota el tema sobre el origen y desarrollo de la ciudad y del urbanismo en Tarteso, porque el análisis de la documentación arqueológica, como seguidamente

veremos, es una fuente de documentación de primera categoría para conocer los procesos de urbanización en el territorio tartésico.

Ciudad y urbanismo en Tarteso: los modelos de referencia

Precisamente por la comparecencia de Tarteso en la literatura clásica, por las referencias a un “rey” (Argantonio) y, por deducción, a un reino, y a una ciudad homónima, las ideas de civilización y urbanización siempre han estado presentes en los estudios sobre Tarteso. Y pronto se intuyó que si había un reino debería haber una capital. No se concebía la noción de una alta civilización si no se acompañaba de una cultura urbana, idea que los mismos autores clásicos consideraban como uno de los principales criterios de civilización (Estrabón, por ejemplo), aunque no pocos casos, como Esparta o Egipto, lo desmintiera. La historiografía española, no obstante, ha considerado que Tarteso y fenómeno urbano eran dos fenómenos indisolubles, lo cual es hasta cierto punto incuestionable, aunque, como veremos, con muchos matices.

Por ejemplo, A. Schulten (1972 [1945]: 13) concebía la ciudad de Tartessos como “la más antigua ciudad comercial y el primer centro cultural de Occidente, emporio hespérico comparable a aquellos focos antiquísimos de la cultura oriental, como Babilonia y Nínive, Memphis y Tebas, Knossos y Faistos”. “Esta ciudad fue fundada después del año 1200 a. de J.C. por los Tirsenos del Asia Menor... y se llamó Tursa o Turta”. Por su parte, J. Maluquer (1990 [1970]: 59-60) atribuía el origen de la estructura urbana del reino de Tartessos a la dinastía de Habis, en todo similar a otras dinastías del II milenio a.C. del Mediterráneo oriental, y a las ciudades cananeas y sirias, es decir, “una ciudad que constituye un centro comercial importante, regida por un monarca, y un territorio más o menos amplio”. “Lo que sorprende de Tartessos y que no permite ajustar su monarquía al patrón de ciudad-estado, es que la autoridad de sus reyes y las actividades de sus súbditos alcanzaron en algún momento un territorio extensísimo, desde el Atlántico hasta el Mediterráneo”. “A juzgar por las fuentes, desde el primer momento destaca Tartessos y solo Tartessos. No se menciona ninguna de las ciudades restantes del territorio”. Este autor se pregunta por qué adquirió tanto prestigio una sola ciudad y no varias, y se responde a sí mismo que se debió a factores sociales, económicos y políticos, e incluso religiosos, pero principalmente al comercio y a la minería, retrotrayendo su génesis al período posterior al hundimiento de los palacios micénicos y anterior al auge fenicio, pero como fenómeno plenamente occidental.

Estas aportaciones son dos muestras de cómo se han buscado modelos para caracterizar a la ciudad de

Tarteso, el primero en la cultura griega de Asia Menor, como la cultura etrusca, con la que compartiría origen, y el segundo en las tradiciones prehistóricas hispanas, que se remontarían a Los Millares y a El Argar. Son, en todo caso, modelos teóricos, basados en aspectos contextuales generales y en argumentos especulativos, porque en ningún caso hubo contrastación con los, por entonces inexistentes, datos arqueológicos. No obstante, nos pueden servir como introducción para plantear cuáles son en la actualidad las líneas principales de atribución o de explicación del origen del urbanismo en Tarteso, ya que parten de los mismos o parecidos presupuestos.

Del poblado a la ciudad: el modelo “occidentalista” o de evolución autóctona

Este modelo es el más representativo en los ámbitos académicos españoles, y analiza el urbanismo en Tarteso como resultado de la evolución de los poblados prehistóricos a la ciudad mediante una progresiva complejidad, determinada por factores económicos y sociopolíticos, que desembocaron en la urbanización de Tarteso como un fenómeno netamente autóctono. Dentro de esta explicación general se pueden distinguir diversas ramificaciones que se diferencian en el cuándo, en el por qué y en el cómo de la aparición de la ciudad.

Así, por ejemplo, el de J.L. Escacena (1983: 39-41) se puede considerar el primer acercamiento moderno a la temática basado en las prospecciones y excavaciones arqueológicas realizadas en el entorno del bajo Guadalquivir, en las que participó activamente. Decimos que fue moderno porque consideró como fundamentales las condiciones geográficas, agrológicas y estratégicas del territorio, hasta el punto de proponer que el origen del urbanismo estuvo vinculado al cauce del río Guadalquivir como vía de navegación y comercio. Pero a la vez era tradicional porque atribuyó las raíces de este proceso a una evolución del fenómeno urbano desde tiempos prehistóricos, distinguiendo un período preurbano (Calcolítico y Bronce Pleno) de otro protourbano (Bronce Final y tartésico orientalizante), que culminaría en el período urbano propiamente dicho durante la segunda Edad del Hierro. Algunos de los argumentos utilizados por este autor procedían de tradiciones muy arraigadas en la historiografía española, como el protagonismo de la monarquía tartésica en la unidad política regional o comarcal, pero nuevamente innovó al atribuir al comercio fenicio y a la aristocracia indígena un papel determinante en el proceso urbanizador. A partir de la “caída del imperio tartésico” en el siglo VI a.C. se estructuró un tipo de poblamiento que ha perdurado hasta la actualidad, caracterizado por la dirigencia política en manos de caudillos y la competencia entre los asentamientos por el control de los territorios (Escacena 1983: 70).

Dentro de este grupo podemos considerar también los trabajos de O. Arteaga (2017: 426; Arteaga y Roos 2007: 43 ss.), aunque lo único que los unifica con la anterior hipótesis es el recurso a los orígenes prehistóricos del urbanismo tartésico, explicado desde los postulados de la Arqueología Social y del materialismo histórico. Es difícil clasificar esta propuesta por lo poco convencional que resulta, sobre todo debido a la utilización de una retórica idealizada, básicamente teórica, hasta el punto de que minimiza la interpretación los datos arqueológicos. Así, los orígenes del urbanismo en el bajo Guadalquivir se remontarían al II milenio a.C., durante el Bronce Tardío (1500-1200 a.C.), cuando Tarteso era un “Estado” de estructura socioeconómica clasista dominada por la aristocracia, cuya autoridad se basaba en el repartimiento desigual de la tierra y en la centralización del poder en ciudades-estado como Carmona y Obulco. Así pensado, en la eclosión del urbanismo tartésico intervendrían también las influencias mediterráneas, micénica y, posteriormente fenicia, esta última a partir del Bronce Final Reciente (c. 950-900 a.C.), en la época de las relaciones comerciales entre Tiro y Tarsis, aunque el desarrollo estatal de Tarteso sería netamente autóctono, porque el proyecto de la ciudad-estado de Carmona sería anterior a la fundación de *Gadir* (Arteaga y Roos 2007: 68).

Otra plasmación de este modelo evolutivo del urbanismo tartésico se puede considerar como un producto de la Nueva Arqueología, esencialmente autoctonista y antidifusionista, aunque valora el contexto en el que intervienen factores exógenos (básicamente el comercio con poblaciones “mediterráneas”) coadyuvantes en el surgimiento del Sistema Centro-Periferia y, dentro de este, del *oppidum* o lugar central. Estos *oppida* serían grandes núcleos de población o ciudades que asumirían las funciones de organización de la explotación del territorio y se constituirían, a la vez, en centros artesanales y mercados de los que dependían extensos territorios dedicados a la producción agraria y a la explotación minera (Gracia y Munilla 2004: 328). Consecuentemente se trata de un proceso fraguado en los últimos momentos de la Prehistoria y culminado en los siglos VII-VI a.C., cuando se produjo “el paso decisivo de transición de unas comunidades protourbanas hacia la vida urbana” (Aubert 1977-1978: 83).

La aplicación casi automática del Sistema Centro-Periferia a Tarteso resulta tentadora por cuanto algunos de los ítems observados en este modelo (lugares centrales u *oppida*, necrópolis tumulares, circulación de bienes de prestigio, poderío de las aristocracias, etc.) podrían compararse con fenómenos similares detectados en el registro arqueológico de los siglos VIII-VI a.C. en Tarteso, durante el conocido como “período orientalizante”. Sin embargo, esta lectura de la documentación arqueológica sería, en nuestra opinión,

un reflejo deformado de otros procesos históricos coetáneos observados en Centroeuropa y en Etruria, que en ningún caso se puedan considerar comparables. El principal inconveniente de esta hipótesis es que los fenómenos descritos en Hallstatt C-D estuvieron determinados por el comercio de larga distancia con Etruria y Grecia, mientras que en el territorio tartésico prosperó la colonización fenicia desde fines del siglo IX a.C., de manera que los procesos aparejados, como la fundación de ciudades y emporios, el contacto físico entre dos o más grupos de orígenes culturales diferentes, la hibridación cultural y biológica, y un largo etcétera de fenómenos aparejados, transformaron profundamente los cimientos de las comunidades autóctonas, al menos las que orbitaban alrededor de *Gadir*, *Onoba* o **Ispal*.

El nexo común de todas estas interpretaciones es la consideración del alto desarrollo sociopolítico y económico de las comunidades autóctonas del Bronce Final con las que interaccionaron los fenicios y, como un axioma, la “necesidad” de que existiesen ciudades o asentamientos protourbanos, sin que se defina en ningún momento el significado de los prefijos pre y proto en relación a la urbanización. El otro punto coincidente en estas propuestas es la disociación entre lo que se da por demostrado y el registro material, pues no hay correspondencia entre la documentación arqueológica y la interpretación de la misma. Un ejemplo: “Una sociedad de estas características debió contar, necesariamente, con un centro urbano donde radicaría el poder político y religioso, pero sobre todo, que se tratara de un lugar destacado en la redistribución económica y, asimismo, el principal aglutinador del que dependían las otras funciones, al que estarían vinculados un conjunto de asentamientos menores...” (Tejera y Fernández 2020: 86). Entre estos núcleos, que no pueden ser considerados propiamente ciudades, se podrían contar Sevilla, Mesas de Asta o Huelva, y las referencias a una ciudad denominada Tarteso podrían aludir a “un núcleo de una cierta envergadura en torno al que estaría vinculados una serie de núcleos secundarios, que se hallarían relacionados entre sí por factores económicos, políticos, religiosos, u otros” (Tejera y Fernández 2020: 92).

El modelo “clásico”: la cultura griega como fuente de civilización

Este modelo está únicamente representado por M. Bendala Galán, pero comparte con las anteriores propuestas la idea de que el proceso de urbanización se produjo en las postrimerías de la Prehistoria, durante el Bronce Final, período en el cual se percibiría en el registro arqueológico la creciente actividad minera y metalúrgica y la aparición de determinados ítems, como las estelas de guerrero, capaces de prefigurar la existencia de una red de asentamientos de carácter urbano. Sin embargo, la originalidad del planteamiento

radica en que este proceso se atribuye a una emigración de grupos diseminados tras la desaparición de los palacios micénicos, simbolizados en los *nostoi* (Bendala 1989: 135-140). A este período lo denomina “geométrico” (Bendala 2000: 79) y se caracteriza por presentar rasgos, como el modelo de ocupación territorial ligado al nivel social y exigencias económicas típicamente urbanas, aunque no habría desarrollado aún aspectos como el urbanismo y el desarrollo de la arquitectura en los hábitats. Es decir, “se trataría de una sociedad urbana sin ciudades porque no hay evidencias arqueológicas diferentes de las agrupaciones de cabañas” (García Fernández y Ferrer 2021: 128). A fines del segundo milenio o principios del primero a.C. se produciría una reestructuración territorial en la baja Andalucía que obedecía “a una estrategia territorial típicamente urbana, basada en la potenciación o creación de núcleos básicos de gran vocación viaria por la importancia de un factor ahora determinante: la comunicación y el comercio y la apertura a un horizonte geográfico muy vasto y ambicioso, ajustado, ... a la ‘economía mundo’”. Entre estos centros destacaban *Onuba*, *Hasta Regia*, *Carmo* o *Corduba*. La consolidación de la estructura urbana tartésica culminaría con la colonización fenicia, con fundaciones coloniales como *Gadir* y *Spal*, o centros asociados a la órbita semita, como Tejada la Vieja o Niebla (Bendala 2009: 365-366).

La hipótesis del origen egeo de la ciudad en Tarteso tiene algún precedente en el panorama internacional, como el de A. Schulten, pero sorprendentemente no se contradice con los planteamientos generales desarrollados por C. Renfrew (1983 [1973]) en su libro *El alba de la civilización. La revolución del radiocarbono y la Europa prehistórica*. Decía Renfrew que la “primera auténtica civilización que merece tal nombre en Europa nació en el Egeo, a unos 2000 años a.J.C.”. Según este autor, se trataba de una sociedad compleja y altamente organizada, con palacios, artesanos, productos refinados, pero muestra su escepticismo sobre las influencias de Próximo Oriente, sin “grandes consecuencias para la sociedad”. Es más, presupone “que esta civilización europea representa una evolución ampliamente europea y que la mayoría de sus rasgos pueden relacionarse, no a las civilizaciones anteriores del Próximo Oriente, sino a los antecedentes locales y a los procesos que tuvieron lugar en el Egeo durante un largo milenio” (Renfrew 1983 [1973]: 209-210). Como vemos, el esencialismo característico del Historicismo Cultural marida a la perfección con el autoctonismo y antidifusionismo de la Arqueología Procesual.

Lógicamente un origen griego para la ciudad en Tarteso obliga a desviar la mirada hacia el contexto y los factores propios de la génesis de la ciudad en la Hélade, en parte coetánea al fenómeno en extremo Occidente, si bien, y aunque a algunos investigadores les parezca casi herético, el fenómeno urbano en Tarteso fue algo

anterior al griego y con algunos factores compartidos. Habitualmente se recurre a los estudios clásicos de N. D. Fustel de Coulanges (1866), G. Glotz (1928) y F. de Polignac (1984) para analizar el contexto en el que surge la ciudad griega, y precisamente la revisión de estos trabajos es la que nos previene de la falta de sintonía entre uno y otros procesos. Polignac (1984: 15-16) parte de los estudios tradicionales inspirados en las escasas fuentes literarias y, sobre todo en las interpretaciones de los filósofos, como Aristóteles, que presentan el nacimiento de la ciudad como el resultado de la desagregación de una sociedad de solidaridad privada dominada por las clases nobles, reagrupadas en fratrías y tribus, y con una autoridad monárquica progresivamente desmantelada. Reducción de privilegios políticos, jurídicos, económicos y mantenimiento de los cultos tradicionales, pero subordinados a la colectividad, en particular al de la divinidad protectora de la comunidad (de la soberanía humana se pasaría a la soberanía divina), son otros síntomas que anunciarían el nacimiento de la ciudad. Revisada esta visión tradicional, F. de Polignac (1983: 17-18) analiza los factores coadyuvantes en el nacimiento de la ciudad, que data en los siglos VIII-VII a.C.: reaparición de la escritura, frecuentación regular de las rutas marítimas y de los intercambios a larga distancia, renacimiento de la arquitectura monumental, emergencia de la polis en el mundo greco-egeo y en las fundaciones coloniales del sur de Italia y de Sicilia, crecimiento demográfico, cambios socioeconómicos, como el progresivo paso del predominio de la actividad pastoril y del poblamiento escaso y disperso a actividades económicas más intensivas y a una mayor concentración de la población y aumento demográfico hasta causar una superpoblación y el fenómeno colonial. Otros factores concomitantes serían el papel ejercido por la aristocracia guerrera, los lazos de hospitalidad, parentesco y alianzas, a la vez que la bravura personal y la fortuna, que fundamentan el poder y el prestigio. Por último, la construcción de grandes santuarios en el campo o en los límites de las futuras ciudades, con sus mitos, remitirían a los primeros tiempos de la historia de las ciudades.

La pretensión de trasladar algunos de estos factores a Tarteso devendría en un ejercicio de retórica acrítica que no atiende a las coordenadas espacio-temporales, ni al contexto mediterráneo, ni a un análisis riguroso del registro arqueológico. No podemos extendernos en todos y cada uno de los factores señalados por Polignac, pero destacamos algunos para comprobar las disimilitudes entre el Egeo y Tarteso. Primeramente, en la península ibérica la primera escritura registrada es la fenicia, en cuyo alfabeto se inspiró la llamada “escritura del Suroeste”. No hubo uso anterior de la escritura, lo cual es significativo si lo valoramos no solo como un indicador de la existencia de ciudades sino, sobre todo, como una evidencia de la complejidad socioeconómica y de la integración del Suroeste en los

mismos mecanismos de estatalización de otras áreas del Mediterráneo. En segundo lugar, los intercambios a larga distancia en dirección este-oeste y sur-norte por el mar Mediterráneo y por el océano Atlántico, así como su regularidad y organización y el establecimiento de factorías, emporios y asentamientos estables, fueron promovidos por el estado tirio y por sus principales fundaciones coloniales, *Gadir* entre ellas, desde fines del siglo IX a.C. Con anterioridad a la colonización fenicia, durante el Bronce Final, hubo sin duda frecuentación de estas rutas atlánticas y mediterráneas, pero la sistematización y periodicidad de los intercambios de ideas, de productos y de personas, así como la definitiva apertura del Suroeste al Mediterráneo, fueron el resultado del movimiento colonizador fenicio.

Por otro lado, en el ámbito colonial del extremo Occidente no se produjo, como en el Egeo, la eclosión de la polis como forma de organización sociopolítica, porque, independientemente de que fuera un fenómeno exclusivamente griego, caracterizado por la fragmentación, el sistema colonial fenicio estableció vínculos políticos e ideológicos directos entre la metrópoli y las colonias mediante un sistema jerarquizado en cada territorio, de manera que *Gadir* y el santuario de Melqart se constituyeron en los centros de poder político e ideológico, respectivamente, del área meridional de la península ibérica. Posteriormente, a principios del siglo VI a.C., la desintegración del sistema colonial a raíz de la conquista de Tiro y la crisis en Tarteso (Ferrer y García Fernández 2019; 2021) contribuyeron a la fragmentación política del territorio en ciudades-estado como *Gadir*, *Carteia*, *Malaka*, *Sualis*, *Sixo* o *Baria* (Ferrer y García Fernández 2007; Ferrer 2017c), pero ni aun así se puede hablar de la adopción de la polis griega como sistema sociopolítico, entre otros motivos porque las ciudades fenicias gozaban de una milenaria tradición de autogobierno en medio urbano.

Otro factor de los propuestos, la arquitectura “monumental”, tampoco permite equivalencias entre las experiencias egeas y tartesias. Ciertamente los santuarios tuvieron un papel fundamental tanto en las colonias (*Gadir*, *Malaka*) como en los asentamientos indígenas que acogían templos fenicios en su perímetro (Castro de Ratinhos, Castro Marim, *Caura*, *Carmo*, Montemolín, Alcorrín), pero estaban desprovistos de la monumentalidad de los edificios helenos, al menos en los casos mejor conocidos, y, sobre todo, constituían una importación de modelos arquitectónicos foráneos. Este fenómeno sería, por así decirlo, la antítesis de la evolución entre los antiguos templos griegos (*Perachora*, *Corinto*) y los grandes *hecatompedon* que darían lugar a los templos de época arcaica y clásica. En el caso de Tarteso, no hay evolución sino importación de modelos arquitectónicos en el diseño, planta, materiales y técnicas constructivas. Los nuevos edificios, ya estuvieran ubicados en lugares aislados (El Carambolo)

o en asentamientos (Cerro de San Juan en *Caura*, Saltillo en *Carmo* o Montemolín), se diferenciaban en todo de las cabañas de tradición autóctona (planta, materiales de construcción, techumbres, suelos, revestimientos, etc.) (Izquierdo 1998; Delgado 2005). Este fenómeno también es evidente en las grandes obras defensivas (murallas con terraplén, fosos), que constituían una mimesis de la arquitectura fenicia (Escacena 2002; Escacena e Izquierdo 2002) directamente relacionada con el surgimiento de la ciudad y del urbanismo.

En lo que respecta a los cambios en la economía, del mayor peso de la actividad pastoril a la agrícola, no es un tema en el que se haya investigado específicamente, pero existe la idea de que las comunidades del Bronce Final eran muy móviles en el territorio, precisamente por su dedicación a la ganadería (Escacena y Gómez Peña 2022). Lo cierto es que en Tarteso, la economía experimentó una transformación radical, aunque no creemos que fuera por la relegación de la ganadería en favor de la agricultura, que parece pujante en este período, al menos por los datos de Montemolín y de otros yacimientos (Ramos y Ferrer 2022; Ramos Soldado e.p.), sino sobre todo por la explotación minero-metalúrgica a gran escala y por el desarrollo de una agricultura extensiva, cerealística, incentivada por la propia demanda colonial y por el crecimiento demográfico experimentado en el siglo VII a.C., que tiene su expresión arqueológica en el fenómeno de las colonizaciones agrarias (Ferrer y Bandera 2005; Ferrer y otros 2007). Todos estos factores fueron, como seguidamente veremos, fundamentales para el nacimiento y desarrollo del fenómeno urbano.

Por último, a diferencia de las poleis del Egeo, en muchos casos protagonistas de experiencias coloniales, Tarteso fue tierra de acogida de excedentes poblacionales del Próximo Oriente y, aunque experimentó un crecimiento demográfico notable registrable en el aumento del número y del tamaño de los asentamientos tanto coloniales como indígenas, no llevó a cabo una política colonizadora propiamente dicha, salvo quizás la redistribución de comunidades fenicias en nuevas fundaciones, como en Ibiza, en la costa alicantina (Cabezo Pequeño del Estaño, La Fonteta) y en el litoral mediterráneo y atlántico de las actuales Andalucía y Portugal. Quizás sí se pueda considerar un caso excepcional de colonización el más que probable traslado de grupos humanos hacia el Guadiana Medio (Medellín, Cancho Roano) presumiblemente procedentes del bajo Guadalquivir (Almagro Gorbea 2010; Celestino y López Ruiz 2020: 268).

Las ciudades de Tarteso: un modelo colonial fenicio importado

Como hemos argumentado, el surgimiento de la ciudad y del urbanismo en el Egeo no guarda paralelismos ni

concomitancias con el proceso urbanizador en Tarteso, dependiente este en origen, como seguidamente veremos, de la experiencia colonial fenicia. Descartadas la evolución de los poblados autóctonos y la inspiración helena, otros autores, entre los que nos encontramos, valoramos la idea de un urbanismo de importación de origen próximo oriental, de un trasplante de la ciudad fenicia al extremo Occidente, de fundaciones plenamente urbanas en Tarteso que actuaron como modelo y como fermento de nuevos asentamientos o de inspiración a sitios ya habitados, en los que pudieron intervenir artífices fenicios (caso de Montemolín, cf. Díes Cusí 2001). Esto no significó en ningún caso ni una imposición, ni una rápida aceptación ni la reproducción automática de estos modelos, porque en algunos sitios (Montemolín-Vico, *Acinipo*) se observa la convivencia de los nuevos modelos de edificación con las cabañas tradicionales en fechas tan avanzadas como fines del siglo VII a.C. (Aguayo *et al.* 1986; Aguayo *et al.* 1991; Bandera y Ferrer 2002; García Fernández y Ferrer 2021). E incluso, en algunos casos como en Castro de Ratinhos, las nuevas formas de edificación no tuvieron aceptación o trascendencia como en otros sitios. Y estamos refiriéndonos a los asentamientos de primer orden, en las aldeas y granjas, los hábitats rurales propiamente dichos, pervivió el modelo anterior durante siglos, hasta avanzado el siglo VI a.C., cuando se registra un cambio notable en la planta y funcionalidad de los edificios rurales (Ferrer *et al.* 2019; Ferrer *et al.* 2020).

Volviendo a las propuestas que se pueden integrar con matices en este grupo, en muchos casos no se trata de estudios específicos sobre el origen de la ciudad en Tarteso, pero implícitamente hacen alusión a la influencia fenicia en su desarrollo urbano. Es el caso de M. Belén y T. Chapa (1997: 141), quienes destacan la incorporación de conceptos urbanísticos y técnicas constructivas de origen fenicio y la configuración de “capitales” tartesias, como *Onoba*, *Asta Regia*, *Carmo* o *Corduba*, constituidas en grandes núcleos de población con fisonomía de ciudad y con modos de vida urbanos, en cuya órbita gravitaban otros centros menores. Una hipótesis similar es la que aporta D. Ruiz Mata (2001: 85; Ruiz Mata *et al.* 1998: 66) al reconocer que los rasgos urbanos adquiridos por los hábitats tuvieron como referencia a la ciudad fenicia, como consecuencia del proceso de interacción entre semitas e indígenas a partir de la segunda mitad del siglo VIII y durante el siglo VII a.C. Los poblados característicos del Bronce Final fueron abandonados o se transformaron en grandes hábitats, y entre los factores coadyuvantes de la urbanización de Tarteso se valoran aspectos demográficos (concentración de la población), tecnológicos, socioeconómicos (especialización y división del trabajo, expansión del comercio) y políticos, como la adopción de la jefatura como formación política entre las comunidades indígenas (Ruiz Mata 2001: 85-86).

También algunos autores reconocen la actividad colonial fenicia como desencadenante de las transformaciones operadas en Tarteso, determinante, por ejemplo, en la reordenación territorial de áreas estratégicas desde el punto de vista económico, como el distrito minero onubense, el reborde de la ensenada bética y la paleodesembocadura del río Guadalquivir, así como en las transformaciones en las viviendas (de la cabaña a la casa) y en la arquitectura defensiva (Domínguez Monedero 2007: 260; Celestino y Rodríguez 2017). En este mismo sentido, C.G. Wagner (2007: 64-66) atribuye a las sociedades autóctonas la adopción de determinados aspectos del urbanismo fenicio, como la vivienda de planta cuadrangular, pero no la concepción ni la distribución interna de los ámbitos domésticos, dotados de patio y varias estancias, por lo que se trataría de una influencia atribuible más a la absorción de formas que a los aspectos funcionales o ideológicos. No obstante, en algunos asentamientos, como Tejada la Vieja, las evidencias de urbanismo serían indicios de coexistencia interétnica, como también lo serían la construcción de santuarios de impronta semita en asentamientos indígenas (El Carambolo, Coria del Río, Montemolín, Cástulo).

El fenómeno urbano en Tarteso: criterios de análisis

Recientemente hemos comentado los criterios de identificación del proceso de urbanización en Tarteso propuestos por D. Ruiz Mata (2001: 85) y C.G. Wagner (2007: 47 ss.). En el primero se señalan factores demográficos (concentración de población), económicos (excedentes agrícolas, comercio) y sociales (existencia de una élite dirigente con poder religioso y político), mientras que los identificados por el segundo autor son más concretos, centrados en los mismos aspectos sociales, económicos y demográficos, aunque también son definidos aquellos factores morfológicos que distinguen a la ciudad de otros tipos de asentamientos. Si algo caracterizaba a un centro urbano antiguo era la diversidad funcional de los espacios construidos, de acuerdo con la división social del trabajo, la jerarquización y la significación ideológica. Esta complejidad se manifestaría, por ejemplo, en la existencia de áreas artesanales (talleres) y de almacenamiento, de espacios de circulación (calles, plazas), áreas residenciales, edificios de reunión para la comunidad representada por la élite o la aristocracia, así como la separación física entre la ciudad de los vivos y las necrópolis. Estos espacios funerarios evidenciarían esas diferencias sociales, como también la existencia de contrastes entre la arquitectura doméstica y los edificios con cierta monumentalidad dedicados al culto o la residencia de la aristocracia (García Fernández y Ferrer 2021: 143-147).

Pero, siguiendo a G. Wagner, la diferencia entre las ciudades y otras aglomeraciones humanas no

incumbirían solo al interior del asentamiento sino también a las relaciones con otros hábitats, es decir, una de las características de la ciudad es la progresiva y acusada diferenciación entre el núcleo urbano y los hábitats del ámbito rural. Tal segregación podía estar delimitada físicamente, con estructuras defensivas, fosos y murallas, pero no es una condición *sine qua non*. Las relaciones de la ciudad con el campo circundante serían jerárquicas, aunque de mutua dependencia, y pudieron conllevar fenómenos de implantación rural y parcelaciones en el territorio. Por último, la ciudad estaría en contacto con otros territorios a través de los intercambios, documentados por la presencia de productos importados y, en ocasiones, por sistemas que garantizarían el funcionamiento del comercio, como métodos de contabilidad, pesas y medidas o escritura.

Abundando en estos criterios, las definiciones generales de “ciudad” de carácter atemporal se centran en aspectos morfológicos (calles, edificios), de densidad (estable) de población y en las actividades económicas, más diversificadas en los centros urbanos que en los rurales. Por su parte, los criterios desarrollados por la Geografía Urbana también inciden en los aspectos demográficos (densidad, concentración), morfológicos (urbanismo) y económicos (actividades diversificadas no exclusivas del sector primario) del hábitat para distinguirlos de otras aglomeraciones humanas (Capel 1975: *passim*). Y si acudimos a estudios clásicos como el de C. Renfrew (1983 [1973]: 210) sobre el concepto de civilización, en parte coincidente con el de urbanización, los criterios son prácticamente los mismos, atendiendo a los factores sociales, como la creciente complejidad, una estratificación social claramente definida, la existencia de élites (príncipes, sacerdotes), de artesanos a tiempo completo especializados en la elaboración de productos refinados, así como a factores económicos relacionados con una organización centralizada permanente, a la sombra de palacios o templos. “El hombre ha creado para sí mismo un nuevo entorno, que le aísla (o aísla al menos a aquellos bien situados en la jerarquía social) del contacto inmediato de la naturaleza o de las necesidades obsesivas del cazador o del agricultor, forzado a la autosuficiencia”. En definitiva, el surgimiento de la civilización se produciría por la interrelación de seis o siete parámetros: crecimiento de la población, densidad, cambios en el modelo de subsistencia, comercio y concepciones y creencias de la sociedad, modo de explotación del entorno y técnicas utilizadas para tal fin (Renfrew 1983 [1973]: 278).

Por otro lado, los estudios sobre el proceso urbanizador en diversos lugares del mundo como Próximo Oriente, Mesoamérica o el subcontinente indio gozan de una larga tradición desde los años 50 del siglo XX (Redman 1990). En Mesopotamia, por proximidad cultural, la urbanización fue el fruto de un largo proceso evolutivo, con antecedentes en la sedentarización y en las aldeas

neolíticas, que fraguó en la segunda mitad del IV milenio a.C., como consecuencia de la intensificación de los procesos de jerarquización y estratificación social y de la diversificación económica, progresivamente centralizada desde el punto de vista administrativo (Liverani 1995: 97 ss.). En este contexto geográfico y cultural, las diferencias morfológicas entre la ciudad y la aldea se tradujeron en la existencia de edificaciones con significación ideológica, como templos y palacios, en las que residía el poder y se administraban los recursos, y en espacios dedicados al almacenamiento de excedentes, como graneros, etc. (Liverani 1995: 106).

Salvando las distancias cronológicas y geográficas, el ejemplo mesopotámico puede servirnos de modelo comparativo, más en los aspectos formales que en las causas de la urbanización porque, como hemos argumentado, el caso tartésico no es una evolución local desde la aldea neolítica hasta la ciudad, sino un fenómeno importado del Próximo Oriente con la colonización fenicia como intermediaria. No obstante, se pueden establecer comparaciones, lógicamente a una escala mucho menor, con otros fenómenos aparejados a la primera gran urbanización de Mesopotamia: las colonizaciones de Uruk (Algaze 2004: *passim*). Concebidas como la primera plasmación de un “sistema mundo”, en efecto, la ciudad de Uruk desarrolló una política de expansión del modelo urbano en toda Mesopotamia y áreas limítrofes con el objetivo de establecer rutas seguras a larga distancia para abastecerse de materias primas, especialmente metales, y productos elaborados y semielaborados de los que Mesopotamia era deficitaria. Fue una política enormemente adaptativa según los sustratos locales, los ecosistemas y los recursos; de hecho, “aplica distintas estrategias de contacto según las áreas, en función de la existencia o no de contactos anteriores, de la distancias y facilidad de transporte y, sobre todo, según el tipo de sociedad preexistente en las áreas penetradas”. Así mismo, constituyó un “sistema transregional jerárquicamente organizado de intercambios económicos asimétricos entre sociedades de estructuras diferentes y formas de división del trabajo y capacidad productiva distintas, y distintos niveles de acceso a tecnologías de control social” (Algaze 2004: 242-243). Este sistema-mundo tuvo implantaciones en el Éufrates Medio y Alto, en la Susiana (Irán), Alto Tigris y en los pasos de los montes Zagros hacia la meseta irania y Asia central.

Algo similar a este fenómeno debió ocurrir en el arco meridional de la península ibérica, desde el río Mondego hasta el Segura, y, más concretamente en Tarteso, donde las fundaciones de colonias y factorías fenicias implantaron en sus respectivos territorios el modo de vida urbano, fenómeno que se refiere no solo a una manera de entender el espacio habitado y de construir edificios y murallas sino también a la transformación de la vida comunitaria hacia modelos de convivencia más

impersonales y menos apegados al parentesco, abiertos por tanto a la interacción entre individuos de diferente origen étnico y distintas tradiciones consuetudinarias. En estos contextos las mujeres tuvieron un papel protagonista no solamente en los ámbitos domésticos, como tradicionalmente se ha entendido, en su papel de cuidadoras de la prole o como portadoras de tradiciones culinarias y artesanales (alfarería o cestería, por ejemplo), sino también como coparticipes del poder, porque, ya fuera en los sitios coloniales como en los asentamientos mixtos o indígenas, las mujeres ocuparían espacios de representación. La mayoría de los indicios se concentran en los contextos funerarios, tanto en los cementerios fenicios como en las conocidas como necrópolis “orientalizantes”, aunque hay otros testimonios indirectos, como el servicio del culto a Astarté, indicadores de la participación protagonista de mujeres; emerge, en este sentido, papel de Elisa-Dido como protagonista de la diáspora fenicia en el norte de África. ¿Habría una Elisa en *Gadir* o en El Carambolo? Otros indicios en ámbitos no coloniales, como la expresiva iconografía en las estelas diademadas, permiten indicar que existían “big women” que acumularon prestigio, riqueza y poder.

Nuestra reciente aportación a esta problemática (García Fernández y Ferrer 2021: 154 ss.) baraja elementos conceptuales y teóricos, así como el recurso a los paralelos coetáneos dentro del contexto mediterráneo y a la contrastación con el registro arqueológico, para llegar a la conclusión de que el surgimiento de la ciudad en Tarteso es un proceso repentino y, a la vez, progresivo; repentino por cuanto ciudad y urbanismo fueron fenómenos importados de Próximo Oriente desde los inicios de la colonización fenicia a fines del siglo IX a.C. en fechas convencionales. Este proceso no fue consecuencia de una evolución local, como ocurrió en Mesopotamia y Grecia, sino de la implantación de un nuevo tipo de hábitat y de formas de vida urbana hasta entonces desconocidos en estos territorios. *Gadir-Doña Blanca* (Botto ed. 2014) y *Onoba* (Botto ed. 2018) son ejemplos de cómo debieron ser estas primeras fundaciones urbanas en Tarteso, con diferencias entre ellas en cuanto a sustrato y funcionalidad, pero con el denominador común de los aspectos arquitectónicos, funcionales e ideológicos, aunque conozcamos mejor las fases inmediatamente posteriores. A la par, se trata de un fenómeno progresivo porque estas fundaciones constituyeron el modelo y el fermento de numerosos asentamientos de nueva planta, o bien de la transformación morfológica de poblados ya existentes, que empezaron a adoptar parsimoniosamente las nuevas formas de habitación, aunque, como decimos, en algunos asentamientos convivieron durante mucho tiempo ambos modelos, el de las cabañas elípticas y el de los nuevos edificios cuadrangulares, de manera que las nuevas ideas y técnicas de urbanización y edificación no se acabarían imponiendo en algunas áreas de Tarteso

hasta el siglo VI a.C., tanto en los centros urbanos como en los hábitats del ámbito rural.

“En síntesis, los criterios que permiten hablar de vida urbana o de ciudad en la protohistoria bajoandaluza se refieren tanto a aspectos morfológicos y demográficos como sociales e ideológicos:

- la existencia de una población concentrada, no necesariamente de gran tamaño, sino densa, en la que la organización interna sea impersonal, es decir, que los niveles de organización sociopolítica ya no dependan exclusivamente de las relaciones de parentesco. Así, se identificaría una acusada estratificación social cuya cúspide puede estar ocupada por diversas figuras, habitualmente identificadas con una aristocracia o elite detentadora del poder político, o, si dependemos de los testimonios literarios y obviamos los procesos de mitificación (Argantonio, Gárgoris, Habis), con una monarquía o una concentración de poder unipersonal, que es lo que significa la palabra griega *basileo*.
- el desarrollo de actividades no primarias, como la producción de manufacturas, el comercio, la gestión de los recursos (almacenamiento y redistribución), las actividades constructivas, etc.
- la conversión de la ciudad en centro de “servicios” para los hábitats secundarios, aldeas y granjas del entorno.
- la presencia de elementos morfológicos que se pueden documentar en el registro arqueológico y permiten analizar estos aspectos sociales e ideológicos ya comentados, aunque no tienen por qué aparecer simultáneamente: murallas, edificios con significación ideológica y religiosa (palacios, santuarios), con un tamaño, materiales constructivos y planimetría que los diferencian de las viviendas, construcciones dedicadas al almacenamiento de excedentes, áreas segregadas destinadas a actividades artesanales (alfarería, metalurgia, orfebrería, eboraria, etc.)” (García Fernández y Ferrer 2021: 145).

Con estos criterios, ¿cómo se podría caracterizar una ciudad antigua prerromana en los confines de la ecúmene? Como hemos visto, los testimonios literarios griegos ponen de manifiesto que la ciudad es un fenómeno plenamente establecido en Tarteso al final del arcaísmo (*Ibila, Elibirge, Gadir*), en un margen cronológico que podemos considerar entre fines del siglo VII a.C. y mediados del VI a.C., que es el período en el que se pudieron conformar los datos de testigos oculares griegos sobre Tarteso. Este es un criterio histórico válido, como hemos comentado *supra*, pero dependiente a su vez de la noción que un griego jonio

del tardoarcaísmo como Hecateo de Mileto tuviera del término “polis”, centrado más en los aspectos económicos (carácter portuario del sitio, actividad comercial, explotación de los recursos del entorno) que en los meramente morfológicos.

Un estudio completo del fenómeno urbano en Tarteso requiere, como hemos comentado, analizar conjuntamente aspectos morfológicos y demográficos de los hábitats y factores socioeconómicos e ideológicos concomitantes en este proceso histórico. Entre los primeros, la existencia de urbanismo, entendido como “organización u ordenación de los edificios y espacios de una ciudad” (diccionario de la RAE), es un criterio que incumbe a aspectos como la existencia de zonas de circulación y espacios abiertos, de estructuras defensivas, de edificios cuyo tamaño, técnicas edilicias y función los diferencian de los ámbitos puramente domésticos, de construcciones dedicadas al almacenamiento de excedentes, y de áreas o edificios destinados a las actividades artesanales. El principal problema de la aplicación de este criterio es la insuficiencia de datos arqueológicos porque, salvo la excepción de Tejada la Vieja (Fernández Jurado 1987; García Sanz y Rufete 1995), *Gadir* y Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata 2016, 2018; Botto ed. 2014), no hay excavaciones en extensión lo suficientemente amplias en superficie para evaluar estos aspectos. El hecho de que se trate en dos de los ejemplos de despoblados ha facilitado lógicamente la posibilidad de documentar amplias áreas de la ciudad, pero en otros yacimientos con las mismas condiciones, como Montemolín-Vico, diversas vicisitudes no han permitido investigar una superficie excavada superior a los 600 m², y solo se pueden atisbar algunas de las características antes comentadas. Casos bien diferentes son las ciudades actuales, como Huelva, Carmona, Niebla, Sevilla o Alcalá del Río, donde la actividad arqueológica de urgencia ha sido muy intensa y ha proporcionado numerosos datos, aunque aislados y difíciles de valorar en su conjunto.

La misma incertidumbre surge cuando se analizan los aspectos demográficos y de concentración de la población, porque la información arqueológica es insuficiente y las inferencias cualitativas y cuantitativas a partir de ésta no superan el rango hipotético de los cálculos aproximados de población basados en la supuesta extensión de los asentamientos (Almagro Gorbea 1988). No obstante, sí disponemos de más datos sobre la segregación espacial entre hábitats y necrópolis y sobre la existencia de arquitectura defensiva, aspectos idóneos para diferenciar desde el punto de vista físico, pero también ideológico, las ciudades de los ámbitos rurales. En éstos, contrariamente a lo que ocurre en los medios urbanos, la información es ingente, obtenida a través de las prospecciones arqueológicas y de excavaciones preventivas, que permite aportar una

imagen diacrónica muy expresiva, y hasta hace poco inédita (Ferrer *et al.* 2007; Ferrer *et al.* 2011; Ferrer *et al.* 2019; Ferrer *et al.* 2020), de la ocupación del campo, de las actividades desarrolladas (agricultura, ganadería, metalurgia, pesca) y de las relaciones con los centros urbanos.

Quizás los criterios sociales, económicos e ideológicos sean los más accesibles con la información arqueológica disponible, ya que la literaria es escasa y controvertida, centradas en las figuras de Argantonio como basileo y las de Gágoris y Habis como *reges* (Almagro Gorbea 2000). En cambio, una lectura social de las necrópolis permite analizar aspectos como la proporción de los habitantes enterrados de un asentamiento, es decir, quiénes tenían derecho a ser enterrados en un espacio funerario delimitado, o, en el caso de que existiese, la jerarquía social entre los difuntos establecida según edad, sexo, nivel de riqueza y estatus. Además, los cementerios son yacimientos arqueológicos idóneos para una lectura étnica de la población mediante el análisis de las costumbres funerarias, ajuares y rituales de enterramiento, y también para analizar los fenómenos de hibridación cultural y biológica y el conocimiento del pensamiento escatológico de la comunidad. El único inconveniente del registro funerario es que solo está representado el Hierro I, y no se puede hacer un estudio diacrónico desde avanzado el siglo VI hasta el siglo II a.C. en las ciudades de Tarteso, si exceptuamos *Gadir*.

Así mismo, la existencia de edificios sacros o “singulares” y su ubicación en los asentamientos también son indicativos de la diversificación y creciente complejidad de los roles sociales en estas incipientes ciudades, porque, por un lado, requerían personal especializado para atender todas necesidades del culto, y, por otro, se convirtieron en los centros neurálgicos de la vida cívica al estar ubicados en las acrópolis junto a otros edificios de prestigio y, en este sentido, vinculados al poder, cuando no constituían el poder mismo (Ferrer e.p.).

Por último, el estudio de los productos hallados en asentamientos y necrópolis puede favorecer la proposición de hipótesis sobre diversos aspectos económicos en medio rural o urbano, como la existencia de artesanías especializadas (alfarería, metalurgia, siderurgia, orfebrería, eboraria, etc.), de trabajos relacionados con la construcción, como técnicas de albañilería (tapial, adobes, cantería), tráfico de materias primas y circulación de productos de diversa índole, ya fueran alimentos (aceite, vino), cerámicas, productos perecederos apenas conservados en el registro arqueológico, como cueros y telas (Ferrer 2022), y bienes de prestigio en diversos materiales (bronce, hierro, marfil, metales nobles) (Ferrer y Hunt 2021).

Ciudades y territorios en Tarteso

Para exponer nuestra hipótesis sobre el proceso de urbanización de Tarteso utilizaremos la conocida imagen de los cuatro elementos de la naturaleza (agua, tierra, fuego y aire) como metáfora de aquellos factores que explicarían la fundación de santuarios, factorías, emporios y colonias fenicias y, a la larga, el surgimiento del fenómeno urbano en los dominios tartésicos.

Si algo caracterizó a Tarteso fue su relación con el medio acuático. En la primera mención literaria grecolatina conservada (Str. III 2, 11), Tarteso es un hidrónimo, y ese fue uno de sus significados hasta el final de la Antigüedad (Ferrer 2021: *passim*). Además, sería una isla en la desembocadura de un río según Plinio (IV 120, también Escol. A Licofr. 643, THA IIA 70d), identificado a partir de Estrabón con el *Baetis*, pero también un estrecho (*a freto Tartesio*, en Av. OM 54) y una bahía (*sinus Tartesii*, en Av. OM 265) (Correa 2016: 461-466). En definitiva, era sinónimo de tierras oceánicas y ribereñas, un territorio litoral extenso delimitado por el océano Atlántico al sur (*sinus*) hasta el estrecho de Gibraltar (*fretum*), al oeste por un río, el *Anas*, y al norte probablemente por el río Guadalquivir y Sierra Morena, quedando desdibujado el límite oriental. Este amplio territorio estaba articulado a su vez por numerosos cursos fluviales; en sentido oeste-este, además del *Anas*, habría que enumerar los ríos Odiel (*Urium*, en Plin. Nat. III 7), Tinto (*Luxia*, en Plin. Nat. III 7), Guadiamar (*Maenuba*, en Plin. III 11-12), que no era entonces tributario del *Baetis*, el propio río Guadalquivir, el Guadalete (*Chrysus?*, en Av. OM 419) y el Barbate (*Besilus?*, en Av. OM 320). Estos ríos, ya fuera en su desembocadura o a lo largo de su curso, acogieron las primeras ciudades de Tarteso: *Onoba*, en una península entre las embocaduras de los ríos Tinto y Odiel, *Ilipla* (Niebla, Huelva), puerto a orillas del Tinto, *Gadir* en una isla frente al Guadalete, Doña Blanca en el estuario del mismo río, Cerro del Castillo de Chiclana de la Frontera en ría del Iro, pero fue en las orillas del Guadalquivir dónde el fenómeno urbano tuvo un mayor desarrollo por disponer quizás de territorios más extensos.

Hay que tener presente, además, los cambios habidos en los paisajes de Tarteso en los tres últimos milenios, el más significativo de los cuales sería la existencia por entonces de otra gran masa de agua, entre marítima y fluvial, fundamental para explicar la articulación del poblamiento antiguo e, incluso, moderno. Se trata de la extensión ocupada hoy por las marismas del Guadalquivir (recientemente, Borja 2013; Borja *et al.* 2018), entre Coria del Río y Sanlúcar de Barrameda, que no recibió ningún nombre específico entre los geógrafos antiguos –“un enorme lago”, según P. Mela (III 1, 5)- o esteros (Str. III 2, 4), aunque ha pasado a la historiografía equívocamente como *lacus Ligustinus* (en Av. OM 284, cf. Ferrer 2012). La orilla oriental de esta

gran extensión acuática fue un territorio propicio para la proliferación del fenómeno urbano por la facilidad de comunicación, esto es, la navegación a través de los esteros, como indicaba Estrabón, y también por la feracidad de sus tierras, el siguiente elemento que analizaremos brevemente.

En las sociedades antiguas la tierra es el principal medio de vida y de acumulación de riqueza, y era el solar donde se asentaron los hábitats que se convertirían en ciudades. La elección del lugar era un acto sumamente importante por cuanto se garantizaba la futura supervivencia del asentamiento. Sin embargo, no todas las tierras eran aptas para el cultivo ni para sostener una cabaña ganadera significativa, de manera que se convirtió en un factor fundamental en el desarrollo de la ciudad y para el sostenimiento de la vida urbana. En general, el bajo Guadalquivir se puede considerar un territorio amplio y fértil, pero hay diferencias notables entre unas comarcas y otras. Si contemplamos un mapa de distribución de las ciudades romanas de la Bética, símbolo de la plenitud del fenómeno urbano en la Antigüedad, nos daremos cuenta de que hay áreas prácticamente despobladas, o con un solo núcleo urbano, más relacionado con el comercio y la comunicación entre unos territorios y otros que con la explotación agropecuaria del entorno, porque eran inadecuadas de mantener un tejido urbano sostenible. Así, como hemos señalado en ocasiones anteriores (Ferrer *et al.* 2008: *passim*; García Fernández y Ferrer 2021: 146-147), las condiciones agrológicas del suelo condicionaron de tal manera el poblamiento que la margen derecha de la ensenada bética, constituida por arenas, gravas y suelos ácidos y pobres, estuvo prácticamente despoblada en la Antigüedad en un territorio que comprendía desde las orillas hasta la Tierra Llana de Huelva. Otro tanto ocurría con el reborde nororiental de esta gran masa de agua, donde los depósitos terciarios son sobremontados por las terrazas medias del *Baetis*, dando lugar a suelos pobres difícilmente cultivables antes de la introducción del arado de hierro en época romana. En cambio, en el sector sureste de la ensenada bética, desde *Ugia* (Torres de Alocaz, en Utrera, Sevilla) a *Hasta Regia* (Mesas de Asta, Jerez de la Frontera, Cádiz), los esteros y la feracidad del suelo se constituyeron en factores coadyuvantes para el florecimiento de asentamientos desde la Prehistoria y, a partir de la Edad del Hierro, de la formación de ciudades.

Los otros elementos restantes, el fuego y el aire, los utilizaremos como alegoría de una actividad fundamental para explicar la colonización fenicia en Tarteso y la fundación de ciudades: la metalurgia. Los distritos mineros de Riotinto y Aznalcóllar, entre otros, constituyeron el principal reclamo para los fenicios, quienes desarrollaron estrategias en las que la fundación de colonias, factorías, emporios y santuarios era una de las actividades fundamentales para el

asentamiento permanente de los contingentes fenicios y la explotación de los recursos minero-metalúrgicos. Surgió así un sistema económico y poblacional que hemos denominado “triángulo argénteo” (Ferrer 2017b), cuyos vértices eran *Onoba*, **Ispal* y *Gadir*, generadores a su vez de subsistemas menores y, dentro de los mismos, de numerosos asentamientos de menor rango, alguno de los cuales serían futuras ciudades. Este sistema estaría encaminado a una organización eficiente de la explotación y gestión de los recursos, y con una larga duración en el tiempo, desde sus orígenes a fines de siglo IX a.C. hasta principios del siglo VI a.C. en dataciones convencionales.

Antes de la creación de este sistema las ciudades eran inexistentes. La genealogía de la urbanización de Tarteso no se puede remontar a la última fase de la Prehistoria, el Bronce Final, si analizamos los criterios expuestos *supra*. Los datos arqueológicos, aunque escasos, son muy significativos en lo que se refiere a la inexistencia de asentamientos diferentes de las agrupaciones de cabañas y estructuras negativas, como en Osuna, Carmona, Monte Berrueco o Montemolín. Incluso aquellos yacimientos con escasos materiales de origen fenicio, pero que se pueden considerar integrados en la tradición vernácula (Bronce Final con cerámicas torneadas), el registro es igualmente demostrativo de la ausencia de cualquier síntoma de urbanización (Osuna, Montemolín, Vega de Santa Lucía, Jardín de Alá, Alhonor, *Acinipo*, Peñalosa o San Bartolomé de Almonte). No se puede hablar de densidad dentro del hábitat, ni de planificación del espacio construido, sino de dispersión de diferentes estructuras en áreas amplias, a veces construidas (Osuna, *Acinipo*), aunque la mayoría eran hoyos interpretados como fondos de cabañas, hogares, basureros, horneras, e incluso enterramientos. Por otro lado, tampoco se detectan elementos morfológicos ni técnicas constructivas que permitan marcar diferencias funcionales o sociales entre ellos, ni especialización del trabajo, pues no se distinguen las viviendas de los talleres, por mucho que haya diferencias de tamaño entre unas estructuras y otras (Delgado Hervás 2005: 590). Cuando hay construcciones defensivas (Osuna, Setefilla, Carmona), se limitan a lienzos discontinuos constituidos por acumulaciones de piedra en curvas de nivel y en aquellos puntos peor defendidos.

En lo que se refiere a la especialización del trabajo, disponemos de pocos datos porque hay escasos yacimientos datados en este período. La cerámica, que es con mucho el grupo de materiales mejor representado, es expresiva de una actividad esencialmente doméstica, poco especializada, fabricada a demanda en el ámbito familiar, sin técnicas de estandarización (torno, horno), con escasas decoraciones, en muchos casos funcionales (mamelones), y tratamientos superficiales encaminados a solventar los problemas de permeabilidad (espatulado, bruñido). Los indicios de metalurgia en contexto son

escasos y solo podemos valorar los objetos, como las espadas de lengua de carpa, que, no obstante, presentan problemas de datación. Algo parecido ocurre con las estelas de guerrero y las diademas, con cronología del Bronce Final pero también, sobre todo las del valle del Guadalquivir, del Hierro I. Unas y otras serían, para J.A. Barceló (1995: 561-562), evidencias de la transición desde comunidades aldeanas a una sociedad incipientemente jerarquizada, entre un sistema tribal basado en las relaciones de parentesco y en la posesión colectiva de la tierra a una sociedad de roles de privilegios (Barceló 1992: 260), pero no de una sociedad urbana. Así, si existió una jerarquización entre los incipientes centros de poder, edificados en altura (Carmona, Montemolín, Setefilla, Osuna), y los asentamientos en llano, casi todos datados ya en el Hierro I, no fue debida a la segregación funcional basada en la dependencia entre hábitat urbano y rural, pues no se diferenciarían ni la morfología de las construcciones ni en la especialización de las funciones, sino en la búsqueda de seguridad ante un nuevo horizonte no exento de violencia.

Las ciudades en Tarteso fueron, como ya hemos avanzado, un fenómeno colonial y, como tal, comportó la adopción de formas, tecnologías y funciones propiamente urbanas, y la posterior y progresiva adaptación de éstas en los asentamientos vernáculos entre los siglos VIII y VI a.C. Los primeros indicios de urbanización en el Suroeste de Iberia procederían de *Onoba*, donde algunos autores han previsto la existencia de un asentamiento doble, el indígena preexistente en los cabezos (San Pedro), y un barrio fenicio en la zona portuaria, de unas 10 ha y unos 2000 habitantes (Pellicer 1996). Se trata, en todo caso, de un urbanismo al estilo fenicio, con calles estrechas y diversidad funcional en sus edificios, entre los que se han distinguido un gran santuario empórico, viviendas, hornos de pan, talleres metalúrgicos, almacenes (Belén 2010: 101-102), y recientemente estructuras portuarias. Se ha supuesto que el asentamiento indígena estaría ubicado en los cabezos, aunque los recientes hallazgos en La Orden-Seminario permite suponer que al menos una parte importante del mismo se hallaba al norte de la ciudad actual, donde se han excavado cabañas y otras estructuras negativas (Gómez Toscano *et al.* 2014). Este mismo espacio pasaría a convertirse en un terreno de expansión agrícola de la ciudad portuaria dedicada a la viticultura (Vera y Echevarría 2013: *passim*). No creemos necesario insistir en el hecho de que el cultivo de la vid fue introducido por los fenicios y que adquirió importancia no solo para el consumo de la comunidad colonial y la reproducción de sus modos de vida, sino también para la exportación, como regalos introductorios en las relaciones con las comunidades locales y para acompañar a las celebraciones de pactos y acuerdos. Asimismo, en el estado actual de

los conocimientos parece claro que *Onoba*, avanzado el siglo VII y en las primeras décadas del VI a.C., se había convertido en un puerto de carácter “internacional” que acogió a una comunidad griega del Este, como los grafitos con teónimos helenos y la fabricación de cerámicas de tipo griego en la propia ciudad ponen de manifiesto (Domínguez Monedero 2013; 2014).

Onoba era, sin embargo, el último eslabón de una cadena de asentamientos iniciada en el distrito minero de Riotinto, donde proliferaron los pequeños poblados dedicados a la explotación minera, como Quebrantahuesos, Cerro Salomón y Cortalago (Ruiz Mata 1989: 222; Pérez Macías 2013: 462). No obstante, el control del tráfico de mineral a través del curso del río Tinto precisaba una escala intermedia, papel que correspondió a *Ilipla* (Niebla, Huelva), un puerto fluvial con vocación de ciudad porque ya en el siglo VIII a.C. fue fortificada con una potente muralla a la manera fenicia. El objetivo de este asentamiento era la centralización de las actividades metalúrgicas y la redistribución de los productos semielaborados (Campos *et al.* 2006: 340; *cf.* Escacena 2002: 74), y, como en otros casos, generó un movimiento centrípeto de población, surgiendo numerosas aldeas y granjas dedicadas a las actividades agropecuarias y a la metalurgia de la plata (Campos *et al.* 2006: 340). Recientemente se ha visto la posibilidad de la identificación de *Ilipla* con la *Ibila* de Hecateo, *polis* de Tartesia de la que se dice que tenía minas de oro y plata (FGrH 1, fr. 38; THA IIA 23h) (Jiménez Delgado y Ferrer *e.p.*). Independientemente de la veracidad de la identificación, es significativo que los datos aportados por Hecateo fueron el resultado de la labor investigadora del milesio sobre fuentes directas e indirectas griegas, y quizás fenicias, entre las que pudieron estar las noticias aportadas por la comunidad griega asentada en *Onoba* (Ferrer y Albuquerque 2019).

En una escala menor, otro foco de urbanización se ubicó la desembocadura del río Guadiana, en ambas orillas del río. Se conocía bien el santuario fenicio del Castelo de Castro Marim (Arruda 1999-2000: 40-53; Gomes 2012), pero en la última década se ha excavado una necrópolis fenicia, la Hoya de los Rastros (García Teyssandier y Marzoli 2013; García Teyssandier *et al.* 2016), y diversos contextos del hábitat correspondiente (García Teyssandier y Cabaco 2009; Pérez *et al.* 2016: 474-483; Cabaco y García Teyssandier 2018). No entraremos en la polémica de la filiación étnica del asentamiento de Castro Marim, si fenicio o indígena (Domínguez Monedero 2007: 33-34; Aubet 2009: 298; Arruda y Celestino 2009: 115; Arruda *et al.* 2016: 464), aunque hay pocas dudas de que el santuario fuera un lugar de culto fenicio (Gomes 2012: 33-34; Escacena 2018: 145-147); no obstante, la existencia de dos asentamientos en ambas orillas del río permite barajar la hipótesis de que, como en otros casos, la construcción del santuario

constituyera la expresión arquitectónica de los pactos establecidos entre la comunidad vernácula y los colonizadores.

En este sentido, parece fuera de toda duda que el asentamiento fenicio se fundó, como otros, en una ubicación estratégica con eje oeste-este en la ruta marítima atlántica y sur-norte con el cauce del Guadiana, pero su verdadero objetivo era el drenaje de los recursos metalíferos del Andévalo y del bajo Alentejo (Schattner y Pérez Macías 2009) si atendemos a los hallazgos de la calle Cuna 8 de Ayamonte: toberas, crisoles y escorias producto de las metalurgias del hierro y del bronce (Cabaco y García Teyssandier 2018: 229). En sincronía con los principales centros de Tarteso, el final de este horizonte fenicio de Ayamonte se data a fines del siglo VII o principios del VI a.C., con evidencias de destrucción y abandono (García Teyssandier y Cabaco 2010; Cabaco y García Teyssandier 2018: 228). Se puede considerar, por tanto, como un caso de colonización fallida y de urbanización abortada, pues la crisis de principios del siglo VI a.C. condicionaría negativamente su consolidación como ciudad e incluso su supervivencia como asentamiento, que continuó en Castro Marim.

El otro gran foco de urbanización fue *Gadir*. A pesar de las incertidumbres que hay sobre determinados aspectos aún no aclarados por la falta de investigaciones arqueológicas, queda fuera de toda duda la existencia de una conurbación ya en época fenicia arcaica que englobaba el perímetro completo de la bahía de Cádiz con, al menos dos núcleos amurallados, que curiosamente han mantenido en sus respectivos topónimos el carácter defensivo (Castillo de Doña Blanca y Cerro del Castillo de Chiclana de la Frontera), otro núcleo de habitación (Teatro Cómico) en la parte septentrional de la isla mayor, *Cotinussa*, donde presumiblemente habría dos templos, así como el santuario de Melqart en el extremo meridional (cf. Ruiz Mata 1999; Botto ed. 2014; Niveau de Villedary 2020; Ruiz Mata 2022: 33). A este poblamiento ya de por sí complejo, habría que añadir el recinto amurallado de La Martela, recientemente documentado con georrádar, de unas 3 ha y supuesta cronología púnica, ubicado frente al Castillo de Doña Blanca y cercano a la desembocadura del río Guadalete (Lagóstena y Ruiz Gil 2021).

A *Gadir* se le atribuye la prioridad de la colonización en la península ibérica, en parte porque el mito fundacional que nos ha llegado, transmitido por Estrabón (III 5, 5), es la versión gaditana de una historia en la que *Onoba* y *Seks* le habrían antecedido, aunque ambos intentos fueron fallidos. No era la única controversia en la que se vio envuelta la ciudad porque Plinio (XIX 63) informa de otra, esta vez entre *Lixus* y *Gades*, a cuenta de la antigüedad de los respectivos

templos de Melqart-Hércules, en un contexto, el tardohelenismo, en el que las leyendas fundacionales y las altas cronologías, con la Guerra de Troya como referencia, se habían impuesto en el panorama de la literatura histórica. Pero, independientemente de que la leyenda fuera cierta o no, lo que parece verosímil es que *Gadir* nació con vocación urbana y con la autoridad religiosa (y política) que le confería el patronazgo de Melqart. *Gadira* y *Emporion* fueron las únicas ciudades peninsulares citadas en el periplo de Pseudo Escílax, amén de unos *emporion* cartagineses ubicados más allá de las Columnas de Heracles, lo cual permite suponer que en el entorno palatino de Filipo II, donde se adecúa el periplo de Escílax de Carianda (fines del siglo VI a.C.) a los conocimientos de su tiempo (mediados del siglo IV a.C.), la ciudad fenicia era el centro urbano más reseñable del extremo Occidente (Ferrer 2008).

Desconocemos, no obstante, por falta de documentación arqueológica, si la fundación de la nueva ciudad tuvo una repercusión inmediata -y en qué medida- en los asentamientos ya existentes del entorno (*Hasta Regia*, *Nabrissa*), o si generó un movimiento de atracción poblacional y, con ello, la creación de nuevos asentamientos (*¿Asido?*). Los únicos fenómenos constatados en el registro son la desaparición del poblado del Bronce Final de Las Cumbres, presumiblemente absorbido por CDB (Ruiz Mata y Pérez 1995: 52), y la proliferación de pequeños hábitats de cabañas (Campillo, Pocito Chico) en las tierras que bordeaban la bahía gaditana en su orilla septentrional.

Un panorama sensiblemente diferente es el descrito en los subsistemas del Guadalquivir y del Guadiana. El distrito minero de Aznalcóllar tenía dos posibles vías para drenar los recursos metalíferos en dirección a *Gadir*: el río *Baetis* y el *Maenuba*, y en ambos cursos fluviales fueron protagonistas los ejemplos de urbanización precoz que articularon el territorio de manera estable durante toda la Antigüedad. En el caso del río Guadiana, las ciudades romanas estaban ubicadas a lo largo del cauce (*Lastigi*, *Laelia* y *Olontigi*), pero solo disponemos de registro arqueológico de sus antecedentes protohistóricos en las dos primeras. Significativamente, en la cabecera del río, junto a las minas, surgieron dos asentamientos gemelos fortificados que desempeñaron la función de custodios de las rutas del metal, el Cerro del Castillo de Aznalcóllar y Los Castrejones (Hunt 1995; 2003), mientras que el Cerro de la Cabeza de Olivares, la antigua *Laelia* (Caballos *et al.* 2005), se puede considerar el punto intermedio en el tráfico de materias primas, y sobre todo un polo de atracción de población por la proliferación de asentamientos rurales dedicados a la metalurgia y a la agricultura (Garrido González 2011), entre ellos La Coriana (Olivares, Sevilla), un yacimiento excavado datado en el siglo VII a.C. que se puede considerar un asentamiento rural característico del

Hierro I en el que predominan las estructuras negativas (Rodríguez Cuevas 2015).

No conocemos la localización de *Olontigi*, habitualmente atribuida a Aznalcázar (Sevilla), pero sí sabemos que dispuso de una ceca que acuñó emisiones con rótulos en neopúnico (Alfaro Asins 1991). Por otro lado, se tiene noticia de un asentamiento con cerámicas de los siglos VII-VI a.C. en el Cerro de Chíllar (Villamarique de la Condesa, Sevilla), donde se halló la estela epigráfica con escritura del Suroeste y, no sin ciertas dudas, la célebre pieza conocida como Bronce Carriazo. El sitio estaba ubicado estratégicamente en la paleodesembocadura del río Guadiamar, que entonces desaguaba en la ensenada bética, pero no parece que tuviera continuidad en el Hierro II. M. Pellicer (1983: 835) consideró que era “la única factoría oriental que hemos encontrado en el bajo Betis, aunque con mezcla tartesia, unida por la vía fluvial del navegable Maenoba con el *Cerro de la Cabeza de Olivares*, estación terminal de la vía terrestre de los metales de Riotinto, Tejada y Aznalcóllar”.

Esta cita nos sirve para introducir el caso mejor conocido de urbanismo del suroeste de Iberia, aunque la documentación arqueológica se date, en su mayor parte, en los siglos V-IV a.C. Se trata de Tejada la Vieja (Fernández Jurado 1987), un asentamiento de más de 12 ha fortificado a fines del siglo VIII a.C. y rodeado por una potente muralla, que debió obtener el estatus de centro urbano en ese momento o incluso algo antes (Toscano y Campos 2020). Este aparato defensivo, aunque se ha considerado como una obra de prestigio al no haber evidencias de violencia (García Sanz y Rufete 1995: 12), lo interpretamos sin embargo como una construcción destinada a la protección de la población y de los metales procesados en el interior del sitio o en los alrededores. Por otro lado, los análisis metalográficos vinculan claramente a San Bartolomé de Almonte y Tejada con las minas de Aznalcóllar (Fernández Jurado 1989: 352-353), lo que convierte a este y a otros yacimientos (Peñalosa) como partes integrantes del subsistema centralizado a partir del siglo VII a.C. en la ciudad de Tejada.

En el vértice septentrional del “triángulo” argénteo que representa **Ispal* (Sevilla), la estrategia de los fenicios consistió en la edificación de un santuario en tierra de nadie, en un lugar suficientemente alejado del asentamiento más cercano (Coria del Río), pero próximo a un emporio localizado en la orilla opuesta del río, junto a la desembocadura de un arroyo, en una zona de marismas muy apta para los intercambios de acuerdo con su hipotética función empórica (Escacena y García Fernández 2012; Escacena 2018b). El topónimo permite suponer un origen fenicio del sitio, pero solo conocemos contextos del Hierro I poco significativos para extraer conclusiones definitivas sobre el tamaño o la funcionalidad del hábitat; no obstante, el papel

desarrollado en los siglos posteriores no desmentiría su carácter comercial y artesanal, que adquirió notable importancia en los siglos posteriores (Ferrer *et al.* 2010; García Fernández y Ferrer 2011; García Fernández 2014).

El santuario de Astarté se conoce mucho mejor, tanto el edificio fundacional como la evolución del mismo en sus sucesivas fases constructivas, en las que adquirió un tamaño excepcional y una gran riqueza (Fernández y Rodríguez 2022). La vida religiosa del sitio se prolongó desde su inauguración a fines del siglo IX hasta su abandono a principios de siglo VI a.C., y además del culto, el santuario se dedicó desde el primer momento a la metalurgia entre otros afanes (Ferrer y Fernández Flores *e.p.*). Quizás fuera este el secreto de su prosperidad en los que intervendrían a partes iguales su ubicación, junto a un brazo navegable del Guadalquivir, a medio camino entre el distrito minero de Aznalcóllar y *Gadir*, y su función como garante de los pactos establecidos entre fenicios y las poblaciones locales. El éxito de su actividad se puede medir tanto por las continuas reformas y el engrandecimiento del santuario, como por su extraordinario tesoro, el ajuar de la diosa, y, a una escala regional, al movimiento poblacional centrípeto ocasionado por el dinamismo de la economía colonial. En un principio surgieron en las cercanías pequeños poblados dedicados a la metalurgia (Jardín de Alá, El Berrocal, Los Pesebres I) en la margen derecha del río (García Fernández y Ferrer 2024), y a la agricultura en la izquierda (Universidad Laboral), pero casi un siglo después, a fines del siglo VIII a.C., se fundaron nuevos asentamientos al norte del santuario y del emporio: *Ilipa* (Alcalá del Río), Cerro de la Cabeza de Santiponce y Cerro Macareno. A su vez, durante el Hierro I, sobre todo en el siglo VII a.C., se habitó el campo, con asentamientos dedicados a actividades agropecuarias (Los Pesebres I, La Vereda, GNA19) y metalúrgicas (Cerro de la Albina, cerca de Coria del Río).

Esta estrategia desarrollada desde el santuario y el emporio se compaginó con otra más efectiva aún para la difusión del fenómeno urbano entre las comunidades vernáculas: la construcción de santuarios en el corazón de los poblados, suficientemente documentada en el bajo Guadalquivir (Coria del Río, Carmona, Montemolín), pero también en otras áreas colindantes (Castro do Ratinhos, Castillejos de Alcorrín) (Ferrer 2017b; *e.p.*). Sin embargo, mientras que los primeros son relativamente bien conocidos gracias a las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en las décadas de los ochenta y noventa, apenas se han documentado los espacios de hábitat con los que estarían relacionados, como tampoco el resto de los establecimientos urbanos que surgieron al calor del fenómeno colonial entre los siglos VIII y VII a.C. Ello se debe, fundamentalmente, a la escasez de proyectos de investigación sistemáticos en esta comarca y la enorme dependencia de la denominada “arqueología

preventiva”. De hecho, a excepción de las excavaciones realizadas en los años setenta y ochenta en el Cerro de la Cabeza de Santiponce y Cerro Macareno, estas últimas retomadas recientemente por parte de la Universidad de Sevilla (García Fernández 2020), la información con la que contamos procede sobre todo de las intervenciones urbanas realizadas en Alcalá del Río, Sevilla y Coria del Río, así como otras localidades situadas más al interior, como Carmona u Osuna. Aún así, se ha podido demostrar la convivencia, en los niveles más antiguos de ocupación, de cabañas de planta ovalada y otras estructuras de diversa función (cocinas, silos, etc.) con edificios perfectamente rectangulares, revelando la temprana introducción de las tipologías arquitectónicas y técnicas constructivas de tradición oriental en el seno de estos establecimientos que podríamos denominar “mestizos”, así como la paulatina adquisición de rasgos urbanos, como la adopción de murallas provistas de potentes glacis o terraplenes y la aparición de espacios de circulación (García Fernández 2023). Este es el germen de una densa y amplia red que se extenderá también río arriba y hacia las campiñas del Guadalquivir, donde convive con un tupido poblamiento rural. No obstante, las formas plenamente urbanas no cristalizarán hasta el Hierro II, cuando podemos hablar propiamente de ciudades, en este caso turdetanas (García Fernández 2017).

Recapitulación: genealogía de la urbanización de Tarteso

En los apartados anteriores hemos presentado una síntesis de los criterios generales y específicos propuestos por diversos autores y por nosotros para definir qué era una ciudad en la Antigüedad, centrados en el territorio de Tarteso, para responder a las cuestiones de cuándo, cómo y dónde se desarrolló el fenómeno urbano. Las conclusiones a las que hemos llegado son básicamente tres:

1) Antes de la colonización fenicia, durante el Bronce Final no existían ciudades ni hubo procesos de urbanización. Se trataba de poblaciones muy lábiles y con cierta movilidad, en un territorio muy amplio, con grandes áreas despobladas o densidad de población muy baja. No obstante, entre los siglos X-IX a.C. se detectan procesos de fijación en el territorio (o de continuidad en algunos casos) en sitios estratégicos desde el punto de vista de la comunicación y de la explotación de recursos económicos (Huelva, Coria del Río, Carmona, Lebrija, Montemolín, Osuna, Setefilla). Se trata de aldeas sin planificación, o con una concepción no organizada del espacio, en la que predominaban las agrupaciones de cabañas y las estructuras negativas (horneras, basureras, cocinas, etc.) dispersas en una superficie amplia. La lectura social de este registro arqueológico, al que se sumarían las estelas decoradas

más antiguas, es la de comunidades aldeanas, con economías domésticas y escasa jerarquización social, pero en transición hacia sociedades con roles de privilegios, en las que sobresalían *big men and women*. Algunos autores aprecian estos datos como los síntomas de una preurbanización, como el primer paso de la creación de ciudades, justificando de alguna manera el carácter local del proceso urbanizador, pero se trata de un ejercicio ajeno al análisis histórico porque se valoran futuros y “necesidad” de que así fuera, pero no los datos arqueológicos.

2) La ciudad es, por tanto, un fenómeno ajeno a la tradición local y constituye el trasplante no solo de morfologías y técnicas constructivas sino también de modos de vida urbanos. La fundación de emporios (*Onoba* y, presumiblemente, **Ispal*) y de ciudades (*Gadir*), fue el comienzo de un proceso lento, a veces con ensayos fallidos (*Ayamonte*), pero con un gran arraigo -se podría decir que definitivo- en Tarteso. Estas implantaciones coloniales tuvieron, entre otras, dos consecuencias de trascendencia futura: por un lado, la economía colonial, y sobre todo la actividad minero-metalúrgica, generaron la necesidad de asentamientos grandes y protegidos con murallas (*Ilipla*, *Tejada la Vieja*, etc.) para gestionar los flujos de materias primas, mercancías perecederas y productos artesanales, y también para cobijar a la población ante peligros externos. No obstante, el poblamiento rural, conceptualmente contrapuesto al urbano, tuvo un gran desarrollo tanto en ambientes coloniales como entre las comunidades vernáculas; de hecho, durante el siglo VII a.C. la colonización agraria fue uno de los fenómenos más conspicuos de Tarteso. En la órbita de unos y otros proliferaron las granjas y aldeas dedicadas a la metalurgia y a las actividades agropecuarias, fundamentales para sostener ese proceso embrionario que era la vida urbana.

Por otro lado, estas ciudades y emporios constituyeron el modelo en el que se inspirarían otros asentamientos posteriores o aquellos sitios, ya existentes, que básicamente reprodujeron, adoptaron, adaptaron, imitaron o reinterpretaron las formas y los materiales, las técnicas edilicias, las decoraciones, los acabados de paredes y suelos, las plantas de los edificios, etcétera, así como también la estructura urbana de origen oriental. Es un proceso, sin embargo, lento, de adaptación y no de sustitución, que no culminaría hasta avanzado el siglo VI a.C. La convivencia de formas antiguas (cabañas de planta elíptica) y coloniales (edificios de muros rectos) durante más de dos siglos (Alcalá del Río, Montemolín, *Acinipo*), como también de determinadas artesanías, como la alfarería, nos previene contra la idea de una transformación acelerada y en favor de la convivencia prolongada en el tiempo de dos tradiciones. En esta evolución, los santuarios fenicios como *El Carambolo*, o

los integrados en los asentamientos indígenas (Saltillo en *Carmo*, Cerro de San Juan en *Caura*, Montemolín, Castro Marim, Castro de Ratinhos), desempeñaron un rol trascendental en dos niveles: el puramente material y estético, ya que permitían imitar los modelos constructivos fenicios, y por otro, sociopolítico, al favorecer el encuentro y la negociación entre las dos comunidades. Este ambiente de cooperación finalizaría de manera abrupta a principios del siglo VI a.C. en el bajo Guadalquivir (Ferrer y García Fernández 2019; 2021) y en el bajo Guadiana sincrónicamente, pero había fracasado antes en otras geografías, como en el Castro de Ratinhos, Guadiana arriba.

3) Los ejemplos de urbanización en la Tartésida responden a diversas necesidades según los condicionantes y circunstancias de cada territorio: si los habidos en las cuencas del Guadiana, Tinto y Guadiamar se desarrollaron fundamentalmente en razón de la actividad minero-metalúrgica, en la bahía de Cádiz este factor fue también importante (almacén de litargirio en CDB), pero prevaleció en carácter estratégico (a la entrada del estrecho de Gibraltar, frente a la desembocadura del Guadalete y cerca de la embocadura de la ensenada tartésica) y defensivo, porque a la ubicación insular de la fundación principal se le sumaría la capacidad disuasoria de los centros fortificados que protegían la bahía por sus flancos septentrional y meridional. En el río *Baetis*, el santuario de El Carambolo y plausiblemente el emporio de **Ispal* pudieron responder a una doble estrategia: por un lado, el cauce del río era la vía adecuada para drenar los recursos mineros del distrito del Aznalcóllar, compartiendo con el Guadiamar esta función. La inauguración de *Ilipa* (Alcalá del Río) y de Cerro Macareno a fines del siglo VIII a.C. posiblemente estuvieron en relación con esta. Por otro lado, la margen izquierda abría las posibilidades de hacer pactos con las comunidades de la campiña sevillana situadas a orillas del Guadalquivir y de sus afluentes, Guadaíra y Corbones, y en Los Alcores, una comarca de gran feracidad agrícola y especialmente apta para el desarrollo de la cabaña ganadera. Los santuarios de Saltillo en Carmona y Montemolín son los principales testigos de esta estrategia de colaboración y convivencia con las élites locales, y la colonización agraria es el mejor argumento para comprobar cómo la economía colonial había dinamizado la actividad económica de las comunidades locales hasta su integración en circuitos más amplios.

La crisis de principios del siglo VI a.C. desestructuró un sistema que había durado algo más de doscientos años, y una de las consecuencias fue la desaparición de los santuarios en el bajo Guadalquivir, pero el tejido urbano quedó prácticamente intacto, consolidándose y gozando de un nuevo auge en los siglos siguientes (García Fernández 2003b; 2005; 2017).

Bibliografía

- Aguayo, P.; Carrilero, M.; de la Torre, M.P. y Flores, C. 1986. El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución. *Coloquio sobre el Microespacio. Arqueología Espacial* 9: 33-58.
- Aguayo, P.; Carrilero, M. y Martínez, G. 1991. La presencia fenicia y el proceso de aculturación de las comunidades del Bronce Final de la depresión de Ronda (Málaga), in *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, 2: 559-571. Roma: CNRS.
- Alfaro Asins, C. 1991. Epigrafía monetaria púnica y neopúnica en Hispania. Ensayo de síntesis. *Ermanno A. Arslan Studia Dicata. Glaux* 7, 1: 137-144.
- Algaze, G. 2004. *El sistema-mundo de Uruk. La expansión de la primera civilización mesopotámica*. Barcelona: Belaterra.
- Almagro Gorbea, M. 1988. El área superficial de las poblaciones ibéricas, in *Coloquio sobre los asentamientos ibéricos ante la romanización*: 21-34. Madrid: Ministerio de Cultura-Casa de Velázquez.
- Almagro Gorbea, M. 2000. La monarquía tartésica y su ideología política. *Historiar* 5: 12-22.
- Almagro Gorbea, M. 2010. La colonización tartésica: toponimia y arqueología. *Serta Paleohispania J. de Hoz. Paleohispanica* 10: 187-199.
- Alvar Ezquerro, J. 1989. Tartessos-ciudad = Cádiz. Apuntes para una posible identificación, in *Homenaje a S. Montero. Anejos de Gerión* 2: 295-305. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Alvar Ezquerro, J. 1991. La religión como índice de aculturación: el caso de Tartessos, in *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, 1: 351-356. Roma, CNRS.
- Alvar Ezquerro, J. y González Wagner, C. 1988. La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica. *Gerión* 6: 169-185.
- Álvarez Martí-Aguilar, M. 2005a. *Tarteso, la construcción de un mito en la historiografía española*. Málaga: CEDMA.
- Álvarez Martí-Aguilar, M. 2005b. El orientalizante peninsular como problema historiográfico, in S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (coords.) *El período orientalizante. Protohistoria del Mediterráneo occidental. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida*. Anejos de AEspA XXXV, I: 227-236. Mérida: IAM-CSIC.
- Álvarez Martí-Aguilar, M. 2007. *Arganthonius Gaditanus*. La identificación de Gadir y Tarteso en la tradición antigua. *Klio* 89, 2: 477-492.
- Álvarez Martí-Aguilar, M. 2010. Carriazo y su interpretación de los hallazgos de El Carambolo en el contexto de los estudios sobre Tartessos, in M.L. de la Bandera Romero y E. Ferrer Albelda (coords.) *El Carambolo 50 años de un tesoro*: 53-98. Sevilla: Universidad de Sevilla.

- Amores Carredano, F. 1995. La cerámica pintada estilo Carambolo: una revisión necesaria de su cronología, in *Tartessos. 25 años después 1968-1993. Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*: 159-178. Jerez de la Frontera: Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- Arruda, A.M. 1999-2000. *Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.)*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 5-6. Barcelona: Universidad Pompeu Fabra.
- Arruda, A.M. y Celestino Pérez, S. 2009. Arquitectura religiosa en Tartessos, in P. Mateos Cruz y S. Celestino Pérez (eds.) *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo Occidental*: 29-77. Madrid: CSIC.
- Arruda, A.M.; Oliveira, C.F. de y Freitas, V.T de 2016. Castro Marim entre indígenas, Fenicios e Tartésicos, in J. Jiménez Ávila (ed.) *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*: 443-466. Mérida: Consorcio Monumental.
- Arteaga Matute, O. 2017. Transiciones estatales de las sociedades pre y protohistóricas en Andalucía occidental, in J. Ramos Muñoz et al. (eds.) *Las ocupaciones por sociedades prehistóricas, protohistóricas y de la antigüedad en la Serranía de Ronda y Béticas Occidentales. Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Serranía de Ronda. Anejos de Takurunna 1*: 409-450. Ronda: I.E.R.S.
- Arteaga Matute, O. y Roos, A.M. 2007. Carmona en el paisaje antiguo del bajo Guadalquivir, in M. Bendala Galán y M. Belén Deamos (dirs.) *Actas del V Congreso de Historia de Carmona. Los orígenes de la ciudad: la Carmona protohistórica*: 43-111. Carmona: Ayuntamiento de Carmona.
- Aubet Semmler, M.E. 1977-78. Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico. *Pyrenae* 13-14: 81-107.
- Aubet Semmler, M.E. 2005. El 'orientalizante': un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales, in S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.) *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. Anejos de AEspA XXXV*, I: 117-128. Mérida: IAM-CSIC.
- Aubet Semmler, M.E. 2009. *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Tercera edición actualizada y ampliada. Barcelona: Bellaterra.
- Bandera Romero, M.L. de la y Ferrer Albelda, E. 2002. Secuencia estratigráfica tartesia y turdetana de Vico (Marchena, Sevilla). *Spal* 11: 121-150.
- Bandera, M.L. de la; Chaves, F.; Ferrer, E. y Bernáldez, E. 1995. El yacimiento tartésico de Montemolín, in *Tartessos. 25 años después 1968-1993. Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*: 315-332. Jerez de la Frontera: Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- Barceló, J.A. 1992. Una interpretación socioeconómica del Bronce Final en el Sudoeste de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria* 49: 259-275.
- Barceló, J.A. 1995. Sociedad y economía en el Bronce Final, in *Tartessos. 25 años después 1968-1993. Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*: 561-589. Jerez de la Frontera: Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- Belén Deamos, M. 2010. Onoba, in M.D. López de la Orden y E. García Alfonso (eds.) *Cádiz y Huelva, puertos fenicios del Atlántico*: 99-104. Sevilla: Junta de Andalucía-Cajasol.
- Belén Deamos, M. y Chapa Brunet, T. 1997. *La Edad del Hierro*. Madrid: Síntesis.
- Belén Deamos, M. y Escacena Carrasco, J.L. 1997. Testimonios religiosos de la influencia fenicia en Andalucía Occidental. *Spal* 6: 103-132.
- Bendala Galán, M. 1989. La génesis de la estructura urbana en la España antigua. *CuPAUAM* 16: 127-147.
- Bendala Galán, M. 2000. *Tartessos, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*. Madrid: Temas de hoy.
- Bendala Galán, M. 2009. Sociedad y estructura urbana en el mundo ibérico. *Acta Paleohispanica X. Paleohispanica* 9: 363-379.
- Bonsor, G. 1899. *Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Bétis*. Paris: E. Leroux.
- Borja Barrera, F. 2013. La desembocadura del Guadalquivir en la segunda mitad del Holoceno: síntesis paleogeográfica, in L. García Sanjuán, J.M. Vargas Jiménez, V. Hurtado Pérez, R. Cruz-Auñón Briones y T. Ruiz Moreno (coords.) *El asentamiento prehistórico de Valencina de la Concepción (Sevilla): investigación y tutela en el 150 aniversario del Descubrimiento de La Pastora*: 93-112. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Borja Barrera, F.; Borja Barrera, C. y Jiménez Sancho, A. 2018. Paisajes y paleogeografía en el bajo Guadalquivir (Italica, Hispalis, Caura), in J.L. Escacena Carrasco, Á. Gómez Peña y L.G. Pérez Aguilar (coords.) *Caura: Arqueología en el estuario del Guadalquivir*. Spal Monografías XXVI: 17-46. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Botto, M. (ed.) 2014. *Los fenicios en la Bahía de Cádiz. Nuevas investigaciones*: 265-281. Pisa-Roma: CNR.
- Botto, M. (ed.) 2018. *De Huelva a Malaka. Los fenicios en Andalucía a la luz de los descubrimientos más recientes*: 13-35. Roma: CNR.
- Caballos Rufino, A.; Escacena Carrasco, J.L. y Chaves Tristán, F. 2005. *Arqueología en Laelia (Cerro de la Cabeza, Olivares, Sevilla)*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Campos Carrasco, J.M.; Gómez Toscano, F. y Pérez Macías, J.A. 2006. *Ilipla-Niebla. Evolución urbana y ocupación del territorio*. Huelva: Universidad de Huelva.

- Capel Sáez, H. 1975. La definición de lo urbano, in *Homenaje al Profesor Manuel Terán. Estudios Geográficos* 138-139: 265-301.
- Celestino Pérez, S. y López Ruiz, C. 2020. *Tarteso y los fenicios de Occidente*. Córdoba: Almuzara.
- Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. 2017. Tarteso: una cultura entre el Atlántico y el Mediterráneo, in S. Celestino Pérez (coord.) *La Protohistoria en la península Ibérica*: 15-147. Madrid: Akal.
- Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.). 2023. *Tarteso. Nuevas fronteras*. Mytra 12. Mérida: IAM-CSIC
- Chaves, F.; Bandera, M.L. de la; Ferrer, E. y Bernáldez, E. 2000. El complejo sacrificial de Montemolín, in *Actas del V Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos II*: 573-581. Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Correa Rodríguez, J.A. 2016. *Toponimia antigua de Andalucía*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Cruz Andreotti, G. 2007. Tarteso, in *Estrabón. Geografía de Iberia*: 478-482. Madrid: Alianza.
- Delgado Hervás, A. 2005. La transformación de la arquitectura residencial en Andalucía occidental durante el Orientalizante: una lectura social, in S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.) *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. Anejos de AEspA XXXV, I*: 585-594. Mérida: IAM-CSIC.
- Delgado Hervás, A. 2010. De las cocinas coloniales y otras historias silenciadas: domesticidad, subalternidad e hibridación en las colonias fenicias occidentales, in en C. Mata, G. Pérez y J. Vives-Ferrándiz (eds.) *De la cuina a la taula. IV Reunió d'Economia en el Primer Mil·lenni a.C. Sagvntvm Extra 9*: 115-134. Valencia: Universidad de Valencia.
- Delgado Hervás, A. 2016. Producción artesanal y trabajo femenino en las comunidades fenicias occidentales: una mirada crítica a la teoría de las esferas separadas, in A. Delgado Hervás y M. Picazo Gurina (coords.) *Los trabajos de las mujeres en el mundo antiguo: cuidado y mantenimiento de la vida*: 67-75. Tarragona: Institut Català d'Arqueologia Clàssica.
- Delgado Hervás, A. 2018. Dinámicas económicas y grupos domésticos en áreas de contacto del suroeste ibérico (ss. X-VII a.C.): una perspectiva “desde abajo”, in A. Rodríguez Díaz, I. Pavón Soldevila y D. Duque Espino (eds.) *Más allá de las casas. Familias, linajes y comunidades en la protohistoria peninsular*: 139-170. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Delgado Hervás, A. 2023. Género, objetos rituales y prácticas litúrgicas en los mundos tartésicos, in S. Celestino Pérez y E. Baquedano Pérez (coords.) *Los últimos días de Tarteso*: 181-194. Madrid: Museo Arqueológico y Paleontológico de la Comunidad de Madrid.
- Díes Cusí, E. 2001). La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica (s. VIII-VI), in D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.) *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*: 69-121. Madrid: CEPO-CSIC.
- Domínguez Monedero, A.J. 2007. Tarteso, in E. Sánchez-Moreno (coord.) *Historia de España. Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica, vol. I. Las fuentes y la Iberia colonial*: 227-315. Madrid: Sílex.
- Domínguez Monedero, A.J. 2013. Los primeros griegos en la Península Ibérica (s. IX-VI a.C.): mitos, probabilidades, certezas, in M.P. de Hoz y G. Mora (eds.) *El Oriente griego en la Península Ibérica. Epigrafía e Historia*: 11-42. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Domínguez Monedero, A.J. 2014. (Algunos) griegos (más) en Tarteso, in P. Bádenas de la Peña, P. Cabrera Bonet, M. Moreno Conde, A. Ruiz Rodríguez, C. Sánchez Fernández y T. Tortosa Rocamora (eds.) *Homenaje a Ricardo Olmos Per speculum in aenigmate. Miradas sobre la Antigüedad*: 249-255. Madrid: Asociación Cultural Hispano-Helénica.
- Escacena Carrasco, J.L. 1983. Problemas en torno a los orígenes del urbanismo a orillas del Guadalquivir. *Gades* 11: 39-83.
- Escacena Carrasco, 2000. *La Arqueología Protohistórica del sur de la Península Ibérica. Historia de un río revuelto*. Madrid: Síntesis.
- Escacena Carrasco, J.L. 2002. Murallas fenicias para Tartessos. Un análisis darwinista. *Spal* 11: 69-105.
- Escacena Carrasco, J.L. 2005. Darwin y Tartessos, in S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.) *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. Anejos de AEspA XXXV, I*: 189-220. Mérida: IAM-CSIC.
- Escacena Carrasco, J.L. 2007. Selección sexual y éxito reproductivo en la Protohistoria ibérica. Un enfoque evolucionista. *Spal* 16: 69-92.
- Escacena Carrasco, J.L. 2010. El Carambolo y la construcción de la arqueología tartésica, in M.L. de la Bandera Romero y E. Ferrer Albelda (coords.) *El Carambolo 50 años de un tesoro*: 99-148. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Escacena Carrasco, J.L. 2018a. Huelva-Aljaraque y el patrón poblacional fenicio de la costa tartésica, in P. Campos Jara (ed.) *Arqueología y territorio en la provincia de Huelva. Veinte años de las jornadas de Aljaraque (1998-2017)*: 137-177. Huelva: Diputación de Huelva.
- Escacena Carrasco, J.L. 2018b. Sevilla fenicia, in *Sevilla arqueológica. La ciudad en época protohistórica, antigua y andalusí*: 25-69. Sevilla: Universidad de Sevilla
- Escacena Carrasco, J.L. y García Fernández, F.J. 2012. La Sevilla Protohistórica, in J. Beltrán y O. Rodríguez (coords.) *Hispaniae Urbes. Investigaciones arqueológicas en ciudades históricas*: 761-812. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Escena Carrasco, J.L. y Gómez Peña, Á. 2022. Contra las vacas invisibles. Hipótesis alternativa a la supuesta itinerancia ganadera del Bronce Final en el suroeste

- ibérico, in J. Jiménez Ávila, M. Bustamante Álvarez y F.J. Heras Mora (eds.) *Actas del X Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular: 577-629*. Zafra, Ayuntamiento de Zafra.
- Escacena Carrasco, J.L. e Izquierdo de Montes, R. 2001. Oriente en Occidente: Arquitectura civil y religiosa en un 'barrio fenicio' de la 'Caura' tartésica", in D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.) *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica: 123-157*. Madrid: CEPO-CSIC.
- Fernández Flores, A. y Rodríguez Azogue, A. 2007. *Tartessos desvelado*. Córdoba: Almuzara.
- Fernández Flores, A. y Rodríguez Azogue, A. 2022. *Tartessos desvelado*. Córdoba: Almuzara.
- Fernández Jurado, J. (ed.) 1987. *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica*. Huelva Arqueológica IX. Huelva: Diputación de Huelva.
- Fernández Jurado, J. 1989. La orientalización de Huelva, in M.E. Aubet Semmler (coord.) *Tartessos. Arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir: 339-373*. Sabadell: AUSA.
- Ferrer Albelda, E. 2008. Cartago y la transmisión de los conocimientos geográficos sobre el Extremo Occidente, in J.M. Candau Morón, F.J. González Ponce y A.L. Chávez Reino (coords.) *Libyae Lustrare Extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África: estudios en honor del profesor Jehan Desanges: 53-66*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Ferrer Albelda, E. 2012. Confusiones contemporáneas sobre geografía antigua. A propósito del *Sinus Tartesii* y del *lacus Ligustinus*. *Spal* 21: 59-69.
- Ferrer Albelda, E. 2017a. El hallazgo del tesoro del Carambolo y la invención de la arqueología tartésica, in A. Rodríguez Díaz, I. Pavón Soldevila y D.M. Duque Espino (eds.) *Historias de Tesoros, Tesoros con Historia: 173-200*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Ferrer Albelda, E. 2017b. La colonización fenicia de la Tartésida: estrategias y fases, in S. Celestino Pérez y E. Rodríguez González (eds.) *Territorios comparados: los valles del Guadalquivir, Guadiana y Tajo en época tartésica. Anejos de AEspA LXXX: 11-46*. Mérida: IAM-CSIC.
- Ferrer Albelda, E. 2017c. Las comunidades púnicas de Iberia, in S. Celestino Pérez (coord.) *Protohistoria de la Península Ibérica. Historia de España: 153-348*. Madrid: Istmo.
- Ferrer Albelda, E. 2018. El río que nos lleva. Caura y el poblamiento en la desembocadura del *Tartessi amnis*, in J.L. Escacena, A. Gómez Peña y L.G. Pérez Aguilar (coord.) *Caura. Arqueología en el estuario del Guadalquivir. Spal Monografías XXVI: 73-96*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Ferrer Albelda, E. 2021. La hidrografía de los confines occidentales de la ecúmene (o dudas sobre la identificación del río Tarteso), in E. Ferrer Albelda, M. Oria Segura, E. García Vargas, F.J. García Fernández y R. Pliego Vázquez (coords.) *Arqueología y Numismática. Estudios en homenaje a la profesora Francisca Chaves Tristán: 433-448*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Ferrer Albelda, E. 2022. Textiles, vestimenta y adornos de indumentaria en Tarteso: una visión de conjunto, in R. Graells i Fabregat, P. Camacho Rodríguez y A.J. Lorrio Alvarado (coords.) *Problemas de cultura material: Ornamentos y elementos de vestuario en el arco litoral mediterráneo-atlántico de la Península Ibérica durante la Edad del Hierro: 147-156*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Ferrer Albelda, E. en prensa. Dioses testigos de pactos. Los santuarios fenicio-púnicos y las relaciones interétnicas, in A.D. Navarro Ortega *et al.* (coords.) *Lavoro Sacro II. Contesti di produzione nei luoghi di culto del Mediterraneo nel I Millennio a.C.* Spal Monografías Arqueología. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Ferrer Albelda, E. y Albuquerque, P. 2019. El conocimiento del Extremo Occidente en la Grecia arcaica: Las Casitérides y la geografía de los recursos, in E. Ferrer Albelda (ed.) *La ruta de las Estrímnides. Navegación y conocimiento del litoral atlántico de Iberia en la Antigüedad*. Monografías de GAHIA 4: 135-184. Alcalá de Henares-Sevilla: Universidad de Alcalá-Universidad de Sevilla.
- Ferrer Albelda, E. y Bandera Romero, M. L. de la 2005. El orto de Tartessos: La colonización agraria durante el período orientalizador, in S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.) *El período orientalizador. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. Anejos de AEspA XXXV, I: 565-574*. Mérida: IAM-CSIC.
- Ferrer Albelda, E. y Bandera Romero, M. L. de la 2007. Santuarios, aldeas y granjas: El poblamiento durante el Bronce Final y el Período Orientalizador, in E. Ferrer Albelda (coord.) *Arqueología en Marchena. El poblamiento antiguo y medieval en el valle medio del río Corbones: 45-87*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Ferrer Albelda, E.; Bandera Romero, M.L. de la y García Fernández, F.J. 2007. El poblamiento rural protohistórico en el bajo Guadalquivir, in A. Rodríguez e I. Pavón Soldevila (eds.) *Arqueología de la Tierra. Los paisajes rurales protohistóricos de la Protohistoria Peninsular: 195-224*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Ferrer Albelda, E. y Fernández Flores, Á. en prensa. La metalurgia en el santuario fenicio de El Carambolo, in A.D. Navarro Ortega *et al.* (coords.) *Lavoro Sacro II. Contesti di produzione nei luoghi di culto del Mediterraneo nel I Millennio a.C.* Spal Monografías Arqueología. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Ferrer Albelda, E. y García Fernández, F.J. 2007. El fenómeno de la polis en el mundo púnico occidental, in *IV Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo. Las aguas primigenias. El Próximo Oriente antiguo como fuente de civilización, II: 653-667*. Zaragoza: Instituto de Estudios Islámicos y del Próximo Oriente.

- Ferrer Albelda, E. y García Fernández, F.J. 2019. La crisis de Tarteso y el problema del siglo V a.C. en el ámbito geográfico turdetano. *Anales de Arqueología Cordobesa* 30: 53-78.
- Ferrer Albelda, E. y García Fernández, F.J. 2021. Godless cities: the 5th-century BC crisis in Turdetania, in A. Roppa, M. Botto y P. van Dommelen (a cura di) *Il Mediterraneo Occidentale dalla fase fenicia all'egemonia cartaginese. Dinamiche insediative, forme rituali e cultura materiale nel V secolo a.C.*: 239-254. Roma: Edizione Qasar.
- Ferrer Albelda, E.; García Fernández, F.J. y Escacena Carrasco, J.L. 2010. El tráfico comercial de productos púnicos en el antiguo estuario del Guadalquivir. *Los Púnicos de Iberia: Proyectos, Revisiones, Síntesis. Mainake* XXXII, 1: 61-89.
- Ferrer Albelda, E.; García Fernández, F.J. y Ramos Soldado, J.L. 2019. From hut to factory: rural occupation models in the Lower Guadalquivir Valley in the 1st millennium BC, in D.C. Cowley, M. Fernández-Götz, T. Romankiewicz and H. Wendling (eds.) *Rural Settlement - relating buildings, landscape, and people in the European Iron Age*: 89-99. Leiden: Sidestone Press.
- Ferrer Albelda, E.; García Vargas, E. y García Fernández, F.J. 2008. *Inter Aestuarium Baetis*. Espacios naturales y territorios ciudadanos prerromanos en el bajo Guadalquivir. *Mainake* XXX: 217-246.
- Ferrer Albelda, E. y Jiménez Delgado, J.M. 2015. *Kálathē/Kalathousa*. Una ciudad ignota del extremo Occidente, in J. García Sánchez, I. Mañas y F. Salcedo (eds.) *Navigare necesse est. Estudios en homenaje a José María Luzón Nogué*: 144-150. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Ferrer Albelda, E. y Prados Pérez, E. 2013. Tarteso, de ciudad a imperio (o sobre la creación de identidades ficticias), in J.M. Campos Carrasco y J. Alvar Ezquerro (eds.) *Tarteso. El emporio del metal*: 395-414. Córdoba: Almuzara.
- Ferrer Albelda, E. y Prados Pérez, E. 2018. Tarteso = Huelva. Una identificación controvertida, in P. Campos Jara (ed.) *Arqueología y territorio en la provincia de Huelva. Veinte años de las Jornadas de Aljaraque (1998-2017)*: 217-248. Huelva: Diputación Provincial de Huelva.
- Ferrer Albelda, E.; García Fernández, F.J. y Sánchez Gómez, F. 2011. De la aldea al *oppidum*: el paisaje rural en el valle del Corbones durante el primer milenio a.C., in *Actas del VII Congreso de Historia de Carmona: 7000 años de historia rural*: 75-109. Carmona: Ayuntamiento de Carmona.
- Ferrer Albelda, E.; García Fernández, F.J. y Fernández Flores, A. 2020. Factorías agrícolas del bajo Guadalquivir (ss. V-II a.C.), in C. Gómez Bellard y A. Vendrell (coords.) *La alimentación en el mundo fenicio-púnico: producciones, procesos y consumos*. Spal Monografías Arqueología XXXII: 275-311. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Foustel de Coulanges, N.D. 1985 [1864]. *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma*. Madrid: Edaf.
- García Fernández, F.J. 2003a. *Los Turdetanos en la Historia: Análisis de los testimonios literarios grecolatinos*. Écija: Gráficas Sol.
- García Fernández, F.J. 2003b. *El poblamiento turdetano en el bajo Guadalquivir. Tesis Doctoral en acceso abierto*. Sevilla: Universidad de Sevilla < <https://idus.us.es/handle/11441/15449>>
- García Fernández, F.J. 2004. Turdetania y Turdetanos en la Literatura Grecolatina: Nacimiento, desarrollo y transformación de la imagen paradigmática de una región de Occidente. *Polis* 16: 61-107.
- García Fernández, F.J. 2005. El poblamiento postorientalizante en el bajo Guadalquivir, in S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.) *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. Anejos de AEspA XXXV, II*: 891-900. Mérida: IAM- CSIC.
- García Fernández, F.J. 2014. Arqueología de la Sevilla turdetana, in J. Beltrán Fortes y O. Rodríguez Gutiérrez (coords.) *Sevilla Arqueológica. La ciudad en época protohistórica, antigua y andalusí*: 71-100. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- García Fernández, F.J. 2017. La herencia de Argantonio: cambios y estrategias en el Tarteso postcolonial, in S. Celestino Pérez y E. Rodríguez González (eds.) *Territorios comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en época tartésica. Anejos de AEspA LXXX*: 147-173. Mérida: IAM-CSIC.
- García Fernández, F.J. 2023. Antes todo esto era campo. El desarrollo del fenómeno urbano en el bajo Guadalquivir, in S. Celestino Pérez y E. Rodríguez González (eds.) *Tarteso. Nuevas fronteras*, vol. II: 483-514. Mérida: IAM-CSIC.
- García Fernández, F.J. y Ferrer Albelda, E. 2011. Das turdetanische Emporium Spal. Der punische Handelsverkehr im vorrömischen Sevilla (5. – 2. Jh. V. Chr.). *Madrider Mitteilungen* 52: 333-372.
- García Fernández, F.J. y Ferrer Albelda, E. 2021. *Ciudad y territorio: los orígenes del urbanismo en el bajo Guadalquivir*. Jaén: Universidad de Jaén.
- García Fernández, F.J. y Ferrer Albelda, E. 2024. Al otro lado del río: el poblamiento rural protohistórico en la margen derecha del bajo Guadalquivir, in *Homenaje a Arturo C. Ruiz Rodríguez*: 227-237. Jaén: Universidad de Jaén.
- García Moreno, L.A. 1989. Turdetanos, túrdulos y tartessos. Una hipótesis, in *Estudios sobre la Antigüedad en Homenaje al profesor Santiago Montero Díaz. Anejos de Gerión* 2: 289-294. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- García Sanz, C. y Rufete Tomico, P. 1995. *La ciudad de Tejada la Vieja*. Huelva: Diputación de Huelva.

- García Teyssandier, E. y Marzoli, D. 2013. Phönizische Gräber in Ayamonte (Huelva, Spanien). *Madrider Mitteilungen* 54: 89-158.
- García Teyssandier, E.; Marzoli, D.; Cabaco Encinas, B.; Heussner, B y Gamer-Wallert, I. 2016. El descubrimiento de la necrópolis fenicia de Ayamonte, Huelva (siglos VIII-VII a.C.), in J. Jiménez Ávila (ed.) *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*: 493-530. Mérida: Consorcio Monumental.
- García Teyssandier, E. y Cabaco Encinas, B. 2009. Hallazgos fenicios en Ayamonte (Huelva). La necrópolis de la Hoya de los Rastros y materiales del hábitat en la Mesa del Tejar, in J.A. Pérez Macías y E. Romero Bomba (eds.) *IV Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular*: 730-745. Huelva: Universidad de Huelva.
- García Teyssandier, E. y Cabaco Encinas, B. 2010. Actividad Arqueológica de Urgencia en las calles Galdames, Cuna, Jesús y Viriato del barrio de La Villa de Ayamonte, in *XIV Jornadas de Historia de Ayamonte*: 109-128. Ayamonte: Diputación Provincial de Huelva y Ayuntamiento de Ayamonte.
- Garrido González, P. 2011. *La ocupación romana del valle del Guadiamar y la conexión minera*. Tesis Doctoral en acceso abierto. Sevilla, Universidad de Sevilla. <<https://idus.us.es/handle/11441/15988>>
- Glötz, G. 1928. *La cité grecque*. Paris: La Renaissance du Livre.
- Gomes, F.B. 2012. *Aspectos do sagrado na colonização fenícia*. Cadernos da UNIARQ 8. Lisboa: Universidade de Lisboa.
- Gómez Toscano, F.; Beltrán Pinzón, J.M.; González Batanero, D. y Vera Rodríguez, J.C. 2014. El Bronce Final en Huelva. Una visión preliminar del poblamiento en su ruedo agrícola a partir del registro arqueológico de La Orden-Seminario. *Complutum* 25, 1: 139-158.
- González de Canales, F.; Serrano, L. y Llompart, J. 2004. *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- González Wagner, C. 1983. Aproximación al proceso histórico de Tartessos. *Archivo Español de Arqueología* 56: 3-36.
- González Wagner, C. 1995. Fenicios y autóctonos en Tartessos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el Suroeste de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria* 52, 1: 109-126.
- González Wagner, C. 2007. El urbanismo fenicio de época arcaica y su impacto en las sociedades autóctonas, in J.L. López Castro (ed.) *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*: 43-68. Almería: Universidad de Almería.
- González Wagner, C. y Alvar Ezquerro, J. 1989. Fenicios en Occidente: la colonización agrícola. *Rivista di Studi Fenici* XVII, 1: 61-102.
- Gracia Alonso, F. y Munilla Cabrillana, G. 2007. *Protohistoria. Pueblos y culturas en el Mediterráneo entre los siglos XIV y II a.C.* Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Hunt Ortiz, M.A. 1995. El Foco Metalúrgico de Aznalcóllar, Sevilla. Técnicas Analíticas aplicadas a la Arqueometalurgia del Suroeste de la Península Ibérica, in *Tartessos, 25 Años Después 1968-1993. Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*: 447-473. Jerez de la Frontera: Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- Hunt Ortiz, M.A. 2003. *Prehistoric Mining and Metallurgy in South-West Iberian Peninsula*. BAR International Series 1188. Oxford: Archaeopress.
- Izquierdo de Montes, R. 1998. La cabaña circular en el mundo tartésico. Consideraciones sobre su uso como indicador étnico. *Zephyrus* 51: 277-288.
- Jiménez Delgado, J.M. y Ferrer Albelda, E. en prensa. Ibila, polis de Tartesia. *Mainake*.
- Koch, M. 2003. *Taršiš e Hispania. Estudios históricos-geográficos y etimológicos sobre la colonización fenicia de la península ibérica*. Madrid: CEPYP.
- Lagóstena Barrios, L.G. y Ruiz Gil, J.A. 2021. El puerto romano de Gades: nuevos descubrimientos y noticias sobre sus antecedentes, in L. Chioffi, M. Kavaja y S. Örmä (a cura di) *Documentando città portuali. Il Mediterraneo e la Storia* III. *Acta Instituti Romani Finlandiae* 48: 249-264.
- Liverani, M. 1995. *El antiguo Oriente: Historia, sociedad y economía*. Barcelona: Crítica.
- Luzón Nogué, J. M. 1962. Tartessos y la Ría de Huelva. *Zephyrus* XIII: 97-104.
- Maluquer de Motes, J. 1990 [1970]. *Tartessos. La ciudad sin historia*. Barcelona: Destino.
- Marzoli, D.; López Pardo, F.; Suárez, J.; González Wagner, C.; Mielke, D.P.; León, C.; Ruiz Cabrero, L.A.; Thiemeyer, H.; Torres, T. (2010): Los inicios del urbanismo en las sociedades autóctonas localizadas en el entorno del estrecho de Gibraltar investigaciones en los Castillejos de Alcorrín y su territorio (Manilva, Málaga), *Menga* 1: 153-183.
- Moreno Arrastio, F.J. 1999. Conflictos y perspectivas en el período precolonial tartésico. *Gerión* 17: 149-177.
- Moreno Arrastio, F.J. 2000. Tartessos, estelas, modelos pesimistas, in *I Coloquio del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*: 153-174. Madrid: CEFYP.
- Niveau de Villedary y Mariñas, A.M. 2020. La Gadir arcaica: cronología, topografía y morfología urbana, in J.L. López Castro (ed.) *Entre Utica y Gadir. Navegación y colonización fenicia en el Mediterráneo occidental a comienzos del I milenio AC*: 315-352. Granada: Comares Arqueología.
- Pellicer Catalán, M. 1983. Yacimientos orientalizantes del bajo Guadalquivir, in *Atti del I Congresso Internazionale du Studi Fenici e Punici*, 3: 825-836. Roma: CNR.

- Pellicer Catalán, M. 1996. Huelva tartesia y fenicia. *Rivista di Studi Fenici* 24, 2: 119-140.
- Pérez Macías, J.A. 2013. Las minas de Tarteso, in J.M. Campos Carrasco y J. Alvar Ezquerro (eds.) *Tarteso. El emporio del metal*: 449-472. Córdoba: Almuzara.
- Pérez Macías, J.A.; Cabaco Encinas, B. y García Teysandier, E. 2016. Primer avance sobre el asentamiento fenicio de Ayamonte (Huelva), in J. Jiménez Ávila (ed.) *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*: 467-491. Mérida: Consorcio Monumental.
- Polignac, F. de 1984. *La naissance de la cité grecque. Cultes, espace et société*, VIIIe-VIe siècles. Paris: Éditions la découverte.
- Ramos Soldado, J.L. en prensa. *Culto y sacrificio animal en Tarteso*. Spal Monografías Arqueología. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Ramos Soldado, J.L. y Ferrer Albelda, E. 2021. Aspectos de las prácticas religiosas en Tarteso: el sacrificio de animales en santuarios, in R.A. Barroso-Romero y J.A. Castillo-Lozano (eds.) *Discurso, espacio y poder en las religiones antiguas*: 147-163. Oxford: Archaeopress.
- Redman, Ch.L. 1990. *Los orígenes de la civilización. Desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente*. Barcelona: Crítica.
- Renfrew, C. 1983 [1973]. *El alba de la civilización. La revolución del Radiocarbono (C14) y la Europa Prehistórica*. Madrid: Istmo.
- Rodríguez Cuevas, P.D. 2015. *La Coriana: análisis arqueológico y contextualización histórica de un yacimiento orientalizante en la cuenca del Guadiamar*. Trabajo Fin de Máster, Máster Universitario en Arqueología. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Ruiz Mata, D. 1989. Huelva: un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronce Final, in M.E. Aubet Semmler (coord.) *Tartessos. Arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir*: 209-243. Sabadell: AUSA.
- Ruiz Mata, D. 2001. Tartessos, in *Protohistoria de la Península Ibérica*: 1-190. Barcelona: Ariel.
- Ruiz Mata, D. 2016. Las ciudades fenicias del Castillo de Doña Blanca y Cádiz durante el siglo VIII a.C. Mi visión actual según los datos recientes arqueológicos, in "Lo mio maestro e'l mio autore". *Studi in onore di Sandro Filippo Bondi. Rivista di Studi Fenici* 44: 305-318.
- Ruiz Mata, D. 2018. Gadir, su estructura plural. Un modo de ver su fundación fenicia en el espacio y en el tiempo. *Onoba* 6: 249-288.
- Ruiz Mata, D. 2022. *Cádiz y el Castillo de Doña Blanca. Retazos de arqueología fenicia*. Barcelona: Bellaterra.
- Ruiz Mata, D. y Pérez, C.J. 1995. *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. El Puerto de Santa María: Ayuntamiento de El Puerto de Santa María.
- Ruiz Mata, D.; Niveau de Villedary, A.M. y Vallejo, J.I. 1998. La ciudad tartésica-turdetana, in *Actas del I Congreso Internacional Los Iberos. Príncipes de Occidente. Estudios de poder en la sociedad Ibérica*: 65-82. Barcelona: Fundación La Caixa.
- Schattner, T.G. y Pérez Macías, J.A. 2009. El Proyecto Andévalo: Interacción cultural en el Andévalo en el siglo IV a.C., in *La musealización del Patrimonio*: 143-157. Huelva: Universidad de Huelva.
- Schulten, A. 1972 [1945]. *Tartessos*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Tejera Gaspar, A. y Fernández Rodríguez, J. 2020. *Tarteso. La génesis de una civilización*. Huelva: Universidad de Huelva.
- THA IIA 1998. *Testimonia Hispaniae Antiqua IIA. La Península Ibérica en los autores griegos: De Homero a Platón*. Madrid: Fundación de Estudios Romanos.
- THA IIB. 1999. *Testimonia Hispaniae Antiqua IIB. La Península Ibérica prerromana de Éforo a Eustacio*. Madrid: Fundación de Estudios Romanos.
- Toscano Pérez, C. y Campos Carrasco, J.M. 2020. La complejidad urbanística de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva) a partir de las últimas intervenciones, in S. Celestino Pérez y E. Rodríguez González (coords.) *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo: IX Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. 1: 471-480. Mérida: IAM-CSIC.
- Vera Rodríguez, J.C. y Echevarría Sánchez, A. 2013. Sistemas agrícolas del I Milenio a.C. en el yacimiento de La Orden-Seminario de Huelva. Viticultura protohistórica a partir del análisis arqueológico de las huellas de cultivo, in S. Celestino Pérez y J. Blánquez Pérez (eds.) *Patrimonio cultural de la vid y el vino*: 95-106. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Vives-Ferrándiz Sánchez, J. 2005. Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica (ss. VIII-VI a.C.). *Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 12. Barcelona: Universidad Pompeu Fabra.
- Whittaker, C.R. 1974. The Western Phoenicians: Colonisation and Assimilation. *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 20 (200): 58-79.

Phoenician colonization of the Mediterranean and the process of urbanization in the Far West

Ana Margarida Arruda

Centro de Arqueologia; Centro de Estudos Clássicos. Faculdade de Letras, Universidade de Lisboa

Resumo: No território actualmente português, o fenómeno de urbanização coincide com a chegada e instalação de comunidades exógenas oriundas do Mediterrâneo, fenómenos relacionados com a expansão fenícia para Ocidente. Nos sítios orientalizantes litorais, alguns de dimensão considerável, como Lisboa ou Alcácer do Sal, ficou documentada a existência da escrita, de santuários, de planos arquitectónicos bem definidos, de uma avultada população, da produção, mas também da importação, de produtos manufacturados e alimentares, itens que são indispensáveis para assumir a sua condição de “cidades”. Esta realidade, que evidencia uma ruptura acentuada com os modelos de ocupação de âmbito doméstico anteriores, do final da Idade do Bronze, teve implicações nas estruturas sociais, políticas e económicas dos grupos humanos que se instalaram nesses locais, bem como nos que estariam nos seus territórios imediatos, e na sua dependência directa.

Palavras Chave: Colonização fenícia; urbanização; Estremo Ocidente

Abstract: In currently Portuguese territory, the phenomenon of urbanization coincides with the arrival and installation of exogenous communities from the Mediterranean, phenomena related to the Phoenician expansion to the West. In coastal orientaling sites, some of considerable size, such as Lisbon or Alcácer do Sal, the existence of writing, sanctuaries, well-defined architectural plans, a large population, the production, but also the import, of manufactured and food products, items that are essential to assume their status as “cities”. This reality, which highlights a sharp break with previous models of domestic occupation from the end of the Bronze Age, had implications in the social, political and economic structures of the human groups who settled in these places, as well as those who would be in their territories, and in their direct dependence.

Keywords: Phoenician colonization; Urbanization; Far West

Introduction

In the central and southern regions of the current Portuguese territory, there is very little information about the habitation centers from the early Iron Age influenced by Phoenician colonization, particularly regarding urban structure and how it developed over time.

For various reasons, realities like Castillo de Doña Blanca, Tejada la Vieja, or La Fonteta have not yet been documented, and the available information is not even comparable to what we have for sites occupied from the 5th century BCE onwards, located in the Alentejo region and the Spanish Extremadura, such as Mesas do Castelinho or Castrejón del Capote, or even in the northwest of the Iberian Peninsula. Even rural sites have provided more data than urban ones.

This lack of information is due, on the one hand, to the long diachrony of occupations, some of which correspond to present-day cities like Santarém, Lisbon, and Tavira. On the other hand, it is attributed to the limited investment in fieldwork and, when it has occurred, the inadequate scientific dissemination of results.

Nevertheless, the available data allow us to verify the existence of early urbanization on the Portuguese coast, which coincides chronologically with the arrival in the Far West of human communities of eastern origin.

This observation is based, on one hand, on the extent of the occupied areas and the population density that can be inferred, and, on the other hand, on the architectures and types of urban structures, that some of them possess. In fact, it seems feasible to be more flexible in defining an urban space, as it is not strictly necessary for all the items listed by Gordon Childe in his seminal text ‘Urban Revolution’ (Childe, 1950) to have been verified.

This is because these items do not necessarily correspond to a limiting checklist and were designed for a specific type of city, specifically the Greco-Latin city. Nevertheless, in addition to the size of the occupied area, the inferred population density, and public constructions, the specialized production of artifacts is also documented in certain cases, as well as the “external trade” of food and manufactured products.

Urban sites from the Iron Age in Central and Southern Portugal

On the western coast

Lisbon

The 15 hectares of the castle hill, where the Iron Age occupation occurred, may not entirely correspond to an urbanized surface. Many areas would consist of non-built spaces, a situation imposed by the topography of the hill. It should be noted that even in the Middle Age,



Figure 1. Lisbon: area occupied during the Iron Age (7th to 3rd century BCE).

the space enclosed by the Fernandina wall was filled with small gardens and vacant lots, as Fernão Lopes duly noted (Gaspar, 1993: p. 18).

However, almost all archaeological interventions conducted here have provided materials and structures from the Iron Age (Arruda 1999-2000; Calado *et al.* 2013; Sousa, 2014, 2015, 2018; Pimenta, Calado e Leitão 2014; Pimenta, Silva, Calado 2014; Pimenta, Sousa, Amaro 2015; Sousa e Guerra 2018; Sousa e Pinto 2016; Sousa, Sarrazola, Simão 2016), making it undeniable that there was dense occupation and a considerable population that could have reached 3,000/4,000 inhabitants, based on calculations proposed by various researchers (Arruda 1999-2000). This would require a significantly large resource catchment area, well beyond what could be obtained in a two-hour walk.

This fact presupposes control over a very vast territory that Olisipo would dominate, which, at least for the II Iron Age, is easily recognizable in rural sites in the inland region to the west and those on the estuary's bottom margin (Arruda 1999-2000; Arruda *et al.* 2014; Arruda 2017; Cardoso *et al.* 2015; Sousa, 2014; Sousa *et al.* 2017), and even in other urban types, such as Santarém, the ancient Scallabis, where, as will be seen, some products manufactured in Olisipo were found.

Unfortunately, archaeological work in Lisbon is always conditioned by the challenges imposed by urban archaeology, making large-scale excavations and,

consequently, horizontal readings difficult. On the other hand, evidence of Iron Age occupations is found at very low levels, beneath many meters of sediments corresponding to Roman, medieval, modern, and contemporary periods. Thus, the mentioned works are mostly limited to identifying sections of walls that apparently belonged to rectangular buildings, many of them of a residential nature.

Exceptions to this reality include the ancient Sommer warehouses, with structures dating back to the 7th and 6th centuries BCE (Ribeiro *et al.* 2017), and Rua dos Correeiros, which is later, from the 5th and 4th centuries BCE (Sousa 2014).

In the Judiaria street, a karstic cavity can be interpreted as a cult space in an urban environment, reflecting the existence of public facilities, in this case, of a religious nature, since the 7th century BCE (Calado *et al.* 2013).

In other areas, artisanal production has been demonstrated. The amphora kilns at the Convento do Corpus Christi (Antunes, Oliveira, Manso 2020) and Rua dos Correeiros (Sousa 2014), dating between the 5th and 4th centuries BCE, can be added to the red slip ceramics deformed by firing found at Castelo de São Jorge, dating from the 6th century BCE. The former also documents the manufacture of the products that would fill them and be destined for shipment for many sites dated from the Second Iron Age where pieces produced in Lisbon were found, such as Santarém, Porto do Sabugueiro

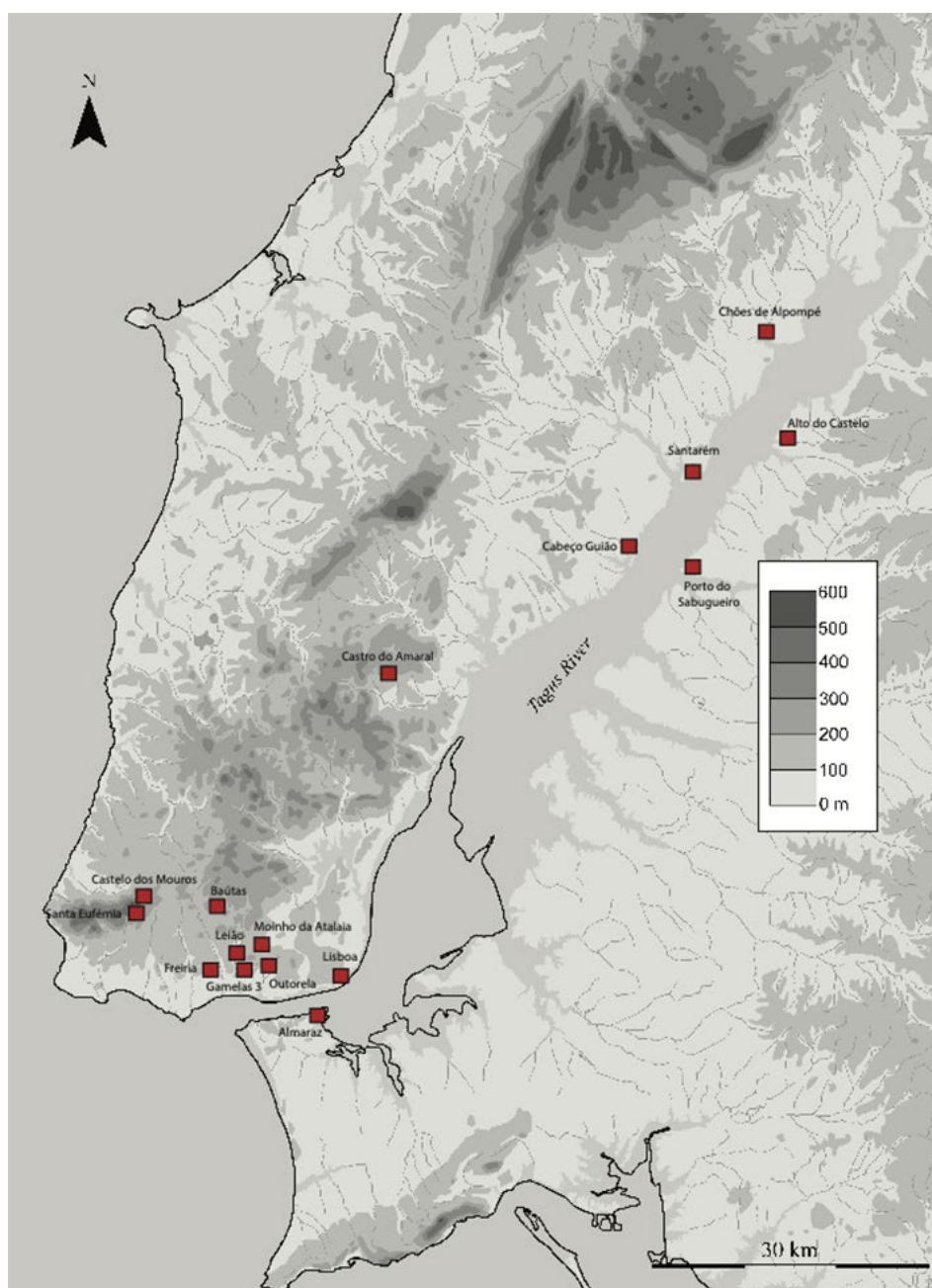


Figure 2. Location of Iron Age II occupation sites in the Lower Tagus, according to Sousa 2018.

(Sousa and Pimenta 2014; Sousa *et al.* 2018), Cabeço Guião (Arruda *et al.* 2017), and Baútas (Sousa and Pimenta 2014).

Although the vast majority of archaeological materials from the Iron Age are locally produced, some pieces exhibit exogenous characteristics. This is the case, for example, with amphorae from the Archaic period (8th-6th centuries BCE) and the Second Iron Age (5th-3rd centuries BCE). The former originates from the area of Málaga (Arruda 1999-2000; Sousa and Pinto 2016), the latter from the Bay of Cadiz and the Guadalquivir Valley and even Sardinia (Sousa 2014). These realities reveal

the existence of long-distance commercial contacts throughout the sidereal diachrony.

Finally, mention should be made of the presence of writing, embodied in the funerary inscription on a stele found in the Sommer warehouses (Neto *et al.* 2016) and the one incised on a fragment of an amphora, both dating from the first half of the 7th century BCE (Zamora Lopez 2014).

The situation described for Lisbon, which differs substantially from that of the Bronze Age (Silva 2013), indicates a fully urbanized habitation nucleus in



Figure 3. Quinta do Almaraz: occupied area.

the early Iron Age. In fact, almost all elements from Childe's list, as seen, were detected, which would not even be obligatory, as mentioned at the beginning. This is because new definitions for the phenomenon of urbanization have been assumed, some perhaps too comprehensive, as they would be applicable to other realities that are difficult to define as urban, as is the case with Fernández-Götz and Krause (2013), who stated that a city would be "...a numerically significant aggregation of people permanently living together in a settlement that fulfills central place functions for a wider territory...". Others, however, are more suitable for the data recovered in Lisbon, such as the new list developed by Smith in 2016, which took into account a diversity of proposals, including those of Renfrew or Flannery. On the other hand, it cannot be forgotten that the attributes traditionally associated with a city have been called into question, including for Archaic Greece of the 8th and 7th centuries BCE and would be valid only for the classical period (Haggis 2015).

Quinta do Almaraz

On the other side of the mouth of the Tagus Estuary, Almaraz stands out (Barros, Cardoso, Sabrosa 1993; Arruda 1999-2000; Barros and Soares 2004), where, despite extensive excavations that revealed habitation and defensive structures, the lack of published data is

glaring. This situation is about to be addressed by the excellent work currently underway by the new field and office supervisor, Dr. Ana Olaio. Soon, updates on this important site will certainly be shared with the scientific community. However, what exists allows for the admission, without many reservations, that it is a reality parallel to that of Lisbon. In fact, the two sites, located on each side of the estuary with total intervisibility, would be deeply interconnected (Arruda 1999-2000, 2005; Sousa 2018).

It is worth mentioning the size of the site, still about 50% smaller than Lisbon, and the resulting demographic expression. There are significant defensive structures, including a V-profile ditch, evidence of metallurgical production (Valério *et al.* 2012; Melo *et al.* 2014), ceramics, and a notable collection of imported materials, including alabaster vessels (Cardoso 2004), scarabs (Cardoso 2004; Almagro and Torres Ortiz 2009), Greek Corinthian middle pottery (Arruda 2019), and amphorae produced on the coast of Malaga and in the Bay of Cadiz (Olaio 2015; Olaio 2022).

Alcáçova de Santarém

Still in the context of the Tagus Estuary, one of the Portuguese areas with significant expression in terms of the Iron Age of Mediterranean origin (Arruda 2017),



Figure 4. Alcáçova de Santarém: the area occupied during the Iron Age.

in the same category of sites is Santarém (Arruda 1999-2000). The occupied area during the Iron Age is also extensive, and metallurgical production (ibidem) and ceramics have been documented, as well as the importation of food products, both regional (Sousa and Pimenta 2014; Sousa, Pimenta, Arruda 2021) and from distant areas, such as the already mentioned Lisbon.

In this case as well, fieldwork has always been heavily conditioned by the circumstances imposed by urban archaeology. The prolonged occupation of the site, from the end of the Bronze Age to the present day, has made it difficult to preserve the layers corresponding to the Iron Age. Despite the abundance of artifacts, little or nothing has been preserved of the habitation structures, with only remnants of straight walls defining structures with rectangular plans remaining. These structures would have been paved with floors of crushed limestone or reddened clay (Arruda 1999-2000; Sousa and Arruda 2018).

Although most of the defining evidence of an urbanization process was not clearly detected in Santarém, it must be assumed that this is largely due to the particular conditions of the site, especially the prolonged occupation, with a significant focus on the Islamic period. During this time, deep constructions, especially silos, profoundly affected the earlier Roman and Iron Age strata. However, it should be noted that the occupied areas from the 7th century BCE onwards are considerably larger than those from the Late Bronze Age (Arruda and Sousa 2015), indicating a significant demographic increase. This is supported by palynological analyses of sediments from Paúl dos Patudos in Alpiarça (Leeuwaarden and Janssen 1985), which show an increase in cultivated area and a corresponding decrease in the surrounding forest around the beginning of the first millennium BCE. This coincides with the settlement on the Alcáçova plateau in Santarém by exogenous communities of oriental origin.



Figure 5. Alcácer do Sal: the area occupied during the Iron Age.

Alcácer do Sal

In Alcácer do Sal, many of the defining elements of an urban space have been identified, even using traditional criteria such as those of Childe or Smith: the size of the area occupied during the Iron Age, approaching that of Lisbon, with about 14 hectares; a considerable population density that can be inferred from the size; a vast necropolis (around 200 burials); two sanctuaries, one urban, situated on the hilltop, the other portuary, on the riverbank; pottery production; habitation structures in designated areas; and imports.

The urban character that Alcácer do Sal possessed throughout the Iron Age seems undeniable, considering the items listed in the previous paragraph.

The oriental character of the Olival do Senhor dos Mártires necropolis is very clear, at least for the earlier phase (7th-6th centuries BCE). This is easily verifiable in the funerary architecture, the practiced rituals, and the recovered materials, as the recent and exhaustive study of this funerary space clearly reveals (Gomes 2021). The *in situ* incinerations (some carried out in stepped-profile graves) and in busta, along with associated artifacts such as Egyptian scarabs (Almagro Gorbea and Torres Ortiz, 2009, with bibliography), the “oil bottle” (Gomes, 2015; 2016), the pair of crotals (Gomes, 2021), or even the piriform bronze jar found a few years ago in the necropolis area (Arruda, Lourenço, and Lima,

2015), are evidence of the aforementioned exogenous character.

Both the materials and the architectural characteristics and construction techniques identified in the excavations carried out by the team of the Museum of Archaeology and Ethnography of the District of Setúbal in 1979 and 1981 at the Castle undeniably point to a cultural universe connected with Phoenician presence on the Iberian Peninsula, with parallels in Andalusia and the Southeast, as well as on the western facade, specifically in the Tagus and Mondego Estuaries, and even in the Algarve (Arruda, 1999-2000).

The Southern Coast

Tavira

In Tavira, one of the two notable sites in this context, the challenge of excavating in an urban environment also imposes limitations on the analysis of its urbanization. However, on the hill of Santa Maria, a casemate wall and walkways built in the 7th century BCE, with a maximum thickness of 9.5 meters, and accompanying the hill on the southwest side (Maia 2000, Maia 2003, Maia and Silva 2004, Maia and Gómez Toscano 2012), delimited an urban area, of which, however, very little is still known but is estimated to extend over approximately 6 hectares. About 20 meters from this location, areas for ore processing and significant metallurgical activities



Figure 6. Tavira: the hill of Santa Maria.

have been identified, with recorded furnaces, cupels, slag, and crucibles in contexts that could be dated to the early Iron Age (Ibidem).

Also noteworthy is the building identified in the Solar dos Corte Real, apparently of monumental characteristics (Maia and Silva 2004).

The existence of an urban sanctuary in Tavira also seems very likely, recognized through rock-cut wells found in the Palace of the Gallery and interpreted as bothroi (Maia and Silva 2004).

The quantity of imported materials, tableware, and amphorae is also significant, with these imports extending until a later period of the Second Iron Age, as was the case with Attic pottery from the 5th and 4th centuries BCE (Barros 2004). Ceramic production was recognized from the 4th century BCE (Maia 2004), in an area where part of the docking mole and a ramp for dry maintenance of boats were apparently detected (Maia and Loureiro 2008).

Writing is represented by an ostrakon inscribed in Phoenician characters and language (Amadasi Guzzo and Zamora López 2008).

The morphology of the urns allowed for establishing a chronology from the second half/end of the 7th century BCE for the use of this funerary space (Ibidem), with undeniable Mediterranean characteristics, and at the very least, orientalizing. The evidence of Phoenician presence in Tavira is irrefutable, evident not only in writing but also in the morphologies of the artifacts, especially those collected in the Palácio da Galeria, such as the “mouth of arrow” vase, the “oil bottle,” red engobe plates, some amphorae, and even the ivory box (Maia 2000; AAVV 2003). Additionally, as previously mentioned, the documented funerary ritual in the necropolis of Convento da Graça or in the Solar dos Corte Real building.

The urban dimension of the site, including the wall, residential constructions, artisanal production in an initial metallurgical phase and later ceramics, the urban sanctuary, and imports of manufactured goods throughout the Iron Age, are eloquent testimonies directly connected to the arrival and settlement of Mediterranean populations in the region.

Castro Marim

At the Castle of Castro Marim, a small hill of about 4 hectares, excavations focused on a cultic area. The



Figure 7. Castro Marim Castle.

sanctuary, built in the 7th century BCE, was remodeled in the early following century, collapsing at its end (Arruda 2005; Arruda *et al.* 2009). In the mid-5th century BCE, another area of identical functionality was built in the same location, of which a favissa was identified, with a series of ritual acts preceding this construction (Ibid.).

In addition to these religious elements, a casemate wall was also identified, developing at the upper limit of the northern slope, respecting the limits of the hill, precisely under the defensive wall built in the Middle Ages and dating back to the 7th century BCE (Arruda, Oliveira, and Freitas 2016).

It should also be noted the abundance of imports throughout the Iron Age, incorporating table ceramics (Arruda 1997; Arruda 1999/2000; Arruda 2000; Arruda

2005; Arruda, Ferreira, and Sousa, 2020; Sousa 2009) for storage and transportation (Arruda 1999/2000; Arruda *et al.* 2006). The data recovered from fieldwork at the Castle of Castro Marim indicates that the beginning of its sideric occupation is closely related to the phenomenon of orientalization that the southern Iberian Peninsula underwent following the arrival of Phoenician colonists in the region of the Strait of Gibraltar. On the other hand, the urban sanctuary that developed in this specific area of the hill shows, at first, a plan, construction characteristics, and equipment (Arruda, Freitas, and Oliveira 2007; Arruda *et al.* 2009) that resemble those considered Phoenician, established in the lower Guadalquivir. It is also worth mentioning that the existence of an urbanistic organization has been proven, evidenced by the roads that functioned as a structuring element of the architectural plan. The buildings resulted from adaptations to the available

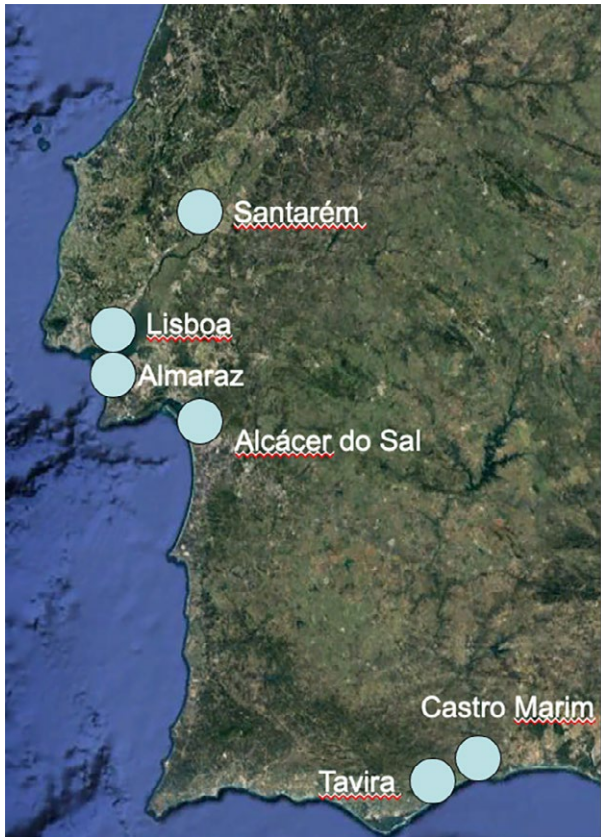


Figure 8. Location in the centre and south of Portugal of the sites mentioned in the text.

space for construction, demonstrating the existence of a previous plan apparently resulting from the application of urban-type organizational concepts.

Discussion

The process of urbanization in the territory currently known as Portugal began on the coast around the end of the 8th century BCE, more specifically in sites directly connected with Phoenician expansion to the far west. Previous realities do not seem to be urban, in the conceptual sense of the term, regardless of the occupied areas being extensive and densely populated. Residential constructions are scattered, with oval or circular layouts, no dedicated areas for worship are identified, and there seems to be no specialized artisanal activities or public buildings. Fig. 8

Therefore, given the specific archaeological contexts and the corresponding archaeological materials associated with them, it seems impossible to dissociate this process from a colonization originating in the Near East, carried out by communities that brought to the colonial areas models they knew and to which they were adapted.

The data from Central and Southern Portugal also directly point to the importance of religion and worship in this process. While the data from Castro Marim, Tavira, or Lisbon may be debatable in their specific association with worship buildings, those from Alcácer do Sal are undeniable, even if in this particular case, a well-defined structure is lacking. This reality is not surprising because mechanisms of ideological control can be as or more important than political and economic ones in the dominance exercised by colonizers over indigenous territories and social systems.

Bibliography

- AAVV 2003. *Tavira Território e Poder*. Tavira/Lisboa: Câmara Municipal de Tavira/Museu Nacional de Arqueologia.
- Almagro, M. and Torres Ortiz, M. 2009. Los escarabeos fenicios de Portugal. Un estado de la cuestión. *Estudios Arqueológicos de Oeiras*, 17: 521–554.
- Amadasi Guzzo, M. G. and Zamora López, J. A. 2008. Un ostracón fenicio de Tavira (Portugal), *Vicino Oriente*, 14: 231–240.
- Antunes, A. S.; Oliveira, J. M. and Manso, C. R. 2020. Os fornos do Convento de Corpus Christi (Lisboa, Portugal). In Sebastian Celestino Pérez e Esther Rodriguez Gonzalez (Eds.) *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo (Mytra 5)*: 349–360. Mérida: Instituto de Arqueología de Mérida,
- Arruda, A. M. 1993. A ocupação da Idade do Ferro da Alcáçova de Santarém no contexto da expansão fenícia para a fachada atlântica peninsular. *Estudos Orientais*, 4: 193–214.
- Arruda, A. M. 1997. *A cerâmica ática do Castelo de Castro Marim*. Lisboa: Colibri.
- Arruda, A. M. 1999–2000. *Los Fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII–VI a.C.)*. Barcelona: Universidad Pompeu Fabra.
- Arruda, A.M. 2000. As cerâmicas de importação do Castelo de Castro Marim no âmbito do comércio Ocidental dos séculos V a III a.C. In *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos: 727–735*. Cádiz: Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- Arruda, A. M. 2005. O 1º milénio a.n.e. no Centro e no Sul de Portugal: leituras possíveis no início de um novo século. *O Arqueólogo Português*, 4, 23: 9–156.
- Arruda, A. M. 2017. A Idade do Ferro Orientalizante no Estuário do Tejo: as duas margens do mesmo rio. In Sebastian Celestino e Esther Rodriguez *Território comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo em época tartésica (Anejos del ArchEspArq, LXXX)*: 283–294. Madrid: Instituto de Arqueología de Mérida.
- Arruda, A. M. 2019. A cerâmica grega de época arcaica do território atualmente português. *Archivo español de Arqueología*, 92: 63–79.
- Arruda, A. M.; Bargão, P.; Carretero Poblete, P. A.; Freitas, V. T.; Lourenço, P.; Oliveira, C. and Sousa, E. 2009.

- Castro Marim: um santuário pré-romano na foz do Guadiana. In Mateos, Celestino, Pizzo e Tortosa (Eds.) *Santuarios, Oppida y Ciudades: Arquitectura Sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo Occidental*. (Anejos de AEspA, XLV): 79-88. Mérida: Instituto de Arqueología de Mérida/CSIC.
- Arruda, A. M.; Covaneiro, J. And Cavaco, S. 2008. A necrópole da Idade do Ferro do Convento da Graça (Tavira). *Xelb* (Actas do Encontro Arqueologia no Algarve), 8, I: 141-160.
- Arruda, A. M.; Freitas, V. and Oliveira, C. F. 2007. Os Fenícios e a urbanização no Extremo Ocidente: o caso de Castro Marim. In Lopez Castro (ed.) *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*: 459-482. Almería: Universidad.
- Arruda, A. M.; Oliveira, C. and Freitas, V. T. 2016. Castro Marim entre indígenas, fenícios e tartésicos. In J. J. Ávila (ed): *Sidereum Ana III. El río Guadina y Tartessos*: 445-466. Mérida: Consórcio de la Ciudad Monumental.
- Arruda, A. M. and Sousa, E. 2015. Late Bronze Age in Alcáçova de Santarém (Portugal). *Trabajos de Prehistoria*, 72, 1: 176-187.
- Arruda, A. M.; Sousa, E.; Barradas, E.; Batata, C.; Detry, C. and Soares, R. 2017. O Cabeço Guião (Cartaxo, Portugal). Um sítio da Idade do Ferro do vale do Tejo. In Sebastian Celestino e Esther Rodriguez *Território comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo em época tartésica* (Anejos del ArchEspArq, LXXX): 319-361. Madrid: Instituto de Arqueología de Mérida.
- Arruda, A. M.; Sousa, E.; Pimenta, J.; Mendes, H. and Soares, R. 2014. Alto do Castelo's Iron Age occupation (Alpiarça, Portugal). *Zephyrus*, 74: 143-155.
- Arruda, A. M.; Viegas, C.; Bargão, P. and Pereira, R. 2006. A importação de preparados de peixe em Castro Marim: da Idade do Ferro à época romana. *Setúbal Arqueológica*. Setúbal, 13: 153-176.
- Barros, L.; Cardoso, J. L. And Sabrosa, A. 1993. Fenícios na margem sul do Tejo. Economia e integração cultural do povoado de Almaraz - Almada. *Estudos Orientais*, 4: 143-181.
- Barros, L. and Soares, A. M. 2004. Cronologia absoluta para a ocupação orientalizante da Quinta do Almaraz, no estuário do Tejo (Almada, Portugal). *O Arqueólogo Português*, 4, 22: 333-352.
- Barros, P. 2004. As cerâmicas áticas de Tavira. In *Tavira: território e poder*: 73-75. Tavira/Lisboa: Câmara Municipal de Tavira/Museu Nacional de Arqueologia.
- Calado, M.; Almeida, L.; V. Leitão, V. and M. Leitão, M. 2013. Cronologias absolutas para a Iª Idade do Ferro em Olisipo - o exemplo de uma ocupação em ambiente cársico na actual Rua da Judiaria em Alfama. *Cira Arqueologia*, 2: 118-132.
- Cardoso, J. L. 2004. *A Baixa Estremadura dos Finais do IV milénio a.C. até à chegada dos romanos*. Um ensaio de história regional. Oeiras: Câmara Municipal.
- Cardoso, J. L.; Arruda, A. M.; Sousa, E. and Rego, M. 2015. Ourela I e II, dois pequenos sítios da Idade do Ferro a norte do Estuário do Tejo. *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 21: 393-428.
- Fernández-Götz, M. and Krausse, D. 2013. Rethinking Early Iron Age urbanisation in central Europe: The Heuneburg site and its archaeological environment. *Antiquity*, 87: 473-487.
- Gaspar, J. 1994. Lisboa, o sítio: ocupação e organização do território. In *lisboa Subterrânea*: 13-19. Lisboa: Electa.
- Gomes, F. B. 2021. *A Necrópole do Olival do Senhor dos Mártires (Alcácer do Sal, Portugal). Práticas funerárias, Cultura Material e Identidade(s) na Idade do Ferro do Baixo Sado (séculos VII - II a.n.e.)*. Estudos & Memórias 17. Lisboa: UNIARQ.
- Haggis, D. 2015. The Archaeology of Urbanization: Research Design and the Excavation of an Archaic Greek City on Crete. In D. Haggis e C. Antonacio (Eds.) *Classical archaeology in context. Theory and Practice in Excavation in the Greek World*: 219-258. Berlin, München, Boston: De Gruyter.
- Leeuwaarden, W. V. and Janssen, C. R. 1985. A preliminary palynological study of peat deposits near an oppidum in the lower Tagus valley. Portugal. In *Actas da I Reunião do Quaternário Ibérico*: 225-236. Vol. II. Lisboa: APEQ.
- Maia, M. 2000. Tavira Fenícia. O território para Ocidente do Guadiana nos inícios do I milénio a.C. In A. González Prats (ed.) *Fenícios y território* (Actas del II Seminário Internacional sobre Temas Fenícios): 121-150. Alicante: Instituto Alicantino de Cultura.
- Maia, M. 2003. Fenícios em Tavira. In *Tavira Território e Poder*: 57-72. Tavira/Lisboa: Câmara Municipal de Tavira/Museu Nacional de Arqueologia.
- Maia, M. and Loureiro, C. 2008. Maqueta do sítio turdetano dito BNU. In *Tavira: patrimónios do mar*: 166-168. Tavira: Câmara Municipal de Tavira.
- Maia, M. and Silva, L. F. da 2004. O Culto de Baal em Tavira. *Huelva Arqueológica* (Actas del III Congreso Español de Antigo Oriente Próximo), 20: 171- 194.
- Maia, M. and Gómez Toscano, F. 2012. Um achado da Idade do Bronze em Tavira. In Javier Jiménez Ávia (ed). *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final*: 327- 344. Anejos de Aespa LXII. Mérida: CSIC/ Instituto de arqueologia de Mérida.
- Melo, A. A.; ValÉrio, P.; Barros, L. and Araújo, M. E. 2014. Práticas metalúrgicas na Quinta do Almaraz (Cacilhas, Portugal): vestígios orientalizantes. In A. M. Arruda (Ed) *Fenícios e Púnicas, por Terra e Mar*. (Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicas), II: 712-742. Lisboa: Uniarq.
- Neto, N.; Rebelo, P.; Ribeiro, R.; Rocha, M. and Zamora López, J. 2016. Uma inscrição lapidária fenícia em Lisboa. *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 19: 123-128.
- Olaio, A. 2015. *Ânforas da Idade do Ferro na Quinta do Almaraz (Almada)*. Dissertação de mestrado

- apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa. Policopiado.
- Olaio, A. 2022. Amphora production during the first millennium BCE on the Lower Tagus: The set from Quinta do Almaraz (Cacilhas, Almada, Portugal). In R. F. Docter, E. Gubel, V. Martinez Hahn Müller, A. Perugini (Eds.) *Amphorae in the Phoenician-Punic World. The State of the Art* (Ancient Near Eastern Studies Supplement Series, 62): 461-478. Leuven: Peeters.
- Pimenta, J.; Silva, R. and Calado, M. 2014. Sobre a ocupação pré-romana de Olisipo. A intervenção arqueológica urbana da Rua de São Mamede ao Caldas n.º 15. In A. M. Arruda (Ed.), *Fenícios e Púnicos, por terra e mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos*: 712-723. Lisboa: UNIARQ, 2.
- Pimenta, J.; Calado, M. and Leitão, M. 2014. Novos dados sobre a ocupação pré-romana da cidade de Lisboa. A intervenção da Rua de São João da Praça. In A. M. Arruda (Ed.), *Fenícios e Púnicos, por terra e mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos*: 724-735. Lisboa: UNIARQ, 2.
- Pimenta, J.; Sousa, E. and Amaro, C. 2015. Sobre as mais antigas ocupações da Casa dos Bicos – Lisboa: da Olisipo pré-romana aos primeiros contactos com o mundo itálico. *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 18: 161-180.
- Ribeiro, R.; Neto, N.; Rebelo, P. and Rocha, M. 2017. Dados preliminares de uma intervenção arqueológica nos antigos Armazéns Sommer (2014-2015). In *Três mil anos de história da cidade de Lisboa*: 223-245. Lisboa: Câmara Municipal e Centro de Arqueologia de Lisboa.
- Silva, R. 2013. A ocupação da Idade do Bronze Final da Praça da Figueira (Lisboa). Novos e velhos dados sobre os antecedentes da cidade de Lisboa. *Cira Arqueologia*, 2: 40-62.
- Smith, M. E. 2016. How can archaeologists identify early cities? Definitions, types, and attributes. In Fernández-Götz, M., e Krausse, D. (Eds.), *Eurasia at the Dawn of History: Urbanization and Social Change*: 153-168. Cambridge: University Press.
- Sousa, E. 2009. *A cerâmica de tipo Kuass no Algarve*. Lisboa: Uniarq.
- Sousa, E. 2014. *A ocupação pré-romana da foz do Estuário do Tejo*. Lisboa: UNIARQ.
- Sousa, E. 2015. The Iron Age occupation of Lisbon. *Madrider Mitteilungen*, 56: 145-160.
- Sousa, E. 2016. A Idade do Ferro em Lisboa: uma primeira aproximação a um faseamento cronológico e à evolução da cultura material. *CuPAUAM*, 42: 167-185.
- Sousa, E. 2018. A tale of two (?) cities: Lisbon and Almaraz at the dawn of the Iron Age. *Rivista di Studi Fenici*, 46: 137-151.
- Sousa, E. and Arruda, A. M. 2018. A Idade do Ferro na Alcáçova de Santarém (Portugal): os resultados da campanha de 2001. *Onoba*, 6: 57-95.
- Sousa, E. and Guerra, S. 2018. A presença fenícia em Lisboa: novos vestígios descobertos no alto da colina do Castelo de São Jorge. *Sagvntvm*, 50: 57-88.
- Sousa, E. and Pimenta, J. 2014. A produção de ânforas no Estuário do Tejo durante a Idade do Ferro, in R. Morais; A. Fernández; M. J. Sousa (eds.): *As Produções Cerâmicas de Imitação na Hispânia*: 303-316. Porto, 1.
- Sousa, E.; Pimenta, J.; Mendes, H. and Arruda, A. M. 2017. A ocupação proto-histórica do Alto dos Cacos. *Cira*, 5: 9-32.
- Sousa, E.; Silva, I.; Arruda, A. M. and Dorado-Alejos, A. 2020. Ânforas da Idade do Ferro e de tradição pré-romana do Porto do Sabugueiro (Muge, Portugal). *SPAL. Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla* 29, 1: 129-156.
- Sousa, E.; Pimenta, J. and Arruda, A. M. 2021. A produção de ânforas na costa ocidental atlântica: o caso do estuário do Tejo. In F. J. García Fernández e A. Saez Romero (eds) *Las ánforas turdetanas Actualización tipológica y nuevas perspectivas. SPAL MONOGRAFÍAS ARQUEOLÓGICA Nº XXXIX*: 273-288. Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla.
- Sousa, E. and Pinto, M. 2016. A ocupação da Idade do Ferro na colina do Castelo de São Jorge (Lisboa, Portugal): novos dados das escavações realizadas na Rua do Recolhimento/Beco do Leão. *Apontamentos de Arqueologia e Património* 11: 59-67.
- Sousa, E.; Sarrazola, A. and Simão, I. 2016. Lisboa pré-romana: contributos das intervenções arqueológicas na Rua da Madalena. *Apontamentos de Arqueologia e Património* 11: 69-79.
- Valério, P.; Silva, R. J. C.; Araújo, M. F.; Soares, A. M. and Barros, L. 2012. A multianalytical approach to study the Phoenician bronze technology in the Iberian Peninsula - a view from Quinta do Almaraz. *Materials Characterization*, 67: 74-82.
- Zamora López, J. A. 2014. Palabras fluidas en el extremo Occidente. Sobre un nuevo grafito fenicio, hallado en la desembocadura del Tajo, que recoge un posible topónimo local, in P. Bádenas de la Peña; P. Cabrera Bonet; M. Moreno Conde; A. Ruiz Rodríguez; C. Sánchez Fernández; T. Tortosa Rocamora (eds.): *Homenaje a Ricardo Olmos. Per speculum in aenigmate*: 306-314. Madrid: Asociación Cultural Hispano-Helénica.

La Huelva Protohistórica cien años después del descubrimiento del depósito de bronce de la Ría: Estado de la cuestión

Javier Bermejo Meléndez*

Alejandro Cano Pérez*

Juan M. Campos Carrasco*

*Universidad de Huelva. Centro de investigación en Patrimonio Histórico, Cultural y Natural.

Resumen: En el centenario de la aparición del depósito de bronce de la Ría onubense se torna necesario realizar una valoración del avance del conocimiento del puerto atlántico, con todas las manifestaciones arqueológicas que han venido documentándose a lo largo de un siglo. Gracias a la trascendencia, impacto e importancia de los hallazgos en el subsuelo y contexto subacuático, Huelva llamará la atención de la investigación nacional e internacional, siendo el referente ineludible en la conformación del denominado mundo tartésico desde las postrimerías del Bronce Final Atlántico. La presente contribución supone una síntesis del estado del conocimiento que actualmente se tiene de la Huelva protohistórica, sus características geomorfológicas y principales elementos de su estructura urbana.

Palabras clave: Huelva; estuario; urbanismo; Tarteso; emporio

Abstract: On the centenary of the discovery of the bronze deposit in the estuary of Huelva, it becomes necessary to assess the progress of knowledge regarding the Atlantic port, including all the archaeological manifestations that have been documented over a century. Due to the significance, impact, and importance of the findings in the underground and underwater context, Huelva will attract the attention of national and international research, becoming an unavoidable reference in the formation of the so-called Tartessian world since the late Atlantic Bronze Age. This contribution represents a synthesis of the current state of knowledge about protohistoric Huelva, its geomorphological characteristics, and the main elements of its urban structure.

Keywords: Huelva; estuary; urbanism; Tarteso; emporium

El enclave de Huelva, significación y conformación

El descubrimiento del depósito de bronce de la ría de Huelva en 1923 supuso un destacado episodio de la arqueología peninsular que posicionó a Huelva en el centro del debate científico relativo a la prehistoria reciente y protohistoria sin solución de continuidad hasta nuestros días (Albelda y Albert 1923a, 1923b; Albelda y Obermaier, 1931; Almagro-Basch 1940; 1957; Hunt, 2001; Carrasco y Pachón 2006; Rovira 1995; Ruiz-Gálvez 1995 Ed.). Los posteriores hallazgos surgidos en la ciudad a lo largo del s. XX, especialmente a partir de la década de 1960 marcaron esta dinámica, viéndose acrecentado el interés, debate y producción científica relativa a la Huelva tartésica. En el centenario de aquella efeméride planteamos en esta contribución una visión global del estado actual del conocimiento que a día de hoy se tiene de la *Onoba* protohistórica, sus características geomorfológicas, arqueológicas, urbanas, etc.; un estado de la cuestión que permite, en síntesis, mostrar el relevante papel que desempeñó Huelva en el estudio de la Protohistoria de la península y en el desarrollo del concepto de Tarteso, tema ampliamente debatido y discutido en los últimos años por la investigación. En efecto, muchas han sido las

intervenciones de carácter arqueológico, o actividades urbanas con remociones de terreno, que a lo largo de ese periodo se han desarrollado en la ciudad de Huelva, a veces con diferentes resultados, pero que permiten obtener una imagen mucho más completa y compleja de aquella realidad, conformando la base del conocimiento que a día de hoy se tiene sobre el tema (entre otros, García y Bellido 1944; Belén *et al.* 1978; Fernández, 1984; 1990; Fernández-Miranda, 1986; Cabrera, 1988; 1995; Garrido y Orta 1989; Belén y Escacena 1995; Campos y Gómez 1995; Osuna *et al.* 2001; Rufete 2002; González de Canales *et al.* 2004; Mederos 2008; Gómez y Fundoni 2010-2011; Gómez 2009; Campos y Alvar 2013; Domínguez 2013; Gómez y Ruiz 2014; Toscano-Pérez 2021; Tejera y Toscano-Pérez 2022; Cano *et al.* 2022; Toscano *et al.* 2023; Álvarez-Martí 2023; Celestino y Rodríguez 2023).

La realidad arqueológica de la Huelva protohistórica, que los numerosos y amplios estudios han puesto de relieve a lo largo de un siglo, posee una configuración que viene dada por las particularidades de su posición geográfica, en un amplio estuario conformado por las desembocaduras de los ríos Tinto y Odiel, así como por ubicar la fundación del emporio en un medio de laderas, en altura, los denominados cabezos, con una

geomorfología dinámica que conformó en el devenir de los siglos zonas bajas que permitieron la ubicación de su puerto.

El estuario del Tinto y Odiel

El estuario formado por los ríos Tinto y Odiel será el marco geográfico que condicione el devenir histórico del asentamiento de Huelva, junto con sus cabezos. Desde un punto de vista geomorfológico no puede ser considerado una ría en el sentido estricto del término, sino más bien un sistema estuarino mesomareal que se ve influenciado por las mareas, el oleaje y los sedimentos que recibe del caudal de dichos ríos. Este sistema estuarino se desarrolla sobre una base neógeno-

cuaternaria, correspondiente a la fase más tardía del relleno de la Cuenca del Guadalquivir (Aguilar *et al.* 2019: 128). Su formación se remonta aproximadamente a unos 10000 años A.P., cuando el mar invadió la zona (Borrego *et al.* 1999: 783), y alcanzó su nivel mareal actual hace unos 4500 años A.P. (Delgado *et al.* 2012: 138) (Figure 1).

Desde su origen, este sistema ha estado en continua evolución, un hecho asociado a la intensa actividad portuaria que se viene desarrollando desde épocas muy tempranas. Su transformación depende de múltiples causas que se desarrollan tanto a corto como a largo plazo. Por un lado, influyen los aspectos relacionados con los agentes naturales, como bien pueden ser la



Figura 1. Ortofoto del actual estuario de los ríos Tinto y Odiel.

acción de las mareas, el oleaje o las precipitaciones, y por otro lado la acción antrópica que erosiona y transforma el medio para el desarrollo del hábitat y las actividades económicas. En cuanto a los agentes que actúan a largo plazo, contribuyen el incesante aporte de material sedimentario aportado por los sistemas fluviales, la acción de las fuerzas tectónicas y la variabilidad del nivel mareal (Aguilar *et al.* 2019: 128).

Desde el punto de vista del poblamiento el estuario ha sido un espacio habitado desde fechas muy tempranas, la presencia humana en sus inmediaciones arranca ya desde el Paleolítico, periodo a partir del cual se constatan las primeras interacciones hombre-medio, que se mantendrán de manera ininterrumpida sin solución de continuidad hasta el presente. En línea con esta argumentación su presencia en este ecosistema estuarino vendrá marcada por el aprovechamiento no sólo de sus recursos pesqueros, faunísticos, forestales, etc. sino por ser punto de conexión - vía marítima - con otras áreas atlánticas y mediterráneas, lo que marcará el devenir histórico de este territorio ante la llegada de influencias externas que enriquecerán los sustratos poblaciones autóctonos en los diversos periodos (Bronce Final, Hierro I y II, etc.). Así, el estuario supone un espacio de primer orden en la comprensión de la dinámica poblacional, al configurarse como un marco natural excepcional que propició la conformación del asentamiento de Huelva, como núcleo principal, así como otros de menor entidad. En esta línea, en la margen derecha del Odiel, encontramos como los poblados de periodos calcolíticos, caso de Papa Uvas (Aljaraque) (Martín de la Cruz *et al.* 1985; Martín de la Cruz, 1993) se mantendrán durante los siglos del Bronce Final a los que le sucederán áreas de ocupación ya en momentos del VI a.C. como la factoría de Aljaraque (Blázquez *et al.* 1971) y la localizada en la Monacilla (s.s. IV-IV a.C.) (Campos 2002). Estos asentamientos se ubican en áreas de fácil conexión en medios estuarinos, bien en antiguas terrazas cuaternarias o bien en cerros de mediana altura, que les permiten una fácil accesibilidad a las áreas de interior y litorales a través de un tráfico marítimo fluvial con otros puntos del estuario, caso de *Onoba*.

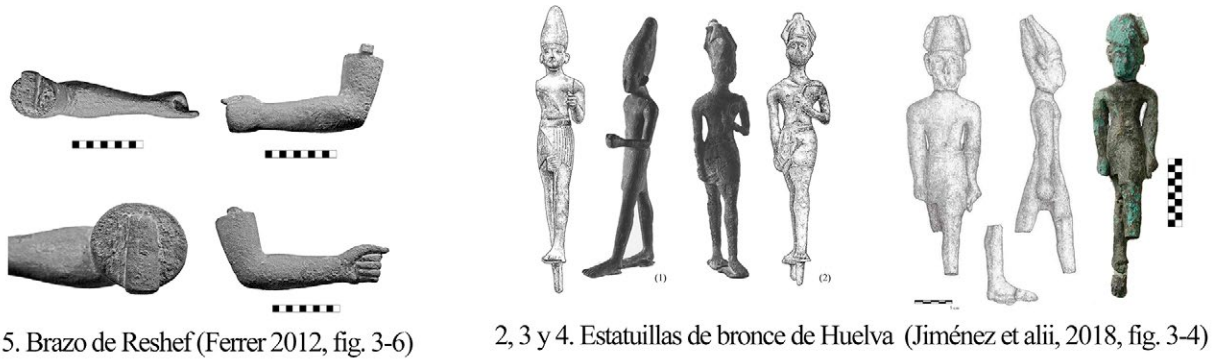
Será de este ambiente estuarino, más específicamente de su lecho submarino, de donde procedan un importante conjunto de testimonios materiales que supusieron, ya desde los comienzos del s. XX, los referentes en la conformación de los estudios del Bronce Atlántico peninsular y el periodo Tartésico. Hallazgos casuales que marcaron el inicio de la investigación arqueológica en Huelva, generando conciencia tanto en el ámbito académico como en el social acerca de la trascendencia histórica de este enclave como puerto estratégico entre el Atlántico y el Mediterráneo. La mayoría de estos descubrimientos resultaron de dragados realizados con el objetivo de mejorar y mantener un calado óptimo

para los navíos en tiempos contemporáneos, como el conocido depósito de Bronces descubierto en el año 1923 por la draga "La Cinta" (Albelda y Albert 1923a, 1923b) (Figure 2.1). Su hallazgo posicionó a Huelva en el centro de la investigación de la arqueología protohistórica de la península, generando debates significativos sobre la procedencia, cronología e interpretación, y transformando paradigmas desde la época de su descubrimiento hasta la actualidad (Gómez-Moreno 1923, Díaz 1923; Almagro-Basch 1940; Terrero 1944; Almagro-Basch 1957; Almagro-Gorbea 1978; Ruiz-Gálvez 1995a; Belén y Escacena 1995; Rovira 1995; Ferrer *et al.*, 1997; Escacena 2000; Mederos 2008).

Unos años después, en 1930, se lleva a cabo el descubrimiento del casco corintio a pocos metros al sur del depósito de bronce (Figure 2.6). Este hecho tuvo una amplia repercusión por ser el primer casco griego hallado en la península y el más occidental de todos los hallados posteriormente. La datación de dicha pieza fue atribuida al siglo VI a.C. mediante el análisis y la comparación de la decoración, especialmente las palmetas de la comisura de los ojos y la flor de loto en el borde inferior del casco (Olmos 1988: 58-64). Asimismo, se plantearon hipótesis sobre su conexión con el depósito anterior, sugiriendo una posible tradición arraigada de depositar armas en las aguas de los ríos como un rito de la tradición fenicia, adaptado en este caso por los griegos mediante la sincretización de diferentes panteones. (Ruiz-Gálvez 1995b; Olmos 1988: 65; 1992a: 104-105; Cabrera 1988: 73-74; Jiménez 2002: 238-ss).

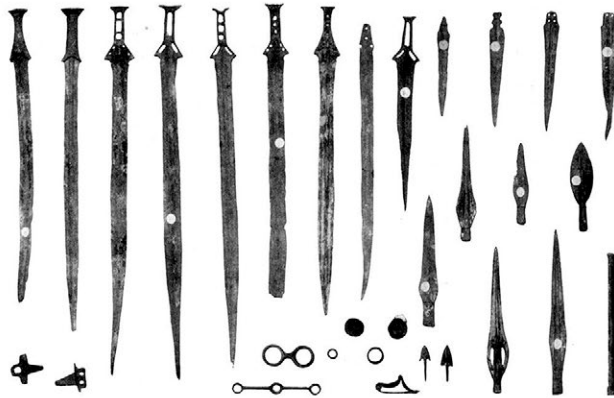
En un contexto muy distinto y gracias a la labor desarrollada por un pescador en el Canal del Padre Santo, bajo la Punta de la isla de Saltés, tuvo lugar la aparición de los dos "smiting god" de la ría (Figure 2.2 y 2.3). Ambas estatuillas se integran dentro de la toréutica fenicia de finales del siglo VIII a.C. o inicios del VII a.C. (Olmos 1992a; 1992b; Belén 2000; Ferrer 2012) y son convencionalmente asociadas al dios Reshef o al Melkart siriocanano (Belén 2000: 27-28; Bedia *et al.* 2004: 183). Estas deidades evidenciarían una manifestación votiva de protección al comercio, debido al carácter empórico de este enclave (Olmos 1992a: 16; Jiménez 2002: 287). Esta propuesta podría compartirse con otras ejemplares aparecidos en contextos similares, pero en puntos ya continentalizados en la actualidad, como el fragmento de brazo hallado en un punto inexacto del actual polo químico onubense (Ferrer *et al.* 1997) (Figure 2.5), o el tercer "smiting god" de procedencia inexacta próximo a la calle Rascón, actual centro urbano de Huelva (Figure 2.4).

Este breve recorrido por el amplio repertorio de bronce, recuperados en el entorno del estuario del Odiel, nos muestra un contexto excepcional que actuó como catalizador para el surgimiento de la arqueología



5. Brazo de Reshef (Ferrer 2012, fig. 3-6)

2, 3 y 4. Estatuillas de bronce de Huelva (Jiménez et alii, 2018, fig. 3-4)



1. Selección de piezas del depósito de la Ría de Huelva (Mélida, 1929, fig. 46)



6. Casco corintio

(<https://www.rah.es/casco-corintio/>).

Figura 2. Hallazgos casuales procedentes de la ría de Huelva.

urbana en Huelva en los años sesenta. En definitiva, todos estos hallazgos representan lo que ha sido y es Huelva, un puerto cosmopolita que, desde la antigüedad, ha aunado diferentes culturas y tradiciones para formar el crisol cultural que hoy en día denominamos como cultura tartésica.

El sistema de cabezos de Huelva

En este estuario, tan relevante para el paisaje onubense, se eleva la gran península sobre la que se asienta la población desde fines del primer milenio. Esta se caracterizaría por los cabezos, cuyo término hace referencia a las elevaciones, acantilados de época flandriense resultantes de la retirada de las aguas, que perfilarán a Huelva y marcarán su devenir. Se conocen nueve promontorios que se dividen entre los de cornisas y los de interior: La Joya, San Pedro-Cementerio Viejo, La Esperanza, Molino de Viento, del Pino, Padre Julián, Roma, Mondaca y Conquero, aunque la mayoría han desaparecido.

Atendiendo a los testimonios arqueológicos, estas formaciones fueron el hábitat de los primeros asentamientos humanos, posiblemente debido al

alto valor estratégico de esta posición para controlar los recursos terrestres de la campiña y los recursos marítimos procedentes del estuario; siempre en la búsqueda de la ocupación de un espacio vital para uso portuario, una actividad que parece estar en marcha desde finales del II milenio, a tenor de los primeros registros cerámicos (Gómez 2009: 37). Los precedentes de este poblamiento, ya en los cabezos, habría que buscarlos en las inmediaciones de la península que conforma Huelva (Campos 2006: 22), en el imponente y complejo yacimiento del Plan Parcial 8 (Gómez *et al.* 2014; Garrido y Vera 2015; Linares y Vera 2021).

El aspecto de Huelva en este momento está marcado, por tanto, por una topografía muy accidentada, resultado de los efectos de la erosión diferencial que dieron lugar a los mencionados cabezos. La formación de cárcavas, debido a la erosión, fueron la causa de que quedaran aislados, creando grandes vaguadas en forma de rampa, caso de las existentes entre los cabezos de El Cementerio Viejo-San Pedro-Mondaca, que vertían hacia las marismas del Molino de la Vega, o la vaguada de los cabezos San Pedro-El Molino-La Esperanza. En este sentido, la dinámica deposicional de estos ejes de drenaje constituiría un factor determinante



Figura 3. Rasgos morfológicas principales del estuario de Huelva en época protohistórica y propuesta de línea de costa (Bermejo *et al.* 2017, fig. 1).

para la evolución de la línea mareal de la zona baja de Huelva, haciéndola sinuosa, con entrantes y salientes pronunciados en aquellos puntos de drenaje de sedimentos que facilitan la creación de amplios espacios en forma de abanicos y conos fluviales. Esta característica geomorfológica conformará una línea de costa compleja y cambiante, en la que encontraríamos puntales o espigones naturales de considerable altura, frente a esteros y zonas de marismas no consolidadas (Campos 2011: 66-71) (Figure 3).

Esta compleja fisionomía quedaría fosilizada en el actual callejero de Huelva, ya que estos ejes de drenaje han dado lugar al trazado de las actuales calles Plácido Bañuelos-Plaza de las Monjas-Vázquez López. También ha quedado constatado en los diferentes planos topográficos que se conservan desde el s. XIX, e incluso queda constancia en un óleo de 1830 que representa la Villa de Huelva en una visión desde la Ría. En dicho óleo se pueden observar los cabezos y uno de esos puntales o espigones naturales donde se ubicaba el ya desaparecido Arco de la Estrella. Además, en los márgenes de ese puntal, se localizarían dos entrantes que recrean el aspecto que el puerto ya debió tener en el pasado (Campos 2015: 16, fig. 25).

Por tanto, el hecho de que la arqueología urbana onubense haya documentado zonas donde los restos arqueológicos aparecen a bastantes metros de la rasante actual, y en otras zonas prácticamente a pocos centímetros, confirma esa morfología compleja

y no uniforme de la antigua línea de costa. Como mencionamos anteriormente, su evolución está estrechamente vinculada a los diferentes agentes naturales que han contribuido al sistema de vertido de los aluviones sedimentológicos mencionados, pero también es imprescindible mencionar el factor humano en esta ecuación.

En la actualidad, la práctica desaparición de estos cabezos, sumado a los rebajes y peñados que han impedido conocer la ocupación antigua de estos enclaves, no han hecho más que acelerar y condicionar ese proceso natural para forzarla a crear una nueva topografía. Gracias a la labor de la arqueología urbana en estas últimas décadas, también se ha constatado el esfuerzo de estas sociedades pretéritas en invertir parte de los recursos en hacer habitable y rentable la zona baja de Huelva. La capacidad de resiliencia de esta sociedad ante los desafíos que este medio geológico ha presentado ha condicionado de manera notable la evolución de este territorio, haciendo de Huelva un importante emporio comercial que pervive hasta el día de hoy, como ha constatado sobradamente la arqueología (Figure 3).

El urbanismo de la Huelva protohistórica

Desde las primeras actuaciones en las laderas de los cabezos de San Pedro, La Esperanza o el hallazgo de la necrópolis de la Joya, la complejidad de la realidad arqueológica de la Huelva protohistórica a lo largo de

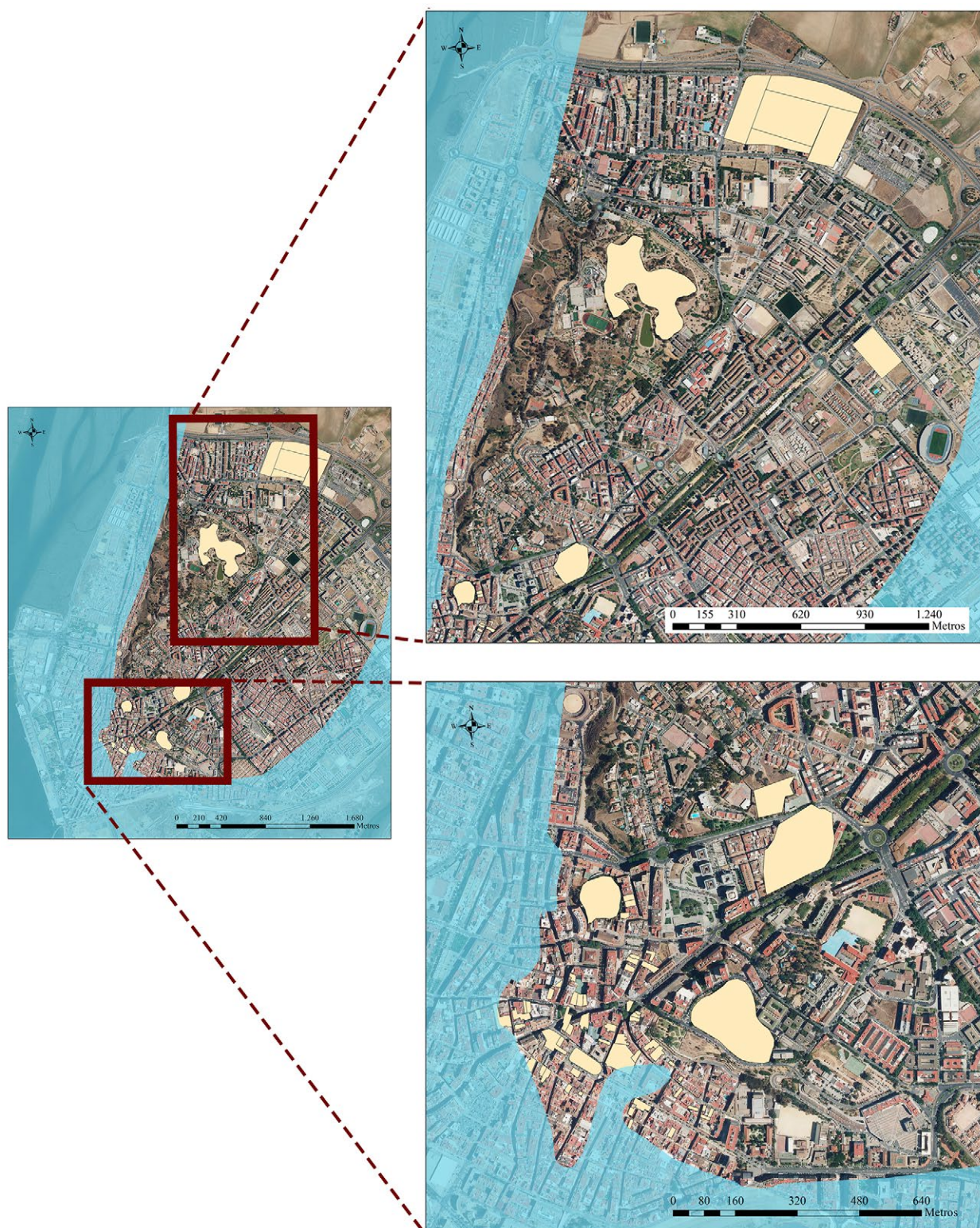


Figura 4. Ortofotografía de la ciudad con indicación de la línea mareal en función de la aparición de los restos materiales del periodo.

las últimas décadas se ha ido acrecentando en virtud de los continuos hallazgos, con ampliaciones de la extensión de la ciudad, nuevas áreas de servicio y portuarias, funerarias, habitacionales, etc. (Figure 4).

Prueba de ello son los significativos espacios detectados en el solar de la ciudad y que, con distinta tipología y cronología, permiten un mayor conocimiento de la Huelva protohistórica. A continuación, detallaremos

distintos ambientes ya sean en las zonas altas o bajas de la ciudad, cada una con edificaciones o construcciones representativas de distintas actividades, portuarias, sacras, servicios, industriales o funerarias.

Las zonas altas, la ocupación de los cabezos

El hábitat

En el sector de mayor altitud de Huelva, las zonas amesetadas de las colinas o cabezos y sus laderas más inmediatas, se han documentado testimonios de ocupación en multitud de intervenciones, especialmente en los cabezos de San Pedro y La Esperanza. La primera excavación arqueológica en La Esperanza documentó posibles restos de un taller metalúrgico, ya que se encontraron elementos que podrían indicar la existencia de hornos, ladrillos porosos, escorias y mineral reblandecido y zonas rojizas que se interpretaron como restos de óxido de metal (Garrido Roiz 1968: 32). En cuanto al hábitat, no se hallaron evidencias directas de cabañas, tan solo una serie de muros fragmentados con restos de piedra, adobe y escoria.

Por un lado, no fue hasta el año 1969 cuando se empezó a hablar de la existencia de hábitats o cabañas tras la intervención realizada en la Mesa de la Horca, una de las colinas de la Esperanza. Este sondeo recopiló una gran cantidad de material cerámico que evidenciaría una alta actividad iniciada alrededor del siglo VII a.C. o incluso en fechas anteriores. Debido a la ausencia de elementos constructivos en piedra, los autores ubicaron aquí a la población indígena de Huelva. Igualmente, el resto de intervenciones realizadas en La Esperanza solo documentaron fragmentos cerámicos sin elementos constructivos asociados (Belén *et al.* 1978). Esta ausencia es justificada por la constante erosión de los cabezos y el consecuente arrastre de material, lo que dificulta enormemente las interpretaciones al no poseer testimonios directos del hábitat en cabañas.

Por otro, el cabezo de San Pedro sí presentó evidencias constructivas asociadas a materiales pétreos y a diferentes tipos de construcciones en adobe y en tapial. Las interpretaciones condujeron al establecimiento de un hábitat importante, desarrollado entre los siglos VII y VI a.C., coincidiendo con el periodo de auge y crecimiento de *Onoba*. Asimismo, mediante paralelos, los autores relacionan un muro hallado en la Plaza de San Pedro, del que no existe documentación alguna, con una zona empedrada aparecida en el Corte A-1 del Área 3 de La Esperanza. A partir de aquí, se deduce un poblado sincrónico en dichas ubicaciones al poseer contextos arqueológicos y cotas similares, aunque imposible de confirmar con los datos disponibles (Belén *et al.* 1978: 28-29).

Pero sin duda, una de las intervenciones más destacables la encontramos en la cima de este cabezo por albergar el famoso muro con empleo de técnicas orientales. Sin entrar en debate sobre su origen y factura, existen dos teorías principales acerca de su funcionalidad: en primer lugar, tenemos aquella que considera que esta construcción pertenece a la antigua muralla de la ciudad alta de la ciudad, o lo que los autores denominan como “la acrópolis de la ciudad” (Belén 2010: 102); y por otro lado, tenemos quienes afirman que dicho muro fue alzado con el propósito de defender la zona baja de los aluviones de sedimentos y posibles derrumbes proveniente de las zonas altas del asentamiento, un problema que se ha repetido en Huelva a lo largo de su existencia (García *et al.* 2011: 114-115). Debido a la falta de una continuidad de las investigaciones el debate acerca de su funcionalidad sigue vigente a la espera de nuevos datos. Por último, mencionar que esta estructura se data dentro de los siglos VIII al VI a.C., incluso en fechas anteriores, lo que puede indicar que, sea cual sea su función, tuvo un periodo de actividad asociado a las fases de hábitat documentadas en ambos cabezos. Por lo tanto, independientemente de la naturaleza de las construcciones, se puede deducir la existencia de un hábitat en los cabezos que se prolonga desde las fechas más tempranas de su fundación hasta el periodo de auge de la de la ciudad tartésica.

Las Necrópolis

Las necrópolis se sitúan fuera de los límites propuestos para la población tartésica, específicamente hacia el noreste, ocupando los cabezos interiores de Huelva, como testimonian el de Roma, Parque Moret y la Joya (Figure 5). Estudios recientes dedicados a la reconstrucción del paleopaisaje de Huelva han demostrado la accesibilidad marítima de este cabezo a través del estero de Gavia de Rojo, lo que permitiría el acceso de embarcaciones de pequeño calado, de manera similar a lo que ocurriría con el estero que conectaba el actual Parque Moret con el río Tinto (Gómez y Campos 2001: 102). Desde el lugar de enterramiento, se obtenía una amplia visión de la ría de Huelva, el mar y el interior de la Tierra Llana de Huelva, lo que posiblemente esté relacionado con la simbología funeraria y la importancia de estos lugares para la sociedad y la economía de *Onoba*.

De todas las áreas cementeriales del periodo protohistórico destaca sin lugar a dudas por su riqueza, variedad y complejidad, la necrópolis de La Joya, dado que jugó un papel fundamental en la consolidación de Huelva como una importante ciudad tartésica en el ámbito científico, siendo una de las primeras excavaciones preventivas realizadas (Garrido 1968; Garrido y Orta 1989). La excepcionalidad de los enterramientos hallados, así como el ajuar y restos encontrados, han generado un extenso debate sobre la

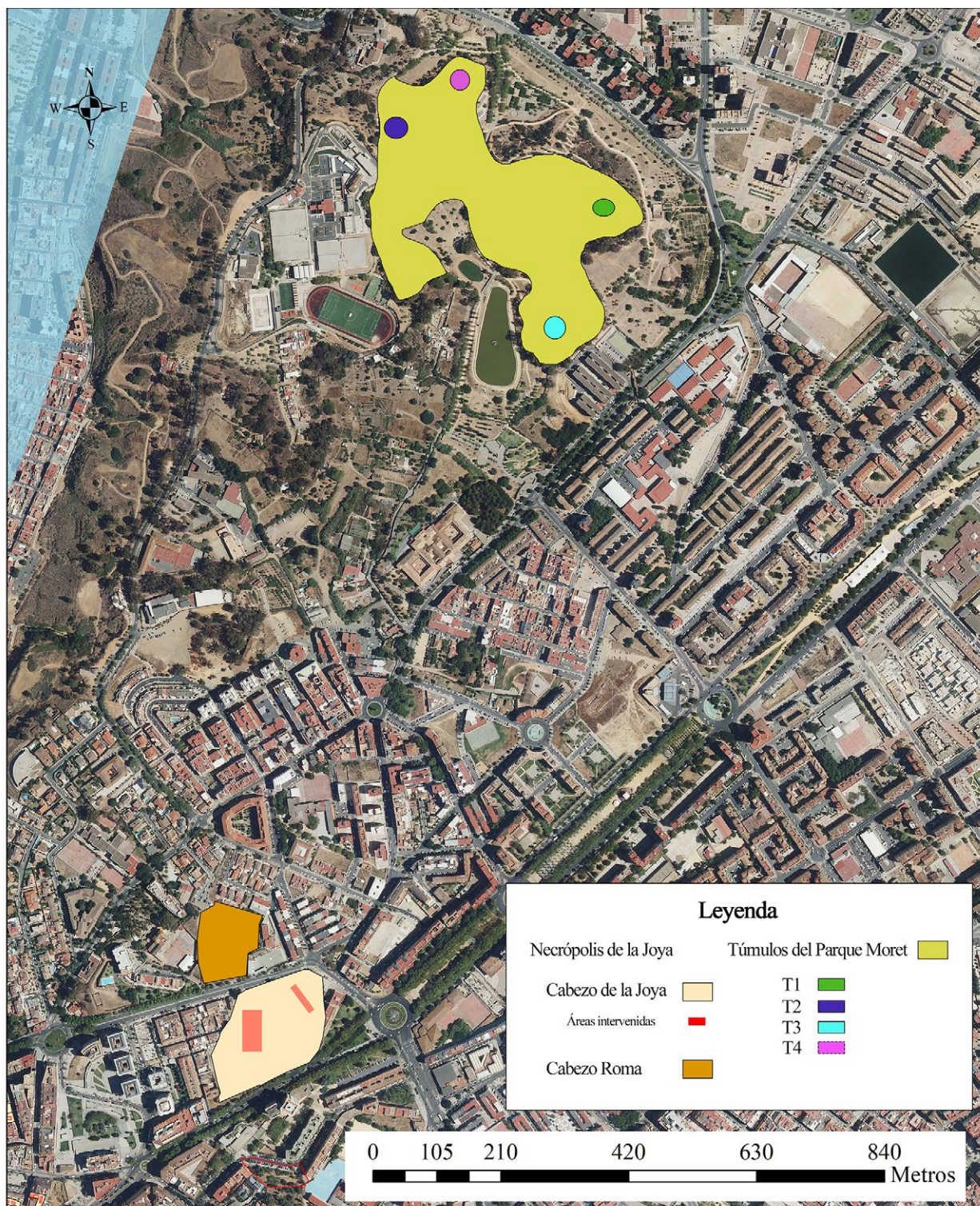
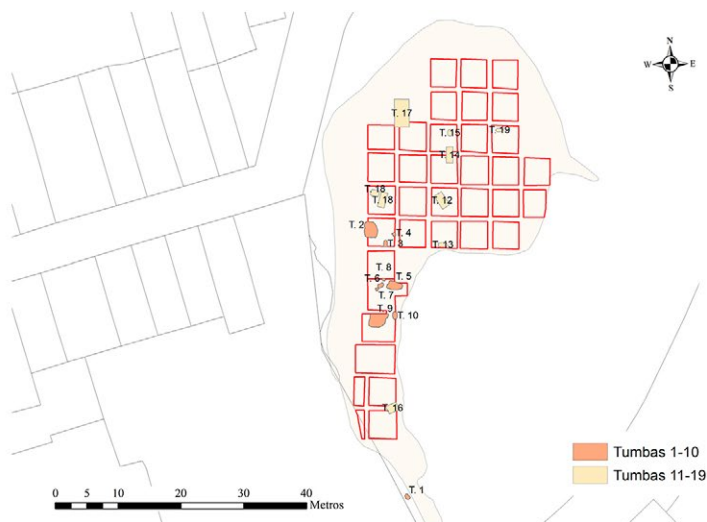


Figura 5. Localización de las áreas cementeriales

etnicidad, la posición social de las personas enterradas y la sociedad en general que sigue estando en activo (Toscano-Pérez y Tejera 2022).

En cuanto al ritual, cada tumba ofrece peculiaridades y diferencias significativas que responde a un sistema de

enterramiento desconocido hasta ahora, estrechamente relacionado a esa apertura de la ciudad a diferentes tradiciones y culturas. En el caso de las inhumaciones, los enterramientos se diferencian en aspectos llamativos como son la orientación de la urna, la distribución de los restos óseos y las cenizas del difunto o el lugar de



Tumba 17 en proceso de excavación
(Tejera y Toscano-Perez 2022a: Fig. 2)



Ajuar de la tumba excavada en 1999 (Museo de Huelva)

Figura 6. Ubicación de La Joya. Excavación de la Tumba principesca nº17 y parte del ajuar estudiado por el grupo Vrbانيتas en la anualidad 2019-2020 en el marco del Plan General de Investigación de la Zona Arqueológica de Huelva.

la cremación y la cantidad de individuos. Por otro lado, en el caso de las inhumaciones, se han documentado tumbas de ritual mixto, individuales y colectiva en posición forzada, o violenta según el término utilizado por los responsables de la excavación (Tejera y Toscano-Pérez 2022) (Figure 6).

Próximo al cabezo de la Joya, en el de Roma, recientemente han aparecido restos de enterramientos, lo que testimonia la existencia de otra área cementerial en este sector elevado. Si bien es cierto, la excavación, aún en fase de estudio, no comportó un importante volumen de materiales o hallazgos si se compara con otros sectores funerarios de la ciudad, pero permitió constatar una extensión más amplia para las áreas cementeriales¹

Conjuntamente con aquellas dos, se ha identificado otra área funeraria que posiblemente albergaba túmulos de

enterramientos en el actual Parque Moret, dominando las elevaciones del cabezo del Conquero, al noreste del antiguo núcleo urbano. El ajuar encontrado aquí es similar al de La Joya y se data aproximadamente en el último cuarto del siglo VII o la primera mitad del VI a.C. (Garrido y Orta 1989: 41; Campos *et al.* 2002: 328). Se ha observado una tendencia en la construcción de estos túmulos, buscando zonas elevadas para establecer las estructuras radiales que contenían las cámaras o fosas funerarias. Similar interpretación se otorgó a los enterramientos de la Joya, en donde se apuntó la posibilidad de cubriciones tumulares que pudieron quedar arrasados debido a la erosión (Garrido y Orta 1989: 36). La relación que J. P. Garrido establece entre La Joya y los túmulos del Parque Moret ha sido objeto de intensos debates debido a la gran distancia que los separa. En esta línea, otros autores consideraron que esta área de enterramientos, alejada del núcleo urbano de la Huelva protohistórica, estuviera vinculada o en relación con algún asentamiento de la periferia en las inmediaciones del Santuario de la Cinta o el Rincón (Gómez y Campos 2001: 117), hipótesis que pareció corroborarse y matizarse, posteriormente, con

¹ <https://huelvabuenasnoticias.com/2020/06/28/la-aparicion-de-una-tumba-tartésica-con-2-700-anos-de-antigüedad-confirma-la-relevancia-arqueologica-del-cabezo-roma-de-huelva/> (consultado el 18/01/24).

los hallazgos que reportó el yacimiento de la Orden Seminario (Campos 2006: 22).

La ocupación de la zona baja, el puerto

A diferencia de los testimonios materiales documentados en las zonas altas, escasos, inconexos, con una pérdida irreparable de registros que permitan profundizar en este sector de la ciudad – salvo las áreas cementeriales –, la zona baja de la misma viene caracterizada por un mayor y mejor conocimiento. En efecto, los testimonios materiales, más prolijos en el registro, permiten dibujar una importante y extensa área portuaria con distintos sectores, entre los que destaca un área sacra, así como ambientes de almacenaje, servicios, actividades industriales, etc. repartidas todas estas últimas a poniente, al mediodía y a levante del santuario, conformando un extenso

y amplio frente portuario separados por un estero o canal navegable. En este análisis se han diferenciado diversas áreas, la principal y nuclear representada por un santuario, y sus zonas adyacentes, occidental, meridional y oriental. (Figure 7).

El Santuario, el área nuclear del puerto

Uno de los hallazgos más relevantes de Huelva se produjo durante la excavación de los solares de la calle Méndez Núñez 7-13 y Plaza de las Monjas 12, con la constatación de un santuario de carácter portuario que fue exhumado durante los años 1997 y 1998. Ante la relevancia de las estructuras descubiertas en la actividad de 1997 (Fernández y García 2001), esta se amplió para una nueva anualidad, pasando su dirección al entonces director del Museo de Huelva, Manuel Osuna Ruiz. El solar fue excavado en extensión entre los

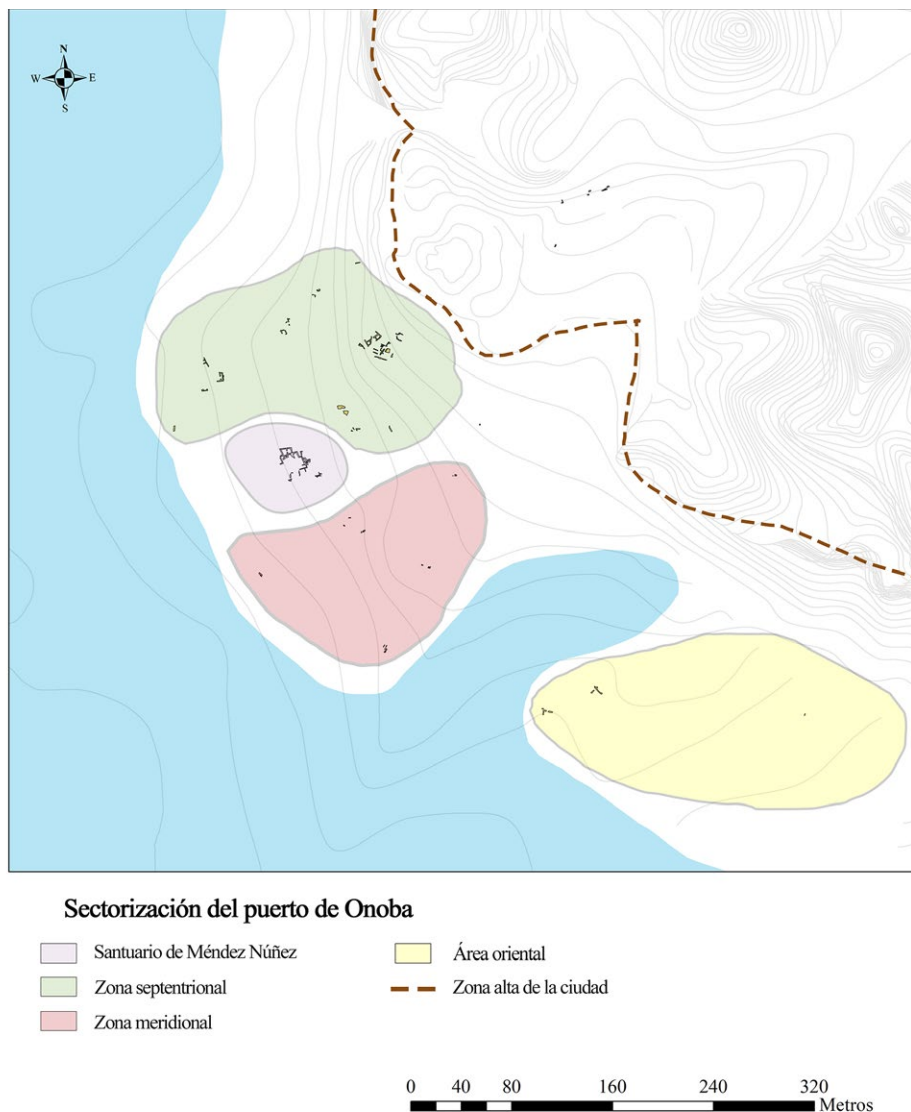


Figura 7. Áreas portuarias en época protohistórica.

meses de marzo, abril y mayo de 1998, lo que permitió documentar un amplio lugar sacro compuesto por una estancia trapezoidal y un témenos que delimitaba el recinto. Además, se localizó el túmulo fundacional, una zona para los sacrificios rituales, hogares para la preparación de ofrendas y bancos corridos que podrían ser usados durante los banquetes, así como varios pozos para ofrendas (Osuna *et al.* 2001: 178).

Según los datos extraídos de la excavación se diferenciaron tres fases constructivas diferentes que abarcan los siglos VIII al V a.C. La primera fase es comprendida por la sala de la divinidad, un témenos y un túmulo fundacional. Gracias a los materiales hallados se deduce que mantuvo una intensa actividad entre los siglos VIII y VII, concluyendo en el s. VI por un evento sísmico o maremoto al hallar abundante malacofauna en la fase final de esta fase y en toda la segunda (Osuna *et al.* 2001: 179) (Figure 8). Le sigue una última fase que comprende la reconstrucción del santuario con una serie de modificaciones y ampliaciones en su estructura. En primer lugar, mencionamos el refinamiento de la técnica constructiva al presentar muros de zócalos de mampuestos con alzado a tapial revestidos con cal (Toscano-Pérez 2021: 436). Asimismo, se produce la compartimentación interna del edificio, la construcción de una estructura en zigzag que protegía el área del témenos, la presencia de sucesivos pavimentos decorados con pintura roja y el nuevo acceso que presentaba una rampa a modo de protección frente a las crecidas (Toscano-Pérez 2021: 436; Osuna *et al.* 2001: 183). Según los arqueólogos responsables, esta reconstrucción tuvo lugar debido a un evento natural repentino, como un maremoto, terremoto, u otro fenómeno similar, que se evidencia en una de las unidades constructivas. Esta unidad se encuentra documentada en una posición que aparentemente sugiere haber experimentado un suceso de alta energía, aunque esta característica no se aprecia en el resto de estructuras de la misma fase. Lo que sí es seguro es que la reconstrucción del santuario se hizo con una clara intencionalidad de protección, ya sea para defenderse frente a las crecidas del río o frente a los aluviones de sedimentos proveniente de los cabezos.

Sin embargo, lo que ha eclipsado la excepcionalidad de los hallazgos constructivos presentes, han sido los materiales arqueológicos extraídos bajo el nivel freático, localizado entre -4,70 y 5,50 sobre el nivel del mar (González de Canales *et al.* 2017: 3). Pese a no documentar una fase estructural se infiere, por medio de los restos arqueológicos extraídos de manera mecánica, que este espacio sacro debió existir previamente a los niveles documentados al constatar una riqueza de materiales que no se repite, de igual forma, en otros de los solares excavados. El conjunto de estos materiales alcanzó la cifra de 90000 fragmentos cerámicos, de los cuales 82000 fueron considerados como amorfos.

De todos ellos, solo el 9 % de los reconocibles fueron estudiados (González de Canales *et al.* 2004) y de todas ellas existe una proporción del 59,26 % de cerámica indígena frente a un 40,73% que corresponde a la fenicia. Esta estadística ha reforzado la hipótesis sobre la naturaleza del asentamiento de Huelva, puesto que los autores de este estudio sostienen la existencia de un emporio precolonial fenicio con participación de la sociedad autóctona (González de Canales *et al.* 2009: 3-4).

Además del material cerámico, se documentaron otros materiales de diversa naturaleza que no hacen más que reflejar la intensa actividad de los talleres metalúrgicos asociados al santuario. Entre todos ellos se documentaron restos de un horno de copelación de plata (González de Canales *et al.* 2004: 146, lám. 37, 7-12 y 63, 1-5), un pequeño lingote de plata con forma de piel de buey (2,6 x 3,9 x 5,4 m) (Osuna *et al.* 2001: 180-181, 186, fig. 14), otro de bronce, ladrillos de arcilla vitrificados, toberas de diferentes sección, crisoles, moldes de fundición y residuos de la actividad, como por ejemplo escorias de plata, cobre, goterones de plata y presencia de minerales como la covelina o el sulfuro de cobre (González de Canales *et al.* 2004: 147, 153, tabla 11, lám. 37, 15-24 y 63, 6-15; 148, lám. 37, 13-14 y 63, 18-21; 151, lám. 37, 25-29 y 63, 26-30; 148-152, tabla 7-9, lám. 63, 22-25 y 64, 8-17).

Del mismo modo habría que destacar aquellos materiales que ponen de relieve el carácter portuario de la zona, como son: un ancla de roca ostionera con un orificio, con paralelos en Chipre y Levante; el conjunto de 4 ponderales de plomo, correspondientes al sistema ponderal fenicio, con apenas variaciones respecto al shekel circulante en la costa sirio-palestina; una serie de placas de hierro fijadas al maderamen de un barco mediante clavos también de hierro, así como maderamen de barco que podrían indicar talleres de navío en la propia ciudad (González de Canales *et al.* 2004: 140-161).

Sin embargo, lo que realmente evoca ese espíritu de santuario cosmopolita, abierto a navegantes del mundo, es el alto porcentaje de cerámicas griegas en este punto y sus inmediaciones, que no se repiten de la misma manera en otros lugares del centro de Huelva. Cabe mencionar que, dentro de este repertorio, encontramos los materiales griegos más antiguos documentados, concretamente se trata de un conjunto de vasos euboeocicládicos subprotogeométricos y áticos del Geométrico Medio II (González de Canales *et al.* 2004: 82-86) (Figure 8, A y B).

Zona portuaria occidental, el área productiva

En las cercanías del santuario, al norte del mismo en las inmediaciones de las actuales calle Botica y



Figura 8. Santuario de Méndez Núñez y sus hallazgos más próximos. Selección de muestras cerámicas ática del Geométrico Medio y eubea del subprotogeométrico (González de Canales *et al.* 2004: lám. 57-59; 62, 9-13), junto a los betilos documentados en la excavación de 1998.

Puerto, se localizaron y documentaron estructuras relacionadas con la actividad comercial portuaria. La gran cantidad de elementos constructivos relacionados con estas actividades económicas deja claro que este punto constituye la principal arteria de producción de la ciudad, estando estrechamente conectado con el santuario de Méndez Núñez.

La fase de actividad constatada se desarrolla, como mínimo, desde el siglo VII a.C., aunque parece que existen muchos indicios de fases más antiguas no documentadas debido a la proximidad del nivel freático. Todos estos centros están estrechamente relacionados, sobre todo, con el trabajo metalúrgico, que incluye hornos de fundición, escorias y cerámica relacionada con la obtención de plata (Garrido y Orta 1989; 1994: 178; Fernández *et al.* 1990: 18; Rufete y García 1999: 188; Rufete 2002: 101-151). La mayor concentración de estos hallazgos se encuentra en los números 10, 12, 6, 9 y 29 de la calle Puerto, así como entre los solares 10 y

12 de la calle Botica. También encontramos evidencias significativas en c/ La Fuente 19-21 y Méndez Núñez 4-6, 5, 8; sin embargo, debido a los límites de este trabajo, no analizaremos detalladamente estos últimos solares.

La actividad arqueológica en Puerto 10 tuvo lugar en 1980, tras el inicio de la construcción de un edificio de nueva planta que destruyó los niveles arqueológicos superiores hasta llegar a las cotas protohistóricas (Figure 9). Durante esta fase, se documentó un edificio de almacenamiento del siglo VI a.C., fechado gracias al conjunto de cerámicas griegas, junto a restos de hogares y otros restos residuales de actividades metalúrgicas. En lo que respecta a la función del espacio arquitectónico, los autores (Garrido y Orta 1994) barajan varias posibilidades, como la función doméstica, industrial e, incluso, la religiosa. La función religiosa se sustenta en la amplitud de las habitaciones halladas, así como la calidad y el grosor de los muros, aspecto que se aprecia sobre todo en el sector posterior noreste.

Asimismo, los autores tampoco descartan la posibilidad de relacionarlo con una parte de una hipotética colonia griega o barrio situado a los pies del cabezo de San Pedro (Ortega 1999: 268-270), haciendo mención a la existencia de una posible planta hipodámica griega (Garrido y Orta 1994: 178).

Estos elementos constructivos fueron erigidos en su mayoría por dos tipos de pizarra: la cámbrica cortada en bloques poliédricos y la silúrica en forma de lajas rectangulares. Además, se constata el uso de adobes en las fases más antiguas de la ocupación (Garrido y Orta 1994: 178). Por otro lado, en cuanto al aparejo utilizado, se imponen tres técnicas que se documentan por toda el área. Uno de ellos es el constituido por pizarras de menor tamaño colocadas horizontalmente formando hiladas. La argamasa estaba compuesta por guijarros, cerámica, conchas, escorias de plata, e incluso un sillar reutilizado. En segundo lugar, tenemos un aparejo elaborado mediante bloques grandes de pizarra encajadas sin ningún tipo de argamasa. En la cuadrícula 1C y 2C el muro aparece apoyado sobre una zanja a modo de lecho de fragmentos cerámicos, lo que deja entrever cierta planificación en nivelación del suelo. Además, se registraron pequeñas cuñas de pizarra entre los bloques para calzar aquellos de mayor tamaño. Finalmente, el tercer tipo consta de un aparejo formado por bloques grandes de lajas de pizarra colocadas verticalmente para sustentar un nivel superior de lajas horizontales. Esta tipología se constata únicamente en los niveles más profundos de la cuadrícula 5C (Garrido y Orta 1994: 178).

Una vez finalizada la actividad, Garrido Roiz afirmó que debajo de los niveles con cerámicas griegas aparecieron otros previos, un posible tercer nivel de construcciones no excavado en extensión (Garrido y Orta 1994: 341). Dicho nivel iría enmarcado a un estrato asociado a cerámicas de retícula bruñida, considerada indígena y datada en el siglo IX a.C. A pesar de estas afirmaciones, en los estudios realizados existen ciertas lagunas de información que o bien no han sido nunca aclaradas o nunca se llegaron a publicar, lo cual imposibilita una correcta investigación arqueológica (Gómez y Campos 2001: 211).

El sondeo estratigráfico realizado en la calle Puerto 12, al igual que las realizadas anteriormente en los números 6, 9, 8-10 de la misma calle, constató una dilatada cronología y una continuada actividad constructiva. Estas evidencias proporcionaron una amplia secuencia estratigráfica que pone de manifiesto un hábitat continuado desde el siglo VII a.C. hasta la segunda mitad del siglo III (Rufete 2002: 154) (Figure 9).

La fase correspondiente al periodo protohistórico fue subdividida en tres niveles diferentes que correspondían

a los tres momentos ocupacionales constatados por los arqueólogos a cargo.

La primera fase apareció en el ángulo SW del corte y estaba compuesta por los muros 10, 11 y 12, cuya estancia conforma la fase final tartésica. Estos muros fueron elaborados mediante bloques medianos de pizarra, con un reforzamiento de bloques de mayor tamaño en sus esquinas.

Posteriormente, en el ángulo noreste del cuadro, surgió la segunda fase tras hallar un conjunto que forma parte de un gran edificio, compuesto por al menos tres habitaciones (H-4, H-5 y H-6), que conectadas con la otra gran estructura del solar de Puerto 10, datada en el siglo VI a.C. Las habitaciones presentaban un gran zócalo de pieza, con una altura de 0,90 y una profundidad aproximada de -2,90 m, compuesto por grandes bloques de pizarra bien trabada y con la cara exterior alisada. Sobre estos muros posiblemente se adosó una pared de ladrillos de adobes al encontrar evidencias en M-17 y 18 de estos mismos con un tamaño uniforme de 50x30x8 cm (Rufete 2002: 105-106).

Finalmente, la tercera fase registró un total de cuatro habitaciones (H-7, H-8, H-9 y H-10) que se caracterizaron por presentar un pavimento de arcilla roja y unas paredes de tapial amarillas revocadas con cal en su interior. Algunas de estas habitaciones presentaban elementos constructivos como el gran hogar hallado en el centro de la estancia H-7 realizado en arcilla, unos poyetes de piedra, adobes adosados a la pared y dos pequeños tabiques de tapial, paralelos entre sí, que podrían corresponder a un soporte de alguna tapa (Rufete 2002: 106).

En el solar contiguo, ubicado en el número 6 de la misma calle, se realizó un sondeo de 10x5.5 metros en el centro del recinto, donde se encontraron varios restos constructivos pertenecientes a distintas fases históricas (Figure 9). En la primera fase documentada, se descubrió el muro (M-1) construido con bloques y pequeñas lajas de pizarras. Este muro parecía formar parte de una habitación cuya extensión y orientación no se pudo determinar debido a limitaciones en la excavación. Se dató aproximadamente entre la mitad y el final del siglo VI a.C. En una segunda fase, se encontró otro muro (M-2) construido con bloques de pizarras, aunque solo se conservaba una hilada debido a la interferencia de un pozo de construcción moderno. La tercera estructura (M-3) presentaba huellas de un posible muro de adobes en una cota más profunda, datándose entre el último cuarto del siglo VII y el comienzo del VI a.C., período en el que aparecieron las primeras cerámicas griegas en el solar (Fernández 1990: 113).

A mayor profundidad, se descubrió una nueva fase de muros construidos con piedras y bloques de escorias.

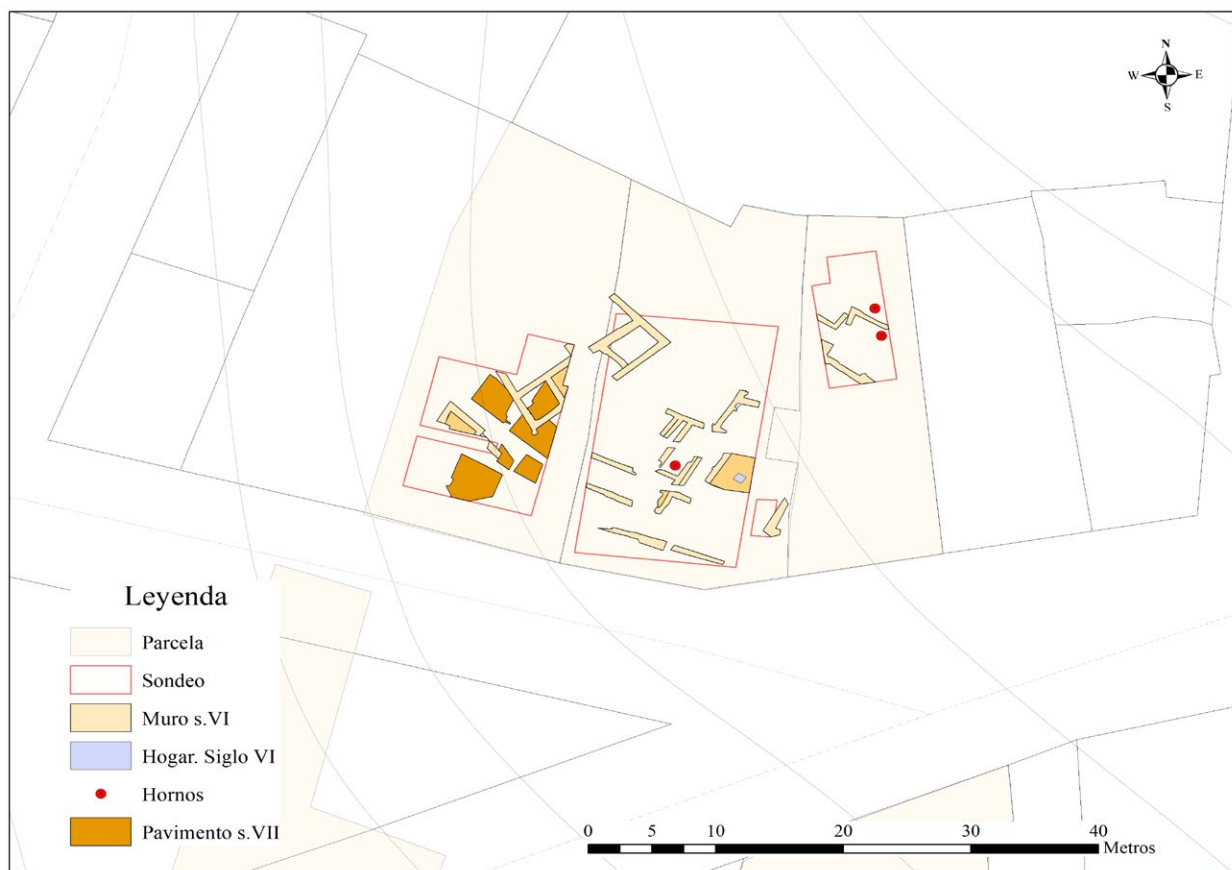


Figura 9. Planimetrías georreferenciadas de las intervenciones realizadas en los números 12, 10 y 6 de la calle Puerto.

Junto a estos muros se asociaron los hornos H-1 y H-2, lo que indica una intensa actividad metalúrgica en el lugar. Esta fase se situó entre mediados del siglo VII y el último cuarto del mismo siglo. Asimismo, se documentó un pavimento de conchas que podría datar del siglo VII a.C. y que fue interpretado, por algunos investigadores, como un santuario construido en ese lugar (Escacena y Vázquez 2009: 57; Domínguez 2013: 23). Finalmente, se hallaron los niveles 1A y 1B que evidenciaban una ocupación temprana y mostraban las primeras señales de actividad metalúrgica, fechándose aproximadamente entre el último cuarto del siglo VIII y mediados del VII a.C. (Fernández 1990: 113-114).

La excavación de Puerto 29 documentó el denominado Edificio UE 30 (Figure 10). El muro está formado por un zócalo de pizarras medianas y pequeñas con una potencia de 0,48 m que sustenta una serie de tapias calcáreas, extraídas probablemente de la formación arenas de Huelva por su matriz blanquecina/ amarillenta. Los adobes están formados por módulos estandarizados de 0,33 m de longitud por 0,50 m de anchura, conversándose únicamente dos hiladas. A partir de los restos de arcilla roja encontrados entre los adobes amarillentos, así como también los restos de arcilla ferruginosa aparecidos en las unidades de

derrumbe, se ha pensado en el alzado de tapial de arcilla rojiza como técnica utilizada para la construcción del edificio (De Haro *et al.* 2007: 77-78).

Asimismo, a esta estructura se le adosan dos unidades constructivas, de características similares al muro central, con orientación Noreste-Suroeste. Ambas siguen la técnica del muro central, a excepción del muro UE 45 que alterna los colores del muro UE 30 con el uso de módulos rojizos y tapial amarillento. También, ligado a este edificio encontramos diferentes depósitos residuales, pavimentos (UE 79), así como también las fases de abandono y derrumbe donde encontramos los restos de tapial amarillento y rojizo ya mencionados (De Haro *et al.* 2007: 77-78).

En la intervención de Puerto 9, pese a no agotarse registro debido al freático, se pudo realizar un sondeo que permitió comprobar que la potencia giraba en torno a los 7,8 m y que las evidencias arqueológicas continuaban por la aparición de restos de pavimento rojo y de elementos cerámicos, como por ejemplo una posible tobera, un peso y evidencias de ánforas. Esta última se enmarca dentro del último cuarto del s. VII hasta el inicio del VI a.C. (Fernández 1990: 147). Por encima de esta cota se documentaron diferentes fases



Figura 10. Conjunto de intervenciones realizadas en las calles Mora Claros (9 y 2) y Puerto (27 y 29) en relación a la línea mareal protohistórica en su margen occidental.

constructivas datadas, gracias al abundante material cerámico griego, entre el último cuarto del siglo VII y fines del VI a.C. (Fernández 1984: 9,13).

La excavación del solar en la calle Mora Claros 10-12 proporcionó datos interesantes en dos de los tres cortes planteados, convirtiéndose en el solar más próximo a la línea mareal propuesta que reporta elementos constructivos protohistóricos (Figure 10). El primero (Corte A) documentó un muro construido

con una primera hilada de bloques de piedras grandes e irregulares, sobre la cual se asentaba una serie de hiladas de lajas de pizarra de tamaño medio. Al sur de esta estructura, se encontró un nivel de derrumbe relacionado, probablemente, con dicho muro, junto con dos bloques de escorias que muestran una reutilización de residuos de la actividad metalúrgica para la construcción. Bajo esta estructura, se encontró un pavimento de conchas sin una asociación directa al muro.

En el segundo corte, denominado B, se destacó la aparición de una aglomeración de piedras de cal y bloques de escoria, junto con una acumulación de arcillas anaranjadas que se extendían hacia el perfil NE formando un semicírculo. Estos elementos podrían evidenciar una funcionalidad metalúrgica destinada al procesamiento de la plata, concretamente a un horno, debido a las similitudes encontradas en la disposición de las arcillas con respecto al encontrado en el número 6 de la calle Puerto.

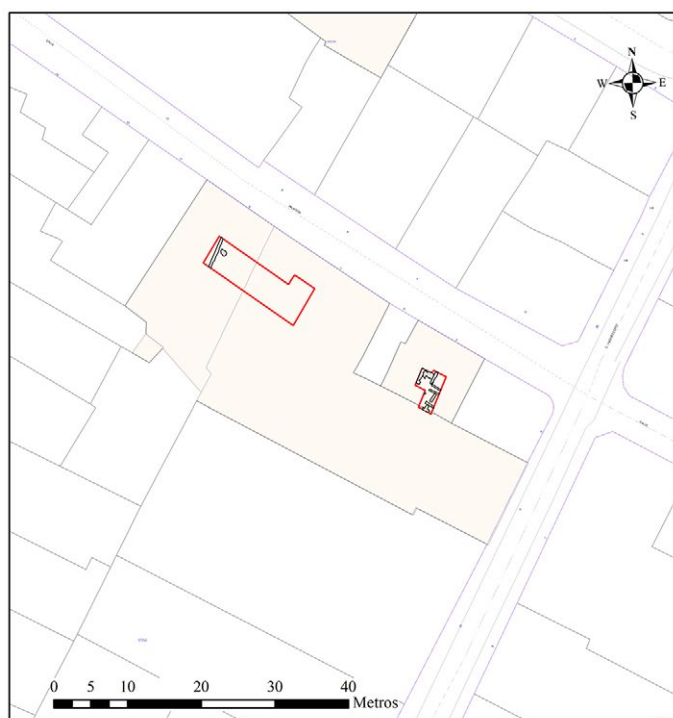
Finalmente, después de estudiar la estratigrafía, analizar las diferentes fases y realizar el estudio del registro arqueológico, se confirmó la existencia de un asentamiento desde fines del siglo VII a.C. en esta zona baja de la ciudad. Asimismo, los restos de conchas y guijarros, así como el muro, parecen estar asociados con cerámicas griegas arcaicas datadas en torno al segundo y tercer tercio del siglo VI a.C. El abandono del sitio ocurrió al final de este mismo siglo, tal y como indica la destrucción del muro (Rufete 2002: 48).

Zona portuaria meridional

Al sur del santuario, se documentan restos del área portuaria, junto a la línea de costa. En este sector, presentados por los testimonios hallados en las calles

Concepción, Pl. de las Monjas, calle Palacios o Vázquez López. En este sector se aprecia una concentración de los materiales griegos más selectos, sobre todo procedentes de las intervenciones en la c/ Concepción 3 y 5; plaza de las Monjas 2, con niveles correspondientes a un edificio de grandes dimensiones de los siglos VII-VI a.C., con habitaciones con algunos pavimentos de conchas; y las de calle Palacios 7; 9 y Vázquez López 8, donde la fase protohistórica abarca una cronología de los siglos VII y VI a.C.

En primer lugar, mencionar el posible complejo hallado entre los solares de la calle Palacios al presentar un posible graderío o escalera en el número 7, según sus excavadores, y un pozo bastante cuidado en su factura en el número 9 (Castilla *et al.*, 2004; Mora, 2005). A pesar de que esa estructura pueda ser producto del derrumbe de una serie de estructuras para sustentar los posteriores niveles de ocupación, los arqueólogos que intervinieron en esta intervención relacionan ambos contextos por su similitud, tanto en cota como en el registro material documentado. Asimismo, en Palacios 7 se halló un fragmento de cerámica griega con la inscripción [Ἡ]ρακλέος ἡμί (Soy de Heracles), lo cual, junto al Reshef hallado en la Plaza de las Monjas y santuario de M. Núñez, podría dilucidar un posible culto a Heracles-Melkart en algún punto del área



Pozo hallado en Palacios 9 (Mora, 2005, Lám. XIb)



Estructura colapsada de Palacios 7 (Castilla *et al.* 2004: Lám. VIIb)

Figura 11. Ubicación de los solares de la calle Palacio junto a las estructuras arquitectónicas mencionadas.

comprendido entre estos dos lugares y Méndez Núñez (Padilla-Monge 2016: 106; Toscano-Pérez 2021) (Figure 11).

El sondeo de Concepción 5, próximo a la línea mareal protohistórica, documentó una serie de estructuras a las que no se le pudieron concretar funcionalidad alguna al no contar con una planta de los sondeos. Este sondeo destaca por su registro cerámico, ya que la ausencia de cerámica de cocina y el alto volumen de cerámica de mesa, de transporte y de almacenamiento, permitió relacionar la mencionada estructura como parte de un complejo portuario dada su ubicación. De entre todas las cerámicas importadas destacamos la copa de *komastas* del pintor KY, una copa samia y una crátera de columnas de Grecia del Este (Medina 2005: 329-330).

Zona oriental portuaria, una reciente novedad

En el entorno de las actuales Pl. de la Constitución y c/ Arquitecto Pérez Carasa se ha identificado recientemente un nuevo sector o área portuaria. La singularidad del mismo viene de la mano de varios indicadores, en primer lugar, porque suponen los restos más orientales del sector sacro del puerto, lo que le concede una extensión mayor al espacio urbano del que inicialmente se pensaba y, en segundo, porque dicho

espacio viene delimitado y separado de la zona próxima portuaria (Pl. de las Monjas, c/ Vázquez López) por un estero o canal navegable que conformaría un área de recalado para la flota del puerto.

Los restos materiales de este sector, documentados en 2022 y actualmente aún en fase de excavación y estudio en el que participan los autores de la aportación, han sido hallados en el solar del antiguo edificio de Hacienda, actual plaza de la Constitución. La excavación de este solar, nos ha aportado datos significativos que contribuyen a la comprensión histórica de los siglos VIII al VI a.C. especialmente (Figure 12).

Los restos arquitectónicos, de claro carácter portuario por su localización y materiales arqueológicos asociados, vienen representados por estructuras pétreas y de adobe, relativamente bien conservadas, con diversa funcionalidad: muros de cierre de edificios, escaleras, muros divisorios internos, pilastras, hornos y posiblemente algún banco corrido similar al documentado en Méndez Núñez. La técnica edilicia utilizada se corresponde con la ya mencionada en la ciudad para este momento, a base de zócalos de mampuestos cuyo alzado sería de adobes, con ligeras diferencias en función de la fase en la que nos encontramos. Presenta, además, revoques en alguna de las caras, así como pavimentos, con muestras del



Figura 12. Vista del norte del sector “Sondeo”. Intervención “antiguo edificio de Hacienda”

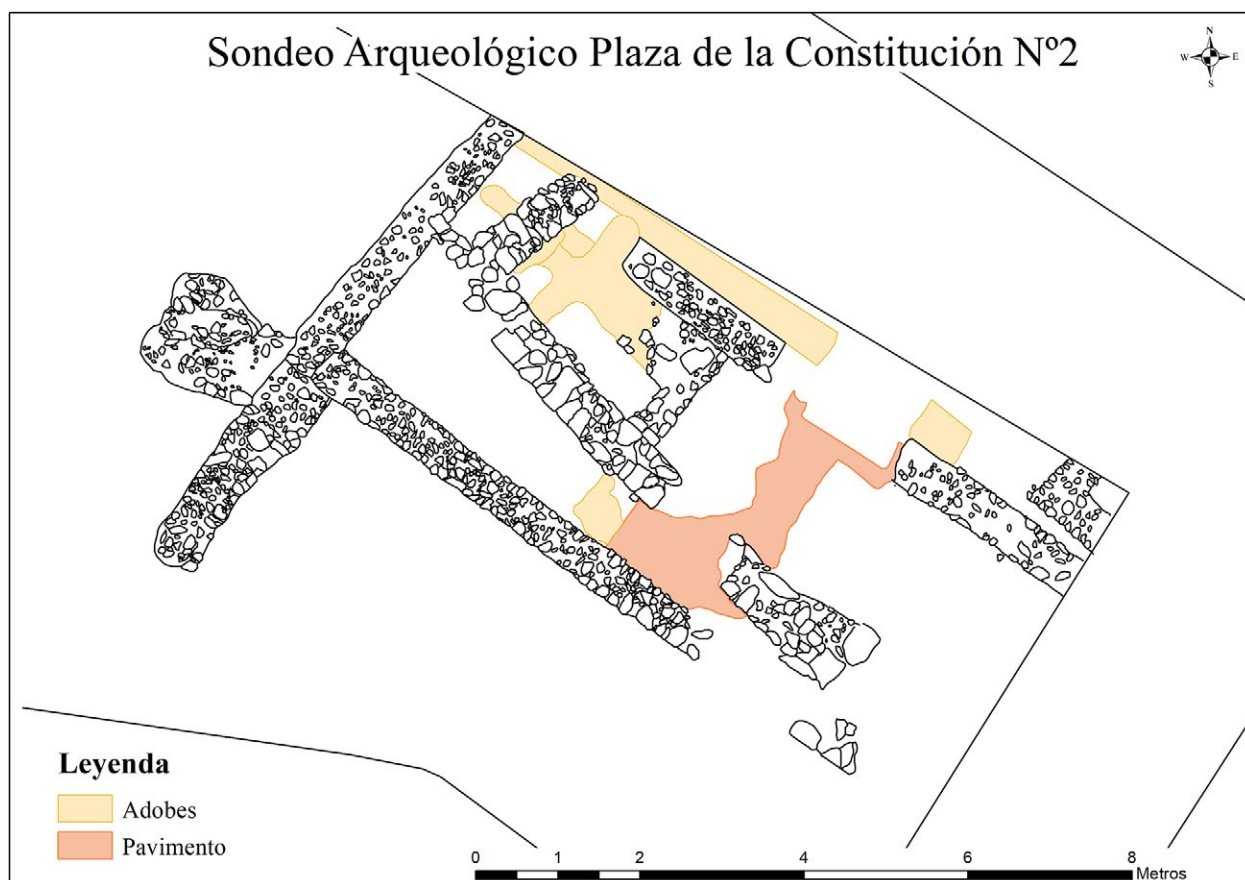


Figura 13. Planimetría del sector "Sondeo". Intervención Plaza de la Constitución nº1

negativo de alguna estructura realizada con madera (Figure 13).

La funcionalidad de estas estructuras parece estar relacionada con el almacenaje, habida cuenta de los materiales asociados conformados por un importante volumen de ánforas, entre otros. La mayoría del material está hecho a torno, aunque la proporción de cerámica a mano aumenta en los niveles más antiguos; en cuanto a la forma, la mayor parte de los materiales son contenedores anfóricos, aunque también tenemos platos, ollas, cuencos y copas; por último, sobre la procedencia de los materiales, además de producciones locales, abundan los de la costa sirio palestina, chipriotas, sardas, griegas e incluso algún elemento etrusco.

En relación al estudio cronotipológico, pese a que el procesado, análisis y estudio del abundante material se llevará a cabo una vez concluida la actividad arqueológica, este ha permitido la identificación de tres fases de ocupación que abarcan desde mediados del VIII a.C. hasta el VI a.C.

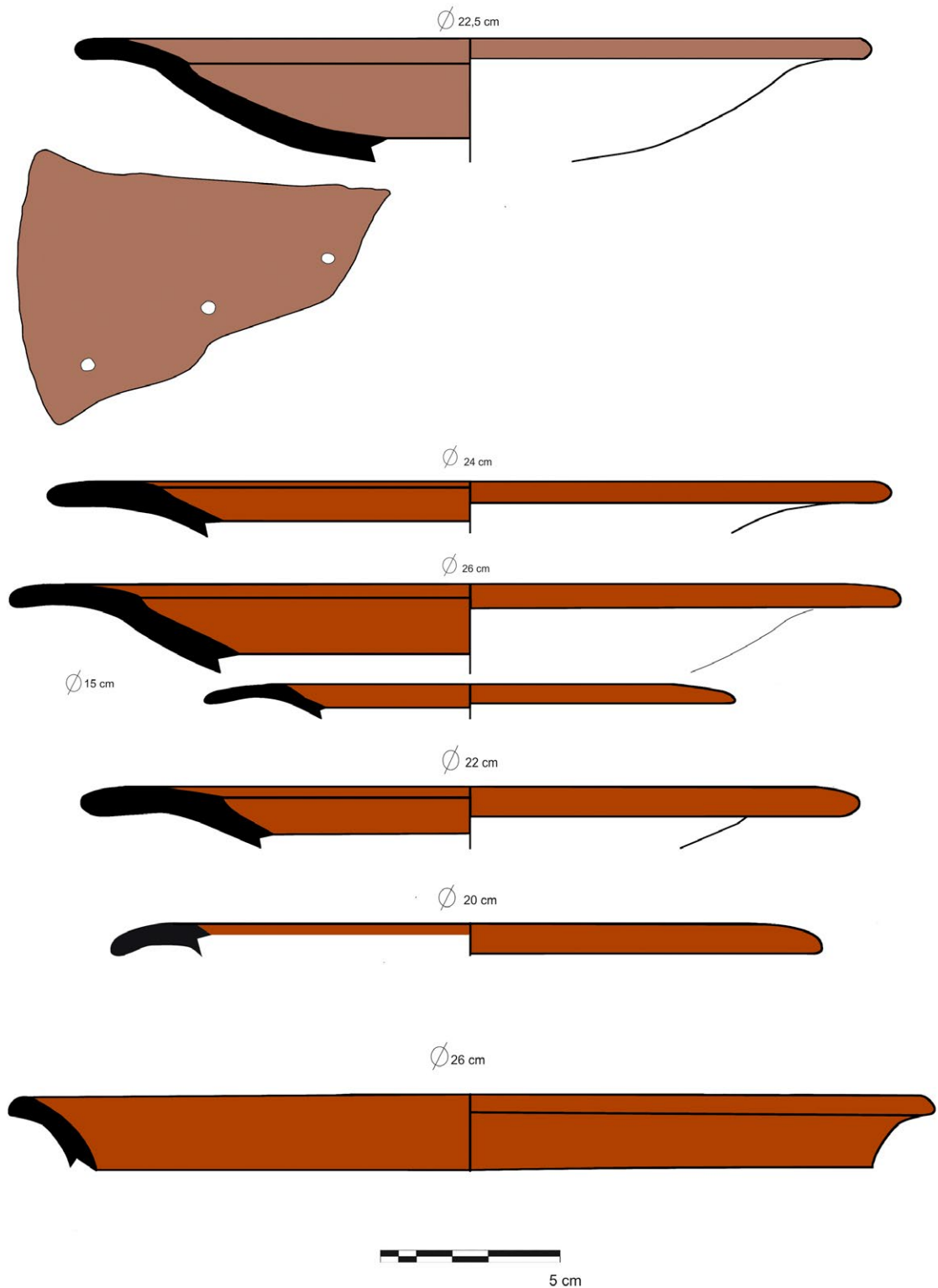
La fase I se ha documentado superficialmente en el área de sondeo, ya que, además de alcanzar la cota

de afección, los responsables de seguridad de la obra determinaron que era un espacio inseguro, ordenando la paralización de los trabajos en ese sector. Los materiales cerámicos asociados incluyen cerámica de engobe rojo, bruñida y fragmentos anfóricos.

Los materiales de la Fase II están compuestos principalmente por elementos anfóricos (R1, T.10.1.2.1), cerámica de engobe rojo con decoración total y parcial, cerámica gris orientalizante, urnas y pithoi. (Figure 14).

La técnica edilicia utilizada en esta fase consiste en un zócalo de mampuestos de pequeñas dimensiones dispuestos de manera ordenada, con hiladas de regularización a la mitad de la potencia de la estructura conservada. Además, se observan revoques en algunas caras y pavimentos, que en ciertos casos revelan el negativo de estructuras realizadas con material perecedero, probablemente madera. El alzado y la techumbre serían de adobe, y el derrumbe podría detectarse en algunas UUEE de adobe documentadas.

En cuanto a la última fase documentada observamos una predominancia del repertorio anfórico, concretamente los Tipo 11 Y Pellicer B-C), así como cerámica de engobe rojo evolucionado, algunos fragmentos griegos (copa



	Intervención arqueológica preventiva en el solar nº1 Plaza de la Constitución	Unidad de análisis
	Cerámica de engobe rojo	UE 179

Figura 14. Cerámica de engobe rojo de la Fase II

y escifo) y etruscos. Todos ellos fechan el conjunto de estructuras documentadas en el siglo VI a.C. hasta su abandono, no volviéndose a ocupar el solar hasta época contemporánea.

La edificación empleada incluye un zócalo de mampuestos de grandes dimensiones en la parte superior y de menor tamaño en la parte inferior. El alzado y techumbre serían de adobe, con derrumbes posiblemente presentes en algunas UUEE de adobe documentadas. Además, se vincula a esta fase una estructura semicircular, parte de la cual se ha perdido debido a la presencia de un pozo ciego de época reciente, que podría corresponder a la base de un horno o a la base de un torno alfarero.

Conclusiones finales

A lo largo de las páginas precedentes hemos sintetizado el conocimiento que actualmente se tiene del urbanismo de la Huelva protohistórica, a modo de balance después de un siglo desde la aparición de los primeros hallazgos tratados científicamente; desde el momento que se documenta la primera ocupación en las zonas altas de los cabezos de San Pedro y Esperanza hasta el s. VI a.C. periodo que viene marcado por un proceso generalizado de transformaciones, cambios y reformas urbanas en donde los eventos naturales o catastróficos parecen haber jugado un papel fundamental.

Desde este punto de vista el poblamiento y desarrollo urbano de Huelva, entre el inicio del primer milenio y el s. VI a.C. viene caracterizado por dos áreas bien definidas, una zona alta, representada por la ocupación en las mesetas y laderas de los cabezos, caso de San Pedro y la Esperanza; y otra baja, la cual supone sin lugar a dudas el área de ocupación más extensa de la mano del puerto.

Por cuanto respecta a la primera de ellas podemos indicar que los datos que actualmente se tienen, permiten dibujarla como un espacio de hábitat, así como funerario. En efecto si atendemos a los registros documentados los ejemplos muestran restos de posibles cabañas, las necrópolis – con la espectacularidad de las tumbas de la Joya – y, en menor medida las actividades productivas. A este respecto debemos indicar que las actividades productivas debieron establecerse de manera transversal en todas las zonas de la ciudad a tenor de los restos de hornos hallados en el cabezo de la Esperanza.

Por su parte, la zona baja viene caracterizada por el área portuaria, un extenso sector de más de 30 ha en el que se desarrollaron las actividades comerciales, productivas, económicas, en suma. En este amplio frente portuario destaca, sin lugar a dudas un área nuclear representada por un santuario y área sacra en torno al cual se articula

el resto del puerto, en una serie de zonas a poniente, levante y mediodía del mismo.

El santuario es el lugar más relevante de todas las estructuras y ambientes de la zona portuaria; supone el corazón del emporio en el que se convierte la ciudad, especialmente a partir del siglo VIII a.C., como consecuencia del crecimiento comercial y demográfico. Toda la actividad económica del puerto giraba en torno a este santuario, donde se gestionaba el procesado de las materias primas y el embarque y desembarque de aquellos bienes ya manufacturados. El incremento y la regularidad de las transacciones comerciales, que cambiaron un simple fondeadero en un puerto, generaron la necesidad de satisfacer una serie de requerimientos, no solo para asegurar la protección frente a las inclemencias meteorológicas y marítimas, sino también para ofrecer un ambiente acogedor. Por esta razón, los puertos se transformaron en espacios, donde la hospitalidad se garantizaba mediante la sincronización de las divinidades más frecuentes del gran panteón constatado a lo largo del Mediterráneo. Esto convirtió al puerto en un centro comercial o espacio de intercambio, recibiendo a navegantes de diversas procedencias, creencias, tradiciones y sistemas de medida, enfocándose principalmente en aquellos navegantes que frecuentaban sus costas, como en este caso los comerciantes de la costa sirio-palestina y del Egeo. Testimonio de ello son los materiales que arribaban al puerto onobense, productos orientales, griegos y de otras zonas del Mediterráneo y el atlántico, como demuestran las producciones localizadas en la excavación del mismo. El culto a Melkart parece estar fuera de toda duda, con vasos votivos y estatuillas similares a otros contextos sacros del Mediterráneo, con paralelos próximos en la propia Gadir.

A poniente del sector del santuario las infraestructuras portuarias de carácter comercial y productivo se documentan apostadas en torno a la antigua línea mareal y su área inmediata; así, en torno a las calles Puerto, Bótica y Mora Claros, se dibuja un importante sector urbano portuario con almacenes, posibles hábitats y ambientes productivos metalúrgicos. La sucesión y diacronía de la ocupación de este entorno está en consonancia con el del resto de la ciudad, con numerosas fases que, desde el s. IX-VIII a.C., se sucederán hasta las importantes reformas acometidas en el s. VI a.C.

Por su parte la zona meridional, entre las actuales calle Concepción, Vázquez López, Pl. de las Monjas y Palacios, supone un área destacada por sus edificaciones y materiales. A este respecto parece documentarse un almacén o conjuntos de almacenes, con una ocupación comprendida entre los s.s. VII-VI a.C., así como importaciones griegas más selectas, entre las que

destacan piezas con dedicaciones a Herakles, síntoma de la importancia comercial portuaria del entorno próximo al santuario.

Finalmente, los restos de carácter portuario localizados en las inmediaciones de las Pl. Constitución y c/ Arquitecto Pérez Carasa han venido a ampliar la extensión del puerto para los siglos VIII-VI a.C., aunque si bien es cierto no se han agotado los niveles de ocupación cuestión que permitiría apuntar una ocupación previa. En este sector se documentan restos de almacenes, así como de un horno metalúrgico, lo que unido al material asociado nos lleva nuevamente a establecer una serie de ambientes productivos y de almacenaje en un saliente o puntal flanqueando el estero o canal navegable que se introducía hasta los pies del cabezo de la Esperanza.

A pesar de los avances obtenidos a través de los testimonios arqueológicos en las últimas décadas, así como el conocimiento más preciso que se tiene de la ciudad y su topografía urbana, aún persisten numerosas incógnitas importantes por resolver, ¿cómo se articuló la ciudad de manera diacrónica, especialmente su puerto? ¿existieron áreas funcionales dentro de este último? ¿qué tipología de almacenes se dan? ¿cómo funcionó el santuario? ¿qué papel jugaron los eventos catastróficos – si existieron – en el devenir posterior al s. VI a.C.? En este ejercicio de investigación es imprescindible revisar y repensar, entre otros aspectos, la primera ocupación de la población y el registro material asociado a ella, para obtener una mejor comprensión del contacto que tuvo esta población con los primeros comerciantes mediterráneos. Asimismo, es necesario continuar con el estudio de los materiales depositados en el Museo; aún existen numerosas cajas procedentes de la excavación de c/Méndez Núñez, realizada en 1998, que no han sido revisadas, y la publicación del vaciado representa solamente el 9% del total depositado. Es esencial asignar funciones a otros espacios, tal y como ocurre con el famoso muro de cabezo de San Pedro, la utilidad real del pozo y escalinata de los solares intervenidos en calle Palacios, o establecer conexiones entre la ciudad, la necrópolis del Parque Moret y el *hinterland* agrario de la zona La Orden-Seminario. Estas y otras cuestiones ponen de relieve la importancia que aún tiene línea de investigación relativa a la protohistoria de Huelva, como referente para un mejor conocimiento de los acontecimientos ocurridos en el Mediterráneo y su implicación en ellos. Además, a ello habría que añadir que hasta el momento, lo que se ha exhumado representa solo una pequeña parte del potencial que esta ciudad ofrece, ya que sigue ampliándose con nuevos sectores y la mayoría de los datos siguen siendo inéditos o en el mejor de los casos escasamente publicados.

Finalmente, el estudio de la evolución geomorfológica de Huelva y del estuario nos permitirá definir una línea mareal más precisa a medida que avance la investigación con nuevas intervenciones arqueológicas en las zonas menos exploradas. Esta definición será crucial para determinar la ubicación de las principales infraestructuras portuarias y conocer aspectos como el tiempo y la capacidad de gestión del puerto, elementos esenciales para comprender el volumen y, por tanto, la importancia dentro de la red comercial del Mediterráneo.

Agradecimientos

El presente estudio se enmarca en los trabajos desarrollados en el proyecto "El arco atlántico del sudoeste hispano desde la protohistoria hasta la Tardoantigüedad: Evolución geomorfológica, ocupación litoral y sistemas portuarios" (Ref. PID2022-142778NB-I00) de la convocatoria de Proyectos Generación del conocimiento convocatoria 2022.

Bibliografía

- Aguilar, M.E., Morales, J.A., Morales-Mateo, R., Carmen, M., González, M.A. y González-Batanero, D. 2019. Geometría de las unidades superiores del relleno holoceno del canal estuarino del Odiel (Huelva, SO de España). *Revista de las Sociedad Geológica de España* 32 (1): 127-142.
- Albelda y Albert, J. 1923a. Armas de bronce de Huelva, en *Congreso de Salamanca. Asociación Española para el progreso de las Ciencias (Sesión del 27 de junio de 1923)*: 91-93. Salamanca.
- 1923b. Bronzes de Huelva. *Révue Archéologique* XVIII: 222-226.
- Albelda, J. y Obermaier, H. 1931. El casco griego de Huelva. *BRAH* 98 (2): 642-518 (=El casco griego de Huelva, *Reimpresión de la Excma. Diputación provincial de Huelva. Clásicos de la Arqueología de Huelva* 1/1988: 11-29).
- Almagro-Basch, M. 1940. El hallazgo de la ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa. *Ampurias* II: 85-143.
1957. Las fíbulas del codo de la Ría de Huelva. Su origen y cronología. *Cuadernos de trabajos de la Escuela Española de Arqueología e Historia en Roma*, 9: 7-46.
- Almagro-Gorbea, M. 1978. Las dataciones para el Bronce Final y la Edad del Hierro y su problemática, en C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica: 101-109 y 173. Madrid: Fundación Juan March.
- Álvarez-Martí, M. 2023. ¿Tsunamis en tarteso? posibles evidencias de eventos marinos de alta energía en el hábitat de Huelva en época tartésica (siglos VII-VI a.C.) en S. Celestino y E. Rodríguez, E. (eds.) Tarteso. *Nuevas fronteras*: 373-394. Mérida: Mytra
- Bedía García, J., Martín Rodríguez, E. y Prados Pérez, E. 2004. Reshef: el dios que vino del mar. *Mus-A. Revista de los museos de Andalucía* 4: 179-185.

- Belén, M. 2000. Itinerarios arqueológicos por la geografía sagrada del Extremo Occidente, en B. Costa, y J. H. Fernández (eds.) *Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas*, XIV. *Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*: 57-102. Eivissa: Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera
2010. Onoba, en López, M.D. y García, E. (eds.) *Cádiz y Huelva, puertos fenicios del Atlántico: catálogo de la exposición*: 99-104. Sevilla: Junta de Andalucía.
- Belén, M. y Escacena, J.L. 1995. Acerca del horizonte de la Ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el Suroeste Ibérico, en M. Ruiz-Gálvez (Ed) *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo (Complutum Extra 5)*: 85-114. Madrid: Complutum.
- Belén, M., Fernández-Miranda, M. y Garrido, J.P. 1978. Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los Cabezos de San Pedro y La Esperanza. *Huelva Arqueológica* 3.
- Bermejo, J., Campos, J.M. y Rodríguez, J. 2017. Las estructuras portuarias de Onoba Aestuaria: un puerto pesquero y de control imperial, en J. Campos, y J. Bermejo, (eds) *Los puertos Atlánticos Béticos y Lusitanos y su relación comercial con el Mediterráneo*: 207-244. Huelva: Universidad de Huelva.
- Blázquez, J.M., Luzón, J.M. y Ruíz, D. 1971. La factoría púnica de Aljaraque en la provincia de Huelva. *Noticiario Arqueológico Hispano* 13-14: 304-331.
- Borrego, J., Ruiz, F., González-Regalado, M.L., Pendón, J.G. y Morales, J.A. 1999. The holocene transgression into the estuarine central basin of the Odiel River mouth (Cadiz gulf, sw, Spain): lithology and faunal assemblages. *Quaternary Sciences Reviews* 18(6): 769-788.
- Cabrera, P. 1988. El comercio foceo en Huelva: cronología y fisionomía. *Huelva Arqueológica*, 10-11: 41-100.
1995. Cerámicas griegas en Tartessos su significado en la costa meridional de la Península desde Málaga a Huelva, en *Tartessos. 25 años después*: 387-399. Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- Campos, P. 2002. La carta Arqueológica de Aljaraque (Huelva). En *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1999, Actividades Sistemáticas. Sevilla: Junta de Andalucía.
- Campos, J. M. 2006. Huelva desde los inicios hasta Edad Media” en J.M. Campos y otros (eds,) *Huelva*: 13-26. Barcelona: Lunwerg Editores.
2011. *Onoba Aestuaria*. Una ciudad portuaria en los confines de la *Baetica*. Huelva: Concejalía de Cultura.
2015. La recreación del Puerto de Huelva en época romana a través de un documento pictórico del Archivo Municipal de Huelva, en M^a.D. Lazo (Ed) *Archivo Municipal de Huelva, 750 aniversario (1265-2015): el investigador y el documento*: 16-17. Huelva: Archivo Municipal de Huelva.
- Campos, J. M. y Alvar, J. 2013. *Tarteso. El Emporio del metal*. Córdoba: Almuzara.
- Campos, J.M. y Gómez, F. 1995. El territorio onubense durante el bronce final, en *Tartessos. 25 años después. Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular* (Jerez de la Frontera, 1993):137-158. Jerez: Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
2001. *La Tierra Llana de Huelva: arqueología y evolución del paisaje*. Sevilla: Consejería de Cultura, Empresa Pública de Gestión de Programas Culturales.
- Campos, J.M., Gómez, F., Pérez, J.M. y López M.A. 2002. Prospección superficial en la necrópolis tartésica del Parque Moret (Huelva). *Anuario arqueológico de Andalucía* 1999: 330-348.
- Cano, A., Toscano, C., Bermejo, J. 2022. Aproximación la arquitectura y el urbanismo de Huelva en los siglos IX-VI a.C. *Revista Onoba* 10: 207-222.
- Carrasco, J. y Pachón, J.A. 2006. La fíbula de codo tipo Huelva. Una aproximación a su cronología. *Complutum* 17: 103-119.
- Castilla, E., Mora, M.C., López, M.A. y de Haro, J. 2004. Intervención arqueológica preventiva en el solar nº7 de la calle Palacios nº7 (Huelva). Informe preliminar inédito.
- Celestino S. y Rodríguez, E. (eds.) 2023. *Tarteso. Nuevas fronteras*. Mytra: Mérida.
- De Haro, J. Mora, M.C., Castilla, E., E., López, M.A. 2007. Intervención arqueológica preventiva en calle Puerto nº29. Memoria inédita.
- Delgado, J., Boski, T., Nieto, J.M., Pereira, L., Moura, D., Gomes, A., Sousa, S. y García-Tenorio, R. 2012. Sea-level rise and anthropogenic activities recorded in the late Pleistocene/Holocene sedimentary infill of the Guadiana Estuary (SW Iberia). *Quaternary Sciences Reviews* 33: 121-141.
- Díaz, J. 1923. Objetos de bronce en la ría de Huelva. *Sociedad Española de Antropología* 2: 37-40.
- Domínguez, A. 2013. Los primeros griegos en la península ibérica (s. IX-VI a.C.): mitos, probabilidades, certezas, en M. P. de Hoz, y G. Mora (eds) *El Oriente griego en la Península Ibérica: epigrafía e historia*: 10-42. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Escacena, J.L. 2000. *La arqueología protohistórica del sur de la Península Ibérica historia de un río revuelto*. Madrid: Síntesis.
- Escacena, J. L. y Vázquez, M. I. 2009. Conchas de salvación. *Spal* 18: 53-84.
- Fernández, J. 1984. La presencia griega arcaica en Huelva, en *Monografías arqueológicas. Excavaciones en Huelva 1*. Huelva : Servicio de Arqueología.
1990. Tartessos y Huelva. *Huelva Arqueológica* 10-11: 29-310.
- Fernández, J. y García, C. 2001. Excavación arqueológica en el solar 7-13 de la calle Méndez Núñez y 12 de la Plaza de las Monjas de Huelva. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 3: 336-339.

- Fernández, J., Rufete, P. y García, C. 1990. Excavación arqueológica en el solar nº 29 de la calle Puerto de Huelva, *Huelva Arqueológica* 12: 9-77.
- Fernández-Miranda, M. 1986. Huelva, ciudad de los tartessos. *Aula orientalis: revista de estudios del Próximo Oriente Antiguo* 4 (1-2): 227-261.
- Ferrer, E., García, F.J., González, D., Muñoz, E. y Moro, F.J. 1997. Dos notas sobre el Depósito de la Ría de Huelva. *Spal*, 6: 67-85.
- Ferrer, E. 2012. El brazo poderoso de Dios. Sobre un nuevo bronce fenicio de procedencia subacuática, en E. Ferrer, M.C. Marín, y A. Pereira, (eds.) *La religión del mar. Dioses y ritos de navegación en el Mediterráneo Antiguo* (Spal Monografías XVI): 37-66. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- García y Bellido, A. 1944. Tartessos pudo estar donde ahora la isla de Saltés, en el estuario de Huelva. *Archivo Español de Arqueología* 55: 191-195.
- García, E., Camacho, M.A., Morales, J.A. y Alonso, F.M. 2011. Análisis de estabilidad en taludes arenosos: deslizamientos en los “cabezos” de Huelva. *Revista de la Sociedad Geológica de España* 24 (1-2): 101-115.
- Garrido, J.P. 1968. *Excavaciones en Huelva: cabezo de la Esperanza*. Madrid: Ministerio de educación y ciencia.
- Garrido, J.P. y Orta, E.M. 1989. *La necrópolis y hábitat orientalizante de Huelva*. Huelva: Delegación Provincial de la Consejería de Cultura.
1994. *El hábitat antiguo de Huelva (períodos orientalizante y arcaico)*. La primera excavación arqueológica en la calle del Puerto. Madrid: Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales.
- Garrido, E., Vera, J.C., 2015. Análisis espacial, contextual y funcional de un conjunto de estructuras domésticas del III Milenio a.C. del yacimiento de “la orden-seminario” (Huelva). *Revista Atlántica-Mediterránea* 17, 149-159.
- Gómez-Moreno, M. 1923. Hallazgo arqueológico del puerto de Huelva. *BRAH*, 28: 89-91.
- Gómez, F. 2009. Huelva en el año 1000 a.C., un puerto cosmopolita entre el Atlántico y el Mediterráneo. *Gerión* 27(1): 33-65.
- Gómez, F. y Fundoni, G. 2010-2011. Relaciones del Suroeste con el Mediterráneo en el Bronce Final (siglos XI-X a.C.): Huelva y la isla de Cerdeña. *Anales de arqueología cordobesa*, 21-22: 17-56.
- Gómez, F. Beltrán, J. M. González, D. y Vera, J. C. 2014. El Bronce Final en Huelva. Una visión preliminar del poblamiento en su ruedo agrícola a partir del registro arqueológico de La Orden-Seminario. *Complutum*, 25 (1): 139-158.
- Gómez, F. y Campos, J. M. 2001. *Arqueología en la ciudad de Huelva (1966-2001)*. Huelva: Universidad de Huelva.
- Gómez, F. y Ruiz, D. 2014. Excavaciones arqueológicas en el Cabezo de San Pedro. Una revisión necesaria cuarenta años después. *Huelva arqueológica*, 23: 47-70.
- González de Canales, F., Serrano, L., y Llompart, J. 2004. *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900- 770 a.C.)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- González de Canales, F., Serrano, L., y Llompart, J. 2009. The two phases of Western Phoenician expansion beyond the Huelva finds: An interpretation. *Ancient West and East* 8: 1-20.
- González de Canales, F., Serrano, L., Llompart, J., García Fernández, M., Ramón Torres, J., Domínguez Monedero, A. J. y Montaña, A. 2017. Archaeological finds in the deepest anthropogenic stratum at 3 Concepción Street in the city of Huelva. *Ancient West and East* 16: 1-61.
- Hunt, M.A. 2001. El depósito de la Ría de Huelva: datos isotópicos para la determinación de su procedencia, en Gómez, T. Respaldiza, M.A. y Pardo, M^a L. (eds.) *III Congreso Nacional de Arqueometría*: 487-496. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Jiménez, J. 2002. *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid: Real Academia de la Historia.
- Linares, J. A., Vera, J. C. 2021. La cronología de la necrópolis de La Orden-Seminario (Huelva). Temporalidades de la actividad funeraria en las sepulturas del III milenio cal BC. *Trabajos de prehistoria* 78, 1: 67-85.
- Martín de La Cruz, J.C. 1993. El poblamiento Pre y Protohistórico de Aljaraque. Huelva. En J. Mangas y J. Alvar, (eds) *Homenaje a José María Blázquez* 1: 217-242.
- Martín de La Cruz, J.C., Gómez, M.J., Álvarez, M.T. y Chaves, P. 1985. Nueva interpretación sobre los poblados en el estuario del Tinto-Odiel, *Huelva Arqueológica* 7: 161-207.
- Mederos, A. 2008. Las espadas de tipo Huelva y los inicios de la presencia fenicia en occidente durante el bronce final IIC-III A 1150-950 AC. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 34: 41-75.
- Medina, N. 2005. Intervención arqueológica de urgencia en calle Concepción nº5 de Huelva. Memoria final. Inédito.
- Mora, M^a. C. 2005. Intervención Arqueológica Preventiva en C/Palacios nº9 (Huelva). Memoria preliminar. Memoria Inédita.
- Olmos, R. 1988. El casco griego de Huelva. *Clásicos de la arqueología de España* 1: 37-78.
- 1992a. Iconografía y culto a las aguas de época prerromana en los mundos colonial e ibérico. *Espacio, Tiempo y Forma, II, H^a. Antigua* 5: 103-120.
- 1992b. El surgimiento de la imagen en la sociedad ibérica. *La sociedad ibérica a través de la imagen. Exposición, Centro Nacional de Exposiciones del Museo Cultural de Albacete Abril-Mayo 1992*: 8-32. Madrid: Ministerio de Cultura
- Ortega, J. 1999. Poblamiento y población en la Onuba prerromana: algunas consideraciones. *Complutum* 10: 267-277.

- Osuna, M., Bedia, J. y Domínguez, A. M. 2001. El santuario protohistórico hallado en la calle Méndez Núñez (Huelva), en P. Cabrera, P. y M. Santos (eds.) *Ceràmiques jònies d'època arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani Occidental*: 177-188. Barcelona: Museo Arqueológico de Cataluña
- Padilla, A. 2016. Huelva y el inicio de la colonización fenicia de la Península Ibérica. *Pyrenae* 47 (1): 95-117.
- Rovira, S. 1995. Estudio arqueometalúrgico del depósito de la ría de Huelva, en Ruiz-Gálvez (coord) *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo (Complutum Extra 5)*: 33-57.
- Rufete, P. 2002. El final de Tartessos y el período turdetano en Huelva, *Huelva Arqueológica* 17: 3-204.
- Rufete, P. y García, C. 1999. Intervenciones arqueológicas realizadas en Huelva: excavación en Puerto 22 y sondeo en Plácido Bañuelos y Paseo de Santa Fe. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1999: 185-191.
- Ruiz-Gálvez, M. (Ed.) 1995. *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo (Complutum Extra 5)*. Madrid: Universidad Complutense.
- Terrero, J. 1944. Armas y objetos de bronce extraídos en los dragados del puerto de Huelva. *Clásicos de la Arqueología de Huelva* 3: 9-54.
- Tejera, A. y Toscano-Pérez, C. 2022. Los rituales funerarios de la necrópolis de La Joya, en C. Toscano-Pérez, y A. Tejera, (eds.) *La necrópolis tartésica de La Joya. 50 años después (Onoba. Monografías 10)*. Huelva: Universidad de Huelva.
- Toscano-Pérez, C. 2021. El puerto protohistórico de Onoba: corazón en la configuración de la ciudad portuaria, en Campos, J.M. y Bermejo, J. (Eds) *Del Atlántico al Tirreno: puertos hispanos e itálicos*: 427-461. Roma: L'Erma di Bretschneider.
- Toscano-Pérez, C.; Campos, J. M. y Cano, A. 2023. Onoba Protohistórica: una ciudad-puerto en Celestino S. y Rodríguez, E. (Eds.) *Tarteso. Nuevas fronteras*: 447-462, Mérida: Mytra
- Toscano-Pérez, C. y Tejera, A. 2022. La necrópolis tartésica de La Joya. 50 años después (*Onoba. Monografías*). Huelva: Universidad de Huelva.

Urbanismo tartésico: Tejada la Vieja como paradigma

Clara Toscano-Pérez

CIPHON. Universidad de Huelva

Resumen: El yacimiento arqueológico de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva) es uno de los más relevantes en cuanto a urbanismo protohistórico de la península Ibérica se refiere. Las investigaciones realizadas desde 1974 hasta los años 90 quedaron paralizadas hasta que fueran retomadas por parte de la Universidad de Huelva.

Se presenta un estado de la cuestión sobre el urbanismo de la ciudad de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva), donde aportamos la revisión de algunas de las interpretaciones tradicionales, así como una muestra de las más recientes investigaciones que se están desarrollando y los futuros trabajos previstos.

Palabras clave: Tarteso; *Tartessos*; *oppidum*; Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva); urbanismo.

Abstract: The archaeological site of Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva) is one of the most important in terms of protohistoric urban planning on the Iberian Peninsula. The research carried out from 1974 until the 1990s was at a standstill until it was taken up again by the University of Huelva.

We present a state of the question on the urban planning of the city of Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva), in which we review some of the traditional interpretations, as well as a sample of the most recent research being carried out and future work planned.

Keywords: Tarteso; *Tartessos*; *oppidum*; Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva); urbanismo.

Introducción

El yacimiento de Tejada la Vieja, en Escacena del Campo (Huelva), supone uno de los máximos referentes de la Edad de Hierro del suroeste peninsular. El hecho de no contar con fases posteriores superpuestas lo convierten, además, en una perfecta ventana al urbanismo protohistórico y un óptimo modelo para abordar el tipo y nivel de relación con el elemento oriental, así como su evolución a lo largo de los cinco siglos de vida del lugar. La meseta que domina este *oppidum*, a 160 m s.n.m., se encuentra a caballo entre la Sierra y la Tierra Llana de Huelva, ocupando una superficie de 6'4 hectáreas (Figure 1). Esta superficie se corresponde con el área protegida como Bien de Interés Cultural. Por el contrario, la delimitación que nosotros proponemos coincide con los límites que propusieran sus primeros excavadores, quienes reconocían una superficie amurallada de 10'42 ha, pues incluye un sector al norte del área protegida actualmente (Blanco y Rothenberg 1981: 229).

En cuanto a su ubicación espacial, está bien comunicado con el Guadalquivir y con la costa a través de vía fluvial, al igual que por vía terrestre con Berrocal y Riotinto, enlazando la Tierra Llana con la Sierra onubense al atravesar la Pata del Caballo por el paso de La Garganta. El establecimiento en dicha meseta se encuentra, además, relacionado con la obtención de agua, pues cuenta con un rico manantial en sus alrededores, así como del arroyo Barbacena, que lo rodea (Figure 2).



Figura 1. Localización de Tejada la Vieja

Con la información obtenida gracias a las intervenciones arqueológicas efectuadas desde los años setenta, se han propuesto tres fases evolutivas en la vida de la ciudad:



Figura 2. Vista aérea de la ciudad

1) La primera va desde fines del s. IX a.C. hasta fines del VII a.C., se trata de la primera ocupación y la construcción de la muralla, el elemento más destacable de este *oppidum*, con una altura máxima conservada de 3 m. En este punto hay una cierta discusión ya que Escacena (2002: 75) estima que "...tanto la ciudad como su muralla se fundaron a la vez, sobre una meseta escalonada que carecía de ocupación anterior...", coincidiendo con lo que ya indicara Jesús Fernández Jurado (1991b: 63), lo cual contradice lo manifestado con anterioridad por Blanco y Rothenberg (1981), que indican que existió una ocupación previa del lugar antes de la construcción del recinto amurallado desde el II Milenio a.C. en base a la cerámica encontrada. 2) Un segundo periodo que va desde fines del VII hasta mediados del VI a.C., que es cuando se constata la mayor actividad urbanística, coincidente con un incremento de la actividad comercial. A esta fase corresponde la construcción de los grandes edificios públicos detectados en la trama urbanística de la ciudad y de estructuras de carácter industrial que evidencian movimientos económicos de amplio volumen, centrados en la redistribución de los minerales traídos de las cuencas mineras cercanas. En esta época aparecen piezas de cerámicas a torno de origen fenicio, que contrastan con la cerámica bruñida que fabricaban los habitantes indígenas. 3) La última fase se caracteriza por una recesión, aunque no una quiebra con respecto al mundo anterior, del que es heredero directo. En cuanto al abandono de la ciudad, la hipótesis más aceptada es la de un traslado de la población a Tejada la Nueva, posiblemente en relación con la mejor comunicación que supone este enclave, situado a una cota más baja, como nudo de comunicaciones, además de puesto de control visual de un amplio territorio.

Historia de las investigaciones

En la década de los '70 se realizaron las primeras actuaciones arqueológicas en el yacimiento, dentro del Proyecto Arqueometalúrgico de Huelva, encabezado por A. Blanco y B. Rothenberg. Antes de proceder a las excavaciones llevaron a cabo una prospección en la que recogió material cerámico fenicio, púnico e "ibérico" (Blanco y Rothenberg 1981: 229). Las excavaciones efectuadas en 1974-1975 se centraron en dos zonas fundamentalmente: una correspondiente al lado sur de la muralla y otra interpretada como de almacenes ubicada en las inmediaciones, unos metros al nordeste de la primera.

Ya en esta intervención se determina que la zona de murallas debe de bordear la loma amesetada, con torres ubicadas en puntos clave que los autores consideran que tendrían forma circular, pese a que no había sido excavada ninguna, simplemente por la huella topográfica que quedaba. Los accesos, que se suponen tienen que ser cuatro, deberían de emplazarse en el área occidental, haciendo entrada por el noroeste en la zona más cercana al camino Pata del Caballo y salida por el suroeste, así como otra entrada en la vaguada al norte que llevaría al manantial del que se nutre la población, mientras que el último de los accesos se encontraría en lado sur, concretamente en el punto donde se produce un cambio de cota que hace la ladera más suave y el acceso más sencillo (Blanco y Rothenberg 1981: 236-237). Por esta razón, los arqueólogos decidieron ubicar el corte, en sentido literal, de la muralla en su lado suroccidental. Este corte, de 2'50 de ancho, fue denominado "Corte A1".

La información que se obtuvo giró alrededor de la técnica constructiva de este tramo de muralla, cuya construcción se dividió en varias fases: la primera la compone la zanja de cimentación -de 1'22 m de profundidad y 3'40 m de anchura- sobre la cual se elevó un muro a base de mampuestos al exterior y el interior de piedras trabadas con tierra y cal, de sección trapezoidal - con ambas caras en talud-; la segunda fase se caracteriza por el refuerzo de otro muro -de 3'60 de ancho- adosado al exterior y que se encuentra unido a una estructura circular maciza que sobresale hasta 3'80 m; la siguiente fase estaría definida por la creación del foso de unos 5 m de anchura. El nivel más bajo del corte que se hizo extramuros lo componía una capa de escombros donde se vertieron restos cerámicos que arrojan una cronología inicial de finales del s. VIII a.C. (Blanco y Rothenberg 1981: 238-240).

El otro sector en el que intervino el Prof. A. Blanco, B. Rothenberg y R. Corzo fue un edificio de 19 x 10,50 m con dos fases bien diferenciadas, la más antigua fechada en los siglos VIII-VII a.C.

Las habitaciones de este edificio identificadas por sus excavadores, ordenadas de Norte a Sur, son las siguientes:

- L10 y L6: Con suelo de barro pisado (Blanco y Rothenberg 1981: 257-258).
- L11, L15 y L23: Interior con multitud de ánforas junto a gran cantidad de huesos de vaca. El pavimento de esta estancia era de tierra con algunas incrustaciones de lascas de pizarra y cerámica. Bajo éste había un relleno sobre la caliza del subsuelo en el que se encontró un fragmento de plato de retícula bruñida (Blanco y Rothenberg 1981: 258).
- L12 y L13: Destaca por no tener forma cuadrangular, sino que por uno de sus lados tiene forma de "ábside", con cimientos más anchos que el alzado de los muros en su pared norte (M14), de manera que forman un banco (M37). Cuenta con pavimento de lascas de pizarra del que sobresale una rinconera cóncava empedrada (M35). El material del interior de esta estancia lo compone abundante cerámica y huesos de animales -buey, oveja, cerdo y cabra- de entre los que destaca un gran cuerno recortado de cabra macho, aunque los excavadores llaman la atención sobre la ausencia de restos de conchas y espinas de pescado (Blanco y Rothenberg 1981: 258).
- L14: Tamaño aproximado de la mitad del resto de estancias, cuenta con un banco corrido (L33) en el muro del sur. La peculiaridad de esta estancia la confiere un tablero de tierra quemada (L29) en el ángulo sureste de 0'50 x 0'40 y 0'12 m de espesor, que se encontraba enmarcado por tierra

cocida y que podría estar dedicado a labores de obtención de plata, dado el hallazgo de escorias relacionadas con ésta alrededor del tablero (Blanco y Rothenberg 1981: 259).

- L21: Estancia interpretada como cocina por las manchas de ceniza y tierra quemada, así como los restos de ánforas. Los responsables de la excavación identifican una mancha sedimentaria como la huella de un poste que funcionaba como soporte de un caldero, así como una zona de tierra cocida (L31) que podría funcionar como horno (Blanco y Rothenberg 1981: 259).

El segundo nivel de este lugar lo ocupa otro edificio, de grandes y potentes muros -llega hasta 1'18 m de espesor- hechos a base de mampostería de granito y lascas de pizarra sin trabajar pero ejecutando una técnica en la que se persigue la horizontalidad de la construcción y con barro como aglutinante. Los cimientos sobresalen hasta 0'30 m, funcionando de este modo como banco corrido (M38 y M38a). Dentro de una de las estancias se halló un depósito de arcilla verdosa muy depurada cuya función, según sus excavadores, podría ser su uso en la alfarería, a tenor de los numerosos recipientes cerámicos rotos en el foso extramuros, con apariencia de haber sido destruidos antes de ser usados, aunque no se descarta que la arcilla fuera empleada en la construcción de hornos metalúrgicos.

Los materiales cerámicos de este nivel otorgan una cronología entre los siglos VIII-VII a.C., por la presencia de abundante cerámica fenicia y las ánforas "Mañá A" así como toberas y crisoles (Blanco y Rothenberg 1981: 273-278).

El nivel 3 es previo a la construcción de los edificios de esta zona y no aporta estructura arquitectónica alguna, pero en su composición hay cerámica a mano y a torno en igual proporción, fechado en los siglos IX-VIII a.C. (Blanco y Rothenberg 1981: 278).

En los años '80 del pasado siglo, el Servicio de Arqueología de la Diputación de Huelva emprendió el estudio del asentamiento, llevando a cabo 7 campañas de excavación arqueológica y adquiriendo el lugar en 1984.

En el año 1983 este equipo intervino con un doble objetivo, de un lado tomar contacto directo con la realidad arqueológica del sitio; de otra parte, contrastar los datos que en su día obtuvo el Prof. Antonio Blanco Freijeiro (Fernández Jurado 1989: 55).

Gracias a un corte de 15 x 10 m, se pudo comprobar la existencia de diferentes fases constructivas ejecutadas, así como la presencia de varios pozos de vertido de desechos, lo que venía a indicar, según sus excavadores "cierto concepto higiénico" (Fernández Jurado 1989:

59). También en esta campaña se comprobó la presencia de la muralla en la meseta media del yacimiento en una zona más oriental de la excavada por Antonio Blanco (Fernández Jurado 1989: 55-59).

El objetivo de la campaña de 1984 fue la excavación en extensión del último nivel de ocupación de una amplia superficie, así como seguir el perímetro exterior de la muralla de la ciudad.

Uno de los elementos a destacar en esta intervención fue la localización en varios puntos de ánforas o grandes recipientes contenedores cerámicos en las esquinas de los muros, así como el empedrado en las entradas de las estancias a las que se accede desde espacios abiertos (Fernández Jurado 1989: 61).

Se localizó en esta intervención gran abundancia de escoria de sílice libre, resultado de la obtención de plata, lo que vinculó desde entonces al sitio con actividad metalúrgica y redistributiva del mineral (Fernández Jurado 1989: 61).

También entre 1984 y 1985 se llevó a cabo una prospección eléctrica y magnética, cuyos datos venían a confirmar la existencia de urbanismo en la meseta, aunque su comprobación arqueológica posterior fue infructuosa (Fernández Jurado 1989: 61-67).

La de 1985 se trató de una gran excavación en extensión, así como una serie de cortes estratigráficos, todo ello en la meseta alta del yacimiento. El objetivo de la primera era conocer la trama urbana de la última fase de vida del lugar, mientras que los segundos tenían un triple objetivo: conocer la cara interna de la muralla; confirmar la fecha de fundación de la misma; y comprobar cómo se articula el interior de la ciudad con la muralla (Fernández Jurado 1987a; 1989: 67-74).

En 1986 se continuó con el objetivo de ampliar el conocimiento sobre el urbanismo del lugar en su momento de abandono, por lo que la estrategia de actuación consistió en la excavación en extensión de grandes áreas de superficie, sumando en total 1600 m² (Fernández Jurado 1989: 77). En lo que respecta a edificación, determinaron la construcción de los muros mediante zócalo de piedra a base de lajas de pizarra o bloques de caliza -sin que sea habitual que se mezclen ambos tipos en un mismo muro- y alzado de tapial y adobe (Fernández Jurado 1987b; 1989: 77).

También en esta campaña se documentaron hasta cuatro calles, de unos 3 m de anchura, lo que otorgaba para sus excavadores cierto orden urbano, aunque en otras estructuras no apreciaban planificación previa alguna, pues se reparten y adaptan para aprovechar y reaprovechar el espacio que delimitan las calles (Fernández Jurado 1989: 77-78).

De esta campaña se extrae abundante información sobre la edificación de la ciudad. En cuanto a los tipos de muros según su grado de ejecución, los que delimitan manzanas presentan una factura más cuidada y suelen estar hechos de pizarra, mientras que los que dividen o delimitan estancias están menos cuidados en cuanto a la ejecución y se utilizan mampuestos de calizas, cantos de río e incluso bloques de escoria reaprovechada (Fernández Jurado 1989: 80).

Con una estructura urbana caracterizada por estancias cuadrangulares, aunque algunos tienen disposición de forma curva, el ancho de sus muros excavados oscilan mayoritariamente entre 40 y 60 cm, aunque hay algunos divisorios de estancias de 30-35 cm (Fernández Jurado 1989: 80).

En 1987 se intervino, además de en la meseta alta, en el exterior de la muralla en su zona Este, sumando un total de 1150 m², repartidos en cuatro sectores de tamaño variable en función de la adecuación a cortes anteriores. El resultado fue la ampliación del hábitat intramuros conocido, así como la relativa a la muralla. Se determina que ésta se construye a la vez que se ocupaba la zona por primera vez (Fernández Jurado 1989: 89; 1990). La altura máxima conservada es de 3 m, en la zona que fue excavada por A. Blanco, mientras que en la zona Oeste es donde menos potencia se conserva por el uso que se ha hecho de sus materiales en el vallado contemporáneo de la zona (García Sanz 1989: 95).

La técnica constructiva de la muralla queda definida por sus excavadores como una estructura sin cimentación, asentada directamente en el inicio de la ladera, que funcionaría como asiento. Los materiales empleados en la nivelación del terreno para su construcción, al tratarse de áreas desiguales, lo componen piedra caliza y tierra rojiza. En la cara externa de algunos tramos de la muralla se adosó un pie de amigo formado por lajas trabadas con tierra amarillenta. En una segunda fase de la muralla se añade un segundo lienzo exterior con bloques de pizarra mejor acabados que los de granito de la primera fase, pero sin argamasa en ninguno de ellos. Paralelamente se añaden una serie de refuerzos como torres y contrafuertes, circulares y trapezoidales, de diversa técnica constructiva -el primero correspondería a la primera fase y el segundo a la siguiente- y sometidos a sucesivas reparaciones (García Sanz 1989: 96-98). La cronología inicial de la muralla se establece a fines del s. VIII a.C., lo que modifica lo dicho con anterioridad y que otorgaba una cronología más alta a la muralla. Posteriormente, a fines del s. VI a.C., se levantaron los contrafuertes cuadrangulares y el lienzo hecho a base de pizarras (García Sanz 1989: 98-105).

El resultado de la campaña de 1997 fue la documentación de un tramo de 7 m lineales y 2'5 m de potencia de la

primera fase de la muralla en su tramo más oriental (García, Fernández y Rufete 2001: 205-207)

No sería hasta el año 2006 cuando se realizó otra actividad arqueológica, esta vez excavación en extensión de 520 m² en el límite oeste de la meseta alta y cuyo resultado fue la ampliación del conocimiento sobre elementos arquitectónicos de los que hasta entonces se tenía poca información, como los pavimentos de lajas de pizarra y las escaleras que servían para salvar los desniveles que el terreno presentaba (García Sanz 2006).

Dentro de los materiales arqueológicos recuperados, todos con una cronología posterior al s. VI a.C., destacan las escorias y toberas, muestra de la actividad metalúrgica en el yacimiento y concretamente en este sector, donde según sus excavadores podrían estar los hornos de fundición (García Sanz 2006).

Intervenciones desarrolladas por la Universidad de Huelva

En el año 2013 se firmó el convenio entre la Universidad de Huelva y la Excm. Diputación de Huelva por el que se cedían las obligaciones inherentes al BIC, así como el uso de éste a la Universidad de Huelva. Fue en 2015 cuando la Universidad de Huelva le da la responsabilidad del yacimiento al grupo de investigación “Vrbánitas. Arqueología y Patrimonio” (HUM132), entonces liderado por Juan M. Campos Carrasco, quien decidió poner a quien escribe este capítulo al frente de los trabajos a desarrollar en el lugar y que pasaban por devolver el yacimiento al estado en el que se encontraba cuando se terminaron las últimas excavaciones arqueológicas.

Para poder llevar a cabo la puesta en valor del lugar, se firmó un convenio con el Ayuntamiento de Escacena del Campo, por el que se comprometía a aportar la mano de obra necesaria para ejecutar estas acciones, mientras que la UHU aportaba el personal técnico y los materiales.

Así, el 4 de Mayo de 2015 nos fue autorizada la “Actividad arqueológica puntual consistente en labores de consolidación, restauración y restitución arqueológica en Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva)”, centrada en labores de limpieza y consolidación de las estructuras que habían sido exhumadas en las campañas de excavación llevadas a cabo por el Servicio de Arqueología de la Diputación de Huelva. El resultado fue que los objetivos recogidos en el proyecto fueran cubiertos ampliamente con la actividad realizada. De este modo, las medidas llevadas a cabo en las primeras cinco anualidades se centraron en la protección y conservación del yacimiento, así como la divulgación, para lo que también se firmó un convenio con la asociación cultural Scatiana, quienes desde entonces

han llevado el peso de la difusión al público general, mientras que desde la UHU hemos realizado la divulgación científica.

Una vez que quedó protegido el lugar, el paso lógico que requería un enclave con la importancia histórica de Tejada la Vieja era la puesta en valor integral del sitio, máxime, después de los destrozos que causaron las fuertes lluvias en la zona, las cuales provocaron algunos desprendimientos de estructuras, por lo que se hizo imprescindible la consolidación preventiva de las mismas. Para ello, como complemento a la consolidación de las estructuras y con objeto de facilitar el mantenimiento y la visita al yacimiento, se propuso la adecuación de los restos mediante soluciones no agresivas, reversibles y de mínimo impacto: colocación de geotextil y aplicación de gravas de diferentes colores en función de un código creado para tal fin.

Otra de las acciones realizadas fue la restitución de parte del lienzo meridional de la muralla, el cual se había visto afectado por una “metodología arqueológica” bastante invasiva durante la década de los 70. Concretamente, con el fin de conocer la fábrica de esta construcción, durante dicha intervención se optó por abrir un corte en sección de unos 4m de anchura, generando un falso histórico ya que durante años éste ha sido utilizado como puerta de acceso hacia el interior del recinto murado, tergiversando su funcionalidad y visión. Con el fin de acabar con esta situación y devolver al BIC parte de su imagen original, se proyectaron dos proyectos: uno arqueológico previo de carácter preventivo, y un segundo arquitectónico de restitución volumétrica.

Puesto que contamos con 1 Ha de superficie excavada de la última fase de vida del lugar, resulta clave conocer el resto de la trama urbana del *oppidum*, para lo que la herramienta elegida fue la prospección geofísica, que nos ha ofrecido la planta de las estructuras soterradas y la correcta interpretación de las zonas excavadas, para así facilitar la identificación de los diferentes usos del espacio en las actividades de puesta en valor. Ésta ha sido complementada con una prospección superficial intensiva, que además ha servido para evaluar la acción de las lluvias en el resto del yacimiento y poder así recuperarse y protegerse los vestigios que han quedado expuestos en la superficie.

La combinación de las herramientas anteriores supone una fuente importante de información, usada tanto para la puesta en valor, como a nivel científico y de diagnóstico patrimonial, sin olvidar las ventajas para plantear trabajos futuros en áreas concretas. Los datos constatados de la prospección geofísica han ofrecido una serie de resultados positivos en los diferentes sectores. En este sentido, las buenas condiciones del terreno han permitido conocer una buena cantidad de

estructuras que permiten, confirmar la hipótesis del urbanismo en toda la meseta que rodea la muralla, con mayor concentración en su zona más elevada (Figure 7).

Los datos recogidos han permitido la descripción de un amplio espacio contiguo a las excavaciones previas, definiendo un complejo conjunto urbano. Atendiendo a las cotas de profundidad de los datos, con mejor definición entre 0.3 y 0.9 m de profundidad, se han atribuido los conjuntos de construcciones detectados a la continuidad de la última fase de edificaciones del yacimiento, fechada sobre los siglos VI y V a.C. Aún teniendo en cuenta la topografía irregular del promontorio donde se ubica el yacimiento, parece que la disposición de las estructuras arqueológicas no presenta diferencias muy importantes en las cotas de profundidad.

La zonificación propuesta en la interpretación de los datos ha puesto de relieve una compleja distribución urbana, con diferencias significativas en su estructura interna, extensiones de las divisiones interiores y sistemas de orientación dominantes. Aunque la propuesta de zonificación no responde a un análisis arqueológico, sino a la agrupación geométrica de los edificios detectados, los espacios restantes se han mostrado consistentes con el trayecto de calles o espacios de circulación, mientras que en otros ámbitos estos espacios ofrecen una definición más difusa, configurando espacios abiertos de atribución más dudosa.

La zonificación propuesta en la interpretación de los datos ha puesto de relieve una compleja distribución urbana, con diferencias significativas en su estructura interna, extensiones de las divisiones interiores y sistemas de orientación dominantes. En la zona más elevada de la meseta se aprecia una mayor concentración urbana, donde además se constata una relativa disposición radial de algunas de las diferentes estructuras, más acusada cuanto más cerca de la muralla. Asimismo, los resultados obtenidos en las otras cotas de la meseta han resultado ser sorprendentes, pese a no ser tan llamativos, pues tienen un alto valor científico y patrimonial en tanto proceden de una zona en la que nunca antes se había llevado a cabo ninguna actividad arqueológica y que resultaba, por tanto, desconocida a todos los niveles.

La geofísica ha sido complementada con una prospección superficial intensiva de cobertura total con recogida de materiales. La mayor concentración en cuanto a cronología se corresponde con el siglo V a.C., lo cual es lógico, pues la última fase constructiva de la ciudad se remonta a este momento. La cerámica acopiada tras la prospección supone más de la mitad de todo el material reunido, de la que el 98% está hecha a torno, frente al 2% de factura a mano.

Puesto que contamos con 1 Ha excavada por intervenciones llevadas a cabo entre 1974 y 2006, se torna necesaria la revisión de los materiales de dichas intervenciones, que en algún caso se encuentran incluso sin estudiar. El hecho de que no hayan sido estudiados en conjunto, ni en clave diacrónica ni sincrónica, hace que nos planteemos una metodología que abarque el total de superficie y la totalidad de las intervenciones, pese al importante volumen que supone. Las interpretaciones arqueológicas realizadas en el yacimiento proceden de asignaciones cronológicas y funcionales vinculadas a las diferentes dependencias localizadas. Por ello, con el objeto de revisar tanto la cronología como la funcionalidad, nos vemos en la necesidad de estudiar la cultura material y adscribirlo al área donde fue localizado cada elemento.

Como complemento al estudio de materiales, se ha procedido a una serie de analíticas, como el análisis de lípidos en cerámica y la difracción de rayos X para escoria, cuyos resultados están siendo analizados actualmente.

El urbanismo de Tejada la Vieja

La muralla (Figure 3)

En 1974, de la mano de Antonio Blanco, se lleva a cabo la primera intervención en la muralla, realizando un corte literal sobre la misma de 2'50 m de ancho. Pese a lo agresivo de la actuación, nos ha permitido contar con una precisa información sobre las fases constructivas: la primera fase cuenta con zanja de cimentación -de 1'22 m de profundidad y 3'40 de ancho- sobre la que se asienta un muro a base de mampuestos al exterior y al interior de piedras trabadas con tierra y cal, de sección trapezoide, con ambas caras en talud; la segunda fase presenta refuerzo de otro muro -de 3'60 de ancho- adosado al exterior, unido a una estructura circular maciza que sobresale hasta 3'80 m; la tercera fase supone la creación de un foso, de unos 5 m de ancho; la cuarta y última fase es el vertido de una capa de escombros con restos cerámicos de fines del s. VIII a.C.

De las intervenciones realizadas por el Servicio de Arqueología de la Diputación Provincial de Huelva, entre 1983 y 2006, tres de ellas se ocupan total o parcialmente de la muralla. Las conclusiones a las que llegan difieren parcialmente con las de A. Blanco: interpretan que se trata de una estructura sin cimentación, asentada directamente en el inicio de la ladera, que funcionaría como asiento. En la cara externa de algunos tramos se adosó un pie de amigo formado por lajas trabadas con tierra amarillenta. En una segunda fase se añade un segundo lienzo exterior con bloques de pizarra mejor acabados que los de granito de la primera fase, pero sin uso de argamasa. Paralelamente, se añaden una serie de refuerzos como torres y contrafuertes, circulares -para



Figura 3. Muralla desde el exterior

la primera fase- y trapezoides -para la segunda fase-. También difieren con A. Blanco en cuanto a cronología, pues la circunscriben a fines del s. VIII a.C., así como en el área que rodea la muralla, que queda reducida de las 10'4 ha planteadas por A. Blanco a las 6'4 ha.

Partiendo de la revisión de los materiales de las intervenciones arqueológicas realizadas por A. Blanco, la cronología que otorgamos a la construcción de la muralla es principios del s. VIII a.C., tal y como se desprende de los materiales cerámicos en la cara interna de la muralla, dentro de los denominados por sus excavadores “Estrato III del Corte A2” y “Nivel 8 del Corte A3”.

En cuanto a la superficie que rodea la muralla, coincidimos con la interpretación inicial que le diera A. Blanco, corroborada por los datos obtenidos del análisis de datos LIDAR, con lo que el lienzo amurallado tendría una longitud lineal de 1640 m, que cubre una superficie de 10,42 hectáreas.

Asimismo, hemos detectado en el lienzo sur, muy cercano al corte que realizara A. Blanco, una posible entrada en recodo relacionada con la primera fase de construcción de la muralla, que es cegada posteriormente para serle adosada una torre cuadrangular.

Podemos concluir que la importancia histórico-arqueológica y patrimonial del yacimiento de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva), se debe en buena parte al estado de conservación y dimensiones de su lienzo amurallado.

En lo que respecta a su conocimiento científico, pese a que en los años 70 y 80 del pasado siglo fueron estudiadas por dos autores muy prolíficos, los resultados dispares, por no decir antagónicos, de los diferentes equipos que trataron la cuestión convirtieron la muralla de Tejada la Vieja en un escenario donde dirimir la existencia o no de elementos prefenicios en el lugar, en función de si se consideraba que se asentaba sobre niveles anteriores, como defendió el Prof. Antonio Blanco, o bien si era totalmente ex novo, cuyo principal defensor fue el jefe del servicio de Arqueología de Diputación Provincial de Huelva, Jesús Fernández Jurado, aunque con contradicciones en algunas de sus publicaciones.

Nosotros proponemos una interpretación propia, fruto del trabajo en el yacimiento y de la revisión de los materiales de intervenciones antiguas. Así, las murallas de Tejada la Vieja podrían quedar fechadas a mediados del s. VIII a.C., por la presencia de materiales en su primer nivel constructivo vinculado con esa cronología. No cabe duda de que fueron las reformas posteriores las

que le dan su fisionomía actual, con el entramado de bastiones, contrafuertes y doble paramento.

Otro aspecto a destacar de la muralla es la técnica edilicia empleada, pues sobre la base de mampuestos que puede observarse en la actualidad se erigía una estructura de adobes que doblaría la altura total de este elemento, encalado en su totalidad (García Sanz 2003: 21).

Urbanismo intramuros

La zonificación propuesta en la prospección geofísica ha puesto de relieve una compleja distribución urbana, con diferencias significativas en su estructura interna, extensiones de las divisiones interiores y sistemas de orientación dominantes. En la zona más elevada de la meseta se aprecia una mayor concentración urbana, donde además se constata una relativa disposición radial de algunas de las diferentes estructuras, más acusada cuanto más cerca de la muralla (Toscano y Campos 2020).

Se proponen una serie de calles en sentido Este-Oeste y Sur-Norte, con cierta disposición radial al adaptarse a la topografía del terreno. Hay una calle principal, con un ancho que varía entre 3 y 4'5 m, en sentido E-W y de, como mínimo, 60 m de largo. Esta calle es cruzada por otras en sentido S-N, y que en el cruce más occidental van del límite sur de la muralla al límite norte. Se detectan también una serie de espacios abiertos, interpretados como plazas, cuya utilidad deberá ser confirmada en excavaciones arqueológicas, así como la funcionalidad de las áreas agrupadas en manzanas (Figure 8).

Contamos con la planta de 1 Ha de la última fase de ocupación del *oppidum*, donde se aprecia un complejo entramado urbano donde las estancias yuxtapuestas conforman manzanas, caracterizadas por la ortogonalidad que facilitaba la compartimentación y ampliación de los espacios.

Asimismo, permite el uso de materiales más resistentes, que en el caso de Tejada la Vieja se reducen a pizarras paleozoicas de la zona, caliza del mismo cerro en el que se asienta el poblado, así como tierra y cal.

Las dimensiones de las estancias son muy variables, lo que indica los diferentes usos para los que estaban destinadas. Contamos en Tejada la Vieja con estancias interpretadas como viviendas, áreas industriales, tahonas, almacenes, edificios públicos y religiosos, así como espacios abiertos como plazas y calles (Toscano-Pérez 2016; 2019a; 2019b).

El sistema de construcción general consiste en un primer acondicionamiento del terreno que puede incluir la

nivelación del mismo con tierra y/o escombros para inmediatamente después preparar la planta del edificio mediante estacas de madera y cuerdas. La mayoría de las veces los muros se asientan directamente, sin fosa de cimentación, como máximo se enterraba una primera hilada del zócalo de piedra (Toscano y Campos 2020).

En cuanto al sistema arquitectónico, se emplea la construcción de muros en “L” para la organización de las manzanas, en vez de hacer un muro lineal corrido desde el que se realizaran las compartimentaciones necesarias (García Sanz 2003).

Al respecto de la edilicia, la mayoría de los muros tienen un ancho de 0'44, otros de 0'52 y algunos de 0'60 m y se construye directamente, sobre una nivelación del terreno, el zócalo de piedra, mientras que el alzado y el techo sería de tapial o adobe, en algunos casos encalados. Los mampuestos del zócalo suelen estar sin trabajar o ligeramente trabajados en la cara vista, colocados horizontalmente y trabados con argamasa o barro. Como singularidad, se aprecia el empleo puntual de bloques de escoria como material constructivo (Toscano y Campos 2020) (Figure 5).

Como soluciones arquitectónicas para salvar las diferencias de cota destacan: cuestas con leve pendiente en las calles principales, así como algún ejemplo de escalinata para acceder al área más elevada. Otra solución arquitectónica es el refuerzo para proteger de la lluvia y acumulación de agua, como el bateaguas en la muralla, o el muro oeste del “Edificio almacén” (Figure 5).

En cuanto al interior de las estancias, algunas cuentan con pilares centrales, seguramente para sostener un poste o una doble altura, lo cual también se constata por algún espacio interpretado como hueco de escalera, mientras que los pavimentos localizados se corresponden generalmente con suelos de tierra batida, cal y algunos de lajas de pizarra (Figure 9-11).

A las estancias se accede a través de vanos que solían ubicarse en el lado de menores dimensiones, próximo al ángulo para así evitar que se debilitara el muro. Posiblemente los edificios contaban con huecos a modo de ventanas.

Las cubiertas, que serían planas con una leve inclinación para favorecer la evacuación del agua, estarían construidas con elementos vegetales a los que se aplicaba una capa de barro para su protección. En algunas de las estancias se ha podido documentar la existencia de pavimentos, la mayoría de las veces hechos de tierra batida, normalmente de color rojizo, aunque algunos espacios se pavimentaron con lajas de pizarra (Toscano y Campos 2020).

Hay una serie de edificios destacados, ya sea por su ubicación o técnica constructiva, como son el “Edificio almacén” que fuera excavado por A. Blanco o las “estructuras circulares”.

En cuanto al primero de ellos, en 1987 fueron retirados los testigos del “Edificio almacén” que habían sido dejados en reserva por sus excavadores originales (Fernández Jurado 1989: 83), lo que ha permitido una mejor comprensión de la distribución espacial del edificio, con un total de 6 estancias (Figure 4).

Las medidas totales son 19,50 x 10,45 m, mientras que de la técnica edilicia cabe destacar el ancho mayor del muro de cierre oeste del edificio, lo que puede venir motivado por la protección ante las arroyadas, al localizarse al final de una pendiente hacia la que vertería el agua de las dos calles localizadas hasta la fecha. Con la totalidad de la planta exhumada, las estancias finales interpretadas son como sigue (ordenadas de Sur a Norte):

- Estancia I: De 3'95 m de ancho, fue interpretada como cocina por las manchas de ceniza y tierra quemada, así como restos de ánforas. En la esquina norte hay una huella de poste y una zona de tierra cocida que podría ser un horno (Blanco y Rothenberg 1981: 259).

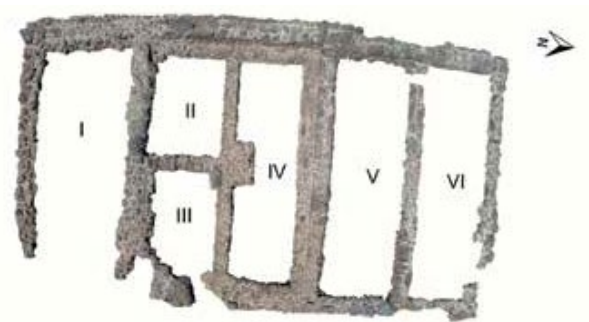


Figura 4. Edificio almacén

- Estancia II: Se caracteriza por presentar un tablero de tierra quemada de 0'50 x 0'40 y 0'12 m de espesor y enmarcado por tierra cocida. Interpretado para la obtención de plata por el hallazgo de escorias alrededor (Blanco y Rothenberg 1981: 259).
- Estancia III: Lo más característico de la estancia es el banco corrido en el muro sur de la misma.
- Estancia IV: En esta habitación destaca la presencia de un banco corrido, así como pavimento de lajas de pizarra y una rinconera



Figura 5. Técnica edilicia (García Sanz 2003: Fig. 11)

cóncava empedrada. Abundante cerámica y huesos de animales (buey, oveja, cerdo y cabra). Como curiosidad, se localizó un gran cuerno recortado de cabra macho (Blanco y Rothenberg 1981: 259).

- Estancia V: Las medidas de la habitación son de 8'80 x 2'97 m. Destaca sobremanera la infinidad de ánforas y de huesos de vaca. Cuenta, además con un pavimento de tierra con incrustaciones de lajas de pizarra y cerámica. Bajo éste había un relleno sobre la caliza del subsuelo en el que se localizó cerámica de retícula bruñida. Posiblemente funcionara como almacén o bodega, lo que ya indicara A. Blanco (Blanco y Rothenberg 1981: 258).
- Estancia VI: Por último, la estancia más al Norte, cuenta con unas medidas de 8'90 x 3,05 m

Como ya hemos indicado, este edificio fue interpretado por sus excavadores como un edificio de almacén. Nosotros no compartimos completamente esta interpretación por varios indicadores: de una parte por la propia técnica edilicia, más cuidada en éste que en la mayoría de los edificios conocidos del *oppidum*; por otra parte, sabemos que la existencia de un banco corrido nos indica la posibilidad de que nos encontremos ante un edificio público; finalmente, los paralelos con otros edificios bien interpretados como multifuncionales, relacionados con la producción, consumo y ritualidad del vino, hace que nos decantemos por esta última interpretación. Así, contamos con el paralelo más claro en el edificio del Área B de Pani Loriga (Santadi, Cerdeña), fechado en el s. V a.C., con una distribución, medidas y técnica edilicia casi idéntica al edificio que nos ocupa de Tejada la Vieja (Botto 2012a; 2012b).

El edificio sardo cuenta con un sacello (Vano 1), interpretado de tal modo por la presencia de un banco corrido sobre 3 de sus lados, lo que podría corresponderse con las estancias III y IV del edificio de Tejada la Vieja. En Pani Loriga se interpreta el Vano 2 como espacio funcional para la preparación del alimento. El vano 4 de Pani Loriga, donde se supone la existencia de una tahona, bien podría corresponderse con la Estancia I de Tejada la Vieja, pues la presencia de manchas de ceniza, tierra quemada y huella de un poste hace que pudiera corresponderse con un espacio semiabierto en el que se localizara un horno. La estancia II del edificio de Tejada puede interpretarse como un horno metalúrgico para la copelación de plata, pues sus dimensiones, características y los restos de escoria hacen sospechar que así pudiera ser. Por su parte, la abundante presencia en la estancia IV de huesos de animales podría indicar el uso de éstos, como también de sus odres para el transporte de sustancias líquidas, como el vino, pues la desproporción de ánforas de aceite en relación con las de vino en lugares tan

próximos como la ciudad de Huelva, hacen pensar que el vino se transportaba desde sus centros productores en ánforas y de ahí en odres transportadas en carros hacia el interior (Celestino y Blánquez 2007). Así pues, no solo la presencia de abundante material anfórico nos indica tal actividad, lo que por otra parte también tenemos en la estancia V. Igualmente, la cercanía de dos estructuras cuya planta podría corresponderse con espacios destinados a la producción de vino, nos hace suponer la multifuncionalidad de este edificio, siempre en relación con su consumo, producción y ritualidad.

Los paralelos del interior de este edificio con otro de Las Cumbres (Sierra de San Cristóbal, el Puerto de Santa María, Cádiz) interpretado como un edificio industrial con lagares y estructuras destinados a actividades vinícolas ya fue mencionado hace más de veinte años, cuando la relacionan con la vivienda de un rico comerciante dedicado posiblemente a la distribución de vino (Ruiz, Córdoba y Pérez 1998: 390; Vallejo, Castro y Niveau, 2002).

Cerca hay un conjunto de dos estructuras circulares, ubicadas inmediatamente al Oeste del “edificio de almacén”. Estos elementos fueron excavados superficialmente en la campaña de 1987, sin que entonces les fuera otorgada funcionalidad alguna, aunque sí se indicó que no se trata de un horno por la ausencia de escorias, cenizas o cualquier otra evidencia (Fernández Jurado 1989: 83). Lamentablemente, la información que aportan sus excavadores es muy escueta, limitándose a un párrafo. De ahí la diferencia del conocimiento que tenemos entre estas estructuras y, por ejemplo, el edificio descrito anteriormente, pues éste se trata de un complejo excavado en su totalidad (Figure 6).

El diámetro de la más occidental es de 2 m, mientras que la oriental es algo mayor, de alrededor de 2,20 m. Por su parte, la técnica constructiva de ambas es idéntica, realizada a base de mampuestos sin trabajar o ligeramente trabajados en su cara vista, colocados horizontalmente y trabados con argamasa o barro. La potencia máxima excavada es de unos 20 cm, de las que recordemos solo se sacaron a la luz las cabezas de sus muros y su nivel interior más superficial, que presenta una abundancia de material cerámico fragmentado y sedimentos arcillosos.

La planta de estas estructuras cuenta con un paralelo claro en el poblado de las Cumbres, en el Cerro de San Cristóbal (Puerto de Santa María, Cádiz), donde se constata la presencia de 2 lagares, piletas y estructuras circulares. Serían estas últimas, idénticas a las que tenemos en Tejada la Vieja, interpretadas como espacios estructuras circulares para la fermentación del mosto (Ruiz Mata 1995: 199-200; Celestino y Blánquez 2007).



Figura 6. Estructuras circulares (García Sanz 2003: Fig. 12)

En ambos casos, además, se sitúan en un espacio abierto de una calle o plaza; igualmente, comparten la característica de contener arcilla roja y fragmentos de ánforas, lo que puede ponerse en relación con el proceso de clarificación del mosto, por el que gracias a su mezcla con arcilla se decantan las partículas que contiene el líquido justo después de su pisado (Hills 2005:131).

En cuanto a la topografía general del yacimiento, la muralla y el espacio intramuros se adapta a la sinuosidad del terreno, que a su vez está dividido en cuatro sectores bien diferenciados por encontrarse a una cota bastante diferente. Partimos de la hipótesis de que esta primera división separa la zona de hábitat del área donde estarían instalados los hornos metalúrgicos, al norte de la primera, por la abundante presencia de escorias, por estar así la población protegida de la toxicidad de los humos, al ser el viento suroeste el predominante en la zona, así como encontrarse muy cerca de la zona donde se obtiene agua.

Consideraciones finales

Debemos recordar que la mayor parte del urbanismo excavado en Tejada la Vieja responde a la reacción de

la ciudad a los cambios acaecidos a mayor escala en el s. VI a.C. Es visible en el estrato de nivelación general en casi todo el área excavada. Además, asistimos a una reordenación urbanística que se aprecia en el adosamiento de las estructuras trapezoidales a la muralla, así como en la construcción de un importante edificio público. El material mueble responde a una mayoría de cerámica a torno, con una diferencia más acusada que en el nivel anterior, dentro de la que cabe destacar la presencia de un fragmento de copa griega arcaica así como la base de un ánfora corintia, dentro de un contexto de mayoría de cerámica de engobe rojo, cerámicas grises y la decorada a bandas. Además de la cerámica, es abundante el número de fusayolas y significativo el de cuchillos afalcatados (Fernández Jurado 1991a: 169-ss; 1991b: 55-ss). La crisis de mediados del s. VI a.C. que afectó al sur peninsular se constata en Tejada la Vieja como una fase de estancamiento del que sale a fines de siglo gracias a la diversificación económica del lugar, visible en el incremento de ánforas y de molinos de mano (Fernández Jurado 1989: 164, 182).

Pese a que se conoce el perímetro amurallado de la ciudad y se ha excavado más de 1 Ha de su nivel superficial, aún quedan muchas interrogantes por responder sobre este

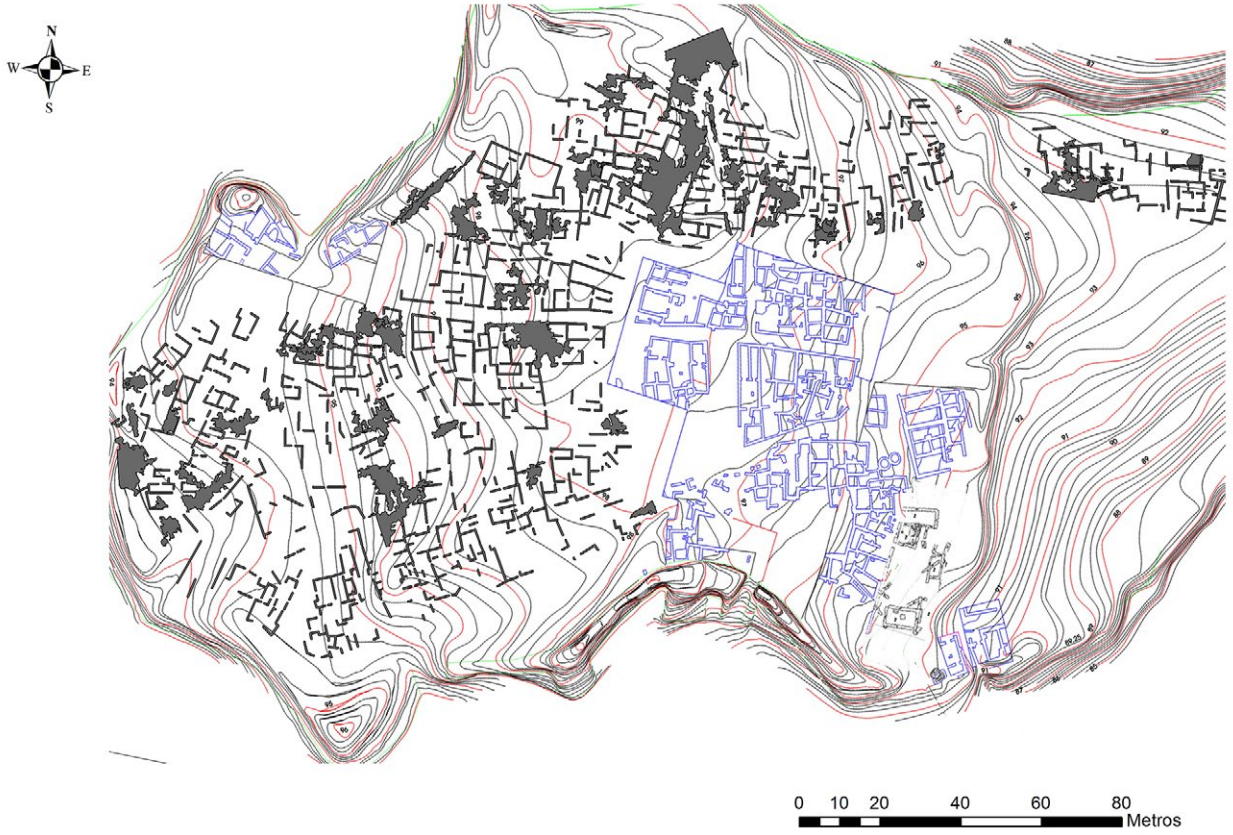


Figura 7. Resultados de prospección geofísica en la meseta alta

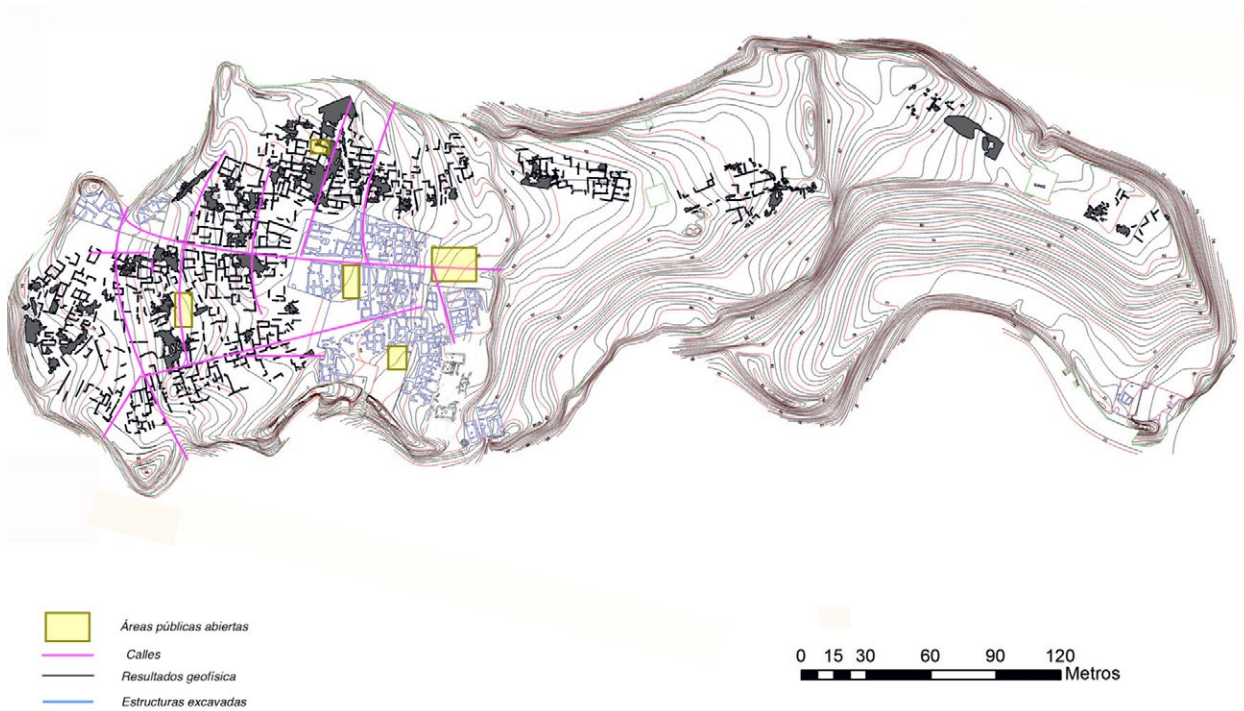


Figura 8. Propuesta de calles y espacios públicos



Figura 9. Recreación idealizada de la ciudad vista desde el suroeste



Figura 10. Recreación idealizada de la ciudad vista desde el oeste



Figura 11. Recreación idealizada de la ciudad vista desde el nordeste



Figura 12. Recreación idealizada de la ciudad vista desde el interior

yacimiento tan relevante para la investigación sobre la protohistoria peninsular, a las que esperamos poder ir dando respuesta en los próximos años.

La primera de ellas gira en torno a la diacronía, pues aunque conocemos muy bien el urbanismo de la última fase de ocupación, no hay consenso sobre el momento de fundación o sobre la ocupación anterior a la construcción de la muralla. Igualmente, el momento y las razones exactas de su abandono podrían definirse de manera más precisa.

Otro de los aspectos fundamentales a resolver trata sobre la superficie de la ciudad, al considerar que el actual área protegida no ha incluido el área norte de la ciudad, donde partimos de la hipótesis que podrían encontrarse los hornos que, necesariamente, debió tener la ciudad. Por tanto, la topografía de la ciudad estaría conformada por cuatro mesetas rodeadas por el lienzo amurallado, sin saber hasta el momento si esas diferentes mesetas son naturales o se han creado artificialmente.

Característico, asimismo, de la topografía del lugar, es el hecho de haber incluido dentro del perímetro amurallado una zona con un importante desnivel, que no puede ser ocupada por espacio doméstico. Entendemos que esta inclusión debe obedecer a una intencionalidad, pues requiere de mayor esfuerzo para controlar y vigilar, materiales y mano de obra para construirla. Si tenemos en cuenta que el urbanismo de este momento se caracteriza, entre otras cosas, por la optimización de recursos y energía, nos planteamos que verdaderamente en ese espacio debió localizarse algún elemento relevante para la ciudad, aunque no fuera doméstico. A este respecto, partimos de la idea, pues no puede considerarse una hipótesis de partida, de que el espacio intramuros no habitable pudiera estar orientado a la producción de la vid, al haberse reinterpretado algunos espacios de la ciudad con edificios relacionados con la producción y consumo vitivinícola, así como localizarse en terrazas al sureste de la ciudad, con vientos y clima propicio para este cultivo.

Además de este espacio, se torna necesario estudiar la distribución espacial tanto intramuros como extramuros, con el objeto de responder a funcionalidad de sectores según su ubicación y la cultura material asociada a los mismos, así como la localización de las puertas de la ciudad y de su necrópolis.

Mientras se produce la edición de la presente obra nos encontramos en la excavación de un área donde según la prospección geofísica se localiza un edificio tripartito, exento, con orientación este-oeste y que podría corresponderse con un santuario fundacional.

Esperamos que los resultados de la misma puedan arrojar luz sobre algunas de las cuestiones planteadas y suponer la antesala a un futuro Proyecto General de Investigación, tan necesario para garantizar la continuidad de la investigación, conservación y difusión de uno de los yacimientos más relevantes para la protohistoria peninsular.

Bibliografía

- Blanco Freijeiro, A. y Rothenberg, B. 1981. *Exploración arqueometalúrgica de Huelva*. Barcelona: Labor.
- Botto, M. 2012a. Alcune considerazioni sull'insediamento fenicio e punico di Pani Loriga. *Rivista di Studi Fenici*, XL, 2: 267-304.
- 2012b. L'abitato fenicio púnico di Pani Loriga (area B). *Quaderni di Archeologia Sulcitana*, 1: 33-42.
- Celestino Pérez, S.; Blánquez Pérez, J. 2007. Origen y desarrollo del cultivo del vino en el Mediterráneo: la Península Ibérica. *Revista Universum*, 22: 32-60.
- Escacena Carrasco, J.L. 2002. Murallas fenicias para Tartessos. Un análisis darwinista. *Spal*, 11: 60-105.
- Fernández Jurado, J. 1987a. El yacimiento de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva). Campaña de 1985. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 85, vol. III: 338-344.
- 1987b. Campaña de excavaciones en Tejada la Vieja (Escacena, Huelva). *Anuario Arqueológico de Andalucía* 86, vol II: 372-379.
1989. Campañas de excavaciones. *Huelva Arqueológica* 11: 53-92.
1990. Tejada la Vieja. Campaña de 1987. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 87, vol. II: 291-293.
- 1991a. Influencia fenicia en la arquitectura tartésica, en *III Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (1988)*: 169-175. Ibiza: Museu Arqueològic d'eivissa i formentera.
- 1991b. Ciudades y fortificaciones turdetanas: problemas de interpretación, en *Fortificacions. La problemática de l'Ibèric Plè: (segles IV-III a.C.)*: 55-66. Manresa: Centre d'Estudis del Bages.
- García Sanz, C. 1989. Excavación de la muralla de Tejada. *Huelva Arqueológica* 9: 93-106.
2003. ¿Unas ruinas merecen tantos escritos?. *Huelva Arqueológica* 18: 5-32.
2006. Actividad arqueológica puntual realizada en 2006 en Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva). *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2006: 2178- 2192.
- García, C.; Fernández, J. y Rufete, P. 2001. Excavaciones en Tejada la Vieja. Campaña de 1997. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 97 vol II: 205-207.
- Hills, P. 2005. *Degustar el vino: el sabor del vino explicado*. Buenos Aires: Albatros.
- Ruiz Mata, D. 1995. El vino en época prerromana en Andalucía occidental, en S. Celestino Pérez (ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*: 157-212. Jerez de la Frontera: Consejo Regulador de

- las Denominaciones de Origen Jerez-Xeres-Sherry y Manzanilla Sanlúcar de Barrameda.
- Ruiz Mata, D.; Córdoba Alonso, I.; Pérez Pérez, C. J. 1998. Vinos, aceites y salazones en la Turdetania, en C. Aranegui (ed. científica) *Los Iberos, Príncipes de Occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica. Actas del Congreso Internacional (Centro Cultural de la Fundación "la Caixa", Barcelona, 12, 13 y 14 de marzo de 1998)*: 387-397. Valencia: Universidad de Valencia.
- Toscano-Pérez, C. 2016. *El suroeste hispano en la Turdetania atlántica: dinámica poblacional y evolución cultural (ss. VI-III a.C.)*. Tesis doctoral. Huelva: Universidad de Huelva. <http://hdl.handle.net/10272/12522>
- 2019a. Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva) y la producción y consumo vitivinícola. *Setúbal Arqueológica* 18: 201-212. <http://hdl.handle.net/10272/19674>
- 2019b. Cultos betílicos en la Turdetania onubense, en M.E. Chávez Álvarez, M.D. Cálalich Massieu y D. Martín Socas (coords.) *Un periplo docente e investigador. Estudios en homenaje al profesor Antonio Tejera Gaspar*: 511-526. La Laguna: Universidad de La Laguna.
- Toscano Pérez, C. y Campos Carrasco, J.M. 2020. La complejidad urbanística de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva) a partir de las últimas intervenciones, en S. Celestino Pérez y E. Rodríguez González (coords). *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo: IX Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos, 22-26 de octubre de 2018. Mérida (Extremadura, España) / Vol. 1: 471- 480*. Mérida: Instituto de Arqueología de Mérida. <http://hdl.handle.net/10261/241584>
- Vallejo Sánchez, J. I.; Castro Páez, E.; Niveau de Villedary y Mariñas, A. M. 2002. Los orígenes del vino en la Bahía de Cádiz: testimonios arqueológicos y literarios. *DOURO-Estudios & Documentos*, vol. VII (14): 47-63.

Fondos de cabaña: las viviendas que nunca lo fueron

José Luis Escacena Carrasco

Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Sevilla.

Resumen: La arqueología ha registrado la existencia en el mundo tartésico de múltiples estructuras semisubterráneas ubicadas en espacios abiertos, casi nunca en núcleos urbanos. Normalmente suelen tener planta oval o circular. Desde mediados del siglo XX esas oquedades se han interpretado como viviendas, con un supuesto origen fenicio. Aquí se pretende demostrar que tales hoyos no fueron usados como verdaderas casas. Nunca dispusieron de techumbre, porque sólo eran áreas de trabajo construidas al aire libre. En su interior suelen aparecer hogares utilizados en diversas tareas económicas. Casi todas estas estructuras se fechan entre los siglos VIII y VI a.C.

Palabras clave: Tartessos; fondos de cabaña; hogares; fenicios; Edad del Bronce; Edad del Hierro

Abstract: Archeology has confirmed the existence in the Tartessian world of multiple semi-subterranean structures located in open spaces, almost never in cities. Usually, they have oval or circular shapes. Since the mid-20th century, these cavities have been interpreted as pithouses, of supposed pre-Phoenician origin. Here we intend to demonstrate that such holes were not used in reality as homes. They never had a roof, because they were only work areas built outdoors. Inside there are usually fires intended for various economic tasks. Almost all of these structures date from between the 8th and 6th centuries BC.

Keywords: Tartessos; pithouses; fires; Phoenicians; Bronze Age; Iron Age

Preámbulo

En arqueología -también ocurre en otras disciplinas académicas- las hipótesis repetidas una y mil veces suelen acabar con cierta aceptación aunque nadie haya comprobado su veracidad histórica ni su calidad científica. Es más, cuando algunas se han puesto seriamente en duda o se han atacado frontalmente con potentes argumentos, muchos investigadores han preferido seguir acomodados en la placidez del lugar común, es decir, en la inercia de la tradición académica, y ello a pesar de lo débil que pueda ser la base epistémica de la explicación. Esto ha ocurrido con el caso que va a ocuparnos, porque muchos de los argumentos que expondré en este trabajo fueron recogidos valientemente hace una década por J. Suárez y J.E. Márquez (2014) sin que todavía hayan hecho mucha mella entre los arqueólogos dedicados a Tartessos. Parafraseando a C. Sagan (2021: 162), parece como si los investigadores siguieran en este asunto conductas más religiosas que científicas, mostrando una resistencia al cambio que supera la fuerza de los datos.

En cada uno de los casos en que topamos con hipótesis convertidas en tesis por simple insistencia o por los principios científicos de autoridad y mayoría, podría decirse que nos enfrentamos a una “proposición tan clara y evidente que se admite sin demostración”.

Con esta frase entrecomillada define de forma precisa el diccionario de la RAE la palabra axioma en su primera acepción. Así que la arqueología cuenta con numerosos axiomas que se asumen por tradición y rutina investigadora. Precisamente el estudio de las denominadas casas-pozo ha sido un terreno abonado para el cultivo de axiomas, entre los que ha predominado la proyección de la mentalidad occidental sobre un conjunto abundante y muy heterogéneo de casos arqueológicos y etnográficos (Jiménez 2006-2007: 37). Este problema epistemológico ha afectado a la interpretación de las estructuras negativas del mundo tartésico conocidas como “fondos de cabaña”, pero también a otras muchas de características similares documentadas para cronologías anteriores en los mismos territorios. Para estos otros casos se ha afirmado con razón que se han asumido “paradigmas interpretativos” escasamente sometidos a la necesaria crítica (Lucena y Martínez 2004: 27). En principio, esta situación no debería ser especialmente perjudicial para los estudios arqueológicos, ya que cualquier ciencia puede contar lícitamente con “principios indemostrables sobre los que, por medio de un razonamiento deductivo, se construye una teoría”, nueva frase que vuelvo a entrecomillar por ser parte literal de la segunda definición que usa el citado diccionario para la voz axioma. Acudamos a algunos ejemplos que ilustran bien esta situación.

El Calcolítico ibérico fue pródigo en la utilización de figurillas cargadas de simbolismo. Unas aludían a diversas especies animales, pero la mayor parte de las veces constituían representaciones antropomorfas, fueran naturalistas o esquemáticas. Desde tiempos muy tempranos de su historiografía, estas segundas manifestaciones plásticas fueron definidas como ídolos, sobre todo en su versión mueble o de bulto redondo. Y, aunque la etimología indoeuropea de “ídolo” viene a significar algo así como figura o imagen, y no más, su uso arqueológico la ha generalizado como “imagen de una deidad”, que vuelvo a citar literalmente por haberla copiado de lo recogido para tal palabra por el ya mencionado diccionario. Aunque no fue M.J. Almagro Gorbea la responsable de este asunto, su monografía titulada *Los ídolos del Bronce I Hispano* contribuyó sobremedida a consolidarlo. De esta forma, con referencia en esta obra (Almagro 1973), cualquier figurilla hispana de la Edad del Cobre ha encontrado su acomodo en tan amplio catálogo en calidad de betilo, de divinidad oculada, de ídolo cruciforme, etc. En la actualidad, ese valioso corpus es imprescindible para comenzar el estudio de cualquier nuevo hallazgo que lo complete, pero la aceptación acrítica de las propuestas interpretativas que contiene se ha convertido en un verdadero lastre para el avance de la investigación. De ese repertorio habría que sacar hoy numerosas piezas que no son precisamente representaciones de divinidades, sino simples alusiones en muchos casos a los mortales que les daban culto. Las figurillas que muestran incisiones faciales pueden identificarse como plañideras (Escacena 2019), mientras que las cruciformes serían fácilmente interpretables como orantes que dirigen al cielo sus rogativas (Escacena y Flores 2019). De esta forma, el catálogo de imágenes divinas calcolíticas se reduciría notablemente, extrayendo de él muchas manifestaciones plásticas que son más fáciles de interpretar desde otras hipótesis, como se ha hecho con los afamados antropomorfos cicládicos (Hoffman 2002). Pero lo más importante para el caso que nos ocupará en este trabajo es haber roto con la cómoda conducta académica que supone repetir lo ya dicho, normalmente aceptado por la comunidad científica sin haberlo sometido previamente a una profunda falsación.

Un segundo ejemplo de la fuerza con que cuentan los axiomas podemos situarlo más cerca de Tartessos, mundo que centra el interés del presente libro. Se trata del muy aceptado paradigma según el cual los fenicios llegados al sur de la Península Ibérica se habrían dedicado sólo a comerciar con la población local, y por tanto no habrían poblado más que la franja costera como plataforma de sus actividades mercantiles. Estamos ahora ante un axioma no sintetizable en una sola palabra, como era el caso anterior respecto al término ídolo, sino que contiene más bien una idea de cierta complejidad expresable formalmente de diversas

formas. Permítame el lector que me extienda ahora mucho más en este ejemplo que en el precedente, hasta convertirlo en parte sustancial de mi aportación, sobre todo porque lo que esta proposición contiene está bastante relacionado con la duda de que los llamados fondos de cabaña sean una de las huellas arqueológicas que nos ha quedado de las viviendas no fenicias de Tartessos. Centrar este aspecto requiere una reflexión epistemológica relacionada con la metodología de análisis usada por las distintas escuelas teóricas que trabajan con la documentación material del pasado. Casi todas ellas han enfocado la cuestión dando prioridad a las intenciones manifiestas que llevaron a los fenicios hasta Occidente, con lo que el paradigma comercial se erige en protagonista principal y casi único. Sin embargo, los darwinistas culturales preferimos fijarnos en los resultados de las acciones humanas más que en las voluntades que las pusieron en movimiento.

Desde un enfoque evolutivo -seguramente también desde otras perspectivas- podemos reconocer que percibir las intenciones en el registro material del pasado es mucho más difícil que dar con sus consecuencias, que son las que dejan vestigios materiales evidentes. El valor de este aserto se acrecienta cuando estudiamos culturas que carecieron de escritura con la que explicitar los planes de las empresas que sus miembros acometían; también si estamos ante situaciones donde los textos proporcionan una mínima parte de la información. Son éstas precisamente las condiciones en las que todos tenemos que trabajar con el mundo tartésico, en el que la documentación arqueológica aumenta constantemente mientras permanece casi inmutable la información escrita. Por esta razón, los arqueólogos evolutivos preferimos atender antes a los resultados de las acciones humanas que a los propósitos con que éstas comenzaron, reconociendo que los primeros no son necesariamente consecuencia directa de los segundos, y que ambos pueden diferir tanto entre sí que, al menos en apariencia, sean incompatibles. Se trata de una estrategia muy apreciada por el darwinismo porque elude cualquier solución lamarckiana -léase teleológica- en la explicación del proceso evolutivo. Los restos arqueológicos son pruebas de lo que realmente aconteció, mientras que las intenciones no necesariamente quedan fosilizadas cuando lo proyectado no llega a realizarse. Esta táctica de estudio se ha tenido en cuenta en la explicación darwiniana de la conducta agrícola, que considera dicho fenómeno producto de una simbiosis mutualista entre vegetales y animales como consecuencia de fuerzas selectivas naturales (Rindos 1990). En síntesis, tal análisis viene a concluir que las relaciones de domesticación entre los humanos y algunas plantas no las inventó nadie en concreto ni ninguna cultura determinada, y que por tanto nunca fueron resultado de proyectos individuales ni de empresas colectivas voluntarias y conscientes.

El estudio del éxodo denominado comúnmente colonización fenicia está cargado de problemas científicos de esta índole. Sus investigadores aceptan casi siempre que las metas de dicha diáspora fueron exclusivamente comerciales, asumiendo en paralelo que ese propósito da buena cuenta del registro arqueológico constatado en las regiones donde la presencia cananea llegó a materializarse. El efecto inmediato conseguido por esta línea de salida es una explicación histórica que no suele tener en cuenta los escenarios que los grupos de origen oriental encontraron en los territorios de llegada. Y lo más normal es que se presuponga, con alguna notable excepción (González Wagner 2007), que esos ámbitos contaban con una situación demográfica, política, económica y social apropiada para que las transacciones mercantiles se produjeran con cierta fluidez de manera pacífica y casi de inmediato. Por eso los estudiosos de Cartago han tenido hasta hace poco bastante desatendido el mundo indígena norteafricano que ocupaba el entorno de esa colonia tiria. El caso tartésico es un claro ejemplo de estos presupuestos, pues se acepta comúnmente la existencia en él a finales de la Edad del Bronce, y antes del primer impacto fenicio, de una sociedad compleja con numerosos asentamientos y con capacidad suficiente para tratar de tú a tú a los navegantes recién llegados, incluidas en estos intercambios las relaciones comerciales. Para este enfoque, desde los primeros contactos se habría asistido a un acuerdo intercomunitario beneficioso para ambas partes, que protagonizarían una especie de alianza de civilizaciones. Este planteamiento resulta hoy muy popular, y es el que suele preferir el personal tanto en el mundo académico como fuera de él; y ello a pesar de que algunos análisis se han esforzado en señalar un importante desequilibrio en la complejidad socioeconómica y política que caracterizaría a las dos partes de la balanza, produciendo una situación en la que los intercambios no habrían sido igualitarios (Aubert 2005). Contra esta propuesta de M.E. Aubert se han alzado algunas voces de manera explícita (Gómez Bellard 2000: 112). Sin embargo, las dos posiciones reconocen una acusada transmisión memética desde la cultura oriental hacia la occidental, aunque ambos enfoques difieren en el grado que pudo alcanzar esa aculturación.

Frente a estas lecturas ya tradicionales y mayoritarias, al menos desde hace tres décadas varios estudios vienen señalando un hiato poblacional en la ocupación de la geografía tartésica. Esta cesura tendría raíces en el Bronce Antiguo y Medio, pero su máxima expresión se habría centrado en el Bronce Final (Belén *et al.* 1992: 73; Belén y Escacena 1995). De ser así, la colonización fenicia habría encontrado una situación de vacío demográfico o de muy baja presencia humana en gran parte del territorio meridional ibérico, tema que analicé hace tiempo en relación con Andalucía occidental (Escacena

1995). Esta conclusión se ha ignorado casi siempre por la mayor parte de quienes estudian Tartessos. Pero es de agradecer que algunos colegas hayan tenido la consideración de estudiarla aunque concluyan con una oposición radical a ella (Gómez Toscano y Fundoni 2010-11: 20). Sólo últimamente se ha iniciado cierto reconocimiento del problema al aceptarse la notoria escasez de enclaves que acusaría el suroeste hispano en la etapa inmediatamente anterior a la presencia cananea más vieja. Así, para la baja Extremadura S. Celestino (2014: 96) ha definido esta etapa como “una época más que oscura”, lo que tendría su correspondencia en regiones aún más al norte para las que se ha constatado una “naturaleza elusiva de poblados y necrópolis” (Fernández Rodríguez 2019: 492).

Cualquier análisis del mundo tartésico está determinado por la valoración previa del horizonte que le precedió. No es lo mismo explicar Tartessos como una cultura híbrida producto de otras dos que se encontraron y se influyeron mutuamente, que como resultado de la implantación fenicia en un territorio despoblado o con muy baja demografía. Al estudiar las relaciones que establecieron los comerciantes levantinos y los grupos autóctonos de cada ámbito del Mediterráneo colonizado por los fenicios, casi todos los planteamientos de partida asumen que en esos territorios los mercaderes semitas hallaron un panorama similar, con comunidades complejas que podían establecer pactos económicos beneficiosos para ambas partes, de un lado los mercaderes fenicios y de otro las élites indígenas. En consecuencia, para este paradigma es inaceptable asumir que en la baja Andalucía y en otras regiones adyacentes la vanguardia colonial fenicia topara con un territorio desocupado, o con tan baja implantación poblacional que impidiera unas relaciones comerciales mínimas. En cambio, la posición contraria hace hincapié, por ejemplo, en la diferencia cronológica existente en el oeste andaluz entre la más antigua presencia oriental (siglo IX a.C.) y las primeras explotaciones mineras y metalúrgicas de plata (siglo VIII a.C.). Este desfase demostraría que la plata no se explotaba antes de que los fenicios la demandaran, simplemente porque no había indígenas que lo hicieran. De ahí que la tecnología usada en Tartessos para obtener y refinar dicho metal no tenga precedentes en la Edad del Bronce occidental. Sea por innovación propia o por su importación desde otras zonas mediterráneas, esas prácticas metalúrgicas se iniciaron casi un siglo después de que los fenicios se asentaran por primera vez en la costa malagueña, en el Guadalquivir inferior o en el Guadiana. Ello implica que la fama de la riqueza argentífera tartésica tuvo que iniciarse un siglo después de la primera presencia oriental. De ahí que no pudo ser la causa que concentró los intereses fenicios en el suroeste ibérico, como sólo más tarde ocurriría. Las primeras exploraciones fenicias

por el Mediterráneo occidental, y posteriormente por las costas atlánticas de la Península Ibérica y del Magreb, tienen el aspecto de una investigación básica que contribuía a incrementar el conocimiento de forma amplia y a sopesar futuras posibilidades económicas, y no el producto de empresas con fines concretos predefinidos y que buscaran lucro inmediato (Escacena 2018).

Aun reconociendo un importante hiato poblacional -por tanto también cultural- en la fase que precedió a la presencia fenicia en el suroeste ibérico, esta posición no niega que, sumadas a los rasgos recién citados, esas navegaciones hacia el oeste profundo tuvieran entre sus metas particulares la búsqueda de nuevos mercados. No es necesario rechazar todas estas intenciones para reconocer que la situación de los territorios descubiertos impidió en gran parte que tales objetivos se cumplieran de inmediato, y ello porque esas exploraciones no encontraron las condiciones adecuadas en el otro platillo de la balanza. No obstante, en el cuadrante suroccidental hispano existían abundantes recursos que podían interesar a los fenicios, con lo que se presentaba un panorama óptimo para aprovecharlos, directamente o con la asistencia de gente oriental dispuesta a buscar nuevos horizontes vitales. Una vez establecidas y frecuentadas las rutas que llevaban a Occidente, tarea que recayó mayormente en la flota tiria, pudieron enrolarse en la empresa diversos componentes étnicos oriundos del Próximo Oriente, grupos humanos decididos a establecerse en el país descubierto y a hacer de él su nueva patria. Gran parte de ese contingente levantino sobra en sus territorios originarios, ya por la presión demográfica que ocasionaba su propio incremento poblacional, ya por las incursiones bélicas asirias (González Wagner y Alvar 1989; González Wagner 2003).

En contra de esta segunda explicación, que hace en realidad de Tartessos una simple provincia colonial fenicia, podría argumentarse con razón que habrían hecho falta miles de naves cargadas con colonos para explicar el nutrido panorama poblacional constatado en el suroeste ibérico a partir de los siglos IX-VIII a.C. Ante esta posible crítica no debería olvidarse que las costumbres del Próximo Oriente antiguo potenciaban un alto crecimiento demográfico como base económica y mano de obra agrícola. Además, los nichos ecológicos vacíos permiten a cualquier organismo una reproducción exponencial (Hutchinson 1981: 63). Esos otros posibles migrantes no eran necesariamente de Tiro, de Sidón o de otras ciudades costeras libanesas; tampoco tendrían por qué tener proyectos mercantiles para sus vidas. Pudieron estar dispuestos a adaptarse a situaciones muy diversas, cualquiera que les facilitara la subsistencia. Y en el nuevo destino se abrían variadas posibilidades que podemos entender como nichos

ecológicos sectoriales: labores agroganaderas, minería y metalurgia, artesanías diversas...; y -¿por qué no?- también el comercio. Por lo que refleja la arqueología religiosa de Tartessos, parece que toda esa gente oriental tuvo unas creencias muy parecidas, y ello a pesar de que pueda observarse cierta diversidad démica (Escacena 2011). Así que esta fe común facilitó su convivencia en los nuevos destinos. La práctica de una religiosidad similar es una constatación especialmente importante porque limita la procedencia de estos grupos humanos a la franja costera palestina, a Siria y a Chipre, donde en el I milenio a.C., y como herencia homóloga del credo ugarítico anterior, era mayoritario el culto central a dos divinidades, una masculina con nombre genérico Baal y otra femenina adorada como Astarté. Los antropónimos que contienen los grafitos de Mogador reflejan fielmente este origen plural de quienes se trasladaron a los lejanos confines occidentales (López Pardo y Mederos 2008: 309-311).

Es posible dudar de la utilidad de estas reflexiones para tratar el problema de los fondos de cabaña, pero espero que el lector vea imprescindible esta larga introducción cuando llegue al final de mi trabajo. De hecho, resulta una empresa hartamente difícil entender por qué las distintas explicaciones del mundo tartésico son incompatibles y casi excluyentes. Si me he parado más en una de ellas -Tartessos fue básicamente Oriente en Occidente- es por ser la menos conocida y por representar una alternativa global al mundo híbrido defendido por la archiconocida corriente mayoritaria. Vuelvo a repetir que esta versión clásica es la dominante en el mundo académico y fuera de él, pero no la defendida en estas líneas. He ofrecido otra visión para resaltar que la comúnmente aceptada ha llegado a convertirse en un axioma con el que explicar cualquier rincón de la arqueología tartésica. Además, quiero insistir en la idea de que, como tal axioma, en multitud de ocasiones se asume de forma acrítica hasta impedir que se abran paso otras posibilidades, simplemente por considerarlas innecesarias.

El Carambolo, o el arquetipo caído

Desde la interpretación de Tartessos como producto de la hibridación fenicios-indígenas, representó siempre una necesidad perentoria dotar a las poblaciones autóctonas del suroeste ibérico, de cuya existencia nadie dudaba -otro axioma-, de una serie de rasgos arqueológicos distintos de los que se atribuían a los fenicios. Hasta mediados del siglo XX se conocían los materiales conseguidos por J. Bonsor en algunos yacimientos del Guadalquivir inferior, a los que se sumaban las armas localizadas al dragar la Ría de Huelva. Más por el predominio del Historicismo Cultural que por contar con hallazgos evidentes, de forma algo intuitiva a los fenicios hispanos se les atribuía el uso exclusivo

de construcciones de muros rectos con esquinas en 90°. De hecho, así eran los edificios de Cartago. No se esperaba algo distinto en gente tan avanzada y procedente de donde había nacido la civilización. Por contraste con esta asignación arquitectónica, cualquier obra de contornos curvos tenía muchas posibilidades de ser atribuida a la aceptada población local, porque las estructuras circulares u ovales se empleaban en la zona al menos desde el Calcolítico. La mente de los investigadores estaba preparada para no resistirse a tal presupuesto, y la oportunidad para demostrarlo se presentó en 1958.

A pesar del papel pionero de J. Bonsor a la hora de excavar yacimientos tartésicos, este año se considera el de la revelación arqueológica de Tartessos. Entonces se produjo el hallazgo casual del tesoro del Carambolo, al que siguió la inmediata excavación del sitio por parte de J. de M. Carriazo (1970). Estos hechos pasan por ser el hito que dotó de cuerpo material a Tartessos, cuyo conocimiento anterior se había emprendido en gran medida sólo mediante el análisis histórico de la información escrita legada por la Antigüedad grecolatina. En lo que concierne a los fondos de cabaña tartésicos, esta afirmación puede darse por correcta, si bien el término “fondo de cabaña” para referirse a unidades estratigráficas negativas supuestamente usadas como casas se empleaba ya en el estudio de fases prehistóricas precedentes. Según lo conocido entonces y la interpretación que se le daba al registro, se sostenía que las viviendas indígenas estaban dotadas de una parte semisubterránea y de otra aérea, y que la segunda consistía en paredes y techumbre de elementos vegetales, hoy lógicamente desaparecidas. Dichas construcciones seguirían un modelo constatado por la etnografía y que internacionalmente solemos conocer en la actualidad también con el término anglosajón *pithouse* (Suárez y Márquez 2014: 199).

Al aparecer el conjunto de joyas del Carambolo, Carriazo solicitó la ayuda del profesor Maluquer, entonces en la Universidad de Salamanca, para interpretar el hallazgo y su contexto, quien aceptó la invitación y participó unos días en los trabajos de campo. La excavación se centraba entonces en la parte denominada Carambolo Alto, pues el Poblado Bajo estaba por descubrir. Maluquer pudo estudiar la estratigrafía arqueológica conservada en aquel sector, y facilitó a Carriazo la interpretación que éste usó en sus posteriores publicaciones sobre el yacimiento. Las anotaciones y dibujos del profesor catalán formaron parte de su *Caderno de apontamentos* (Maluquer de Motes 1992). Sus comentarios recogen dos veces la voz “vivienda” para el sitio exacto donde se encontró el tesoro, sin ofrecer detalles sobre la forma de dicha estructura ni argumentos para sostener tal función. Esas razones tampoco las explicitó en el artículo de *Zephyrus* donde primero dio a conocer los hallazgos, si bien añadía en él la referencia a un

“poblado” (Maluquer de Motes 1958: 203). Por tanto, es posible que estos términos se hubiesen empleado por el equipo de trabajo como punto de partida para interpretar los datos. Ese grupo de especialistas incluía a F. Collantes de Terán (Maluquer de Motes 1958: 203; 1992: 2), quien pudo influir precisamente en el empleo de la expresión “fondo de cabaña”. De hecho, Collantes intervenía de forma más directa que Carriazo en las actuaciones arqueológicas de urgencia de la entonces llamada *Delegación de Zona del Servicio Nacional de Excavaciones*, trabajando con frecuencia en yacimientos del Bajo Guadalquivir con abundantes estructuras negativas similares a la detectada aquellos días en el Carambolo. A pesar de lo cual, el propio Carriazo llegó a manifestar algunas dudas sobre esta interpretación, ya que, avisado por la ceniza y los carbonillos procedentes de algunos estratos (Figura 1), recogió la posibilidad de estar ante una pira funeraria (Carriazo 1970: 58-59; 1973: 233-234).

De estas dos hipótesis, sólo la primera se abrió paso durante bastantes años, a lo que pudo contribuir que el mismo Maluquer no se mostrara contrario a ella. No obstante, dos décadas después de los primeros hallazgos el profesor Blanco Freijeiro avanzó la idea de que la estructura oval detectada constituyera un humilde santuario, inspirándose para ello en paralelos griegos de los periodos Geométrico y Orientalizante, cuando los templos “sólo por la singularidad de los ajuares se distinguían de las casas” (Blanco 1979: 95-96). A pesar del éxito que conoció la interpretación como fondo de cabaña de esa estructura negativa del Carambolo, su aceptación como espacio de habitación fue decayendo entre algunos autores, o al menos se empleó como simple sustituto de Carambolo Alto, mientras otros investigadores siguieron al pie de la letra esa interpretación, por ejemplo M. Almagro-Gorbea (1977: 140-141) y M.E. Aubet (1992: 33-34; 1992-93: 331-332), o sus respectivos discípulos M. Torres (2002: 273 ss.) y A. Delgado (2005: 587-591). Para D. Ruiz Mata y R. González Rodríguez (1994: 210 y 225) esas viviendas semiexcavadas en el subsuelo serían herederas de la norma constructiva más común en la Edad del Cobre local, una propuesta que recordaba de alguna forma la calificación como “Arquitectura tartesia” con que M. Gómez Moreno (1905) se refirió a algunos megalitos andaluces. Al contrario que los autores actuales recién citados, J.M. Blázquez (1995: 115) asumió la propuesta de A. Blanco, reconociendo que en aquel cabezo se habría venerado a la diosa Astarté, y que las joyas habrían intervenido en la liturgia destinada a su culto. A esto pudieron contribuir dos trabajos donde Blanco (1968: 26; 1979: 98) aclaraba que precisamente la figurilla sedente de esta divinidad conservada en el Museo Arqueológico de Sevilla se había encontrado también en el Carambolo. Aunque estas dos visiones del yacimiento eran opuestas, durante toda la segunda mitad del siglo XX la opinión mayoritaria siguió

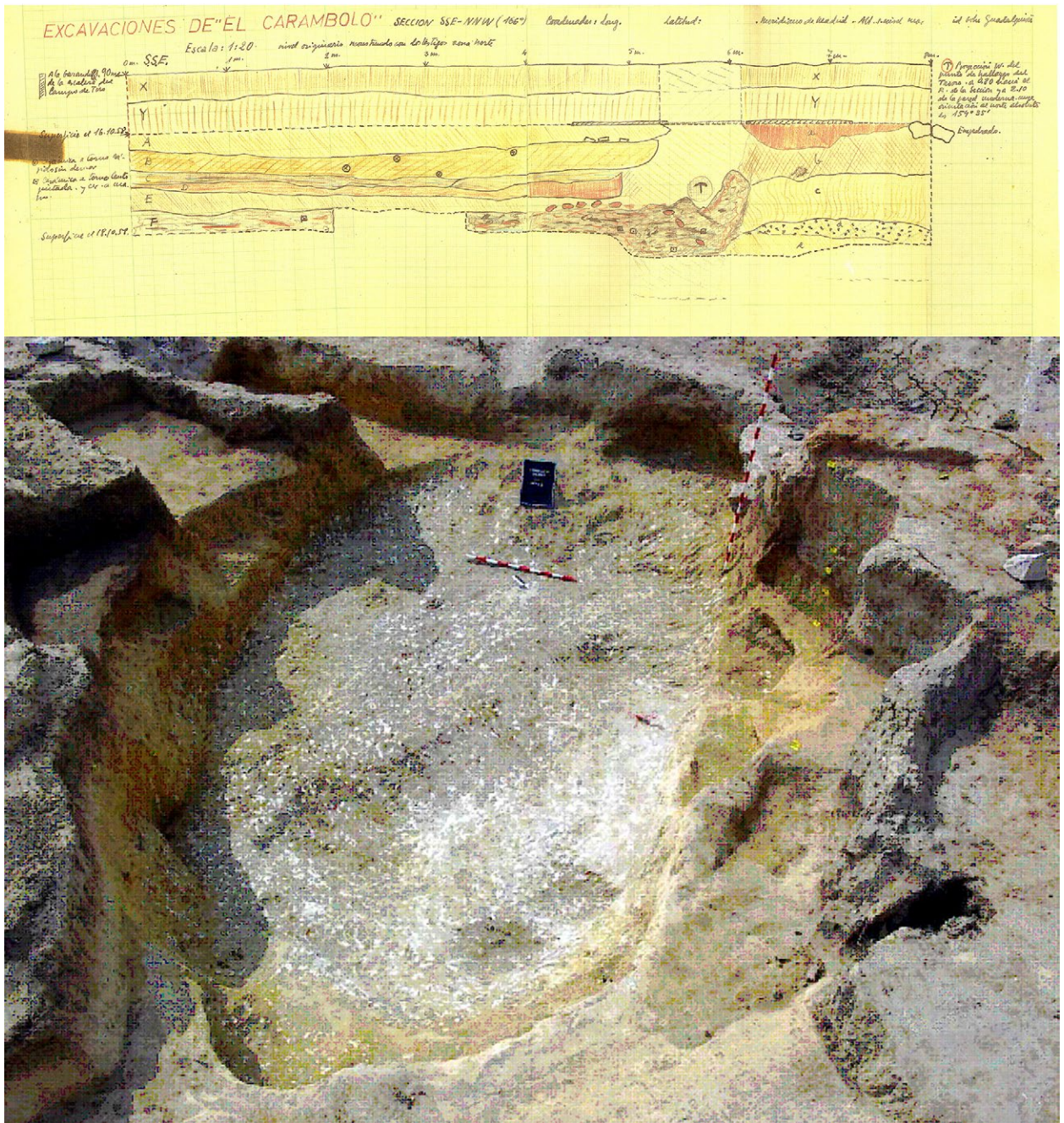


Figura 1. “Fondo de cabaña” del Carambolo. Arriba, dibujo de la estratigrafía obtenida en 1958, según el *Caderno de apontamentos* de Maluquer (1992). En la parte inferior, la estructura una vez vaciada en las excavaciones de comienzos del siglo XXI.

defendiendo la interpretación de aquella oscuridad como fondo de cabaña, y que tal vivienda pertenecía a un asentamiento autóctono de origen precolonial que, avanzada su vida, recibió productos fenicios. Es más, la gente autóctona que residía en aquel poblado de la cornisa oriental del Aljarafe habría sido la protagonista principal de la fundación de Sevilla junto a la llanura aluvial del Guadalquivir (Pellicer 1996: 92). Esta posición se vio reforzada por algunas fechas radiocarbónicas que se consideraban entonces anteriores a la presencia cananea (Castro *et al.* 1996: 198). Aun así, una relectura

de algunos materiales obtenidos en las excavaciones de Carriazo, y sobre todo un cambio de paradigma en la interpretación de los datos, nos permitió a M. Belén y a mí mismo defender que aquel sitio fue básicamente un santuario fenicio, alrededor del cual habrían surgido otras construcciones supeditadas a esa función religiosa. Nuestra idea defendía que el Carambolo no había sido una ciudad con su templo, sino un templo con su ciudad (Belén y Escacena 1997: 113). Ahora, el fondo de cabaña se convertía en un pozo destinado a albergar los restos de las ofrendas y de los ajueres empleados en los sacrificios.

Con lo conocido antes de las últimas intervenciones, tal hipótesis tuvo que ubicar el edificio de culto en el Carambolo Bajo, pues un informe geotécnico reconocía la práctica inexistencia de restos antiguos en la corona del cerro¹. Pero en la nueva explicación global del sitio encajaba bien la relectura de otros aspectos puntuales, algunos de los cuales reconocían el carácter religioso de ciertos hallazgos (Izquierdo y Escacena 1998; Amores y Escacena 2003). Todo ello preparó el camino para que algunos investigadores recibiéramos sin grandes sorpresas, a pesar de su espectacularidad, los hallazgos de las campañas llevadas a cabo entre 2002 y 2005, que validaron la nueva hipótesis (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007). Además, demostraron que la construcción de ese complejo sacro se llevó a cabo a mediados del siglo IX a.C. y sobre un promontorio entonces despoblado, existiendo un significativo hiato entre el primer templo fenicio y los restos prehistóricos precedentes. Respecto al famoso fondo de cabaña, las excavaciones de 2002-2005 consiguieron vaciarlo por completo y caracterizar con meticulosidad sus márgenes, su microtopografía interna y los rasgos de las unidades estratigráficas que lo colmataron, además de poderlo situar en la secuencia cronológica del sitio. Estos detalles han permitido definirlo efectivamente como un basurero al que se destinaban los restos procedentes de los rituales celebrados en el lugar; pero también han logrado precisar que la estructura cortaba muros de adobes del propio santuario, con lo que en ningún caso se trataba de una obra preferencia. Los trabajos que el personal de aquel templo realizó en su día para abrir dicha fosa y ponerla en funcionamiento no se esmeraron a la hora de perfilar sus límites de forma regular o hacer horizontal su fondo, condiciones necesarias para la interpretación como vivienda. Por otra parte, su relleno paulatino también carecía de regularidad, y se había llevado a cabo desde diversos puntos de la periferia exterior, demostrando que el hoyo carecía de paredes. Todos estos rasgos han hecho que tan renombrado agujero sólo perviva como fondo de cabaña en quienes aún no quieren reconocer las nuevas evidencias arqueológicas que ha proporcionado el yacimiento. Es más, toda esta trayectoria investigadora no ha hecho mella en algunos especialistas dedicados intensamente a la protohistoria meridional ibérica, pues aún pervive la idea de Blanco Freijeiro de que la estructura donde se ocultó el tesoro fue “un templo cabaña” del Bronce Final (Ruiz Mata 2022: 156).

Primer asalto al tema: debilidades de la hipótesis clásica

Cuando se excavó y publicó el enclave arqueológico de San Bartolomé, en Almonte (Huelva), estaba en pleno

auge la interpretación como fondos de cabaña de muchas estructuras negativas localizadas en yacimientos de Andalucía occidental, no sólo para sitios protohistóricos sino también para otros más antiguos, por ejemplo para los correspondientes a la Edad del Cobre. En Valencina por ejemplo, uno de los mayores conjuntos megalíticos de Andalucía occidental, cualquier oquedad que no tuviera aspecto y tamaño de silo se solía calificar como cabaña semisubterránea, suponiendo que la parte aérea contaría con la correspondiente techumbre vegetal a pesar de que estaban ausentes casi siempre las huellas de postes que debían haberla soportado. Precisamente en Valencina había intervenido frecuentemente el profesor Ruiz Mata, que también actuó en San Bartolomé de Almonte y que era buen conocedor de ese supuesto tipo de vivienda. Resulta muy verosímil sospechar que, de su experiencia excavadora en ambos yacimientos y de las cronologías de éstos, defendiera con una discípula suya la idea de que se trataba realmente de cabañas, añadiendo que las de época tartésica eran una evolución sin apenas cambios morfológicos y funcionales de las calcolíticas (Ruiz Mata y González Rodríguez 1994). De esta forma, la numerosa presencia de estas unidades estratigráficas negativas que caracteriza al enclave de San Bartolomé contribuyó a reforzar la idea de estar ante viviendas genuinas, y a que muchos asentamientos preferenciales de la zona se definieran como poblados abiertos sin diseño claramente urbano (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986). Estos rasgos encajaban bien en la explicación de Tartessos más querida entonces, que defendía una mezcla cultural profunda entre lo occidental y lo oriental, fruto de la cual habría sido el Periodo Orientalizante.

Esta interpretación clásica no dejó solucionados algunos problemas que el registro arqueológico mostraba para sostenerla, y que ahora necesitan su correspondiente análisis. Por una parte, el tamaño y la forma de esos hoyos muestran una diversidad especialmente problemática para considerarlos verdaderas chozas. Muchos de ellos no tienen formas circulares ni ovales, que son los tipos de plantas que conocemos en las estructuras de muros curvos y base de mampostería de cuya función como unidades de habitación no tenemos dudas. Son redondas por ejemplo las casas de *Acinipo* (Aguayo *et al.* 1986) y la que el propio Ruiz Mata había excavado en Córdoba (Luzón y Ruiz Mata 1973: 10), y ovalada la de Montemolín entre otras (Chaves y de la Bandera 1991). Por el contrario, los considerados fondos de cabaña exhiben a veces plantas bastante irregulares, con contornos sinuosos de difícil explicación para la hipótesis tradicional. Otras veces son tan pequeños que la calificación como tales viviendas parece la solución acrítica de quienes se dejan guiar por axiomas que resultan adaptativos en el aquí y el ahora por ser los aceptados en ambientes académicos, aunque estén fuera de toda lógica.

¹ Trabajo realizado por la empresa Terra Nova LTd. por encargo de la Delegación Provincial de Sevilla de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

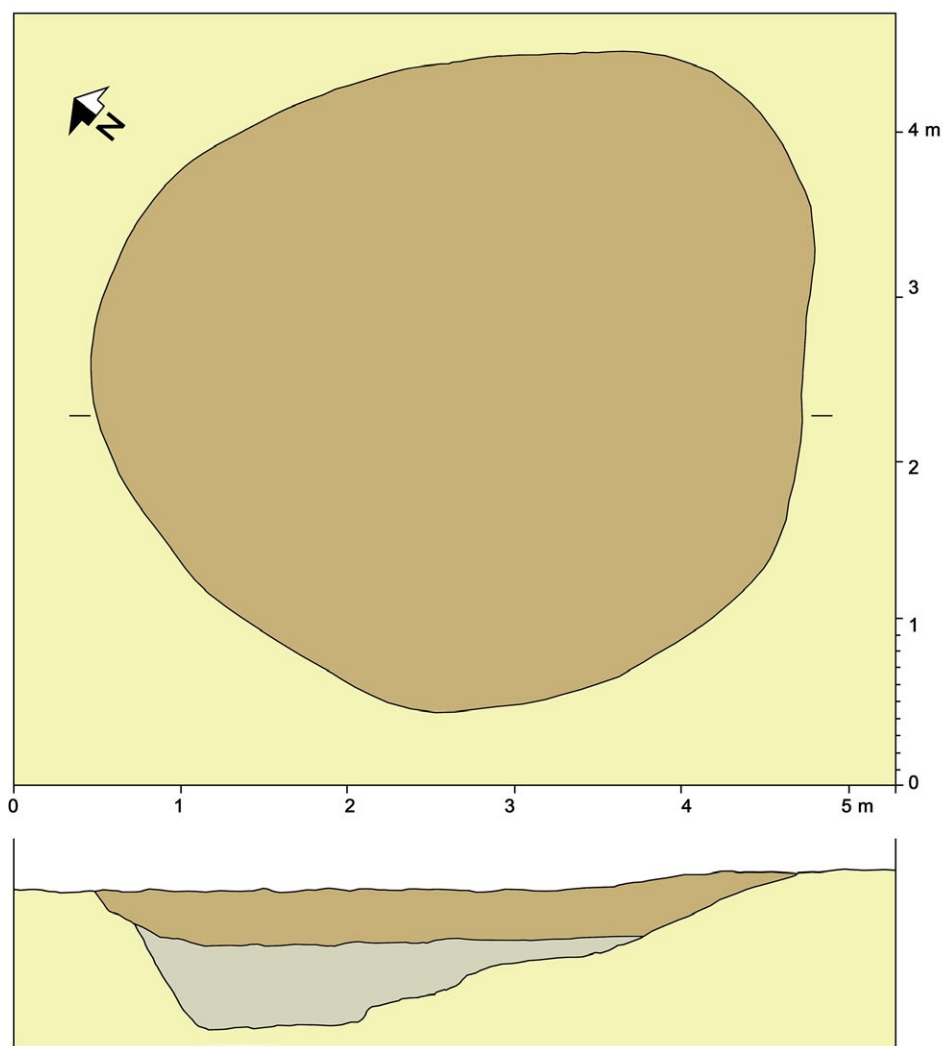


Figura 2. Estructura circular de El Trobal (Jerez de la Frontera), interpretada como fondo de cabaña. Coloreada digitalmente a partir del dibujo publicado por Ruiz Mata y González Rodríguez (1994: 233).

Como he adelantado, las hipotéticas cabañas de San Bartolomé, pero también cuantos fondos han aparecido en el mediodía ibérico, suelen carecer de agujeros donde estuvieran clavados los maderos necesarios para sostener la techumbre (Figura 2). Es cierto que hoyuelos de ese tipo se han documentado en algunas de esas estructuras, por ejemplo en la periferia de una fosa alargada de La Rebanadilla (Arancibia *et al.* 2011: 132), pero en éste y en otros casos parece tratarse de postes que sólo se colocaron en una parte del perímetro de la oquedad, y no en todo su contorno como cabría esperar. De ahí que este hecho pueda encajar en la explicación alternativa que más adelante expondré. Con esta ausencia de pequeños agujeros periféricos topé yo mismo al excavar en 1994 una estructura circular de este tipo en La Puebla del Río. Pero la interpretación entonces de moda consiguió vencerme y que la catalogara como fondo de cabaña. Por tanto, así di a conocer el hallazgo en la primera publicación

del mismo (Escacena y Henares 1994). No percibí una clave importante que podría invalidar su función de vivienda, como son los rasgos y distribución de los hogares internos. Por otra parte, esos límites rara vez constituyen paredes verticales, que es el rasgo que caracteriza precisamente a las casas-pozo según el registro etnográfico y que facilita la vida en su interior (Figura 3).

En San Bartolomé de Almonte y en otros muchos enclaves que cuentan con este tipo de construcciones negativas se han registrado hogares en su interior. Se trata por lo común de manchas de carbón y ceniza superpuestas directamente a niveles de uso del espacio acotado por la fosa, sea en el suelo más profundo de ésta o sobre estratos que fueron colmatándolas con el tiempo. Estos fogones pueden recordar a las estufas detectadas en las construcciones circulares u ovals levantadas sobre cimientos-zócalos de mampostería



Figura 3. La Albina (La Puebla del Río, Sevilla). “Fondo de cabaña” parcialmente destruido en 1994 por unas obras municipales. Presenta la imagen típica de estas cubetas semisubterráneas interpretadas tradicionalmente como viviendas del Bronce Final.

pétreo, que sí podemos calificar de verdaderas unidades de habitación por estar dotadas de puertas y de suelos horizontales pavimentados con tierra apisonada, muchas veces de color rojo. No obstante, los fondos de los llamados fondos de cabaña muestran una gran diferencia respecto a estos otros, pues suelen carecer de una moldura de barro que los contornee. Esto es una característica que casi nunca olvidan las estufas, a la que se añade el hecho de que, a diferencia de aquéllos, éstas están casi siempre centralizadas. Si los fondos eran la infraestructura semisubterránea de chozas con alzados aéreos de materia vegetal, se habría tenido especial precaución a la hora de ubicar correctamente el fuego, alejándolo del contorno. Sin embargo, el registro arqueológico ha constatado su distribución aleatoria por diversos sectores del espacio interno, ocupando a veces puntos muy cercanos a las hipotéticas paredes. Esto demuestra que no había temor alguno a un incendio porque eran estructuras que no disponían de paredes, es decir, eran fosas al aire libre carentes de cubierta alguna.

En La Albina (Escacena *et al.* 2010), en Peñalosa (García Sanz y Fernández Jurado 2000), en el Jardín de Alá (Hunt

y García Rivero 2017: 71-72) y en San Bartolomé, así como en muchos otros sitios de Andalucía occidental relacionados con áreas mineras, se refinó plata antes de ponerla en los puertos de salida hacia Oriente. Esa actividad dejaba residuos evidentes, toberas y crisoles entre ellos. A dichos útiles siempre acompañan numerosos elementos tubulares de diseño fusiforme, fabricados en cerámica a mano, que cuentan con múltiples perforaciones. Estos utensilios se denominaron inicialmente coladores, y sus variedades quedaron bien definidas hace cuatro décadas gracias a su abundancia en San Bartolomé (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986: 253-274). Sin embargo, análisis arqueométricos posteriores llevados a cabo en los procedentes de La Albina detectaron una importante presencia de fósforo, lo que sugiere su posible uso como sopletes destinados a elevar la temperatura en el proceso de fundición de la plata. Eso explica que aparezcan muchas veces estallados y muy erosionados por el calor, mucho más que el resto de la cerámica (Escacena *et al.* 2010: 43-45). Esta actividad conllevaba el uso de plomo para copelar la plata, con el correspondiente perjuicio para la salud de quienes llevaran a cabo la tarea. Sorprende mucho, en consecuencia, que dicho trabajo se realizara

en el interior de simples viviendas, ya que éstas constituían espacios cerrados. Quienes se exponían a los gases emanados durante el proceso podían contraer saturnismo. De ahí que los sitios donde se realizaba este proceso de refinado fueran en realidad pequeños polígonos industriales relativamente alejados de los núcleos urbanos. Extraña por tanto que los excavadores de San Bartolomé no cayeran en este problema a la hora de interpretar sus fondos como viviendas, sobre todo porque eran conscientes de este hecho (Fernández Jurado 1988-89: 207-209); lo cual sólo se explica de nuevo por el peso del axioma que catalogaba como cabañas todos estos hoyos. Insistiré más adelante en estas cuestiones porque la especialización de algunos sitios en dichas tareas metalúrgicas proporciona un modelo dual de enclaves (permanentes/efímeros) que soluciona tales problemas de contaminación.

Hoy conocemos muchas construcciones de perfiles curvos de cuya función como viviendas tenemos pocas dudas. Pero se trata siempre de estructuras que cuentan con rasgos bastantes distintos de los que exhiben los hoyos dados por fondos de cabañas. Por lo pronto, disponen de plantas muy regulares, sean circulares u ovals. Sus suelos están siempre al mismo nivel que el exterior, o incluso a una cota algo más elevada. Esto evita que penetre en su interior el agua de lluvia, problema que han olvidado quienes propugnan la función como verdaderas casas de los fondos. A estas chozas innegables se accedía por puertas que suelen detectarse muy bien, ya que sus jambas cortan el zócalo de mampostería con acusada verticalidad. Y a ese vano de entrada precede en muchos casos un porche trapezoidal pavimentado también con pequeñas piedras o con trozos de vasijas rotas. Se desconoce si este pequeño nártex era un espacio cubierto o a la intemperie, pero sí se sabe que funcionaba como esterilla que evitaba el encharcamiento de la entrada y que se penetrara en la vivienda con los pies embarrados. Esta preocupación por la limpieza contrasta enormemente con los fondos, en los que no suelen encontrarse ni escalones ni rampas de acceso, con lo que nunca puede detectarse la puerta. Para evitar la suciedad interior, las cabañas con cimientos-zócalos de piedra se barrían con cierta frecuencia, cuestión que también señalaron Suárez y Márquez (2014: 206). De lo contrario, carecía de sentido dotarlas de finos pavimentos de tierra depurada y bien compactada, e igualmente colocar un hogar central permanente fabricado con barro muy plástico de paredes realzadas que evitaban la dispersión de la ceniza. Este mantenimiento evitaba acumulaciones estratigráficas involuntarias en el espacio interno, un rasgo contrario por completo a lo constatado en los fondos, siempre rellenos de sedimentos con abundante basura. De hecho, en las casas redondas con cimientos-zócalos de mampostería sólo se acumulaban detritos, y de manera intencionada, cuando quería recrecerse el nivel de uso para colocar un nuevo suelo de tierra

batida. Por tanto, el contenido arqueológico de estas camas que sostenían el nuevo pavimento no refleja necesariamente la vida interior de la vivienda, porque se elaboraban con tierra traída de la calle o de cualquier otra parte. En cambio, las unidades estratigráficas que rellenan los fondos sí son la huella de su función, simplemente porque de ellos no se retiraban los detritos acumulados; podía construirse otro hoyo una vez colmatado el que se estaba usando. Esta conclusión sobre el contenido de dichas estructuras tiene que ver indudablemente con la cuestión metodológica que se ha llamado a veces la *premisa Pompeya*, un problema que afecta a la caracterización del registro arqueológico como primario o secundario según la valoración del mismo hecha por quien lo interpreta (Jiménez 2007: 476). Las características de este proceso de saturación sedimentaria originaron en muchos fondos unas secuencias estratigráficas especialmente complejas, con zanjas y hoyos que seccionan depósitos anteriores o a veces con pendientes completamente ilógicas si se pretenden leer como casas.

Una barrera a superar: el problema cronológico

Para la interpretación de Tartessos como hibridación entre Occidente y Oriente, la cerámica a mano es el dato al que primero acuden sus defensores a la hora de intentar rebatir el paradigma del Tartessos fenicio. En realidad, más que del primer dato puede hablarse del único, ya que casi todos los demás componentes de la cultura tartésica supuestamente mixta pueden explicarse por los rasgos del mundo cananeo del I milenio a.C., excepción hecha de las estelas de guerrero y de la costumbre de arrojar armas a los ríos. Esto afecta especialmente al campo de la conducta religiosa, que supone el ámbito donde mejor queda reflejada la identidad étnica. Desde la tesis del Tartessos mixto, los fenicios de la Península Ibérica habrían usado mayoritariamente cerámica elaborada a torno, siendo la fabricada a mano propia del mundo indígena. Esta división conduce a situaciones bastante paradójicas. De hecho, si se aplica al Carambolo por ejemplo, resultaría que al santuario del siglo IX a.C. habría acudido principalmente población autóctona, mientras que durante el final de la vida del templo los fieles habrían sido básicamente fenicios, aunque fueran fenicios criollos hispanos; todo ello sin que cambiaran por supuesto los cultos allí practicados. Pero en el estudio de Tartessos la cerámica a mano no ha sido utilizada sólo como marcador de etnicidad, sino también como indicador temporal. De esta forma, muchas de las estructuras semisubterráneas que ahora nos interesan han sido datadas en momentos precoloniales si carecen de cerámica a torno. Por el contrario, la aparición de vasos torneados de tipología fenicia en algunas otras indicaría que la colonización cananea estaba ya presente. Ante las imprecisiones que para esta época suelen mostrar las cronologías radiocarbónicas, este

método podemos aceptarlo inicialmente como buen procedimiento de datación. Sin embargo, su validez decae drásticamente cuando se constata innumerables veces que los fondos con cerámica a torno fenicia cuentan con el mismo repertorio de vasos a mano que los que carecen de ella. Es decir, la cerámica a mano es de la misma clase y cuenta con las mismas decoraciones vaya o no acompañada de materiales fenicios. Se trata de una prueba tantas veces cumplida, que parece ley más que tendencia. En cualquier caso, la atribución de estas fosas al Bronce Final no ha implicado siempre su asignación a tiempos precoloniales, porque muchos autores han entendido por Bronce Final la ausencia de ítems claramente orientales más que una fecha anterior a la presencia fenicia. Este concepto se ha asociado por tanto al simple registro de cerámica a mano, y explica que en San Bartolomé de Almonte se atribuyeran muchas estructuras al Bronce Final a la vez que se databa explícitamente todo el yacimiento en los siglos VIII y VII a.C. (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986: 24).

Desde mediados del siglo XX al menos, casi todos los estudiosos de la cultura tartésica han sostenido que los indígenas -se da por supuesto que existían- habrían recibido una importante influencia de los fenicios. Las estelas de guerrero reflejarían ya esos influjos orientales, ejercidos incluso con anterioridad a la presencia de Tiro en Iberia; porque algunos elementos que las caracterizan estarían inspirados en tradiciones chipriotas y siropalestinas llevadas por la precolonización que preparó el desembarco cananeo posterior. Para esta perspectiva, la orientalización de Tartessos llegaría a su máximo en los siglos VII y VI a.C., basada en una gran permeabilidad de la población local ante el ímpetu expansivo de las tradiciones orientales. Tal aculturación habría afectado a muchos órdenes de la vida. Sin embargo, la tecnología cerámica aborigen se resistió por lo visto a desaparecer. Si en las colonias fenicias se documentaban vasijas fabricadas sin torno, era por la presencia en ella de alguna población vernácula. Pero esta explicación olvidó que la vajilla a mano era similar en casi todas las colonias fenicias de Occidente siendo supuestamente distintos sus usuarios y fabricantes. Así, la procedente de Cádiz, del sur de Portugal, de la costa malagueña, de Extremadura y de Lixus, entre otros casos, responde a formas, decoraciones y tratamientos similares a pesar de mostrar leves matices locales. Esta situación no extrañaría si paralelamente se defendiera que la población autóctona de todas estas zonas era la misma y estaba en contacto frecuente, ya que esta homogeneidad es lo esperable cuando se cumplen estas dos condiciones. Sin embargo, lo que la segunda mitad del siglo XX asumía, en el caso por ejemplo de las relaciones marítimas, era lo contrario: que la gente no fenicia de cada uno de esos sitios tenía escasas conexiones entre sí antes de la fundación de las primeras colonias, siendo posteriormente la *Gadir* fenicia la responsable de haber

inaugurado esos estrechos contactos (Alvar 1981: 191). Desde una exégesis darwinista, lo que esas situaciones de aislamiento habrían originado es justamente una evolución diferencial del repertorio cerámico de cada territorio. En cualquier caso, la existencia de cerámica a mano en los enclaves cananeos demostraba la paralela presencia de población occidental en esos sitios, entre los que se incluían los santuarios fenicios (Blázquez 1993: 120). Para esta posición, el fósil director por el que podía detectarse población indígena era una cuestión meramente técnica: que la cerámica estuviera hecha a mano. Sorprendentemente, y a pesar de los muchos trabajos hoy existentes sobre etnicidad y arqueología que minusvaloran la validez de la tecnología para discriminar culturas distintas, en la actualidad ese método goza de muy buena salud en los estudios sobre Tartessos, sobre todo si medimos su vigor por el número de adeptos.

Si los fenicios encontraron ocupado el territorio cuando arribaron al suroeste ibérico, es posible que esas comunidades experimentaran un proceso de aculturación que afectara sobre todo a cuestiones tecnológicas, que son más permeables a influencias externas que las sociopolíticas y las religiosas, y, en general, que las cargadas de ideología. Pero en los intercambios tecnológicos fluidos se han olvidado normalmente los que pudieron afectar al mundo cananeo recién llegado, a lo que hay que sumar la deriva memética que puede producirse sin influencias ajenas cuando parte de una población se desgaja de su demos de origen y se traslada a lugares distantes desde los que no es fácil mantener lazos constantes con los lugares de salida. Este tema ha sido muy bien trabajado desde el enfoque evolucionista, y de hecho representó el laboratorio experimental que encontró Darwin en Las Galápagos.

Cuando se producen fenómenos de este tipo, la escisión no suele ser un reflejo directo y proporcional del tronco del que partió, sino una parte no siempre representativa al cien por cien de la población madre. Casi nunca el sector viajero muestra toda la diversidad que contenía el grupo progenitor. En consecuencia, en los nuevos territorios se reproducirá lo llegado, no la totalidad de lo que existía en la metrópolis. Es decir, lo que encontremos en los ámbitos coloniales será una imagen parcial de la sociedad de origen. Se trata del efecto fundador, bien conocido y aplicado por la teoría evolutiva pero casi nunca tenido en cuenta por los especialistas en Tartessos. La consecuencia es que, para aceptar desplazamientos poblacionales, muchos investigadores han exigido al registro arqueológico altísimos niveles de semejanzas entre los ámbitos de salida y de llegada, cuando esto no es lo común en tales casos. Este enfoque metodológico hace responsable al efecto fundador de múltiples derivas culturales sin necesidad de que tales

fenómenos de divergencia se deban a influjos sobre los forasteros de quienes ocuparan previamente los lugares colonizados. Existieran o no indígenas en esas nuevas patrias, la evolución se produce necesariamente, y tiene como base dos factores. Por un lado, la comunidad que emigró sólo era una parte del todo; por otro, su aislamiento en tierras lejanas fomenta unos cambios futuros distintos, ya que las presiones selectivas pueden cambiar respecto a las que existían en los lugares de origen. Desde este punto de vista las transformaciones experimentadas por las comunidades fenicias hispanas pueden considerarse una respuesta adaptativa a sus nuevas condiciones vitales, es decir, el resultado de una evolución de la conducta no producida necesariamente por el contacto con culturas diferentes a la propia. Con lo cual, la imagen arqueológica de esos grupos viajeros no puede ser la misma que obtendríamos al excavar Tiro u otras ciudades de la costa libanesa, más aún si en tales desplazamientos hacia el oeste lejano se implicaron muchos otros grupos orientales de Chipre o de Siria. Esos rasgos distintivos de las colonias, no compartidos con las respectivas metrópolis, suponen apomorfias evolutivas, es decir, caracteres derivados que se dieron sólo en la población emigrada, no en la que permaneció en los focos de origen. Y es en este terreno concreto donde puede encontrar una fácil explicación un posible uso masivo de la cerámica a mano por las comunidades coloniales desplazadas. En estos casos, y si estudiamos ese fenómeno como si de un ser vivo se tratara, un elemento cultural que estaba presente en proporciones mínimas en los territorios de salida acabó encontrando un nicho ecológico ideal para su propia hipertrofia reproductiva en el nuevo país, donde no tenía la fuerte competencia que disminuía sus posibilidades en las áreas de origen. Con esta explicación no hago más que darle coherencia teórica desde el darwinismo al caso de la extraordinaria abundancia de cerámica a mano en las fases más arcaicas de las colonias fenicias occidentales, un dato algo indigesto para quienes enfocan la cosa desde otros cuerpos teóricos. Sin percibir posiblemente que tal propuesta es del más puro corte evolutivo, algo parecido se ha defendido también para la vajilla de barniz rojo (Maass-Lindemann 2006).

Ya he señalado que la alta demografía alcanzada por la colonización cananea del mediodía ibérico no es necesariamente deudora de traslados ingentes de población levantina. Esas cotas de crecimiento pudieron deberse simplemente a su alta capacidad reproductora. Pero el simple traslado tuvo que producir en los nuevos destinos desequilibrios en la relaciones de oferta/demanda de manufacturas, incluidas aquí las pautas que regían el uso de las vasijas elaboradas a torno o a mano. A esto debemos añadir que la fundación de nuevos asentamientos no siempre debe explicarse por la intervención directa de las metrópolis del Próximo Oriente, porque también muchas colonias

del Mediterráneo central podrían haber suministrado gente con esa intención y para ese cometido. Este hecho habría supuesto un nuevo eslabón en una larga cadena de efectos fundadores que funcionaron de forma similar al fenómeno de ola en avance asumido para la expansión neolítica de la vida agropecuaria (Ammerman y Cavalli-Sforza 1973; 1984). En consecuencia, una posible escasez de especialistas que dominaran las técnicas de fabricación de la alfarería torneada, fenómeno que pudo caracterizar a los momentos más viejos de la colonización, habría ocasionado una alta demanda de los recipientes a mano, cuya elaboración se habría limitado mayoritariamente al ámbito doméstico.

Esta hipótesis resuelve varias cuestiones. Por una parte, explica por qué los porcentajes de cada una de estas dos producciones (mano/torno) muestran evoluciones similares en sitios como Cádiz y Huelva por ejemplo, el primero una colonia fenicia y el segundo un asentamiento supuestamente indígena cuya problemática fundacional se ha relacionado con la existencia posible de fondos de cabaña (Cano *et al.* 2022: 2009). E igual resultado, o muy parecido, obtendríamos en la comparación de Lixus con Carmona o de Doña Blanca con Setefilla. En segundo lugar, da cuenta de un repertorio de formas en cerámica a mano que, si se exceptúan algunos grandes vasos de almacenamiento, muestra muchas semejanzas tipológicas y métricas con la vajilla a torno claramente fenicia y con la cerámica gris. Un tercer rasgo que queda explicado es la elaboración a mano de recipientes con una alta carga simbólica de raíz oriental. Pienso ahora, por ejemplo, en los vasos à *chardon*, que imitan la flor de loto en su silueta, en su tratamiento y en su decoración -si la tienen-, y que estaban vinculados en Egipto al culto de Isis y entre los fenicios al de Astarté. En la necrópolis de Setefilla se usaron a veces como urnas cinerarias, y en este caso para mujeres en un alto porcentaje (Aubert 1995: 402). Finalmente, la presente hipótesis promueve una salida al problema del hallazgo de los mismos tipos cerámicos a mano en los fondos de cabaña que cuentan con vasos a torno y en los que no, cuestión en la que todavía cabe profundizar.

Segundo y último asalto al tema: una nueva explicación

Desde hace unos años, en diversos trabajos se ha dudado de que cualquier hoyo de la Prehistoria reciente, con tendencia redondeada y tamaño adecuado, sea realmente un fondo de cabaña. Esta sospecha se ha aplicado a diversas estructuras negativas, unas veces sin que se aclare la función que desempeñaron y en otras ocasiones proponiendo soluciones muy concretas para dar cuenta de ellas. Las investigaciones dedicadas a este tema se han centrado normalmente en los abundantes testimonios constatados para la Edad del Cobre,

precisamente por tratarse del registro más numeroso, pero también han afectado a la documentación de otras épocas. En esta línea, una voluminosa monografía y diversos artículos han tratado de aclarar el problema de su funcionalidad partiendo, entre otros rasgos, de las medidas y formas de sus plantas, de las propiedades edáficas que caracterizan a los suelos donde aparecen, de la constatación o no de huellas de postes para la techumbre y de las características físicas y químicas de las estratigrafías que las colmatan (Márquez 2001; Jiménez y Márquez 2006; Márquez y Jiménez 2010). Determinadas propuestas han hecho el esfuerzo de perfilar y concretar exactamente lo que podrían haber sido algunas de estas oquedades, defendiendo para las siliformes de la Edad del Cobre el papel de cisternas para elaborar compost. Esta hipótesis específica se ha aplicado especialmente al yacimiento de Valencina de la Concepción como alternativa a que tales hoyos fueran verdaderos almacenes de grano (Bernáldez *et al.* 2013). En ciertas regiones extratartésicas, algunas de estas fosas parecen el resultado del destoconado en zonas boscosas, quitándoles allí también la categoría de fondos de cabaña que se les había asignado tradicionalmente (Teira-Brión 2022). Comenzar este análisis por los casos prehistóricos más antiguos, que en la Península Ibérica arrancan en el IV milenio a.C. al menos, tiene su razón de ser en la necesidad de rebatir que los tartésicos derivan de los calcolíticos precedentes, como sostuvieron D. Ruiz Mata y R. González Rodríguez (1994: 210 y 225). En la actualidad, estos vínculos ancestrales con la tradición local son imposibles de mantener, pues tales estructuras curvas semisubterráneas no aparecen en Andalucía occidental a lo largo del II milenio a.C. En el Bronce Antiguo y Medio de esta región se conocen muy pocas construcciones domésticas, pero las descubiertas hasta ahora se levantaron con muros de piedra rectilíneos y carecían de la parte inferior excavada en el terreno. Así se observa, por ejemplo, en la Mesa de Setefilla (Aubert *et al.* 1983: fig. 12) y en el Berrueco de Medina Sidonia (Escacena y De Frutos 1985: 17-18), cuya arquitectura de muros rectos puede vincularse más fácilmente al mundo argárico que a la tradición doméstica de la anterior Edad del Cobre local. Eso supone una discontinuidad de un milenio entre los casos calcolíticos más tardíos y los tartésicos, lo cual cortó la cadena de transmisión cultural entre ambas fases y obliga a buscar otro origen para la serie protohistórica.

Un rasgo casi siempre presente en los fondos tartésicos es la constatación de hogares en su interior. Más arriba he señalado ya este hecho para resaltar que en estos casos no se trata de estufas permanentes dotadas de una infraestructura fija, como puede ocurrir por el contrario en las cabañas genuinas, las construidas con muros de mampostería. Como mucho, algunos

de estos fuegos se realizaron sobre plataformas de barro que podían incluir pequeñas rocas o cerámica fragmentada. En La Albina, una de esas fogatas proporcionó guijarros de cuarcita, aunque los trabajos de campo no pudieron certificar que en su día se encastraran en la base de barro, pues aparecieron quemados -y a veces rubefactados y estallados por el calor- en una mezcla de ceniza, carboncillos y huesos de animales (Figura 4). Pero lo más destacable es la ubicación de estos hogares dentro de la supuesta cabaña, que evoca el mero azar y que no responde a los caracteres generajes observados en los que aparecen bien construidos en las cabañas con cimientos-zócalos de piedra. Como también he adelantado líneas arriba, con pocas excepciones estos últimos suelen ocupar el centro de la estancia, y desde luego se perpetúan en el mismo emplazamiento durante toda la vida útil de la cabaña o incluso cuando ésta se reestructura o se sustituye por otra posterior. Aunque se trata de un caso que no se ubica en el lugar central, un ejemplo clarísimo de esa vocación de permanencia se ha detectado muy bien en el yacimiento extremeño de Cerro Borreguero, en Zalamea de la Serena. Allí, un edificio del siglo VIII a.C. de muros rectos sustituyó a una cabaña oval precedente conservando el fuego doméstico con que ya contaba la residencia anterior (Celestino y Rodríguez 2018: 178). Este deseo de perpetuidad demostraría la importancia de este elemento en la vida cotidiana y simbólica de la familia (Figura 5). Ninguna de estas dos características suele concurrir en los fuegos ocasionales de las estructuras negativas clasificadas como fondos de cabaña. Es más, si estas últimas hubiesen sido viviendas con paredes vegetales, como se sostiene, precisamente la centralidad del hogar habría sido una verdadera necesidad si se querían evitar incendios potenciales. Este peligro no habría existido si los alzados de esas supuestas casas-pozo se hubiesen levantado con tapial o con adobes; sin embargo, no es eso precisamente lo que registra la documentación arqueológica, sino una falta casi absoluta de evidencias materiales sobre esta parte aérea.

Para buscar una nueva función a los llamados fondos de cabaña conviene tener presente también que las casas circulares u ovales con base de mampostería pétreo disponían de suelos muy planos y bien apisonados, en algunos casos dotados además de pavimentos formados por finas capas de cal, de tierra roja o de ambas cosas superpuestas, siguiendo así las mismas pautas de conservación observadas en las viviendas de muros rectos coetáneas, todas ya de la Edad del Hierro. Esas estancias de pisos delicados se cuidaban y mantenían limpias mientras estaban en uso. Algunos ejemplos especialmente espaciosos cuentan incluso con divisiones internas a diferente nivel, como ocurre con uno de planta oval localizado en Montemolín,



Figura 4. La Albina. Fogón del siglo VII a.C.

en el término municipal de Marchena (Ferrer *et al.* 2022: 89-90 y 104-105)². Tampoco esto caracteriza precisamente a los fondos, en cuyo uso está ausente la limpieza y cuya colmatación sedimentaria presenta con frecuencia estratos con superficies tan irregulares que serían especialmente difíciles de habitar. Así que, a diferencia de las cabañas de muros pétreos, lo que caracteriza precisamente a éstos es la acumulación constante de residuos de la vida diaria, entre ellos restos de comida o de actividades económicas. Al sur de las áreas mineras bajoandaluzas, esas labores consisten básicamente en el refinado de la plata, cuestión que merece un análisis individualizado.

La tradición historiográfica sobre el tema de los llamados fondos de cabaña demuestra que desenvolverse entre la basura acumulada en ellos no ha sido un obstáculo para que los arqueólogos los hayan interpretado como viviendas. Y esto es precisamente

uno de los principales argumentos que aquí habría que rebatir para encontrar una nueva hipótesis. Si las casas de la misma época construidas con cimientos-zócalos de mampostería muestran todo lo contrario, y ambos tipos de casas coexistían entre la misma gente y muestran parecidos ajuars domésticos, quienes defiendan el mismo papel para los dos modelos deberían esforzarse por dar una explicación a estas dos costumbres higiénicas tan distintas. Pero esto no aparece en la literatura arqueológica sobre el tema. Y si estuviéramos ante clases sociales diferentes, ante grupos étnicos diversos o ante fechas asincrónicas, la explicación tendría que destinarse ahora a dar cuenta de la homogeneidad de elementos domésticos que caracteriza el registro de cada sitio, lo cual tampoco se ha abordado.

Todas estas cuestiones permiten sostener, en primer lugar, que la idea de que los fondos estuvieran rematados en su parte aérea por una cubierta vegetal, con resultado parecido a lo que imaginamos como una choza circular u oval, es en realidad una conjetura gratuita. En el Calcolítico meridional ibérico existieron cabañas redondas con paredes y techumbres vegetales sostenidas por vigas de madera. Se conocen por

² Esta obra se dedica fundamentalmente a las estratigrafías conseguidas en Montemolín y a sus materiales cerámicos, sin extenderse demasiado en los rasgos arquitectónicos de sus construcciones. Remito al lector a esta monografía por ser una de las últimas publicaciones sobre el yacimiento. Sus autores actualizan la asignación cronológica y cultural de algunas fases de ocupación, matizando anteriores propuestas.



Figura 5. Cerro Borreguero (Zalamea de la Serena, Badajoz). El hogar, construido en la fase de la cabaña oval inferior, se perpetúa en la casa de muros rectos que se le superpone. Foto S. Celestino y E. Rodríguez.

ejemplo en el poblado extremeño de San Blas, en Cheles (Hurtado 2004: 147), pero sus pisos interiores estaban al mismo nivel que la cota exterior; es decir, carecían de la parte excavada semisubterránea para evitar la entrada de las aguas de lluvia. Esto también se ha observado en las tartésicas. Por tanto, el primer rasgo de la nueva interpretación puede ser descartar

que las protohistóricas sean estructuras cubiertas. Y, si esta conclusión es correcta, lógicamente podemos jubilar por completo la idea de estar ante viviendas.

Si se acepta este primer eslabón de la hipótesis resulta más fácil buscar una explicación alternativa, porque la Prehistoria reciente cuenta con muchos ejemplos

de oquedades al aire libre que no eran casas pero que contienen señales de haber realizado fuegos en su interior. Precisamente la necesidad de tener controlados hogares de diverso tipo pudo aconsejar que éstos se realizaran en el interior de estructuras excavadas al aire libre, donde cualquier operación que necesitara emplear fuego podía hacerse siempre que no lloviera. En la Península Ibérica, fosas que cobijaban fogones se han detectado desde el Neolítico antiguo, por ejemplo en el yacimiento portugués de Montum de Baixe, en el Bajo Alentejo (Tavares y Soares 1987: 666, fig. 3), y más tarde se usaron para la obtención de sal a partir de la cocción de agua marina (Escacena *et al.* 1996: 109-124). He citado ya que los hipotéticos fondos de cabaña tartésicos contienen fuegos cuyos residuos no se retiraban, y de ello el mejor ejemplo es tal vez la oquedad localizada en la antigua *Conobaria* (Las Cabezas de San Juan). En este yacimiento una estructura de este tipo, con planta oval y fechada en el siglo VI a.C., se construyó en su día junto a los dos tipos de viviendas de la época: las circulares y las de muros rectos. Así que no era ninguna de estas dos modalidades de casas. Su interior apareció repleto de cenizas, de carbón y de ollas de cocina rotas, con abundancia además de huesos de animales domésticos y de caracoles. Por eso se interpretó como cocina al aire libre (Beltrán *et al.* 2007: 83). Curiosamente, los obreros que intervinieron en la excavación llamaron a este hoyo “la barbacoa” (Figura 6). Esta misma función explica diversas fosas circulares o subcirculares localizadas en la fase fundacional de Sevilla (Escacena y Tabales 2019: 73-75), que sin la experiencia de la hallada en *Conobaria* y sin plantearnos todas las dudas aquí expuestas podrían haberse interpretado, desde el axioma tradicional, como las más antiguas viviendas de la ciudad (Figura 7). Además de todos los casos prehistóricos citados, la etnografía proporciona múltiples ejemplos de la costumbre ancestral de cocinar de forma más o menos sistemática fuera de la propia vivienda. Esta conducta se ha practicado sobre todo en aquellos climas como el que prevalece en el mediodía ibérico, donde la mayor parte de los días del año está ausente la lluvia. En esas circunstancias, el patio y el corral se convierten en una prolongación esencial de la unidad doméstica, y por tanto en un espacio ideal donde preparar la comida (Limón 1988: 57).

No todas las oquedades con fogatas y basura en su interior deben ser interpretadas automáticamente como cocinas al aire libre. En su atinado artículo de 2014 ya citado, J. Suárez y J.E. Márquez usaron al menos cinco veces la voz “cubeta” para referirse a estas estructuras, una palabra que las define con notable acierto. Sin embargo, aunque sus argumentos en contra de que sean realmente *pithouses* son absolutamente convincentes, no llegaron a ofrecer de forma explícita un nombre concreto en sustitución del manido término fondo de cabaña. Es posible que esta falta de



Figura 6. Las Cabezas de San Juan (Sevilla). Estructura semisubterránea usada como cocina al aire libre.

alternativa terminológica se deba a una de las hipótesis desarrolladas al final de aquel estudio, que contemplaba funciones culturales o litúrgicas (Suárez y Márquez 2014: 220). Una idea parecida se ha sostenido también por otros autores a partir del análisis de un caso almeriense en el que se ha querido ver el registro de posibles banquetes rituales, aunque más relacionados con aspectos sociales que con cuestiones religiosas (López Castro *et al.* 2017). Pero sospecho que parte del problema radica en la escasa atención que tradicionalmente se le ha prestado a la presencia sistemática de hogares en estos sitios, siempre constatados en ellos pero rara vez tenidos en cuenta a la hora de aclarar su función y de valorarlos como registro arqueológico en posición primaria. Porque no son cenizales acumulados como basura sino huellas fehacientes de hogueras realizadas *in situ*. Así que, recogiendo entre líneas la iniciativa pionera de los colegas J. Suárez y J.E. Márquez, propongo que, al menos para las del ámbito tartésico, se invierta el orden de las iniciales de los sustantivos con que solemos designar tales estructuras negativas para pasar de FC (fondos de cabaña) a CF (cubetas de fogones). Esta interpretación implica reconocer que se trata siempre



Figura 7. Cocina al aire libre localizada en el Patio de Banderas del Real Alcázar de Sevilla. Foto M.Á. Tabales.

de construcciones sin techumbre, ubicadas fuera de las viviendas o en sus patios, y a veces incluso algo lejos de los núcleos urbanos propiamente dichos. Estos últimos casos extramuros afectarían principalmente a los sitios donde se llevaban a cabo trabajos metalúrgicos en los que se manipulaba plomo para refinar plata, ya que así se evitaba la contaminación del hábitat con gases peligrosos. Bajo este nombre genérico de cubetas de fogones, ante un nuevo hallazgo los arqueólogos deberemos proponer la función específica de cada caso concreto, que se podrá obtener justamente de la información que proporcionan los detritos documentados en su interior, porque normalmente éstos se originaron dentro de la propia oquedad y como resultado directo de las actividades que en ella se desarrollaron. En el ejemplo que suministra el caso del Carambolo Alto, que no es una fosa de este tipo porque su contorno era polilobulado y porque carecía de hogares, la literatura sagrada hebrea ofrece un nombre específico para intuir su papel en el conjunto del santuario, que la versión española de la *Biblia de Jerusalén* traduce como “vertedero de las cenizas”, un lugar puro al que se arrojaban los restos de las ofrendas quemadas en el altar y las partes de las víctimas sacrificadas para Yahvé que no habían pasado por el fuego: piel, cabeza, patas, tripas, etc. (*Levítico* 4, 11-12). Precisamente el registro paleofaunístico de esa

estructura del Carambolo ha proporcionado restos óseos que encajan bien con la información contenida en dicho texto (Bernáldez *et al.* 2010).

A diferencia de las cabañas genuinas, la acumulación de estratos en estas oquedades no se produce por relleno intencionado para recrear la cota de habitación y construir encima un nuevo pavimento. De hecho, los delgados suelos de tierra roja típicos de las verdaderas casas siempre están ausentes aquí. El relleno de los fondos se produce por la decantación irregular de la basura dejada en ellos en cada actividad y por la penetración de sedimentos procedentes del exterior, que en estas estructuras se acumula con facilidad por carecer de paredes que lo impidan y porque su interior siempre está a una cota más baja que los alrededores inmediatos. Si a estas circunstancias se añade el desinterés de sus usuarios por desalojar esos detritos -lo más rentable pudo ser abrir una nueva fosa- se comprende la complejidad que alcanzan las estratigrafías que contienen. Pocito Chico, en El Puerto de Santa María (Ruiz Gil y López Amador 2001; 2004), es un ejemplo paradigmático de estas acumulaciones incompatibles con la función de vivienda (Figura 8). Por eso otras investigaciones han apuntado su posible origen ritual (Izquierdo y Fernández Troncoso 2005: 719).

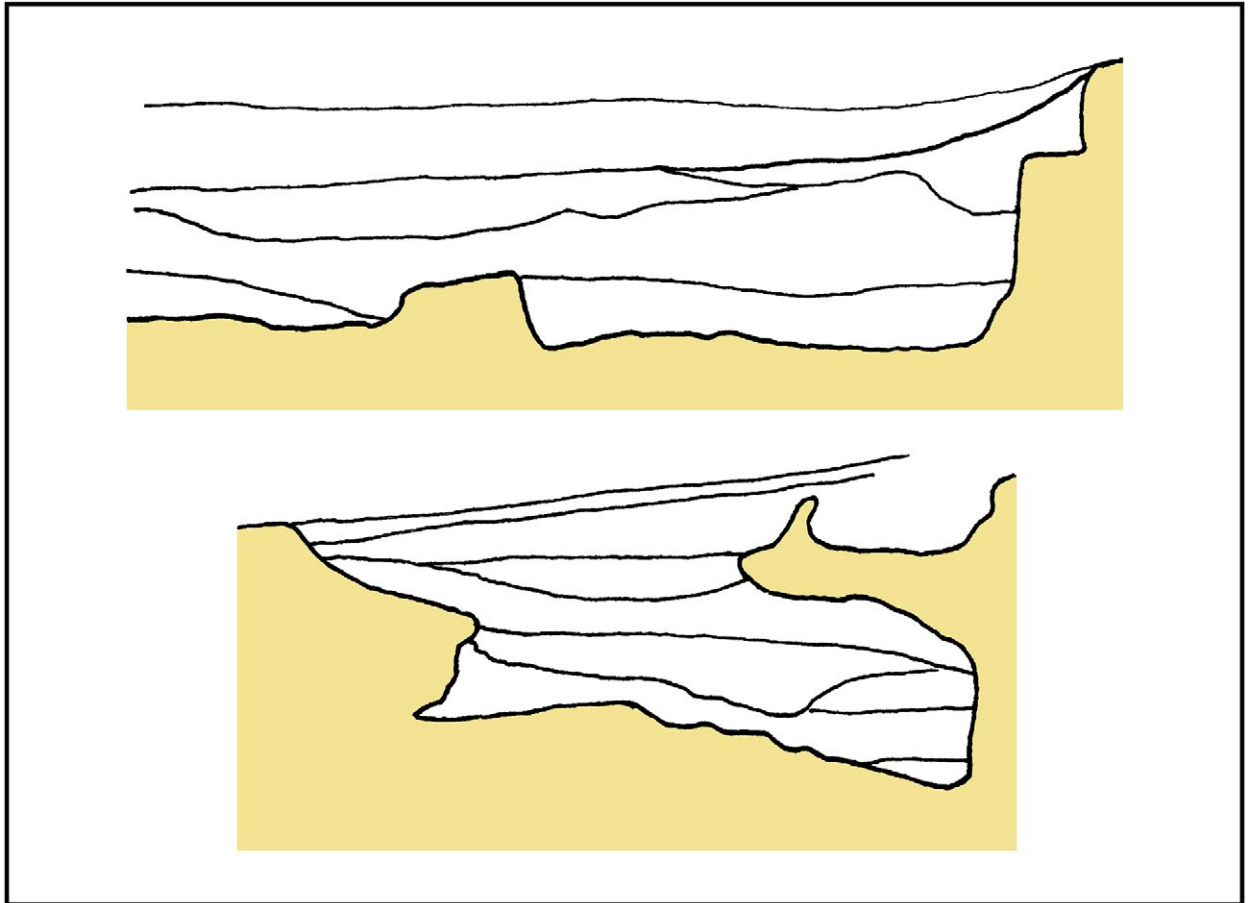


Figura 8. Estratigrafía interna de Pocito Chico, estructura interpretada por sus excavadores como fondo de cabaña. Sustrato geológico coloreado sobre del dibujo publicado por Ruiz Gil y López Amador (2001: 153, lám. 33).

Un caso singular: cubetas de fogones para usos metalúrgicos

A comienzos del I milenio a.C., al norte de Sevilla el Guadalquivir se acercaba a las pequeñas colinas donde se ubicó más tarde la *Italica* adrianea. En realidad esta ciudad había surgido mucho antes en el Cerro de la Cabeza, un poco al norte de su anfiteatro (Domínguez de la Concha *et al.* 1988). Allí nació un asentamiento casi en las mismas fechas que los demás enclaves urbanos del estuario del Guadalquivir y como consecuencia de la penetración colonial fenicia arcaica. Los materiales arqueológicos más antiguos del Cerro de la Cabeza, similares a los del santuario más viejo del Carambolo, pueden datarse hoy en la segunda mitad del siglo IX a.C., aunque sus excavadores los consideraron en su día del siglo siguiente. Tienen aspecto relativamente arcaico, pero en ningún caso remontarían a momentos precoloniales. El sitio disponía de un emplazamiento privilegiado desde el punto de vista económico, pues dominaba el acceso desde el Guadalquivir a la zona minera de Aznalcóllar, sólo a una jornada de distancia según los cálculos asumidos para los desplazamientos de la época (Ruiz-Gálvez 1992: 96). Esta pequeña

ciudad protohistórica contó desde su inauguración con una factoría cercana donde se refinó plata, situada concretamente en el enclave conocido como Jardín de Alá (Hunt y García Rivero 2017). En la ruta fluvial que, desde este punto, discurría aguas abajo del Guadalquivir, este modelo de ocupación dual, compuesto por una ciudad con su correspondiente polígono metalúrgico a las afueras, se repite en la paleodesembocadura del río, en concreto en el caso de *Caura* y el Cerro de la Albina. En ambos ejemplos el yacimiento satélite de tipo industrial cuenta con cubetas de fogones (Figura 9), extremadamente parecidas a las del asentamiento metalúrgico ya citado de San Bartolomé de Almonte; también en los dos se copeló plata procedente del foco minero de Aznalcóllar (Hunt y García Rivero 2017: 71-72; Escacena *et al.* 2010). De estas evidencias puede deducirse un patrón ocupacional del territorio local justificado por la necesidad de alejar de los núcleos urbanos unas labores peligrosas para la salud, especialmente por los gases procedentes del plomo indispensable en el proceso de refinado de la plata (Figura 10). En cualquier caso, dicho modelo se limitó, por lo que sabemos, a enclaves cercanos a la costa o a rutas de fácil salida al mar, sobre todo para eludir



Figura 9. A la izquierda, planta de tendencia circular de la estructura semisubterránea de La Albina. A la derecha, una cubeta similar excavada en el Jardín de Alá (Salteras, Sevilla), según Hunt y García Rivero (2017: fig. 10), en este caso con un vasar de barro a la derecha del pequeño testigo dejado por los excavadores. En ambos yacimientos estamos ante cubetas de fogones para refinar plata.

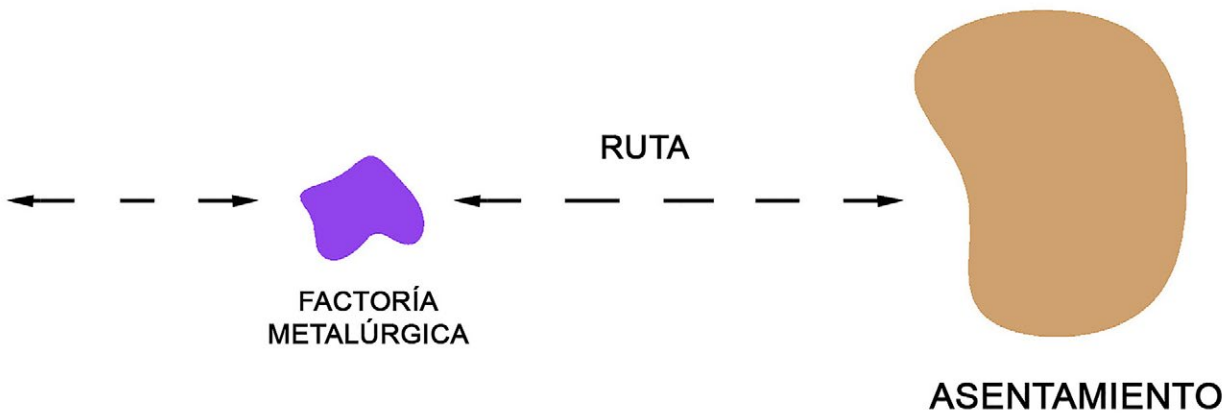


Figura 10. Patrón interpretativo de la ubicación de las refinerías de plata. La industria se coloca a cierta distancia del núcleo urbano para evitar la contaminación del hábitat.

el posible robo del metal ya procesado si tuviera que atravesar largos trayectos terrestres.

Teniendo en cuenta los estudios paleogeográficos (Arteaga *et al.* 1995; 2016; Barragán 2016; Borja *et al.* 2018), los dos yacimientos recién señalados corresponderían a puntos litorales; pero contamos ya con un tercero, situado algo más al interior, que pudo tener fácil salida a la costa antigua a través de la cuenca del Guadiamar. Se trata de los enclaves de Tejada la Vieja y Peñalosa, el primero una ciudad amurallada que surge en el siglo VIII a.C. (Fernández Jurado 1987) y el

segundo su correspondiente polígono industrial de las afueras (García Sanz y Fernández Jurado 2000).

Las distancias y características suministradas por estos tres casos de estudio podrían ampliarse a otros núcleos de las zonas mineras y/o metalúrgicas tartésicas, por ejemplo a Huelva y sus alrededores. Por su proximidad a la costa y por disponer de buenas comunicaciones con la Faja Pirítica Ibérica a través de los valles del Tinto y del Odiel, este ámbito constituye un área ideal para comprobar si el referido modelo se respeta en territorios mucho más extensos que los tratados en

este breve apartado. De todos modos, los datos iniciales parecen indicar que el patrón se limitó a la actividad metalúrgica relacionada con el refinado de la plata por el método de la copelación, obligado a fundir plomo en el proceso. Es posible que los trabajos que tenían que ver con la obtención de cobre no estuvieran implicados en esta distribución extraurbana de esas pequeñas industrias, y ello a pesar de que el arsénico, presente con frecuencia en los minerales cupríferos, supusiera también un serio peligro de envenenamiento. En este caso existía una larga tradición en todo el Mediterráneo que lograba dominar la potente volatilidad de dicho contaminante, aunque, a diferencia del cobre arsenical prehistórico, los broncees protohistóricos conocían la aleación de cobre y estaño (Rovira 1995: 52-54). Pero también podemos pensar en que dichas labores se llevaran a cabo en hornos más potentes y bien cerrados, que no es el caso de los pequeños hogares abiertos usados en la copelación. La cubeta de fogones de La Rebanadilla también puede salirse del modelo binario porque no tenía necesidad de ubicarse lejos de las viviendas. Como este taller se dedicó a trabajos siderúrgicos, no producía gases contaminantes.

Si el patrón propuesto excediera la zona muestreada en estas líneas, tendríamos la evidencia de que las poblaciones de tiempos tartésicos dedicadas a refinar

plata eran conscientes del perjuicio que esas labores suponían para la salud, y arbitraron la solución adecuada para contrarrestar el problema. Estos efectos perniciosos habrían sido especialmente importantes en las mayores concentraciones de talleres. Entre las conocidas hasta ahora, se lleva la palma el caso de San Bartolomé, que cuenta con el más nutrido grupo de cubetas de fogones excavado hasta la fecha. Sin embargo, este sitio supone un reto para la presente hipótesis, ya que no se conoce de momento ningún núcleo urbano significativo en sus cercanías. Así que, antes de buscar razones que expliquen esta singularidad, prefiero solucionar el problema pronosticando que ese enclave acabará por encontrarse. Tal predicción obedece a la idea de que los tres casos confirmados y analizados aquí son suficientes para deducir que estamos ante una pauta generalizable a todas las entidades urbanas que contaron con su correspondiente refinera de plata. Los abundantes sopletes procedentes de San Bartolomé, que, ayudados por las correspondientes toberas, se empleaban al parecer para elevar la temperatura en un punto muy focalizado bajo las copelas, indica que ese sitio fue uno de los puestos de salida más importantes de la plata tartésica (Figura 11). También explica la gran cantidad de cubetas de fogones allí localizadas. Por el contrario, en dicho yacimiento no se ha constatado ninguna choza circular u oval con basamento de mampostería, que

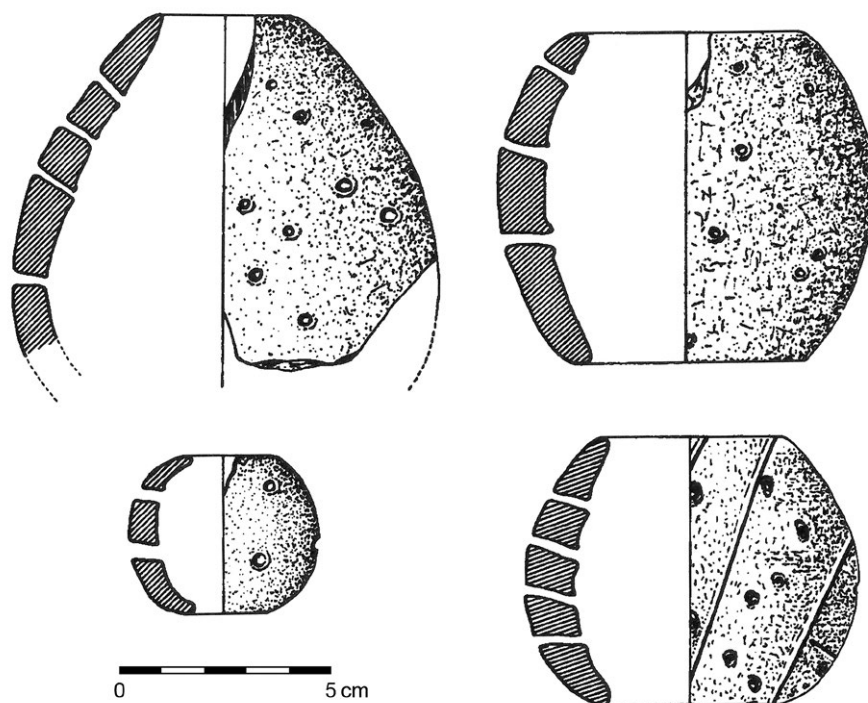


Figura 11. Imagen seleccionada de Ruiz Mata y Fernández Jurado (1986: lám. XLVII). En San Bartolomé de Almonte abundan estas piezas fusiformes de cerámica a mano con múltiples orificios. Interpretadas inicialmente como coladores, las analizadas en La Albina sugieren su uso como sopletes cargados con alguna sustancia abundante en fósforo. Estos utensilios son típicos de las cubetas de fogones destinadas a copelar plata.

aquí venimos considerando las verdaderas cabañas. Este modelo de vivienda tampoco aparece en los demás puntos recién estudiados en el presente apartado, lo que indica que no eran hábitats, ni permanentes ni temporales. Su mayor o menor distancia respecto de los núcleos urbanos que orbitaban pudo depender también de la disponibilidad de la energía necesaria, en este caso leña y/o carbón vegetal procedente de las masas boscosas cercanas, cuestión ya avanzada en su día por J. Fernández Jurado (1993: 140). En cualquier caso, esta separación nunca excede lo que una persona puede caminar en una hora de marcha. Es un dato que permite proponer que el sector de la población que trabajaba en esas industrias, posiblemente artesanos bastante especializados, residía en la ciudad cercana, trasladándose a diario a la factoría para desempeñar sus labores. Esto no impide que la referida actividad pudiera concentrarse en determinados momentos del año. Habrá que tener en cuenta dicha contingencia por si análisis futuros de los sedimentos contenidos en las cubetas pudieran ofrecer pistas sobre esta potencial estacionalidad. Este tema supone un reto aún no abordado para el que contamos ya con algunas técnicas pioneras (Sánchez Flores *et al.* 2018).

Las cabañas genuinas

En los apartados anteriores he venido contrastando los rasgos de los denominados fondos de cabaña, carentes de muros en su contorno, con las construcciones que muestran paredes sólidas de mampostería. He adelantado que ese basamento pétreo, que en los trabajos de campo podríamos identificar como una sola Unidad Estratigráfica, tiene en realidad un doble cometido, porque en casi todos los casos conocidos su mitad inferior funciona como cimiento y la superior como zócalo. Como todo este apoyo supone una obra unitaria en morfología y dimensiones, la única forma de diferenciar ambas partes es poder detectar el umbral de la puerta, que marca la cota que separa el cimiento (subterráneo) del zócalo (aéreo). En las cabañas mejor conservadas también sirve el suelo interior y el enlosado trapezoidal exterior. Este último funciona como pequeño pórtico descubierto y como alfombrilla de limpieza, unas veces pavimentado con piedras y en otras ocasiones con fragmentos de vasijas de cerámica. Esta superficie suele estar a la misma altura que el umbral y que el pavimento interior, o como mucho ligeramente por debajo de éstos. Conocemos bien este diseño gracias a las cabañas de *Acinipo* por ejemplo, pero ese modelo alcanza regiones ibéricas situadas mucho más al norte. Se han descubierto no hace mucho casas de este tipo en el yacimiento salmantino del Cerro de San Vicente (Blanco González *et al.* 2022), hecho que a mi entender demostraría la profunda penetración hacia el norte de esta modalidad de vivienda y de las comunidades humanas que la usaba.

No conviene identificar necesariamente cada una de estas chozas con una unidad familiar, ya que su pequeño tamaño y el registro etnográfico sugieren la posibilidad de que un mismo linaje contara con varias (Blanco González *et al.* 2022: 360). Pero, como la presente ponencia no está destinada al estudio de estas cabañas circulares, me limitaré ahora a señalar unos pocos rasgos que tienen que ver con algunos de los problemas aquí tratados, sobre todo por si algún día estas precisiones sirven para dilucidar si estamos o no ante diferencias étnicas al compararlas con las casas de muros rectos: su cronología, su métrica, sus técnicas edilicias y sus cubiertas. Si el lector quiere consultar estudios más exhaustivos de estas construcciones que sí podemos definir como viviendas genuinas, tiene a su disposición trabajos mucho más completos que éste, por ejemplo el de R. Izquierdo (1998) o los ya citados de M. Torres (2002: 275 ss.) y de J. Suárez y J.E. Márquez (2014).

Como más arriba indiqué, la mayor parte de quienes investigan el mundo tartésico asumen un importante poblamiento del territorio suroccidental ibérico a la llegada de los fenicios. Para ese nutrido grupo de especialistas, dicha población nativa contaría con dos tipos de casas, las chozas circulares y ovales con cimientos-zócalos de mampostería y las cabañas que disponían de infraestructuras negativas semisubterráneas, cuyas huellas más evidentes serían los denominados fondos de cabaña. Las viviendas de muros rectos las aportarían los colonos cananeos. Pero, si la hipótesis aquí defendida está en lo cierto, a los fondos habría que negarles la categoría de estructuras de habitación, cuestión asumida de momento por muy pocos autores (Suárez y Márquez 2014; López Castro *et al.* 2017). En consecuencia, para esta interpretación de Tartessos la tradición local se limitaría a las primeras, es decir, a las levantadas sobre basamentos pétreos. Desde este enfoque mayoritario aún no se han asumido las consecuencias de un importante dato: que a partir del Hierro Antiguo la anchura de esos muros sustentadores responde a patrones orientales, en concreto al denominado codo de Ezequiel (Suárez y Márquez 2014: 209). Aceptar esta conclusión debería hacernos reflexionar sobre la posibilidad de que ciertos grupos de procedencia oriental afincados tempranamente en Tartessos pudiesen pertenecer a poblaciones campesinas que usaran casas redondas en sus territorios de origen, y que dicho modelo hubiese proliferado en el suroeste ibérico por razones semejantes a las que potenciaron la fabricación y utilización de la cerámica a mano. Es decir, estaríamos ante una deriva evolutiva que tuvo su base inicial en el efecto fundador, un fenómeno muy usado por el darwinismo para explicar por qué, al analizar los movimientos migratorios, los datos observados en las regiones de origen no son exactamente iguales que los registrados

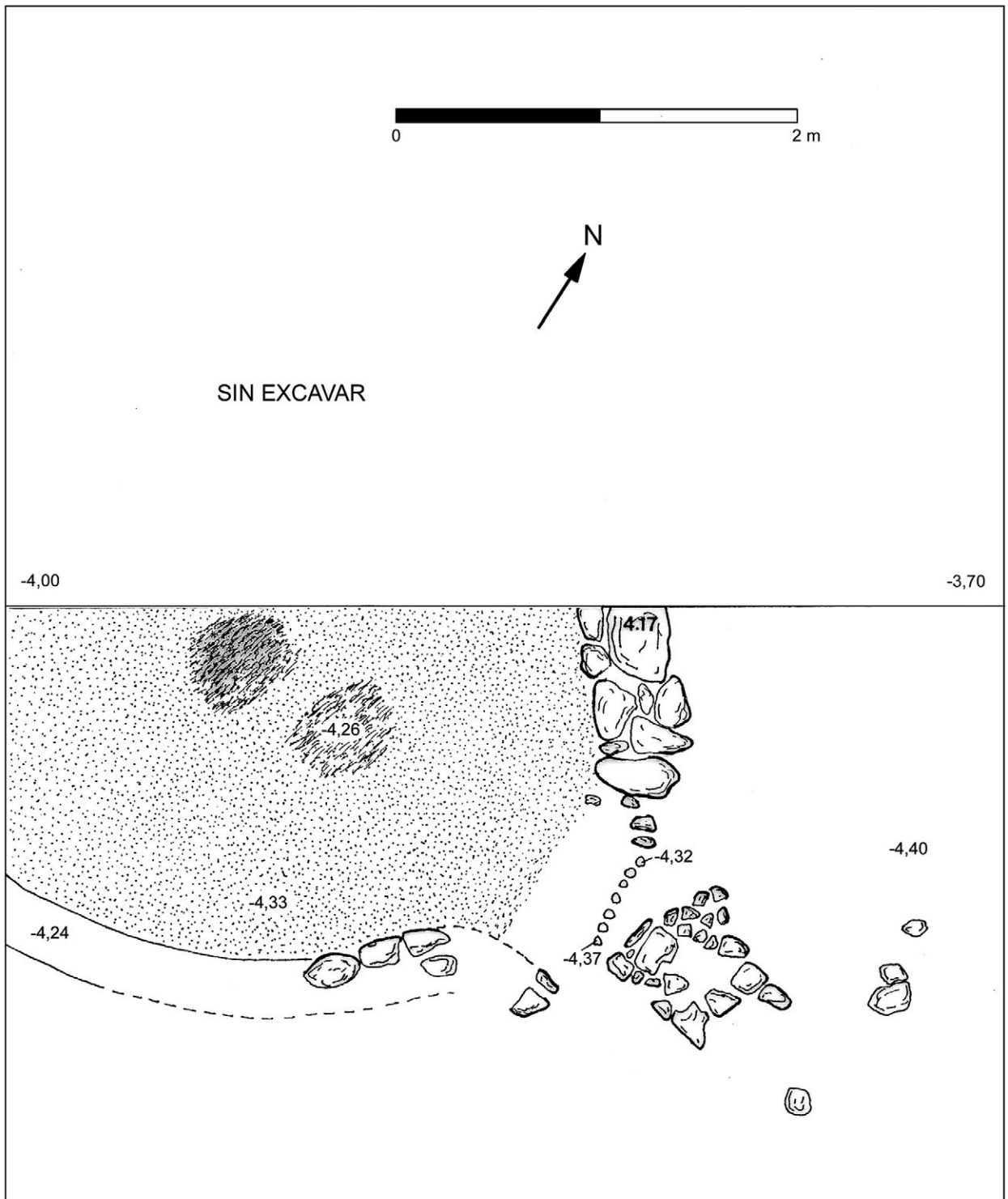


Figura 12. Cabaña de Las Cabezas de San Juan. Colocar conchas marinas en el umbral como recurso apotropaico era una costumbre típicamente oriental.

en los territorios de llegada. En estos casos, la semilla trasladada es lógicamente la que se reproducirá en las nuevas tierras ocupadas, potenciando numéricamente las características culturales concretas de ese sector emigrado frente a los cupos de representación con que tales rasgos contaban en la población madre (Boyd y

Silk 2001: 582). Además del uso del codo de Ezequiel como unidad métrica para su construcción, en apoyo de que la cabaña circular tartésica con cimiento-zócalo de piedra y porche exterior pavimentado pueda ser de origen oriental pueden citarse dos cuestiones que tienen que ver con aspectos simbólicos más que técnicos. La

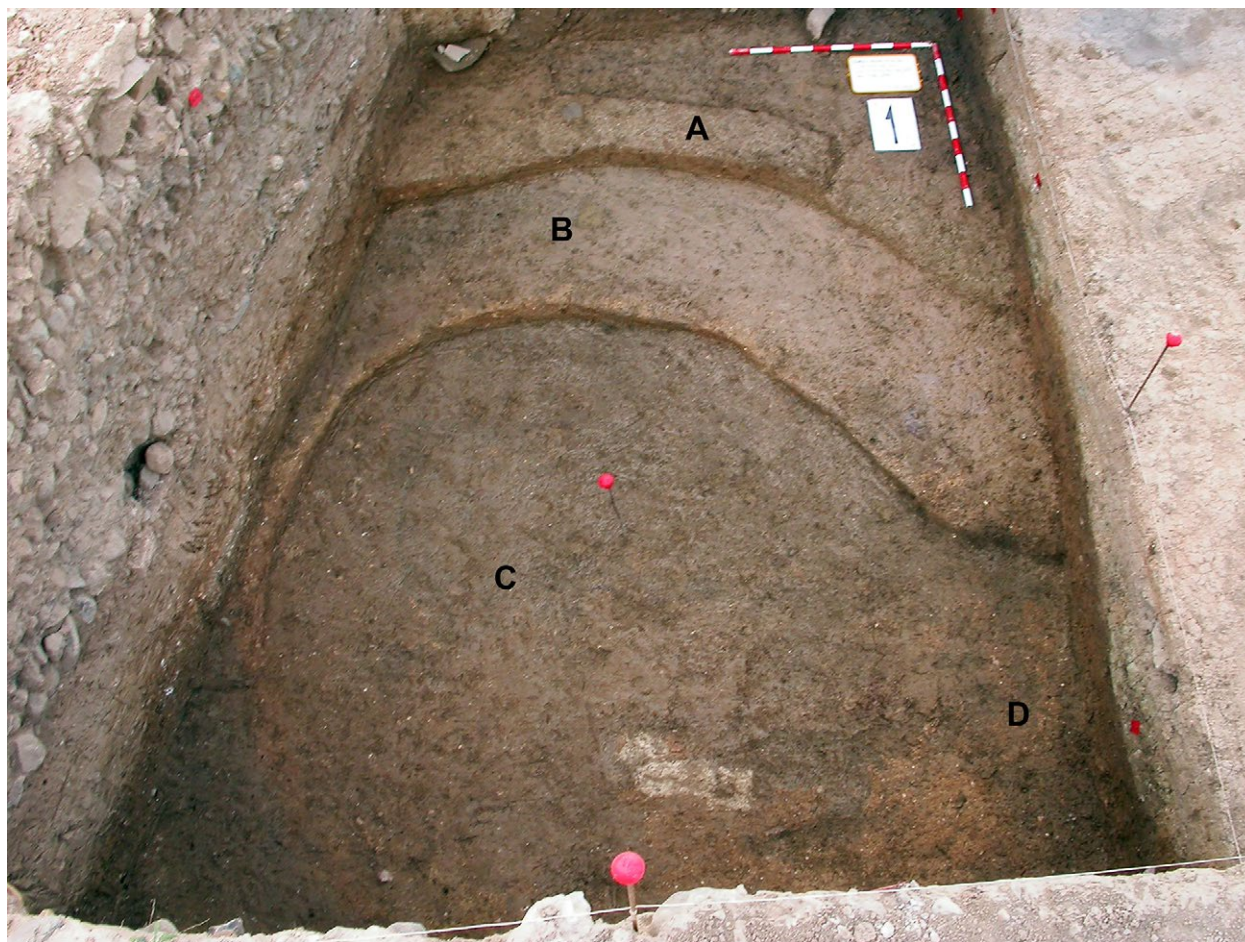


Figura 13. Cabaña de Alcalá del Río (Sevilla) levantada con un muro circular de tapia, al que se adosa por el interior un banco corrido. Foto R. Ortiz Temprado.

primera es el uso en una estancia de este tipo hallada en Las Cabezas de San Juan de un umbral formado por una hilera de conchas marinas del género *Glycymeris* (Figura 12). En el mundo tartésico, la costumbre de colocar esas carcasas de moluscos en las puertas de los edificios es de origen oriental; además, en Occidente conservó su fuerte carga simbólica como elemento protector contra la penetración del diablo en los edificios, en este caso reforzado por ser siete el número de conchas utilizadas (Escacena y Vázquez 2009). El segundo argumento se refiere a la constatación en el citado yacimiento salmantino del Cerro de San Vicente de una de estas estructuras circulares con claras evidencias de cultos fenicios (Blanco González *et al.* 2023). Ambas razones aluden a cuestiones religiosas, que son los rasgos más adecuados para usarlos como marcadores arqueológicos de etnicidad.

La eventualidad de que la colonización cananea llevara a Occidente viviendas redondas usadas por poblaciones rurales, además de la casa de muros rectos, no niega necesariamente la existencia de otra tradición

occidental vinculada al final de la Edad del Bronce que contara con viviendas similares. De hecho, si las cronologías radiocarbónicas de Castro dos Ratinhos son correctas, las cabañas elípticas con débiles basamentos de piedra de este sitio podrían responder a ese linaje prehistórico del Bronce Final, fase datada allí entre los siglos XIII y IX a.C. Eso es lo que han defendido sus investigadores al señalar que ni responden a los módulos métricos orientales del codo de Ezequiel ni sus cimientos se hicieron con estructuras macizas de mampostería como las posteriores casas circulares, sino con muretes delimitados por dos filas exteriores de pequeños mampuestos o lajas verticales e interior relleno con materiales heterogéneos de ripios y tierra (Berrocal-Rangel y Silva 2010: 249-258). En el caso de las cabañas circulares del Hierro Antiguo, está menos clara, sin embargo, la solución que sus constructores idearon para las cubiertas. Los frágiles basamentos de las chozas preferencias de este enclave portugués quedarían bien explicados si sus techumbres se hubiesen construido con elementos vegetales, como de hecho proponen sus excavadores. Pero las potentes y bien trabadas bases



Figura 14. Casa-colmena. Típica vivienda rural todavía usada en algunas zonas del Próximo Oriente.

pétreas de las cabañas de *Acinipo*, entre otras muchas, sugieren que tenían que soportar un peso importante. Esto mismo puede aplicarse a las de paredes curvas levantadas con sólidas paredes de tapia, más escasas pero documentadas en Écija (Rodríguez González 2014: 99) o en Alcalá del Río por ejemplo (Figura 13). Por eso propongo para las cubiertas de esta vieja modalidad de casa tartésica la misma respuesta que se emplea aún en la denominada casa-colmena de algunas regiones del Próximo Oriente, consistente en una bóveda acampanada hecha básicamente con barro. Esta cúpula puede contar con travesaños horizontales de madera que la traban y con un pequeño orificio en su remate superior que hace de claraboya y de efecto chimenea para la ventilación y salida de humos. En este caso, la etnografía puede acudir en nuestra ayuda para proporcionarnos posibles paralelos actuales (Figura 14), pero la arqueología cuenta con documentos que evidencian el empleo de esta variedad de cubierta también en el Mediterráneo oriental antiguo (Figura 15). En la tradición arquitectónica de La Mancha se ha perpetuado hasta tiempos recientes esta modalidad de techumbre para las construcciones rurales con piedra seca denominadas allí bombos, cubillos y cucos (Ramón y Ramírez 2001).



Figura 15. Antigua maqueta de cabaña circular aramea. Museo del Louvre.

Recapitulación y consecuencias

Si se aceptan los razonamientos aquí recogidos, la conclusión lógica permite negar que los fondos de cabaña sean realmente la base semisubterránea de cualquier modelo de casa tartésica. De las variedades de cabañas estudiadas en su día por R. Izquierdo (1998), sólo nos quedarían como verdaderas estructuras de habitación las que siguen el modelo que disponía de cimientos-zócalos de piedra. Por otra parte, es necesario recordar aquí de nuevo que el registro cerámico de los fondos de cabaña suele ser especialmente abundante en vasos a mano frente a los torneados, estando a veces los primeros representados hasta en el 100% de los casos. Como he señalado antes, este hecho ha sido utilizado para remontar su datación a momentos anteriores a la primera presencia fenicia, como una manifestación más de lo que en su día denominé "Síndrome de Matusalén" y sin pensar en la posibilidad de que la abundancia de esta variedad alfarera se deba a cuestiones funcionales, no a causas cronológicas. Si la razón de estas acusadas diferencias estadísticas se debieran a que esos hoyos fueran simples fosas para ubicar hogares con usos diversos, lo esperable es que en ellos se documentara de forma mayoritaria precisamente la vajilla fabricada a mano, que era la más adecuada para cocinar y para otras funciones domésticas relacionadas con la provisión de alimentos; y algo parecido podemos deducir en relación con los casos dedicados a la metalurgia de la plata. En cualquier caso, la interpretación aquí desarrollada no impide aceptar que en las cubetas de plateros, y llegada

la necesidad, también se prepararan alimentos, como sugiere el hallazgo de huesos de animales y de asadores de hierro en algunos fogones de La Albina donde se habían llevado a cabo trabajos de copelación (Figura 16). Desde mi propuesta, la presencia mayoritaria y hasta exclusiva de cerámica no torneada no garantiza en absoluto la antigüedad que suele atribuírseles a estas estructuras, muchas de las cuales llegarían al menos hasta el siglo VI a.C. Precisamente con el criterio de que toda vasija de cerámica a mano pertenece a la tradición alfarera del mundo occidental prefenicio y de que era usada por la población precolonial residente, quienes defienden un Tartessos híbrido han usado su registro en prospecciones superficiales de amplias comarcas bajoandaluzas como señal evidente de una prolífica ocupación del Bronce Final anterior a la presencia cananea (Campos y Gómez Toscano 1995: fig. 1; Gómez Toscano 1997a: fig. 34; 1997b: fig. 69). El siglo VI a.C., especialmente su primera mitad, representa en realidad el final de los supuestos fondos de cabaña en la geografía tartésica, con lo que el espectro cronológico de estas fosas acaba limitado a la etapa arcaica de la colonización fenicia. Así que restringir al Hierro Antiguo su construcción y uso implica asumir un posible vínculo de causa-efecto entre su proliferación en el suroeste ibérico a partir del siglo IX a.C. y la presencia oriental en el área nuclear tartésica. Por eso, mi propuesta final tiene que ver con la posibilidad de hacer predicciones desde la arqueología, en un intento de acrecentar el carácter científico de esta disciplina.



Figura 16. La Albina. A la izquierda, hogar con asador de hierro. Quienes trabajaban en la metalurgia también podían cocinar en los fogones donde se refinaba plata, e incluso comer en torno a ellos. A la derecha, fragmento de crisol de cerámica a mano. La zona brillante es una costra metálica de plomo adherida a la cara interna.

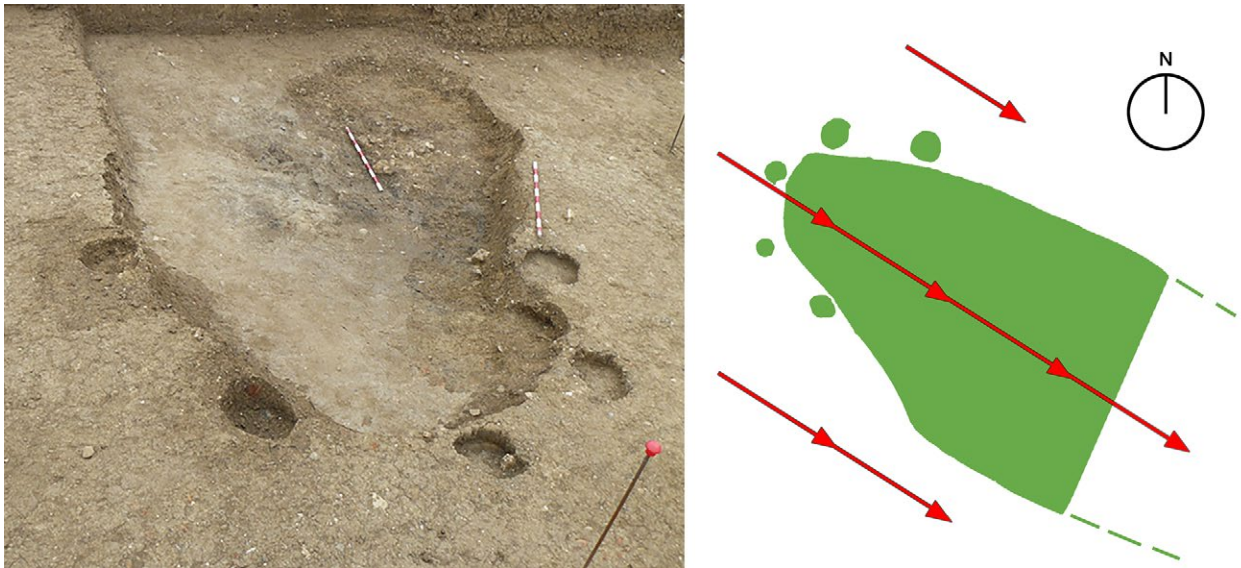


Figura 17. A la izquierda, cubeta de fogones de La Rebanadilla (Málaga), hasta ahora interpretada como fondo de cabaña. Foto de Vicente M. Sánchez Sánchez-Romero. A la derecha, planta de la referida estructura con la dirección del viento Terral indicada con las flechas rojas. Los agujeros de poste del ábside noreste formarían parte de un parapeto protector de los hogares contra el viento.

La primera se refiere a la función que he defendido para estas estructuras negativas y con el hecho de que en ciertos casos puedan presentar agujeros de postes en su contorno. Un ejemplo paradigmático es el ya citado de La Rebanadilla, de forma oval muy alargada con el eje mayor dispuesto en sentido noroeste-sureste. Se trata de una cubeta de fogones perteneciente a una etapa del yacimiento relativamente tardía, cuando la zona se destina a uso industrial (Sánchez *et al.* 2011a: 192-193). En este caso se documentaron agujeros para postes sólo en el extremo noroeste. Como en otras ocasiones, estos hoyuelos no rodean toda la fosa, sino que se limitan a un pequeño sector de la misma, precisamente en el tope que mira hacia los vientos más molestos y racheados de la costa malagueña (Figura 17). Dicho viento se conoce localmente con el nombre de Terral. De ahí que podamos estar ante las huellas de un posible parapeto de corta altura para proteger los fogones, a modo de bajareque. Es decir, esta pequeña estructura tendría un esqueleto formado por maderos verticales que soportarían un entramado vegetal a su vez revocado con un enlucido de barro para evitar que ardiera. Este parapeto explica satisfactoriamente el hallazgo en algunos casos de pellas de arcilla con improntas de cañizos o de otro tipo de ramaje, que, frente a su relativa abundancia en las cabañas genuinas, en los fondos son verdaderamente escasos o están ausentes casi por completo (Suárez y Márquez 2014: 215). De ser así, los agujeros para postes deberán aparecer por lo general en aquellos lados de las fosas más afectados por los vientos dominantes locales. Espero que esta primera predicción contribuya por tanto a dilucidar si la hipótesis funcional aquí defendida es o no correcta.

La segunda tiene que ver con su cronología y con sus vínculos etnoculturales. Si los mal llamados fondos de cabaña hay que relacionarlos con diversas actividades cotidianas y/o económicas de las poblaciones levantinas afincadas en el mediodía ibérico, podrán aparecer en todos aquellos enclaves donde éstas se asentaron. La Rebanadilla, sitio considerado una fundación fenicia, cuenta precisamente con estructuras de este tipo en sus fases IV -la más antigua- y I -la más reciente- (Sánchez *et al.* 2011b: 68). A la luz de los nuevos descubrimientos arqueológicos, dicha gente penetró hasta unas latitudes septentrionales cuyas fronteras se nos están ampliando cada vez más. Como ninguna fuente escrita de la Antigüedad concretó cuáles eran los límites cronológicos y geográficos precisos de Tartessos, somos los arqueólogos quienes estamos obligados a modificar nuestras interpretaciones a la luz de las sorpresas que cada nuevo hallazgo nos depara. Y así, las cubetas de fogones podrán convertirse en un buen marcador arqueológico con el que detectar la presencia de dichas comunidades humanas. Evidentemente, como estamos ante una costumbre que parece meramente tecnológica, y por tanto carente en principio de carga simbólica, nada impide que la práctica de cobijar los fuegos en esos hoyos se practicara por otros grupos étnicos o que acabara extendiéndose a comunidades distintas de la que implantó la norma en el sur de la Península Ibérica. Reconozco que esto complica la posibilidad de comprobar la presente predicción, por lo que será necesario unir a este criterio otros rasgos culturales que permitan identificar quiénes fueron protagonistas de su introducción y uso en Tartessos. Y repito lo de introducción porque, vista su ausencia en

el registro arqueológico del II milenio a.C., no es posible seguir aceptando que fueran herederas de las fosas más o menos parecidas documentadas en el Calcolítico local.

Agradecimientos

El presente trabajo se inserta en la línea de investigación sobre la Protohistoria del mediodía ibérico del Grupo Tellus (HUM-949 del PAIDI), radicado en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla y apoyado por la Junta de Andalucía. Agradezco las imágenes de La Rebanadilla y el permiso para publicarlas a Vicente M. Sánchez Sánchez-Romero. Estoy también en deuda con Esther Rodríguez González y con Sebastián Celestino por la foto de Cerro Borreguero, y con M.Á. Tabales por la del Patio de Banderas de Sevilla. A Rafael Ortiz Temprado agradezco la fotografía de la cabaña de Alcalá del Río.

Bibliografía

Aguayo, P.; Carrilero, M.; De La Torre, M.P.; Flores, C. 1986. El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución, *Coloquio sobre el Microespacio 3* (en *Arqueología Espacial* 9): 33-58.

Almagro, M.J. 1973. *Los ídolos del Bronce I Hispano* (Bibliotheca Praehistorica Hispana XII). Madrid: CSIC.

Almagro-Gorbea, M. 1977. *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura* (Bibliotheca Praehistorica Hispana XIV). Madrid: CSIC.

Alvar, J. 1981. *La navegación prerromana en la Península Ibérica: colonizadores e indígenas*. Madrid: Universidad Complutense.

Ammerman, A.; Cavalli-Sforza, L.L. 1973. A population model for the diffusion of early farming in Europe, en C. Renfrew (ed.), *The explanation of culture change: models in Prehistory*: 345-357. London: Duckworth.

Ammerman, A.; Cavalli-Sforza, L.L. 1984. *The Neolithic transition and the genetics of population in Europe*. Princeton: Princeton University Press.

Amores, F.; Escacena, J.L. 2003. De toros y de tesoros: simbología y función de las joyas de El Carambolo, en A. García-Baquero y P. Romero (eds.), *Fiestas de toros y sociedad*: 41-68. Sevilla: Universidad de Sevilla.

Arancibia, A.; Galindo, L.; Juzgado, M.; Dumas, M.; Sánchez, V.M. 2011. Aportaciones de las últimas intervenciones a la arqueología fenicia de la Bahía de Málaga, en M. Álvarez (ed.), *Fenicios en Tartessos. Nuevas perspectivas* (BAR International Series 2245): 129-149. Oxford: Archaeopress.

Arteaga, O.; Schulz, H.D.; ROOS, A.-M. 1995. El problema del 'Lacus Ligustinus'. Investigaciones geoarqueológicas en torno a las marismas del Guadalquivir, en *Tartessos 25 años después. 1968-1993. Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional*

de Prehistoria Peninsular: 99-135. Jerez de la Frontera: Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.

Arteaga, O.; Barragán, D.; Roos, A.-M.; Schulz, H.D. 2016. Primicia cartográfica del río Guadalquivir hace 6500 años. *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 18: 139-161.

Aubet, M.E. 1992. *Maluquer y la renovación de la arqueología tartésica* (Clásicos de la Arqueología de Huelva 5). Huelva: Diputación de Huelva,

Aubet, M.E. 1992-93. Maluquer y El Carambolo, *Tabona* VIII.II: 329-349.

Aubet, M.E. 1995. Aproximación a la estructura social y demográfica tartésica, *Tartessos 25 años después. 1968-1993, Jerez de la Frontera*: 401-409. Jerez de la Frontera: Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.

Aubet, M.E. 2005. El 'orientalizante': un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales, en J. Jiménez y S. Celestino (coords.), *El Período Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental* (Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXV), vol. 1: 117-128. Mérida: CSIC.

Aubet, M.E.; Serna, M.R.; Escacena, J.L.; Ruiz, M.M. 1983. *La Mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979* (Excavaciones Arqueológicas en España 122). Madrid: Ministerio de Cultura.

Barragán, D. 2016. La línea de costa flandriense en el paleoestuario del río Guadalquivir (c. 6500 BP), *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 18: 111-138.

Belén, M.; Escacena, J.L. 1995. Acerca del horizonte de la ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el suroeste ibérico, en M. Ruiz-Gálvez (ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo* (extra 5 de *Complutum*): 85-113. Madrid: Universidad Complutense.

Belén, M.; Escacena, J.L. 1997. Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía occidental, *Spal* 6: 103-131.

Belén, M.; Escacena, J.L.; Bozzino, M.I. 1992. Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica* (monográfico de *Complutum* 2-3): 65-87. Madrid: Universidad Complutense.

Beltrán, J.; Izquierdo, R.; Escacena, J.L. 2007. El "Cerro Mariana": excavaciones de 1998-99, en J. Beltrán y J.L. Escacena (eds.), *Arqueología en el Bajo Guadalquivir. Prehistoria y Antigüedad de Las Cabezas de San Juan*: 73-92. Sevilla: Universidad de Sevilla y Ayuntamiento de Las Cabezas de San Juan.

Bernaldez, E.; García-Viñas, E.; Ontiveros, E.; Gómez, M.a.; Ocaña, A. 2010. Del mar al basurero: Una historia de costumbres, en M.L. de la Bandera y E. Ferrer (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*: 345-385. Sevilla: Universidad de Sevilla.

- Bernáldez, E.; Bernáldez, M.; García-Viñas, E. 2013. ¿“Campos de hoyos”, campos de compost? Estudio paleobiológico y tafonómico del sector de La Gallega del yacimiento de Valencina de la Concepción (Sevilla), en L. García Sanjuán, J.M. Vargas, V. Hurtado, T. Ruiz y R. Cruz-Auñón (eds.), *El asentamiento prehistórico de Valencina de la Concepción (Sevilla): Investigación y tutela en el 150 aniversario del descubrimiento de La Pastora*: 421-444. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Berrocal-Rangel, L.; Silva, A.C. 2010. *O Castro dos Ratinhos (Barragem do Algarve, Moura). Escavações num povoado proto-histórico do Guadiana, 2004-2007* (O Arqueólogo Português, Suplemento 6). Lisboa: Museo Nacional de Arqueología.
- Blanco, A. 1968. Los primeros ensayos de representación plástica de la figura humana en el arte español, *España en las crisis del arte europeo: coloquios celebrados en conmemoración de los XXV años de la fundación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas*: 21-28. Madrid: Instituto Diego Velázquez.
- Blanco, A. 1979. *Historia de Sevilla. I. La ciudad antigua (desde la Prehistoria a los Visigodos)*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Blanco González, A.; Padilla, J.J.; Alario, C.; Macarro, C.; Alarcón, E.; Martín, M.; Chapon, L.; Iriarte, E.; Pazos, R.; Sanjurjo, J.; Dorado, A.; Tomé, L.; Mallol, C.; García, N.; Carrancho, Á.; Calvo, M. 2022. Un singular ambiente doméstico del Hierro I en el interior de la península ibérica: la casa 1 del Cerro de San Vicente (Salamanca, España), *Trabajos de Prehistoria* 79.2: 346-361.
- Blanco González, A.; Padilla, J.J.; Alario, C.; Macarro, C.; Dorado, A.; Pazos, R.; Cerezo, R.; Chapon, L.; Sánchez, A. 2023. Un santuario doméstico del siglo VII a.C. de culto a Hathor-Astarté en el Cerro de San Vicente (Salamanca, España), *Trabajos de Prehistoria* 80.1: 1-18.
- Blázquez, J.M. 1993. El enigma de la religión tartésica, en J. Alvar y J.M. Blázquez (eds.), *Los enigmas de Tartessos*: 117-138. Madrid: Cátedra.
- Blázquez, J.M. 1995. El legado fenicio en la formación de la religión ibera, en *I Fenici: Ieri, Oggi, Domani. Ricerche, scoperte, progetti (Roma 3-5 marzo 1994)*: 107-117. Roma: ANL y CNR.
- Borja, F.; Borja, C.; Jiménez, Á. 2018. Paisajes y paleogeografía en el bajo Guadalquivir (*Itálica, Hispalis, Caura*), en J.L. Escacena, Á. Gómez y L.G. Pérez. (eds.), *Caura. Arqueología en el estuario del Guadalquivir* (Spal Monografías Arqueología XXVI): 17-46. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Boyd, R.; Silk, J.B. 2001. *Cómo evolucionaron los humanos*. Barcelona: Ariel.
- Campos, J.; Gómez Toscano, F. 1995. El territorio onubense durante el Bronce Final, en *Tartessos 25 años después, 1968-1993, Jerez de la Frontera*: 137-158. Jerez de la Frontera: Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- Cano, A.; Toscano, C.; Bermejo, J. 2022. Aproximación a la arquitectura y el urbanismo de Huelva en los siglos IX-VI a.C., *Onoba* 10: 207-222.
- Carriazo, J. de M. 1970. *El tesoro y las primeras excavaciones en «El Carambolo» (Camas, Sevilla)* (Excavaciones Arqueológicas en España 68). Madrid: Ministerio de Cultura.
- Carriazo, J. de M. 1973. *Tartessos y el Carambolo. Investigaciones arqueológicas sobre la Protohistoria de la Baja Andalucía*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.
- Castro, P.v.; Lull, V.; Micó, R. 1996. *Cronología de la Prehistoria reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)* (BAR Intern. Ser. 652). Oxford: Archaeopress.
- Celestino, S. 2014. *Tarteso. Viaje a los confines del Mundo Antiguo*. Madrid, Trébede.
- Celestino, S.; Rodríguez, E. 2018. Cerro Borreguero. Un yacimiento clave para estudiar la transición entre el Bronce Final y el Periodo Tartésico en el valle del Guadiana, *Trabajos de Prehistoria* 75.1: 172-180.
- Chaves, F.; De La Bandera, M.L. 1991. Aspectos de la urbanística en Andalucía occidental en los s. VII-VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla), *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punicí*, vol. II: 691-714. Roma: CNR.
- Delgado, A. 2005. La transformación de la arquitectura residencial en Andalucía occidental durante el Orientalizante: una lectura social, en J. Jiménez y S. Celestino (coords.), *El Período Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental* (Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXV), vol. 1: 585-594. Mérida: CSIC.
- Domínguez De La Concha, C.; Cabrera, P.; Fernández Jurado, J. 1988. *Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla)* (Noticario Arqueológico Hispánico 30: 119-186). Madrid: Ministerio de Cultura.
- Escacena, J.L. 1995. La etapa precolonial de Tartessos. Reflexiones sobre el «Bronce» que nunca existió, en *Tartessos 25 años después. 1968-1993. Jerez de la Frontera*: 179-214. Jerez de la Frontera: Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- Escacena, J.L. 2011. Variación identitaria entre los orientales de Tartessos. Reflexiones desde el antiesencialismo darwinista, en M. Álvarez (ed.), *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas* (BAR International Series 2245): 161-192. Oxford: Archaeopress.
- Escacena, J.L. 2018. I+D+i en los templos fenicios de Tartessos, en A.D. Navarro y E. Ferrer (coords.), *Trabajo sagrado. Producción y representación en el Mediterráneo occidental durante el I milenio a.C.* (Spal Monografías XXV): 65-113. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Escacena, J.L. 2019. Axiomas en la cuerda floja. El caso del «tatuaje facial» de las figurillas hispanoportuguesas

- de la Edad del Cobre, en J. Beltrán, C. Fabião y B. Mora (eds.), *La historiografía de la arqueología hispano-portuguesa a debate* (Spal Monografías Arqueología XXX): 273-292. Sevilla: Universidad de Sevilla y Universidad de Málaga.
- Escacena, J.L.; De Frutos, G. 1985. *Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)* (Noticiario Arqueológico Hispánico 24: 7-90). Madrid: Ministerio de Cultura.
- Escacena, J.L.; Feliú, M.J.; Izquierdo, R. 2010. El Cerro de la Albina y la metalurgia de la plata en Tartessos, *De Re Metallica* 14: 35-51.
- Escacena, J.L.; Flores, M. 2019. El cielo implorado. Orantes calcolíticos de Piedrahíta (Montellano, Sevilla) y su contexto arqueológico, *Complutum* 30.1: 107-130.
- Escacena, J.L.; Henares, M.T. 1994. Un fondo de cabaña de época tartésica en La Puebla del Río (Sevilla). Intervención Arqueológica de Urgencia, *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1994. III, Actividades de Urgencia*: 504-510.
- Escacena, J.L.; Rodríguez De Zuloaga, M.; Ladrón De Guevara, I. 1996. *Guadalquivir salobre. Elaboración prehistórica de sal marina en las antiguas bocas del río*. Sevilla: Confederación Hidrográfica del Guadalquivir.
- Escacena, J.L.; Tabales, M.Á. 2019. On the founding of Seville. Recent archaeological data in the context of the Phoenician colonization of Tartessos, *Rivista di Studi Fenici* XLVII: 67-85.
- Escacena, J.L.; Vázquez, M.I. 2009. Conchas de salvación, *Spal* 18: 53-84.
- Fernández Flores, A.; Rodríguez Azogue, A. 2007. *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del Suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*. Córdoba: Almuzara.
- Fernández Jurado, J. 1987. *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica* (monográfico de *Huelva Arqueológica* IX). Huelva: Diputación de Huelva.
- Fernández Jurado, J. 1988-89. *Tartessos y Huelva* (monográfico de *Huelva Arqueológica* X-XI). Huelva: Diputación de Huelva.
- Fernández Jurado, J. 1993. Plata y plomo en el comercio fenicio-tartésico, en R. Arana, A.M. Muñoz, S. Ramallo y M.M. Ros (eds.), *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la investigación*: 131-165. Murcia: Universidad de Murcia.
- Fernández Rodríguez, J.M. 2019. Depósitos de oro, de armas y estelas decoradas: la ritualización del género en el Bronce Final del Suroeste peninsular, en M.E. Chávez-Álvarez, M.D. Cámalich y D. Martín (coords.), *Un periplo docente e investigador. Estudios en homenaje al profesor Antonio Tejera Gaspar*: 481-498. Tenerife: Universidad de La Laguna.
- Ferrer, E.; Chaves, F.; De La Bandera, M.L.; García Fernández, F.J.; Oria, M.; García Vargas, E.; Contreras, S. 2022. *Montemolín (Marchena, Sevilla). Las campañas estratigráficas (1980-1981)* (Spal Monografías Arqueología XLV). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- García Sanz, C.; Fernández Jurado, J. 2000. Peñalosa (Escacena del Campo, Huelva). Un poblado de cabañas del Bronce Final, *Huelva Arqueológica* 16: 5-87.
- Gómez Bellard, C. 2000. El comercio etrusco-fenicio: algunos apuntes, en P. Fernández Uriel, F. López Pardo y C. González Wagner (eds.), *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*: 109-114. Madrid: CEFYP.
- Gómez Moreno, M. 1905. Arquitectura tartesia. La necrópolis de Antequera, *Boletín de la Real Academia de la Historia* XLVII: 81-132.
- Gómez Toscano, F. 1997a. *El final de la Edad del Bronce entre el Guadiana y el Guadalquivir*. Huelva: Universidad de Huelva.
- Gómez Toscano, F. 1997b. *Formas de ocupación del territorio durante los primeros siglos del I milenio a.C.* Huelva: Universidad de Huelva.
- Gómez Toscano, F.; Fundoni, G. 2010-11. Relaciones del Suroeste con el Mediterráneo en el Bronce Final (siglos XI-X a.C.). Huelva y la isla de Cerdeña, *Anales de Arqueología Cordobesa* 21-22: 17-56.
- González Wagner, C. 2003. La colonización agrícola en la Península Ibérica. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas, en C. Gómez Bellard (ed.), *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*: 187-204. Valencia: Universidad de Valencia.
- González Wagner, C. 2007. El barco negro en la costa. Reflexiones sobre el miedo y la colonización fenicia en la tierra de Tarsis, *Gerión* (volumen extra): 121-131.
- González Wagner, C.; Alvar, J. 1989. Fenicios en Occidente: la colonización agrícola, *Rivista di Studi Fenici* XVII.1: 61-102.
- Hoffman, G.L. 2002. Painted ladies: Early Cycladic II mourning Figures, *American Journal of Archaeology* 106.4: 525-550.
- Hunt, M.A.; García Rivero, D. 2017. El asentamiento protohistórico de Jardín de Alá (Salteras, Sevilla), en S. Celestino y E. Rodríguez González (eds.), *Territorios comparados: los vales del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en época tartésica* (Anejos de Archivo Español de Arqueología LXXX): 47-78. Mérida: CSIC.
- Hurtado, V. 2004. El asentamiento fortificado de San Blas (Cheles, Badajoz). III milenio AC., *Trabajos de Prehistoria* 61.1: 141-155.
- Hutchinson, G.E. 1981. *Introducción a la ecología de poblaciones*. Barcelona: Blume.
- Izquierdo, R. 1998. La cabaña circular en el mundo tartésico. Consideraciones sobre su uso como indicador étnico, *Zephyrus* LI: 277-288.
- Izquierdo, R.; Escacena, J.L. 1998. Sobre El Carambolo: «La trompeta de Argantonio», *Archivo Español de Arqueología* 71: 27-36.

- Izquierdo, R.; Fernández Troncoso, G. 2005. Del poblamiento de época orientalizante en Andalucía occidental, en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El Periodo Orientalizante* (Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXV): 709-730. Mérida: CSIC.
- Jiménez, V. 2006-2007. *Pithouses versus pits*. Apuntes para la resolución de un problema arqueológico, *Portugalia Nova Série XXVII-XXVII*: 35-48.
- Jiménez, V. 2007. La *premisa Pompeya* y las “cabañas semisubterráneas” del sur de la Península Ibérica (IV-III milenios a.C.), *Mainake XXIX*: 475-492.
- Jiménez, V.; Márquez, J.E. 2006. “Aquí no hay quien viva”. Sobre las casas-pozo en la Prehistoria de Andalucía durante el IV y el III milenios AC, *Spal* 15: 39-49.
- Limón, A. 1988. *Andalucía, ¿tradición o cambio?* Sevilla: Algaida Editores.
- López Castro, J.L.; Pardo, C.a.; Moya, L. 2017. ¿Fondos de cabaña o depósitos rituales? Sobre un tipo de contextos materiales del Bronce Final y comienzos de la Edad del Hierro en el sur de la Península Ibérica. El depósito de Cortijo Riquelme (Almería), *Zephyrus LXXX*: 69-91.
- López Pardo, F.; Mederos, A. 2008. *La factoría fenicia de la isla de Mogador y los pueblos del Atlas*. Tenerife: Museo Arqueológico de Tenerife.
- Lucena, A.M.; Martínez, R.M. 2004. Constructores de fosos, campos de silos y fondos de cabaña del sur de la Península Ibérica. Reflexiones en torno a su vida y su muerte, *Historiae* 1: 16-35.
- Luzón, J.M.; Ruiz Mata, D. 1973. *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*. Córdoba: CSIC.
- Maass-Lindemann, G. 2006. Interrelaciones de la cerámica fenicia en el occidente mediterráneo, *Mainake XXVIII*: 289-302.
- Maluquer De Motes, J. 1958. Nuevos hallazgos en el área tartésica, *Zephyrus IX*: 201-219.
- Maluquer De Motes, J. 1992. *Caderno de apontamentos. Excavaciones de “El Carambolo”, Sevilla* (Clásicos de la Arqueología de Huelva 5). Huelva: Diputación de Huelva.
- Márquez, J.E. 2001. De los “campos de silos” a los “agujeros negros”: sobre pozos, depósitos y zanjas en la Prehistoria Reciente del Sur de la Península Ibérica, *Spal* 10: 207-220.
- Márquez, J.e.; Jiménez, V. 2010. *Recintos de fosos. Genealogía y significado de una tradición en la Prehistoria del suroeste de la Península Ibérica (IV-III milenios AC)*. Málaga: Universidad de Málaga.
- Pellicer, M. 1996. La emergencia de Sevilla, *Spal* 5: 87-100.
- Ramón, J.A.; Ramírez, J. 2001. *Bombos, cucos, cubillos y chozos. Construcciones rurales albaceteñas*. Albacete: Diputación de Albacete.
- Rindos, D. 1990. *Los orígenes de la agricultura. Una perspectiva evolucionista*. Barcelona: Bellaterra.
- Rodríguez González, E. 2014. *Astigi Vetus. Arqueología y urbanismo en la Écija turdetana (ss. VI-I a.C.)*. Madrid: La Ergástula.
- Rovira, S. 1995. “Estudio arqueometalúrgico del depósito de la Ría de Huelva”, en M. Ruiz-Gálvez (ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo* (extra 5 de *Complutum*): 33-57. Madrid: Universidad Complutense.
- Ruiz Gil, J.A.; López Amador, J.J. (coords.) 2001. *Formaciones Sociales Agropecuarias en la Bahía de Cádiz. 5000 Años de Adaptación Ecológica en la Laguna del Gallo. El Puerto de Santa María*. Cádiz: Arqueodesarrollo Gaditano S.L.
- Ruiz Gil, J.A.; López Amador, J.J. 2004. Las piezas de la cabaña de Bronce Final de Pocito Chico en su contexto. (Puerto de Santa María, Cádiz), *Mirando al mar. Perspectivas desde el poniente mediterráneo: II y I milenios a.C.* (Revista de Prehistoria / Universidad de Córdoba 3): 11-14.
- Ruiz-Gálvez, M. 1992. Orientaciones teóricas sobre intercambio y comercio en Prehistoria, *Gala* 1: 87-101.
- Ruiz Mata, D. 2022. La ciudad fenicia del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz). Resultados de un Proyecto de Investigación (1979-2003), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 48.1: 141-227.
- Ruiz Mata, D.; Fernández Jurado, J. 1986. *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)* (monográfico de *Huelva Arqueológica VIII*). Huelva: Diputación de Huelva.
- Ruiz Mata, D.; González Rodríguez, R. 1994). Consideraciones sobre asentamientos rurales y cerámicas orientalizantes en la campiña gaditana, *Spal* 3: 209-256.
- Sagan, C. 2021. *La diversidad de la ciencia. Una visión personal de la búsqueda de Dios*. Barcelona: Península.
- Sánchez Flores, A.; Arriaza, M.c.; Yravedra, J. 2018. Presente y futuro de las técnicas aplicadas al estudio de la estacionalidad, *Complutum* 29,2: 407-426.
- Sánchez, V.m.; Galindo, L.; Juzgado, M.; Dumas, M. 2011a. La desembocadura del Guadalhorce en los siglos IX y VIII a.C. y su relación con el Mediterráneo, en J.C. Domínguez (ed.), *Gadir y el Círculo del Estrecho revisados. Propuestas de la arqueología desde un enfoque social*: 185-200. Cádiz: Junta de Andalucía y Universidad de Cádiz.
- Sánchez, V.m.; Galindo, L.; Juzgado, M.; Dumas, M. 2011b. El asentamiento fenicio de La Rebanadilla a finales del siglo IX a.C., en E. García Alfonso (ed.), *Diez años de arqueología fenicia en la provincia de Málaga (2001-2010)*: 67-85. Sevilla: Junta de Andalucía.
- Suárez, J.; Márquez, J.E. 2014. La problemática de los fondos de cabaña en el marco de la arquitectura protohistórica del sur de la Península Ibérica, *Menga* 5: 199-225.

- Tavares, C.; Soares, J. 1987. Les communautés du Néolithique ancien dans le Sud du Portugal, en J. Guilaine, J. Courtin, J.-L. Roudil y J.-L. Vernet (eds.), *Premières communautés paysannes en Méditerranée occidentale. Actes du Colloque International du C.N.R.S. (Montpellier, 1983)*: 663-671. Paris: CNRS.
- Teira-Brión, A. 2022. La casa imaginaria: hoyos de destocónado y desarraigo de árboles en asentamientos al aire libre de la Prehistoria reciente, *Zephyrus* LXXXIX: 85-106.
- Torres, M. 2002. *Tartessos*. Madrid: Real Academia de la Historia.

Reflexiones en torno al urbanismo tartésico del valle medio del Guadiana

Esther Rodríguez González*

Sebastián Celestino Pérez*

*Instituto de Arqueología (CSIC – Junta de Extremadura)

Resumen: en este trabajo afrontamos el reto de analizar el concepto de *urbanismo* aplicado al estudio de la Protohistoria del suroeste peninsular a través de los enclaves que configuran el poblamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro. Para ello, realizamos un recorrido a través de los diferentes estudios que hasta la fecha han definido los parámetros que un enclave debe cumplir para determinar la existencia, o no, de urbanismo. Una vez establecidos los criterios, presentamos los tres ejemplos de asentamiento del valle medio del Guadiana que más se aproximan a los prototipos urbanos definidos para territorios vecinos como el valle del Guadalquivir. Los datos arqueológicos analizados nos permiten presentar una lectura preliminar acerca de la presencia de un urbanismo incipiente en el Guadiana Medio entre los siglos VII – IV a.C.

Palabras clave: Protohistoria; Tarteso; valle medio del Guadiana; poblamiento; urbanismo

Abstract: In this paper, we face the challenge of analysing the concept of urbanism applied to the Southwestern area of the Iberian Peninsula during the Protohistoric period. This study has been carried out through the sites that constituted the settlement system of the Middle Guadiana Valley during the Early Iron Age. To complete the research, we will review the different studies that traditionally have defined the parameters that a settlement must fulfill in order to determine the existence, or not, of urbanism. Once the criteria have been established, we present the three examples of excavated sites in the Middle Guadiana Valley that are closest to the urban prototypes defined by bordering territories such as the Guadalquivir Valley. The archaeological data analysed enable us to present a preliminary reading of the presence of incipient urbanism in the Middle Guadiana Valley between the 7th and 4th centuries BC.

Keywords: Protohistory; Tartessus; Central Guadiana Valley; settlement; urbanism

“No es posible, por tanto, recoger cosecha tan copiosa como la que ofrece el estudio de las ciudades al cultivador diligente. Podremos, todo lo más, apuntar ideas, desbrozar caminos, plantear cuestiones, aportar datos, etcétera, que fatalmente tendrán mucho de fragmentario y a veces de inconexo”.

Fernando Chueca Goitia (1977), *Breve Historia del Urbanismo*

¿Qué entendemos por urbanismo? ¿y por Tarteso?

Hace algunos años inauguramos una línea de investigación que tenía como objetivo el estudio de Tarteso a través de su arquitectura, incorporando una nueva área de conocimiento al análisis de esta cultura del suroeste peninsular (Rodríguez González y Celestino 2022; Carranza *et al.* 2023). Sin embargo, rara vez hemos ido un paso más allá analizando el espacio en el que se dispone esa arquitectura; así, se trata de la primera vez que afrontamos el reto de preguntarnos si la ordenación de esa arquitectura ya caracterizada, que sobresale por el uso de la tierra como principal material constructivo, puede quedar o no englobada bajo el término de urbanismo. Dicho esto, creemos necesario comenzar este trabajo formulando una pregunta que intentaremos responder a lo largo de las siguientes páginas: ¿podemos emplear el término ‘urbanismo’

para describir o caracterizar a determinados enclaves de poblamiento documentados en el suroeste de la península ibérica entre los siglos VIII – V a.C.?

Para poder responder a esta cuestión debemos tomar la definición de urbanismo como punto de partida, así como enumerar algunas de las hipótesis de trabajo que han defendido y fijado, hasta la fecha, el origen del urbanismo en la península ibérica, para después ahondar en las evidencias documentadas en el suroeste peninsular y, más concretamente, en el valle medio del Guadiana, territorio al que se restringe nuestro caso concreto de estudio. Solo así podremos identificar si existió, o no, un modelo de “urbanismo tartésico”.

El término urbanismo hace referencia a la organización u ordenación de un espacio, concretamente de una ciudad, término este último indisoluble de lo urbano. La

ciudad se configura a partir de la combinación de calles y edificios, cuenta con una alta densidad de población y con un poder político que se encarga de su gobierno. Así mismo, y este es un matiz de relevancia teniendo en cuenta la cronología y el horizonte objeto de estudio en este trabajo, su actividad económica principal no es la agricultura, siendo este punto uno de los aspectos que distancian a lo urbano de lo rural, de ahí la necesidad de incluir este matiz que, sin embargo, no puede distinguirse con tanta nitidez cuando uno afronta el análisis del poblamiento en la antigüedad, donde la explotación de los recursos naturales constituye, la mayor parte de las veces, una de las principales actividades desarrolladas por los asentamientos. De ese modo, también podría entenderse 'lo urbano' como contrapuesto a 'lo rural', pero, ¿qué factores o elementos dibujan la delgada línea que separa estos dos ámbitos en la protohistoria peninsular? Es en este punto donde nuestra tarea comienza a complicarse.

Buscar respuesta en los tratados que han afrontado la búsqueda del origen del urbanismo tampoco resulta un método de gran utilidad, pues fechar el momento y el lugar de su aparición sigue siendo, a día de hoy, un tema de profundo debate. A pesar de ello, parece que existe cierto consenso a la hora de afirmar que las primeras y más antiguas manifestaciones de urbanismo se documentan en el Próximo Oriente y Egipto (Liverani 2014), puntos desde los que, posteriormente, este fenómeno se propagaría hacia otras regiones del occidente mediterráneo (Chueca 1977; Bendala 1989: 130; Eiroa García 1989, 2002).

El debate no solo gira en torno a la búsqueda global del origen del urbanismo, una tarea sin duda ardua y, quizás, inalcanzable por la diversidad de contextos y formaciones culturales presentes en nuestro planeta a lo largo de la historia en la que no entraremos por exceder los límites de nuestro trabajo; sino que igualmente se detecta cuando uno se aproxima al estudio de este fenómeno en regiones concretas del globo. Este es el caso de la Protohistoria peninsular, período en el que el urbanismo no ha sido uno de los temas más profusamente abordados, de ahí la escasez de bibliografía existente acerca de este fenómeno en dicha cronología, lo que dificulta la tarea de plantear un coherente y homogéneo estado de la cuestión.

A la hora de fijar la aparición del urbanismo en la península ibérica existen diversas posturas en función de la región geográfica que se analice y de los criterios marcados para definir la existencia tanto de ciudades como de un modo de vida urbano. Así, algunos autores asimilan la aparición del urbanismo al surgimiento del sentimiento de comunidad, un evento que está estrechamente aparejado al proceso de sedentarización de los grupos humanos, razón por la cual, las cronologías de aparición de las primeras manifestaciones urbanas se

han retrasado, en algunas ocasiones, hasta el Calcolítico (Eiroa 2002: 7-8); mientras que otros han visto la evidencia de las primeras estructuras urbanas en focos culturales de la Edad del Bronce, donde podemos citar dos ejemplos dentro de la vertiente mediterránea, por ir acotando el territorio y acercándonos a nuestra región de análisis. No referimos, en primer lugar, a los denominados poblados de espacio central documentados en la región del noreste peninsular, cuya estructura y organización ha sido caracterizada como urbana en diversas ocasiones (López Cachero 1999; Belarte 2010), lo que ha fijado la fecha de aparición del urbanismo en el noreste peninsular entre los siglos X-IX a.C. (Armada *et al.* 2013: 190); un momento inmediatamente anterior a la llegada de los primeros influjos fenicios a esta región. No obstante, es justo señalar que estas cronologías están siendo en la actualidad objeto de revisión (Gómez-Paccard *et al.* 2019), razón por la cual los planteamientos sostenidos hasta la fecha en los que se argumenta la existencia de urbanismo en plena Edad del Bronce en el noreste peninsular, podrían cambiar, transformando la interpretación dada hasta la fecha y el papel protagonista en la aparición de este incipiente urbanismo dado hasta el momento a las poblaciones locales. Mientras, en un segundo lugar, podríamos citar a la cultura de El Argar, con poblados como La Bastida (Totana, Murcia) (Lull *et al.* 2011) o Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén) (Contreras 2009-2010) donde se detectan modelos con un destacado desarrollo y gran complejidad tanto a nivel espacial y arquitectónico, como social y político que han sido tildados, en diversas ocasiones, de ejemplos de urbanismo (Molina y Cámara 2004).

Frente a ello, la hipótesis que hasta la fecha cuenta con mayor peso, tanto historiográfico como arqueológico, es aquella que atribuye el protagonismo de la instauración del urbanismo en la península ibérica al impacto de la colonización fenicia (una revisión actualizada en García Fernández y Ferrer 2021), reforzando así unos planteamientos publicados tiempo atrás (Escacena 1983; Bendala 1989), pero que hoy día pueden sustentarse sobre mayores evidencias arqueológicas, lo que ha permitido reforzar dicha postura. Con ello, se ha fijado el origen de la ciudad y el inicio del proceso de urbanización en Tarteso, entendiéndose por ello su núcleo, desde donde se proyectaría a otras regiones del suroeste peninsular (García Fernández y Ferrer 2021: 160) hasta alcanzar su consolidación en el siglo V a.C. (García Fernández 2023: 507) en plena etapa turdetana en el valle del Guadalquivir.

Ante esta dicotomía solo podemos detenernos a reflexionar sobre una pregunta planteada tiempo atrás y que, a nuestro parecer, sigue sin alcanzar una respuesta satisfactoria: "¿la aparición de la vida urbana en la Península Ibérica es fruto de la evolución interna de las culturas prehistóricas o resultado de un impulso

externo? (Bendala 1989: 131). Pero también podríamos plantearnos la pregunta desde otra perspectiva, quizá más compleja por lo que supone su significado: ¿es equivalente el inicio de la vida urbana al origen de la ciudad? Una respuesta que algunos ya han resuelto con sólidos argumentos como los que se vierten en una edición científica de M. Bendala y M^a. Belén de 2007 bajo el título de “El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica”.

La principal razón por la cual resulta utópico alcanzar un consenso y, por lo tanto, una respuesta satisfactoria a dicha pregunta, es la falta de unos criterios generales que nos permitan acotar qué entendemos por urbanismo, pues como planteábamos con anterioridad, en la Antigüedad ¿qué elementos o características marcan los límites entre el mundo rural y urbano? Incluso dentro del concepto urbano cabe ir un paso más allá, distinguiendo entre el urbanismo como forma de vida, es decir, desde un punto de vista conceptual, y el urbanismo físico, como expresión material, dos modelos complementarios en los que el primero puede desarrollarse sin necesidad de que la urbe haya alcanzado su pleno desarrollo a nivel estructural (Eiroa García 2002: 10), pues el registro arqueológico muestra la existencia de claros rasgos de urbanismo en algunos enclaves que, de ningún modo, podrían ser caracterizados como ciudades. Dichas circunstancias pueden detectarse a la perfección en los modelos de poblamiento de la protohistoria peninsular, de ahí la complejidad a la hora de definir y caracterizar el fenómeno urbano dentro de este periodo histórico.

La dificultad a la hora de enunciar aquellos parámetros que determinan la pertenencia o no de un enclave a un modelo urbano en la protohistoria peninsular, también se manifiesta cuando nos enfrentamos al estudio y análisis de un territorio acotado dentro de un mismo horizonte cultural. Nos referimos concretamente al caso del suroeste peninsular y de Tarteso, donde dentro de un mismo territorio se detectan diversos modelos de poblamiento que, a pesar de pertenecer a una misma cultura, presentan divergencias que pueden llevarnos a incluirlos o excluirlos del proceso de urbanización.

Como ya anunciábamos con anterioridad, el urbanismo no ha sido uno de los temas más tratados a la hora de profundizar en el conocimiento de la Edad del Hierro del suroeste peninsular. A esta realidad debemos sumarle dos cuestiones más; por un lado, la transformación que ha sufrido la definición de Tarteso en los últimos años, un hecho que ha llevado a reformular algunas de las posturas y lecturas abordadas por aquellos autores que marcaron el camino para su conocimiento arqueológico; y, por otro, la escasez de excavaciones en extensión, pues la realidad es que a excepción de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva), donde se conoce

un destacado porcentaje de su entramado (Toscano y Campos 2018), el resto de evidencias arqueológicas empleadas para definir el urbanismo de la protohistoria del suroeste peninsular se limita a la excavación de excepcionales edificios de cierta complejidad, caso de El Carambolo (Camas, Sevilla), *Caura* (Coria del Río, Sevilla) o Montemolín (Marchena, Sevilla), pero que en ningún caso se asociaron al problema urbano que aquí nos atañe, pues, si bien nos permiten caracterizar las categorías de asentamiento y analizar la arquitectura del I Milenio a.C., parece que todavía están lejos de ofrecer una nutrida información acerca de la morfología urbana que caracteriza a los asentamientos de la I Edad del Hierro del suroeste peninsular.

Sin embargo, nuestro interés en esta ocasión no se centra tanto en el análisis de aquellos estudios que han afrontado el nacimiento del urbanismo en la península ibérica, sino en conocer los criterios que se han establecido para determinar qué enclaves cumplen o no con las pautas para ser considerados ciudades, pues estos servirán de guía a la hora de abordar el análisis de los asentamientos documentados en el valle medio del Guadiana, pudiendo así considerar si éstos forman parte, o no, de un sistema de organización urbano.

Para ello, tomaremos como base los criterios recientemente publicados por García Fernández y Ferrer en su trabajo *Los orígenes del urbanismo en el Bajo Guadalquivir* (2021), donde se establecen cuatro principios que no dejan de ser el resultado de la combinación de trabajos anteriores en los que se afrontaba el estudio del origen del urbanismo en el suroeste peninsular (Ruiz Mata 2001; González Wagner 2007) y las evidencias arqueológicas documentadas en la última década sobre las que sustentan estos postulados (García Fernández y Ferrer 2001: 145). Así, para considerar la existencia de vida urbana y caracterizar a un asentamiento como ciudad, deben cumplirse los siguientes criterios demográficos, morfológicos y estructurales: la existencia de una población densa y jerarquizada en la que se detecte una diversificación de las actividades económicas, donde el peso no recaiga en la producción agropecuaria y en la que existan evidencias de comercio y redistribución de recursos; que cuente con una red de enclaves menores bajo su gestión y que, por último, esté dotada de un conjunto de elementos constructivos (muralla, santuarios, áreas artesanales, almacenes, etc.) cuya funcionalidad esté claramente diferenciada. A esto habría que añadir que esos núcleos urbanos deben estar interconectados con otros centros similares porque de otro modo estaríamos hablando de verdaderas ciudades-estado.

Con los criterios objeto de análisis sobre la mesa, solo nos queda un aspecto por tratar antes de adentrarnos en el examen del poblamiento del valle medio del

Guadiana durante la I Edad del Hierro. Nos referimos a la definición de Tarteso, un ejercicio que consideramos en estos momentos necesario a la luz de la discusión que de nuevo se cierne sobre los límites geográficos y cronológicos de esta cultura (una visión actualizada de cada uno de los postulados en Celestino y Rodríguez González (eds.) 2023).

Aunque la discusión parte de algunos trabajos previos (Celestino, 2009, 2014; Celestino y López-Ruiz 2016), lo que ha provocado el renacimiento de este debate no son otras que las nuevas líneas de investigación surgidas a raíz del descubrimiento y publicación de los primeros estudios sobre el yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz). Gracias al excelente estado de conservación de este edificio y a los restos materiales que están siendo recuperados en su excavación (Celestino *et al.* e.p.), se han podido retomar algunas líneas de investigación que, durante décadas, habían quedado silenciadas bajo el manto del *Orientalizante* (Celestino 2005), hoy devuelto a su sentido original, el puramente artístico (Rodríguez González 2020). Entre ellas sobresale la hipótesis que defiende la extensión de Tarteso más allá de su núcleo, el valle del Guadalquivir, y en momentos posteriores a la Crisis del Siglo VI a.C. (Celestino 2023; Celestino y López Ruiz 2020; Monterroso *et al.* 2023; Rodríguez González 2022, 2023; Zarzalejos 2023a, 2023b), fecha en la que algunos autores fijan el final de Tarteso y el surgimiento del mundo turdetano (Ferrer y García Fernández 2019).

Pero, ¿qué es realmente Tarteso? Ninguno de los investigadores que nos dedicamos al estudio de esta cultura somos ajenos a la siguiente realidad: desconocemos por completo cómo se denominaban las sociedades que poblaban el suroeste peninsular durante la I Edad del Hierro. El único testimonio que poseemos para identificarlas nos lo han brindado las fuentes clásicas, donde diversos autores, en diferentes pasajes, repiten el uso del etnónimo *Tartessos*, diversidad que, en ocasiones, ha transmitido una información contradictoria y bastante confusa. Así, dada la variedad de contextos en los que se documenta, Tarteso ha gozado a lo largo de la historia de su investigación de diversos significados. Si bien en los primeros estudios aparece identificado con una ciudad (una visión de la evolución historiográfica de Tarteso en Álvarez Martí-Aguilar 2005), en la actualidad buena parte de la comunidad científica coincide en definirlo como la cultura del suroeste peninsular resultado de la hibridación entre fenicios e indígenas a partir de finales del siglo IX a.C. (Campos y Alvar (eds.) 2013), siendo únicamente sus límites territoriales y cronológicos los que siguen siendo objeto de discusión.

Ante estas circunstancias, debemos reconocer las limitaciones de las fuentes literarias en las que

difícilmente encontraremos respuesta a la extensión histórica y espacial de Tarteso, por lo que debemos servirnos de la arqueología para ir un paso más allá en su caracterización. En este sentido, no es la primera vez que afrontamos este ejercicio, pues en los últimos años y, con ello, en las últimas publicaciones (una síntesis en Rodríguez González 2022), es ya un hecho recurrente que expongamos nuestros argumentos para defender unos límites territoriales de Tarteso que van más allá de su núcleo.

Con el objetivo de no sonar repetitivos, les proponemos en esta ocasión un simple ejercicio: olvidemos el término Tarteso y analicemos de forma anónima la cultura material que se documenta en los territorios que se corresponden con Huelva y los valles del Guadalquivir y del Guadiana, entre los siglos IX - V a.C. Las relaciones y vínculos que se establecen entre ellos son claras, como así lo atestiguan la pervivencia de símbolos como los altares en forma de piel de bóvido, que muestran unas mismas creencias religiosas, o los rituales de cremación presentes en las necrópolis de estos territorios; por no detenernos a enumerar la cantidad de objetos materiales documentados en ambas regiones y que los hacen deudores de un mismo ámbito cultural. Conjuntos como los marfiles aparecidos en las necrópolis de Carmona (Sevilla) o los recuperados en la necrópolis de El Pozo (Medellín, Badajoz) y el edificio de Casas del Turuñuelo, así como los juegos de jarro y brasero, presentes en contextos como la necrópolis de La Joya (Huelva) y el santuario de Cancho Roano son una buena muestra de ello.

Así mismo, el análisis de los contextos arqueológicos nos muestra una clara conexión entre los valles del Guadalquivir y del Guadiana, pues no será hasta la Crisis del siglo VI a.C. cuando el Guadiana Medio experimente un marcado aumento demográfico que se verá traducido en la aparición de un característico modelo de poblamiento (Rodríguez González 2018a) encabezado por los denominados *edificios tartésicos ocultos bajo túmulo* cuya planificación y arquitectura tiene sus paralelos más cercanos en los edificios ubicados en el valle del Guadalquivir, caso del santuario de El Carambolo, o en la costa atlántica peninsular, donde el mejor ejemplo lo encontramos en Abul (Portugal) (Rodríguez González 2018b).

De ese modo, si observamos únicamente los elementos que componen la cultura material documentada en el suroeste de la península ibérica entre los siglos VIII - V a.C., no parece que haya muchas dudas en afirmar que todo el territorio forma parte de un mismo horizonte cultural que nosotros hemos englobado bajo el término de Tarteso. Por ello, para que el ejercicio propuesto sea efectivo, debemos tomar con mucha cautela los variados significados y los diversos contextos en los que este

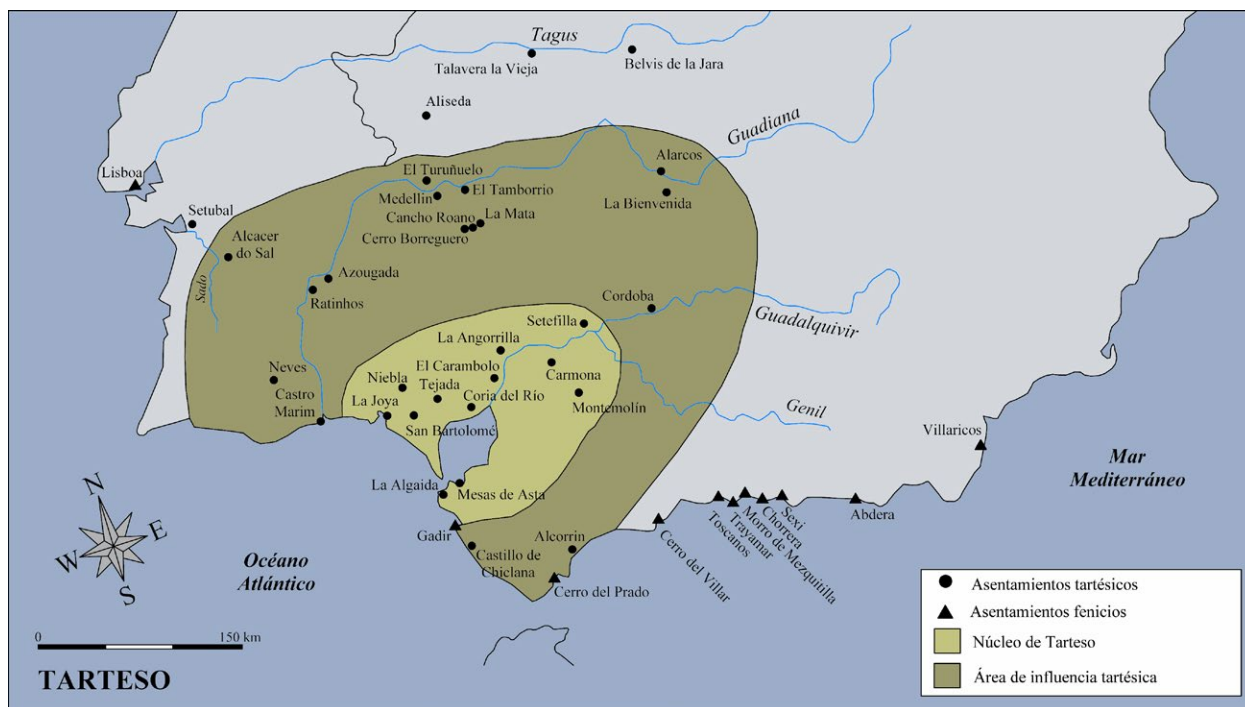


Figura 1. El territorio de Tarteso (elaboración propia).

término aparece mencionado en las fuentes clásicas. De ese modo, podemos concluir que Tarteso es una construcción actual, un término que los historiadores hemos tomado de las fuentes literarias grecolatinas para denominar a un territorio y a la población que en él habita ante la falta de documentación escrita que nos permita ir un paso más allá en la denominación de estos grupos sociales (Fig. 1). Solo el hallazgo de restos epigráficos y el desciframiento de la denominada escritura tartésica o del suroeste, nos permitiría, quizás, concretar la denominación que recibían las comunidades o grupos sociales del suroeste peninsular durante la I Edad del Hierro, los cuales, sin otra alternativa, han quedado englobados bajo el término de “Tarteso”.

Evidencias de urbanismo en el valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro

El análisis del poblamiento del valle medio del Guadiana nos ha permitido documentar la existencia de una serie de características compartidas con los enclaves documentados en el núcleo de Tarteso y otras particularidades que son exclusivas de cada uno de los territorios que configuran el suroeste de la península ibérica. Esta es una de las principales singularidades de Tarteso, su diversidad. Así, ya hemos manifestado en anteriores ocasiones como el “Tarteso” de Huelva presenta diferencias con respecto al “Tarteso” del Guadalquivir y, por supuesto, al del Guadiana, pues el transcurso del tiempo y las raíces culturales de

cada uno de los territorios en los que esta cultura se desarrolla juegan un importante papel en su formación y evolución (Rodríguez González 2018a: 14, 2022: 24; Celestino 2023).

Dicha diversidad se detecta, entre otros aspectos, en los modelos de organización territorial, donde cada región cuenta con un sistema de poblamiento adaptado al entorno geográfico en el que se localiza, a las necesidades de la población y su organización social y a los recursos económicos que ofrece cada uno de los territorios, razón por la cual consideramos, como ya hemos manifestado en el epígrafe anterior, que los criterios aplicados al estudio y análisis de una región no siempre resultan los más adecuados para conocer y examinar el territorio vecino, a pesar de que el sustrato cultural que ambos presenten sea el mismo. Un buen ejemplo de ello lo constituye el análisis del urbanismo de la I Edad del Hierro en el valle medio del Guadiana, un territorio que se desarrolla en especial durante el periodo final de Tarteso, ya con un modelo de poblamiento con personalidad propia.

Los diversos estudios realizados en torno al poblamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro han definido la existencia de tres categorías de asentamiento: los enclaves en alto englobados bajo el término *oppida*; los asentamientos en llano, entre los que se diferencian poblados y aldeas o granjas en función de sus dimensiones; y los *edificios ocultos bajo túmulo*, grandes construcciones que tras su abandono

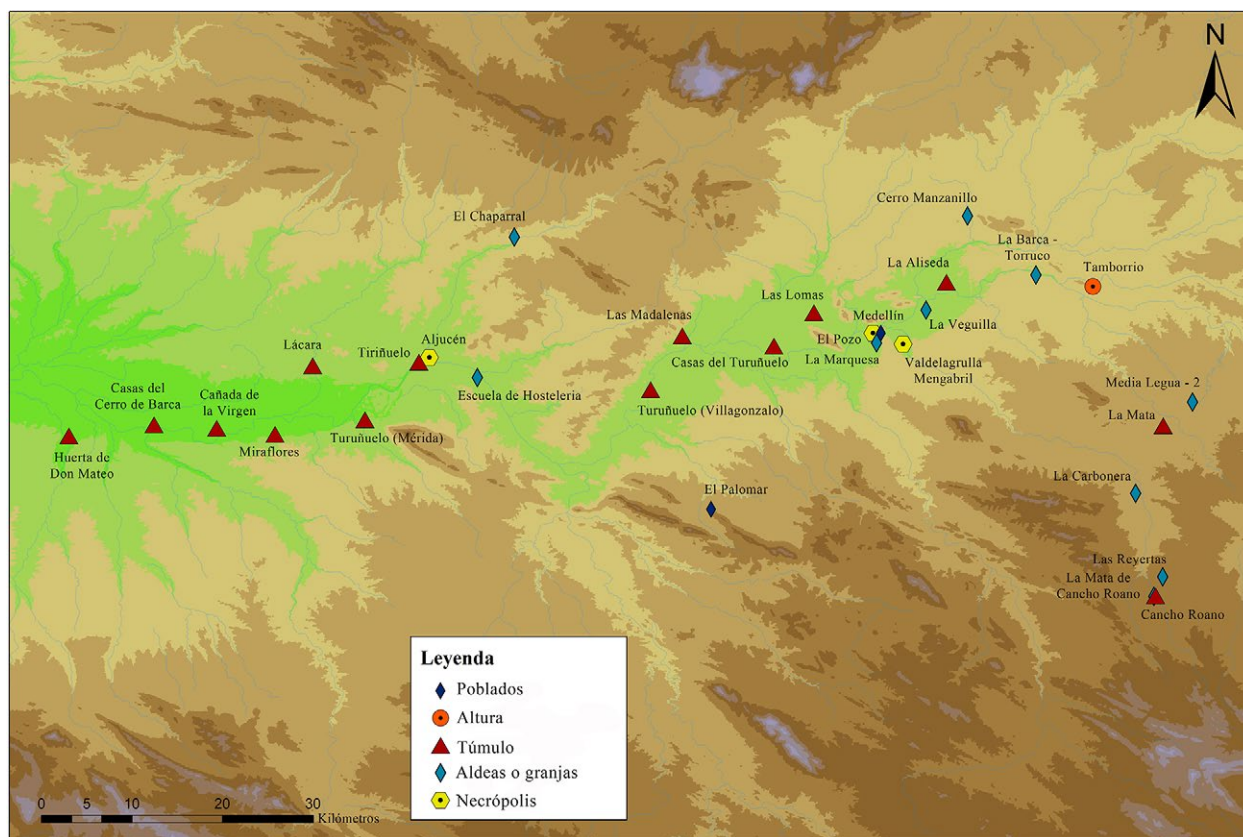


Figura 2. El poblamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro (elaboración propia).

son ocultadas bajo grandes tumbos de tierra (una actualización reciente en Rodríguez González 2022) (Fig. 2).

Dentro de estas tres categorías, son escasos los asentamientos que han podido excavarse en extensión, de modo que disponemos de una escasa información arqueológica para caracterizar el urbanismo protohistórico de la cuenca media del Guadiana. De ese modo, para abordar este reto, hemos seleccionado tres casos de estudio pertenecientes a la provincia de Badajoz: el Tamborrio (Villanueva de la Serena), El Palomar (Oliva de Mérida) y Medellín, por ser los yacimientos más representativos. Para ello, partiremos de la hipótesis que defiende la aparición del urbanismo en el valle del Guadalquivir en el siglo VII a.C., desde donde se extenderá a las regiones limítrofes (García Fernández y Ferrer 2021: 154), aplicando en el análisis los criterios arriba enumerados para determinar si existen evidencias de urbanismo en la etapa final de Tarteso.

El oppidum de El Tamborrio (Villanueva de la Serena, Badajoz)

La primera noticia acerca de la existencia de un asentamiento en el denominado Cerro del Tamborrio fue publicada en el año 1986 en la *Revista de Estudios*

Extremeños. Se trataba de la presentación de un lote de cerámicas recuperadas durante las tareas de prospección realizadas en el enclave. Su estudio permitió caracterizar este yacimiento como un *oppidum* de la II Edad del Hierro, entrando así a engrosar la lista de los asentamientos que conformaban la denominada ‘Cultura de los Castros’ de Extremadura (Almagro-Gorbea y Lorrio 1986).

Años después, con motivo de la celebración de la exposición *Extremadura, Fragmentos de Identidad* celebrada en la localidad de Don Benito, se dio a conocer una figura de bronce, tipo *reshef*, documentada, al parecer, durante las labores de construcción de los dos depósitos de agua localizados en la parte superior del cerro (Jiménez Ávila 1998). Sin embargo, no ha sido hasta los trabajos de reparación y mantenimiento de los depósitos, efectuados en el año 2009, cuando se ha dado a conocer la primera secuencia estratigráfica de este enclave (Fig. 3a).

Dichos trabajos contemplaban la intervención tanto en la plataforma de los depósitos como en la ladera norte, donde se proyectó la instalación de una tubería de agua. La secuencia estratigráfica recuperada permitió diferenciar tres momentos de ocupación del enclave: uno contemporáneo, otro adscrito a la II Edad del Hierro, fechado entre los siglos IV – III a.C. (Periodo II)

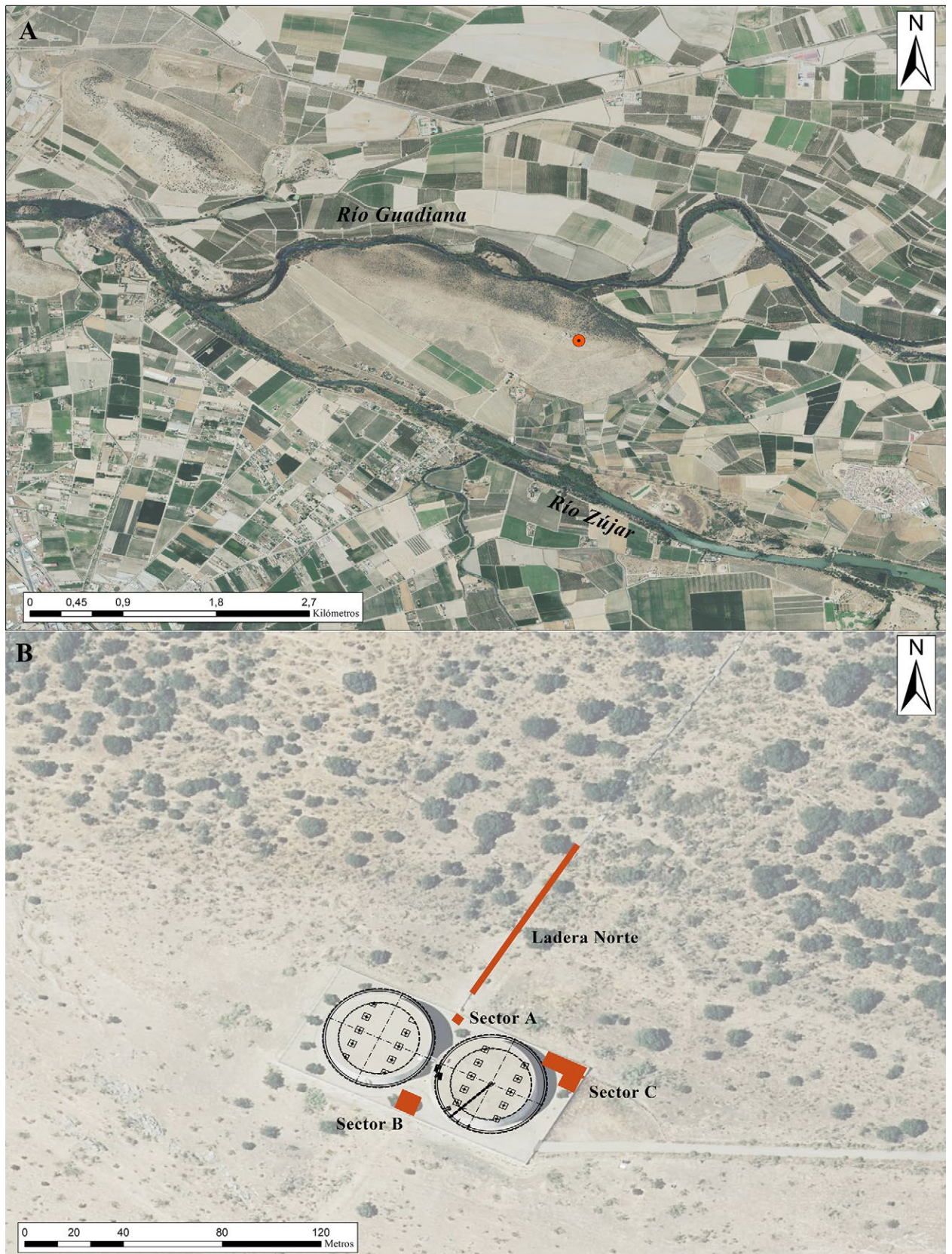


Figura 3. A. Mapa de localización del Cerro de El Tamborrio. B. Mapa de localización de los sondeos realizados en Cerro de El Tamborrio en el año 2009 (elaboración propia).

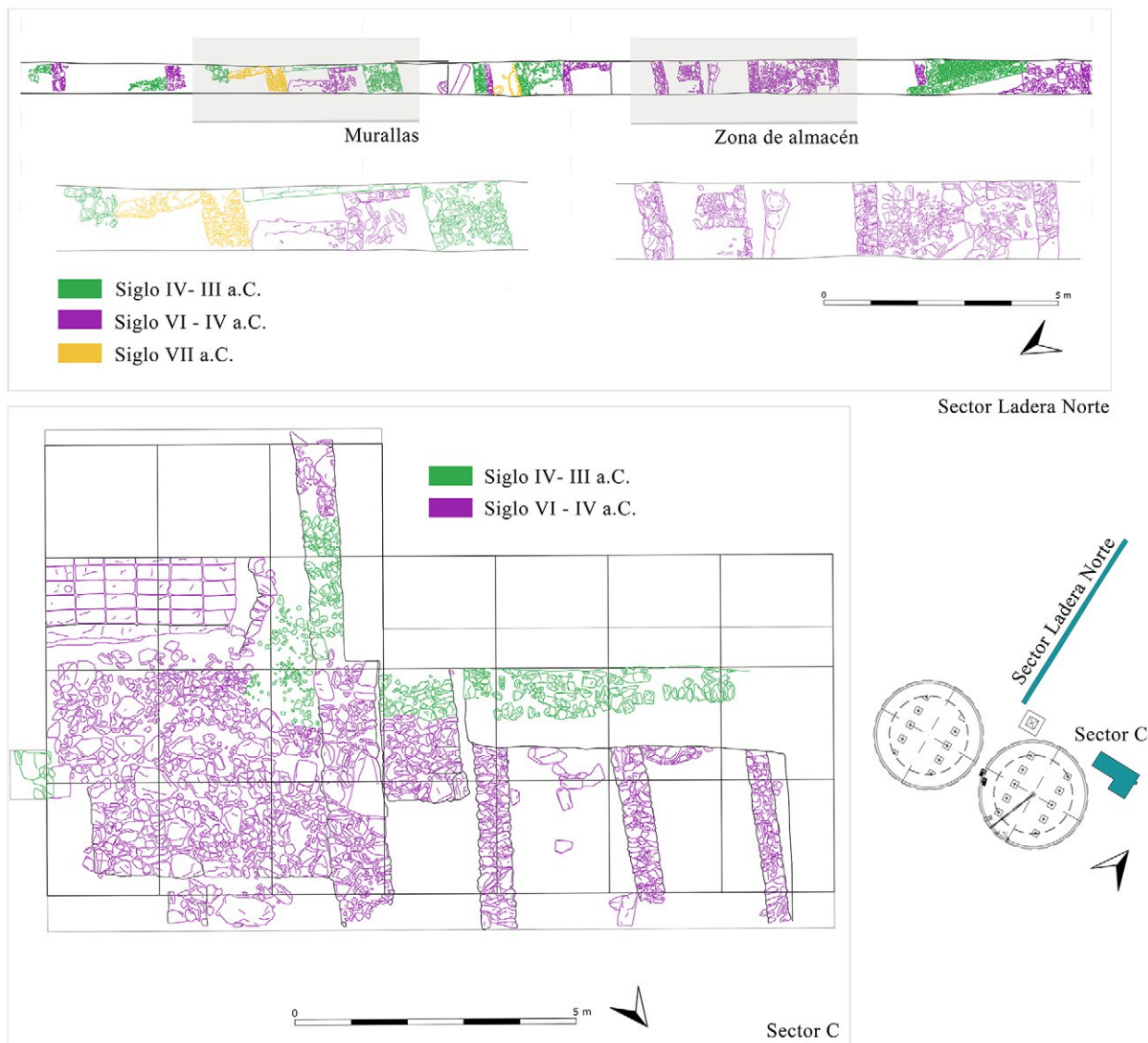


Figura 4. Planimetrías de los restos constructivos documentados en los Sectores C y Ladera Norte del yacimiento de El Tamborrio (Villanueva de la Serena, Badajoz) (elaboración propia a partir de los datos recogidos en la memoria de excavación cedida por la empresa de arqueología ARQUEPEC S.L.).

y, por último, dos momentos que se circunscriben a la I Edad del Hierro: el denominado Periodo III, fechado entre los siglos V - IV a.C., y el Periodo IV, con niveles de ocupación de los siglos VII - VI a.C. (Walid y Pulido 2013: 1183) (Fig. 3b).

La secuencia correspondiente a los siglos VII - VI a.C. (Período IV), únicamente quedó documentada en el Sector B, donde pudieron catalogarse los restos de un muro y de un pavimento de arcilla apisonada, y en Sector Ladera Norte (LN), donde se recuperó parte del lienzo de muralla construida a partir de un zócalo de piedra sobre el que descansa un alzado de adobes que presentan un módulo de 45 x 55 cm. Adosado al lienzo, pero bajo el perfil, se localizó una estructura rectangular que ha sido interpretada como uno de los bastiones de la muralla (Walid y Pulido 2013: 1194). La

importancia de este hallazgo radica en que se trata, hasta la fecha, de la única y más antigua estructura defensiva documentada en un enclave de la I Edad del Hierro del Guadiana Medio.

En lo que a los niveles de los siglos V - IV a.C. (Período III) respecta, las evidencias constructivas documentadas en las intervenciones arqueológicas son mucho más destacadas. Aunque en la secuencia del Sector A se recuperaron los restos de dos muros y un pavimento de arcilla apisonada, sobre estos hallazgos sobresalen las evidencias recuperadas tanto en las excavaciones del Sector C como en el amplio sondeo practicado en la ladera norte de la elevación.

El Sector C se localiza al noreste de la plataforma sobre la que se disponen los depósitos. En su secuencia se

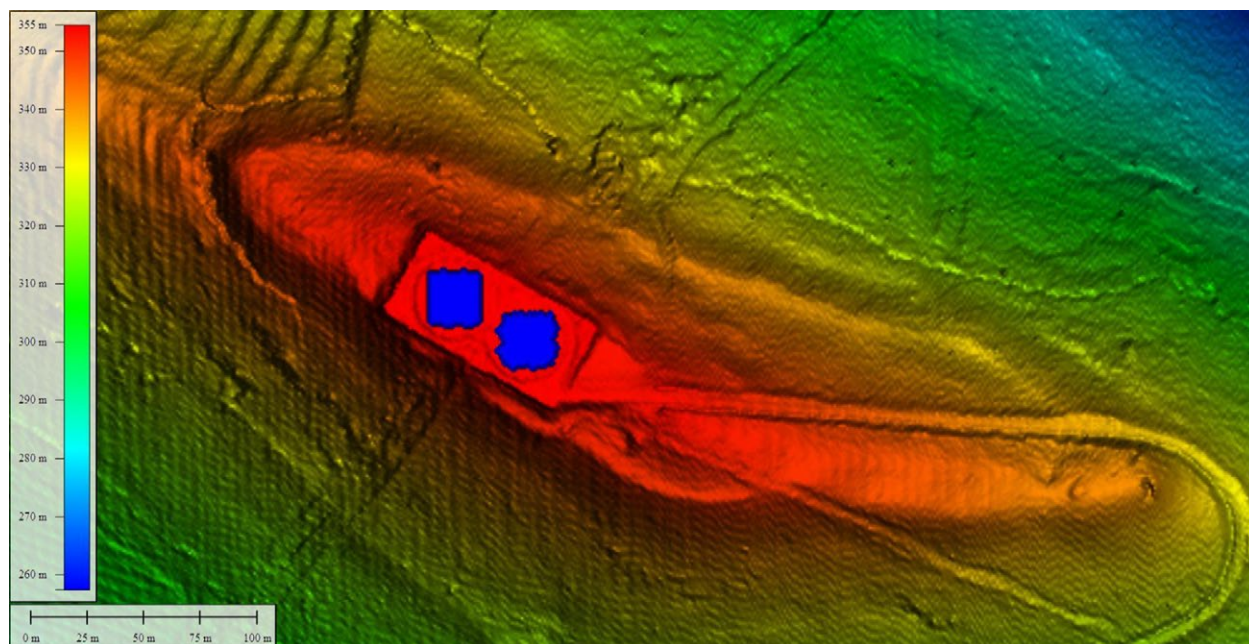


Figura 5. Modelo Digital del Terreno del Cerro de El Tamborrio (Villanueva de la Serena, Badajoz). Obra derivada del LiDAR-PNOA 2016 CC-BY 4.0. cortesía del Instituto Geográfico Nacional generada mediante software Globalmapper 19. (Modelo elaborado por Patricia. Unidad de investigación y transferencia en Ciencias del Patrimonio. Universidad de Córdoba).

recuperaron varias estructuras que por sus dimensiones y disposición han sido identificadas con una acrópolis (Walid y Pulido 2013: 1189). Entre los restos se diferencian dos ámbitos separados por una estructura que funciona a modo de escalera. Así, en la zona Este del corte se localiza uno de los accesos al edificio, un espacio abierto que comunica, mediante un vano, con una plataforma, un espacio de carácter semiprivado en el que se localiza la estructura interpretada como una posible piscina cuyo pavimento está fabricado mediante un mortero de tierra apisonada en el que se dibujaron, mediante incisiones, la retícula que imita un pavimento de losas. Mientras, en el extremo contrario, la zona Oeste del corte, se definen varias estructuras que delimitan, al menos, tres estancias cuya excavación no pudo finalizarse al perderse parte de las mismas bajo el perfil. Por su localización y relación directa con las estructuras antes descritas, fueron interpretadas como habitaciones de carácter privado estrechamente relacionadas con el área pública y la piscina lustral localizadas en el área Este de la excavación (Walid y Pulido 2013: 1189-1191).

Junto a los restos recuperados en la parte más elevada del cerro, son las estructuras documentadas en el Sector LN las que mejor muestran la planificación constructiva de este poblado para el Período III, aquel que se extiende entre los siglos V – IV a.C. Gracias a la disposición que presentaba este corte, con 65 m de longitud, pudo registrarse el sistema de aterramiento empleado para disponer las estructuras y salvar la abrupta pendiente que la elevación presenta en este punto (Fig. 4).

Los diferentes ámbitos, destinados muchos de ellos al almacenaje como pudo comprobarse por la conservación de algunas ánforas *in situ*, estaban separados por espacios de tránsito que se comunican mediante pequeñas escaleras dispuestas para salvar el desnivel entre un espacio y el contiguo. De todas las habitaciones localizadas, ninguna de ellas pudo excavar en extensión debido a que la anchura del corte no superaba los 1,5 m, el espacio afectado por la instalación de la tubería.

Por otra parte, en la zona inferior del corte se recuperaron los restos de la muralla correspondiente al Período III del poblado. Aunque la muralla tiene la misma orientación que la estructura defensiva del Período IV, se localiza a 4 m al sur de ésta, lo que sugiere que la disposición planimétrica del poblado en los Períodos IV y III debió ser diferente. En esta ocasión, el lienzo está construido enteramente en piedra, cuarcitas de mediano y gran tamaño, parcialmente conservadas, pues sobre la muralla del Período III se dispuso la de la fase posterior (Período II). La localización tanto del lienzo de muralla como del resto de estructuras ha permitido calcular que la superficie del poblado alcanzaría las 7 hectáreas de extensión, llegando incluso a poder ocupar hasta 40 hectáreas si el control y los dominios del asentamiento se extienden a las elevaciones contiguas (Walid y Pulido, 2013: 1211), un hecho que solo futuros trabajos arqueológicos permitirán corroborar. No obstante, un estudio preliminar del terreno mediante el uso de la tecnología LiDAR, nos advierte del hipotético trazado de la muralla en torno a la parte más elevada del cerro,

delimitando una extensión de terreno que alcanza las 5 hectáreas (Fig. 5).

Por último, cabe resaltar que el tránsito entre ambas fases de ocupación del poblado (III y II) viene marcado por la presencia de un nivel de incendio (Walid y Pulido 2013: 1198) que coincide, a nivel cronológico, con el momento de abandono y destrucción de los *edificios ocultos bajo túmulo*, momento en el que se fecha el final de Tarteso en el valle medio del Guadiana, a finales del siglo V a.C.

El poblado de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz)

Las excavaciones del poblado de El Palomar se llevaron a cabo durante el año 1998. La construcción de la piscina municipal del municipio de Oliva de Mérida, alertó sobre la existencia de restos arqueológicos de cronología protohistórica al sur del actual núcleo urbano, unos trabajos que se compatibilizaron con las obras de remodelación de la carretera EX 335, lo que permitió excavar de forma simultánea dos áreas del poblado.

A pesar de que han transcurrido ya 25 años desde la ejecución de estos trabajos arqueológicos de urgencia, solo disponemos de una publicación preliminar de los resultados (Jiménez Ávila y Ortega 2001) a la que le han seguido pequeñas referencias en trabajos destinados a abordar el poblamiento en llano del Guadiana Medio (Jiménez Ávila y Ortega 2008; Jiménez Ávila 2016). Dadas estas circunstancias, ni contamos con un estudio de los materiales recuperados que permita fijar cronologías y definir las fases constructivas del poblado, ni disponemos de una planimetría completa de los sectores excavados donde se indiquen las dos fases constructivas que, según sus excavadores, tiene este asentamiento (Jiménez Ávila y Ortega 2001: 230).

De ese modo, solo disponemos de una planimetría en la que se recogen los restos constructivos aparecidos en el denominado Sector 1, el correspondiente al área afectada por la construcción de la piscina (Jiménez Ávila y Ortega 2008: 255, fig. 2), mientras que de las evidencias arquitectónicas del Sector 2, paralelo a la remodelación de la carretera, únicamente se ha dado a conocer la planimetría del edificio interpretado como un almacén localizado en el extremo sur del corte (Jiménez Ávila 2016: 93, fig. 14), lo que no nos permite establecer una relación espacial entre los restos aparecidos en las excavaciones de ambos sectores, ofreciendo así una valoración global sobre la planificación de este enclave y la posible existencia de un incipiente urbanismo (Fig. 6). Frente a ello, cualquier valoración sobre la estructura y características de este poblado deben hacerse en base a las descripciones aportadas por sus excavadores, a las que se suma un escueto aparato gráfico. Cabe esperar

que esta situación se revierta en un futuro próximo dada la importancia que la excavación de un poblado como el de El Palomar posee de cara a caracterizar el fenómeno urbano y las estructuras de los poblados del Guadiana Medio durante la I Edad del Hierro.

Entre los restos recuperados se indica la existencia de un planeamiento organizado a partir un sistema de calles, cuya anchura oscila entre los 3-4 m, muchas de ellas empedradas y dotadas de sistemas de drenaje. En torno a las calles se disponen los espacios domésticos, de planta cuadrangular, entre los que se diferencian casas de planta simple o compleja. Asociados a estos se han documentado varias estructuras de sección circular que han sido interpretadas, en diversas ocasiones, como hórreos de carácter doméstico para el almacenamiento del grano correspondiente a una familia (Jiménez Ávila y Ortega 2001: 232-235).

Junto a los espacios de funcionalidad doméstica, se han distinguido dos estructuras que por sus dimensiones y monumentalidad no pueden quedar incluidas dentro de la categoría de casas. La primera de ellas es un gran edificio de planta cuadrangular, con 7 m de lado, que abarca una superficie de 50 m². Tanto por su ubicación, pues se trata de un edificio exento dispuesto sobre un espacio abierto que ha sido interpretado como una plaza, como por su robusta arquitectura, esta construcción ha sido interpretada como un espacio de carácter cultural (Jiménez Ávila y Ortega 2001: 233). La interpretación preliminar de este espacio está llena de interrogantes, pues además de que ignoramos por completo el tipo de material recuperado durante su excavación, a la estructura documentada le faltan algunos de los elementos o atributos más característicos de los espacios definidos como 'sacros' (Arruda y Celestino 2009), caso suelos rojos, poyetes para las ofrendas, bancos corridos o altares, estructuras todas ellas presentes en otros ejemplos arquitectónicos de carácter cultural dentro del poblamiento de la I Edad del Hierro en el valle medio del Guadiana, fundamentales para acreditar el carácter sacro de un espacio.

La segunda estructura se corresponde con un edificio localizado en el extremo suroccidental del Sector 1. Aunque en diversas ocasiones se ha sugerido su posible uso primario como muralla de casernas (Jiménez Ávila y Ortega 2001: 234; Jiménez Ávila 2016: 90-91), a falta de un estudio detallado tanto de las fases constructivas como del material asociado a esta estructura, por su planta y analogías arquitectónicas parece tratarse de un edificio destinado al almacenaje. De planta rectangular, parece que en origen contó con un total de 14 naves, a pesar de que durante la excavación solo pudieron identificarse diez de ellas. Están dispuestas en paralelo y tienen una superficie aproximada de unos 6 m²; cada una de las naves comunica a través de un vano

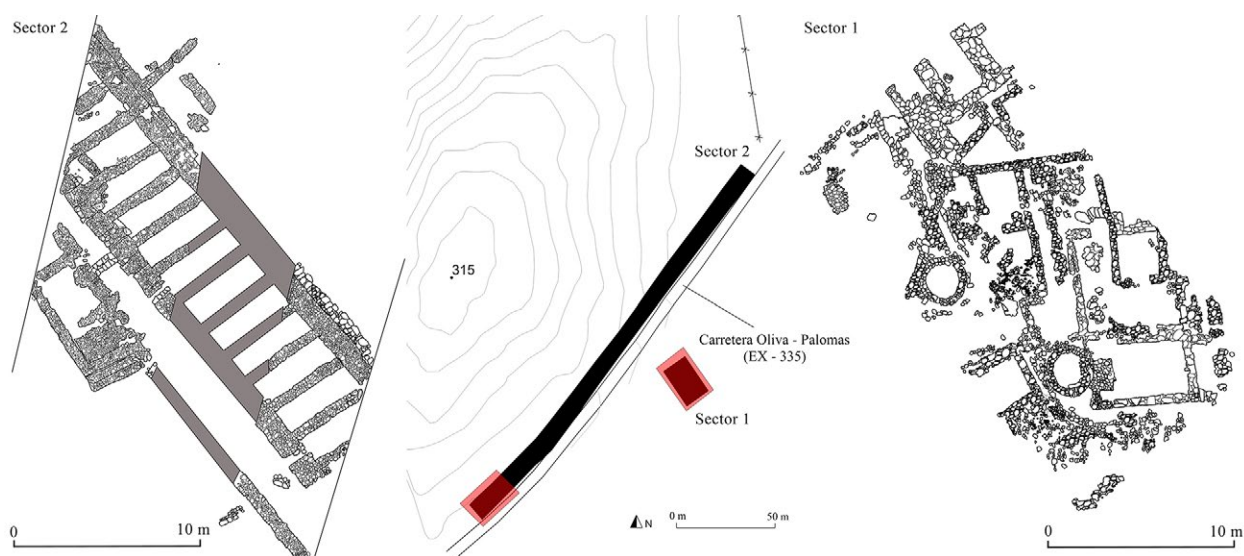


Figura 6. Área de excavación y planimetría de los restos constructivos documentados en las excavaciones del poblado de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz). (Elaboración propia a partir de Jiménez Ávila y Ortega 2008: 255, fig. 2 y Jiménez Ávila 2016: 93, fig. 14).

con un pasillo longitudinal que actúa como corredor. Por último, la presencia de los restos de una escalera ha llevado a sugerir la posible existencia de un segundo piso en este edificio (Jiménez Ávila y Ortega 2001: 234).

Por último, es interesante destacar la existencia de un taller metalúrgico localizado frente al edificio de planta cuadrangular interpretado como un espacio cultural. Entre los restos recuperados destaca la existencia de un horno al que se asocian algunas estructuras excavadas en el suelo que parece que estuvieron destinadas al vertido de la combustión. En sus proximidades se recuperaron además varios fragmentos de toberas y moldes que certificarían la existencia de un centro de actividad metalúrgica en el poblado (Rovira *et al.* 2005). Los restos parecen pertenecer a la fase más antigua del yacimiento, aunque carecemos de pruebas arqueológicas para poder verificarlo, al mismo tiempo que desconocemos con qué otras estructuras conviviría esta área de producción.

La lectura extraída de la interpretación de los restos constructivos documentados en El Palomar ha llevado a sus excavadores a considerarlo como un “poblado en llano abierto y extenso, urbanísticamente organizado en viviendas cuadrangulares, calles y edificios públicos” (Jiménez Ávila y Ortega 2001: 237), fechado entre finales del siglo VII a.C. y finales del siglo VI a.C. (Jiménez Ávila y Ortega 2008: 257-258). No entraremos a valorar, por el momento, la caracterización como espacio urbano otorgado a este enclave; sin embargo, si nos gustaría poner una nota de atención a la cronología otorgada al yacimiento, pues consideramos que sin un

estudio de los materiales recuperados en los trabajos de excavación resulta aventurado establecer unas fechas tan concretas para el desarrollo de este enclave que siempre ha sido el punto discordante en el mapa del poblamiento del valle medio del Guadiana.

De oppidum a poblado en llano: el ejemplo de Medellín (Badajoz)

Desde el descubrimiento de la necrópolis de El Pozo de Medellín, muchos autores han dado por sentado que el poblado vinculado a la misma debía localizarse en el vecino Cerro del Castillo, dado que se trata de la elevación más próxima a este espacio funerario (Almagro-Gorbea 1977: 415, 2008; Rodríguez Díaz y Enríquez 2001: 159; Rodríguez Díaz 2009: 103; Rodríguez Díaz *et al.* 2018: 227). Pero a pesar de los esfuerzos realizados para localizar los restos del *oppidum* en dicha elevación, donde se han efectuado casi una decena de intervenciones arqueológicas -incluidas todas aquellas derivadas de la exhumación íntegra del teatro romano que se erige sobre su ladera sur- (Fig. 7), seguimos sin contar con restos constructivos que permitan certificar la existencia de un asentamiento en este punto de la geografía del valle del Guadiana (Rodríguez González 2022: 120). Frente a ello, en ocasiones anteriores hemos sugerido que la ubicación del poblado asociado a la necrópolis se situaría bajo el municipio actual de Medellín (Celestino 2005: 771; Rodríguez González 2022: 120, 2023: 564). Sin embargo, las evidencias arqueológicas de las que disponíamos para argumentar esta hipótesis seguían siendo débiles ante la falta de publicaciones en las que se recogieran los resultados

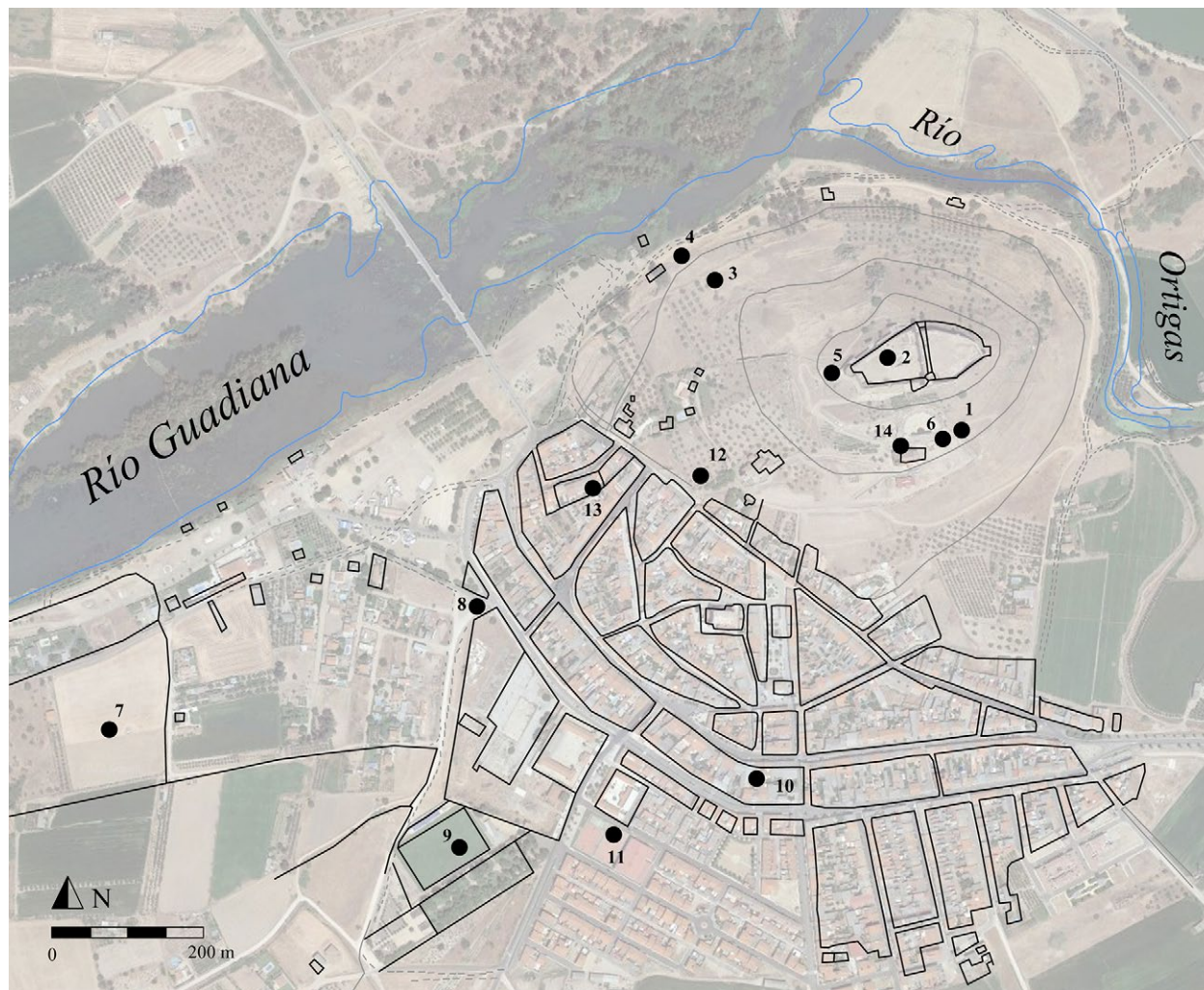


Figura 7. Planimetría del actual municipio de Medellín (Badajoz) donde se indican las intervenciones arqueológicas publicadas hasta la fecha donde se ha localizado material de la I Edad del Hierro. 1. Cata Este del Teatro. 2. Patio Occidental del Castillo. 3. Corte 1 (1991). 4. Corte 2 (1991). 5. SMRO (2012). 6. Sondeo Orientalizante. 7. Necrópolis de El Pozo. 8. Calle Mayor. 9. Antiguo Campos de Fútbol. 10. ‘La Abuela’. 11. Cuartel de la Guardia Civil. 12. Portaceli. 13. Calle Nueva. 14. Sondeo de la Iglesia de Santiago (elaboración propia).

derivados de las múltiples excavaciones de urgencia que se han realizado en los últimos años en el casco urbano de la ciudad.

Hasta la fecha, y a pesar del destacado número de intervenciones en las que se han documentado restos de la I Edad del Hierro, solo se han dado a conocer, recientemente, parte de los resultados obtenidos en una de ellas (Guerra *et al.* 2022). Nos referimos a la publicación de parte de los resultados alcanzados en los trabajos realizados entre 2016 y 2017 en el número 3 de la calle Nueva, donde se han podido documentar los restos de varias construcciones fechadas por sus excavadores entre los siglos VII – VI a.C. (Guerra *et al.* 2022: 795), una cronología preliminar si tenemos en cuenta que el estudio de los materiales arqueológicos asociados sigue sin publicarse. Este solar se localiza muy próximo al de Portaceli, donde tiempo atrás también se recuperó un

interesante lote de materiales de la I Edad del Hierro (Jiménez Ávila y Haba 1995; Rodríguez González *et al.* 2019) o de la Avenida del Guadiana y las calles México y Pedro Alvarado, donde diversas actuaciones, como la instalación de un nuevo sistema de tuberías para el saneamiento de las aguas pluviales, ha vuelto a mostrar la existencia de restos arqueológicos adscritos a la I Edad del Hierro que refuerzan la hipótesis sobre la existencia de un poblado protohistórico en llano bajo el actual municipio de Medellín.

Por desgracia, los datos dados a conocer sobre los restos constructivos aparecidos en el solar número 3 de la calle Nueva son pocos y bastante confusos, pues en el texto presentado los autores se limitan a recoger la información contenida en la memoria de excavación, donde se realiza una descripción de los niveles protohistóricos excavados que se sustenta



Figura 8. Restos constructivos de la I Edad del Hierro aparecidos en las excavaciones del solar nº 3 de la calle Nueva de Medellín (según Guerra y Collado 2020: 292, fig. 3).

en la exposición y descripción de las unidades estratigráficas documentadas. Así, el trabajo carece de su correspondiente estudio de materiales, fundamental para determinar la cronología y funcionalidad de los espacios excavados; de una planimetría que ayude al lector a seguir con claridad la secuencia estratigráfica descrita; y, por supuesto, una valoración global de los resultados alcanzados en la que se especifique tanto las fases constructivas documentadas como la funcionalidad de los espacios excavados.

A pesar de ello, lo cierto es que los restos constructivos documentados en la calle Nueva de Medellín constituyen los primeros vestigios que acreditan la existencia de un poblado en llano bajo la actual localidad de Medellín. Por la información mostrada, la presencia de varias estructuras murarias, adosadas entre sí y a las que se asocian varios pavimentos de tierra apisonada, conservando algunos de ellos restos de hogares, parecen definir la existencia de varios espacios de planta cuadrangular y posible funcionalidad doméstica. Así mismo, estos trabajos han permitido caracterizar el tipo de aparejo empleado para la construcción de los paramentos a partir del uso de cantos de río trabados con barro (Guerra *et al.* 2022: 796) (Fig. 8) que sustentarían alzados de adobe coronados con techumbres fabricadas a partir de materia vegetal y mortero de tierra (Guerra y Collado 2020: 292).

Los restos aparecidos en el solar de la calle Nueva no son las únicas evidencias que se conocen de la arquitectura de la I Edad del Hierro de Medellín, aunque sí son los únicos publicados hasta la fecha. La publicación de un mapa actualizado del casco urbano de Medellín donde se incluyen las intervenciones arqueológicas realizadas en el siglo XXI en la localidad (Guerra *et al.* 2022: 798, fig. 24) permite conocer la abundancia de solares en los que se han documentado restos constructivos de cronología tartésica en este enclave; pero todos ellos, hasta la fecha, permanecen inéditos (Fig. 9). Esta circunstancia complica nuestra labor a la hora de caracterizar la presencia, o no, de urbanismo en un enclave como el de Medellín, hoy ya clasificado dentro del poblamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro como un poblado en llano cuyo papel principal dentro de la explotación y gestión del territorio se puede intuir a tenor de las diversas y ricas necrópolis que rodean al núcleo de población (Rodríguez González y Paniego 2021).

Con la documentación arqueológica disponible, resulta complicado definir la extensión que tendría el poblado en llano de Medellín. No obstante, gracias a los trabajos realizados en torno a la reconstrucción del paleocauce del Guadiana en este punto de su curso y la extensión de los hallazgos arqueológicos realizados hasta la fecha, hemos podido estimar una superficie

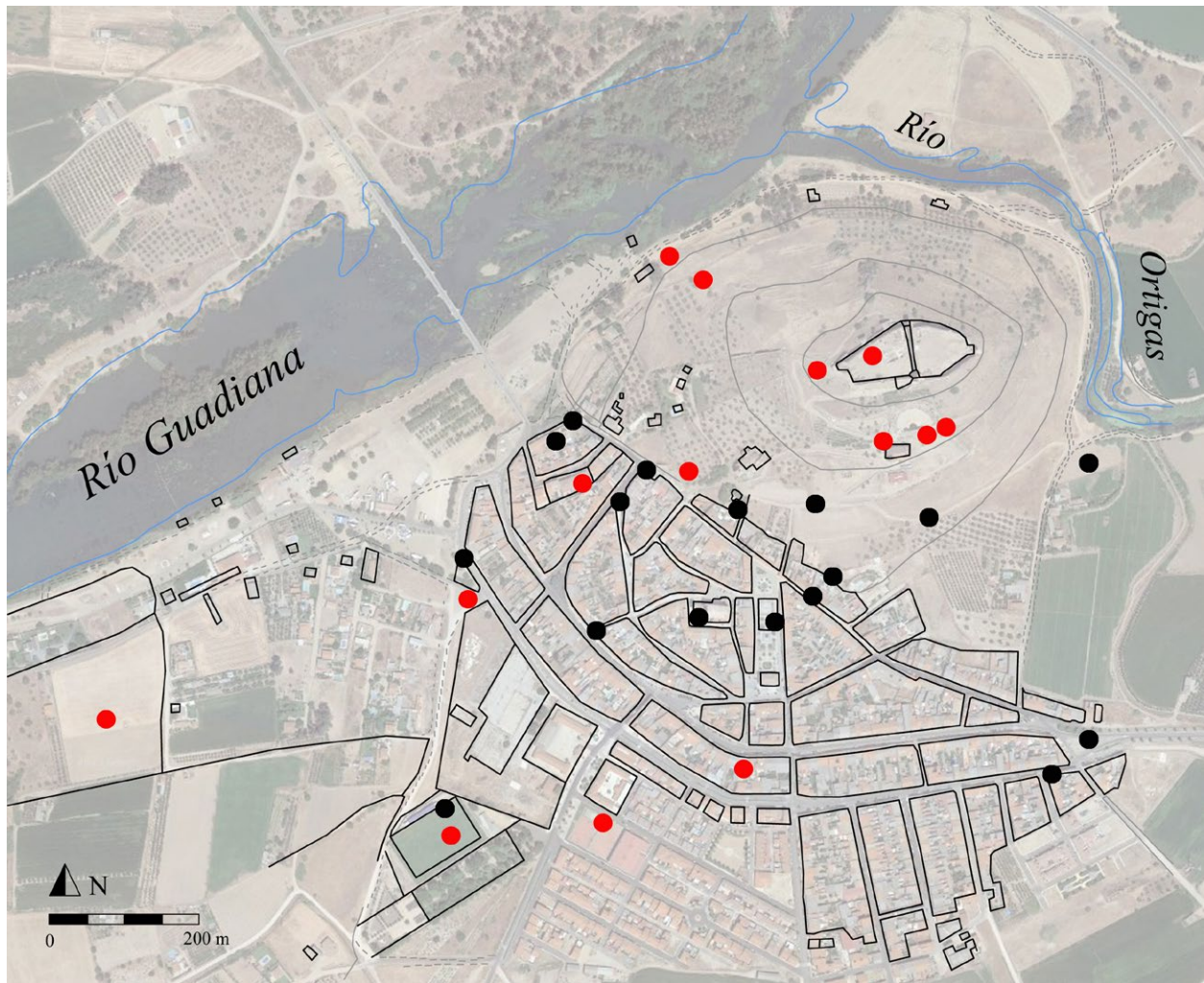


Figura 9. Planimetría del actual municipio de Medellín (Badajoz) donde se incluyen todas aquellas intervenciones arqueológicas (●) realizadas en las últimas dos décadas en cuyos niveles se han documentado restos del poblado protohistórico pendientes de estudio y publicación (elaboración propia a partir de Guerra *et al.* 2022: 798, fig. 24).

de unas 15 hectáreas (Rodríguez González 2023: 564), lo que lo convierten en el poblado de mayor extensión conocido hasta la fecha dentro del poblamiento del Guadiana Medio durante la I Edad del Hierro, pues se calcula que El Palomar no superaría las 4 hectáreas de superficie (Jiménez Ávila y Ortega 2001: 228). Como tarea pendiente para un futuro próximo queda el reto de comenzar a definir su entramado constructivo para determinar la posible existencia de una trama urbana en el planeamiento del poblado protohistórico de Medellín.

Los edificios tartésicos ocultos bajo túmulo, ¿un ejemplo de urbanismo?

Las construcciones monumentales documentadas en el entorno inmediato del valle medio del Guadiana, denominadas como *edificios tartésicos ocultos bajo túmulo*, son sin duda una de las particularidades que

diferencian claramente el poblamiento de esta zona del que conocemos en el valle del Guadalquivir y Huelva. Si bien, hay que tener en cuenta que estas grandes y ricas manifestaciones arquitectónicas surgen, como pronto, hacia mediados del siglo VI, con una pervivencia en el tiempo que roza los inicios del siglo IV a.C., ya en plena época turdetana en la zona andaluza. No vamos a insistir en la definición de estos originales edificios dada la abundancia de publicaciones en las que se aborda su distribución geográfica y sus posibles significados (Rodríguez González 2022, con bibliografía).

Lo cierto es que incluir el análisis de estos edificios dentro de un trabajo que aborda el estudio del urbanismo puede resultar osado, pues somos conscientes de lo complicado que resulta englobar este tipo de construcciones dentro de un sistema urbano. La razón es clara, pues se trata de construcciones únicas, edificios exentos que, aunque de grandes dimensiones

y conformados por múltiples espacios de diversa funcionalidad, carecen de la superficie, organización y entramado que posee un centro urbano y, por lo tanto, no cumplen el criterio morfológico para que puedan ser considerados como tales.

Sin embargo, algunos de los criterios que se han enumerado en la introducción de este trabajo, cuyo cumplimiento sería necesario para considerar la existencia de vida urbana, si aparecen reflejados en el registro arqueológico de estos monumentales edificios. Es en la enumeración de estos criterios donde queremos detenernos brevemente, pues su análisis puede resultar de gran utilidad para comprender la organización territorial y el funcionamiento político del poblamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro.

Valorar la capacidad demográfica de estas construcciones es una tarea complicada, pues al mismo tiempo que resulta muy difícil cuantificar el número de personas que podían habitar estos edificios –máxime si tenemos en cuenta que todos los túmulos han sido parcialmente desmontados por las modernas tareas agrícolas-, resulta complicado conocer por completo la ocupación de su territorio circundante dada la fuerte transformación que el paisaje ha sufrido en la última década, hasta el punto de que hoy parecen edificios completamente aislados en el paisaje. No obstante, cabe suponer la existencia de una nutrida comunidad, tanto por la necesidad de mano de obra capaz de afrontar la construcción de edificios de esta complejidad arquitectónica y técnica, por el propio mantenimiento de las instalaciones durante un espacio dilatado en el tiempo, como por pluralidad productiva de estos sitios, atestiguada tanto por la fabricación de los adobes y cerámicas, en las que las arcillas empleadas proceden del entorno del yacimiento, o por la existencia de escorias y crisoles que demuestran la presencia de una actividad metalúrgica en enclaves como el de Casas del Turuñuelo. Por último, los numerosos y variados conjuntos de pesas de telar y de fusayolas recuperados, junto a los numerosos restos de tejido, prueban el desarrollo de una importante actividad textil.

Asimismo, aspectos como el atesoramiento de las herramientas de hierro relacionadas con las actividades agrícolas, un detalle sobre el que hemos llamado la atención en ocasiones anteriores (Rodríguez González 2020b: 297), inciden en el papel protagonista que estas construcciones desempeñaron dentro del orden territorial, al mismo tiempo que nos muestra la estrecha vinculación que debió establecerse entre ellas y los enclaves de menor rango, caso de las aldeas o las granjas. Pero la capacidad política de estas construcciones queda además atestiguada tanto por su monumentalidad arquitectónica como por la presencia

de sistemas de contabilidad y registro, a lo que se suma el destacado volumen de importaciones recuperado de las excavaciones de edificios como Cancho Roano o Casas del Turuñuelo, elementos que nos marcan el relevante papel que este tipo de enclaves desempeñaron en el panorama comercial entre los siglos VI – IV a.C.

Por consiguiente, no caben muchas dudas sobre el destacado papel que estos edificios desempeñaron dentro de un sistema de poblamiento en el que, si bien no parecen estar del todo definidos los planteamientos de un urbanismo desde el punto de vista físico, si parece que comienzan a vislumbrarse las primeras evidencias de un urbanismo entendido como forma de vida, antecedente directo de una concepción de ciudad como “expresión material del modelo de vida urbano” (Eiroa 2022:10), que en el valle medio del Guadiana hace aparición a partir de un peculiar modelo de ocupación del territorio en el que los edificios que jalonan el cauce del Guadiana desempeñan un papel fundamental.

Una reflexión final a modo de conclusión

Extraer unas conclusiones válidas sobre la presencia de urbanismo en el poblamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro resulta una tarea aún inalcanzable en el estado actual de la investigación. Como punto de partida de esta reflexión que pretende sumarse al debate acerca del origen del urbanismo en la península ibérica, podemos afirmar que se puede considerar que la llegada de las primeras manifestaciones urbanas al suroeste peninsular coincide con la colonización fenicia, pero divergimos en hacer este fenómeno extensible a un mismo momento y a todo el territorio de Tarteso, pues las primeras manifestaciones en el Guadiana Medio no son perceptibles hasta, al menos, los últimos años del siglo VII a.C.

A pesar de los avances que ha experimentado la investigación en torno a la protohistoria peninsular, incluso en aspectos que atañen a la arquitectura y el urbanismo, lo cierto es que estamos todavía lejos de poder establecer un momento exacto para fijar sus primeras manifestaciones. Y lo cierto es que difícilmente llegaremos a alcanzar un consenso sobre el momento exacto en el que este fenómeno entró en nuestra historia por la diversidad de paisajes objeto de análisis y la variedad de manifestaciones culturales que configuran la protohistoria de la península ibérica, por lo que quizás, la opción más sabia, sea la de reconocer que cada territorio y cada sociedad responde a unos tiempos y modelos adaptativos que solo se verán equilibrados en aquellos momentos de la historia en los que un territorio se encuentra bajo el poder político de un mismo centro. Quizás el mejor ejemplo para comprender este hecho en la península ibérica

sea el sistema que implantó Roma tras la conquista. De ese modo, creemos que, en el estado actual de la investigación, resulta complejo establecer unos límites y unos parámetros para intentar definir el “urbanismo” de forma general para toda la protohistoria peninsular.

La falta de equilibrio entre las evidencias arqueológicas documentadas en los diversos territorios que integran el suroeste de la península ibérica durante la I Edad del Hierro, ha llevado a algunos autores a definir este estado incipiente como ‘protourbanismo’ (Bendala 1989: 135). Para diversos ámbitos de la Protohistoria, empezando por su propio nombre, es ya recurrente el uso del prefijo ‘proto’ para definir la casi consecución de un proceso que no ha terminado de culminar. Lo cierto es que resulta una solución muy práctica, pero, habitualmente, poco operativa o realista, pues en esencia, no es capaz de concretar un fenómeno como el que aquí nos ocupa.

A nuestro modo de entender, y en el estado actual de la investigación, aún son muy escasas las evidencias arqueológicas detectadas capaces de definir el urbanismo en Tarteso. Si bien podemos considerar que surgiría tras el inicio de la colonización de las costas del sur peninsular a partir del siglo IX a.C. por parte de los comerciales mediterráneos, su desarrollo y extensión por los diferentes territorios que integran el suroeste de la península ibérica no puede considerarse ni homogéneo ni gradual. De este modo, y bajo ningún concepto, podemos equiparar o comparar enclaves que han sido caracterizados como ‘urbanos’ en la campiña del Guadalquivir con los restos documentados en lugares como *Gadir* o algunas de las colonias fenicias de occidente, donde sí se detecta una clara y premeditada organización del espacio donde, en torno a un entramado, conviven los ámbitos públicos y privados. Quizás uno de los mejores ejemplos lo constituyan los restos documentados en las excavaciones del Teatro Cómico (Cádiz), donde se ha podido constatar la existencia de un claro proceso de evolución urbanística (Gener *et al.* 2014). No menos interés despierta el yacimiento de Doña Blanca, donde el concepto de ciudad cobra sentido al amparo de sus diferentes ámbitos de ocupación (Ruiz Mata 2022).

La ausencia de asentamientos excavados en extensión, comparables al conocido poblado de Tejada la Vieja, es quizás uno de los principales obstáculos a la hora de definir el ‘urbanismo’ en Tarteso. Para el caso de estudio que nos concierne, el análisis del valle medio del Guadiana entre los siglos VII – IV a.C., los casos de estudio expuestos permiten realizar una serie de apreciaciones gracias a las cuales podemos deducir que existió una “transición” desde un mundo exclusivamente rural a un horizonte urbano que se desarrolló en este territorio durante la I Edad del Hierro.

De los tres ejemplos reunidos en este trabajo, solo el enclave de El Tamborrio podría responder a un modelo de carácter urbano, con un planeamiento organizado en el que se ha podido comprobar cómo las diversas construcciones se adaptan a la orografía del terreno, como demuestra el sistema de aterramiento diseñado y construido para salvar el desnivel de la ladera norte de la elevación. Asimismo, se han podido determinar espacios con funciones diferenciadas que son un reflejo directo de una actividad económica diversificada. A ello se suma la presencia de un sistema defensivo, respetado en las diferentes fases de ocupación del asentamiento, que resalta la capacidad política que este enclave poseyó durante la protohistoria, con una superficie suficientemente extensa como para albergar una densa población. En definitiva, un enclave que cumple los criterios morfológicos y demográficos, así como sociales e ideológicos para englobarse dentro de la categoría de *oppidum* o “ciudad”.

Sin embargo, no creemos que esta circunstancia pueda extenderse al resto de los ejemplos expuestos, quizás porque ninguno de los dos poblados, ni El Palomar ni Medellín, han sido excavados en extensión y la falta de documentación arqueológica no nos permite contar con una panorámica de la organización interna de estos enclaves. No obstante, los datos que se han derivado de las intervenciones realizadas parecen apuntar a la existencia de un estrecho vínculo entre ambos asentamientos y el mundo rural, aunque existen aspectos, como el planeamiento del poblado o la existencia de una diversificación en las actividades desarrolladas en los mismos, que constituyen una antesala de la implantación de un modo de vida plenamente urbano.

El reflejo de que existe un modelo social jerárquico en el Guadiana Medio durante la I Edad del Hierro lo determinan los *edificios ocultos bajo túmulo*, que, si bien no responden a un planteamiento de ciudad, como vimos, reúnen muchos de los requisitos para ver en ellos un claro ejemplo de un modo de vida urbano. Su papel, dentro del modelo de poblamiento de este territorio, es fundamental, pues tanto por su localización en el paisaje, como por su monumentalidad y las extraordinarias piezas arqueológicas que atesoran, queda patente la importante función política que desempeñaron como gestores del territorio, complementando con ello las actividades y funciones desempeñadas desde el asentamiento principal, El Tamborrio, el único que, hasta la fecha, ocupa un espacio en altura que le permite dominar buena parte del territorio y dos de los ejes principales de comunicación, los ríos Guadiana y Zújar.

En definitiva, todo apunta a que la I Edad del Hierro constituye un período de transición entre la adaptación

a unos modos de vida urbanos y el surgimiento de la ciudad, propiamente dicha, en el suroeste de la península ibérica. Asimismo, hoy sabemos que este proceso no fue homogéneo ni regular en todo el territorio y las diferencias observadas entre los valles del Guadalquivir y del Guadiana son un buen reflejo de ello. De esta forma, las regiones más próximas a las colonias fenicias occidentales, se adaptaron de forma más rápida a los modelos urbanos que aquellos territorios más alejados del núcleo de Tarteso, donde el medio rural siguió teniendo un marcado protagonismo. Por todo ello, quizás sea prematuro generalizar a la hora de hablar de la existencia de un “urbanismo tartésico”. Para sistematizarlo deberíamos comenzar por emprender un análisis individualizado de los asentamientos, estableciendo unos criterios morfológicos independientes de los conceptuales, para así conseguir acotar las manifestaciones urbanas que caracterizan a la protohistoria del suroeste peninsular y de determinar en qué momento de la historia estos territorios pasaron del modo de vida urbano a la urbanización.

Agradecimientos

Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto del Plan Nacional “Construyendo Tarteso 2.0. Análisis constructivo, espacial y territorial de un modelo arquitectónico en el valle medio del Guadiana”, PID2019-108180GB-I00 (2020-2023) financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033 y gracias a la obtención de una ayuda IJC2019-040888 financiada por MCIN/AEI/10.13039/501100011033.

Agradecemos a la empresa de arqueología ARQUEPEC S.L. la cesión de la memoria de excavación, y el correspondiente material gráfico, de la intervención realizada en el año 2009 en el yacimiento de El Tamborrio (Villanueva de la Serena, Badajoz).

Bibliografía

Almagro-Gorbea, M. 1977. *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV. Madrid: CSIC.

Almagro-Gorbea, M. 2008. Medellín-Conisturgis: reinterpretación geográfica del suroeste de Iberia. *Boletim da Sociedade de Geografia de Lisboa*, serie 126, nº 1-12: 89-115.

Almagro-Gorbea, M. y Llorio, A. 1986. El Castro de Entrerríos (Badajoz). *Revista de Estudios Extremeños* XLII, nº III: 617-631.

Álvarez-Martí Aguilar, M. 2005. *Tarteso: la construcción de un mito en la historiografía española*. Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga.

Armada, X. L., Rafel, N., Graells, R. y Roqué, R. 2013. Orígenes del urbanismo y dinámicas sociales en el Bronce Final de Cataluña meridional: el Avenc del

Primo (Bellmunt del Priorat, Tarragona). *Trabajos de Prehistoria* 70-2: 278-294.

Arruda, A. M. 2009. Arquitectura religiosa en Tartessos”, en P. Mateos, S. Celestino, A. Pizzo y T. Tortosa (eds.) *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo Occidental*. Anejos de AEsPA, XLV: 29-78. Mérida: CSIC.

Belarte, C. 2010. Los individuos en el espacio doméstico en la protohistoria de Cataluña. *Arqueología Espacial* 28: 109-134.

Bendala, M. 1989. La génesis de la estructura urbana en la España antigua. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 16: 127-147.

Bendala, M. y Belén Deamos, M^a. (eds.) 2007. *El nacimiento de la Ciudad: la Carmona protohistórica*. Carmona: Universidad de Sevilla y Ayuntamiento de Carmona.

Campos, J. M. y Alvar, J. (eds.) 2023. *Tarteso. El emporio del metal*. Córdoba: Almuzara.

Carranza Peco, L. M., Celestino, S. y Rodríguez González, E. 2023. Construyendo Tarteso: una aproximación a la arquitectura de tierra de los edificios de época tartésica del Guadiana Medio”, *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 42: 149-163.

Celestino, S. 2005 “El período orientalizante en Extremadura y la colonización tartésica del interior”, en S. Celestino y J. Jiménez Ávila (eds.) *El Período Orientalizante*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXV, Vol. II.: 767-786. Mérida: CSIC.

Celestino, S. 2009. Precolonization and Colonization in the interior of Tartessos”, en M. Dietler y C. López-Ruiz (eds.) *Colonial Encounters in Ancient Iberia*: 229-251. Chicago - London: The University of Chicago Press.

Celestino, S. 2014. *Tarteso. Viajes a los confines del Mundo Antiguo*. Madrid: Trébede.

Celestino, S. 2023. “La reconstrucción de Tarteso”, en S. Celestino y E. Rodríguez González (eds.) *Tarteso. Nuevas fronteras*. Serie Mytra, 12: 31-46. Mérida: Instituto de Arqueología (CSIC - Junta de Extremadura).

Celestino, S. y López Ruiz, C. 2016 *Tartessos and the Phoenicians in Iberia*. Oxford: Oxford University Press.

Celestino, S. y López Ruiz, C. 2020 *Tarteso y los fenicios de occidente*. Córdoba: Almuzara.

Celestino, S. y Rodríguez González, E. (eds.) 2023. *Tarteso. Nuevas fronteras*. Serie Mytra, 12. Mérida: Instituto de Arqueología (CSIC - Junta de Extremadura).

Celestino, S., Rodríguez González, E., Carranza, L. y Pulido González, G. e.p. The Tartessian building of Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz, Spain). 2015-2022 Campaigns”. *Madrider Mitteilungen* 64: e.p.

Chueca, F. 1977. *Breve historia del Urbanismo*. Madrid: Alianza Editorial.

Contreras, F. 2009-2010. Los grupos argáricos de la Alta Andalucía: patrones de asentamiento y urbanismo. El poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). *AnMurcia* 25-26: 49-76.

- Eiroa García, J. J. 1989. *Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- Eiroa García, J. J. 2002. Sobre el origen del urbanismo y del modelo de vida urbana en el viejo y nuevo mundo, en J. J. Eiroa García, A. L. Molina, J. A. Eiroa Rodríguez, J. L. Andrés Sarasa y C. Espejo (eds.) *Evolución urbana y actividad económica en los núcleos históricos: 7-48*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- Ferrer Albelda, E. y García Fernández, F. J. 2019. La crisis de Tarteso y el problema del siglo V a.C. en el ámbito geográfico turdetano. *Anales de Arqueología Cordobesa* 30: 51-76.
- García Fernández, F. J. 2023. Antes todo esto era campo. El desarrollo del fenómeno urbano en el Bajo Guadalquivir, en S. Celestino y E. Rodríguez González (eds.) *Tarteso. Nuevas fronteras*. Serie Mytra, 12: 483-514. Mérida: Instituto de Arqueología (CSIC – Junta de Extremadura).
- García Fernández, F. J. y Ferrer Albelda, E. 2021. *Ciudad y territorio. Los orígenes del urbanismo en el Bajo Guadalquivir*. Jaén: Editorial Universidad de Jaén.
- Gener, J. M., Navarro García, M^a. A., Pajuelo Sáez, J. M.; Torres, M. y López Rosendo, E. 2014. Arquitectura y urbanismo de la *Gadir* fenicia: el yacimiento del “Teatro Cómico” de Cádiz, en M. Botto (ed.) *Los fenicios en la bahía de Cádiz. Nuevas investigaciones: 14-50*. Pisa – Roma: Fabrizio Serra Editore.
- González Wagner, C. 2007. El urbanismo fenicio de época arcaica y su impacto en las sociedades autóctonas, en J. L. López Castro (ed.) *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental. III Coloquio Internacional del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos: 43-68*. Almería: Universidad de Almería.
- Gómez-Paccard, M., Rivero-Montero, M., Chauvin, A., García i Rubert, D. y Palencia-Ortas, A. 2019. Revisiting the chronology of the Early Iron Age in the north-eastern Iberian Peninsula. *Archaeological and Anthropological Sciences* 11: 4755-4767. <https://doi.org/10.1007/s12520-019-00812-9>
- Guerra, S. y Collado, H. 2020. El yacimiento arqueológico de Medellín: historia de la investigación, nuevas evidencias arqueológicas y propuestas para la futura gestión de este enclave patrimonial, en A. Carretero y C. Papí (coord.) *Actualidad de la investigación arqueológica en España I (2018-2019): 285-301*. Madrid: Museo Arqueológico Nacional.
- Guerra, S., Jiménez Ávila, J. y Garrido, P. 2022. Restos arqueológicos documentados en el inmueble n.º 3 de la calle Nueva de Medellín (Badajoz), en J. Jiménez Ávila, M. Bustamante y F. J. Heras (eds.) *Actas del X Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular: 758-800*. Zafra: Ayuntamiento de Zafra.
- Jiménez Ávila, J. 2016. Ancha es Tartessos. El período Orientalizante (siglos VIII – VI a.C.) en el tramo extremeño del Guadiana, en J. Jiménez Ávila (ed.) *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*. Serie Compacta, 1: 69-106. Mérida: Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida.
- Jiménez Ávila, J. y Haba, S. 1995. Materiales tartésicos del solar de Portaceli (Medellín, Badajoz). *Complutum*, 6: 235-244.
- Jiménez Ávila, J. y Ortega, J. 2001. El poblado Orientalizante de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz). Noticia preliminar”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino (eds.) *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica: 227-248*. Madrid: CSIC.
- Jiménez Ávila, J. y Ortega, J. 2008. El poblamiento en llano del Guadiana Medio durante el período post-orientalizante”, en J. Jiménez Ávila (coord.) *Sidereum Ana I. El río Guadiana en época postorientalizante*. Anejos de AESPA, XLVI: 251-281. Madrid: CSIC.
- Liverani, M. 2014. *Imaginar Babel. Dos siglos de estudios sobre la ciudad oriental antigua*. Barcelona: Bellaterra Arqueología.
- López Cachero, J. 1999. Primeros ensayos urbanísticos en el NE peninsular: el ejemplo de Genó y los poblados de espacio central. *Pyrenae* 30: 69-89.
- Lull, V., Micó, E., Rihuete, C. y Risch, R. 2011. Proyecto La Bastida: economía, urbanismo y territorio de una capital argárica. *Verdolay. Revista del Museo Arqueológico de Murcia* 13: 57-70.
- Molina, F. y Cámara, J. A. 2004. Urbanismo y fortificaciones en la cultura de El Argar. Homogeneidad y patrones regionales, en R. García Huerta y J. Morales Hervás (coord.) *La Península Ibérica en el II Milenio a.C.: poblados y fortificaciones: 9-56*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha.
- Monterroso, A., Moreno-Escribano, J. C., Gasparini, M., González Nieto, M., Domínguez Jiménez, J. L., López, A. y Rodero Pérez, S. 2023. El Tarteso aurífero de Corduba. Desde el Guadalquivir hacia el Guadiana a través de Sierra Morena y el valle del Guadiato, en S. Celestino y E. Rodríguez González (eds.) *Tarteso. Nuevas fronteras. Tarteso. Nuevas fronteras*. Serie Mytra, 12: 515-536. Mérida: Instituto de Arqueología (CSIC – Junta de Extremadura).
- Rodríguez Díaz, A. 2009. *Campesinos y ‘señores del campo’. Tierra y poder en la protohistoria extremeña*. Barcelona: Bellaterra.
- Rodríguez Díaz, A. y Enríquez Navascués, J. J. 2001. *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*. Barcelona: Bellaterra.
- Rodríguez Díaz, A., Pavón, I. y Duque, D. 2018. Familias, linajes y “grandes casas” en la “Extremadura tartésica”, en A. Rodríguez Díaz, I. Pavón y D. Duque (eds.) *Más allá de las casas. Familias, linajes y comunidades en la protohistoria peninsular: 209-264*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Rodríguez González, E. 2018^a. *El poblamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XXXIV. Madrid: Editorial CSIC.

- Rodríguez González, E. 2018b. The Tartessian Tumuli of the Guadiana. *Rivista di Studi Fenici* 46: 117-135.
- Rodríguez González, E. 2020. Tarteso y lo Orientalizante. Una revisión historiográfica de una confusión terminológica y su aplicación a la cuenca del Guadiana. *Lucentum* XXXIX: 113-129. <https://doi.org/10.14198/LVCENTVM2020.39.06>
- Rodríguez González, E. 2020b. ¿Y los campesinos dónde están? Una propuesta de análisis para el estudio del campesinado y su aplicación en el valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro”. *Complutum* 31-2: 219-303. <https://doi.org/10.5209/cmpl.72485>
- Rodríguez González, E. 2022. *El final de Tarteso. Arqueología protohistórica del valle medio del Guadiana*. Serie Ataecina, 12. Mérida: Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida.
- Rodríguez González, E. 2023. Tarteso. El final de una cultura en el valle medio del Guadiana, en S. Celestino y E. Rodríguez González (eds.) *Tarteso. Nuevas fronteras. Tarteso. Nuevas fronteras*. Serie Mytra, 12: 555-574. Mérida: Instituto de Arqueología (CSIC – Junta de Extremadura).
- Rodríguez González, E., Carbonell, S. y Casals, J. R. 2019. Lost colours: photogrammetry, image analysis using the *DStretch* plugin and 3D modelling of post-firing painted pottery from the south west Iberian Peninsula. *Digital Applications in Archaeology and Cultural Heritage* 13, e00093. <https://doi.org/10.1016/j.daach.2019.e00093>
- Rodríguez González, E. y Celestino, S. 2022. Construyendo Tarteso: un proyecto multidisciplinar para abordar el conocimiento de Tarteso a través de la arquitectura de tierra, en O. Rodríguez Gutiérrez y A. Jiménez Viera (coord.) *Adobes & cia. Estudios multidisciplinares sobre la construcción en tierra desde la prehistoria hasta nuestros días*. Spal Monografías Arqueología, XLVIII: 59-78. Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla.
- Rodríguez González, E. y Paniago, P. 2021. Enterrarse en comunidad: mecanismos para el análisis y la reconstrucción del paleopaisaje funerario de las necrópolis tartésicas”. *Zephyrus* LXXXVIII: 87-110. <https://doi.org/10.14201/zephyrus20218887110>
- Rovira, S., Montero, I., Ortega, J. y Jiménez Ávila, J. 2005. Bronce y trabajo del bronce en el poblado orientalizante de ‘El Palomar’ (Oliva de Mérida, Badajoz), en S. Celestino y J. Jiménez Ávila (eds.) *El Período Orientalizante*. Anejos de AEsPA, XXXV, vol. II.:1231-1240. Mérida: CSIC.
- Ruiz Mata, D. 2001. Tartessos, *Protohistoria de la Península Ibérica*: 1-190. Barcelona: Ariel.
- Ruiz Mata, D. 2022 *Cádiz y el Castillo de Doña Blanca. Retazos de arqueología fenicia*. Barcelona: Bellaterra.
- Toscano, C. y Campos Carrasco, J. M. 2018. La complejidad urbanística de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva) a partir de las últimas intervenciones, en S. Celestino y E. Rodríguez González (eds.) *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo*, vol. I.: 471-480. Mérida: Instituto de Arqueología (CSIC – Junta de Extremadura).
- Walid, S. y Pulido, J. J. 2013. El poblado fortificado de la Edad del Hierro del Cerro del Tamborrió (Entrerriós, Villanueva de la Serena, Badajoz), en J. Jiménez Ávila, M. Bustamante y M. García Cabezas (eds.) *Actas del VI Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular*: 1032-1063. Villafranca de los Barros: Ayuntamiento de Villafranca de los Barros.
- Zarzalejos, M. 2023a. Tarteso y el cuadrante suroccidental de la Meseta. Contextos y materiales en busca de una definición cultural, en S. Celestino y E. Rodríguez González (eds.) *Tarteso. Nuevas fronteras. Tarteso. Nuevas fronteras*. Serie Mytra, 12: 575-598. Mérida: Instituto de Arqueología (CSIC – Junta de Extremadura).
- Zarzalejos, M. 2023b. Un territorio para Tarteso, en S. Celestino y E. Baquedano (eds.) *Los últimos días de Tarteso*: 141-159. Madrid: Museo Arqueológico y Paleontológico de la Comunidad de Madrid.

Estado de la investigación del poblamiento y urbanismo tartésico en Córdoba

Juan F. Murillo Redondo

Oficina de Arqueología, Gerencia de Urbanismo del Ayuntamiento de Córdoba

Antonio Monterroso Checa

Universidad de Córdoba, Las aportaciones de este autor se enmarcan en el proyecto AEI PID2020-114331GB-I00

Resumen: Las tierras de la actual provincia de Córdoba definen un heterogéneo espacio articulado por el curso medio del río Guadalquivir, en el que confluyen, a la altura de la ciudad de Córdoba, varias de las principales rutas de comunicación entre la Meseta y Andalucía. La riqueza minera de Sierra Morena y las fértiles tierras de la Campiña regada por los ríos Guadajoz y Genil permitieron un amplio desarrollo de las comunidades asentadas en esta zona de la “periferia” tartésica, que muestran una patente continuidad desde la Edad del Bronce, al tiempo que asimilan los estímulos culturales llegados desde el Bajo Guadalquivir y el litoral mediterráneo, por un lado, y desde el alto y medio Guadiana por el otro.

Palabras clave: Tarteso; Córdoba; Valle del Guadalquivir; Patrones de asentamiento; Fortificaciones; Urbanismo; Minería

Summary: The lands of the current province of Córdoba define a heterogeneous space articulated by the middle course of the Guadalquivir River, where several of the main communication routes between the Plateau and Andalusia converge near the city of Córdoba. The mining wealth of Sierra Morena and the fertile lands of the Campiña irrigated by the Guadajoz and Genil rivers allowed extensive development of the communities settled in this area of the Tartessian “periphery”, which show a clear continuity from the Bronze Age to the time when they assimilated cultural stimuli coming from the Bajo Guadalquivir and the Mediterranean coast on the one hand, and from the upper and middle Guadiana on the other.

Keywords: Tartessus; Cordova; Guadalquivir Valley; Settlement patterns; Fortifications; Town planning; Mining.

En primer lugar, deseamos felicitar a la Universidad de Huelva por esta nueva iniciativa científica vinculada a Tarteso, ámbito de investigación en el que constituye un auténtico referente. También, agradecer a los doctores Juan Campos y Clara Toscano por su amable invitación a participar en una reunión científica en la que se aborda el urbanismo tartésico, tema tan sugerente como complejo. En este trabajo se aportan algunos resultados de las investigaciones que sobre Tarteso fueron desarrolladas desde la Universidad de Córdoba por Juan F. Murillo bajo la dirección de los doctores Pilar León y Desiderio Vaquerizo, sintetizadas en su tesis doctoral (Murillo, 1991 y 1994), interrumpidas durante más de dos décadas y recientemente retomadas por el equipo de investigadores liderado por Antonio Monterroso.

En nuestro discurso vamos a adoptar un concepto lato de urbanismo, entendiendo por tal la interacción del ser humano con el medio para satisfacer sus diferentes, y crecientes, necesidades culturales desde el momento en que se desarrolla un espacio construido. De este modo, nos alejamos tanto del binomio reduccionista urbanismo-ciudad, como de la narrativa vinculada a la “forma urbana”, conscientes de que la metodología analítica de la reciente ciencia urbanística es aplicable a la totalidad del espacio antropizado, y de que el concepto de ciudad es tan polémico y mudable a lo largo del proceso de desarrollo de las sociedades humanas que su consideración desde posicionamientos en

exceso rígidos puede acabar conduciendo a un callejón sin salida.

De acuerdo con este planteamiento, comenzaremos con un análisis de los asentamientos tartésicos de la Cuenca Media del Guadalquivir, *grosso modo* coincidente con la actual provincia de Córdoba (Figura 1), resaltando la sustancial continuidad en el poblamiento que se manifiesta desde el Neolítico Medio/Final. Se producirán cambios económicos, culturales, sociales y políticos de todo tipo, fruto de la propia dinámica interna de estas comunidades humanas y de su interacción con factores externos, pero sin que se detecten esos supuestos despoblamientos y súbitos cambios culturales y poblacionales que ciertas corrientes historiográficas han tratado de imponer a partir de un deficiente conocimiento de la realidad arqueológica del territorio.

A continuación, nos centraremos en el modo mediante el que, durante el segmento cronológico de ese largo proceso cultural que convencionalmente denominamos Tarteso, coincidente con el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro, estos grupos humanos formularon su interrelación con el espacio habitado, construyendo lo que S. Celestino ha denominado un “paisaje cultural tartésico” (Celestino, 2016).

Los patrones de asentamiento, en función de las pautas de explotación de los recursos y de control del territorio,

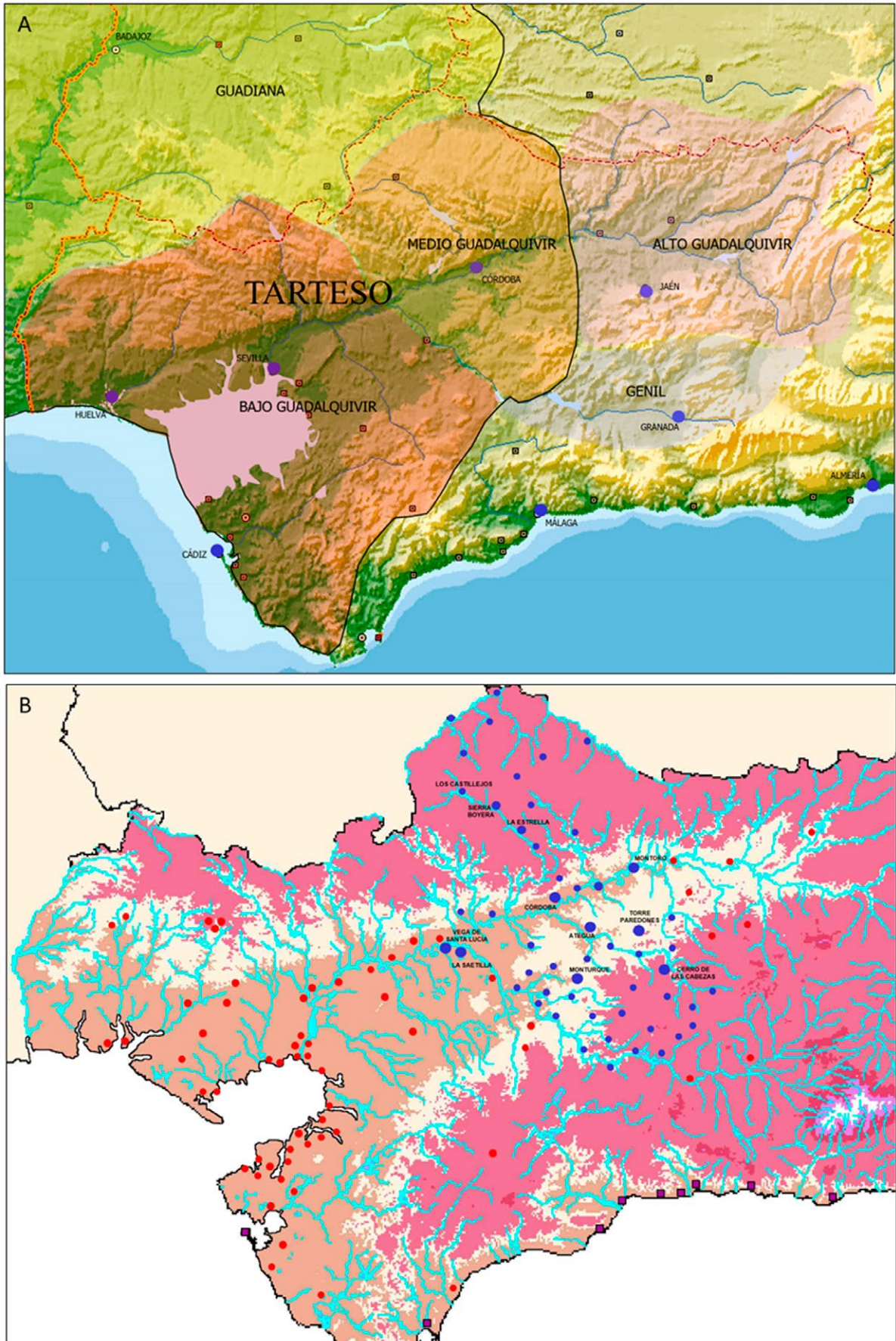


Figura 1. A. Delimitación de la Cuenca Media del Guadalquivir dentro del área cultural tartésica. B. Principales asentamientos tartésicos de la Cuenca Media del Guadalquivir (© Juan F. Murillo).

y las características físicas de los hábitats, urbanos o no, definen un nivel de conocimiento muy diferente en función de las estrategias y recursos destinados a su investigación. Son precisamente esas estrategias, esos programas y proyectos de investigación los que debemos reivindicar, no circunscritos a la tendencia, patente en las últimas décadas, de una investigación arqueológica aplicada casi exclusivamente a la protección y conservación del Patrimonio Arqueológico. Esta investigación, cuya calidad está implícita y que hay que incrementar constantemente, es fundamental, pero la documentación generada no puede quedar reducida a un cúmulo de datos, siendo necesario convertirla en conocimiento. Y para ello es prioritario que las Administraciones Públicas inviertan en proyectos de investigación, desarrollados por nuestras universidades, tanto para procesar la ingente documentación generada como para dar respuesta a las numerosas preguntas que de ella se derivan.

Del Bronce Final al Hierro Antiguo. La formación de una “periferia” tartésica en el Medio Guadalquivir

El punto de partida para los estudios tartésicos en Córdoba debemos fijarlo en la publicación, en 1963, de un artículo de J. Bernier y de J. Fortea en el que se daba cuenta de un conjunto de materiales exhumados durante los trabajos de urbanización llevados a cabo con motivo de la construcción del nuevo puente de San Rafael (Bernier-Fortea, 1963). Diez años después, J. M. Luzón y D. Ruiz Mata daban a conocer los resultados de sus excavaciones en los terrenos en los que se estaba construyendo un teatro municipal al aire libre, a escasa distancia del Cementerio de la Salud y en un altozano, ocupado por el actual Parque Cruz Conde, al que dieron la denominación de Colina de los Quemados. Con una secuencia de dieciocho niveles que, según los excavadores, abarcaban desde finales del segundo milenio hasta el siglo II a.C. (Luzón-Ruiz Mata, 1973), la estratigrafía de Colina de los Quemados se convirtió inmediatamente en referente para el análisis de la secuencia cultural del valle del Guadalquivir (Pellicer, 1980), completándose poco después con las excavaciones del Museo Arqueológico Provincial en el extremo occidental del yacimiento, en la zona denominada Fontanar de Cabanos (Marcos Pous, 1978).

Por los mismos años en que se producían estos trabajos en Colina de los Quemados, A. Blanco efectuaba, en 1965, una campaña de excavaciones en Ategua (Figura 2.A), celeberrimo *oppidum* donde poco después se exhumó una de las más interesantes estelas decoradas tartésicas (Almagro, 1972). Sin embargo, de estas excavaciones no se publicaría más que un escueto informe dos décadas después (Blanco, 1983), coincidiendo con las excavaciones sistemáticas efectuadas por M. Martín Bueno y un equipo conjunto de las Universidades

de Zaragoza y Córdoba. Desgraciadamente, de estas importantes excavaciones sólo se ha publicado alguna nota sobre las últimas etapas históricas de ocupación, y una apretada síntesis de la secuencia estratigráfica obtenida, desde la Edad del Cobre a época medieval, en la zona denominada “acrópolis” (Martín Bueno, 1983; Martín Bueno-Cancela, 1983), sin que las posteriores revisiones llevadas a cabo, tras la integración de Ategua en la RECA, hayan visto aún la luz (Fuertes *et alii*, 2011).

En paralelo a los trabajos de Martín Bueno en Ategua, J. C. Martín de la Cruz iniciaba sus investigaciones en Montoro (Figura 2.B), en el denominado Llanete de los Moros, donde definirá una amplia secuencia ocupacional que abarca ininterrumpidamente desde un Bronce Medio/Tardío, datado hacia 1300-1250, hasta mediados del siglo V, cuando el hábitat se traslada a otro sector del cerro, donde perdurará hasta la presencia romana en el valle del Guadalquivir (Martín de la Cruz, 1987). En posteriores trabajos ha podido retrotraerse el inicio de la ocupación de Montoro a la Edad del Cobre, con presencia de cerámica campaniforme impresa e incisa (Martín de la Cruz, 1990), al tiempo que se han detectado importantes influencias del ámbito cultural de Cogotas I, y fragmentos de cerámica a torno, de procedencia micénica, todo ello en contextos del Bronce Tardío (Martín de la Cruz, 1988; Garrido Anguita, 2017).

En 1992, con motivo de la remodelación del Teatro de la Aquerquía, vuelven a practicarse excavaciones en Colina de los Quemados, bajo la dirección de J. F. Murillo. La presencia a escasos centímetros bajo la superficie del terreno de los vestigios de uno de los arrabales de *Madinat Qurtuba*, datado entre los siglos IX y X y con importantes estructuras de hábitat, condicionó el desarrollo de la excavación en varios de los cortes planteados (Figura 3.A). Afortunadamente, los resultados acompañaron a las expectativas, y el Corte 1 no sólo pudo ratificar la integridad y coherencia de la secuencia previamente obtenida por Luzón y Ruiz Mata, sino también ampliarla de un modo significativo (Murillo, 1995). En primer lugar, se obtuvieron indicios estratigráficos de la existencia de una ocupación calcolítica, hasta ese momento sólo intuida a partir de algunos materiales procedentes de hallazgos superficiales. Aunque también poco definida, dada la mínima superficie excavada en la base de una secuencia estratigráfica de más de siete metros, se documentó una ocupación que, a juzgar por el análisis de los materiales cerámicos recuperados ha sido encuadrada en una etapa del Bronce Pleno, y que se correlacionaría con el Nivel 18 de la excavación de Luzón y Ruiz Mata.

La problemática planteada por estas Fases es muy interesante, siendo básica su excavación en superficies más amplias que la que en esa ocasión pudo llevarse a cabo, ardua tarea dada la complejidad de la secuencia

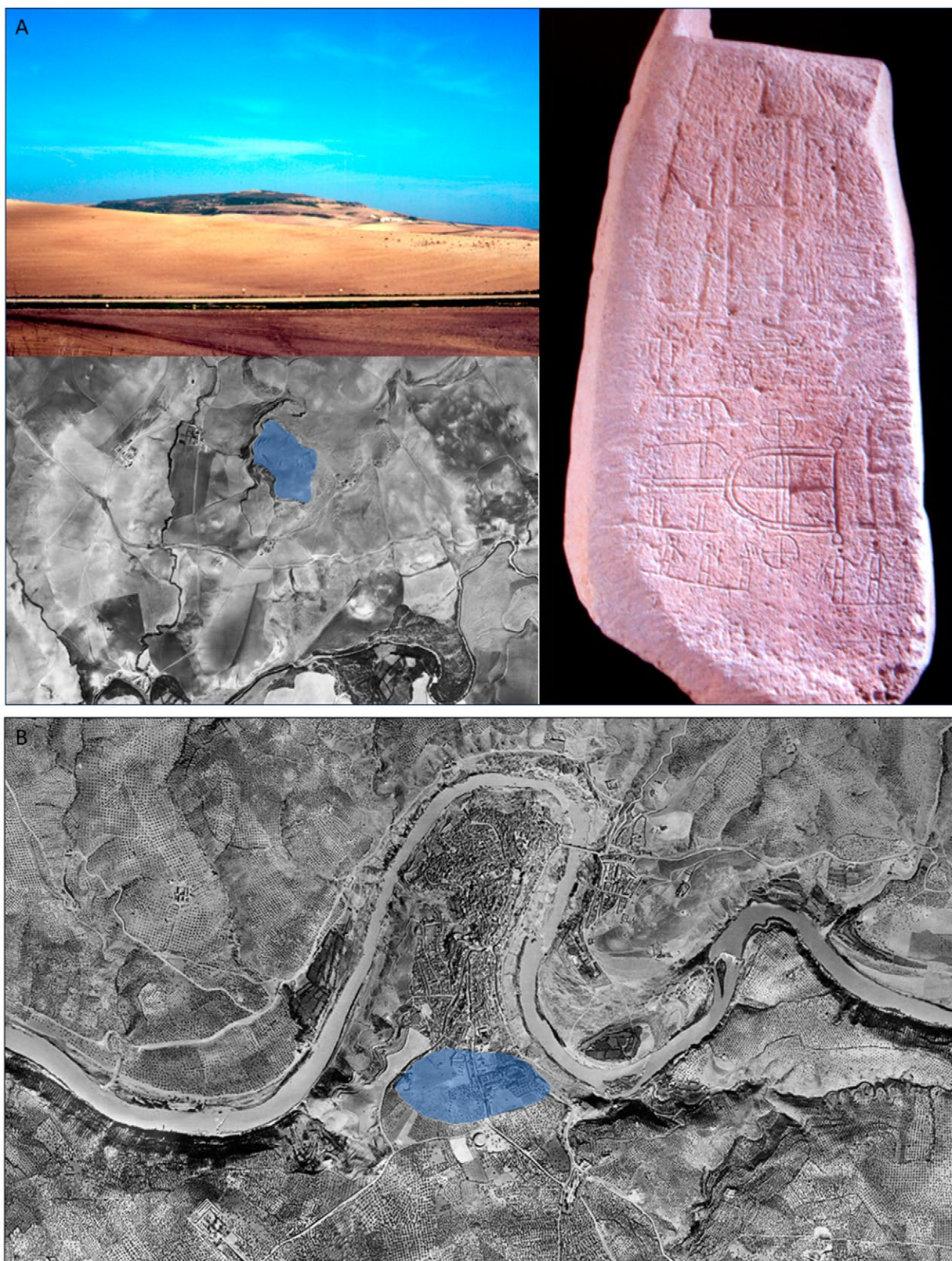


Figura 2. A. Vista del *oppidum* de Ategua (© Juan F. Murillo), delimitación del espacio amurallado sobre una ortofoto del Vuelo Interministerial 1973-1986 (© IDEE-IGN), y estela de Ategua (© Juan F. Murillo y M.A.P. de Córdoba). B. Delimitación del asentamiento de Llanete de los Moros (Montoro) sobre una ortofoto del vuelo Vuelo Interministerial 1973-1986 (© IDEE-IGN).



Figura 3. A. Delimitación del área arqueológica de Corduba prerromana (“Colina de los Quemados”), en el actual Parque Cruz Conde (Córdoba), distintas imágenes de las excavaciones de 1992 y materiales representativos de varias de las fases de ocupación del asentamiento (© Juan F. Murillo). B. Estelas decoradas del Cortijo de la Reina y urnas cinerarias ((© Juan F. Murillo et alii, 2005). C. Materiales asociados a ajuares funerarios de las necrópolis prerromanas de Córdoba, en el sector del Campo de la Verdad (© Juan F. Murillo y M.A.P. de Córdoba).

estratigráfico-cultural que se le superpone¹. El valor de la documentación de una ocupación de Colina de los Quemados desde el Calcolítico se verá mientras tanto muy limitado, pues desconocemos prácticamente todos los aspectos relacionados tanto con esta etapa como con la que representa ese Bronce Pleno de la Fase II. No obstante, nos proporciona una clara pauta de cuáles son los grandes hitos mediante los que se manifiesta la cultura material de las comunidades del Valle del Guadalquivir a lo largo de su desarrollo histórico, tal y como se comprueba en otros asentamientos del valle medio del Guadalquivir, como Ategua, Montoro o Monturque.

La ocupación del yacimiento durante las etapas que por convención definimos, a partir de criterios fundamentalmente cronológicos y tipológicos, como Calcolítico y Bronce Pleno debió ser poco intensiva, inaugurando un patrón de asentamiento basado en una multitud de pequeños núcleos distribuidos en una zona relativamente extensa (Figura 4.A). A este respecto debemos señalar la gran dispersión que para los platos de borde engrosado señalan las prospecciones superficiales hasta ahora realizadas, y la presencia de materiales campaniformes al otro lado del río, en el actual barrio del Campo de la Verdad (Figura 3.C). La no documentación de niveles del Bronce Pleno en las excavaciones de Marcos Pous, en la zona de Fontanar de Cabanos, ni de los correspondientes al Calcolítico en las de Luzón y Ruiz Mata, a escasa distancia del Corte 1 de la campaña de 1992, apoyan esta hipótesis. En cambio, la comprobación de una ocupación del Bronce Pleno, tanto en la excavación de 1966 como en esta de 1992, permiten vislumbrar el inicio en estos momentos de una ocupación estable de las zonas más elevadas del yacimiento, en consonancia con lo observado en Mesa de Setefilla, Monturque (Figura 5.A) o Cerro del Castillo de Aguilar (Figura 5.B).

Este proceso de fijación de la población en un núcleo que comienza a constituirse en central queda explicitado en la Fase III, encuadrable en lo que, en su momento, se denominó Bronce Final precolonial (Figura 4.B). Su génesis, a partir de las etapas precedentes aún debe definirse con precisión, aunque la continuidad de los elementos de sustrato parece incuestionable, debiendo

¹ Nos encontramos ante una patente contradicción entre nuestra metodología arqueológica y las características de una parte significativa de estos asentamientos cuyas complejísticas secuencias arqueológicas nos obligan a destruir los vestigios de las fases posteriores si queremos conocer las iniciales. Esto hace que nuestra información sobre la formación y evolución de estos asentamientos, por lo general los de mayor rango, pues muchos de ellos han continuado habitados hasta el día de hoy, sea muy reducida, al circunscribirse casi en exclusiva a secuencias estratigráficas. La única alternativa es incidir en la excavación en extensión de asentamientos monofásicos, con una secuencia reducida o con un patrón de ocupación zonal, aunque siendo conscientes de que la información de ellos extraída no podrá ser trasladada automáticamente a aquéllos dado el diferente rango y función de los asentamientos.

encaminarse las futuras investigaciones más hacia la explicación de los mecanismos a través de los cuales se posibilita la constitución de un asentamiento que comienza a adquirir connotaciones "protourbanas", que hacia los aspectos puramente tipológicos.

Durante el Bronce Final colonial, u "Orientalizante" Antiguo, prosigue el proceso de constitución de *Corduba* como núcleo protourbano en la zona del Parque Cruz Conde, tal y como se desprende de la intensa actividad edilicia puesta de relieve en la Fase IV del Corte 1 (Figura 3.A). La aparición de las primeras cerámicas fabricadas a torno se produce en un contexto marcado por un patente dominio de las cerámicas a mano, aunque muy pronto, a juzgar por la acumulación de depósitos estratigráficos, se produce una inversión en los porcentajes. Este cambio, en apariencia brusco, en la relación cerámica a mano/cerámica a torno, podría interpretarse bien como resultado de un pequeño hiatus en la secuencia del sector excavado del asentamiento, motivado por la eliminación de niveles en las labores de construcción de las estructuras posteriores, bien como consecuencia de diferencias funcionales de los diferentes espacios excavados.

El tránsito del "Orientalizante" Final a época turdetana antigua (Fase V) supone una pausa en esta intensa actividad constructiva en Quemados (Figura 4.C). Será preciso un conocimiento más aquilatado del proceso de formación de estos depósitos y del comportamiento de su material cerámico para definir un hipotético estancamiento o "crisis" en estos momentos, en consonancia con lo planteado a nivel general en el resto del espacio cultural tartésico. Lo cierto es que con las Fases VI y VII, encuadrables en el pleno desarrollo de la Cultura Turdetana, se advierte un nuevo momento de dinamismo, tanto por lo que se refiere a la actividad edilicia, como a la importación de cerámicas áticas (Figura 3.A).

La comprobación de una importante presencia de cerámicas áticas de Figuras Rojas y de Barniz Negro constituye otra de las principales aportaciones de las excavaciones de 1992 en Colina de los Quemados. El lote de cerámicas áticas recuperadas es equiparable, tanto cuantitativa como cualitativamente, al de yacimientos como Huelva o Málaga, y demuestra una significativa incidencia del comercio de estas producciones en el Valle Medio del Guadalquivir. La presencia de producciones áticas en todos los cortes excavados en Colina de los Quemados permite considerar que su presencia resulta, hasta cierto punto, normal en el asentamiento de finales del s. V y primera mitad del IV (Murillo 1994b). Por último, y frente a lo que se ha afirmado repetidas veces, el panorama que se deduce de los resultados obtenidos permite cuestionar la impresión generalizada de una aguda crisis para estos momentos centrales del

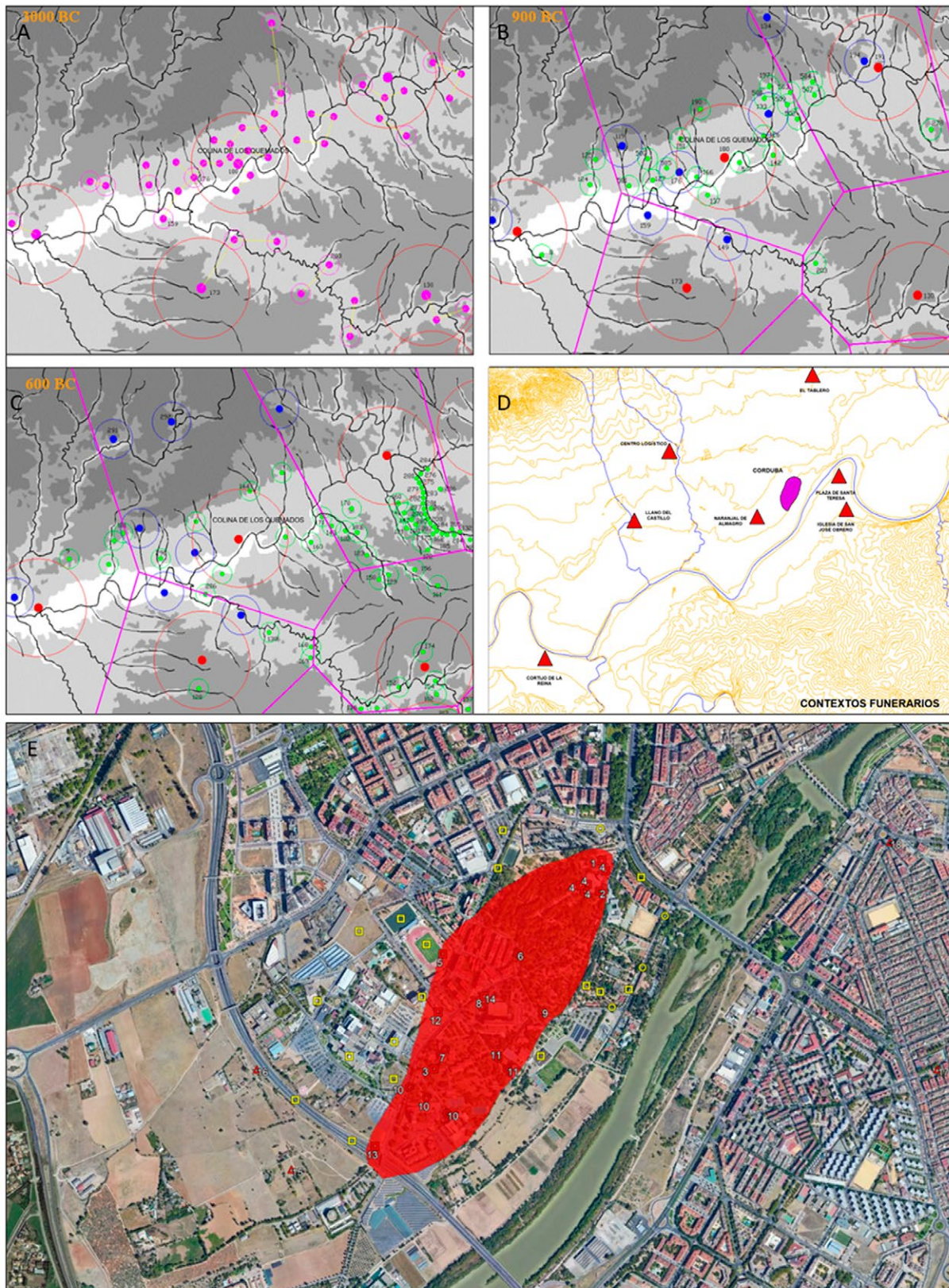


Figura 4. A. Patrón de asentamiento en el actual término municipal de Córdoba durante la Edad del Cobre. B. Patrón de asentamiento en el actual término municipal de Córdoba durante la Edad del Bronce (en rojo asentamientos de primer orden; azul, asentamientos de segundo orden; verde, asentamientos de tercer orden). C. Patrón de asentamiento en el actual término municipal de Córdoba durante la Edad del Hierro. D. Contextos funerarios documentados en el entorno de Córdoba prerromana. E. Intervenciones arqueológicas efectuadas en el Parque Cruz Conde (Córdoba); cuadrados rojos, con localización de contextos prerromanos; cuadrados amarillos, con ausencia de contextos prerromanos. (© Juan F. Murillo y G.M.U.-Ayuntamiento de Córdoba).

desarrollo de la cultura turdetana, que se desarrolla sin solución de continuidad a partir de las postrimerías tartésicas.

Del máximo interés ha resultado igualmente la documentación, por primera vez, de cerámicas de barniz negro en los niveles correspondientes a los últimos momentos de ocupación de la *Corduba* prerromana (Fase VIII), con lo que ha quedado demostrado que la *Corduba* indígena se mantuvo en el viejo emplazamiento de la Colina de los Quemados hasta unos momentos en los que la presencia de Roma en el Guadalquivir Medio se hace evidente, estableciéndose de este modo una continuidad con la fundación y primer desarrollo de la *Corduba* romana que, por desgracia, no pudo ser comprobada con la excavación de Luzón y Ruiz Mata (Murillo-Vaquerizo, 1996; Murillo-Jiménez, 2002).

Una reciente excavación arqueológica con motivo de la ampliación de uno de los edificios del complejo hospitalario Reina Sofía, bajo la dirección de A. López ha arrojado nueva luz sobre estos momentos epigonales de la ocupación de la vieja *Corduba* prerromana. En la zona suroccidental del asentamiento, a unos seiscientos metros del sector excavado por Luzón-Ruiz Mata y por Murillo, se ha obtenido una secuencia local que, a lo largo de dos metros y medio, abarca desde el siglo VI a.C. hasta el X d.C. El elevado deterioro sufrido por este sector del yacimiento, en el que han primado los procesos de erosión y pérdida de los depósitos frente a los de acumulación, fruto primero de la implantación del arrabal andaluz y, posteriormente, de la urbanización de los años sesenta del siglo pasado y de la edificación del complejo hospitalario, no reducen el interés de los resultados obtenidos. En primer lugar, se comprueba de nuevo la gran extensión de la Córdoba prerromana y las distintas pautas de ocupación del conjunto, con un segmento de secuencia que, en este caso, se encuadraría en las Fases V a VII de la campaña de 1992 (Murillo, 1994). La excavación de un horno de grandes dimensiones (López, 2021), posiblemente destinado al procesamiento del mineral, incide en la importancia de las actividades metalúrgicas desarrolladas en este sector más occidental del asentamiento, igualmente constatadas por Marcos Pous (1978) y por Garrido Anguita *et alii* (2012). Por último, la documentación de vestigios de un posible baluarte o punto avanzado de defensa del acceso occidental a la acrópolis de Colina de los Quemados, con evidencias explícitas de un ataque púnico fechable en el último cuarto del siglo III a.C., en el que se emplearon máquinas de asedio, abre una nueva perspectiva para la comprensión del futuro papel de *Corduba* tras la victoria romana en la Segunda Guerra Púnica, al tiempo que constituye la primera evidencia positiva de las fortificaciones de las que sin duda estuvo dotada *Corduba* desde al menos el siglo VII.²

En paralelo a los nuevos trabajos en Colina de los Quemados, L. A. López Palomo publicaba los resultados de sus excavaciones en el Cerro del Castillo de Monturque (López Palomo, 1993), donde documenta una secuencia ocupacional desde el Calcolítico Pleno (Figura 5.A), con una importante presencia de materiales campaniformes, hasta un momento impreciso -por la alteración de la secuencia estratigráfica provocada por la construcción del castillo medieval- de transición a la cultura turdetana, pasando por fases del Bronce Tardío, Final y "Orientalizante".

También en el sector de la Campiña, en este caso de la drenada por el río Guadajoz, se desarrollaron entre 1988 y 1990 varias campañas de excavación en Torreparedones, bajo la dirección de M. C. Fernández Castro y B. Cunliffe, obteniéndose una secuencia que abarcaba desde la transición entre el Bronce Medio y el Bronce Final (c. 1300-1000 a.C.) y el siglo I a.C. A comienzos del siglo VI se erigió una muralla (Figura 7.A.) de siete metros de anchura y dos de altura conservada, que encerraba un asentamiento de unas 10 hectáreas (Cunliffe-Fernández Castro, 1990; Fernández Castro-Cunliffe, 2002).

Ulteriores trabajos en Torreparedones han permitido situar el inicio de su ocupación en el Neolítico Final, con un horizonte cultural caracterizado por cazuelas de carena baja y fechado en 3500-2900 a.C. (Martínez 2012). Se produce a continuación una interrupción en la secuencia del sector del yacimiento en el que se han sondeado los estratos más profundos y que abarca el Calcolítico y la mayor parte de la Edad del Bronce. Esta circunstancia es interpretada por los excavadores como resultado de un cambio en el patrón de asentamiento, dentro de una tendencia por parte de los grandes poblados a ocupar emplazamientos con posibilidades de defensa natural, algo de lo que carecía esta zona de Torreparedones situada en las inmediaciones del posterior foro romano. No obstante, sobre los niveles de abandono de la fase anterior se documentan los típicos platos de borde engrosado, característicos del Calcolítico Pleno, así como fragmentos con decoración campaniforme localizados como material de segunda deposición en unidades estratigráficas más recientes (Martínez, 2014). La secuencia ocupacional de este sector se reanuda en el Bronce Final, con cerámicas bruñidas y de carena alta, vasos bicónicos y cerámicas decoradas con aplicaciones metálicas que los excavadores sitúan en el siglo XI a.C. La presencia de un fragmento de cerámica sarda, fechable en el siglo X a.C., es puesto en relación con el tráfico de bienes de intercambio desde el Mediterráneo central hasta el interior de la Península Ibérica, tal vez vino dado el escaso valor intrínseco del contenedor (Martínez, 2014).

sobre su reciente excavación, aún en proceso de estudio y publicación.

² Agradecemos a Agustín López el poder utilizar esta información

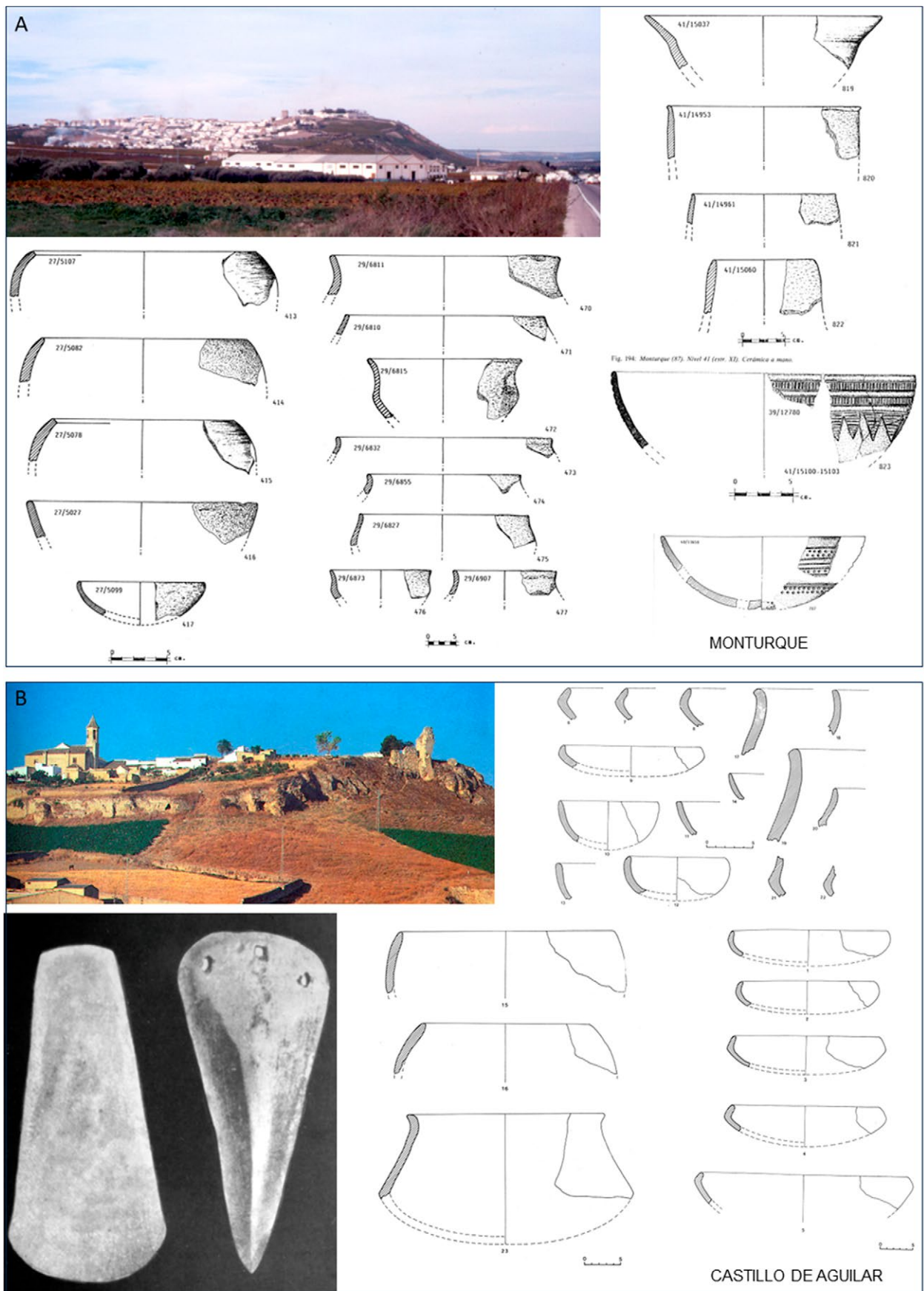


Figura 5. A. Vista del Cerro del Castillo de Monturque (© Juan F. Murillo). Selección de materiales procedentes de contextos del Calcolítico final y de la Edad del Bronce (© López Palomo, 1993). B. Vista del Cerro del Castillo de Aguilar de la Frontera (© Juan F. Murillo). Hacha y alabarda de bronce y conjunto de materiales cerámicos de la Edad del Bronce (© Ruiz Lara y Murillo, 1992).

Otra muralla del siglo VI, ya intuida por A. Blanco (1963), ha sido documentada por López Palomo en Ategua, donde con motivo de una plantación de olivos fue destruido un sector de ella, junto a una necrópolis, objeto de una excavación puntual por parte de L. A. López Palomo (2009). Fueron documentados enterramientos de incineración en urnas dispuestas sobre la roca. El repertorio cerámico, todo fabricado a mano con superficies muy bruñidas, incluye urnas bicónicas y recipientes con carena media y alta, lo que lleva al autor a proponer una cronología del siglo IX. Recientes trabajos en la denominada “acrópolis” han atribuido a los siglos VIII-VII un tramo de fortificación (Figura 7.C.) constituido por la yuxtaposición de cajones de mampostería trabada con margas, ataluzada en su frente sureste (Fuertes et alii, 2021).

Algo más reciente, de la segunda mitad del siglo VI, sería la muralla excavada por un equipo de la Universidad de Córdoba en el Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar (Figura 7.D), ya en las estribaciones de las sierras subbéticas. En un primer momento, la muralla, cimentada directamente sobre la roca regularizada, presentaba una estructura de seis metros de anchura constituida por sendos muros aparejados con grandes bloques de piedra caliza, sumariamente desbastada y trabada en seco con la ayuda de numerosos ripios. El espacio interior muestra un relleno en capas homogéneas de piedra y tierra compactada, que indica que fue disponiéndose a medida que se alzaban los paramentos exteriores. En una segunda fase, a esta muralla se le adosó en su cara externa un nuevo paramento, de edificación similar a la de la fase anterior pero notablemente ataluzado, rellenándose el espacio entre éste y la primitiva muralla con tierra y piedras. La anchura finalmente alcanzada, de ocho metros, es similar a la de Torreparedones (Vaquerizo *et alii*, 1994).

En el otro extremo de la Campiña cordobesa, la drenada por el Genil, fueron excavados por Juan F. Murillo dos yacimientos en el término municipal de Palma del Río que, aunque responden a diferentes momentos dentro del desarrollo del mundo tartésico en el valle medio del Guadalquivir y a diferentes modelos de asentamiento, se integran, complementándose, en una misma dinámica (Murillo, 1991). Se trata de un asentamiento en llano, Vega de Santa Lucía, y de otro en alto, La Saetilla, situado sobre una “mesa” que domina el curso del Genil, a ocho kilómetros de su confluencia con el Guadalquivir y que comienza su desarrollo a partir del tránsito del siglo IX al VIII, precisamente en el momento en el que se produce el abandono de Vega de Santa Lucía.

En la llanura aluvial localizada junto a la confluencia del Genil y el Guadalquivir, entre Palma del Río y Peñaflores, en una zona de excelentes suelos agrícolas y junto al Arroyo de la Verduga, se han excavado dos localizaciones arqueológicas. La primera se conoce

como La Verduga (Murillo, 1988), con un conjunto de 120 “fondos de cabaña” que fueron excavados por R. Lopera con motivo de la construcción de una balsa de riego (Martínez, 2013). Aunque los resultados de esta excavación permanecen prácticamente inéditos, en el Museo Local de Palma del Río se conserva un abundante conjunto de material cerámico, entre el que destacan fuentes carenadas, platos de borde engrosado y cerámica campaniforme, que acreditan una ocupación desde el Neolítico Medio/Final hasta las postrimerías de la Edad del Cobre, coincidente con la Fase I de Colina de los Quemados.

Un segundo asentamiento, a poco más de dos mil metros al noroeste del anterior, es el de Vega de Santa Lucía, excavado por J. F. Murillo y consistente en una treintena de fondos de cabaña encuadrados en un Bronce Final precolonial equiparable a la Fase III de Colina de los Quemados (Murillo, 1990). La organización espacial de este asentamiento (Figura 6.A) es muy similar a la que muestra San Bartolomé de Almonte, en Huelva (Ruiz Mata-Fernández Jurado, 1986), con “fondos de cabaña” de planta ovalada o circular, con unas dimensiones comprendidas entre 1 y 5 m. Se obtuvieron varias dataciones de C14 para el denominado “Fondo 8”, en el que se distinguieron cuatro fases consecutivas de ocupación, dos de ellas dotadas de su correspondiente hogar, que abarcan la segunda mitad del siglo IX, entre 841 y 802 B.C. (Murillo, 1994).

Especial interés reviste la localización, en el “Fondo 4”, de una sepultura de inhumación (Figura 6.B). Pese a que la zona central de la tumba se vio afectada por una zanja de riego, que fue el origen de la intervención arqueológica en Vega de Santa Lucía, pudo deducirse que el cadáver fue depositado junto a la pared occidental de una fosa de planta ovalada, de 2,80 x 2,40 m, en posición lateral izquierda, apoyando el hueso parietal izquierdo sobre el fondo de la fosa y el mentón sobre el pecho. Respecto a la posición de las extremidades, poco pudo determinarse dada su total destrucción por la zanja, si bien el forzado ángulo que mostraba el cráneo en relación con el eje vertebral, y la propia ubicación en la fosa apuntan a una deposición flexionada o fetal, con el rostro mirando al oeste. El ajuar que acompañaba al difunto se componía de recipientes cerámicos rotos, encuadrables en el mismo horizonte cronológico, del Bronce Final Precolonial, que el resto de “fondos de cabaña” excavados en Vega de Santa Lucía, lo que acredita la coexistencia en este asentamiento de áreas domésticas y productivas con otras de deposición funeraria, manteniendo una tradición que, en el Valle del Guadalquivir, se remonta al Neolítico Final (Martínez, 2013), y la Edad del Cobre, con inhumaciones colectivas (García Sanjuán *et alii*, 2022), y en el Bronce Pleno (Aubet-Serna, 1981), ya con enterramientos individuales o múltiples (Garrido Anguita, 2017).

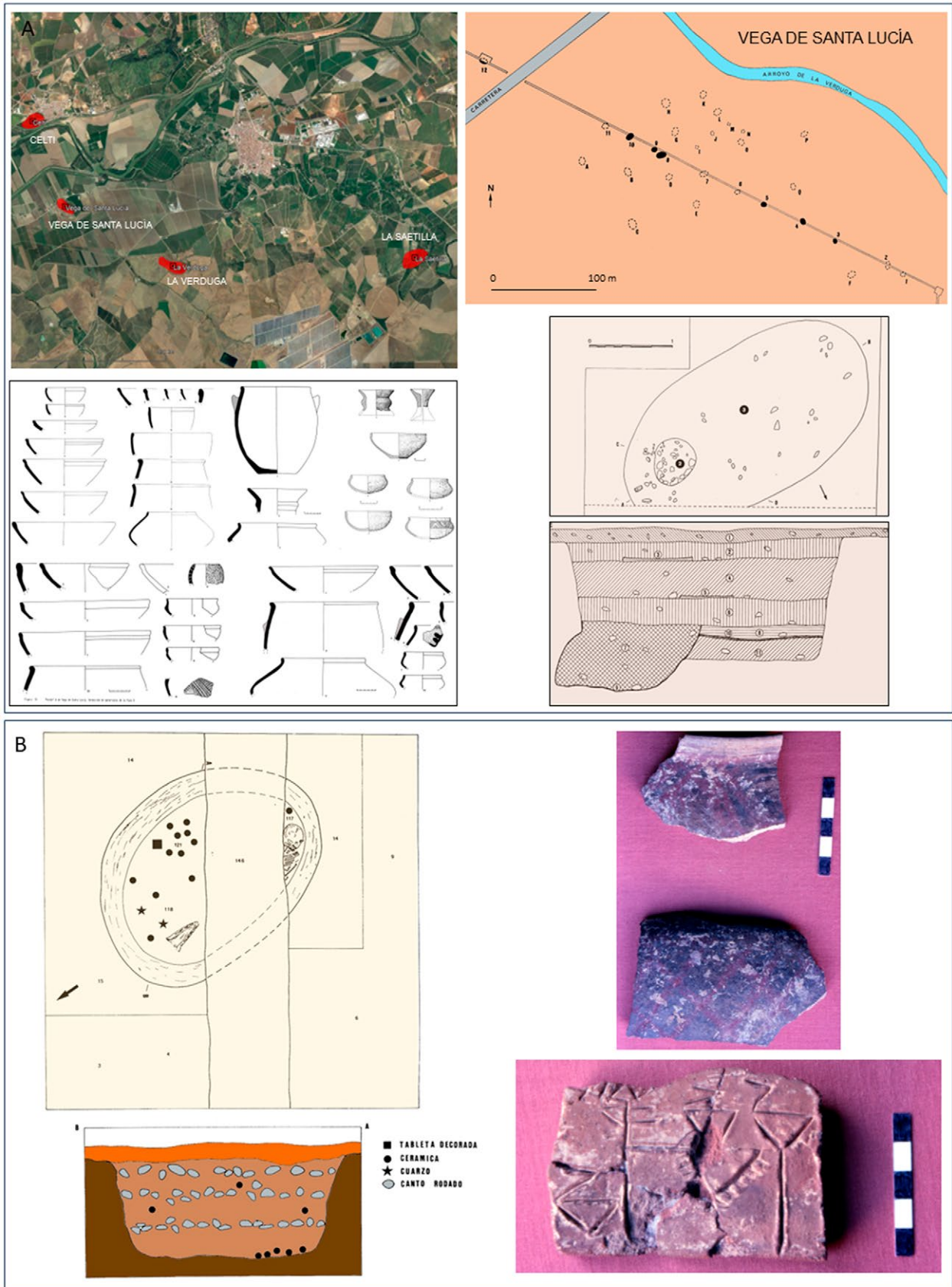


Figura 6. A. Localización de los principales asentamientos calcolíticos junto a la desembocadura del Genil. “Fondos de cabaña” de Vega de Santa Lucía (Palma del Río, Córdoba). Planta y sección longitudinal del “Fondo” 10. Selección de formas cerámicas presentes en el Bronce Final del “Fondo” 10. (© Juan F. Murillo). B. Sepultura de inhumación en el “Fondo” 4 de Vega de Santa Lucía, seccionada por una zanja de riego. Fragmentos cerámicos con decoración pintada y tableta de arcilla decorada localizados junto a la inhumación. (© Juan F. Murillo).

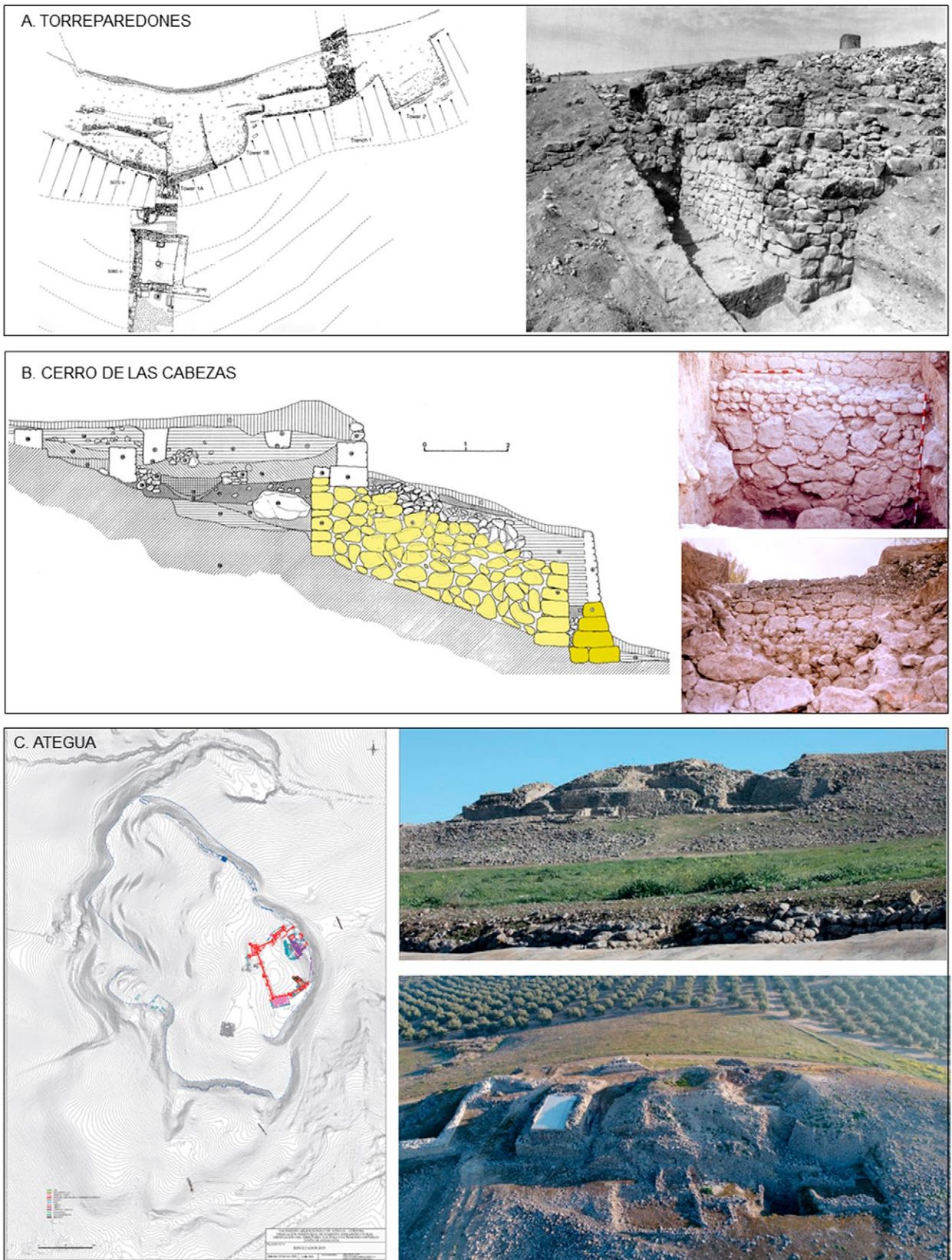


Figura 7. A. Muralla del *oppidum* de Torreparedones, Baena-Castro del Río (©Cunliffe-Fernández Castro, 1990). B. Muralla del *oppidum* del Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar (© Vaquerizo *et alii*, 1992). C. Muralla del *oppidum* de Ategua (© Fuertes *et alii*, 2021).

La presencia de una mandíbula de cérvido junto a los pies del difunto establece una relación tanto con enterramientos calcolíticos (Martínez, 2013) como con varias sepulturas individuales de la Edad del Bronce recientemente excavadas en las proximidades de Colina de los Quemados (Ortiz, 2022), que muestran la deposición, junto al cadáver en posición fetal, de partes seleccionadas de animales. Por otro lado, la inclusión en la tumba de Vega de Santa Lucía de una tableta de arcilla cocida, decorada con una doble fila de ánades dispuestas alrededor de un rectángulo que inscribe un triángulo invertido con pequeños trazos en dos de sus lados, apunta a una simbología solar de larga raigambre en el sur peninsular (Buero, 1984), mostrando un sol poniente reflejado en un ambiente acuático (Murillo, 1994).

Elementos de continuidad entre la Edad del Cobre y la Edad del Bronce

El conjunto definido por La Verduga y Vega de Santa Lucía muestra un tipo de asentamiento que define un patrón característico del Valle del Guadalquivir, aunque también está presente en otros ámbitos de lo que luego será la “periferia tartésica”, como el Valle del Guadiana, cuyas raíces se retrotraen a la colonización agrícola inicial en el Neolítico Medio/Final (Martínez, 2013). De este modo se hace patente una continuidad en el poblamiento y en el paisaje que abarca desde la Edad del Cobre al Bronce Final, con asentamientos de una gran extensión y complejidad, como Valencina de la Concepción en Sevilla y Colina de los Quemados en Córdoba, a los que se suman otros de menor amplitud cronológica, como San Bartolomé de Almonte, en Huelva, o El Higuero y La Verduga/Vega de Santa Lucía, en Córdoba.

Si en un principio se consideraba que estos asentamientos definían sociedades poco complejas y escasamente jerarquizadas, el paradigma cambió a medida que se procedía al análisis de sus sepulturas, tanto megalíticas como no megalíticas, colectivas en unos momentos e individuales en otros, pero siempre con el ritual de la inhumación, y se constataban sofisticados sistemas defensivos, desde los simples fosos de Valencina de la Concepción (Sevilla) o La Pijotilla (Badajoz), combinados con murallas de adobe en Marroquíes Bajos (Jaén), a asentamientos fortificados del tipo de Palacio Quemado o San Blas, en Badajoz. Este último está ceñido por una muralla exterior de dos kilómetros de perímetro, con foso, bastiones y una puerta de acceso flanqueada por torres. En su interior se dispone una “ciudadela” circular dotada de muralla y foso que se mantendrá en uso hasta el momento de abandono del hábitat, en el Calcolítico Final, momento en el que la muralla exterior se encontraba ya inutilizada (Hurtado, 2004).

Estos grandes asentamientos fortificados de la Edad del Cobre en las cuencas del Guadalquivir y del Guadiana, contemporáneos de otros de menor tamaño, tanto con defensas como sin ellas, muestran un desarrollo diferenciado, aunque en muchos aspectos similar, al de los conocidos en el Sureste (Los Millares, El Malagón, Cerro de las Canteras, Almizaraque, Terrera Ventura) o el estuario del Tajo (Vila Nova de Sao Pedro, Zambujal o Leceia). La Edad del Bronce, a lo largo del segundo milenio, no supondrá hiato poblacional alguno, desarrollándose los distintos sustratos dentro de un proceso de creciente complejidad y diferenciación en facies culturales interrelacionadas por la actividad metalúrgica.

Más allá de las áreas de expansión argárica en el Alto Guadalquivir y el curso medio del Genil hasta las estribaciones subbéticas, en la Cuenca Media del Guadalquivir el Bronce Pleno comienza a ser vislumbrado en asentamientos situados en puntos estratégicos para el control de las rutas de comunicación como Mesa de Setefilla, Colina de los Quemados, Montoro, Monturque o el Cerro del Castillo de Aguilar, en los que los cuencos elipsoidales aplastados del Tipo A4 (Murillo, 1994) constituyen el ítem más definitorio. Pero también se documenta en algunos asentamientos en llano o en ladera, como el de Zóñar (Ruiz Lara-Murillo, 1989), donde se aprecia una facies postcalcolítica con características distintas a las que se manifiestan en los asentamientos de altura, y dentro de una tradición que continúa las formas de vida calcolíticas. A este conjunto de localizaciones se ha incluido otro grupo cuya ocupación se iniciaría en la primera mitad del II milenio, integrado por el Cabezo de Córdoba, Los Almiarés y Cerro Jesús, en Castro del Río y Baena (Martínez, 2012).

Por lo que respecta a la cultura material, la primera que el arqueólogo puede aprehender, la diferenciación de estos grupos es complicada ante la inexistencia de formas o decoraciones cerámicas lo suficientemente típicas, pues el repertorio cerámico presente en los yacimientos mejor conocidos, en Mesa de Setefilla I o en Monte Berrueco, muestra un marcado conservadurismo. Esta importancia del elemento de sustrato puede ser mantenida también para los Tipos más característicos, hasta el punto de que podrían presentarse líneas de evolución morfológica desde las cazuelas carenadas y platos con borde engrosado del Calcolítico hasta las cazuelas de Tipo B1 del Bronce Final local (Murillo, 1994), con eslabones intermedios en los grandes vasos con reborde corto entrante del Bronce Pleno de Monte Berrueco (Escacena-Frutos, 1985).

Pero junto a estos elementos de continuidad, durante el Bronce Pleno del Guadalquivir también se manifiestan contactos con áreas culturales vecinas como pueden

ser la argárica (Lull, 1983) o la del Bronce del Suroeste (Schubart, 1975), e incluso más lejanas, de carácter europeo atlántico, como las que proporcionan las armas metálicas de la sepultura de Mesa de Setefilla (Aubet-Serna, 1981). Merced a estos contactos, que en definitiva continúan los ya manifestados desde el Calcolítico, es plausible, como hemos planteado en alguna ocasión (Murillo, 1990b), la existencia de un foco metalúrgico autónomo del argárico en Andalucía Occidental durante el Bronce Pleno, y que comercializó sus productos por toda la Cuenca del Guadalquivir y áreas limítrofes. El estoque de Setefilla sería una buena prueba de la dinamicidad de este centro metalúrgico, que ya hacia mediados del II milenio había creado sus propios prototipos (Aubet-Serna, 1981) y que es posible que tuviera su razón de ser en los depósitos mineros de Sierra Morena, en explotación desde la Edad del Cobre (Murillo, 1993). La “alabarda” de El Laderón (Bernier *et alii*, 1981) y las dagas de Fuente Tójar (Murillo, 1990b) y Torre Benzalá (Carrasco-Pachón, 1986) serían algunos de los últimos productos que reúnen los rasgos definitorios (lengüeta trapezoidal y doble o triple nervio en la hoja) que podemos considerar como característicos de esta metalurgia del Bronce Pleno de Andalucía Occidental.

Como reflejo de este desarrollo basado en la explotación minera y en el desarrollo de actividades agropecuarias de base se inició un proceso de diferenciación social y de ordenación del territorio como el que refleja el ajuar de la ya citada sepultura de Mesa de Setefilla y las fortificaciones documentadas en este mismo yacimiento, paralelas a las que por el mismo tiempo están comprobadas en la Campiña de Jaén (Ruiz *et alii*, 1986; Nocete, 1989), dentro de la periferia argárica. Con todo, la desintegración de los circuitos de intercambio como consecuencia del colapso del mundo argárico truncó este proceso de diferenciación social y de estructuración política del territorio que por el momento sólo podemos intuir.

Estos asentamientos definen el sustrato poblacional sobre el que se desarrollará el horizonte cultural tartésico a partir de la acción comercial y colonial fenicia, demostrando para la Cuenca del Guadalquivir una sustancial continuidad en el hábitat (Murillo, 1994) que contradice los supuestos hiatos poblacionales que ciertos investigadores creían ver a partir de las interrupciones en las secuencias estratigráficas. En el fondo, este sector de la investigación parte apriorísticamente de modelos teóricos que parecen exigir la existencia de un mismo patrón de asentamiento desde al menos el Calcolítico hasta la llegada de Roma, pues de otro modo no cabría esperar la sucesión ininterrumpida de depósitos estratigráficos en un mismo punto. Sin embargo, este “modelo” es en su totalidad ilusorio, y la realidad arqueológica demuestra que el patrón de asentamiento sufre modificaciones desde la Edad del Cobre hasta la Romanización sin que

por ello quepa hablar para cada una de ellas de rupturas culturales traumáticas ni, mucho menos, de súbitos despoblamientos previos a la ocupación por otro grupo (¿étnico?) portador de una nueva cultura. La arqueología y la etnografía están llenas de cambios, no por necesidad traumáticos, en el patrón de asentamiento (Ucko *et alii*, 1972), inscritos en un desarrollo procesual similar y paralelo al que experimentan la cultura material, las relaciones sociales o las costumbres funerarias, como partes integrantes todas ellas de la estructura global que podemos denominar Sistema Cultural (Clarke, 1984).

Así, en los albores del I milenio el horizonte cultural del Bronce Final aparece totalmente configurado en la Cuenca Media del Guadalquivir, con cerámicas decoradas a la almagra, pintadas tipo Guadalquivir I y de incrustación de botones metálicos en su Fase Antigua, que podemos definir en el “Fondo” 8 de Vega de Santa Lucía. En Colina de los Quemados estos momentos vendrían representados por el Estrato 17 (Fase 3), formado sobre el 18, cuya adscripción al Bronce Pleno ha sido corroborada por las últimas excavaciones.

De modo paralelo a la configuración de este Bronce Final Antiguo se constata la presencia en diversos asentamientos, por lo general del tipo que hemos calificado como de primer orden (sobre los que se desarrollarán los *oppida* de la Edad del Hierro) de cerámicas con decoración de boquique, para las cuales puede buscarse un origen tanto autóctono, a partir de ciertas decoraciones campaniformes, como foráneo, admitiendo contactos con Cogotas I, bien directos bien a través de Andalucía Oriental.

En un momento por ahora impreciso, pero que podemos situar en torno al 800, asistimos a la aparición en la parte Occidental de la Cuenca Media del Guadalquivir de las primeras cerámicas con decoración bruñida, ítem que al menos aquí es claramente posterior al florecimiento de las cerámicas decoradas que definen el Bronce Final Antiguo. Esta presencia de las decoraciones bruñidas coincide con los últimos momentos de la ocupación del “Fondo” 8 de Vega de Santa Lucía y con el inicio del hábitat en el sector excavado de La Saetilla (Nivel 11 del Corte D-4). Por lo que respecta a las formas cerámicas, se advierten determinadas tendencias evolutivas para los principales Tipos (Murillo, 1994).

En la Fase más antigua del Bronce Final, el centro de mayor dinamismo parece estar en los asentamientos ubicados en las inmediaciones del Guadalquivir, río que actúa como principal eje de difusión del nuevo horizonte cultural. En la Campiña, se documenta la presencia de cerámicas a la almagra, pintadas y con incrustaciones metálicas, aunque en una proporción notablemente inferior. Con todo, y con las peculiaridades locales que podemos encontrar

de acuerdo con el comportamiento de los diferentes sustratos, asentamientos como Monturque, Cerro del Castillo de Aguilar, Cerro de la Horca, Montilla, Ategua, Cabezo de Córdoba, Torreparedones o Cerro Boyero documentan la inclusión de la Campiña de Córdoba dentro del espacio cultural tartésico. Excluidos parecen quedar de momento el Sector Norte y la Subbética, aunque también podemos rastrear algunos indicios en los asentamientos de Sierra Palacios 3 (Vera, 1998), La Estrella y Huerta del Caño (Espiel), sin duda vinculados al aprovisionamiento de minerales con destino a los asentamientos del Guadalquivir, ya constatado desde la Edad del Cobre (Murillo, 1993; Monterroso *et alii*, 2022 e.p.), y en el Cerro del Castillo de Carcabuey, de donde procede una espada tipo Monza (Murillo-Ruiz, 1990), que define un horizonte muy antiguo de finales del II milenio, ligeramente anterior a las espadas tipo Huelva documentadas en Los Castellares de Puente Genil, Palma del Río y Marmolejo/Villa del Río (Murillo, 1994).

El patrón de asentamiento muestra algunas diferencias entre el Valle y la Campiña. En la primera de estas áreas, los hábitats más antiguos están ubicados sobre las terrazas fluviales o en la zona de contacto con el piedemonte de Sierra Morena, en la margen derecha del Guadalquivir. Son núcleos de pequeño tamaño, con frecuencia situados a poca distancia los unos de los otros, y en los que la actividad económica prioritaria parece ser la explotación de las ricas tierras sobre las que se asientan, aunque en varios de ellos (v. gr. Colina de los Quemados o Vega de Santa Lucía) están también documentadas actividades metalúrgicas, lo que implica la necesidad de un aprovisionamiento de mineral procedente de las minas de la Sierra (Murillo, 1993).

En torno al 800 a.C., con el inicio de ese Bronce Final Reciente que se manifiesta en la aparición de la decoración bruñida en los últimos momentos del "Fondo" 8 de Vega de Santa Lucía, se producen importantes cambios en el patrón de asentamiento del Valle Medio del Guadalquivir, en especial por lo que se refiere a su sector más occidental, en la confluencia con el Genil. Se opera el abandono de hábitats como el de Vega de Santa Lucía, al tiempo que parece iniciarse la ocupación de La Saetilla. Este último yacimiento presenta en sus niveles de base del Corte D-4 un horizonte cultural hasta cierto punto similar al de Vega de Santa Lucía, con cerámicas pintadas tipo Guadalquivir I y a la almagra, pero las de incrustaciones metálicas aparecen de un modo mínimo, para desaparecer con rapidez, y las decoraciones bruñidas están representadas con un porcentaje superior al que veíamos en los momentos epigonales de Vega de Santa Lucía. Es posible que los inicios de esta ocupación sean contemporáneos a los últimos momentos del "Fondo" 8 de Vega de Santa Lucía, pero el pronto abandono de éste y otros asentamientos del mismo tipo hace pensar en una tendencia hacia la concentración de la

población en asentamientos con mayores posibilidades defensivas, de control estratégico del territorio y, en última instancia, más aptos para el desarrollo de un núcleo urbano.

Este proceso de concentración de la población rural circundante en un punto especialmente apto, en detrimento de lugares de hábitat más pequeños, puede advertirse también en Montoro, con los núcleos de Llanete de los Moros-Palomarejo, y especialmente en Fontanar de Cabanos-Colina de los Quemados (Figura 4.E). En este último caso, y a diferencia de lo visto para La Saetilla, la concentración se hace sobre una superficie más extensa y que ya estaba ocupada desde al menos el Calcolítico. La gran superficie ocupada por este asentamiento, superior a las 50 Ha., la hemos interpretado, acudiendo a las estratigrafías de Luzón-Ruiz Mata, Marcos Pous y Murillo, y a la distribución de materiales en superficie, a partir de un modelo de poblamiento nuclear regular, que determina una gran zona de hábitat, pero con una baja densidad de población, resultante de pequeñas agrupaciones muy próximas que explotan con fines agrícolas el terreno intermedio.

De este modo, cabe encontrar una secuencia estratigráfica por segmentos horizontales, salvo en la zona más elevada, excavada por Luzón-Ruiz Mata y por Murillo, donde la acumulación de una potente estratigrafía vertical, precisamente en una de las zonas más individualizadas desde el punto de vista topográfico, que abarca desde el Bronce Pleno a época hispano-musulmana responde a la configuración en este punto de una especie de acrópolis, que si en un primer momento pudo ser un núcleo más, con el tiempo su privilegiada ubicación le llevaría a desempeñar labores distintas a las puramente productivas, acabando por aglutinar a su alrededor, ya en el "Orientalizante", un núcleo urbano.

En consecuencia, el patrón de asentamiento en el Valle del Guadalquivir queda ya configurado, por lo que a sus líneas básicas respecta, durante el Bronce Final Reciente. En la Campiña, en cambio, la situación se presenta distinta. La casi totalidad de los asentamientos con una ocupación comprobada del Bronce Final Precolonial son de primer orden, y de ellos una buena parte (Cerro del Castillo de Aguilar, Monturque, Ategua, Torreparedones) presentan una ocupación continuada desde al menos el Calcolítico. En otros casos, como en Montilla, se aprecia el traslado del antiguo hábitat calcolítico desde el Cerro de Santa María (Ruiz Lara, 1990) hasta las cercanas "Laderas del Castillo", zona amesetada con una posición de mayor valor estratégico. Los asentamientos de nueva fundación durante la Edad del Bronce, como el de Cabezo de Córdoba (Martínez, 2012), son poco frecuentes.

El influjo del comercio fenicio en la Cuenca Media del Guadalquivir

Sobre este horizonte del Bronce Final Reciente se produce el impacto comercial fenicio en un momento que, para la Cuenca Media del Guadalquivir, cabe situar en el tránsito del s. VIII al VII. Este proceso de aculturación inaugura el "Orientalizante", que para su fase antigua viene definido por la presencia de las primeras cerámicas fabricadas a torno y por la sustitución de las estructuras de habitación de planta curva que habían caracterizado al Bronce Final por otras de planta rectangular.

Las primeras cerámicas a torno que llegan a la Cuenca Media del Guadalquivir son grises, pintadas bícromas y de engobe rojo, constituyendo una pequeña fracción de los conjuntos cerámicos hasta la segunda mitad del s. VII, momento en que se igualan los porcentajes de cerámicas a mano y a torno, en coincidencia con las primeras producciones a torno realizadas en alfares situados en el propio medio indígena de la Cuenca Media. Ello no quiere decir que las cerámicas a torno de la primera mitad del siglo VII presentes en nuestros asentamientos procedan necesariamente de alfares situados en las factorías fenicias. Es más, son pocos los Tipos para los que podemos rastrear prototipos coloniales, al faltar en nuestros yacimientos las cerámicas características del horizonte colonial antiguo del s. VIII. Ello, unido a que los paralelos tipológicos más estrechos para estas cerámicas a torno nos lleven indefectiblemente a los asentamientos tartésicos del Bajo Guadalquivir, plantea la hipótesis de que sea precisamente uno de estos núcleos, aculturado ya en la segunda mitad del s. VIII, el que comercialice parte de su producción río arriba.

Por lo que respecta al otro rasgo "aculturador" que tradicionalmente se ha destacado, la sustitución de las estructuras de habitación de planta circular por las de planta rectangular, su importancia real es bastante relativa, pues lo realmente importante del proceso que lleva aparejada esta sustitución no es el cambio en sí de la planta, que puede responder a múltiples factores, sino la compartimentación del espacio que permite la planta rectangular y sus posibilidades de crecimiento mediante la yuxtaposición de nuevas células. Todo lo cual refleja no sólo un entramado urbano, sino también la presencia de áreas espaciales complejas de diferenciación y especialización funcional. Y esto no está comprobado para la Cuenca Media del Guadalquivir hasta la fase siguiente, el "Orientalizante" Pleno o Reciente que se inicia en la segunda mitad del s. VII y se desarrolla durante todo el s. VI. Es este el momento a partir del cual podemos hablar del carácter urbano de la mayor parte de los asentamientos de primer orden distinguidos en la Cuenca Media del Guadalquivir, en coincidencia con la construcción de murallas en

buena parte de estos *oppida*, como se comprueba en Torreparedones, Ategua y Cerro de las Cabezas en la provincia de Córdoba (Figura 7) y en Puente Tablas, en Jaén, con soluciones y técnicas edilicias que, en última instancia nos conducen al ámbito colonial fenicio, como puede comprobarse en Torre de Doña Blanca.

La cuestión del carácter urbano o protourbano de los asentamientos tartésicos durante el Bronce Final y el "Orientalizante" Antiguo es difícil, pues dependerá en última instancia de los rasgos que consideremos para la definición de "ciudad" (v.gr. Ruiz Rodríguez, 1987), de modo que según adoptemos unos u otros podremos hablar de ciudades dentro de un intervalo cronológico que tendría sus límites superior e inferior en el Calcolítico y en la Romanización. Nosotros, aunque conscientes de lo discutible de la elección, nos inclinamos por el tránsito del s. VII al VI, esto es, en el "Orientalizante" Reciente, para situar el inicio de las formas de vida propiamente urbanas en la Cuenca Media del Guadalquivir, considerando que para la definición de núcleo urbano debe darse la coincidencia, como mínimo, de las siguientes condiciones (Murillo, 1994):

- Ubicación en una posición estratégica.
- Extensión adecuada para permitir el hábitat de una comunidad humana relativamente amplia y, lo que no es menos importante, capaz de absorber un incremento de población.
- Presencia de un "entramado urbano", con estructuras plurifuncionales complejas.
- Articulación de un Territorio de Producción Restringida del cual se extraerán los recursos básicos para el mantenimiento de la comunidad, por lo general explotado de forma directa desde el asentamiento central, aunque en determinadas circunstancias puede hacerse desde asentamientos dependientes de carácter secundario.
- Desempeño de funciones centrales como las de acumulación de excedentes y las de lugar de mercado, lo que se traduce en su carácter de redistribuidor de bienes en su área de influencia.
- Existencia de una división del trabajo, con especialistas (alfareros, artesanos, metalúrgicos, comerciantes, guerreros...) a jornada completa.
- Creación y mantenimiento de canales de intercambio con comunidades no subordinadas.
- Integración y defensa de un territorio político claramente definido respecto del de otras ciudades vecinas.
- Aunque no imprescindible, debemos señalar también la conciencia por parte de los propios habitantes de su forma de vida urbana, a la que no sería ajena, en nuestro caso, la propia posesión de murallas, no sólo barrera física frente a un posible peligro procedente del exterior, sino

también, muy posiblemente, barrera simbólica frente a unas formas de vida no urbanas.

Creemos que todos estos requisitos se dan en buena parte de los asentamientos de la Cuenca Media del Guadalquivir a partir del "Orientalizante" Final, cuando los gérmenes que ya estaban subyacentes durante el Bronce Final Precolonial han fructificado catalizados por el impacto colonial de comienzos del s. VII, y que no reflejan otra cosa que la existencia de una creciente diferenciación social en el seno de la comunidad y la consolidación de formas complejas de integración política que podríamos definir como de "jefatura".

El proceso se advierte en todos los aspectos, y en especial en la ordenación del espacio resultante del mismo, con la consolidación de diferentes patrones de asentamiento y de distintas estrategias de explotación y ordenación del territorio, plasmado en la jerarquización económico-funcional de los hábitats, en la formación de Territorios de Producción Restringida y en la creación de barreras a la aparición de nuevos asentamientos de igual rango.

Como es evidente, la situación no es igual en todas las áreas de la Cuenca Media del Guadalquivir. La zona Norte, por sus limitaciones en cuanto a la disponibilidad de grandes superficies de tierras de alto rendimiento para cultivo extensivo y, sobre todo, por su propia naturaleza, concentra fundamentalmente su actividad en la producción y suministro de metales a partir de una serie de enclaves que gestionan la explotación de las minas y que garantizan su flujo a través de las grandes vías naturales que, tomando como eje final el valle del Guadiato, la comunican con Córdoba. Aquí, el gran asentamiento de Colina de los Quemados desempeñó un papel estratégico como redistribuidor del estaño, el cobre y la plata, tanto a nivel del Guadalquivir, hacia los asentamientos de la Campiña como, y ahí radica la novedad respecto a las etapas precedentes, hacia el Bajo Guadalquivir, beneficiándose de su puerto fluvial (Murillo, 1993).

Las zonas metálicas del núcleo de la tierra de Córdoba en la Protohistoria se sitúan en las actuales comarcas cordobesas del Valle del Alto Guadiato y del Valle de Los Pedroches. Además, en la protohistoria, como después en época romana, una buena parte del territorio suroccidental de la actual provincia de Ciudad Real y el sureste de la actual provincia de Badajoz debía estar bajo la interacción efectiva de *Corduba*. De hecho, Medellín, la teórica *Conisturgis*, constituía el otro polo de la vía principal que cruzaba todo ese sector hasta su punto culminante en el Guadalquivir, en *Corduba*. Medellín fue posteriormente colonia de Quinto Cecilio Metelo Pío, el más dilatado gobernador de la Provincia Ulterior, residente en Córdoba. Zalamea de la Serena,

es decir, la zona de Cancho Roano o la Mata, serán jurisdicción de *Corduba*, y no de *Emerita*, en época romana. Igualmente lo será *Sisapo*, al igual que todo el valle de los Pedroches (Monterroso, Gasparini y Moreno, 2023: 71-90). Esta situación romana tiene, sin lugar a duda, su configuración primera en época tartésica, que es cuando yacimientos y viabilidad acaban teniendo una estructura coherente e interconectada con los dos Valles primordiales de Tarteso, el del Guadalquivir y el del Guadiana.

El Territorio y la Viabilidad

En un reciente trabajo, (Monterroso *et alii*, 2023, 515 y ss.) hemos correlacionado esta situación existente en plena época tartésica con la establecida por Roma a partir del siglo II a.C., buscando en ella la delimitación del distrito minero de *Mons Marianus* y del propio *conventus cordubensis*. La trascendencia de la ruta natural que, a través de Cerro Muriano y del valle del Guadiato, unía la Cuenca del Guadiana con la del Guadalquivir tomando a Córdoba como borne se ha visto potenciada por el hallazgo y/o delimitación de distintos yacimientos situados a lo largo de este canal fluvioterrestre de evacuación de riqueza.

Efectivamente, el eje principal de vertebración del territorio, de evacuación de la riqueza y de disposición de los núcleos de población fue el binomio formado por el río Guadiato y la posteriormente llamada vía *Corduba-Emerita*. Esta vía, en su fase más antigua no es más que el viejo camino calcolítico y protohistórico que desde Córdoba conducía a Medellín y Cáceres. Posteriormente, se construirían varios tramos de una nueva vía a Medellín y, desde ahí, a Emérita divergiendo en parte respecto del trazado de la primera. Esta vieja vía sale de Córdoba con dirección a Espiel, donde busca adaptarse al Guadiato por su margen izquierda. Entre el castillo de El Vacar y la Venta de La Estrella, se bifurca hacia Los Pedroches buscando en último término llegar a *Sisapo*. En dirección Medellín, en el tramo entre Puente Nuevo y la zona de *Mellaria* y Los Castillejos, sin duda se pudo aprovechar el río Guadiato como vía fluvial: así lo demuestran algunas canteras de época posterior y, sobre todo, la disposición de los distintos yacimientos, que están orientados en su mayoría al curso del río. Ese nexo viario, esa Y con vástago matriz inferior en Córdoba y tramos superiores dirección Medellín y *Sisapo*, fue una de las mayores infraestructuras viarias del Tarteso central y, por supuesto, de toda la Hispania romana posteriormente. Sin lugar a duda las mejores riquezas minera transitaban por allí.

Serán esas vías del metal las que traigan los contactos "coloniales" del Bajo Guadalquivir y de las costas a esta zona serrana interior. *Corduba* será el primer jalón de las influencias y el principal cauce para el

arriba, seguramente, de buena parte de las gentes que llegaron a instalarse en el valle medio del Guadiana en el "segundo" Tarteso: pues por la tierra de Córdoba, por los valles del Guadiato y los Pedroches, es por donde, aún hoy, se llega preferentemente a Cancho Roano, La Mata o el Turuñuelo.

Evidentemente, falta en el norte de la provincia de Córdoba una investigación arqueológica tan fecunda como ha vivido el sector meridional de la provincia de Badajoz en las últimas décadas. No se cuenta, ni mucho menos, con una cantidad de materiales arqueológicos mínimamente comparables. Sin embargo, los yacimientos ya empiezan a dar solventes pistas que permiten pensar que el espacio situado entre *Corduba* y los famosos yacimientos de la Serena no era un desierto, un *saltus* ajeno a esa realidad traslacional que vive Tarteso cuando bascula desde el Valle del Guadalquivir al Valle del Guadiana; falta que nuestros mapas lo vayan poco a poco subsanando, atendiendo a lo que van dejando entrever los yacimientos.

En lo que respecta al Bronce Final y el "Orientalizante", el valle del Guadiato fue prospectado por Juan F. Murillo (Murillo 1990; 1993; 1994) en los años de su memoria de Licenciatura y su Tesis Doctoral. A Juan Carlos Vera y Beatriz Gavilán se debe la individualización mayor de esta situación en el Calcolítico (Vera, 1998).

La zona central del río, en el entorno de la estación de la Alhondiguilla de Puente Nuevo, fue objeto de prospecciones superficiales por parte de Juan F. Murillo (1986); sin embargo, este investigador no pudo detectar testimonios de los lugares de asentamiento a los cuales se asociaban esas producciones, fechadas en torno al s. VIII y VII a.C., en plena coincidencia con el auge metalúrgico de Colina de los Quemados (Murillo 1993).

Es posible que en un promontorio denominado Cerro Marmolejo puedan existir algún tipo de restos, debido a la existencia de materiales tartésicos en él. En el extenso sector central del embalse de Puente Nuevo, entre la Alhondiguilla y el Arroyo Juana la Mala, en cambio, hemos realizado actividades arqueológicas en los últimos años. Allí se documenta un amplio emplazamiento caracterizado por chozos de zócalos de mampuesto y alzado de tapial que fueron posteriormente ocupados por unas construcciones romanas. A pesar de ello, no hemos podido probar con absoluta certeza, es decir, con materiales asociados en estratigrafía una identificación con un cronología del Bronce Final tartésico.

Algo más al norte, en pleno espolón septentrional de la Sierra de la Estrella, se sitúa el yacimiento de la Huerta del Caño, que fue prospectado igualmente por Murillo asignándole una cronología de s. VIII-VII a.C. No se

conocen sus estructuras, ni son individualizables desde ningún recurso de prospección aérea. Este yacimiento destaca por la capacidad de control que ejerce sobre la viabilidad y la visibilidad por ambas orillas del Guadiato, justo cuando este se estrecha en dirección Córdoba viniendo desde el noroeste y se abre en esa dirección. A él, o a su territorio inmediato, puede asociarse la estela recuperada en la antigua estación de Espiel, situada en la parte baja del yacimiento.

En Sierra Palacios (Belmez), conocida por sus espectaculares necrópolis dolménicas del Calcolítico, Juan Carlos Vera (1998) documentó también testimonios de ocupación del Bronce Final Tartésico en el yacimiento de Sierra Palacios III, el cual parece incluso que perduró hasta época republicana. Esas producciones denotan el ambiente de contacto como los de los materiales documentados por Murillo en la Alhondiguilla. Al igual que en los casos anteriores los testimonios cerámicos no han podido ser relacionados con estructuras algunas.

Muy cerca de Sierra Palacios, en la zona de Valfrío, se descubrió el tesoro de Belmez, que hoy está en el Museo Arqueológico Nacional. En concreto, este tesoro está compuesto por un torques con decoración incisa y un amasijo de fundición. Sobre él, A. Perea y B. Ambruster (2008: 514) resaltaban el hibridismo que presentaba entre la tradición local de raigambre atlántica del torques y los orientalismos del amasijo traídos por los contactos con el mediterráneo. Esta zona, por tanto, como la del Guadiana, estaba claramente inmersa en contactos culturales y tecnológicos con estas tradiciones culturales tartésicas ya desde este momento de los siglos VIII-VII a.C.

Igualmente, en Belmez, a apenas 3 km del punto de hallazgo del tesoro del MAN, se ha localizado otra pieza de oro de época tartésica. Se trata de una cuenta de collar sobre lámina de oro que fue recuperada fuera de contexto y al margen de toda actividad arqueológica reglada, al contrario de como señalan los investigadores que se han ocupado de ella (Gonzalez Zambrano *et alii.*, 2023.), en el yacimiento tartésico de la presa del embalse de Sierra Boyera. Según sus primeros estudios, esta pieza debería conceptualizarse preferentemente por la cantidad de oro utilizada más dentro de la tradición joyera del Guadiana que de la del Guadalquivir, con los tesoros de Aliseda y Évora como lo paralelos más cercanos (Gonzalez Zambrano *et alii.*, 2023)

Esta pieza de oro y su contexto llama desde el inicio la atención sobre este yacimiento. Éste, tuvo una primera actividad de reconocimiento hacia los años 1998 llevada a cabo por Antonio Daza Sánchez y José Antonio Morena con vistas a la incoación del expediente de declaración como BIC. En ese expediente ya se citaba

una cronología de s. VII a .C, al menos, y la presencia de materiales cerámicos de tradición local junto con los de influencia exógena (Morena, 1998). Esos materiales fueron depositados en el Museo de Belmez por Antonio Daza resultando efectiva esa alta cronología; incluso hay algunas formas que pueden ser remontables hasta s. VIII a.C. (Monterroso *et alii*, 2023). Ninguna actividad arqueológica, más allá de un reconocimiento y recogida de materiales, fue llevada a cabo entonces.

La Universidad de Córdoba, de modo pionero en el yacimiento, realizó una prospección superficial y limpieza junto con una posterior excavación aprovechando el descenso del nivel de agua del embalse en 2017. Se recuperó así un interesantísimo yacimiento cuyos inicios pueden estar también en sintonía con la cronología del tesoro de Valfrío y servir de complemento a la concepción de desarrollo de esta zona en esta cronología (Figura 8).

La planta final del yacimiento recuperada muestra que estamos ante una única construcción que tiene una zona central destacada y una zona periférica caracterizada por una sucesión de estancias de almacenaje ocupando no más de unas 0.7 hectáreas de superficie. No se han documentado ni calles, ni muralla ni estructuras “urbanas” algunas: por ello no se puede en ningún caso considerar que estemos ante un yacimiento tipo “*oppidum*”. Las construcciones están materializadas por zócalos de mampuesto y alzados de adobe en al menos tres de sus fases edilicias. Desconocemos si hubo un primer asentamiento puramente autóctono, esto es, con chozas, que diera paso al yacimiento que, claramente con influencias alóctonas, se instala aquí desde el s. VIII-VII a.C.

Además de una planta absolutamente novedosa respecto del urbanismo tradicional del Bronce Final de este sector cordobés, este yacimiento tiene varios componentes definitorios más que permiten plantear su identificación con un emporio-santuario de influencia exterior que estaría en funcionamiento al menos desde el siglo VIII-VII y que sería articulador de los intereses del mercado de metales del Valle del Guadalquivir y las costas en esta zona minera (Monterroso *et alii*, 2023).

En primer lugar, habría que aludir a la alta cantidad y variedad de miniaturizaciones cerámicas recuperadas que testimonian claras costumbres celebrativas. Por otro lado, dentro del material recuperado en 1998, se halló un pebetero en forma de altar trapezoidal en cuyas esquinas constan dos caras aplicadas a molde. Una es de un animal, otra es de un hombre. El animal es un carnero cuyos cuernos y cuya piel se funden y desarrollan la decoración del altar. Este pelaje del altar claramente remite a un altar sacrificial que quizás puede igualmente ponerse en relación con este tipo

de altares de vida y resurrección mediante el fuego dispuestos en el pavimento de algunos santuarios de Tarteso (Figura 9).

El único paralelo que hemos podido relacionar con este pebetero de Belmez fue recuperado por Buchhold en las excavaciones del santuario de Tamassos, en Chipre, en el que lo identificó con un objeto litúrgico relacionado con el culto al señor de los sahumeros, es decir, Baal, protector del inframundo y de la minería. Este *thymiaterion* muestra la misma composición de nuestro caso: una base de inicio trapezoidal, en este caso presidida enteramente por el dios y su representación animal, sobre la que está el platillo para la quema de esencias en favor de la divinidad (Morstadt 2002: 203 y Fig. 27).

A la espera de nuevos resultados que permitan aquilatar esta hipótesis, un santuario de estas características, con productos de joyería, de celebración y de rito, mostraría el interés exterior por los minerales de cobre, estaño, plata y oro de este sector de Sierra Morena. Un emporio que se establecería en una ruta de penetración hacia el norte, desde Córdoba hacia el Guadiana por el Guadiato, que adquiere ahora pleno sentido y que participaría de los contactos culturales con los santuarios de Cancho Roano y Casas de Turuñuelo; todo ello dentro de un área tartésica central con fuertes vínculos desde el Bronce Final, como demuestra la dispersión de las estelas decoradas (Murillo *et alii*, 2005). Naturalmente, este contexto aleja esta zona belmezana, como todo el norte cordobés, del ámbito de la “ibericidad” para vincularse claramente al contexto cultural del Tarteso del Guadiana (Jiménez Ávila, 2007) y, también ya, del Guadiato.

En el curso del río Guadiato, llegando ya a nuestro final en el ámbito de Fuente Obejuna, sobre todo en ese flanco derecho que se asocia casi en contacto a la cadena de filones metálicos de los montes de la Sierra de los Santos, se suceden toda una serie, muy frecuente y cercana, de yacimientos que se caracterizan por tener una muralla o recinto de tendencia circular que puede ser simple o ampliarse conforme a varios recintos (Figura 10). Dentro, normalmente, se puede individualizar un bastión o construcción superior y, algunas veces, las puertas de acceso. No hemos explorado estos yacimientos. A simple vista, no deben ser ni romanos ni medievales enclavando su cronología, de modo razonable, en época prerromana. Otra cosa, dentro de ello, es dilucidar si son calcolíticos o son de época del Bronce Final. Pueden darse ambos casos. Y puede darse la situación, como en Sierra Palacios III, en Belmez, que un yacimiento calcolítico tenga ocupación posterior del Bronce Final Tartésico. Y es por ello por lo que, a modo de posibilidad, traemos el caso del de la Umbria del Aguila en Fuente Obejuna como ejemplo

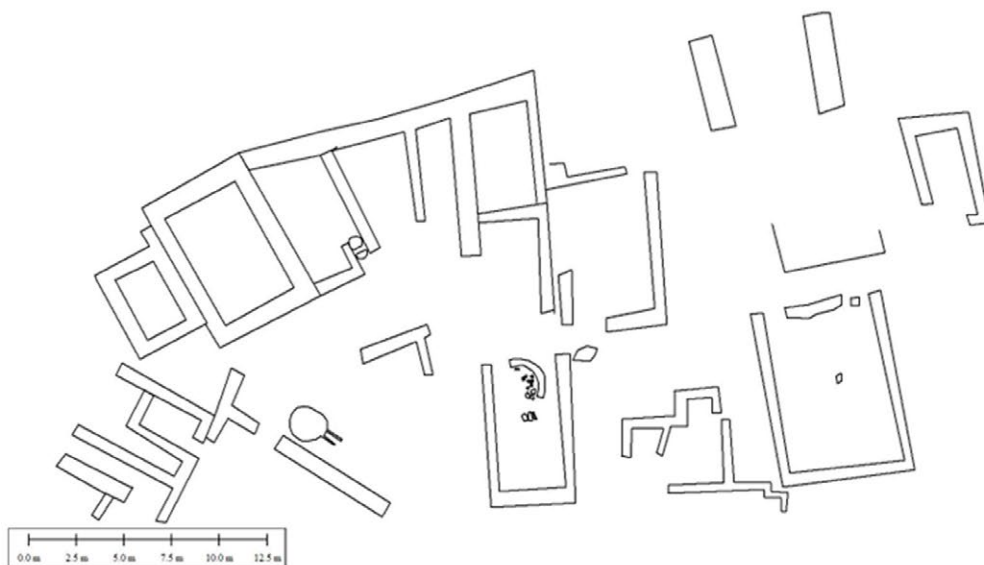


Figura 8. A. Yacimiento tartésico de la presa de Sierra Boyera. Ortofotografía. B. Yacimiento tartésico de la presa de Sierra Boyera. Distribución espacial de las estructuras. (© Universidad de Córdoba. Proyecto AEI HAR 77136 R).

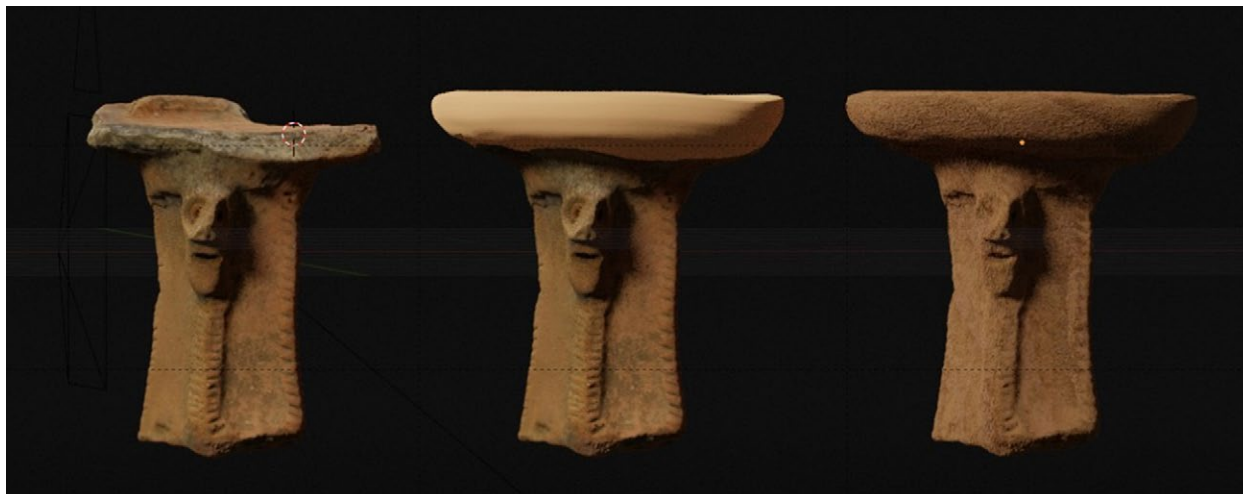


Figura 9. Quemaperfumes del yacimiento de la presa de Sierra Boyera. (© Universidad de Córdoba. Proyecto MEI-Heritage PAIDI 2020 P20_00482).

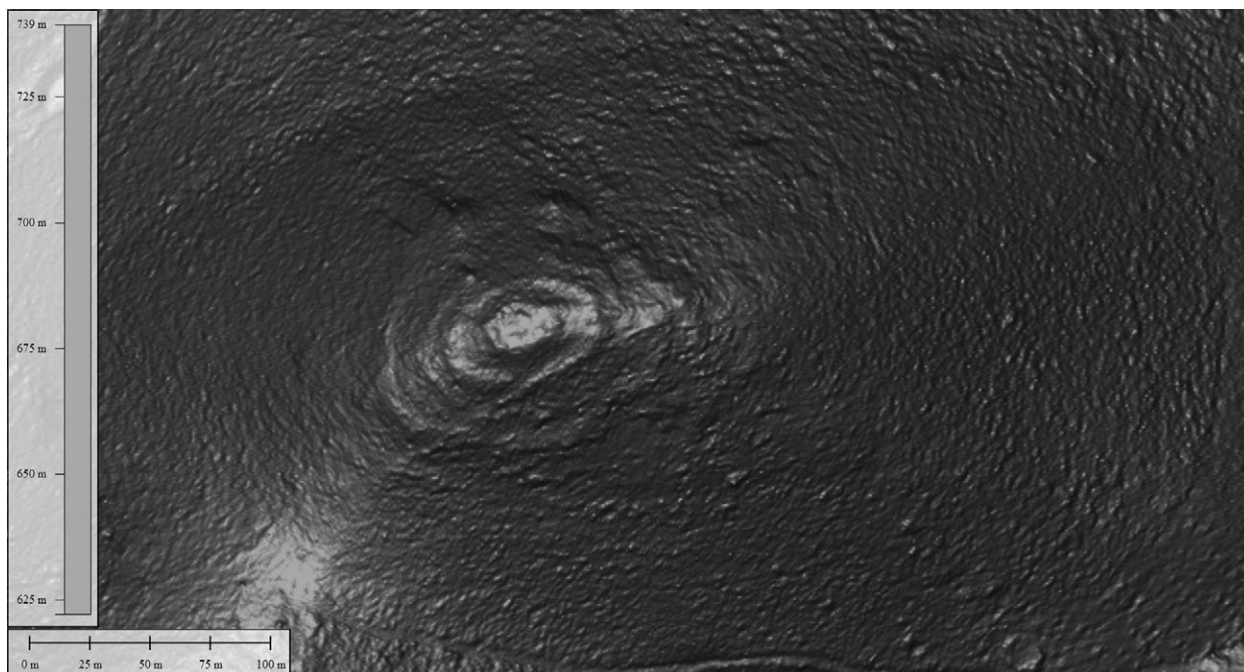


Figura 10. Yacimiento de la Umbría del Águila. Sierra de los Santos. (© Universidad de Córdoba. Proyecto MEI-Heritage PAIDI 2020 P20_00482).

más significativo de los muchos que se documentan en este sector.

Finalmente cabe citar el asentamiento de los cerros de Los Castillejos, íntimamente asociado a la mina de La Loba, y en el que Murillo Redondo (1987) pudo documentar formas del Bronce Final de cerámicas fabricadas a mano. Juan Carlos Vera, por su parte, documentó al menos una forma de cerámica de almacenamiento en la misma mina de La Loba, tal y como consta en su inventario del Museo de Belmez.

Si bien el pequeño poblado romano de la mina de la Loba (Blázquez *et alii* 2002) pudo haber borrado un eventual asentamiento tartésico anterior, sin lugar a duda el gran asentamiento de esta zona del norte de Córdoba, que arranca desde el Calcolítico Medio y llega al Bronce final al menos, se situó a media pendiente de los Cerros de Los Castillejos. Ese asentamiento ocupó en torno a unas 5 hectáreas de extensión organizándose conforme a estructuras rectangulares y ovaladas en las dos faldas del farallón del Cerro según dejan entrever los datos LidAR-PNOA. No hemos realizado ninguna prospección

ni excavación en estos sectores. Sin embargo, esos datos LiDAR-PNOA parecen suficientemente concluyentes respecto de la existencia real de este yacimiento excavado en parte durante la misión franco-española de La Loba (Monterroso *et alii*, 2023).

En el torno de Fuente Obejuna debió haber más yacimientos tartésicos. Una tórtola de bronce, como las del Turuñuelo de Guareña, depositada sin contexto junto con cerámicas autóctonas tartésicas en el Museo de Fuente Obejuna, pero proveniente del término municipal, debe unirse a todo lo anterior y, a modo de sabio mensaje, tener claro que estos dominios auríferos, un día, además de dominios de Baal fueron también dominios de Astarté (Figura 11).

De los Pedroches nos ocuparemos muy brevemente. Se trata de la mayor comarca de Córdoba; una tierra extensísima en cuyo flanco noroeste se concita la mayor concentración de estelas de guerrero de todo este sector del Tarteso Central. Naturalmente, numerosos yacimientos aguardan esa certera investigación que, como recientemente en el Guadiato, los acabe incorporando por derecho al mapa de Tarteso (Jiménez Ávila 2007).

Hemos hablado de chozas ancestrales, de urbanismo tartésico en Belmez y Los Castillejos, pero hasta ahora no hemos hablado del gran componente que falta por identificar en este sector: los túmulos tartésicos. Hace tiempo que el yacimiento de la Atalayuela en Alcaracejos se viene relacionando con algo similar (López Palomo, 1987; Jiménez Ávila, 2007). Expoliado frecuentemente y publicados algunos materiales parece claro que, en este caso, podemos estar ante un túmulo que esconde un santuario-palacio al modo de los del valle medio del Guadiana como ya se ha propuesto. En este caso, el diámetro mayor aproximado que tendría el túmulo sería de 55 m., algo acorde a este tipo de yacimientos. La misma situación puede darse en el túmulo de la zona de las Erillas de Añora, en el cual hay material claramente de esta cronología en su derredor y está menos expoliado y mucho mejor conservado. En este caso estaríamos en torno a 90 m de diámetro mayor (Figura 12).

Ambos yacimientos se sitúan a apenas 6 km de distancia en línea recta y ocupan sendas dorsales de altiplanicie que les permiten ser vistos desde la lejanía en dirección E-O. Ambos, igualmente, están asociados a cursos de agua cercanos. Se trataría, como ya se avanzó para el caso de Alcaracejos, de túmulos parangonables a una zona tartésica pacense que está a apenas 30 km. de distancia.

Concluyendo, y a nivel de toda la Cuenca Media del Guadalquivir, la zona que, a partir de los datos



Figura 11. Tórtola tartésica de Bronce. (© Museo de Fuente Obejuna y Universidad de Córdoba. Proyecto MEI-Heritage PAIDI 2020 P20_00482).

actualmente disponibles, presenta un desarrollo más temprano es la situada a orillas del Guadalquivir, aprovechando la facilidad de comunicaciones ofrecida por su navegabilidad hasta Córdoba y, fundamentalmente, por la disponibilidad de magníficas tierras de vega y por las actividades minero metalúrgicas que se llevaron a cabo en sus asentamientos (Figura 13.A). De este modo, el patrón de asentamiento y la ordenación del territorio estaba ya prácticamente configurados en el momento en que se dejan sentir las primeras influencias coloniales, a lo largo del siglo VIII. El s. VII es un momento de expansión para los grandes asentamientos como Fontanar de Cabanos-Colina de los Quemados, continuando el proceso de concentración del hábitat ya visto para la etapa anterior. Sin embargo, la ocupación del territorio no es total, existiendo grandes zonas de vega no ocupadas por los TPR pertenecientes a los asentamientos de primer orden, y sin que su explotación se lleve a cabo a través de asentamientos de segundo o de tercer orden subordinados.

Durante el s. VII, la razón de este comportamiento puede estar en la fuerte componente minero-metalúrgica que apreciamos en la mayor parte de estos asentamientos, que canalizan y dan salida al mineral con destino a un mercado amplio (Murillo, 1993). En cambio, desde finales del s. VII, y sobre todo durante el VI, se advierte un cambio (Figura 13.B), manifestado en la colonización de las tierras del reborde septentrional de la Campiña Oriental tomando como base el curso de los Arroyos Guadatin, Calderitos y Galapagares

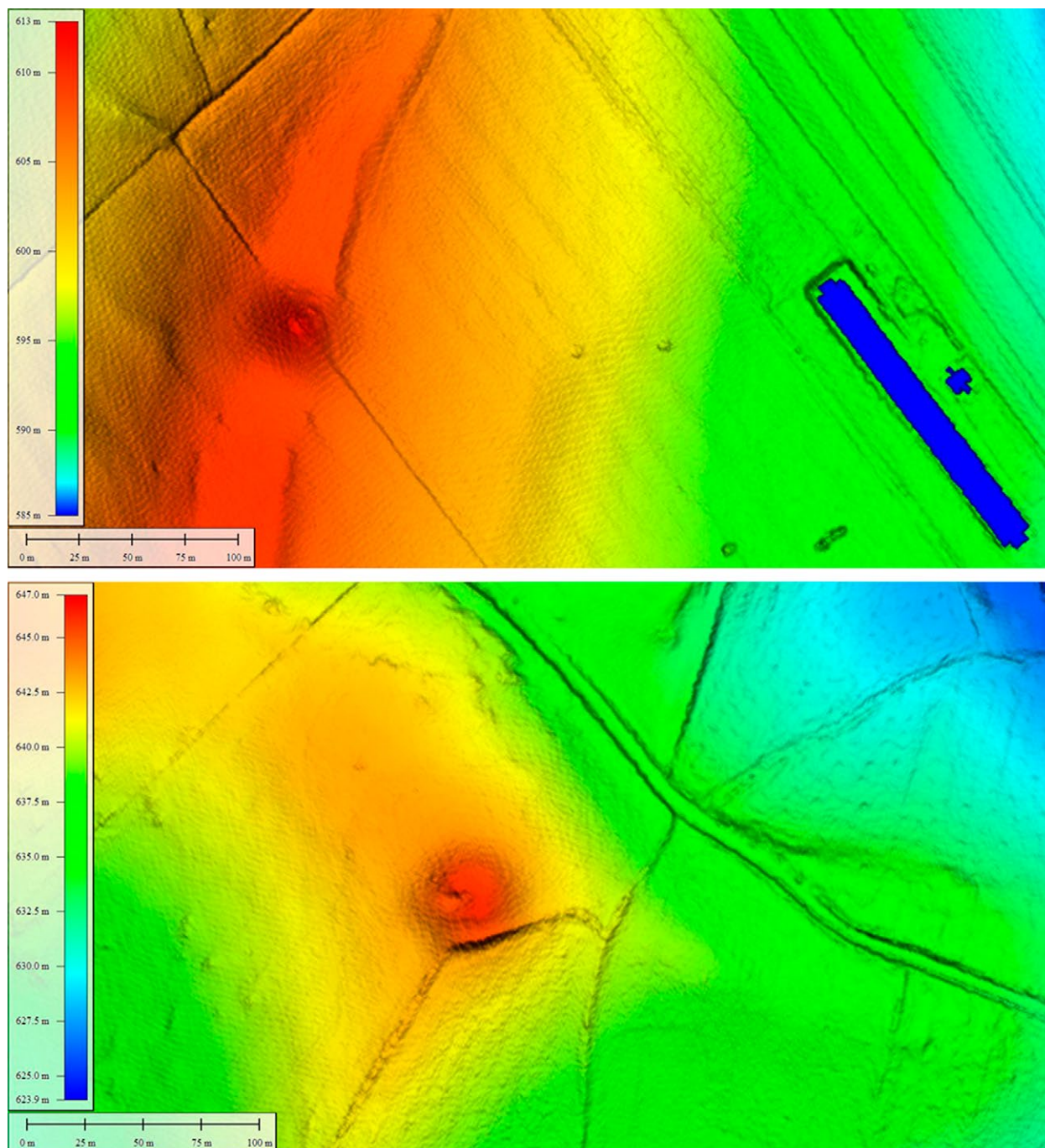


Figura 12. A. Modelo Digital del Terreno del túmulo de la Atalayuela (Alcaracejos). ( IGN LiDAR-PNOA. Obra derivada procesada por Universidad de Córdoba. Proyecto MEI-Heritage PAIDI 2020 P20_00482). B. Modelo Digital del Terreno del túmulo de Las Erillas (Anora). ( IGN LiDAR-PNOA. Obra derivada procesada por Universidad de Córdoba. Proyecto MEI-Heritage PAIDI 2020 P20_00482).

(Murillo-Morena, 1992; Murillo, 1994). Para esta zona hemos mantenido, a partir de la no documentación de ningún asentamiento de primer orden que articule el territorio, la existencia de una suerte de “frontera” entre los asentamientos situados en la Campiña y los del Valle del Guadalquivir. Sin embargo, el florecimiento de pequeños asentamientos rurales de

tercer orden (“factorías agrarias” en la terminología de Ruíz Rodríguez y Molinos, 1993), calificable como auténtica colonización, indica que algo está sucediendo (Figura 13.C). No contamos con ningún argumento que nos haga pensar en una colonización planificada desde algún centro de primer orden, pareciendo más bien un proceso “espontáneo” de instalación de colonos, por

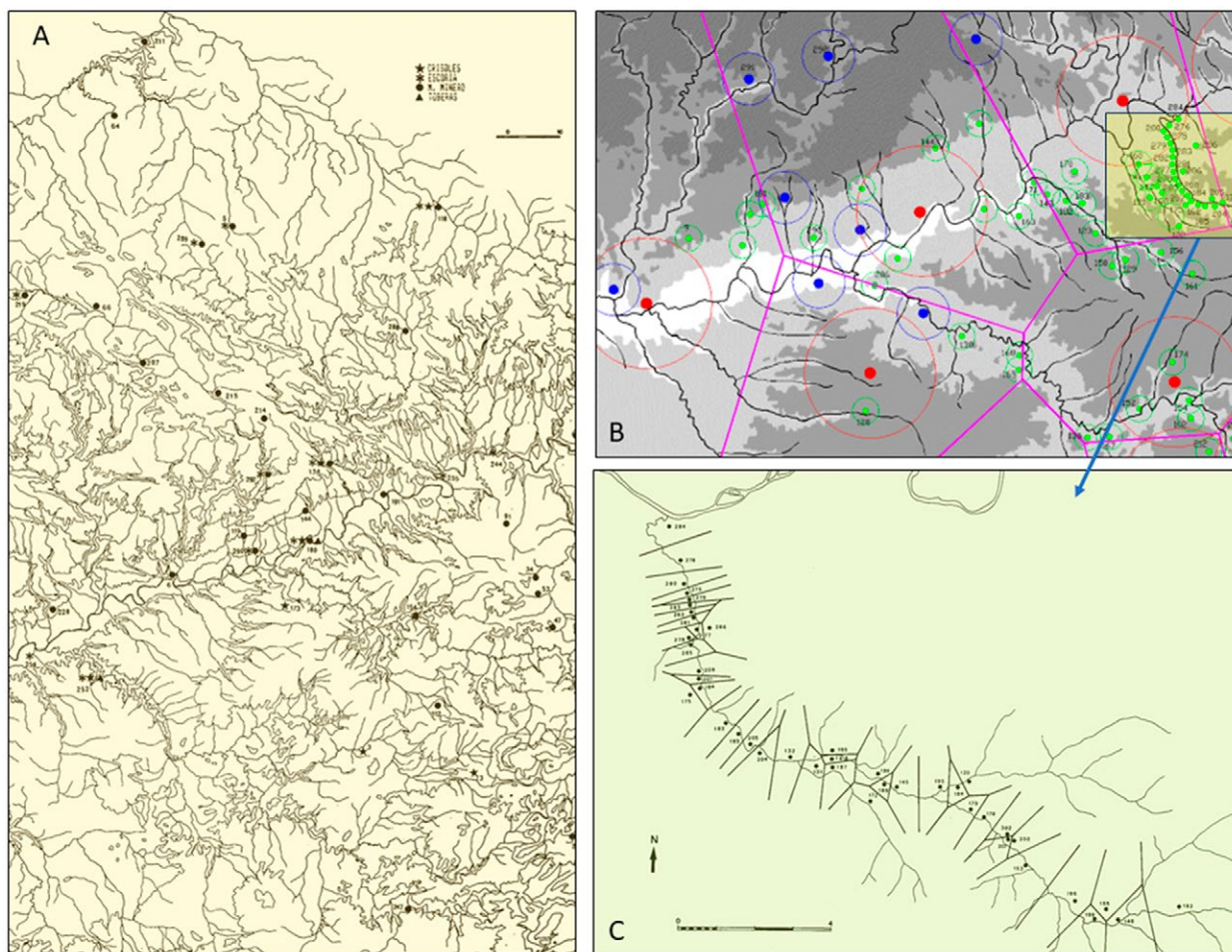


Figura 13. A. Evidencias de actividades mineras en la Cuenca Media del Guadalquivir (© Juan F. Murillo). B. “Colonización agrícola” en la periferia de los *oppida* del siglo VI a.C. en el valle medio del Guadalquivir (© Juan F. Murillo). C. Asentamientos agrícolas en el valle del Arroyo Guadatin (© Murillo y Morena, 1992).

lo que la explicación obvia para estos asentamientos puede estar en una vía de escape para el incremento demográfico de los asentamientos de primer orden del Valle Medio del Guadalquivir.

La razón sobre el por qué se canaliza a partir de ahora el incremento demográfico en esta dirección puede estar en la crisis que, a nivel general, experimentan las actividades mineras y metalúrgicas tartésicas a partir de finales del s. VII, que en nuestro caso debieron agudizarse ante el descenso en la demanda de cobre y estaño, además del de plata, como consecuencia de la creciente difusión del hierro, mineral del que carece el Norte de Córdoba. Esta pérdida de importancia de los asentamientos del Valle Medio del Guadalquivir que comprobamos desde comienzos del s. VI es paralela al incremento de los de la Campiña, donde la ordenación del territorio queda completada a lo largo de los siglos VII y VI, para mantenerse, en sus líneas básicas, durante el Ibérico Pleno (Murillo *et alii*, 1989).

En esta zona la jerarquización de los asentamientos es más compleja, en especial por lo que se refiere a la Campiña Oriental (Figura 14.A), donde encontramos estrategias de explotación del territorio (Figura 14.B) como la comprobada para el caso de Torreparedones. Aquí, se documenta una multitud de asentamientos de tercer orden no sólo para garantizar la explotación de zonas periféricas al TPR pero comprendidas dentro de los límites teóricos de su territorio político (definido a partir de los polígonos), sino también para la del propio TPR, lo que implica la permanencia de modo estable del productor en la unidad de producción, frente a la residencia en el núcleo central y el desplazamiento diario a los campos que se aprecia para el resto de los asentamientos de primer orden de la Campiña (Figura 14.C). Las razones de este comportamiento, hasta cierto punto anómalo, del territorio de Torreparedones son difíciles de precisar, aunque podría responder a unas directrices emanadas de unas necesidades de control político-económico efectivo del territorio similares a

las que comprobamos con los recintos fortificados que, durante el Ibérico Pleno, configuran un impenetrable anillo en profundidad dentro de este mismo territorio (Murillo *et alii*, 1989)

En conjunto, y para finalizar, la Cuenca Media del Guadalquivir muestra, durante el Bronce Final y el "Orientalizante" un comportamiento al cual hemos tratado de aproximarnos en esta ponencia, con un elemento de sustrato heredado de un pujante Calcolítico y de un Bronce Pleno, aún poco conocido, que se mantendrá presente a lo largo de todo el proceso, condicionándolo y explicando determinados comportamientos. Así, durante el Bronce Final Precolonial se advierten ya varias de las líneas básicas que presidirán el "Orientalizante" local, de modo que cuando se produce el impacto colonial, término poco preciso que debemos entender en un sentido amplio y no necesariamente vinculado a una presencia fenicia directa y generalizada, éste actuará como catalizador, acelerando un proceso que si bien estaba en germen podría haber seguido unos derroteros distintos de no haber contado con el aporte cultural foráneo.

Bibliografía

- Almagro Basch, M. 1970. Dos nuevas estelas decoradas de Andalucía occidental, *XI Congreso Nacional de Arqueología, Mérida 1968*: 324-331. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Arruda, A. M. y Celestino, S., 2009. Arquitectura religiosa en Tartessos, en P. Mateos, S. Celestino, A. Pizzo y T. Tortosa, eds., *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo occidental, Anejos de Archivo Español de Arqueología XLV*: 29-77. Madrid: CSIC.
- Aubet, M. E. y Serna, M. R. 1981. Una sepultura de la Edad del Bronce en Setefilla (Sevilla), *Trabajos de Prehistoria* 38: 225-255.
- Bernier, J. 1968-1969. Una nueva estela grabada junto a las murallas ibéricas de Ategua", *Zephyrus XIX-XX*: 181-184.
- Bernier, J. y Fortea, J. 1963. Niveles arqueológicos del valle del Guadalquivir, *Boletín de la Real Academia de Córdoba* 85: 19-26.
- Bernier, J. 1981. *Nuevos yacimientos arqueológicos de Córdoba y Jaén*, Córdoba: Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.
- Blanco, A. 1983. Ategua, *Noticiario Arqueológico Hispánico* 15: 95-135.
- Buero, M. S. 1984. Los motivos naturalistas en la cerámica pintada del Bronce Final del Suroeste peninsular, *Habis* 15: 485-513.
- Carrasco, J. y Pachón, J. 1986. La Edad del Bronce en la provincia de Jaén, en *Homenaje a L. Siret*: 361-377. Sevilla: Consejería de Cultura Junta de Andalucía.
- Clarke, D. L. 1984. *Arqueología analítica*. Barcelona: Bellaterra.
- Celestino, S. 2016. *Tarteso. Territorio y cultura*. Barcelona: Ariel.
- Cunliffe, B. y Fernández Castro, M. C. 1990. Torreparedones (Castro del Río, Córdoba). Informe preliminar. Campaña de 1987: Prospección con sondeo estratigráfico, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987, vol. II: 193-199.
- Cunliffe, B. y Fernández Castro, M. C. 1990. *The Guadalquivir Project: Andalusia in the First Millennium BC I: Torreparedones and its hinterland*. Oxford: Oxford University School of Archaeology.
- Escacena, J. L. 2010. El Carambolo y la construcción de la arqueología tartésica, en M. L. de la Bandera y E. Ferrer (coord.) *El Carambolo. 50 años de un tesoro*: 99-148. Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Escacena, J. L. y Coto, M. 2010. Altares para la eternidad, *Spal* 19: 149-185.
- Escacena, J. L. y Frutos, G. 1985. Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berruoco (Medina Sidonia, Cádiz), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 24: 7-90.
- Fernández Castro, M. C. y Cunliffe, B. 2002. *El yacimiento y el santuario de Torreparedones. Un lugar arqueológico preferente en la campiña de Córdoba*, *BAR International Series* 1030. Oxford: Archaeopress Publishing Ltd.
- Fernández Flores, A. y Rodríguez Azogue, A. 2005. El complejo monumental del Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Un santuario orientalizador en la paleodesembocadura del Guadalquivir, *Trabajos de Prehistoria* 62.1: 111-138.
- Fernández Flores, A. y Rodríguez Azogue, A. 2007. *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*. Córdoba: Almuzara.
- Fuertes, M. C.; Carrasco, I.; Jiménez, A. y Romero, C. 2011. Aproximación arqueológica al yacimiento de Ategua (Córdoba). *Romula* 10: 135-198.
- Fuertes, M. C.; Borrego, J.D.; Carrasco, I.; Jiménez, A. y Romero, C. 2021. La acrópolis de Ategua. Nuevos datos arqueológicos sobre su origen y evolución histórica, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria y Arqueología* 14: 123-154.
- García Sanjuan, L.; Sánchez Díaz, F. y Morell Rovira, B. 2022. The Megalithisation of Iberia: A Spatio-Temporal Model, *L'Anthropologie* 126.5: 1-21.
- Garrido Anguita, J. M. 2017. *El Sur de la Península Ibérica y el Mediterráneo Occidental: relaciones culturales en la segunda mitad del II milenio a.C.*, Oxford: Archaeopress Publishing Ltd.
- Garrido Anguita, J. M.; Garrido Anguita, J.M.; Aparicio Sánchez, L.; Martín de la Cruz, J.C.; Barrios-Neira, J. y Montealegre Contreras, L. 2012. Dos estructuras del Bronce Final destinadas a trabajos de producción, próximas al asentamiento prerromano de la Colina de los Quemados de Córdoba, *Antiquitas* 24: 117-132.

- González Zambrano, P.; Cristo Roperero, A.; Pérez L´huillier, D.; Navero Rosales, M. Y Dorado Alejos, A. 2023. Los caminos tartesios a través de la cuenca del Zújar y el Guadiato. Un estudio de redes a través de una pieza áurea del oppidum de Sierra Boyera (Belmez, Córdoba), en Celestino, S. y Rodríguez, E. (2023): *Tarteso. Nuevas fronteras*, colección MYTRA: 537-553. Mérida: IAM-CSIC.
- Hurtado, V. 2004. El asentamiento fortificado de San Blas (Cheles, Badajoz). III milenio a.C., *Trabajos de Prehistoria* 61: 141-155.
- Jiménez Ávila, J. 2007. El periodo post-orientalizante entre las provincias de Córdoba y Badajoz”, *Anales de arqueología cordobesa* 18: 23-46
- López Jiménez, A. 2020. *Informe preliminar de la Actividad Arqueológica Preventiva en el Acelerador nº 4 del Hospital Provincial. Avenida Menéndez Pidal s/n, Córdoba.* Informe administrativo inédito, Córdoba.
- López Palomo, L.A. 1987. Íberos y celtas en la penillanura de Los Pedroches, *Revista de Arqueología* 69: 37-45.
- López Palomo, L. A. 1993. *Calcolítico y Edad del Bronce al Sur de Córdoba. Estratigrafía* en Monturque. Córdoba: Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.
- López Palomo, L. A. 2008. *Ategua (Córdoba). Protohistoria y romanización.* Memoria de la Actividad Arqueológica Puntual en el proyectado camino de acceso al yacimiento. Campaña 2004. Sevilla: Consejería de Cultura Junta de Andalucía.
- Lull, V. 1983. *La cultura de El Argar.* Madrid: Akal.
- Luzón, J. M. y Ruiz Mata, D. 1973. *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía* en la Colina de los Quemados. Córdoba: CSIC.
- Marcos Pous, A. 1978. Aportaciones a la localización y conocimiento de la Córdoba prerromana, *Ampurias* 38-40: 415-423.
- Martín Bueno, M. 1983. Primeros resultados de las excavaciones de Ategua (Córdoba), en *Homenaje a Martín Almagro Basch*, vol. III: 227-231. Madrid, Ministerio de Cultura.
- Martín Bueno, M. y Cancela, M. L. 1983. Apuntes al recinto medieval de Ategua, *XVI Congreso Nacional de Arqueología, Murcia 1982*: 999-1009. Zaragoza, Universidad de Zaragoza.
- Martín de la Cruz, J. C. 1987. El Llanete de los Moros. Montoro (Córdoba), *Excavaciones Arqueológicas en España*, 151. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Martín de la Cruz, J. C. 1987b. Problemas en torno a la definición del Bronce Tardío en la Baja Andalucía, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 13-14: 205-215.
- Martín de la Cruz, J. C. 1988. Mykenische Keramik aus Bronzezeitlichen Siedlungsschichten von Montoro am Guadalquivir, *Madridier Mitteilugen* 29: 77-92.
- Martín de la Cruz, J. C. 1990. Excavación de urgencia en El Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba). *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987, vol. III: 165-172.
- Martín de la Cruz, J. C. y Montes, A. 1986. Avance del estudio sobre el Horizonte Cogotas I en la Cuenca Media del Guadalquivir, en *Homenaje a Siret*: 488-496. Sevilla, Consejería de Cultura Junta de Andalucía.
- Martínez Sánchez, R. 2013. *El IV milenio ANE en el Guadalquivir Medio. Intensificación agrícola y fragua de la comunidad doméstica aldeana*, *BAR International Series* 2563, Oxford: Archaeopress Publishing Ltd.
- Martínez Sánchez, R. 2014. La ocupación prehistórica, en C. Márquez, J. A. Morena, R. Córdoba y A. Ventura, eds., *Torreparedones. Baena, Córdoba. Investigaciones arqueológicas 2006-2012*: 19-21 Córdoba, Universidad de Córdoba.
- Monterroso-Checa, A.; Moreno-Escribano, J.C.; Gasparini, M.; González Nieto, M.; Domínguez Jiménez, J.L.; López, A. y Rodero Pérez, S. 2023. El Tarteso aurífero de Corduba. Desde el Guadalquivir hacia el Guadiana a través de Sierra Morena y el Valle del Guadiato, en Celestino, S. y Rodríguez, E. (2023): *Tarteso. Nuevas fronteras*, colección MYTRA 12: 515-535. Mérida: IAM-CSIC.
- Monterroso Checa, A. et alii. 2023 Corduba y el desarrollo de su aurífero conventus: Rural/Urban boom en el Valle del Guadiato en época romana, en Lehmann, J. y Shedding, P. eds, *Explaining the Urban Boom*, Iberia Archaeologica Series, 13: 71-90.
- Morena, J.A 1998. Expediente de catalogación como zona arqueológica del poblado ibérico de Sierra Boyera (Belmez), Córdoba.
- Morstadt, B. 2008. *Phönizische Thymiateria: Zeugnisse des Orientalisierungsprozesses im Mittelmeerraum*, *Alter Orient und Altes Testament* 354. Münster.
- Murillo, J. F. 1988. Aproximación al poblamiento calcolítico en el Valle del Guadalquivir: sector Villarrubia-Palma del Río, *Ariadna* 2: 13-26.
- Murillo, J. F. 1989. Cerámicas tartésicas con decoración orientalizante, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 16: 149-167.
- Murillo, J. F. 1990a. Estado de la cuestión sobre el poblamiento durante el Calcolítico y la Edad del Bronce en las Subbéticas cordobesas, *Anales de Arqueología Cordobesa* 1: 53-81.
- Murillo, J. F. 1990b. Fondos de cabaña de Vega de Santa Lucía (Palma del Río, Córdoba), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987, vol. III: 212-214.
- Murillo, J. F. 1990c. Excavaciones arqueológicas de urgencia en La Saetilla (Palma del Río, Córdoba), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987, vol. III: 147-150.
- Murillo, J.F. 1990d. Informe preliminar de las prospecciones arqueológicas superficiales en los valles de los ríos Guadiato y Guadalquivir (Córdoba), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987, vol. II: 115-116.
- Murillo, J. F. 1991. *Análisis del poblamiento durante el Bronce Final y el Período Orientalizante en la Cuenca Media del Guadalquivir*, Tesis Doctoral Universidad de Córdoba (edición en microfichas), Servicio de Publicaciones Universidad de Córdoba, 1996.

- Murillo, J. F. 1993. Poblamiento protohistórico y minería en el norte de la provincia de Córdoba” *Primeros Encuentros de Historia Antigua de Andalucía*, vol. 1: 265-282. Córdoba: Córdoba: Diputación Provincial de Córdoba.
- Murillo, J. F. 1994. La cultura tartésica en el Guadalquivir Medio, *Ariadna* 13-14.
- Murillo, J. F. 1994b. Griegos e indígenas en la Península Ibérica. Testimonios materiales, en D. Vaquerizo, ed. *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y Península Ibérica*. Una aproximación a las relaciones culturales en el marco del Mediterráneo -Occidental clásico: 147-187. Córdoba: Diputación Provincial de Córdoba.
- Murillo, J. F. 1995. Nuevos trabajos arqueológicos en Colina de los Quemados: el sector del Teatro de la Axerquía (Parque Cruz Conde), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1992, vol. III: 188-199.
- Murillo, J. F. y Jiménez, J. L. 2002. Nuevas evidencias sobre la fundación de Corduba y su primera imagen urbana, en J. L. Jiménez y A. Ribera (coords.) *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*: 183-193. Valencia: Ayuntamiento de Valencia.
- Murillo, J. F. y Morena, J. A. 1992. El poblamiento rural en el Arroyo de Guadatín: un modelo de ocupación del territorio durante el Orientalizante en el valle medio del Guadalquivir, *Anales de Arqueología Cordobesa* 3: 37-50.
- Murillo, J. F. y Ruiz Lara, D. 1990. El Cerro del Castillo de Carcabuey. Un yacimiento del Bronce Final-Orientalizante en las Subbéticas cordobesas, *Primeros Encuentros de Historia Local. La Subbética*: 33-59. Córdoba: Diputación Provincial de Córdoba.
- Murillo, J. F. y Vaquerizo, D. 1996. Corduba prerromana, en P. León (ed.), *Colonia Patricia Corduba, una reflexión arqueológica*: 37-47. Córdoba: Consejería de Cultura Junta de Andalucía.
- Murillo, J. F.; Quesada, F.; Vaquerizo, D.; Carrillo, J.R. y Morena, J.A. 1989. Aproximación al estudio del poblamiento protohistórico en el sureste de Córdoba: unidades políticas, control del territorio y fronteras, *Fronteras. III Coloquio Internacional de Arqueología Espacial*: 151-172. Teruel: Universidad de Zaragoza.
- Murillo, J. F.; Morena, J.A. y Ruiz, D. 2005. Nuevas estelas de guerrero procedentes de las provincias de Córdoba y de Ciudad Real, *Romula* 4: 7-46.
- Nocete, F. 1989. *El espacio de la coerción. La transición al Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (España) 3000-1500 a.C.*, *BAR Monographies of Spain and Portuguese Archaeology* 1. Oxford: British Archaeological Reports.
- Pellicer, M. 1980. Ensayo de periodización y cronología tartésica y turdetana, *Habis* 10-11: 307-333.
- Pellicer, M. 1989. El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía Occidental, en M. E. Aubet, ed., *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir: 147-197*. Sabadell: AUSA.
- Perea, A. y Ambruster, B. 2008. Tradición, cambio y ruptura generacional. La tradición orfebre de la fachada atlántica durante la transición Bronce-Hierro de la Península Ibérica, en Celestino Pérez, S., Rafel, N. y Armada, X.L., coords., *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (s. XII-VIII a.n.e). La precolonización a debate*: 509-522. Madrid: CSIC.
- Ruiz Lara, D. y Murillo, J. F. 1992. Aproximación al Bronce Antiguo y Pleno en el Sureste de la Campiña Cordobesa: los yacimientos de Cerro del Castillo de Aguilar y de Zóñar, *Anales de Arqueología Cordobesa* 3: 9-35.
- Ruiz Mata, D. y Fernández Jurado, J. 1986. El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva), *Huelva Arqueológica* VIII, Huelva.
- Ruiz Rodríguez, A. 1988. Ciudad y territorio en el poblamiento ibérico del Alto Guadalquivir, *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*: 9-19. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Ruiz Rodríguez, A. y Molinos, M. 1993. *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona: Crítica.
- Ruiz Rodríguez, A.; Ruiz Sánchez, M. Y Nocete, F. 1986. La Edad del Cobre y la argarización en tierras giennenses, *Homenaje a L. Siret*: 271-286. Sevilla: Consejería de Cultura Junta de Andalucía.
- Ruiz Rodríguez, A.; Molinos, M.; Hornos, F. Y Choclán, C. 1987. El poblamiento ibérico en el Alto Guadalquivir, en *Iberos, Actas de las Primeras Jornadas sobre el Mundo Ibérico*: 239-256. Madrid: Ayuntamiento de Jaén.
- Schübart, H. 1975. La cultura del Bronce en el Sudoeste peninsular. Distribución y definición, *Miscelánea Arqueológica* 25 Aniversario de los Cursos de Ampurias: 345-370. Barcelona: Diputación de Barcelona.
- Ucko, P. J.; Tringham, R. Y Dimbleby, G.W. 1972. *Man, Settlement and Urbanism*. London: Duckworth.
- Vaquerizo, D.; Murillo, J.F. y Quesada, F. 1992. Excavación arqueológica con sondeos estratigráficos en el Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar, Córdoba). Campaña de 1991. Avance a su estudio, *Anales de Arqueología Cordobesa* 2: 171-197.
- Vera, J. C. 1998. *El Calcolítico en el Alto Valle del Guadiato. Los hábitats y las necrópolis prehistóricas del entorno de Sierra Palacios (Bélmez, Córdoba)*, Tesis Doctoral inédita, Universidad de Córdoba.

Metodología de estudio para el análisis arqueológico y espacial de la Bahía de Cádiz en la I Edad del Hierro

Natalia López-Sánchez*

Ana M^a Niveau-de-Villedary y Mariñas*

* Universidad de Cádiz

Resumen: El artículo refleja la metodología empleada para el análisis del paisaje de Gadir, entendido como toda la bahía gaditana y el área interior adyacente. Se adopta un enfoque innovador que fusiona la Arqueología del Paisaje y el Paisaje Cultural Marítimo y que utiliza herramientas de análisis espacial sobre un nuevo Modelo Digital del Terreno creado específicamente para época protohistórica. La investigación busca comprender la evolución del paisaje y las interacciones humanas con el entorno marítimo y terrestre de la zona. Este enfoque interdisciplinar ofrece una perspectiva integral del paisaje y destaca su importancia histórica y cultural en la zona de estudio.

Palabras clave: Protohistoria; Paisaje Arqueológico; TIGs; Gadir; hinterland.

Abstract: The article reflects the methodology used for the analysis of the landscape of Gadir, understood as the entire bay of Cadiz and the adjacent inland area. It adopts an innovative approach that fuses Landscape Archaeology and Maritime Cultural Landscape and uses spatial analysis tools on a new Digital Terrain Model created specifically for the protohistoric period. The research seeks to understand the evolution of the landscape and human interactions with the maritime and terrestrial environment of the area. This interdisciplinary approach provides a holistic perspective of the landscape and highlights its historical and cultural significance in the study area.

Keywords: Protohistory; Archaeological Landscape; GITs; Gadir; hinterland.

Introducción

El trabajo que presentamos deriva de los resultados y conclusiones obtenidos en la tesis doctoral de una de las autoras, defendida recientemente (López-Sánchez 2023). El propósito principal de dicho estudio ha sido la realización de un análisis exhaustivo del paisaje de Gadir. Un concepto, el de Gadir, que en este contexto y siguiendo lo planteado por y otros (Ruiz Mata 1999) se concibe de manera amplia al cubrir toda la bahía y parte del interior continental, y que se analiza mediante un enfoque novedoso y original, ya que se emplean los marcos teóricos de la Arqueología del Paisaje (AP) y del Paisaje Cultural Marítimo (PCM). En definitiva, un estudio con el que se ha buscado entender el asentamiento arcaico más allá del núcleo urbano, considerando la influencia del entorno natural y marítimo en su desarrollo histórico y cultural.

Otro de los objetivos fundamentales del trabajo ha sido comprender la interacción y la relación entre los diversos elementos que conformaron el paisaje en sentido amplio. La aproximación a dichas interacciones se ha llevado a cabo a través de análisis espaciales, utilizando Sistemas de Información Geográfica (SIG) aplicados en un Modelo Digital del Terreno (MDT) pionero para esta zona, que se ha creado con el propósito de replicar con la mayor precisión posible la

paleotopografía y geomorfología de la bahía de Cádiz y su hinterland durante época fenicio-púnica.

En esta contribución presentamos una parte significativa de la metodología empleada en el trabajo de investigación mencionado (López-Sánchez 2023), concretamente la que explica la manera en la que se han llevado a cabo los análisis espaciales realizados a través de SIGs, para un momento cronológico concreto: la I Edad del Hierro (siglos VIII-VI a.C.). Un proceso de investigación que se presenta como un elemento crucial dentro de la misma, permitiendo abordar de manera minuciosa y detallada la evolución histórica del paisaje y llevar a cabo un análisis exhaustivo de sus componentes a lo largo del tiempo. Al emplear sistemas de información geográfica y un MDT específico se establece un enfoque cuantitativo que permite visualizar y analizar las complejas interacciones y relaciones entre los elementos del paisaje en diferentes fases cronológicas, así como arrojar luz sobre el desarrollo económico, social y cultural de las comunidades que lo habitan y conforman.

Para entender cómo ha cambiado el paisaje en la bahía gaditana a lo largo del tiempo, el estudio cronológico debe arrancar desde momentos previos. Tanto el aspecto del entorno como la forma en que las personas se establecieron allí varían de forma continua, lo que

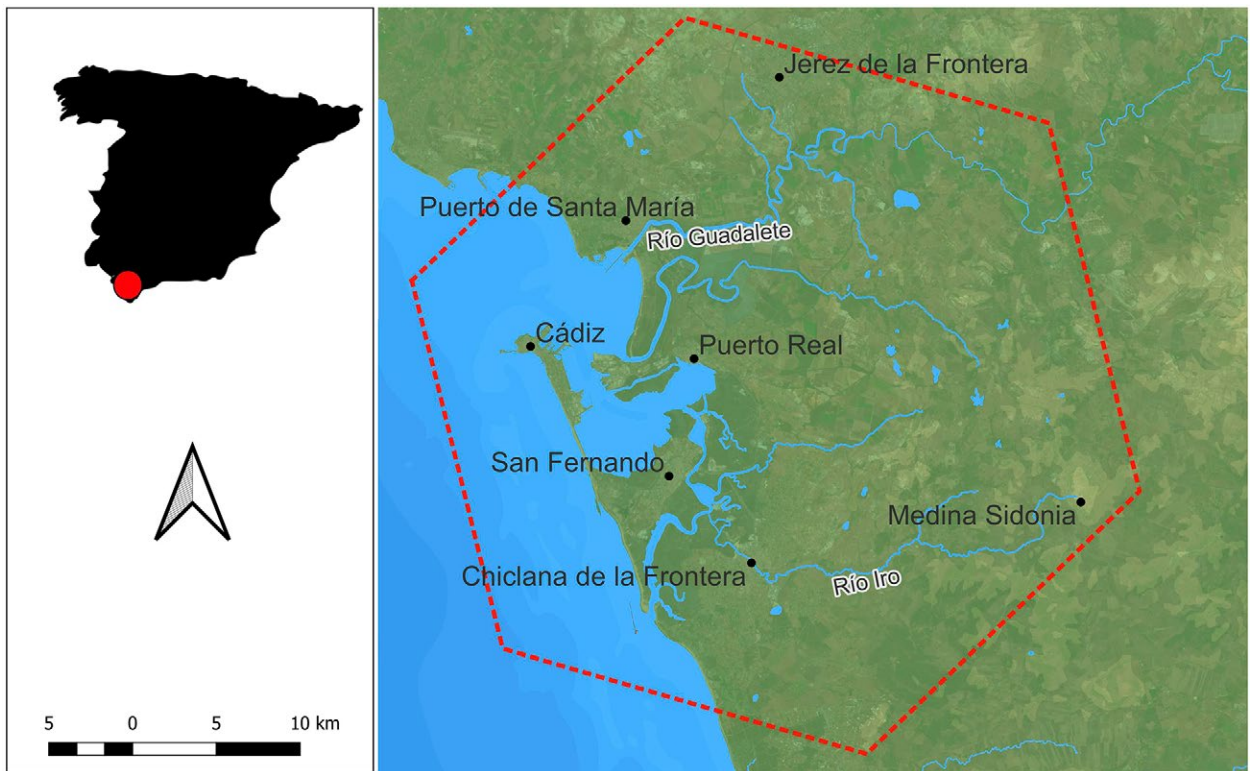


Figura 1. Delimitación final de la zona de estudio siguiendo los cauces hacia el interior de los ríos Guadalete e Iro. Sobre nodos de Relieve e Hidrografía Superficial del Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía. Consejería de Economía Innovación y Ciencia. Junta de Andalucía. Servicio WMS del Mapa Topográfico de Andalucía 1:100000 vectorial; y sobre la ortofoto de máxima actualidad del proyecto PNOA (Plan Nacional de Ortofotografía Aérea) visibles a partir de una escala aproximada 1:70.000.

obliga a acometer el análisis desde un punto de vista diacrónico para evitar una visión estática de la bahía y su desarrollo histórico.

En la Edad del Bronce Final en el sur de la península ibérica se observa un patrón de asentamiento caracterizado por la disposición de poblados significativos en laderas con defensas naturales sólidas, complementadas por secciones de murallas en las áreas más accesibles (Contreras Cortés 1982: 311; Suárez y Márquez 2014: 200). Son poblados que con frecuencia se superponen a ocupaciones de la primera mitad del segundo milenio a.C. Estas comunidades se organizan mediante edificaciones dispersas sin una disposición urbanística clara, algunas de las cuales están situadas sobre terrazas artificiales, como es el caso de los yacimientos de Gatas en Turre, Almería (Castro *et al.*, 1990: 231), Cerro de la Encina en Monachil, Granada (Aranda y Molina, 2005: 168) o Peña Negra en Crevillente, Alicante (González Prats, 1990: 33).

A partir de la segunda mitad del siglo IX a.C., es decir en los comienzos o los prolegómenos de la Edad del Hierro, es posible identificar elementos continuos en la forma en que se organizaba el territorio y en las prácticas

arquitectónicas. Estos incluyen la presencia de poblados fortificados en lugares prominentes del paisaje, la existencia de áreas elevadas o acrópolis, de cabañas de forma ovalada, etc., que a veces hunden sus raíces en los primeros momentos del segundo milenio a.C. (Izquierdo de Montes, 1998). Junto a ellos, empiezan a documentarse características novedosas, como la aparición gradual de asentamientos en llanuras sin fortificar, la presencia de cabañas circulares y la construcción de edificaciones rectangulares más complejas, influenciadas por la arquitectura oriental. Esta diversidad de estilos arquitectónicos y patrones de asentamiento representa un panorama más heterogéneo en comparación con la etapa anterior, la Edad del Bronce Final. Dicho cambio refleja claramente el complejo momento histórico que se estaba experimentando en el sur de la península, donde conviven tradiciones arraigadas con prácticas y elementos novedosos (Suárez y Márquez 2014: 207-208).

Centrándonos en el área a análisis, los hallazgos arqueológicos indican que la bahía de Cádiz desempeñó un rol fundamental en la diáspora oriental por el Mediterráneo al menos desde finales del siglo IX a.C. o principios del siglo VIII a.C., según las dataciones

derivadas de las investigaciones más recientes (Botto, 2014a). Dentro de esta red transoceánica, la presencia colonial en la bahía de Cádiz está intrínsecamente vinculada a otras dos bahías cercanas (Botto, 2014a: 12): la de Huelva, con materiales orientales fechados alrededor de mediados del siglo IX (González de Canales *et al.*, 2004: 631-655; Fletcher, 2012), si no antes (Mederos, 2006: 172); y la de Málaga, con una cronología que se sitúa en la segunda mitad del siglo IX a.C. (Sánchez Sánchez-Moreno *et al.*, 2011: 189-190). Hacia finales del siglo VIII y fundamentalmente durante la siguiente centuria, tiene lugar un período de gran actividad en las comunidades fenicias asentadas en la bahía de Cádiz que una vez ocupado el territorio inmediato ponen en marcha su propio programa expansivo colonial mediante la fundación de factorías en el Atlántico (Botto, 2014b: 272).

Por su parte, durante el transcurso del siglo VI a.C. tienen lugar una serie de transformaciones significativas que se evidencian en el registro material. Los enfoques historiográficos tradicionales ponían el foco en la existencia de un período de transición que se asociaba con la caída de Tiro en el 573 a.C., el ascenso y la hegemonía de Cartago y la irrupción del comercio focense a partir del año 550 a.C. (Aubet, 2009: 344); una visión tradicional que hoy en día no se sostiene desde el momento que queda demostrado que estos cambios se gestan en un etapa anterior, al menos desde mediados o finales del siglo VII a.C., aunque sus efectos se hicieron más visibles en el registro arqueológico a partir de la siguiente centuria (López Castro, 2003: 69-120), y que no es sino el resultado de la disolución del modelo colonial y el desarrollo de nuevas estructuras políticas y económicas. La consolidación del nuevo esquema productivo excedentario con vistas a la comercialización de los productos agropecuarios y marinos se refleja en los cambios sufridos por algunos asentamientos fenicios occidentales. Un fenómeno relativamente bien conocido en Málaga, donde en el Cerro del Villar, desde la segunda mitad del siglo VII a.C., se observa una variación significativa en la actividad económica con un aumento notable de talleres especializados en la producción de recipientes destinados al transporte y almacenamiento (Aubet *et al.*, 1999: 157-285; Aubet, 2006: 42). De manera similar, en Toscanos, durante la segunda mitad de este siglo, el área del asentamiento se expandió considerablemente alcanzando alrededor de 12 hectáreas (Aubet, 2006: 42).

Sin embargo, en el contexto arqueológico de Cádiz, al menos hasta la fecha, el registro material invita a seguir manteniendo en el siglo VI a.C. este período de transición por varios motivos (Niveau-de-Villedary, 2015). En primer lugar, en términos de hábitat, es en estos momentos cuando se fecha el último período de la ocupación del sitio insular de Gadir (Teatro Cómico o Cine Cómico) (Gener *et al.*, 2014a). En cuanto

al aspecto funerario, si bien previamente no se ha documentado con claridad ninguna zona o área de necrópolis, durante esta centuria, como en otros lugares, tienen lugar la aparición de pequeños núcleos de necrópolis “planas” caracterizadas por la presencia de un número variable de incineraciones primarias en *bustum* de características morfotipológicas y ajuares similares (Niveau-de-Villedary, 2015: 235). En tercer lugar, es en estos momentos cuando comienzan a documentarse nuevas prácticas rituales, exclusivas en este caso de Gadir, que hemos relacionado con la emergencia de las identidades ciudadanas en las comunidades occidentales (Niveau-de-Villedary *et al.*, 2021), un fenómeno que coincide temporalmente con la construcción del monumento funerario público de Casa del Obispo (Gener *et al.*, 2014b) y con la sacralización del lugar a partir de este *numen*. Por último, este siglo marca el comienzo del establecimiento de un sistema altamente organizado y segmentado en términos de producción en el entorno de la bahía (Sáez Romero, 2011; García-Fernández y Sáez Romero, 2021). En definitiva, nos encontramos ante una serie de cambios y transformaciones que señalan un momento crucial en la evolución de dichas comunidades y que sugieren una transición significativa en diversas facetas de la vida social, funeraria y productiva durante esta centuria.

La situación en el yacimiento continental de Castillo de Doña Blanca es en cierto modo diversa. Aunque no se han excavado estructuras correspondientes a los siglos VII-VI a.C., la continuidad de la ocupación del sitio en este periodo es evidente gracias a los potentes niveles de basureros que amortizan parte de las construcciones arcaicas anteriores (viviendas y fortificaciones). El gran volumen de materiales cerámicos hallados permite documentar la evolución de las formas vasculares y se pueden notar cambios en el estilo de la cerámica que anticipan las características de las formas de la segunda Edad del Hierro (Ruiz Mata, 1995). Por último, en el Cerro del Castillo, a pesar de mostrar una secuencia continua desde la prehistoria hasta el presente, también se presentan cambios significativos alrededor del siglo VI a.C. cuando la muralla se destruye y el espacio pasa a tener una funcionalidad doméstica (Bueno *et al.*, 2020), lo que está indicando transformaciones importantes en el sitio arqueológico a partir de ese momento específico, marcando también un punto de inflexión en la evolución del lugar.

En cuanto a los límites geográficos contemplados en el trabajo también hay que tener en cuenta una serie de consideraciones previas. En la actualidad, cuando hablamos de la Bahía, nos referimos a una zona geográfica localizada a orillas del océano Atlántico en el extremo occidental de la provincia de Cádiz. Un área que cuenta con una extensión aproximada de 520 km² y está integrada de norte a sur por los actuales términos municipales de El Puerto de San María, Cádiz, Puerto

Real, San Fernando y Chiclana de la Frontera (SGOTU 2014: 251). Ahora bien, al adentrarnos en el análisis de la bahía de Cádiz desde la óptica del Paisaje Cultural Marítimo, lo primero que se advierte es la realidad de una ciudad que floreció gracias a su estrecha relación con el mar a lo largo de toda su historia. Este entorno marítimo no solo fue un escenario para el desarrollo económico y social, sino también un componente vital en la identidad y la vida cotidiana de sus habitantes. En este contexto, el enfoque interdisciplinar se erige como una herramienta valiosa que permite una visión más completa y holística de la historia, la cultura y los aspectos técnicos que definieron dicho territorio.

La perspectiva de estudio adoptada fusiona tanto los elementos físicos como los culturales de nuestra área de investigación. Es en esta sinergia donde encontramos la riqueza y complejidad de las interacciones entre la sociedad y su entorno marítimo. Por ello definimos el espacio que estudiamos como un paisaje compuesto por un territorio marítimo-terrestre interconectado mediante diversas prácticas económicas, sociales y simbólicas propias de una cultura marítimo-costera (FIGURA 1). Continuando con los postulados del Paisaje Cultural Marítimo, encontramos el concepto de *seascapes*, cuya aparición a finales del siglo XX contribuyó a derribar la barrera mental existente entre la tierra y el mar y a recalcar la importancia arqueológica del ámbito acuático, incluyendo así lagos, ríos y otras masas de aguas interiores. De hecho, la existencia de restos vinculados al período fenicio-púnico en el interior continental, como los yacimientos de Los Villares, cercano a la cuenca del río Guadalete (López-Rosendo 2005) y el Berrueco (Escacena y Berriatúa 1985) y La Esparragosa (Díaz-Rodríguez *et al.* 2019: 221) en la del río Iro, son ejemplos de la importancia que tendría el elemento hidrológico en la bahía durante la antigüedad.

Por ello, la propuesta presentada en este trabajo se centra en torno a dos ríos fundamentales, las del río Guadalete (Ruiz Gil *et al.*, 2000) y el río Iro (Martínez Romero 2021; López-Sánchez *et al.*, e.p.), como ejes vertebradores del territorio cuyo papel como elementos geográficos no solo proporciona un contexto físico crucial, sino que también actúa como un vehículo que nos guía a través de la historia y las interacciones humanas en esta región marítima.

Desarrollo metodológico

Uno de los principales problemas en los enfoques actuales sobre estudios de paisajes culturales es la falta de definición metodológica. Se necesita un método explícito que permita comprender qué tipos de datos y orientaciones de investigación son apropiados en una situación determinada (Duncan 2006: 12). Por lo que respecta a nuestra zona de trabajo, no disponemos de

ningún estudio específico de Arqueología del Paisaje para Gadir, y menos aún en el sentido amplio en el que lo hemos definido, entendiendo Gadir como el conjunto de la bahía gaditana. Contamos con algunos intentos de reconstrucción geomorfológica (por ejemplo, Arteaga *et al.* 2001, 2008; Arteaga y Roos 2001; Bernal *et al.* 2021; Gracia *et al.* 1999, 2005; entre otros), a los que debemos añadir dos recientes tesis doctorales (Lara Medina 2019; Catalán González, 2021), aunque ambas se ocupan de un momento histórico posterior, ya centrado en época romana.

Profundizando en los fundamentos del Paisaje Cultural Marítimo (a partir de ahora PCM), desde el punto de vista metodológico destaca la tesis doctoral de Brad Duncan (2006). La lectura de este trabajo recalca la necesidad de hacer un estudio real del PCM a través de una visión totalmente holística, incorporando fuentes como las orales hasta el momento poco empleadas en nuestra zona de estudio, lo que da fe de la complejidad de este tipo de aproximaciones. Por otro lado, aunque desde un punto de vista más histórico que arqueológico, destacamos también la tesis doctoral de Jessica Elena Faycurry (2016) que utiliza un enfoque interdisciplinar para analizar los datos de dos emplazamientos marítimos de época histórica de Sonoma (California) y obtener una definición teóricamente sólida del PCM de la misma. En este mismo sentido, hay que considerar la tesis doctoral de Felipe Cerezo Andreu (2016) sobre los puertos antiguos de Cartagena que, además de focalizar su estudio en un proyecto geoarqueológico, se apoya en los aspectos del PCM y en el SIG como herramienta para los análisis espaciales. En consonancia con esto último y ubicado en la zona de estudio que analizamos¹, contamos con la tesis doctoral de Soledad Gómez Muñoz sobre los referentes de navegación de la bahía de Cádiz en época romana (2019). En dicho trabajo, además del uso del SIG, la investigadora incluye como parte del PCM la información aportada por la tradición oral mediante el análisis de los topónimos reflejados en la cartografía histórica. Por último, relacionado también con los topónimos, resultan muy interesantes el estudio que Aurelio Padilla Monge dedica a Gadir (2014), ya que se ocupa de la paleogeografía y paleotoponimia de la antigua ciudad; así como la obra sobre La Caleta de Cádiz de Juan Antonio Fierro Cubiella (1984).

Derivado de estos trabajos y tras examinar la información obtenida de las principales obras de referencia sobre Arqueología del Paisaje (Orejas 1995; Parceros *et al.*, 1998; Criado 1999), el Paisaje Cultural (Ashmore y Knapp 1999; Ballesteros *et al.* 2005) y el Paisaje Cultural Marítimo (Westerdahl, 1992, 1998;

¹ El único trabajo que hasta el momento había abordado el análisis de parte del paisaje de Gadir, valorando lo subjetivo y cultural en el análisis de sus realidades geográficas, es un artículo de Juan Manuel Suárez Japón (2008), valioso para nuestro estudio, pero desde una perspectiva exclusivamente geográfica.

Duncan 2006; Ford, 2011), se optó por desarrollar una metodología propia para acometer la tarea propuesta, que dividimos en dos etapas o fases:

1. Fase de deconstrucción y descripción, donde se aislaron los elementos que componen el paisaje y se creó el MDT específico de época fenicia.
2. Fase de análisis de las relaciones, en la que se representaron y analizaron las relaciones del conjunto de datos identificados en la fase anterior mediante SIG y su capacidad para realizar análisis espaciales.

La determinación de la topografía y el nivel del mar en época protohistórica y la creación del MDT (Fase 1)

Para realizar un MDT de época protohistórica, necesitamos conocer la altimetría de ese período y determinar topográficamente el nivel de paso correspondiente. Los datos estratigráficos muestran a qué profundidad, bajo el acerado actual, se sitúan los hallazgos arqueológicos. Por su parte, los datos geológicos proporcionan información, por un lado, sobre la altimetría de la bahía en momentos fenicios, pues reflejan las cotas del firme geológico (dato que nos puede facilitar entender la topografía original) y la altura a la que aparecen ciertos estratos considerados niveles fenicios; y, por otro, nos aportan información sobre la existencia de posibles paleoplayas y ambientes marinos y/o acuáticos de cualquier índole, que nos sirven de marcadores geomorfológicos para nuestro MDT. Igualmente, y de forma complementaria, hemos empleado algunos datos procedentes de prospecciones, que aun sin información sobre cotas, nos sitúan yacimientos que han sido estudiados en los posteriores análisis espaciales. Una vez recogidos, todos estos datos (procedentes de 740 informes y memorias arqueológicas) fueron digitalizados y georeferenciados en un MDT creado con archivos LiDAR procedente de los vuelos de 1ª cobertura (2015-Actualidad) ofrecidos por el IGN, los cuales cuentan con una densidad de 0,5 puntos/m².

Además de las cotas estratigráficas, ha sido necesario analizar a qué altura se situaría el nivel del mar en esos momentos tempranos. Para ello nos servimos de la estadística mediante un cálculo de estimación sobre la media. En concreto, gracias al programa estadístico SPSS (*Statistical Package for the Social Sciences*) calculamos la media de todas las diferencias entre cota relativa y cota absoluta final de los puntos definidos como paleoplayas. Fueron muchas las intervenciones analizadas en las que se habían registrado niveles de arenas y gravas, que además de estar definidos por los propios autores como paleoplaya, se pudieron comprobar mediante la lectura y análisis de los perfiles estratigráficos en los casos (lamentablemente no siempre) en los que se llevaron a cabo un registro correcto y una completa

documentación y publicación de los datos. Así, el promedio que definió la altura del nivel en época arcaica fenicia para la bahía de Cádiz fue de + 2,17 m sobre el actual, no muy distante a la aportación realizada por el Centro de Arqueología Subacuática junto con las Universidades de Cádiz y Huelva, que ya propusieron la posibilidad de que hace 4860-5325 años el nivel del mar sufriera un descenso lento desde los + 2,5/3 m hasta su posición actual (Gallardo *et al.* 2000: 602). Posteriormente, a partir del siglo VI a.C., el crecimiento y avance de las flechas litorales propició el desarrollo progresivo de ambientes estuarinos y de marisma (Alonso *et al.* 2014), llegando algunos autores a posicionar el nivel del mar en época romana a + 0,65 m por encima de la pleamar viva actual (Gracia *et al.* 1995: 420), momento a partir del cual tiene lugar el descenso del nivel del mar y la colmatación de gran parte de la bahía constituida por marismas inundables donde es posible reconocer un nivel de *shorre* en la actualidad a + 0,1 m por encima de la pleamar viva (Gracia *et al.* 1995: 420).

Para verificar la validez del método utilizado, se comprobó si dicho ascenso del nivel del mar (2,17 m) provocaría el sumergimiento de alguno de los yacimientos que tenemos constatados, tanto los adscritos a época fenicia como a momentos púnicos. Para ello, se le restó a la cota absoluta final de cada uno de ellos dicha subida del nivel, corroborando que todos quedarían por encima de esta estimación. Proceso de verificación que resultó esencial para demostrar la potencialidad de esta propuesta metodológica.

Para finalizar con esta primera fase de la propuesta metodológica (deconstrucción y descripción), se identificaron los parámetros naturales y culturales que condicionan, de forma diferencial, de qué manera las personas ocupan los lugares concretos y cómo organizan sus actividades en el tiempo y el espacio (Anschuetz *et al.* 2001: 32), es decir, todos aquellos elementos, naturales y antrópicos, constituyentes del paisaje. Los primeros se dividieron en tres grandes categorías (climatología, orografía e hidrografía); en cuanto a los segundos, para analizar la complejidad inherente a nuestro PCM fue necesario determinar la ubicación y funcionalidad de cada elemento particular en tiempos fenicio-púnicos, considerando las siguientes categorías de análisis: núcleos de habitación, necrópolis, áreas sagradas o sacralizadas, espacios productivos, zonas portuarias y vías de comunicación.

Análisis espaciales mediante SIG (Fase 2)

Respecto al análisis de las relaciones, la eficacia de los SIG para los estudios de los paisajes culturales reside en su capacidad de permitir la comparación de tipos de datos a menudo muy diferentes, y así demostrar eficazmente la superposición de los mismos

(Duncan 2006: 70). Se definen como un conjunto de herramientas y métodos que permiten organizar, administrar y analizar grandes volúmenes de datos y, además, se conciben como una serie de instrumentos de análisis que al estar integrados en una plataforma permiten llevar a cabo la gestión, modificación, edición y consulta de bases de datos espaciales (Capdevila y Mínguez 2016: 23). De hecho, la principal característica con la que cuentan es su dimensión geográfica, puesto que están planteados para trabajar con información georreferenciada mediante coordenadas espaciales o geográficas (Star y Estes 1990: 2). Por lo tanto, se mostraron como la herramienta idónea para llevar a cabo esta investigación.

El planteamiento del análisis espacial arqueológico debe considerar y resolver las razones por las que la localización de un determinado evento (un alfar, una factoría o una estructura de hábitat) está relacionada con la localización de otras evidencias (cercanía de materias primas, caminos, etc.) y cómo se estructuran en el espacio (Maximiano 2012: 85). Son varias las funciones que se pueden ejecutar sobre archivos ráster (como por ejemplo el MDT creado), pero nosotros nos hemos centrado en dos de ellas: las que reciben el nombre de funciones focales y las llamadas funciones globales. Las primeras nos permiten tomar el valor de píxeles vecinos para realizar los cálculos, por ejemplo para el cálculo de formas del terreno (curvas de nivel, orientación, pendiente, etc.), y las segundas se valen de los valores de cada uno de los píxeles de la capa ráster de entrada, que son tomados para elaborar el proceso de cálculo para, posteriormente, obtener el modelo de salida. Un tipo de función utilizada por ejemplo para el cálculo de rutas óptimas.

En concreto, todas las funciones utilizadas en este estudio pueden englobarse en tres tipos de análisis: 1) análisis de densidad (para la distribución y estructuración espacial), 2) análisis de conectividad (para las vías de comunicación y accesibilidad a los recursos del entorno y entre los diversos yacimientos) y 3) análisis de visibilidad (para el estudio de defensa, protección, jerarquización, funcionalidad, etc.; así como para el estudio del paisaje sagrado, tan característico en las sociedades pretéritas), con el objetivo de poder realizar posteriormente una lectura diacrónica del territorio estudiado.

Análisis de densidad. Mediante las herramientas de densidad en SIG, “se calcula la densidad de las entidades de entrada dentro de una vecindad alrededor de cada celda de ráster de salida” (Cerezo 2016: 72). Esto quiere decir que en la superficie se puede mostrar la distribución de los yacimientos, lo que identifica patrones de frecuentación. Bajo esta definición encontramos el análisis de patrón de asentamiento, considerado un factor primario para la caracterización

cultural y el análisis de la estructuración social de los grupos humanos (Grau 2021: 11).

Siguiendo las pautas definidas por Ignasi Grau Mira (2021), son tres los factores que hay que valorar: el tamaño de la categoría, la ubicación topográfica y la relación con las vías de comunicación. En cuanto al primero, no solo se debe tener en cuenta el conjunto de yacimientos cuyas interpretaciones están ya cerradas o casi definidas (como por ejemplo sucede con las tres zonas urbanas situadas en la bahía gaditana: Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María), Teatro Cómico (Cádiz capital) y Cerro del Castillo (Chiclana de la Frontera), sino que también tomamos para el análisis aquellos materiales dispersos que pueden funcionar como un indicador primario del posible tamaño del asentamiento (Grau 2021: 66). Por lo que respecta al segundo, el factor topográfico nos ayuda a conocer su orientación estratégica, económica y funcional, pues la selección de un determinado lugar implica la voluntad de aprovechar las materias del entorno o la prominencia del lugar; y, por ello, la cercanía a las diversas rutas nos explica la accesibilidad a los recursos, así como la movilidad de una población asentada en un asentamiento.

Análisis de conectividad. Una de las principales funciones que se debe realizar para entender la conectividad entre los diversos yacimientos consiste en el cálculo de mapas de pendientes a partir del cual se estudian y analizan las diversas rutas óptimas de comunicación, tanto terrestres como marítimas y fluviales. En concreto, el cálculo de rutas óptimas entre diversos puntos consiste en valorar la dificultad de desplazamiento a pie por la superficie terrestre y encontrar el camino de mejor acceso. En este proceso intervienen varios factores como el relieve, la vegetación, la hidrografía, etc. Dichos aspectos deben trasladarse al modelo creado mediante sucesivos pasos: reclasificación, cálculo de fricción –también llamado mapa de costes–, cálculo del coste acumulado y aplicación del modelo para calcular la ruta óptima. De esta manera, podremos saber la dificultad para acceder a un yacimiento, así como la mejor manera de hacerlo, que en ocasiones puede coincidir con rutas actuales de algunas vías pecuarias. Por otro lado, como parte de la información que tenemos sobre los elementos naturales se encuentra en formato vectorial, por ejemplo los ríos, esta información debe ser rasterizada para asignarle un valor a cada píxel. Si empleamos capas vectoriales que han sido creadas por organismos oficiales, podemos obtener información relativa a las mismas y llevar a cabo tal proceso. Una vez convertidas a modelos ráster, realizamos el cálculo de pendientes.

El siguiente paso consiste en la reclasificación. En los análisis arqueológicos este proceso adquiere gran importancia ya que nos posibilita cambiar el valor de

la información, pasando de un valor cualitativo a uno cuantitativo, en función de los criterios establecidos por estudios previos. La orografía sin duda es el factor principal para este tipo de cálculos (Bermúdez 2004; Fairén *et al.* 2004) y para ello debemos tener en cuenta que el fundamento de la aplicación de esta variable se basa en que la distancia recorrida varía en tiempo según la inclinación del terreno. Este criterio, denominado “anisotrópico” (López-Romero 2005: 101), relaciona la energía consumida con el grado de pendiente. Así, para clasificar el esfuerzo de caminar por una superficie con pendiente empleamos la valoración de M. Llobera (1999), quien asigna a cada grado de pendiente un consumo de energía diferente. Evidentemente, el factor humano también es variable, pues no es lo mismo un individuo joven recorriendo un camino o atravesando un arroyo, que uno mayor o bien, un conjunto de individuos (familias, ejércitos, etc.) desplazándose por el terreno.

Para la reclasificación de los ríos hay que tener en cuenta el tipo de curso de agua. En este sentido, tenemos como referencia la estimación de Raúl López Romero, quien considera en su estudio que la dificultad de desplazamiento aumenta dependiendo el tipo de cauce (2005: 102). Ciertamente, no será igual intentar atravesar los arroyos, que los grandes ríos como el Guadalete y el Iro. Pero, además, no sólo tenemos la posibilidad de reclasificar los ríos como una variable difícil, sino también como favorecedora, constatándose así el intenso uso de la red fluvial (López-Romero 2005: 103).

Para reclasificar el suelo se han seguido igualmente los pasos del mismo autor, pues aunque contemos con la altimetría nuestro modelo no refleja qué tipo de suelo es. Tenemos en cuenta que la cobertura vegetal del suelo influye notablemente en el desplazamiento de las personas. La información sobre la ocupación del suelo se puede obtener mediante la capa de usos de suelos de Corine Landcover del año 1984 (López-Romero 2005: 103). En relación con este aspecto, podemos pensar que los usos del suelo han variado desde la I Edad del Hierro, no obstante, la orografía y climatología determinan en gran medida si un tipo de vegetación es posible en un sector geográfico específico, por lo que es probable que las zonas que actualmente están catalogadas como praderas, también lo fueran en el pasado. Aun así, es cierto que muchas de las zonas litorales o las consideradas hoy como humedales, marismas, etc., no tuvieron el mismo uso en la antigüedad puesto que entonces se encontraban sumergidas, tal y como hemos podido comprobar en el MDT creado.

Tras todo lo anterior, se obtienen los mapas de costes para cada uno de estos factores. El análisis de superficies de costes desde la perspectiva arqueológica también nos describe el área que se puede cubrir caminando durante un intervalo temporal desde un punto específico.

Así, sabemos cuál es el área de mayor interacción por parte de los habitantes de un determinado yacimiento relacionado con el aprovechamiento de los recursos materiales de su entorno, y por ende, relacionado también con las actividades económicas (Grau 2021: 79).

Finalmente, se realiza el coste acumulado que nos indica el coste de llegar a un destino, y, para terminar, calculamos la ruta óptima. Para continuar con el estudio, simulamos el movimiento en todas las direcciones minimizando costes de desplazamiento en lo que se conoce como MADO, a partir del cual obtenemos rutas jerarquizadas de bajo coste (Catalán 2021: 220). Para ello, en primer lugar se procede al cálculo de dirección de drenaje, *flow direction*, y luego se aplica el algoritmo *flow accumulation*, para calcular las zonas de acumulación.

Análisis de visibilidad. El principal elemento que necesitamos para realizar este tipo de análisis es un MDT que contenga información altimétrica del territorio, el punto desde el que se realiza la visión y definir una longitud de visión. Así, podemos obtener un modelo de visibilidad simple (desde una única posición) y un modelo de visibilidad múltiple (desde diferentes puntos de observación para una única zona). Los procedimientos más destacados son el análisis de cuencas visuales –*viewshed*, la definición de los espacios visibles desde un punto–, el análisis de intervisibilidad y análisis de redes visuales –con el estudio de redes como *Network Analysis*, para explorar la estructura de las relaciones del conjunto (Bernardini y Peeples 2015; Brughmans *et al.* 2017) – y el análisis de visibilidad acumulada –*cumulative viewsheds*, para identificar qué lugares son los que muestran mayor índice de percepción visual (Wheatley y Gillings 2002, 2013)–.

No obstante, debemos tener en cuenta ciertos aspectos que generan problemas en el resultado y afectan a la fiabilidad del sistema, como, por ejemplo, la altura del observador, que hemos fijado en 1,70 m o la definición del límite máximo de visión (García Sanjuán *et al.* 2006: 185), sobre el que no existen criterios fijos, aunque en la literatura arqueológica los límites oscilan entre los 2-3 km de Aguiló (1993: 544-546), los 4 km de Molinos y otros (1994: 114-116) o bien los 18 km de visibilidad máxima empleada por Wheatley (1996: 98).

Por otro lado, dichos modelos tampoco son capaces de considerar la visión con las oscilaciones de las condiciones atmosféricas y de luminosidad (Cerezo 2016: 69). Para ello existe el concepto de visibilidad difusa (*Fuzzy viewshed*), que nos permite añadir a los resultados del análisis visual la incidencia de los factores climáticos cambiantes. En un análisis binario estándar, el valor 1 indica que es visible y el valor 0 que no lo es. En cambio, el investigador Peter Fisher propuso el método de las vistas difusas para abordar el hecho de que un objeto puede verse con diferente grado de claridad (o

no ser visto en absoluto) por el mismo observador en diferentes circunstancias o por diferentes observadores en las mismas condiciones (1992). Esta variabilidad se aborda generando una visión que incorpora grados de pertenencia a un conjunto, en contraposición al carácter binario “visible/no visible” de los análisis estándar. Los niveles intermedios entre 1 y 0 indican niveles inferiores de claridad que pueden caracterizarse en términos como “normalmente visibles”, “a veces visibles” y “visibles sólo en condiciones muy favorables”. El modelo supone una zona de claridad perfecta cerca del espectador, una disminución de la claridad en la zona intermedia y poca claridad de los objetos en el fondo. Así, para Fisher, el punto b1 (límite de la zona normalmente visible) corresponde a 1 km de visión y b2 (límite del tramo en el que a veces son visibles) a 3 km (1992: 345-352). Investigadores posteriores toman la teoría de Fisher para reflejar ese decaimiento asintótico desde el valor 1 hasta el 0 (Ogburn 2006: 408). Sin embargo, Ogburn ofrece algunas modificaciones, pues su análisis no solo se basa en la distancia que hay entre el punto del observador y el objeto, sino también en el tamaño de este último. Para este autor b2 se calcula multiplicando la altura del objeto en m por un multiplicador de distancia (Ogburn 2006: 2010), correspondiente a un arco visual de 0.01667 grados y restando el parámetro b1 (de 1 km igualmente para este autor).

Análisis y resultados

Para comprender la ordenación del territorio en torno a la bahía de Cádiz durante la I Edad del Hierro resulta fundamental, como hemos visto, analizar la conexión existente entre cada uno de los elementos que componen el paisaje. Dada la importancia de los tres núcleos urbanos principales constatados en la bahía de Cádiz (Teatro Cómico, Castillo de Doña Blanca y Cerro del Castillo), es a partir de estos tres enclaves desde los que comenzamos a estudiar la distribución de la población fenicia en la bahía.

Estos tres yacimientos conforman los tres vértices de un triángulo que engloba la práctica totalidad de la bahía gaditana. No se trata de una distribución agrupada ni aleatoria, sino de una ordenación polinuclear que sigue un patrón regular y consciente en torno a la bahía, ya que la distancia entre los tres puntos es prácticamente la misma: desde Teatro Cómico a Castillo de Doña Blanca 16 km, desde Teatro Cómico a Cerro del Castillo 18 km.

Una vez geoposicionados, se evidencia que la mayor parte de los sitios fechados en torno a finales del siglo IX y principios del VIII a.C. se concentran entre la zona insular de la bahía (en el entorno inmediato de Cádiz capital, donde se ubica el sitio fenicio arcaico de Teatro Cómico) y las dos áreas continentales y costeras aludidas (Chiclana de la Frontera con Cerro del Castillo y El Puerto de Santa María con Castillo de Doña Blanca). En contraste,

en las áreas interiores como las llanuras situadas al norte y al sur, donde se sitúan el río Guadalete (especialmente su desembocadura según la reconstrucción realizada por nuestro MDT) y el río Iro respectivamente, no se localizan tantos yacimientos que se puedan remontar cronológicamente a estas fechas. Muy diferente a la situación observada para los momentos precedentes de finales de la Edad del Bronce, inmediatamente anteriores al impacto colonial fenicio.

La organización de la población no se configura de forma inmediata, sino que se desarrolla a través de una serie de procesos y etapas. El estudio de estos procesos nos permite entender cómo evolucionaron las dinámicas históricas de transformación. Entre todos los cambios que experimentó el paisaje en la zona de estudio, uno de los más destacados fue el resultado de los primeros encuentros entre los colonizadores y la población autóctona local. Incluso si retrotraemos la cronología de contacto a una fecha anterior, el panorama que muestra la distribución de los yacimientos adscritos a momentos prehistóricos es totalmente diferente al perceptible tras la llegada de los primeros contingentes orientales. La distribución de los asentamientos, analizada a través de métodos estadísticos, revela una concentración espacial en el interior continental, particularmente alrededor de los ríos, especialmente la cuenca del Iro (Figura 2). Esto indica, como ya se ha señalado, que el patrón de establecimiento en la bahía de Cádiz antes de la llegada de los colonos orientales era significativamente distinto al que establecieron estos últimos. Los asentamientos previos a la colonización fenicia han sido descritos como “poblados de fondos de cabañas” o comunidades rurales documentados desde el final del Neolítico hasta la Edad del Bronce final, que dependían de los centros poblacionales de mayor tamaño, como Mesas de Asta, que ejercían el control sobre el territorio (Izquierdo de Montes, 1998; López-Rosendo, 2011, 2013). La mayoría de los autores señalan que las poblaciones autóctonas, antes de la llegada de los colonos, se concentraban principalmente en la Sierra de San Cristóbal y sus alrededores. La explotación de recursos marinos era secundaria y realizada por pequeñas comunidades costeras que dependían de los asentamientos interiores dedicados principalmente a la agricultura y la ganadería (Ruiz Mata y Pérez, 1995; López Amador *et al.*, 1996; Ruiz Gil y López Amador, 2001; Cantillo *et al.*, 2011).

La interacción entre la población autóctona y los recién llegados ha sido estudiada tradicionalmente gracias a una serie de indicadores materiales, ideológicos y de transferencia de tecnología. Entre los primeros destaca la cerámica a mano, cuya presencia en los yacimientos coloniales² se explica bien como el resultado de la

² Desde una perspectiva poscolonial el estudio de la “hibridación” en la cerámica se considera una valiosa herramienta para distinguir diferentes grupos humanos dentro de las comunidades coloniales (Botto, 2013, 2014a: 274).

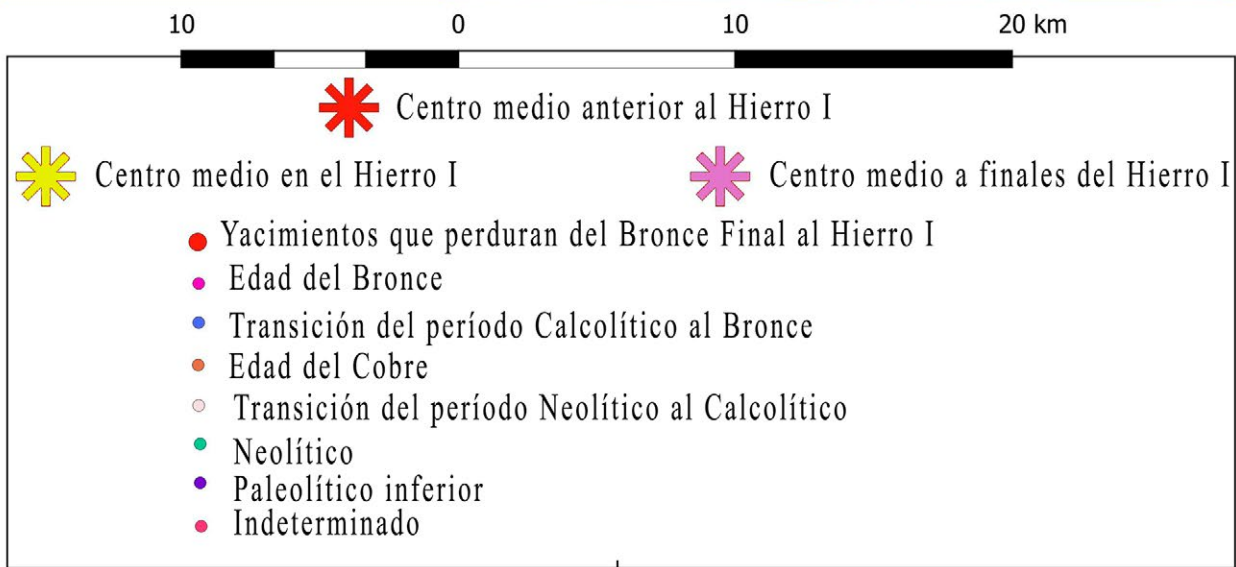


Figura 2. Análisis de la distribución de los yacimientos existentes en la zona de estudio correspondientes a la Prehistoria Reciente-Bronce Final y I Edad del Hierro sobre el MDT creado por López-Sánchez (2023).

práctica de matrimonios mixtos, bien a consecuencia de la presencia de mano de obra local en las nuevas fundaciones fenicias (Martín Ruiz, 1995-1996, 2000; Delgado, 2005; Delgado y Ferrer, 2007a, 2007b; López Castro 1991). Junto a la cerámica y otras materialidades, se han realizado intentos para discriminar entre lo local y lo exógeno en otros aspectos del registro (Escacena, 2011: 167-168). Por ejemplo, se ha considerado que las incineraciones bajo túmulo responden a rituales funerarios que se introducen con la llegada de los fenicios (Pellicer, 2008: 20), aunque no existe unanimidad a este respecto (Torres 1996: 155). Otro indicador discriminatorio es el conocimiento y uso de la técnica de copelación de la plata, de la que no existen testimonios precoloniales en esta región (Ruiz Mata, 1989: 233; Fernández Jurado, 1995: 414; Izquierdo de Montes, 1997: 96-97), lo que sugiere su introducción por los colonos fenicios. Un último ejemplo lo encontramos en los llamados “fondos de cabaña”, el modelo de vivienda autóctona, aunque algunos investigadores han expresado dudas sobre si realmente se trataban de estructuras de habitación³ (Jiménez y Márquez, 2006).

En nuestra área de estudio, el número de yacimientos arqueológicos pertenecientes al período colonial es significativamente menor si los comparamos con los de la prehistoria, aunque algunos continúan existiendo. En la campiña sur, bajo la zona de influencia del río Iro y sus arroyos y afluentes encontramos estos ejemplos en yacimientos como La Mesa, El Berruoco, Cerro de las Madres, Cerro del Castillo de Medina, Hoyo Utrera y Cerro del Castillo en Chiclana de la Frontera. Por lo que respecta al entorno del río Guadalete y sus afluentes –es decir, a la desembocadura del mismo ya que tras la reconstrucción en nuestro MDT las orillas alcanzan la zona de El Portal–, encontramos Los Villares, Las Cumbres, Sierra de San Cristóbal, Cortijo de Vaina, Campín Bajo, Pocito Chico y Las Beatillas, como yacimientos que se mantienen durante el período fenicio arcaico. Esto se debe a una reorganización del poblamiento que se centró en agrupar a la población de los asentamientos rurales en núcleos mayores, seleccionados por su conexión y proximidad a los cursos de agua, tal como se muestra en la imagen (Figura 2). Por otro lado, desde una perspectiva de interacción entre grupos, estos núcleos se estructuran alrededor de lo que llamamos bahía interna, ya que la llegada de los fenicios provocó, entre otros cambios, que el espacio se organice ahora principalmente en términos marítimos. Desde esta perspectiva, la conectividad se establece principalmente a través de rutas marítimas y fluviales

³ Parte de esta incertidumbre se basa en que se ha descubierto que el supuesto “fondo de cabaña” de El Carambolo era en realidad un *bothros* o una fosa ritual del santuario (Belén, 2000: 72), lo que parece confirmarse también en el caso de Pocito Chico (Izquierdo de Montes y Fernández Troncoso, 2005: 719), un yacimiento cercano a nuestra área de estudio.

gracias a la red de puertos principales y secundarios, que se establecen a partir de la ubicación de los tres principales asentamientos (Teatro Cómico/Gadir, Castillo de Doña Blanca y Cerro del Castillo).

Desde el punto de vista social, durante la Edad del Hierro I, especialmente en Andalucía oriental, se produce un cambio de sociedades tribales, basadas en la producción doméstica, a sociedades estatales que operan bajo un sistema de producción tributario (Sahlins, 1983; Molinos *et al.* 1994; Ruiz y Molinos, 1993; Haldon, 1993; Uriarte, 2005: 605). En la bahía gaditana el cambio también implicaría un modelo que pasaría de una economía de subsistencia, como indican algunos autores, a una producción excedentaria y comercial (Ruiz Mata 2022: 190). No obstante, pensamos que en un primer momento, tal producción continúa teniendo carácter familiar y se lleva a cabo en las propias áreas domésticas o en lugares cercanos a ellas, como indican los yacimientos de Cádiz capital.

Tras esta breve lectura diacrónica, incidimos en el hecho de que la elección del asentamiento en un lugar u otro nos permite conocer si dicha ubicación se escogió por razones de defensa estratégica, por motivos económicos, políticos o religiosos, etc. Tales decisiones nos ofrecen pistas sobre las prioridades y/o funcionalidades de cada asentamiento y es un factor clave que debemos considerar junto con otros aspectos para entender mejor su importancia (Grau 2021: 67-69). En este sentido, resulta interesante analizar estadísticamente la dispersión de los yacimientos de este momento. Para ello, se han geolocalizado todos los puntos donde ha habido hallazgos arqueológicos de este periodo, ya sea a través de excavaciones o mediante prospecciones. A continuación, se ha utilizado el método del “análisis de vecinos más cercanos” para calcular la distancia promedio entre estos puntos y la distancia que esperaríamos si estuvieran distribuidos al azar. Si el valor obtenido es mayor que 1, indica una distribución dispersa entre las ubicaciones; en cambio, si es menor a 1, muestra una agrupación o concentración en ciertas áreas. En este caso, el resultado muestra una distribución agrupada (0.5641). Otro dato relevante es que al calcular el punto medio de todos estos lugares, este se sitúa en la bahía interna gaditana. Esto confirma la estructura regular alrededor de la bahía en forma de triángulo que mencionamos al comienzo, como se refleja en la figura 2.

Para llevar a cabo una lectura diacrónica a escala intergrupala, realizamos el mismo cálculo estadístico para finales de la I Edad del Hierro. En cuanto al primero, el análisis de “vecino más próximo” señala una distribución agrupada en torno a una coordenada media situada, esta vez, en la bahía externa.

Otro factor significativo para el establecimiento de asentamientos es el topográfico. El Teatro Cómico se encontraría según el MDT que hemos creado para esta fase arcaica a 4.83 m.s.n.m. sobre un entorno que presenta una leve pendiente dunar que apunta hacia el canal Bahía-Caleta. Por su parte, el Castillo de Doña Blanca se eleva sobre una ladera a una cota fenicia arcaica de 20 m.s.n.m. e, igualmente, el Cerro del Castillo presenta una altura de 20 m.s.n.m.

Si nos enfocamos en los yacimientos situados en las cercanías del río Iro y sus diversos arroyos y afluentes, observamos que se encuentran enclavados dentro de un entramado de cerros y leves colinas que se extiende desde el municipio de Chiclana de la Frontera hasta Medina Sidonia. Desde el punto de vista topográfico, destacan los yacimientos de Medina Sidonia (El Berrueco con 51,825 m; Cerro de las Madres con 204,912 m; o, bien, el Cerro del Castillo de Medina Sidonia con 314,485 m), mientras que La Mesa, yacimiento situado en Chiclana de la Frontera y sobre una leve colina, cuanta con una altura de 13,167 m, según el MDT creado.

Por su parte, tras la reconstrucción paleotopográfica y paleomorfológica de la desembocadura del río Guadalete, encontramos sobre todo yacimientos adscritos al Hierro I en torno a los arroyos Campín, Salado y del Toro, además del ubicado en pleno litoral, el Castillo de Doña Blanca. En este caso, se trataría de un relieve acantilado a orillas del Guadalete con yacimientos en la Sierra de San Cristóbal a 100 m, que va decreciendo hacia el norte y el noroeste con yacimientos por ejemplo como Las Beatillas a una altura de 55 m o Los Villares a 47 m. Además, en este caso, es decir, en la campiña norte de la bahía gaditana, debemos añadir que a finales del Hierro I se produce un cambio significativo en la distribución del poblamiento. Para esta zona, se identifican áreas de producción que no están directamente relacionadas con las áreas residenciales o domésticas⁴, documentadas en la línea costera de El Puerto de Santa María (Ruiz Gil 1988: 18; Gutiérrez López 2004; Sáez Romero *et al.* 2020).

También en estos momentos destaca la presencia de una extensa necrópolis en Cádiz, algo no documentado con anterioridad. Se trata de un área funeraria muy extensa donde podemos diferenciar tres sectores (Niveau-de-Villedary y López-Sánchez 2021: 342-343). El primero, el más próximo al asentamiento urbano de Teatro Cómico y al canal Bahía-Caleta, que supone una zona bastante alta desde el punto de vista topográfico, incluiría los sectores funerarios excavados en las calles Botica esquina con Concepción Arenal, Mirador y Santo Domingo. El segundo sector es más amplio y se extiende

desde la muralla moderna, extramuros de la ciudad, hasta la Playa de Santa María del Mar en el frente oceánico y las desaparecidas Punta de la Vaca y Playa de los Números hacia la bahía. Por último, el tercer sector que configura la necrópolis de esta fase se extiende desde la zona del cementerio contemporáneo hasta la Segunda Aguada en la línea de costa antigua de la bahía. Mención especial merece el yacimiento de Casa del Obispo donde se erige una tumba monumental de tipo *herôon* que inaugura el uso cultural del sitio (Gener *et al.* 2014b), por lo que se podría incluir como parte del primer sector de la necrópolis, ubicado intramuros y cerca del canal. Sin olvidar la perduración de la necrópolis continental de Las Cumbres en El Puerto de Santa María, junto al asentamiento de Castillo de Doña Blanca, al otro lado de la bahía.

Como mencionamos previamente en el apartado dedicado a la metodología, hemos generado varios mapas al reclasificar ciertos datos para poder examinar aspectos relacionados con la movilidad. En primer lugar, a partir del MDT, se ha creado un “mapa de pendientes”. Después de ajustar los valores cualitativos de las capas como “ríos, usos del suelo y pendiente” a valores cuantitativos según los criterios establecidos (López-Romero 2005), desarrollamos un “mapa de fricción o coste”. Este último mapa cuantifica el costo asociado a atravesar cada punto del terreno.

Con esta información, podemos evaluar la accesibilidad a los yacimientos del entorno. Utilizando el método MADO, se ha generado una capa resumen que representa la movilidad potencial en nuestra área de estudio, es decir, una capa que indica la transitabilidad. Al calcular el promedio de los valores MADO para cada uno de los puntos (n=140), obtenemos una capa donde los valores altos indican rutas preferentes, mientras que los valores bajos se extienden por el resto del área de estudio (Aceituno y Uriarte 2019: 226). Al hacer este cálculo, observamos que algunas de las principales vías agropecuarias se encuentran dentro de esta red (Figura 3.A). Por ejemplo, la Cañada Real de Algeciras, que coincide con la ruta más concluyente y muestra la accesibilidad a los asentamientos de Medina Sidonia (Figura 3.B). Igualmente, se observa todo un entramado de cordeles y veredas que coinciden con las rutas analizadas a partir del algoritmo MADO que conectan los yacimientos anteriores con los ubicados en Chiclana de la Frontera, como en la zona de la Cañada del Camino de Cádiz (Figura 3.B) o como por ejemplo en el área del Cordel de los Marchantes y el del Taraje a la Molineta, entre Chiclana de la Frontera y el yacimiento de La Mesa (Figura 3.C), vías que proporcionarían acceso a los recursos forestales del interior (Uzquiano y Arnaunz 2002; Uzquiano 2008). Asimismo, se evidencian rutas al norte, próximas a los yacimientos de Cortijo de Vaina, Hinojosa Alta, Arroyo del Campillo, Los Villares y Cerro Naranja (Figura 3.D)

⁴ Las primeras instalaciones alfareras se documentan en el Sector III de Camposoto, San Fernando (Gago *et al.* 2000; Ramon *et al.* 2007; Sáez 2011).

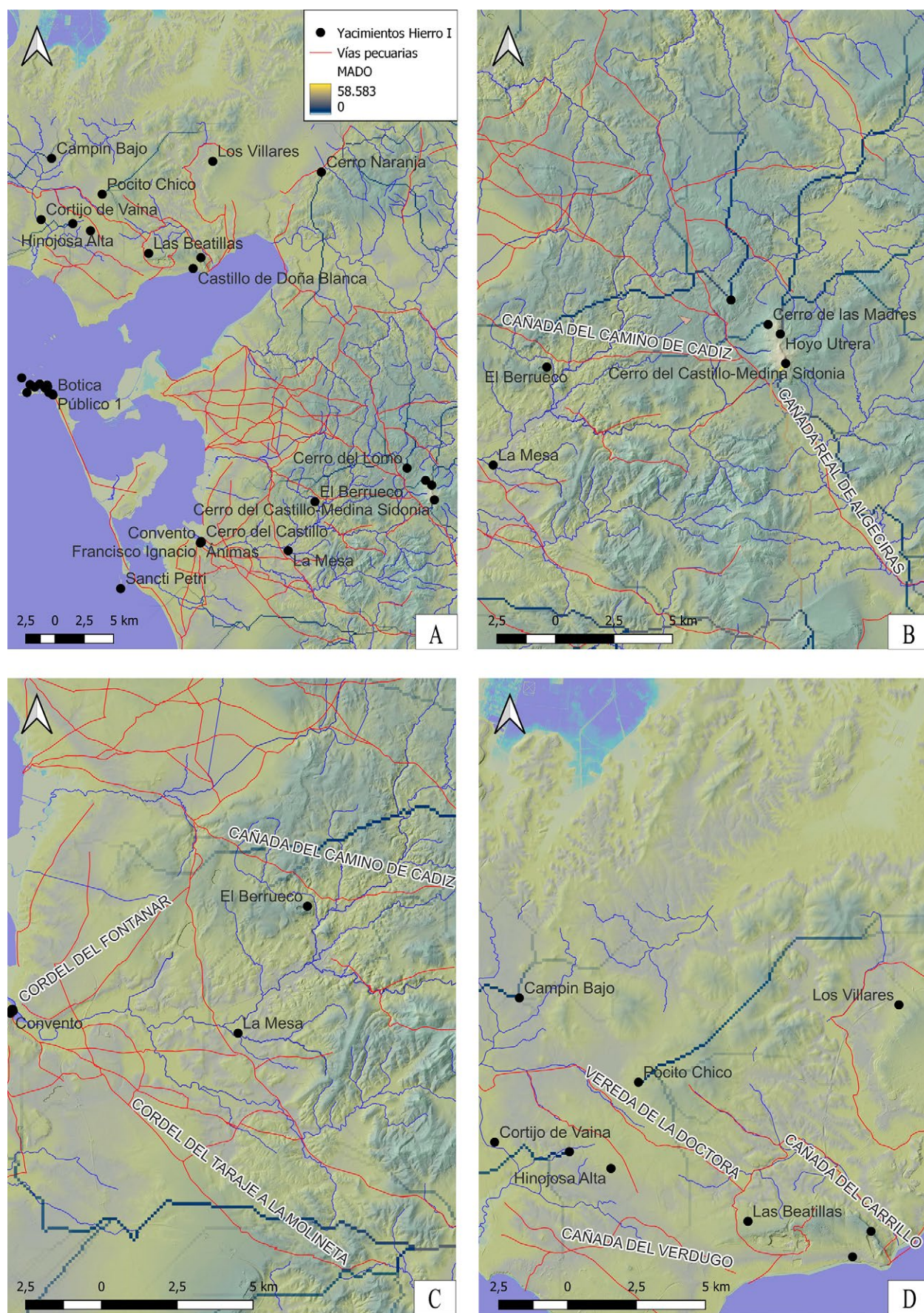


Figura 3. A). Capa MADO para la movilidad potencial de la zona de estudio y señalización de las vías pecuarias y de los yacimientos de la I Edad del Hierro; B). Vías pecuarias y capa MADO en torno a Medina Sidonia; C). Vías pecuarias y capa MADO en torno a Chiclana de la Frontera; D). Vías pecuarias y capa MADO en torno a El Puerto de Santa María.

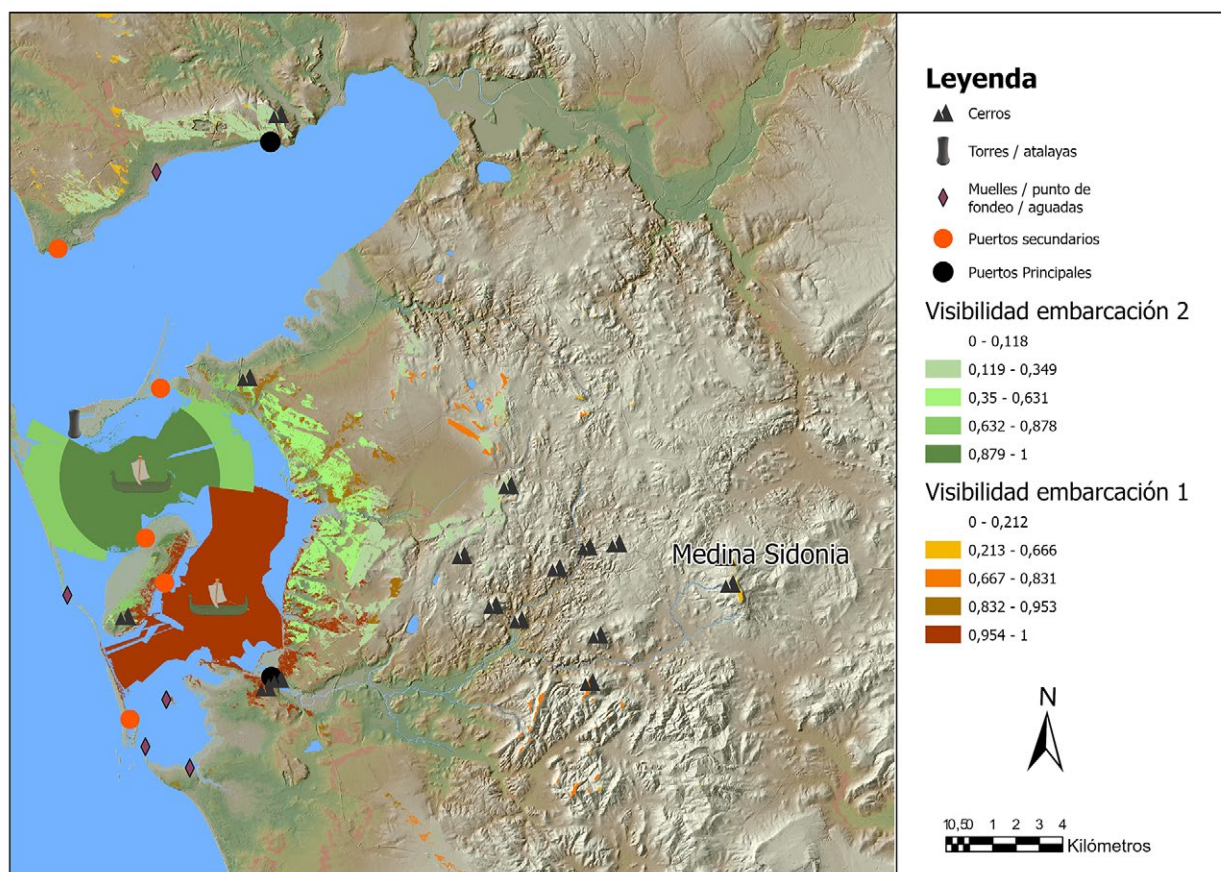


Figura 4. Análisis de visibilidad difusa desde embarcaciones situadas en la bahía interna gaditana. Según López-Sánchez 2023, pp. 432, fig. 163.

Finalmente, la noción de paisaje visual, definida por algunos autores como la “articulación de las propiedades visuales generadas por una configuración espacial específica” (Llobera 2003: 30-31), resulta de gran importancia para llegar a comprender de una manera multidimensional las pautas territoriales de las sociedades pasadas (García-Sanjuán *et al.* 2006: 181). Así, la proyección visual derivada del cálculo de cuencas visuales nos aporta información acerca de la parte del territorio sobre la que estos tres núcleos principales ejercían dominio visual.

En este contexto, los análisis de visibilidad que hemos elegido para abordar en este trabajo se relacionan directamente con el concepto de PCM. Hemos optado por una perspectiva visual desde el mar hacia la tierra, y lo hacemos por dos razones fundamentales. 1) En primer lugar, nos encontramos en un entorno marítimo, específicamente en la bahía de Cádiz, de ahí la importancia de entender cómo se visualiza la tierra desde el océano. 2) En segundo lugar, hemos puesto el énfasis en los ríos Iro y Guadalete como ejes vertebradores del territorio. Al explorar la visibilidad desde estos ríos, buscamos comprender cómo influyen

en la configuración y la percepción del paisaje cultural en esta región.

Un barco situado en el interior del saco más profundo de la bahía no solo navegaría cerca de la costa, sino que también tendría la capacidad de conectar visualmente con las posibles áreas portuarias del entorno. Desde esa ubicación, podría incluso tener visibilidad para observar Medina Sidonia⁵ en ciertos días claros (Figura 4).

Por su parte, desde una embarcación posicionada en la paleodesembocadura del río Guadalete, se observa con claridad el yacimiento del Castillo de Doña Blanca, así como la Sierra de San Cristóbal, en toda la orilla norte. Hacia el sur, se adentra un poco más en el interior continental, llegando incluso hasta el municipio de Puerto Real (Figura 5).

Cerca de la Sierra de San Cristóbal y el Castillo de Doña Blanca se localiza el arroyo del Carrillo, que solía

⁵ De hecho, el indiscutible alcance visual de esta población sin necesidad de realizar un análisis teórico que lo represente, ya aparece en diversas cartas náuticas de los siglos XVI, XVII y XVIII.

llamarse arroyo de Mata Rocines debido al riesgo que representaba para los animales cruzar su vado. Desde un punto de vista arqueológico, este arroyo se extiende con sus distintas ramificaciones hasta las cercanías de los sitios de Pocito Chico, Hinojosa Alta y Arroyo del Campillo. El análisis visual demuestra su orientación hacia el interior continental (Figura 6.A), una zona de gran riqueza agropecuaria seguramente especializada en la producción con vistas a abastecer a la población semita de la costa, como denota la conexión entre la campiña norte de Cádiz y las antiguas zonas costeras mediante los diversos arroyos, que en tiempos protohistóricos debieron constituir caños mareales abiertos al estuario del río Guadalete (Gavala 1959 [1992]; López-Rosendo 2013: 429).

En el vértice sur junto al Cerro del Castillo, el río Iro y sus múltiples afluentes forman un sistema de vías que conducen hacia las proximidades de Medina Sidonia. Desde su desembocadura en el frente oceánico en conexión con el caño de Sancti Petri, pasa por el Cerro del Castillo en el casco histórico de Chiclana de la Frontera y continua por la campiña interior, pasando por el poblado neolítico de La Esparragosa (Vijande *et al.* 2019: 1112), hasta llegar a Medina Sidonia, zona también de gran riqueza agropecuaria donde se sitúan importantes yacimientos, como El Berrueco, con materiales fenicios fechados en los siglos VII y VI a.C. (Escacena *et al.*, 1984: 24-26), y el Cerro de las Madres, también con cerámica que data del siglo VII a.C. (Escacena *et al.*, 1994), una cronología que es posible retrotraer a momentos anteriores gracias a las últimas prospecciones realizadas que han señalado la presencia de cerámica fenicia arcaica (siglo VIII a.C.) y cerámica a mano autóctona (López-Sánchez *et al.* e.p.).

Dicha dinámica también es evidente en el campo visual desde una embarcación posicionada en los arroyos del Palmetín y Salado (Figura 6.B). Desde allí se pueden visualizar los cerros de la Espartosa, de la Palmosa, del Cróquer e incluso el Cerro de las Madres en Medina Sidonia. Esta red de comunicación habría sido utilizada para obtener leña, no solo como una actividad económica diaria (Uzquiano y Arnanz 2002; Uzquiano 2008), sino también para hacer acopio de madera destinada a la construcción de embarcaciones.

Finalmente, el análisis de visibilidad acumulada de los yacimientos en torno a ambos ríos permite observar dos parámetros. Por un lado, zonas de concentración visual como reflejan los yacimientos de Chiclana de la Frontera con un gran dominio visual sobre la desembocadura del río Iro, es decir, sobre la entrada al interior continental de cualquier embarcación y los de Medina Sidonia sobre la campiña (Figura 6.C); o bien, como muestran todos los yacimientos en torno a los arroyos Salados, del Gallo y del Toro, entre otros, en la zona de la desembocadura

del Guadalete (Figura 6.D). Y por otro, que la unión de dichas concentraciones conlleva a un dominio visual total por parte de los asentamientos interiores sobre todas las rutas terrestres y fluviales necesarias para alcanzar el interior continental.

Conclusiones

Los análisis espaciales llevados a cabo para este estudio confirman que a inicios de la I Edad del Hierro se observa una notable transformación del patrón de asentamiento y del uso de la tierra. Se atestigua la aparición de grandes centros tipo *oppida* que se sitúan en las colinas prominentes de la zona, junto a ellos se desarrollan establecimientos rurales en las llanuras que los rodean (Grau y Sarabia 2022: 242-246). Antes de la llegada de los fenicios los análisis estadísticos muestran una distribución de asentamientos alrededor del río Iro que sugiere que la forma en que la población habitaba la Bahía de Cádiz antes de la I Edad del Hierro era muy diferente a la distribución que se estableció más tarde, cuando el centro medio de organización se traslada hacia la parte interna de la bahía. A través de los mapas de distribución se evidencia que existen áreas específicas en la bahía de Cádiz, como San Fernando y toda la zona de la campiña sur, donde la presencia de asentamientos desaparece por completo, dejando esas áreas prácticamente deshabitadas.

Por otra parte, el análisis diacrónico ha mostrado que hacia el siglo VI a.C., al concluir la etapa inicial de la Edad del Hierro, la distribución de asentamientos experimenta nuevamente un cambio, esta vez orientándose alrededor de la parte exterior de la bahía.

Por lo expuesto, los análisis realizados nos plantean algunos interrogantes: ¿En un inicio, se enfocaron más en controlar la bahía interna que la externa? ¿el cambio en la ubicación del punto medio de agrupación implica un cambio en la zona de interés para etapas posteriores? ¿por qué algunas zonas presentan un salto ocupacional sin apenas evidencias materiales, salvo contadas excepciones, que muestren el contacto con la población fenicia en el momento de su llegada?

En relación con la disposición topográfica de los asentamientos, la mayoría de los yacimientos, tanto aquellos alrededor del río Iro como los situados cerca del Guadalete, muestran cierto grado de inaccesibilidad. Entre otras posibles razones, esta situación podría ser resultado de rivalidades entre los asentamientos locales, posiblemente debido a una densidad poblacional alta o a la competencia por los recursos. Este esquema, que se observa con frecuencia y se encuentra bien documentado en la prehistoria reciente de la península ibérica (García Sanjuán *et al.*, 2006: 182), nos presenta un modelo de asentamiento que requiere un análisis detallado para

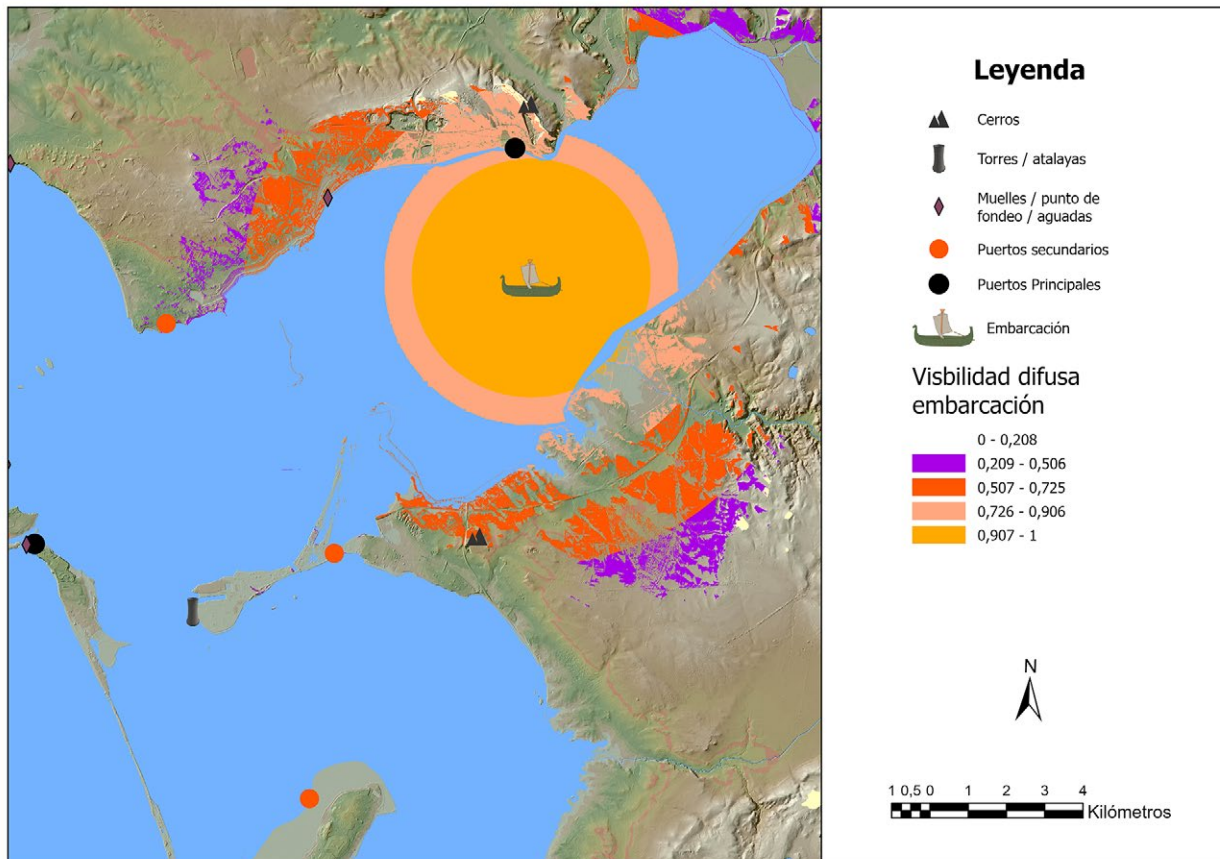


Figura 5. Análisis de visibilidad difusa desde embarcaciones situadas en la bahía interna gaditana. Según López-Sánchez 2023, pp. 433, fig. 164.

comprender su relevancia en la I Edad del Hierro. Como es sabido, los paisajes y las dinámicas sociales también evolucionan con el tiempo, lo que añade complejidad al estudio de estos patrones de asentamiento. Igualmente, tras la visualización de los análisis MADO, podemos apuntar que la interconectividad entre los distintos asentamientos no solo tendría como base el trayecto del río Iro, sino que se complementaría con una serie de rutas terrestres que, en ocasiones, coinciden con las rutas agropecuarias tradicionales. Y del mismo modo, tener control visual sobre las rutas terrestres y fluviales, tal y como se desprende del análisis de visibilidad acumulada, podría ser una estrategia para proteger los recursos de una comunidad ante posibles conflictos territoriales en aumento.

En definitiva, como hemos podido comprobar a lo largo de estas páginas, el empleo de los SIGs en los estudios arqueomorfométricos del paisaje supone una mejora técnica y metodológica (Palet *et al.* 2011: 628), pero también interpretativa. No podemos olvidar que se trata de modelos teóricos que intentan ajustarse lo máximo posible a la realidad y que, por un lado, siempre

deben complementarse con información histórica y arqueológica; y que, por otro, deben ser empleados atendiendo a un plan de estudio que tenga claro desde el principio qué preguntas queremos contestar. Resulta fácil caer en la idea de que un SIG calcula por nosotros el comportamiento de las sociedades pasadas en un territorio determinado a partir de algoritmos y cálculos estadísticos. Supone un verdadero reto para la ciencia en general y para las Humanidades en particular, puesto que la preparación que debe tener un estudio de tales características, a diferencia de otros, es de carácter multidisciplinar, una de las singularidades principales del estudio aquí presentado y de la tesis doctoral en el que se enmarca (López-Sánchez 2023).

Bibliografía

Aceituno Bocanegra, F. J. y Uriarte González, A. 2019. Conectando un territorio: simulación de rutas de movilidad entre cazadores-recolectores y primeros cultivadores. El caso del Cauca medio (Macizo Volcánico, Colombia), *Trabajos de Prehistoria* 76 (2): 219-235.

- Aguiló Alonso, M. 1993. *Guía para la elaboración de estudios del medio físico*. Fundación Conde del Valle de Salazar: Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente.
- Alonso Villalobos, C., Gracia Prieto, F.J., Rodríguez-Polo, S. 2014. Modelo de evolución histórica de la flecha-barrera de Valdelagrana (Bahía de Cádiz), en Schnabel S. y Gómez Gutiérrez, Á. (coords.), *Avances de la Geomorfología en España 2012-2014 (XIII Reunión Nacional de Geomorfología, Cáceres 2014)*: 584-587. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Anschuetz, K. F., Wilshusen, R. H. y Scheick, C. L. 2001. An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions, *Journal of Archaeological Research* 9 (2): 152-197.
- Aranda Jiménez, G. y Molina González, F. 2005. Intervenciones arqueológicas en el yacimiento de la Edad del Bronce del Cerro de la Encina (Monachil, Granada), *Trabajos de Prehistoria* 62, nº 1: 165-179.
- Arteaga, O. y Roos, A. M. 2001. El puerto fenicio-púnico de Gadir. Una nueva visión desde la Geoarqueología Urbana de Cádiz, *SPAL* 11: 21-39.
- Arteaga, O., Kölling, A., Kölling, M., Roos, A. M., Schulz, H. y Sschulz, H. D. 2001. Geoarqueología Urbana De Cádiz. Informe preliminar sobre la campaña de 2001, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2001. III Actividades de Urgencias 1: 27-40.
- Arteaga, O., Schulz, H. D. y Roos, A. 2008. Geoarqueología Dialéctica en la Bahía de Cádiz, *RAMPAS* 10: 21-116.
- Ashmore, W. y Knapp, A. 1999. Archaeological landscapes: constructed, conceptualized, ideational, en A. Bernard (ed.), *Archaeologies of Landscape. Contemporary Perspectives*: 1-30. Oxford: Blackwell Publishers.
- Aubet Semmler, M. E. 2006. El sistema colonial fenicio y sus pautas de organización, *Mainake* 28: 35-47.
- Aubet Semmler, M. E. 2009. *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, 3ª edición, Barcelona: Bellaterra.
- Aubet Semmler, M. E., Carmona, P., Curià, E., Delgado, A., Fernández Cantos, A. PáRrraga, M. 1999. *Cerro del Villar-I. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce y su interacción con el hinterland*. Sevilla: Consejería de Cultura Junta de Andalucía.
- Ballesteros Arias, P., Otero Vilariño, C. Y Varela Pousa, R. 2005. Los Paisajes Culturales desde la Arqueología: Propuestas para su evaluación, caracterización y puesta en valor, *ArqueoWeb* (2): 1-13. <https://doi.org/http://www.ucm.es/info/arqueoweb> - 7(2) sept./dic. 2005.
- Belén Deamos, Mª. 2000. Itinerarios arqueológicas por la geografía sagrada del Extremo Occidente, en M.C. Marín Ceballos (ed.), *Cultos y ritos de la Gadir fenicia*: 423-472. Cádiz: Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz.
- Bermúdez Sánchez, J. 2004. El análisis de las redes viarias en la antigüedad a partir de las posibilidades que ofrecen los SIG. Rutinas para el cálculo acumulado de vías óptimas con el programa IDRISI, en I. Grau (ed.), *La aplicación de los SIG en la arqueología del paisaje*, 91-98. Alicante: Servicio de Publicaciones Universidad de Alicante / Universitat d'Alacant.
- Bernal Casasola, D., Salomon, F., Díaz Rodríguez, J. J., Lara Medina, M. y Rixhon, G. 2021. Un cambio de paradigma paleotopográfico en Gadir-Gades. Geoarqueología de profundidad en su estrecho interinsular (canal Bahía-Caleta), *AEspA* 94 (e02): 1-30. <https://doi.org/10.3989/aespa.094.021.02>
- Bernardini, W. y Peeples, M. 2015. Sight Communities: The Social Significance of Shared Visual Landmarks, *American Antiquity* 80 (2): 215-235.
- Botto, M. 2013. Mobilità di genti negli insediamenti coloniali fenici fra VIII e VII sec. a.C., en G.M. Della Fina (ed.), *Mobilità geografica e mercenariato nell'Italia preromana*, *Annali della Fondazione per il Museo Claudio Faina* 20: 163-194. Roma: Edizioni Quasar.
- Botto, M. 2014a. Prólogo, Los fenicios en la bahía de Cádiz, en M. Botto (ed.), *Los Fenicios en La Bahía de Cádiz. Nuevas investigaciones*, Collezione di Studi Fenici 46: 11-13. Pisa-Roma, Fabrizio Serra Editores.
- Botto, M. 2014b. Los fenicios en la Bahía de Cádiz: estrategias de poblamiento y de aprovechamiento del territorio, relaciones con el mundo indígena, comercio (siglo IX-finales del siglo VII/inicios del VI a.C.), en M. Botto (ed.), *Los Fenicios en La Bahía de Cádiz. Nuevas investigaciones*, Collezione di Studi Fenici 46: 265-288. Pisa-Roma, Fabrizio Serra Editores.
- Brughmans, T., Keay, S. y Earl, S. 2017. Understanding Inter-settlement Visibility in Iron Age and Roman Southern Spain with Exponential Random Graph Models for Visibility Networks, *Journal of Archaeological Method and Theory* 22 (1): 58-143.
- Bueno Serrano, P., de La Mata, J. A. y Sánchez Marín, E. 2020. Nueva Gadeira: Proyecto general de investigación arqueológica y puesta en valor del yacimiento fenicio-púnico de el Cerro del Castillo, Chiclana (Cádiz), en S. Celestino y E. Rodríguez González (eds.), *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo: IX Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos Vol. 1 (22-26 octubre de 2018)*: 29. Mérida, IAM-CSIC.
- Cantillo Duarte, J. J., Ramos Muñoz, J. Y Soriger, M. C. 2011. Los recursos marinos en la región del Estrecho de Gibraltar. Balance de su explotación por sociedades prehistóricas, en J.C. Domínguez Pérez (ed.), *Gadir y el Círculo del Estrecho revisados. Propuestas de la arqueología desde un enfoque social*: 75-93. Cádiz: Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz.
- Capdevila Montes, E. Y Mínguez García, M. del C. 2016. *Manual de tecnologías de la información geográfica aplicadas a la Arqueología*. Madrid: Comunidad de Madrid, Museo Arqueológico Regional: Ilustre Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de la Comunidad de Madrid.

- Castro Martínez, P.; Chapman, R. W.; González Marcén, P.; Lull, V.; Picazo, M.; Rich, R. Y Sanahuja Yll, M. E. 1990. Proyecto Gatas (Turre, Almería). Tercera Campaña, 1987, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1987, Tomo II: 225-231.
- Catalán González, F. J. 2021. *El paisaje socio-natural de la bahía de Cádiz. Análisis histórico de su formación*, Universidad de Cádiz. Tesis Doctoral.
- Cerezo Andreu, F. 2016. *Los puertos antiguos de Cartagena: geoarqueología, arqueología portuaria y paisaje marítimo. Un estudio desde la arqueología náutica*. Universidad de Murcia. Tesis Doctoral.
- Contreras Cortés, R. 1982. Una aproximación a la urbanística del Bronce Final en la Alta Andalucía. El Cerro de los Cabezuelos (Úbeda, Jaén). *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 7: 307-330.
- Criado Boado, F. 1999. Del Terreno al Espacio: Planteamientos y Perspectivas para la Arqueología del Paisaje, *CAPA* 6: 1-82.
- Delgado Hervás, A. 2005. Multiculturalidad y género en las colonias fenicias de la Andalucía Mediterránea : un análisis contextual de la cerámicas a mano del Cerro del Villar (Málaga), en A. Spanò Giammellaro (ed.), *Atti del V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punic (Marsala-Palermo, 2-8 ottobre 2000)*, vol. III: 1249-1260. Palermo: Punto Grafica.
- Delgado Hervás, A. y Ferrer Martín, M. 2007a. Cultura Contacts in Colonial Settings: The Construction of New Identities i Phoenician Settlements of the Western Mediterranean, *Stanford Journal of Archaeology* 5: 19-42.
- Delgado Hervás, A. y Ferrer Martín, M. 2007b. Alimentos para los muertos: mujeres, rituales funerarios e identidades coloniales: "Interpretin Household Practices", *Treballs d'Arqueologia* 13, 2007: 29-68.
- Díaz Rodríguez, J. J., Portillo Sotelo, J. L., Bernal Casasola, D. Y Toboso Suárez, E. 2019. Indicios de ocupación fenicia y alfar romano en la campiña de la Bahía de Cádiz, en Vijande E. et al. (coords.), *La Esparragosa (Chiclana de la Frontera, Cádiz). Un campo de silos neolítico del IV Milenio a.n.e.*: 221-244. Sevilla: Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico.
- Duncan, B. G. 2006. *The Maritime Archaeology and Maritime Cultural Landscapes of Queenscliffe: A Nineteenth Century Australian Coastal Community*, James Cook University. Tesis Doctoral., <http://researchonline.jcu.edu.au/2050/1/01front.pdf>.
- Escacena Carrasco, J. L. 2011. Variación identitaria entre los orientales de Tartessos. Reflexiones desde el antiesencialismo darwinista, en M. Álvarez Martí-Aguilar (ed.), *Fenicios en Tartessos: Nuevas Perspectivas, Oxford 2011, BAR International Series 2245*: 161-192. Oxford: Archaeopress.
- Escacena Carrasco, J. y Berriatúa Hernández, N. 1985. El Berrueco de Medina Sidonia (Cádiz): Testimonios de una probable expansión argárica hacia el oeste, *CPAG* 10: 225-242.
- Escacena Carrasco, J. L., Frutos Reyes, G. De y Alonso Villalobos, C. 1984. Avance al estudio del yacimiento del Cerro del Berrueco (Medina Sidonia -Cádiz). *Anales de la Universidad de Cádiz*, 1: 7-32. <http://hdl.handle.net/10498/11145>
- Escacena Carrasco, J. L., Montañés, S., Ladrón De Guevara, I. y Perdigones Moreno, L. 1994. De la fundación de Asido. *Spal*, 3: 179-207. <http://dx.doi.org/10.12795/spal.1994.i3.07>
- Fairén-Jiménez, S., Cruz Berrocal, M., López-Romero, E. y Walid Sbeinati, S. 2004. Las vías pecuarias como elementos arqueológicos, en I. Grau (ed.), *La aplicación de los SIG en la arqueología del paisaje*: 55-68. Alicante: Servicio de Publicaciones Universidad de Alicante / Universitat d'Alacant.
- Faycurry, J. E. 2016. *Chutes and Landings: Maritime communities and the Maritime Cultural Landscapes of the Sonoma Coast*. Thesis for degree of Master. Sonoma State University.
- Fernández Jurado, J. 1995. Economía metalúrgica de Tartessos, en *Tartessos 25 años después 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria peninsular (Jerez de la Frontera 1993)*: 411-416. Jerez de la Frontera: Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- Fierro Cubiella, J. A. 1984. *La Caleta de Cádiz*, Cádiz.
- Fisher 1992. First experiments in viewshed uncertainty: simulating the fuzzy viewshed, *Photogrammetric Engineering and Remote Sensing* 58: 345-352.
- Fletcher, R. N. 2012. Opening the Mediterranean: Assyria, the Levant and the Transformation of Early Iron Age Trade, *Antiquity* 86: 211-220.
- Ford, B. 2011. *The Archaeology of Maritime Landscaps. When the land meets the sea*, ACUA and SHA Series 2. New York: Springer.
- Gago, M. H., Clavain, I., Muñoz, A., Perdigones, L. y Fruto, G. 2000. El complejo industrial de salazones gaditano de Camposoto, San Fernando (Cádiz): Estudio preliminar, *Habis* 31: 37-61.
- Gallardo Abárzuza, M., Alonso Villalobos, C., Martí Molist, J., Gracia, F. J., Benavente, J., Giles, F., Rodríguez, J. Y López-Aguayo, F. 2000. Marcadores de niveles históricos del mar en la bahía de Cádiz, en V. Oliveira Jorge (ed.), *"Terrenos" Da Arqueologia da Península Ibérica. 3.o Congresso de Arqueologia Peninsular: UTAD, Vila Real, Portugal (Septiembre de 1999)*: 595-608. Vila Real: AEDECAP.
- García Sanjuán, L., Metcalfe-Wood, S., Rivera Jiménez T. y Wheatley, D. 2006. Análisis de pautas de visibilidad en la distribución de monumentos megalíticos de Sierra Morena Occidental, en I. Grau (ed.), *La aplicación de los SIG a la Arqueología del Paisaje*, 181-200. Alicante: Universidad de Alicante.
- García-Fernández, F. J. y Sáez Romero, A. 2021. El comercio de productos griegos en Andalucía Occidental durante los siglos V y IV a.C. Actualización y nuevas perspectivas, *Abantos: homenaje a Paloma*

- Cabrera Bonet: 123-132. Madrid: Ministerio de Cultura y Deporte.
- Gavala Laborde, J. 1959 [1992]. *La Geología de la cota y la Bahía de Cádiz. El Poema Ora Marítima de Avieno*. Edición facsímil. Puerto Real: Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz.
- Gener Basallote, J. M., Navarro García, M. Á., Pajuelo Sáez, J. M., Torres Ortiz, M., Y López Rosendo, E. 2014a. Arquitectura y urbanismo de la Gadir fenicia: el yacimiento del “Teatro Cómico” de Cádiz, en M. Botto (ed.), *Los Fenicios en la Bahía de Cádiz. Nuevas Investigaciones. Collezione di Studi Fenici 46*: 14-50. Pisa-Roma. Fabrizio Serra.
- Gener Basallote, J. M., Jurado Fresnadillo, G., Pajuelo Sáez, J. M., Y Torres Ortiz, M. 2014b. El proceso de sacralización del espacio en Gadir: el yacimiento de la Casa del Obispo (Cádiz). Parte I, en M. Botto (ed.), *Los Fenicios en la Bahía de Cádiz. Nuevas Investigaciones. Collezione di Studi Fenici 46*: 123-155. Pisa-Roma. Fabrizio Serra.
- Gómez-Muñoz, M. S. 2019. *Los referentes para la navegación en la Bahía de Cádiz en época romana. Un acercamiento interdisciplinar*, Universidad de Cádiz. Tesis Doctoral.
- González De Canales, F., Serrano, L. y Llompert, J. 2004. *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- González Prats, A. 1990. *Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste*, Alicante: Universidad de Alicante.
- Gracia, F. J., Alonso Villalobos, C., Gallardo Abárzuza, M., Giles, F., Rodríguez, J., Benavente, J. y López-Aguayo, F. 1999. Aplicación de la Geoarqueología al estudio de cambios costeros postflandrienses en la Bahía de Cádiz, en M.P. Fumanal García (ed.), *Geoarqueología i Quaternari litoral. Memorila M. P. Fumanal*: 357-366. Valencia: Servicio de Publicaciones Universidad de Valencia / Universitat de València. http://revistadehistoriade-elpuerto.org/contenido/revistas/25/25_recensiones.pdf.
- Gracia, F. J., Alonso Villalobos, C., Anfuso, G. y Benavente, J. 2005. Historical evolution and present state of the coastal dune systems in the Atlantic coast of Cadiz (SW Spain): Palaeoclimatic and environmental implications, *Journal of Coast Research SI 48*: 55-63.
- Gracia, F. J., Gallardo Abárzuza, M., Giles Pacheco, F., Alonso Villalobos, C., Martí Solano, J., Benavente, J., Reyes, J. L. Y Abad, E. 1995. Los niveles Holoceno-históricos del Coto de la Isleta (Chiclana de la Frontera, Bahía de Cádiz), en *Reconstrucción de paleoambientes y cambios climáticos durante el Cuaternario. Serie Monografías 3*: 409-422. Madrid: CSIC.
- Grau Mira, I. 2021. *Cuaderno de arqueología del paisaje. Introducción al análisis espacial de las sociedades del pasado*, Valencia: Servicio de Publicaciones Universidad de Valencia / Universitat de València.
- Grau Mira, I. y Sarabia-Bautista, J. 2022. Multiscaled Archaeological Survey in Eastern Iberia: Ancient Settlement Dynamics, Agrarian Practices, and Rural Landscapes, *Journal of Field Archaeology 47*(7): 471-485. <https://doi.org/10.1080/00934690.2022.2099614>
- Gutiérrez López, J. M. 2004. La factoría “Puerto 19” (El Puerto de Santa María, Cádiz) y la producción de salazones de Gadir, en *XVI Encuentros de Historia y Arqueología: las industrias alfareras y conserveras fenicio-púnicas de la bahía de Cádiz (13-15 diciembre 2000)*, Córdoba: 237-262. San Fernando: Publicaciones Obra Social y Cultural CajaSur.
- Ruiz Gil, A., Giles Pacheco, F., Gutiérrez López, J.M., López Jiménez, J.J. y Aguilera Rodríguez, L. 2000. El río Guadalete (Cádiz) como vía de comunicación en épocas fenicia y púnica en Andalucía Occidental, en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de octubre de 1995)*, vol. II: 795-806. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- Haldon, J. 1993. *The state and the tributary mode of production*, Londres: Verso.
- Izquierdo De Montes, R. 1997. Sobre la copelación de la plata en el mundo tartésico, *SPAL 6*: 87-101.
- Izquierdo De Montes, R. 1998. La cabaña circular en el mundo tartésico. Consideraciones sobre su uso como indicador étnico, *Zephyrus 51*: 277-288.
- Izquierdo De Montes, R. y Fernández Troncoso, G. 2005. De poblamiento de época orientalizante en Andalucía occidental, en S. Celestino, J. Jiménez Ávila (eds.) *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental (marzo de 2003)*: 709-730. Madrid: CSIC.
- Jiménez Jáimez, V. y Márquez Romero, J. E. 2006. ‘Aquí no hay quien viva’. Sobre las casas-pozo en la prehistoria de Andalucía durante el IV y el III milenios AC”, *SPAL 15*,: 39-49.
- Lara Medina, M. 2019. *Urbs Iulia Gaditana Arqueología y urbanismo de la ciudad romana de Cádiz*, Universidad de Cádiz. Tesis Doctoral.
- Llobera, M. 1999. Understanding movement: a pilot model towards the sociology of movement, en G. Lock (ed.), *Beyond the map: archaeology and spatial technologies*: 65-84. Amsterdam: IOS Press.
- Llobera, M. 2003. Extending GIS based analysis: the concept of visualscape, *International Journal of Geographic Information Science 1* (17): 25-48.
- López Amador, J. J., Bueno Serrano, P., Ruiz Gil, J. A. Y De Prada Junquera, M. 1996. *Tartesios y fenicios en Campillo, El Puerto de Santa María, Cádiz. Una aportación a la cronología del Bronce Final en el Occidente de Europa*. El Puerto de Santa María: Giles Pacheco.
- López Castro, J. L. 1991. El foedus de Gadir del 206 a.C.: una revisión, *Florentia Iliberritana 2*: 269-280.
- López Castro, J. L. 2003. La formación de las ciudades fenicias occidentales, en *Byrsa 2*: 69-120.

- López-Romero, R. 2005. Cálculo de rutas óptimas mediante SIG en el territorio de la ciudad celtibérica de Segeda. *Propuesta metodológica, SALDVIE* 5: 95-111.
- López Rosendo, E. 2005. El yacimiento tartésico y romano de Los Villares/Rabatún, al noroeste de la ciudad de Jerez de la Frontera (Cádiz). *Intervención arqueológica preventiva de 2004/2005, Anuario Arqueológico de Andalucía* 2005: 295-305.
- López Rosendo, E. 2011. Actividad arqueológica preventiva en la Urbanización de Santa Clara dentro de la U.E. del Plan Espacial de Reforma Interior - Centro Ciudad - "Santa Clara" (El Puerto de Santa María, Cádiz), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2011. Borrador / Documento pre-print, Delegación Provincial de Cádiz de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía
- LópezRosendo,E.2013.Fenicios e indígenas en la campiña gaditana: los fondos de cabaña orientalizantes de Los Villares (Jerez de la Frontera, Cádiz), en A.M. Arruda (ed.), *Acta do Congresso Internacional de Estudos Fenicio e Púnicos*. Vol. 1 (25 septiembre-1 octubre de 2005), Lisboa, pp. 428-435
- López-Sánchez, N. 2023. *El Paisaje Arqueológico, Cultural y Marítimo de Gadir en época fenicio-púnica*. Tesis doctoral Inédita, Universidad de Cádiz.
- López-Sánchez, N., Niveau-De-Villedary y Mariñas, A.m. y Bueno Serrano, P. (e.p.): El río Iro como eje vertebrador del territorio de la campiña litoral suroeste gaditana en época fenicio-púnica, en *I CIANYS* (Cádiz, 2021).
- Martín Ruiz, J. A. 1995-1996. Indicadores arqueológicos de la presencia indígena en las comunidades fenicias de Andalucía, *Mainake* 17-18: 73-90.
- Martín Ruiz, J. A. 2000. Cerámicas a mano en los yacimientos fenicios de Andalucía, en M.E. Aubet y M. Barthélemy (eds.), *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos Vol. IV (2-6 de octubre de 1995)*: 1625-1630. Cádiz: Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz.
- Martínez Romero, R. 2021. La importancia del agua: el arroyo del Salado de Caulina en el término municipal de Jerez de la Frontera y el río Iro en el término municipal de Chiclana de la Frontera, *Rampas* 23: 43-71.
- Maximiano Castillejo, A. 2012. Geostatística y arqueología: una nueva perspectiva analítico-interpretativa en el análisis espacial intra-site, *Analítika, Revista de Análisis Estadístico* 4 (2): 83-95.
- Mederos Martín, A. 2006. Fenicios en Huelva, en el siglo X a.C., durante el reinado de Hiram I de Tiro, *SPAL* 15: 167-188.
- Molinos Molinos, M., Rísquez Cuenca, C., Serrano Peña, J.L. y Montilla Pérez, S. 1994. *Un problema de fronteras en la periferia de Tartessos: Las Calañas d Marmolejo (Jaén)*. Jaén: Servicio de Publicaciones Universidad de Jaén.
- Niveau-De-Villedary y Mariñas, A. M. 2015. La estructuración del espacio urbano y productivo de Gadir durante la Fase Urbana Clásica: cambios y perduraciones. *Complutum* 26, 1: 225-242. doi:http://dx.doi.org/10.5209/rev_CMPL.2015.v26.n1.49351
- Niveau-De-Villedary y Mariñas, A. M. y López-Sánchez, N. 2021. El paisaje funerario de Gadir. Propuesta de estudio espacial de la necrópolis fenicio-púnica, en B. Costa, L.A. Ruiz Cabrero y M. Bofill (eds.), *La muerte y el más allá entre fenicios y púnicos, IX Coloquio Internacional del CEFYP (27-29 octubre de 2019)*: 331-356. Eivissa: Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera / Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera.
- Niveau-De-Villedary Y Mariñas, A. M., López-Sánchez, N., Sicre-González, P., Wagner, C., Molina Torres, M. P., Abia Maestre, A. M., Bueno Serrano, P., Macías López, M. M., Gómez González, J. I., Martelo Frnández, M. y Vallejo Sánchez, J. I. 2021. Revisión y contextualización histórica de los pozos rituales púnicos de Gadir, en *Actualidad de la investigación arqueológica en España III*: 341-360. Madrid. Ministerio de Cultura y Deporte.
- Ogburn, E. D. 2006. Assessing the level of visibility of cultural objects in past landscapes, *Journal of Archaeological Science* 33: 405-416.
- Orejas, A. 1995. Arqueología del Paisaje: de la reflexión a la planificación, *AEspA* 68: 215-224. http://aespa.revistas.csic.es/index.php/aespa.
- Padilla Monge, A. 2014. Los inicios de la presencia fenicia en Cádiz, *Gerión* 32: 15-56. https://doi.org/10.5209/rev_geri.2014.v32.46664.
- Palet Martínez, J. M., Orenge, H. A. y Fiz Fernández, J. I. 2011. Integración de Metodologías GIS para el estudio del territorio en época romana: aplicación a las centuriaciones del ager Tarraconensis, en V. Mayoral y S. Celestino (coords.) *Tecnologías de información geográfica y análisis arqueológico del territorio. Actas del V Simposio Internacional de Arqueología de Mérida*: 627-645. Mérida: CSIC.
- Parceró Oubiña, C., Criado Boado, F. y Santos Estévez, M 1998. Rewriting landscape: incorporating sacred landscapes into cultural traditions, *World Archaeology* 30 (1): 159-176.
- Pellicer, M. 2008. Los inicios del rito funerario de la incineración en la Península Ibérica, *Tabona* 16: 13-35.
- Ramon Torres, J., Sáez Espligares, A., Sáez Romero, A.m. y Muñoz, A. 2007. *El taller alfarero tardoarcaico de Camposoto*, Monografías de Arqueología 26. Sevilla: Junta de Andalucía.
- Ruiz Gil, J. A. 1988. *Las Factorías de Salazones Púnicas de El Puerto de Santa María*. Cádiz. Trabajo de Investigación, Universidad de Cádiz. Tesina.
- Ruiz Gil, A., Giles Pacheco, F., Gutiérrez López, J.M., López Jiménez, J.J. y Aguilera Rodríguez, L. 2000. El río Guadalete (Cádiz) como vía de comunicación en épocas fenicia y púnica en Andalucía Occidental, en

- Ruiz Gil, A., Giles Pacheco, F., Gutiérrez López, J.M., López Jiménez, J.J. y Aguilera Rodríguez, L. 2000. El río Guadalete (Cádiz) como vía de comunicación en épocas fenicia y púnica en Andalucía Occidental, en Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de octubre de 1995), vol. II: 795-806. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. 795-806. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- Ruiz Gil, J. A. Y López Amador, J. J. 2001. *Formaciones sociales agropecuarias en la Bahía de Cádiz. 5000 años de adaptación ecológica en la Laguna del Gallo. Memoria Arqueológica de Pocito Chico I 1997-2001*. Sanlúcar de Barrameda: Delegación de Cultura Junta de Andalucía.
- Ruiz Mata, D. 1989. Huelva: un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronce Final, en M.E. Aubet (coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*: 209-243. Sabadell: AUSA.
- Ruiz Mata, D. 1995. Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico, en VV.AA. (eds.), *Tartessos 25 años después 1968-199*: 265-313. Jerez de la Frontera: Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- Ruiz Mata, D. 1999. La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca: Contrastación textual y arqueológica. *Complutum*, 10: 279-317.
- Ruiz Mata, D. 2022. La ciudad fenicia del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz). Resultados de un Proyecto de Investigación (1979-2003), *CuPAUAM* 48 (1): 141-227. <https://doi.org/10.15366/cupauam2022.48.1.005>
- Ruiz Mata, D. y Pérez, C. J. 1995. *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. El Puerto de Santa María: Ayuntamiento del Puerto de Santa María.
- Ruiz Rodríguez, A. y Molinos Molinos, M. 1993. *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona: Crítica
- Sáez Romero, A. M. 2011. Alfarería en el Extremo Occidente fenicio. Del renacer tardoarcaico a las transformaciones helenísticas, en B. Costa y J. H. Hernández (eds.), *ejemplar dedicado a: Yoserim: la producción alfarera fenicio-púnica en Occidente: XXV Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica (Eivissa, 2010)*. Treballs del Museu Arqueologic d'Eivissa e Formentera 66: 49-105. Ibiza: Museo Arqueológico de Ibiza.
- Sáez Romero, A. M., Gutiérrez López, J. M. y Reinoso Del Río, M. C. 2020. Un asentamiento de época púnica en la campiña costera de la Bahía de Cádiz. Estructuras, fases de uso y contextos materiales de Puerto-19, *AEspA* 93: 61-80. doi:<https://doi.org/10.3989/aespa.093.020.003>.
- Sahlins, M. 1983 [1974]. *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid: Akal.
- Sánchez Sánchez-Moreno, V. M., Galindo Jan José, L., Juzgado Navarro, M. y Dumas Peñuelas, M. 2011. La desembocadura del Guadalhorce en los siglos IX-VIII a.C. y su relación con el Mediterráneo, en J.C. Domínguez Pérez (ed.), *Gadir y el Círculo del estrecho revisados. Propuestas de la arqueología desde un enfoque social*: 187-197. Cádiz: Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz.
- Sgotu-Secretaría General De Ordenación Del Territorio 2014. A2_05 Bahía de Cádiz, en *Sistema compartido de información sobre los Paisajes de Andalucía. Aplicación al litoral*: 251-267. Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio. Junta de Andalucía.
- Star, J. y Estes, J. E. 1990. *Geographic Information Systems: An Introduction*, Universidad de Michigan: Prentice Hall.
- Suárez Japón, J. M. 2008. Apuntes para una geografía humana de la Bahía de Cádiz, *RAMPAS* 10: 489-505. https://doi.org/10.25267/rev_atl-mediterr-prehist_arqueol_soc.2008.v10.17.
- Suárez Padilla, J. y Márquez Romero, J.E. 2014. La problemática de los fondos de cabaña en el marco de la arquitectura protohistórica del sur de la península ibérica. *Menga: Revista de prehistoria de Andalucía* 5: 199-225.
- Torres Ortiz, M. 1996. La cronología de los túmulos A y B de Setefilla el origen del rito de la cremación en la cultura tartésica, *Complutum* 7: 147-162.
- Uriarte González, A. 2005: Arqueología del Paisaje y Sistemas de Información Geográfica: una aplicación en el estudio de las sociedades protohistóricas de la cuenca del Guadiana Menor (Andalucía oriental), en C. Cancelo Mielgo, Á. Esparza Arroyo y A. Blanco González (eds.), *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica*, pp. 603-621.
- Uzquiano, P. 2008. El registro arqueobotánico de la Banda Atlántica de Cádiz: paisaje vegetal y gestión del combustible, en J. Ramos y J.J. Cantillo Duarte (eds.), *La ocupación prehistórica de la campiña litoral y banda atlántica de Cádiz*: 295-306. Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Uzquiano, P. y Arnanz, A. M. 2002. La evidencia arqueobotánica. Los macrorrestos carbonizados del yacimiento de 'El Retamar', en J. Ramos y M. Lazarich (eds.), *El asentamiento de "El Retamar" (Puerto Real, Cádiz): contribución al estudio de la formación social tribal y a los inicios de la economía de producción en la Bahía de Cádiz*: 205-216. Cádiz: Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz.
- Vijande Vila, E., Ramos Muñoz, J., Fernández Sánchez, D. S., Cantillo Duarte, J. J. Y Pérez Rodríguez, M. 2019. *La Esparragosa (Chiclana de La Frontera, Cádiz). Un campo de silos neolítico del IV milenio a. n. e*. Sevilla: Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico Junta de Andalucía.
- Westerdahl, C. 1992. The maritime cultural landscape, *The International Journal of Nautical*

- Archaeology* 21 (1): 5-14. <https://doi.org/10.7208/chicago/9780226779386.003.0007>.
- Westerdahl, C. 1998. *The Maritime Cultural Landscape: on the concept of transport zones of geography*, Institute of Archaeology and Ethnology, University of Copenhagen, Nordic Archaeology Website. <http://www.abc.se/~m10354/pub/cult-land.htm>.
- Wheatley, D. W. 1996. The use of gis to understand regional variation in earlier Neolithic Wessex, en H.D.G. Maschner (ed.), *New Methods, Old Problems: Geographic Information Systems in Modern Archaeological Research*: 75-103. Center for Archaeological Investigations, Southern Illinois University at Carbondale.
- Wheatley, D. y Gillings, M. 2002. *Spatial Technology and Archaeology. The Archaeological Applications of GIS*, 1^a Edición. Londres: Routledge.
- Wheatley, D. y Gillings, M. 2013. *Spatial Technology and Archaeology, The Archaeological Application of GIS*. Londres: Taylor & Francis. <https://doi.org/10.1201/b12806>.

'Pre-urban' settlement patterns and internal organisation of autochthonous sites at the outset of the Iron Age between the southeast of Iberia and the Strait of Gibraltar

José Suárez-Padilla*

José L. Caro*

Universidad de Málaga

Abstract: This article delves into the themes of settlement patterns, internal organisation and architectural traditions of the indigenous communities of the eastern half of southern Iberia at the Late Bronze Age-Iron Age transition. The results point to both continuity and change with respect to the Late Bronze Age, the changes stemming from the influence of the founding of Phoenician settlements in the region throughout the 10th-9th centuries cal BC. A first aspect worth highlighting among the autochthonous groups was their interest in establishing a political control over the areas both along the coast and the main inland communication routes. A second aspect was the emergence of both rural villages and the construction of settlements surrounded by walls containing acropoleis with buildings of local architectural tradition coexisting with others inspired by oriental traditions. Yet the internal organisation of these settlements is on the whole characterised by a continuity rooted in the Late Bronze Age. This diverse panorama must be understood in general terms in the framework of the internal dynamics of the different local communities characterised by the emergence of aristocratic societies linked to *oppida* that will dominate the political landscape in the 6th century BC.

Keywords: Iron Age Urbanism; settlement patterns; architectural traditions; southern Iberia; Late Bronze Age; Iron Age; phoenician settlements.

Resumen: Este artículo profundiza en los temas de los patrones de asentamiento, la organización interna y las tradiciones arquitectónicas de las comunidades indígenas de la mitad oriental del sur de Iberia en la transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro. Los resultados apuntan tanto a la continuidad como al cambio con respecto a momentos precedentes, derivados de la influencia de la fundación de asentamientos fenicios en la región a lo largo de los siglos X-IX cal BC. Un primer aspecto a destacar entre los grupos autóctonos fue su interés por establecer un control político sobre las zonas tanto de la costa como de las principales vías de comunicación del interior. Un segundo aspecto fue la aparición tanto de aldeas rurales como de la construcción de algunos asentamientos rodeados por murallas, que contenían acrópolis con edificios de tradición arquitectónica local que coexistían con otros inspirados en tradiciones orientales. Sin embargo, la organización interna de estos asentamientos se caracteriza en su conjunto por una continuidad que hunde sus raíces en el Bronce Final. Este panorama diverso debe entenderse en términos generales en el marco de la dinámica interna de las diferentes comunidades locales, caracterizadas finalmente por la aparición de sociedades aristocráticas vinculadas a *oppida*, que dominarán el paisaje político en la región a partir del siglo VI a.C.

Palabras clave: Urbanismo de la Edad del Hierro; patrones de asentamiento; tradiciones arquitectónicas; sur de Iberia; Edad del Bronce Final; Edad del Hierro; asentamientos fenicios.

Introduction

The objective of this article is to establish the current state of research on the question of territorial organisation and autochthonous settlements at the end of the Bronze Age and outset of the Iron Age in the southeast of the Iberian Peninsula. The study area comprises a vast zone roughly stretching across the current Provinces of Almería, Granada, Jaén and Málaga with a particular focus on the coastal sectors. It is in fact this coastline that saw the contacts in the 10th-9th centuries cal BC between the local populations and Phoenicians, an interaction that is essential grasping what gave rise to the urban models of the *oppida* dominating the territory from the 6th century BC.

It must be noted that the archaeological record concerning these areas is still very limited (Suárez *et al.*

2023). Only a small number of sites have benefitted from extensive interventions that can shed more definitive light on these questions. There is, for example, little data on their internal organisation. It is for this reason that this study places greater weight on the few yielding more extensive archaeological data. Hence the elements gleaned from these sites serve to come to a generic approach to the themes of settlement patterns, spatial organisation and architectural traditions which, in turn, serve to diagnose which elements of local tradition survived and which experienced significant transformations at the beginning of the timeframe.

It is therefore fundamental to initiate this analysis by turning to absolute radiocarbon datings to specify the chronology and temporality of the historical framework marked by changes to local settlements stemming from Phoenician contacts. Unfortunately, the number

of absolute datings is limited due to a lack of data or because of poor methods. However, recent reviews of the archaeological materials from sites of this period are beginning to generate information of great value¹.

The starting point: chronological and temporal aspects of the end of the Bronze Age and the outset of the Iron Age in the SE of the Iberian Peninsula

As noted above, the very limited number of regional radiocarbon datings for this timeframe is an obstacle. The most noteworthy is the lack from the older phases of the timeframe, notably from Gatas (Turre, Almería) (Castro Martínez *et al.* 1995), Cerro de la Mora (Moraledad de Zafayona, Granada) (González *et al.* 1987) and Acinipo (Ronda, Málaga) (Aguayo *et al.* 1991). Datings for the subsequent outset of the Iron Age stem from Calle San Miguel (Guadix, Granada) (Carrasco *et al.* 2002), Plaza de San Pablo (Málaga) (Arancibia and Fernández, 2012) and Los Castillejos de Alcorrín (Manilva, Málaga) (Marzoli *et al.* 2010). To this group can be added the unpublished datings from Cerro de la Era (Benalmádena, Málaga) (Suárez and Cisneros 1999) and Plaza del Pilar Alto (Cártama, Málaga) (Melero 2022), as well as those from La Rebanadilla (Málaga) (Sánchez *et al.* 2011; Marzoli *et al.* 2016; Pérez-Jordá *et al.* 2021) and Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga) (Pingel 2006) which apply to the first Phoenician settlements.

Furthermore, many of the analyses of these sites were carried out on charcoals devoid of anthracological identifications, which potentially could lead to imprecisions linked to the 'old wood' effect. Also those carried out on bone were not accompanied by isotopic data allowing the sample to be properly evaluated. To complicate things further, many of the older datings preceded the AMS technique thus often yielding statistical deviations of more than 50 years and at times of up to 90-100 years. An even more extreme example not retained in this study is from Acinipo with a deviation of 180 years. The recent datings from Cerro de la Era and Plaza Alta de Cártama, in turn, offer deviations of only 30 years which are considered standard by current laboratories. In any case, the state of radiocarbon datings is a general and systematic problem in the Iberian Peninsula and the dated samples from this period requires future review.

The datings concerning this timeframe are listed in Table 1. Certain predating the outset of the Iron Age were incorporated in order to determine the starting point of the sites that will be discussed in the following paragraphs. All were calibrated with Oxcal 4.4.4 (Bronk

Ramsey 1994; 1995; 1998; 2001; 2008) resorting to the latest Intcal20 calibration curve (Reimer *et al.* 2020). Calibrated ranges and the endpoints were rounded out by 10 years when the error was greater than or equal to 25 years and by 5 years when the error was less than 25 years (Stuiver and Polach 1977; Millard 2014).

The analyses of the samples from Gatas, Cerro de la Mora and Acinipo yielded dates starting from the end of the 2nd millennium cal BC. It is noteworthy however that the set suffers from high statistical deviation and falls into the plateau of the radiocarbon calibration curve.

The chronological ranges and timeframes of the autochthonous settlements from the outset of the Iron Age are from radiocarbon datings from the sites of Calle San Miguel, Plaza de San Pablo, Los Castillejos de Alcorrín, La Era, and Plaza del Pilar Alto. The two unpublished cases from Cerro de la Era were carried out on short-lived samples, notably seeds from stratigraphical unit 2.38. Both fall into Phase I which corresponds to a horizon associated with the site's founding which served as the base of a dwelling (Figure 1).

The first (Beta-632729 - 2710±30) is a seed of a legume which calibrated at 68% probability falls between 900-815 BC, and at 95% between 910-805 BC. The second (Beta-632730 - 2670±30) is a seed of *Triticum* sp. which at 68% ranges from 890-800 cal BC and at 95% ranges between 900-795 cal BC. This thus places the stratum clearly in the 9th century cal BC. The sample from Plaza del Pilar Alto (Beta-656739 - 2580±30) in turn, is associated with the oldest levels of the sequence (Sector 1, stratigraphical unit 36) linked to the remains of an elliptical dwelling (Melero 2022: 191-192). It corresponds to a bone of a *Sus* sp., which at 68% ranges from 800-770 cal BC and at 95% between 810-575 cal BC (760 BC average).

All these exposed ranges were contrasted with those of the Phoenician sites of La Rebanadilla and Morro de Mezquitilla.

To analyse the different contexts, this study resorted to both the Sum (SUM) and the Kernel Density Estimation (KDE) analyses (Bronk Ramsey, 2017). In the case of SUM, it is necessary to take into consideration possible accumulations of uncertainty that occur in samples with high deviations or affected by fluctuations and plateaus of the calibration curve. The analyses were initially carried out for the entire set prior to focusing on those with a standard deviation of 50 years or less.

The plotting of the radiocarbon analyses (Figures 2-3) clearly signal that the indigenous settlements are contemporary to the archaic phases of the Phoenicians

¹ This article forms part of the R+D+I Project (UMA20-FEDERJA-149) entitled *La 'Historia Oculta' en los fondos de los Museos: una aproximación arqueológica interdisciplinaria a los orígenes de la ciudad de Málaga desde época Prehistórica a la llegada de los fenicios (Siglos XXII al VII A.C.)*, 2021-2023.

Table 1. Listing of the radiocarbon datings serving for this study. Calibrated with Oxcal 4.4 and the Intcal20 curve.

Site	IDLab.	¹⁴ C age (BP)	Cal BC 1σ (68%)	Cal BC 2σ (95%)	μ	σ	m	d13C	d15N	%wtC	%wtN	C:N	References
Acinipo	I-15464	2770±90	1010-820	1200-790	955	105	940						Aguayo et al. 1991
Acinipo	I-15463	2650±90	930-595	1045-515	800	125	820						Aguayo et al. 1991
Cartama	Beta-656739	2580±30	800-770	810-575	760	60	785	-19,8	7,7	42,9	14,2	3,5	Unpubliseh
Cerro de la Era	Beta-632729	2710±30	900-815	910-805	860	30	860	-20,5					Unpubliseh
Cerro de la Era	Beta-632730	2670±30	890-800	900-795	835	30	825	-24,3					Unpubliseh
Cerro de la Mora	UGRA-235	2740±90	985-810	1190-770	925	100	910						González et al. 1987
Cerro de la Mora	UGRA-232	2670±90	970-770	1055-540	835	120	845						González et al. 1987
Cerro de la Mora	UGRA-231	2670±100	985-765	1110-540	830	135	840						González et al. 1987
Gatas	OxA-2859	2790±70	1015-835	1155-805	960	90	950	-21,8					Castro et al. 1995
Gatas	OxA-2858	2690±70	910-800	1045-760	865	70	860						Castro et al. 1995
Guadix (Calle San Miguel)	UGRA 516	2750±60	970-820	1045-800	910	65	900						Carrasco et al. 2002
Guadix (Calle San Miguel)	UGRA 515	2620±90	905-570	985-425	745	130	780						Carrasco et al. 2002
La Rebanadilla	Beta-264171	2800±40	1005-905	1050-830	950	55	955	-25,9	-	-	-	-	Sánchez et al. 2011
La Rebanadilla	MAMS-23744	2793±38	1005-905	1045-835	945	55	945	-31,7	-	19,6		3,3	Marzoli, et al. 2016
La Rebanadilla	Beta-264170	2780±40	985-845	1040-825	930	55	925	-25,0	-	-	-	-	Sánchez et al. 2011
La Rebanadilla	Beta-264173	2710±40	900-815	930-800	865	40	860	-23,4	-	-	-	-	Sánchez et al. 2011
La Rebanadilla	Beta-485543	2670±30	890-800	900-795	835	30	825	-	-	-	-	-	Pérez-Jordá, et al. 2021
La Rebanadilla	Beta-264172	2650±40	890-790	900-780	825	35	815	-22,8	-	-	-	-	Sánchez et al. 2011
Los Castillejos de Alcorrín	Erl-11550	2711±42	900-815	970-800	865	40	865						Marzoli, et al. 2006
Los Castillejos de Alcorrín	Erl-11552	2684±42	895-805	915-795	850	35	845						Marzoli, et al. 2006
Los Castillejos de Alcorrín	Erl-11560	2676±42	895-800	910-790	845	35	835						Marzoli, et al. 2006
Los Castillejos de Alcorrín	Erl-11553	2674±43	895-800	910-790	845	35	835						Marzoli, et al. 2006
Los Castillejos de Alcorrín	Erl-11562	2635±42	825-780	900-770	810	40	805						Marzoli, et al. 2006
Los Castillejos de Alcorrín	Erl-11556	2627±41	820-780	900-760	805	45	800						Marzoli, et al. 2006
Los Castillejos de Alcorrín	Erl-11555	2601±45	820-760	895-550	760	75	785						Marzoli, et al. 2006
Morro de Mezquitilla	B-4178	2750±50	965-825	1005-810	900	55	895						Pingel, 2006
Plaza de San Pablo	Ua-23136	2785±45	1005-850	1050-825	935	60	935						Arancibia & Fernández 2012

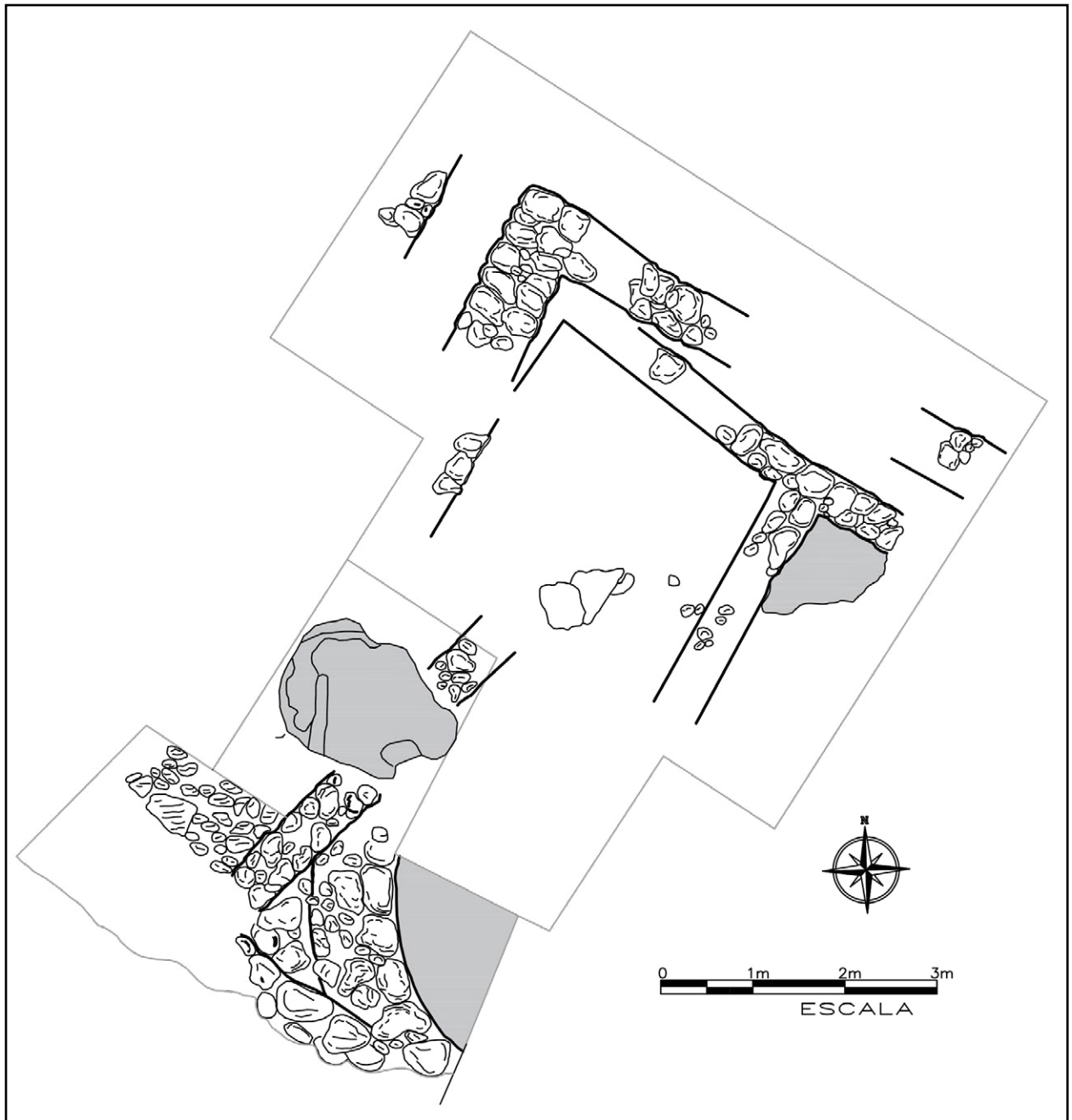


Figure 1. Area 2 of the settlement of Cerro de la Era (Benalmádena, Málaga) revealing what appears to be an ellipsoidal or circular dwelling raised on the foundation level of the 9th century cal BC settlement.

occupations (La Rebanadilla and Morro de Mezquitilla, in blue), all yielding chronological ranges centred on the 10th-9th centuries cal BC and extending until the outset of the following century.

Furthermore, each of the two Figures demonstrate that dating I-15464 from Acinipo stretches over the first two centuries of the 1st millennium cal BC. A similar situation applies to UGRA-235 of Cerro de la Mora, which like that of Gatas (OxA-2859), reveals a high deviation. However, other sites such as Plaza de San Pablo (Ua-23136) are fully framed within the 10th century cal BC

and compatible with both Beta-264171, MAMS-23744 and Beta-264170 of Rebanadilla and B-4178 of Morro de Mezquitilla in spite that the dating of the second site is more doubtful due to its high deviation.

The 9th century cal BC is represented first of all by the dating from the site of Acinipo that although suffering from high deviation, aligns well into this century. Clearer in this sense are Beta-632729 and Beta-632730 of Cerro de la Era that fall in the 9th century cal BC and those corresponding to the end of this century from Los Castillejos de Alcorrín (Erl-11550, Erl-11552, Erl-

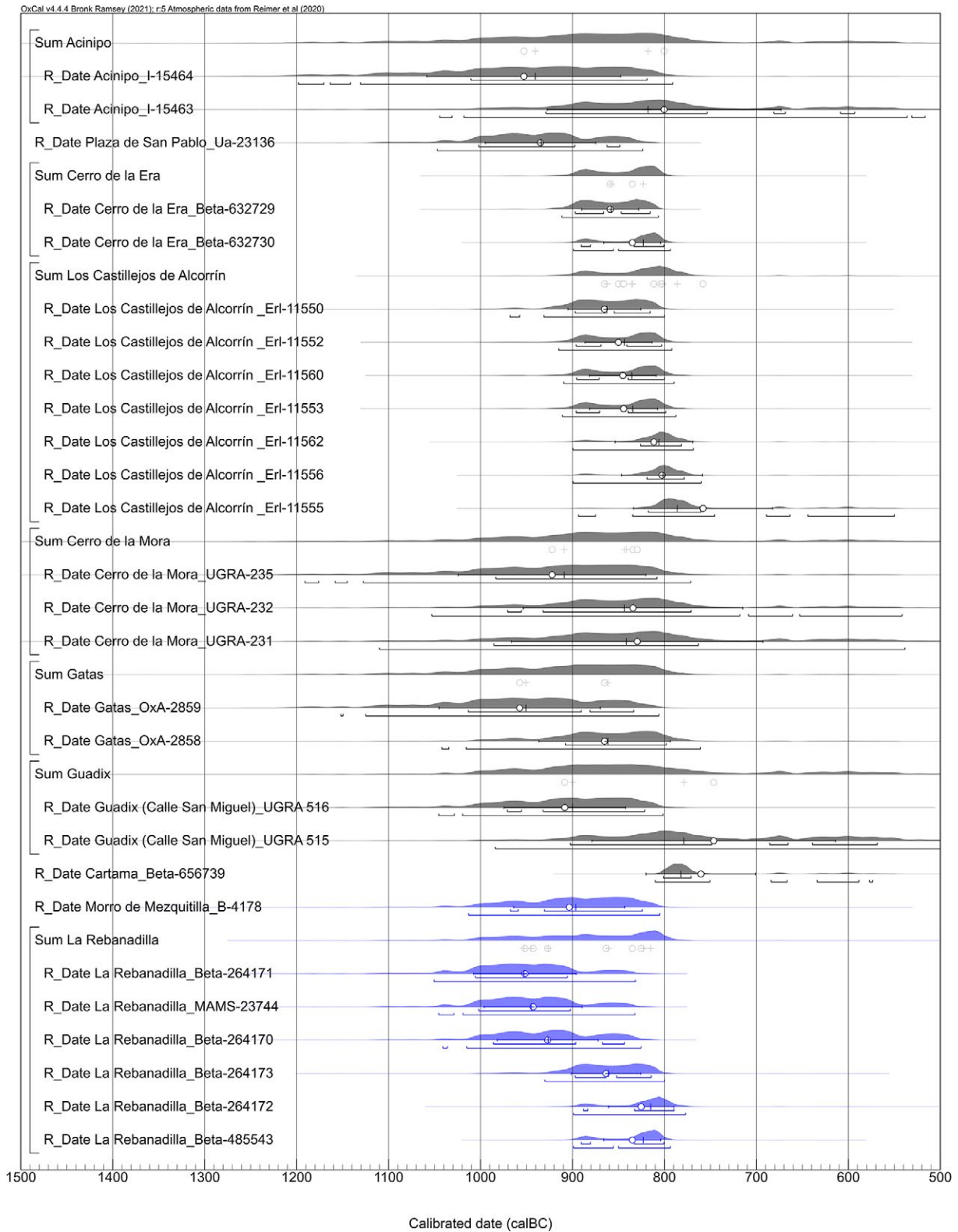


Figure 2. SUM analysis of the radiocarbon dates of the sites cited in the study.

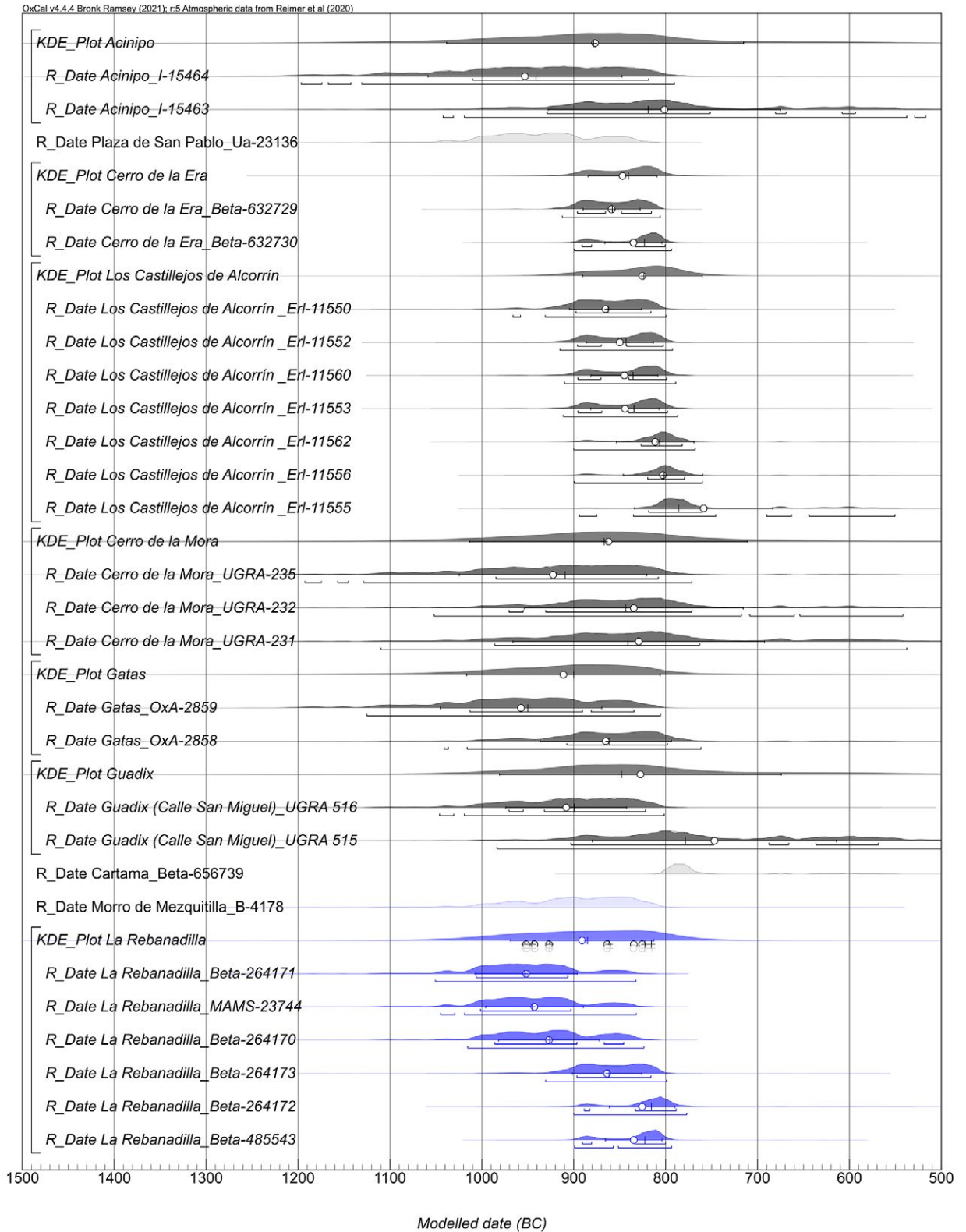


Figure 3. KDE analysis of the radiocarbon datings of the sites cited in the study.

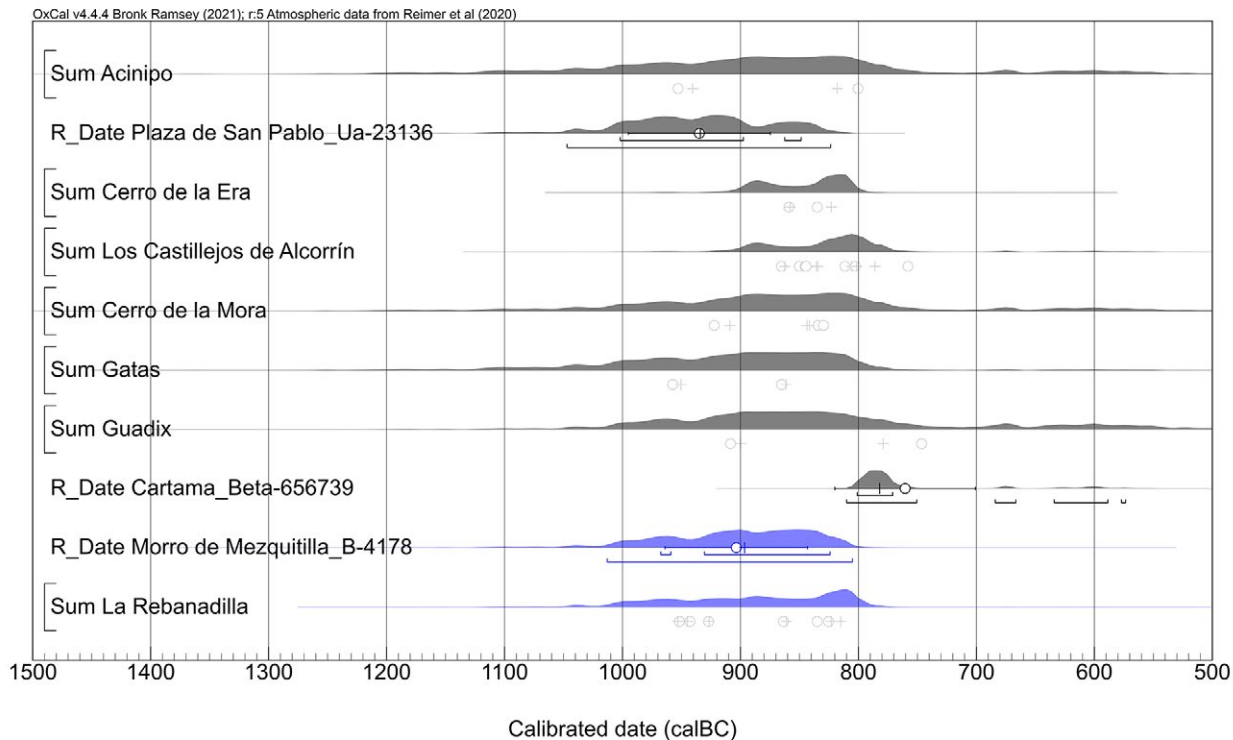


Figure 4. SUM analysis comparing the radiocarbon dates of the autochthonous sites with those of the initial regional Phoenician settlements.

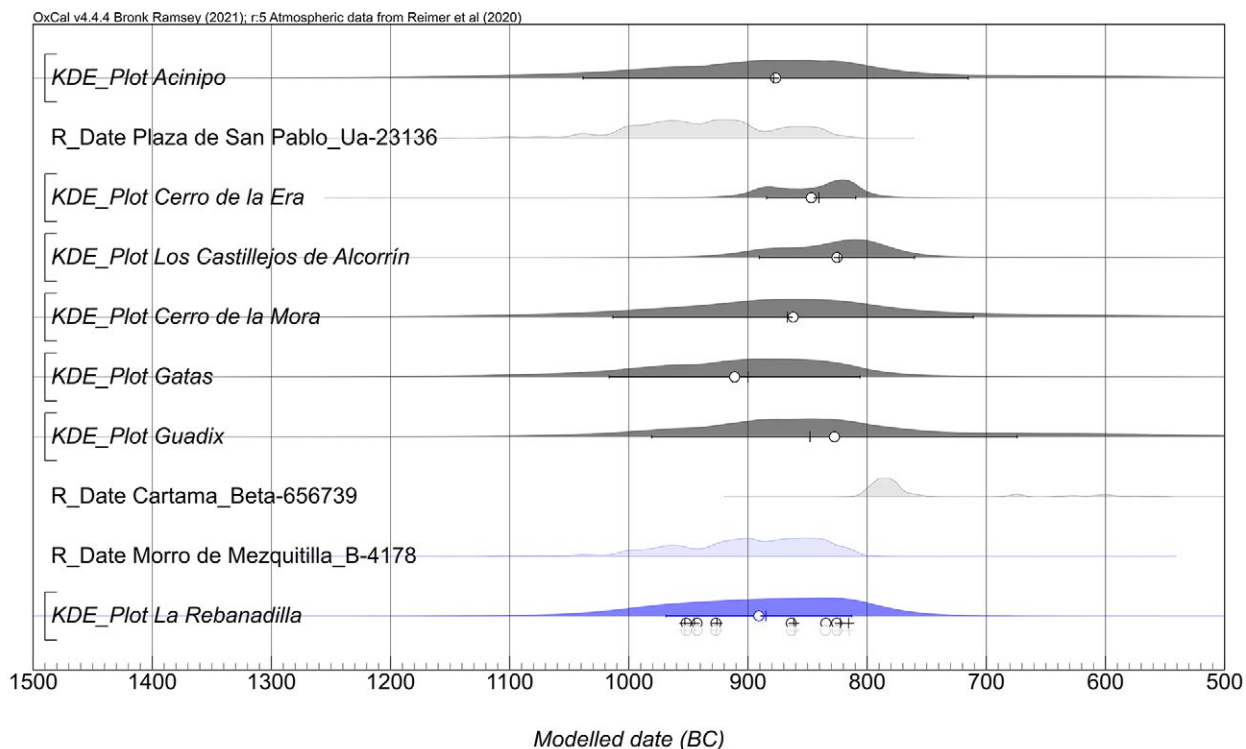


Figure 5. KDE analysis comparing the radiocarbon dates of the autochthonous sites with those of the initial regional Phoenician settlements.

11560, Erl-11553, Erl-11562, Erl-11556 and Erl-11555). These are likewise in line with the datings of Cerro de la Mora (UGRA-232 and UGRA-231) and Gatas (OxA-2858), also fully compatible with the 9th century BC. Finally, the dating from Cártama (Beta-656739) from the 8th century cal BC is somewhat more recent than the others.

The plotting of the radiocarbon analyses by settlement (Figures 4-5) thus delimits their temporal relationships. Finally, following the chronometric hygiene guidelines, this study focused exclusively on samples with a statistical deviation of 50 years or less (Figures 6-7).

Hence those worth highlighting corresponding to the outset of the Iron Age those from the sites of Cerro de la Era and Los Castillejos de Alcorrín. Moreover, those from Los Castillejos, subjected to a rigorous choice and characterisation protocol, clearly concentrate between the 10th and especially the 9th centuries BC.

They in general terms evince that the indigenous sites of the first centuries of the 1st millennium cal BC were contemporary to the first Phoenician settlements. It must nonetheless be noted that this chronological framework remains imprecise and conditioned excessively by samples that today lack sufficient quality to be compared with the findings of conventional pottery research. It is worth highlighting that the findings of these analyses begin to adjust when recently processed, well-characterised dates are available. Thus gaining significant results requires initiating future projects aimed at increasing the number of quality radiocarbon dating and expand the sampling to a larger number of sites.

Settlement patterns, spatial organisation and architectural traditions during the Late Bronze Age prior to the advent of Phoenicians in the region

Regional settlements occupied since the Late Bronze Age promontories, geographical features offering good visibility. They at times overlapped with older Argaric sites as is the case of Cuesta del Negro (Purullena, Granada) (Molina and Pareja 1975), Rincón de Olvera (Jaén) (Carrasco *et al.* 1986: 369) and Phase V of Fuente Álamo (Cuevas del Almanzora, Almería) (Schubart *et al.* 2000: 187).

This settlement pattern is proposed for Late Bronze Age sites of the region prior to the arrival of the Phoenicians (Mederos 2008: 41 and 73). Sites here include sites such as Gatas (Castro *et al.* 1990), Cerro del Real (Galera, Granada) (Pellicer and Schüle 1962), Cerro de la Mora (Carrasco *et al.* 1981), Cerro de la Encina (Monachil, Granada) (Arribas *et al.* 1974; Aranda and Molina 2005), Cerro de los Cabezuelos (Úbeda, Jaén) (Contreras 1982), Cerro de Capellanía (Periana, Málaga) (Martín 1993-94),

Acinipo (Aguayo, 1997: 25) and Llano de la Virgen (Coín, Málaga) (Fernández Ruiz *et al.* 1987) that by and large are not common on the coastline. The only Late Bronze Age regional coastline site is that near Salobreña (Granada) on an islet near the mouth of the Guadalfeo River (García 2000: 242). Its highly strategic, and possibly symbolic, position was potentially intended to establish occasional contacts with the Mediterranean navigators frequenting the Iberian Peninsula throughout the end of the 2nd millennium BC (Ruiz-Gálvez 2013: 272).

In spite of the lack of extensive excavations from this period in the study area, domestic dwellings (known as *cabañas*) have been brought to light characterised by a certain architectural unity. They are dispersed throughout the slopes of settlements and certain are flanked by features that could have served to store foodstuffs.

The floor plans of these Late Bronze Age dwellings were most often ellipsoidal, attaining at times considerable dimensions as their main axis can exceed 10 m in length. Their walls were generally made of earth raised on stone foundations. The blocks serving for their foundations were arranged either in horizontal overlapping rows or sunk vertically into the ground. The first tradition (overlapping rows) is evidenced by the dwellings at Cerro de la Encina (Aranda and Molina 2005: 178) and Cerro de la Mora (Carrasco *et al.* 1981: 310). There is possibly also a single case among Phase VII at Capellanía (Martín 1993-94: 6). The second tradition resorting to vertical slabs is best exemplified at Cerro de los Cabezuelos (Contreras 1982: 310). It is noteworthy that the ubiquity of this building technique throughout the east and southeast of the peninsula during the Late Bronze Age and Early Iron Age led González Prats to define it as the 'Úbeda-Alboloduy-Totana type' (González 2001:174).

Apart from these constructions on solid stone bases, were buildings raised with a frame of logs and earth. This is the case of a house at Gatas (Castro *et al.* 1990: 231). Adobe constructions are also known at Cerro del Real (Pellicer and Schüle 1962: 9) and Cerro de la Encina (Arribas *et al.* 1974: 140). The dwellings at Cerro de los Cabezuelos featured posts to brace their roofs (Contreras 1982: 314). 'Building B' at this site also reveals how their entrances were arranged at one of their ends (Contreras 1982: 312). These features, however, show no evidence of porches. Their interior space appears to be open although mud partitions at the Cerro de los Cabezuelos (Contreras 1982: 314) and Cerro del Real (Pellicer and Schüle 1962: 8) signal internal compartmentalisation. This last site also yielded evidence of long earth benches (Pellicer and Schüle 1962: 8). Hearths, positioned especially in the centre based on observations at Cerro del Real (Pellicer and Schüle 1962: 8) were also common. The site of

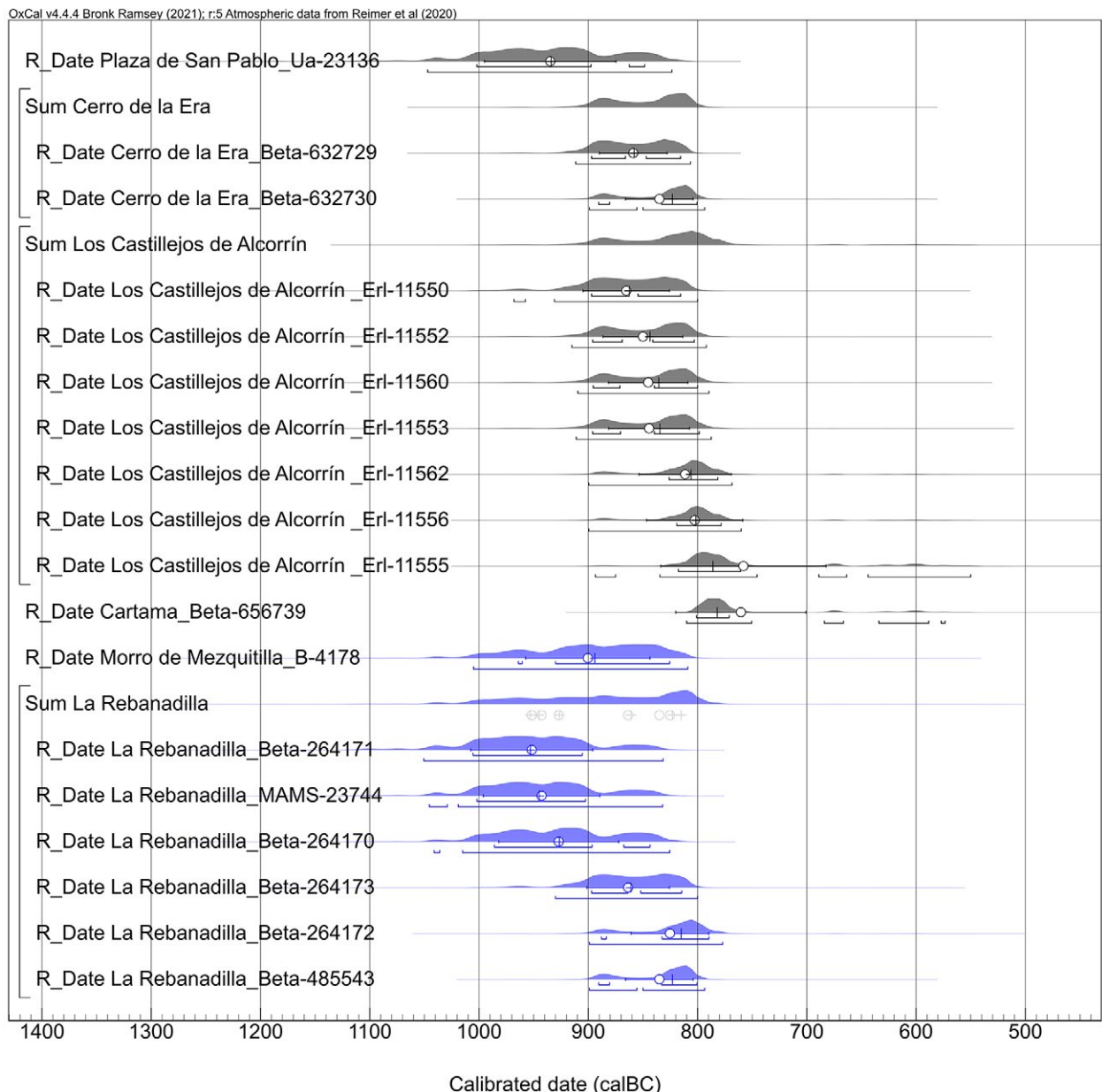


Figure 6. SUM analysis limited exclusively to the radiocarbon datings of the sites with a deviation of less than or equal to 50 years.

Cerro de la Encina also reveals that interior walls could be decorated with incised geometric motifs (Arribas *et al.* 1974: 140). Moreover, the walls of House A at Los Cabezuelos reveal only signs of repeated whitewashing (Contreras 1982: 311-314).

Settlement patterns, internal organisation and architectural models at the outset of the Iron Age

The founding of colonial settlements in the south of the Iberian Peninsula inspired by eastern and central Mediterranean tradition paved the way for the outset of the Iron Age in the region (Figure 8). As noted

above, in terms of radiocarbon datings, the timeframe corresponds to the 10th-9th centuries BC, whereas conventional pottery research suggest the second half of the 9th or the beginning of the 8th century BC (Suárez *et al.* 2021).

This period is characterised by the continuity of occupation of Late Bronze Age hilltop sites that afforded broad visibility and natural defences (e.g., Gatas, Cerro de la Mora and Acinipo). Worth highlighting in the last case is the construction of new buildings within the settlement itself in spaces previously dedicated to farmland.

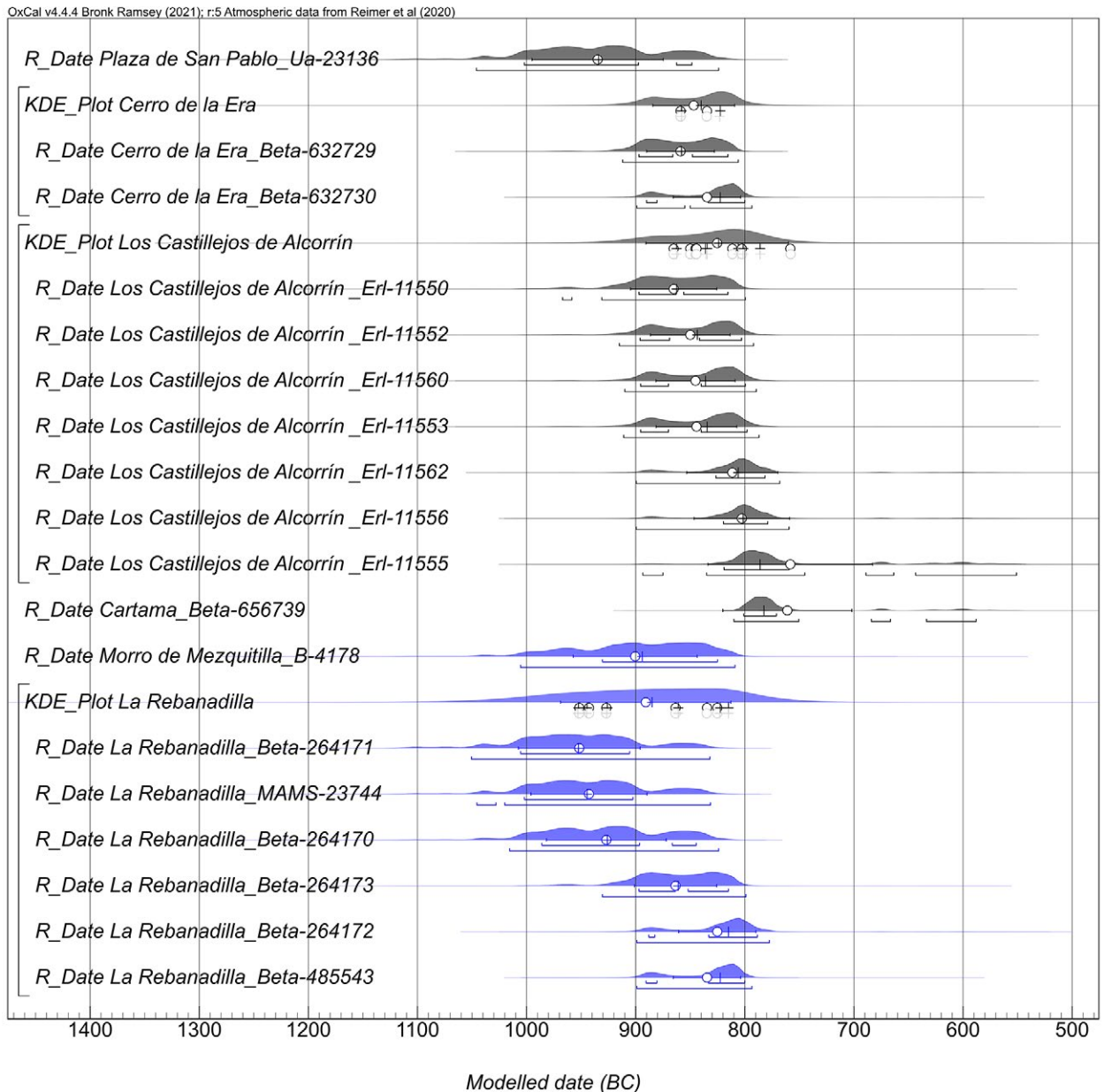


Figure 7. KDE analysis limited exclusively to the radiocarbon datings of the sites with a deviation of less than or equal to 50 years.

The regional occupation of the territory also saw the founding of indigenous settlements along the perimeters of deltas or estuaries. Some of the dwellings of sites such as San Pablo, on the right bank of the Guadalmedina palaeoestuary (Fernández *et al.* 2001; Melero 2009), and Montilla (San Enrique de Guadiaro, Cádiz) (Schubart 1987) on the left bank of the mouth of the Guadiaro River, were raised with perishable materials.

The spread of larger settlements aimed at the strategic control of communication routes serving the interior took place in the later stages of the 9th century cal BC, notably Los Castillejos de Alcorrín, Plaza del Pilar Alto

de Cártama, and Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería). The 8th century BC then saw a coexistence of these more prominent territorial sites with new settlements in the plains (located closer to fertile lands) centred on agriculture and raising livestock (García 2007: 401). A good example is Huertas de Peñarrubia (Campillos, Málaga) (García 1994 and 2007: 227-236; Medianero *et al.* 2002: 379).

Peñón de la Reina is the site that offers data on the internal organisation of these larger settlements. Despite old explorations from the 1980s, it is still one of the better known sites. With a surface of barely a half a hectare, it was delimited by a wall potentially

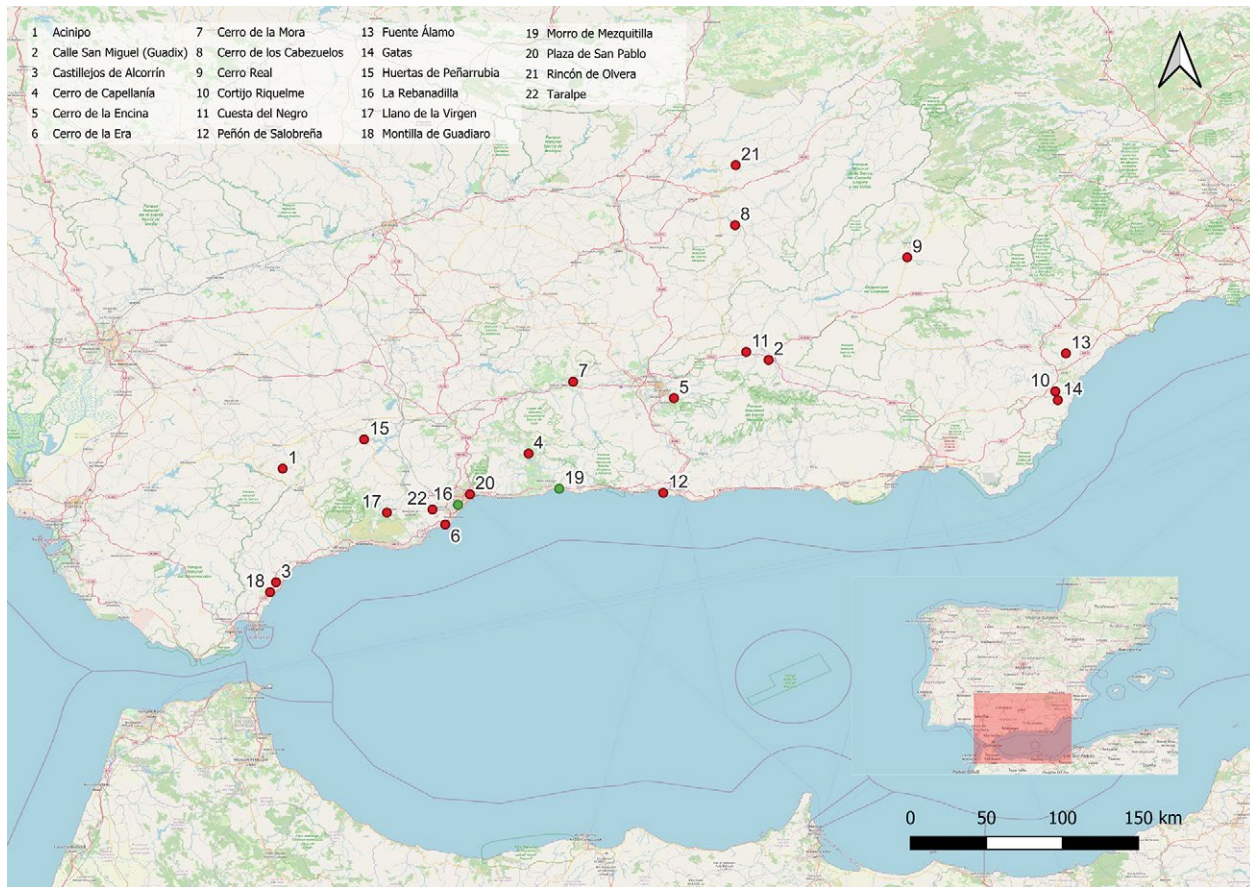


Figure 8. Map of the southeast of the Iberian Peninsula with the position of the main settlements dating to the outset of the Iron Age cited in the text.

dating back to Argaric times. Of the at least 23 buildings emerging on the surface, only a few were excavated. It is clear that even if their layout followed no specific order, pre-established orientation or distance, they did adjust to the local orography (Martínez and Botella 1980) (Figure 9).

Los Castillejos de Alcorrín from the end of the 9th century BC stands out as a site enclosed by massive walls dotted by intermittent bastions along one of its fronts and preceded by monumental ditches. It also comprised an interior wall delimiting its upper area, potentially an acropolis, revealing singular, dispersed buildings of both local and Phoenician architectural tradition (Marzoli *et al.* 2010) (Figure 10).

The simplest construction techniques were applied to small dwellings at sites such as San Pablo or Montilla raised near the new coastal Phoenician settlements. The remains of these buildings probably consisting of earthen walls and spaces slightly sunk into the natural substrate containing combustion structures and ceramic vessels.

Most of the sites at this time are characterised by ellipsoidal dwellings of Late Bronze architectural tradition. Peñón de la Reina continues to be key to observe these types of features (Figure 11). Here the longitudinal axes of its larger houses are approximately 9 m in length while ranging in width from 3.50 to 4 m. They coexist with other smaller models approximately 6 x 4 m. They were raised on stone bases, most often sunk vertically into the substrate and at times show signs of internal compartmentalisation. They also contain traces of the interior roof posts, beaten earth floors and, at times, long benches.

The emerging rural villages were dominated by ellipsoidal or circular dwellings resting on stone foundations. The site of Peñarubia reveals smaller domestic modules (with major axes ranging from 4 to 2 m) than those of the larger settlements (García 2007: 225-236) (Figure 12).

One of the novelties of this period is the presence of circular houses. Among the better recorded are those of Acinipo (Aguayo *et al.* 1986: 43) (Figure 13). Of interest

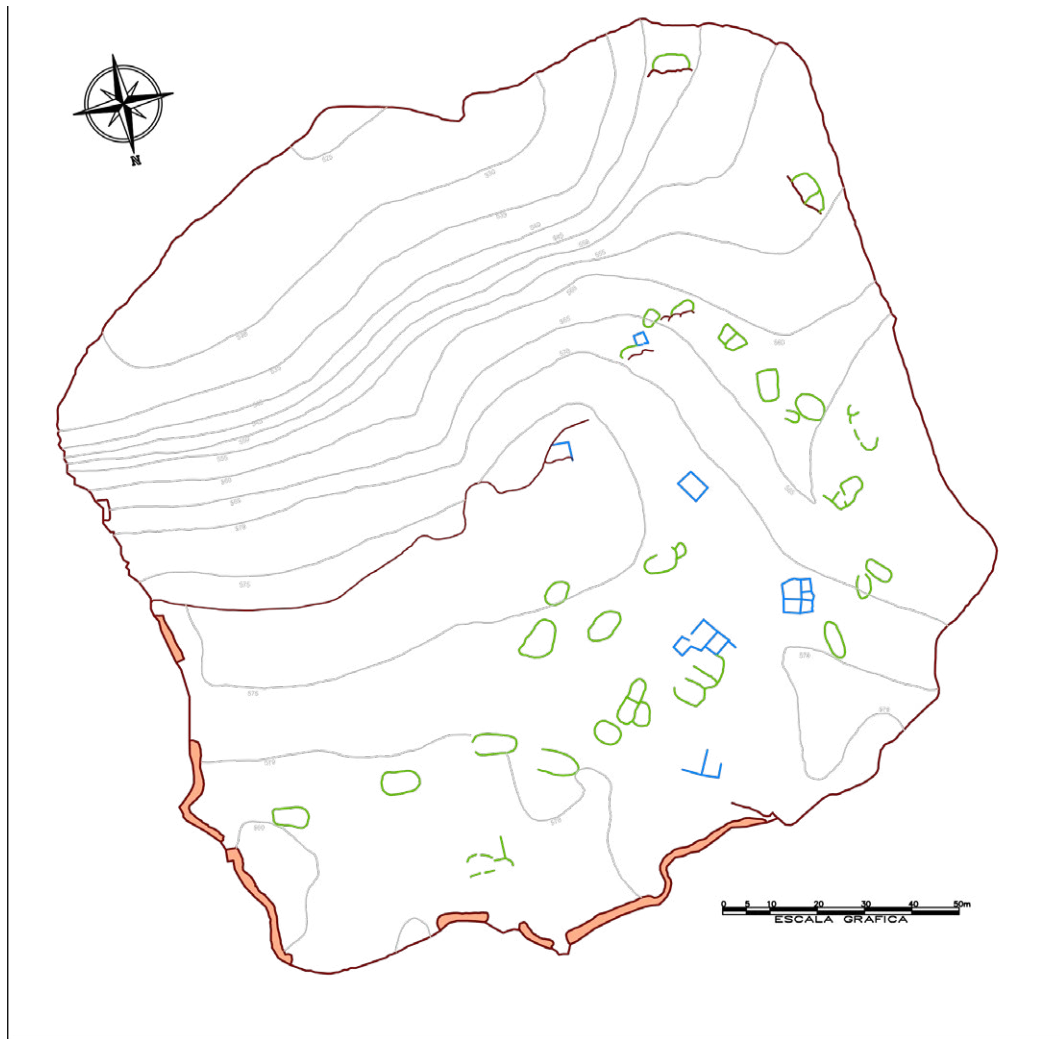


Figure 9. Plan of the settlement of Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería) (by authors from Martínez and Botella, 1980).

is the proposal that the early builders resorted to the 'Ezekiel cubit' module (0.52 m) of Phoenician tradition (Becerra 2023: 213) as gleaned in Iberia's southwestern sector at the site of Castro dos Ratinhos (Moura, Portugal). These buildings also featured trapezoidal porches with stone pavings (Aguayo *et al.* 1986: 45). This type of entrance is reminiscent, as will be noted below, of those of Los Castillejos de Alcorrín, although here they are of seashells in front of buildings of Phoenician architectural tradition (Marzoli *et al.* 2010: 163). What appear to be hearths are recorded inside houses at Acinipo, although it has been proposed that they in reality served to deposit embers (Aguayo *et al.* 1986: 43-44). Common to these features, most often circular, was the presence of potsherd pavings intended to insulate them from moisture and allow a better combustion.

Apart from ellipsoidal or circular houses are particular cases such as that of Acinipo characterised by

rectangular yet rounded corner floor plans (Aguayo *et al.* 1986: 39).

Pits of various dimensions, shape and depth sunk into the subsoil are also recorded in certain of these new sites. They occupy the gentle hillside slopes or the plain at the sites of Cortijo Riquelme (Turre-Los Gallardos, Almería) (López *et al.* 2020), San Pablo (Fernández *et al.* 2001) and Taralpe (Alhaurín de la Torre, Málaga) (Santamaría *et al.* 2012). Noteworthy is one of the oldest at the Phoenician site of La Rebanadilla (Phase IV) that is interpreted to contain the remains of ceremonial banquets associated with a sanctuary (Sánchez *et al.* 2020:192-193).

These structures, traditionally interpreted as the bases of dwellings, are common to the southwest of the peninsula (Delgado 2005). This interpretation has nonetheless been questioned (Escacena 2010: 136;

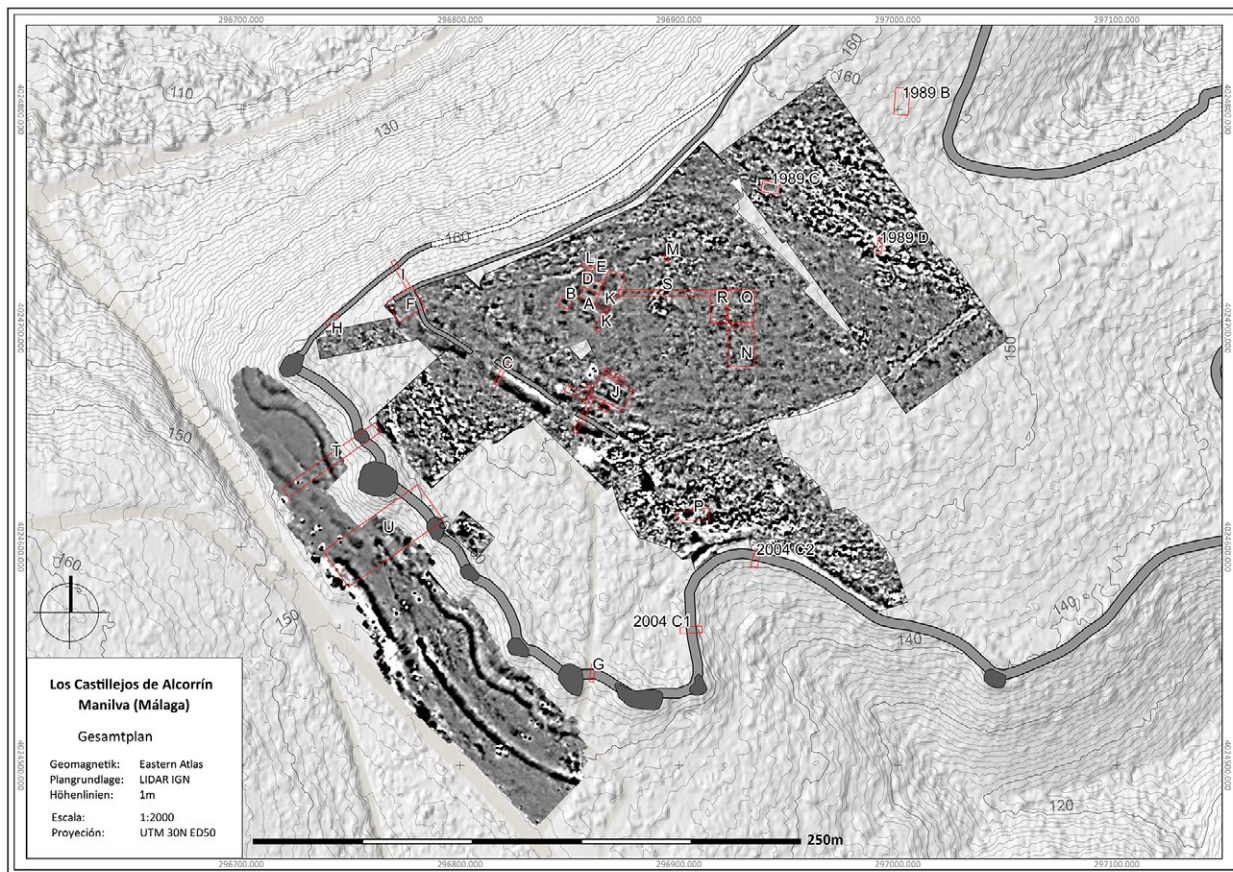


Figure 10. Geophysical survey of the site of Los Castillejos de Alcorrín (Manilva, Málaga). The features include a walled enclosure with bastions and the area of the acropolis with buildings of Phoenician architectural tradition. @ DAI-Madrid. Geomagnetic survey: Eastern Atlas, Berlin.

Suárez and Márquez 2014; López *et al.* 2020) as their fills, unlike those of the dwellings with stone foundations or earth walls, are characterised by a significant number of objects of various type including faunal remains, metal slag and, in particular, potsherds of handmade vessels of either Late Bronze tradition and wheel-thrown ware from Phoenician workshops. Among the latter stand out containers and tableware related to wine consumption. At Cortijo Riquelme they are interpreted as successive depositions of diverse materials serving to seal or cover actions of high social value, in particular, traces of commensal practices (López *et al.* 2020: 258).

However, the greatest novelty at this time is the construction of complex isolated buildings, raised with rectilinear walls enclosing several rooms that are clearly of oriental tradition. Those with highlighting are surface finds that coexists with indigenous dwellings at Peñón de la Reina. These also are represented by Buildings A and B of Los Castillejos de Alcorrín, which one must recall, share space with the acropolis and with other indigenous buildings of ellipsoidal floorplan (Marzoli *et al.* 2020a: 333-337). These have several rooms

and at least two phases of construction. They also were raised on local stone foundations with well squared walls. Building A reveals a large trapezoidal porch consisting of seashells before its entrance that appears presumably to be an access patio to two rear rooms, some of which appear to contain hearths (Figure 14). Their floorplan is reminiscent of other contemporary buildings interpreted as sanctuaries (Carambolo V, MN23 of Castro dos Ratinhos, and another from phase III of Rebanadilla) (Marzoli *et al.* 2020b: 274). This feature was later expanded by adding new rooms with hearths, long benches and new exterior seashell pavings.

Building B marked by two construction phases is the most original and difficult to interpret. Its dimensions are similar to that of Building A. Moreover, it comprises three rectangular rooms of comparable dimensions, one of which reveals a shell paving preceding its access. The property became more complex and expanded in a second phase by building a large exterior trapezoidal shell floor. This phase saw the construction of a rear space parallel to the neighbouring interior wall with small pits containing ceramic vessels, potentially

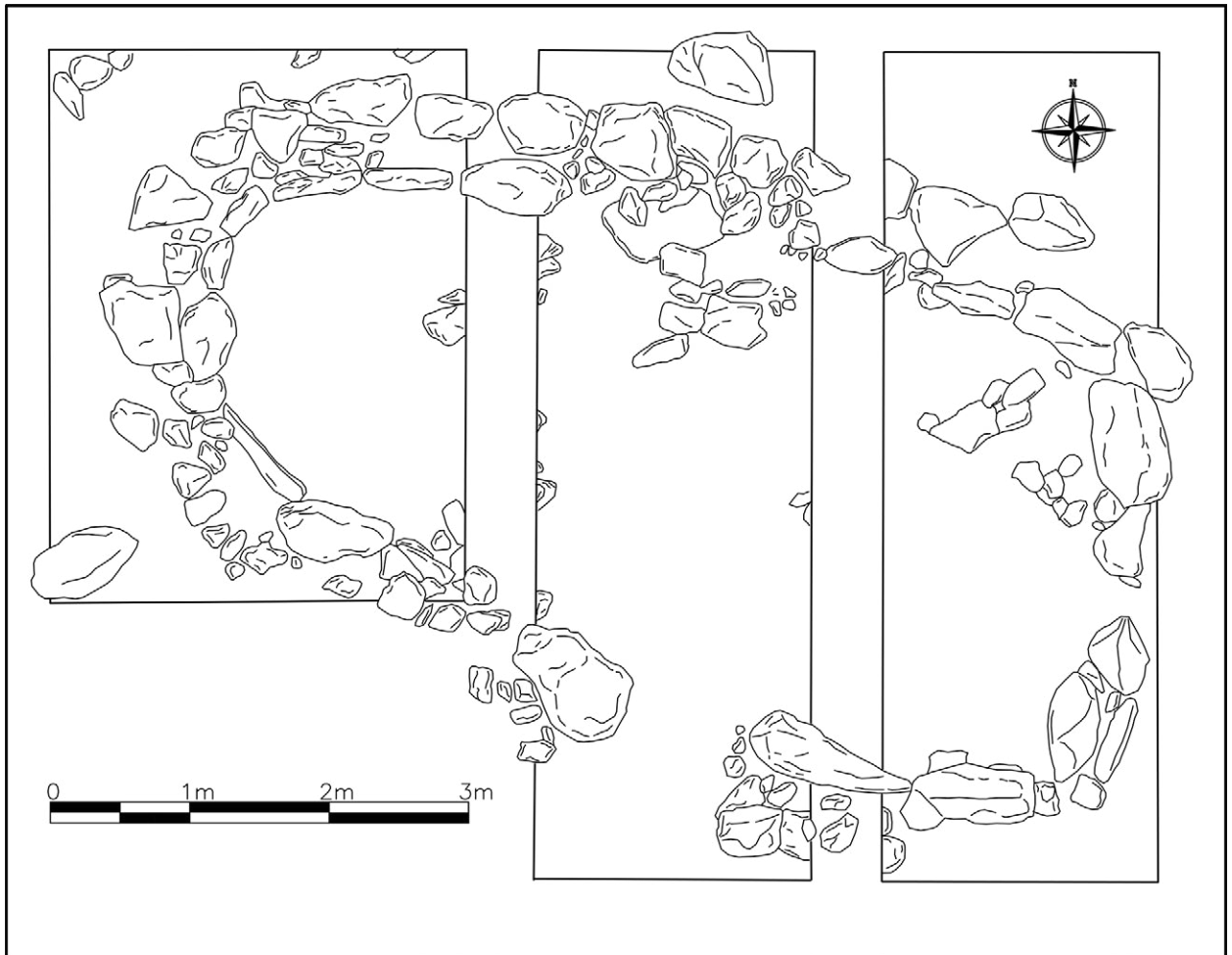


Figure 11. Ellipsoidal-shaped dwelling of Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería) (by authors from Martínez and Botella, 1980).

remnants of banquets and wine consumption (Marzoli *et al.* 2020a: 340).

The presence of these features is of particular interest in interpreting the relationships between the local and coastal Phoenician communities. There is the possibility that certain possessed religious character functioning to stage meetings with foreign colonists. The nature of the buildings and their architecture leads to speculate on the presence of settlers coexisting since their arrival with the local population. These types of buildings in southwestern Iberia, notably those of Carambolo emulating foreign architecture, could have been the residences of the local elite thus serving to promote their prestige (Delgado 2005: 592).

Conclusions

Despite the limited archaeological record, it is possible to argue that the local societies of the eastern half of southern Iberia at the outset of the Iron Age (dated by radiocarbon analyses to between the 10th-9th centuries cal BC and by conventional methods to the second

half of the 9th century BC) in many aspects offer clear evidence of continuity with respect to the Late Bronze Age. Yet the record simultaneously reveals significant changes deriving from their coexistence with Phoenician settlements implanted along the coastline. This situation yielded regional particularities resulting from the diversity of local responses themselves and their management over time. This is proven by the combination of complex urban (acropolis, local and Phoenician buildings) and defensive (towers and ditches) features at the site of Los Castillejos de Alcorrín, which despite these elements barely endured more than a century.

One of the first aspects to assess this question involves changes of settlement patterns. There is in fact evidence dating to the first centuries of the 1st millennium cal BC of an interest throughout various regional sectors to found them in proximity of archaic Phoenician sites on the coast. This would lead shortly after to an interest in gaining a strategic control of the area, a phenomenon that has been labelled the 'Alcorrín effect' (Suárez and Gomes 2023).

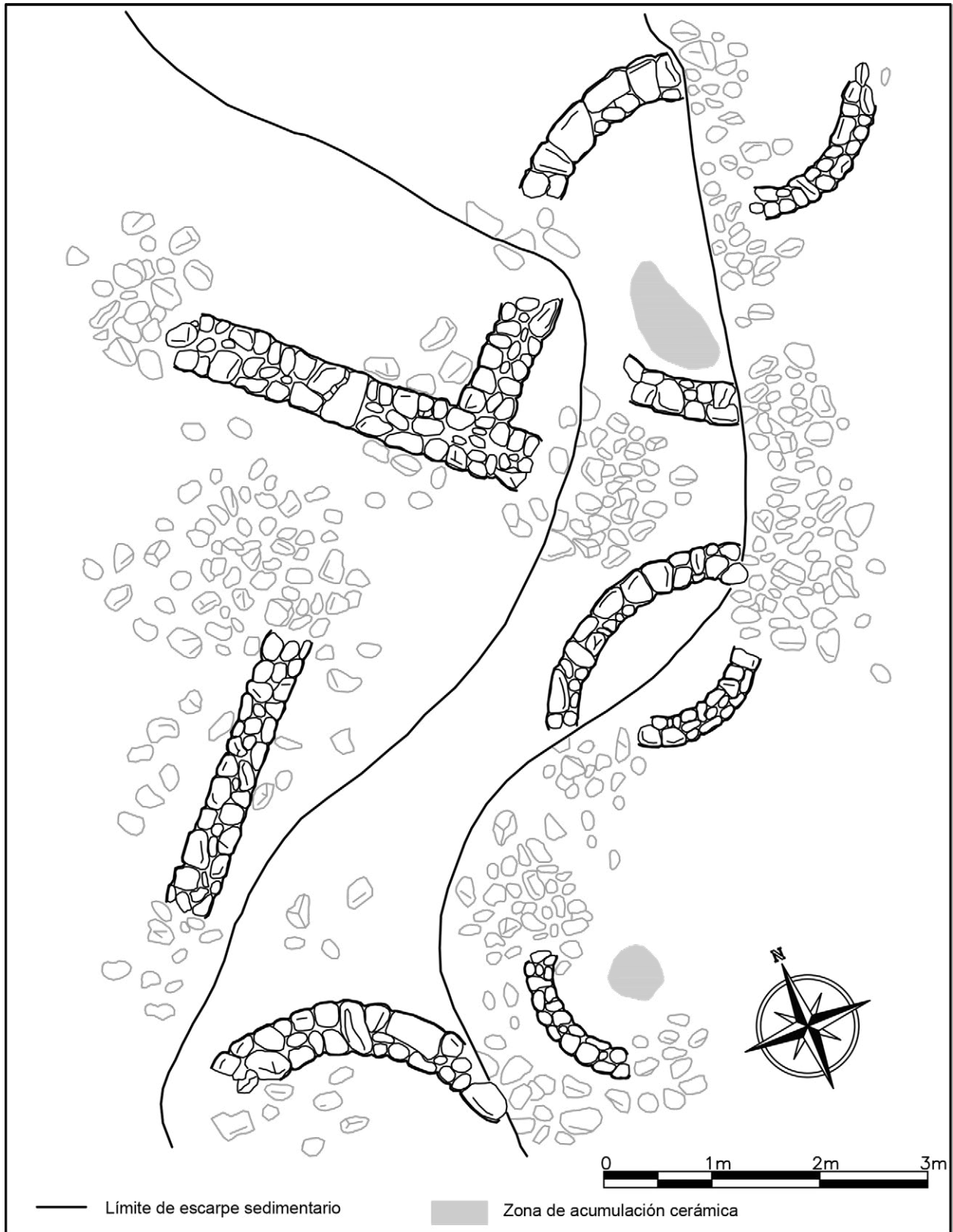


Figure 12. Traces of small circular or ellipsoidal dwellings forming part the rural settlement of Huertas de Peñarrubia (Campillos, Málaga) (by authors from García Alfonso 2007).



Figure 13. Different types of dwellings from the settlement of Acinipo (Ronda, Málaga) (by authors from Gallardo 2007).

This is basically reflected by an increase in the number of sites with a strategic control of areas near the coast as well as interested in controlling of the main routes heading towards the interior. During this Early Iron Age timeframe, particularly from the 8th century BC, it is possible to observe the founding of villages in the plains near highly productive lands resulting in an increase of demography.

A common pattern concerning these site's internal spacial organisation is the presence of isolated buildings which are contrary to those along streets or forming blocks typical of Phoenician sites such as Morro de Mezquitilla. These buildings, although adapting to the topography, reveal no apparent order among either the larger sites or the new villages. However, one must highlight other examples such as those of Los Castillejos de Alcorrín surrounded by a massive wall, with another wall delimiting an upper area (interpreted as the acropolis) with scattered single buildings. Sites like these, most likely not exceptions in the region, played a vital social, political and symbolic role as a result of prodigious collective work contemporary to the consolidation of the Phoenician presence in the region.

Regarding architectural traditions, the first centuries of the 1st millennium BC saw continuity with respect to the Late Bronze Age evidenced by the construction of buildings of various size with ellipsoidal floor plans. Yet there are other buildings in this timeframe typical

with circular floor plans also revealing characteristic Phoenician architectural modules. Prototypes of dwelling also emerge at this time resorting to rectangular forms albeit with rounded corners.

The great novelty of the period is the construction of novel buildings devoid of great architectural complexity marked by a variety of rooms intended for specific uses. Certain are highlighted by spectacular pavings affording them a monumental appearance. A religious character at least in certain cases cannot be ruled out. They may have been designed as spaces for meeting foreigners, contexts that, given their prominent location in the settlements, allow to speculate as to the importance attributed by these populations to these relationships taking place within emblematic settlements protected by impressive walls. These serve as authentic places of reference in times of change corresponding to the beginning of a new historical period clearly conditioned by the recent relationships established with the emerging colonial settlements raised along the coastline.

This 'breeding ground' must therefore be understood the germ or precursors of the aristocratic societies linked to the *oppida* of the 6th century BC characterised by a complex urban planning of oriental tradition with dwellings grouped in blocks and elite residences, the model of the regional indigenous political territories of the Late Iron Age (Ruiz and Molinos 2021).



Figure 14. Plan of Building A of the acropolis of Los Castillejos de Alcorrín. @ DAI-Madrid. Drawn by J. Fernández Pérez.

Bibliography

Aguayo de Hoyos, P. 1997. Análisis territorial de la ocupación humana en la depresión de Ronda durante la Prehistoria Reciente” in J.M. Martín, J.A. Martín and P.J. Sánchez, (eds) *Arqueología a la Carta. Relaciones entre teoría y método en la práctica arqueológica*: 9-34. Málaga.

Aguayo de Hoyos, P., Carrilero Millán, M.; Flores, C. and del Pino de la Torre, M^a. 1986. El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). Un

ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución. *Arqueología Espacial* 9-3: 33-58.

Aguayo de Hoyos, P., Carrilero Millán, M., Martínez, G., Afonso Marrero, J.A., Garrido, O. and Padial, P. 1991. Excavaciones Arqueológicas en el Yacimiento de Ronda la Vieja (Acinipo): Campaña de 1988 in *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1989, vol. 2. Actividades Sistemáticas*: 309-314. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

Arancibia, A. and Fernández, L.E. 2012. El periodo fenicio arcaico en la Bahía de Málaga in E. García

- (ed.) *Diez años de arqueología fenicia en la provincia de Málaga (2001-2010)*. *Monografías-Arqueología*: 49-66. Sevilla: Consejería de Cultura y Medio Ambiente, Junta de Andalucía.
- Aranda Jiménez, G. and Molina González, F. 2005. Intervenciones arqueológicas en el yacimiento de la Edad del Bronce del Cerro de la Encina (Monachil, Granada). *Trabajos de Prehistoria* 62-1:165-179.
- Arribas Palau, A., Pareja López, E., Molina González, F., Arteaga Matute, O. and Molina Fajardo, F. 1974: Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce del Cerro de la Encina, Monachil (Granada). El corte estratigráfico número 3. *Excavaciones Arqueológicas en España* 81. Madrid.
- Becerra Martín, S. 2023. La transición del Bronce Final al Hierro I en la depresión de Ronda. In Celestino Pérez, S. and Rodríguez González, E. (Eds.). *Tarteso. Nuevas Fronteras. II Congreso Internacional*. Mytra. *Memorias y Trabajos de Arqueología* 12: 197-220. Mérida: Instituto de Arqueología de Mérida.
- Bronk Ramsey, C. 1994. Analysis of Chronological Information and Radiocarbon Calibration: The Program OxCal. *Archaeological Computing Newsletter* 41): 11-16.
- Bronk Ramsey, C. 1995. Radiocarbon calibration and analysis of stratigraphy: The OxCal program. *Radiocarbon* 37(2): 425-430.
- Bronk Ramsey, C. 1998. Probability and dating. *Radiocarbon* 40(1): 461-474.
- Bronk Ramsey, C. 2001. Development of the radiocarbon calibration program. *Radiocarbon* 43: 355-363.
- Bronk Ramsey, C. 2008. Deposition models for chronological records. *Quaternary Science Reviews* 27(1-2): 42-60.
- Bronk Ramsey, C. 2017. Methods for summarizing radiocarbon datasets. *Radiocarbon* 59: 1809-1833.
- Carrasco Rus, J., Pachón Romero, J.A. and Pastor Muñoz, M. 1986. La Edad de Bronce en la Provincia de Jaén. *Actas del Congreso en Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*: 361-378. Cuevas de Almanzora, 1984, Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- Carrasco Rus, J., Pastor Muñoz, M. and Pachón Romero, J.A. 1981. Cerro de la Mora, Moraleda de Zafayona. Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981). El Corte 4. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6: 307-347.
- Carrasco Rus, J., Pachón Romero, J.A., Adroher, A. and López, A. 2002. Taller metalúrgico de fines del Bronce en Guadix (Granada): Contribución a la contextualización de las fibulas de codo tipo Huelva en Andalucía oriental. *Florentia Iliberritana* 13:357-385.
- Castro Martínez, P., Chapman, R. W., González Marcén, P., Lull, V., Picazo, M., Rich, R. and Sanahuja Yll, M. E. 1990. Proyecto Gatas (Turre, Almería). Tercera Campaña, 1987. *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1987, Tomo II, Actividades Sistemáticas*: 225-231. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- Castro Martínez, P., Chapman, R.W., Colomer, E., Gili Suriñach, S., González Marcén, P., Lull, V., Micó, R., Montón, S., Rihuete Herrada, C., Risch, R., Ruiz Parra, M., Sanahuja, M.E., Tenas, M. and Van Strydonck, M. 1995. La Serie Radiocarbónica de Gatas (Turre, Almería): Diacronía y fasificación del depósito arqueológico, in *Anuario Arqueológico de Andalucía 1992, vol. 2. Actividades Sistemáticas*: 27-37. Sevilla: Consejería de Cultura y Medio Ambiente, Junta de Andalucía.
- Contreras Cortés, R. 1982. Una aproximación a la urbanística del Bronce Final en la Alta Andalucía. El Cerro de los Cabezuelos (Úbeda, Jaén). *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 7: 307-330.
- Delgado Hervás, A. 2005. La transformación de la arquitectura residencial en Andalucía occidental durante El Orientalizante: una lectura social. In F. J. Jiménez Ávila and S- Celestino Pérez (eds) *El periodo orientalizante: Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV - vol. I*: 585-594. Mérida.
- Escacena Carrasco, J.L. 2010. El Carambolo y la construcción de la arqueología tartésica, in M^a. L.de la Bandera Romero and E. Ferrer Albelda, E. (eds.) *El Carambolo. 50 años de un tesoro*: 99-148. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Fernández Rodríguez, L.E.; Suárez Padilla, J.; Arancibia Román, A.; Navarro Luengo, I. and Cisneros García, M^a I. 2001. Resultados de la intervención efectuada en la Plaza de San Pablo. Málaga. Barrio de la Trinidad. *Anuario Arqueológico de Andalucía 1996*: 289-301. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- Fernández Ruiz, F., Ferrer Palma, J.E., Marqués Melero, I. 1989. El Llano de la Virgen, Coín (Málaga). Consideraciones generales y secuencia estratigráfica del Corte I. Las estructuras documentadas. *Mainake*, XI-XII: 81-92.
- Gallardo Núñez, V. 2007. Técnicas constructivas prerromanas de las béticas occidentales. *Arqueología y Territorio* 4: 117-139.
- García Alfonso, E. 1994. Huertas de Peñarrubia (Campillos, Málaga): Un asentamiento del bronce final-hierro antiguo en el Valle del Guadalteba. In *Anuario Arqueológico de Andalucía 94-III. Junta de Andalucía*: 362-374. Sevilla. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- García Alfonso, E. 2000. El impacto colonial fenicio arcaico en el hinterland de Andalucía Mediterránea (siglos VIII-VI a.C.). El mundo indígena y las transformaciones del Hierro Antiguo. Unpublished PhD dissertation. University of Málaga.
- García Alfonso, E. 2007. *En la orilla de Tartessos. Indígenas y fenicios en las tierras malagueñas siglos XI-VI A.C.* Málaga: Fundación Málaga.
- González-Gómez, C., Sánchez-Sánchez, P., & Villafranca-Sánchez, E. 1987. University of Granada radiocarbon dates IV. *Radiocarbon*, 29(3): 381-388.

- González Prats, A. 2001. Arquitectura orientalizante en el levante peninsular, in D. Ruiz Mata and S. Celestino Pérez (eds) *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*: 173-192. Madrid: Centro de Estudios del Próximo Oriente. Instituto de Historia CSIC.
- López Castro J.L., Martínez Hanmüller, V., Moya Cobos, L. y Pardo Barrionuevo, C. 2020. La presencia fenicia temprana en el Sureste de la Península Ibérica. El depósito autóctono de Cortijo Riquelme, in J.L. López Castro (ed.) *Entre Utica y Gadir. Navegación y colonización fenicia en el Mediterráneo occidental a comienzos del I milenio a.C.*: 247-268. Granada: Editorial Comares.
- Martín Córdoba, E. 1993-1994. Aportación de la documentación arqueológica del Cerro de la Capellanía (Periana, Málaga) a los inicios del primer milenio a.C. en la provincia de Málaga. *Mainake* 13-14: 5-35.
- Martínez Padilla, C. and Botella López, M. C. 1980. El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería). *Excavaciones Arqueológicas en España* 112. Madrid.
- Marzoli, D, López Pardo, F., Suárez Padilla, J., González Wagner, C., Mielke, D. P., León Martín, C., Thiemeyer, H. and Torres Ortiz, M. 2010. Los inicios del urbanismo en las sociedades autóctonas localizadas en el entorno del Estrecho de Gibraltar: investigación en Los Castillejos de Alcorrín y su territorio (Manilva, Málaga). *Menga* 1: 153-182.
- Marzoli, D., Banerjee, A., Sánchez Sánchez-Moreno, V.M., and Galindo San José, L. 2016. Elfenbeinwerkstätten in Huelva und La Rebanadilla (Málaga), den ältesten phönizischen Niederlassungen auf der Iberischen Halbinsel. *Madrid Miterlungen* 57: 88-138.
- Marzoli, D., Suárez-Padilla, J. and León Martín, C. 2020a: Los Castillejos de Alcorrín (Manilva, Málaga): transformaciones locales e impacto colonial fenicio en el entorno del Estrecho de Gibraltar (siglos IX-VIII a.C.), in A. Carretero, A. and C. Papi, (eds.), *Actualidad de la investigación arqueológica en España I (2018-2019)*: 325-347. Madrid.
- Marzoli, D., Suárez Padilla, J., Torres Ortiz, M. and León Martín, C. 2020b: Los Castillejos de Alcorrín (Manilva, Málaga): un asentamiento fortificado autóctono en el contexto de la primera fase de la presencia fenicia en el entorno del Estrecho de Gibraltar (siglos IX-VIII a.C.), in J.L. López Castro, J.L. (ed.) *Entre Utica y Gadir. Navegación y colonización fenicia en el Mediterráneo occidental a comienzos del I milenio a.C.*: 269-292. Granada: Editorial Comares.
- Mederos Martín, A. 2008. El Bronce Final, in F. Gracia Alonso (ed.) *De Iberia a Hispania*: 19-92. Madrid: Ariel Historia.
- Medianero Soto, J.; Cantalejo, P.; Martín, J.A.; Espejo, M^a del M. Ramos, J. and Recio, A. 2002. "Intervención arqueológica de urgencia en el entorno de la Plataforma de Peñarrubia (Campillos, Málaga). *Mainake* XXIV: 375-386.
- Melero García, F. 2009. Descubrimiento de una nueva secuencia fenicia completa en los solares nº 9-11 de la C/Tiro, Esq. C/Zamorano, (Barrio de la Trinidad, Málaga). *Anuario Arqueológico de Andalucía 2004.1*: 2430-2440. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- Melero García, F. 2022. La Cártama ibérica. 20 años de investigación, in E. García Alfonso and S. Becerra Martín (eds) *Las sociedades ibéricas: Historia y arqueología. I Simposio de Historia en el territorio del Guadalteba*: 185-207. Teba.
- Millard, A. 2014. Conventions for reporting radiocarbon determinations. *Radiocarbon* 56(2):555-559. <https://doi.org/10.2458/56.17455>
- Molina González, F. and Pareja López, E. 1975. Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971. *Excavaciones Arqueológicas en España* 86. Ministerio de Cultura. Madrid.
- Pellicer Catalán, M. and Schüle, W. 1962. El Cerro del Real. Galera (Granada). *Excavaciones Arqueológicas en España* 12. Madrid.
- Pérez-Jordà, G., Peña-Chocarro, L., and Pardo-Gordó, S. 2021. Fruits arriving to the west. Introduction of cultivated fruits in the Iberian Peninsula. *Journal of Archaeological Science: Reports*, 35. February 2021 102683. <https://doi.org/10.1016/j.jasrep.2020.102683>.
- Pingel, V. 2006. Comentarios a las Dataciones por Radiocarbono del Morro de Mezquitilla (Málaga), in Hermanfrid Schubart, (ed.) *Morro de Mezquitilla: El Asentamiento Fenicio-Púnico en la Desembocadura del Río Algarrobo: 147-151. Anejos de la Revista Mainake*, 1.
- Reimer, P. J., Austin, W. E. N., Bard, E., Bayliss, A., Blackwell, P. G., Bronk Ramsey, C., Butzin, M., Chen, H., Lawrence, R., Friedrich, M., Grootes, P., Guilderson, P. Hajdas, I., Heaton, T., Hogg, A., Hungen, K., Kromer, B., Manning, S., Mushceler, R., Palmner, J., Pearson, C., van der Plitch, J., Richards, D., Scott, E., Bütgen, U., Capano, M., Fahrni, S., Fogtmann-Schulz, A., Friedrich, R., Köhler, P., Kudsk, S., Miyake, F., Olsen, J., Reining, F., Sakamoto, M., Sookdeo, A. and Talamo, S. 2020. The IntCal20 Northern Hemisphere Radiocarbon Age Calibration Curve (0-55 cal kBP). *Radiocarbon* 62(4): 725-757.
- Ruiz A. and Molinos, M. 2021. Reflexiones sobre los fundamentos políticos e ideológicos del oppidum entre los iberos del sur, in *El Oppidum. La ciudad fortificada ibérica*: 25-37. Jaén.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. 2013. *Con el fenicio en los talones. Los inicios de la Edad del Hierro en la cuenca del Mediterráneo*, Barcelona: Bellaterra Arqueología.
- Sánchez Sánchez-Moreno, V., Galindo San José, L., Juzgado Navarro, M. and Dumas Peñuelas, M. 2011. La desembocadura del Guadalhorce en los siglos IX y VIII a.C. y su relación con el Mediterráneo, in J.C. Domínguez Pérez (ed.) *Gadir y el círculo del Estrecho revisados. Propuestas de la arqueología desde un enfoque*

- social: 187-197. Monografías Historia y Arte. Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Sánchez-Sánchez-Moreno, V.M., Galindo-San José, L. and Juzgado-Navarro, M. 2020. El santuario fenicio de la Rebanadilla, in López Castro, J.L. (ed.) *Entre Utica y Gadir. Navegación y colonización fenicia en el Mediterráneo occidental a comienzos del I milenio a.C.*: 189-200. Granada: Editorial Comares.
- Santamaría García, J.A., Suárez Padilla, J. and Ramon Torres, J. 2012. Taralpe Alto (Alhaurín de la Torre, Málaga): un nuevo asentamiento de inicios de la Edad del Hierro en el entorno de la Cuenca Baja del Río Guadalhorce in E. García Alfonso (ed.) *Diez años de arqueología fenicia en la provincia de Málaga (2001-2010)*: 193-205. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- Schubart, H. 1987. Hallazgos fenicios y del Bronce Final en la desembocadura del río Guadiaro (Cádiz), in *Anuario Arqueológico de Andalucía 1986*. Tomo II. Actividades Sistemáticas: 200-227. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- Schubart, H., Pingel, V. and Arteaga Matute, O. 2000. *Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas 1977-1991 en el poblado de la Edad del Bronce*. Sevilla.
- Stuiver M. and Polach, H. A. 1977. Reporting of 14C data. *Radiocarbon* 19 (3): 355-363.
- Suárez Padilla, J. and Cisneros García, M.I. 1999. La entrada de los territorios de Benalmádena en la Historia. Desde el impacto de la presencia colonial fenicia al dominio de Roma, in *Una historia de Benalmádena*: 99-126. Benalmádena.
- Suárez Padilla, J. and Márquez Romero, J.E. 2014. La problemática de los fondos de cabaña en el marco de la arquitectura protohistórica del sur de la Península Ibérica. *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía*, 5: 199-224.
- Suárez-Padilla, J., Jiménez-Jáimez, V., Caro, J.L. 2021. The Phoenician diaspora in the westernmost Mediterranean: recent discoveries. *Antiquity* 2021. <https://doi.org/10.15184/aqy.2021.105>
- Suárez Padilla, J. and Gomes, F.B. 2023. El "Efecto Alcorrín". Reflexiones sobre los procesos de reestructuración territorial en el tránsito de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro del sur peninsular, in R. Graells i Fabregat, J. Bermejo Tirado and F.B. Gomes (eds) *Thauma. Festschrift para Dirce Marzoli*: 383-398. Alicante.
- Suárez Padilla, J., Becerra Martín, S. and Sánchez Marcos, I. 2023. Los inicios de la Edad del Hierro entre el sureste de la península ibérica y el Estrecho de Gibraltar (siglos IX-VIII a.C.). Territorios autóctonos e impacto de la primera implantación fenicia en la región, in S. Celestino Pérez and E. Rodríguez González (eds) *Tarteso. Nuevas Fronteras. II Congreso Internacional. Mytra. Memorias y Trabajos de Arqueología* 12: 173-196. Mérida.

Invención de lo urbano, invención de lo rural: reflexiones sobre espacio construido y sociedad en la I Edad del Hierro del sur portugués (ss. VIII - VI/V a.n.e.)

Francisco B. Gomes

UNIARQ – Centro de Arqueología de la Universidad de Lisboa; Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa

Resumen: En los inicios de la Edad del Hierro se asiste en el sur de Portugal a la emergencia, por un lado, de un ámbito propiamente urbano en el que se integran una serie de yacimientos litorales, y, por otro, de un ámbito rural autónomo en el interior, caracterizado por sistemas de poblamiento dispersos organizados en redes y *clusters* micro regionales. Esta nueva situación parece resultar de las circunstancias en las que se produjo la transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro, con un desarrollo de las comunidades costeras a raíz del contacto con la diáspora fenicia y, a cambio, un colapso y dispersión de las comunidades del interior. Sin embargo, y aunque la génesis de estos ámbitos se deba buscar en esa coyuntura, su dinámica y constante desarrollo a lo largo de la I Edad del Hierro es evidente, y debe leerse desde una perspectiva procesual y diacrónica. Por otra parte, se necesitan nuevos abordajes y nuevas herramientas para abordar la articulación entre estos dos ámbitos.

Palabras clave: urbanización; poblamiento rural; sistemas territoriales; arquitectura; estructuras sociales.

Abstract: The beginning of the Iron Age in Southern Portugal saw the rise, on the one hand, of a properly urban sphere which included a series of coastal settlements and, on the other hand, of an autonomous rural sphere in the interior areas which was characterized by dispersed settlement systems organized in microregional networks and clusters. This new situation seems to result from the circumstances surrounding the Bronze – Iron Age transition, with a development of coastal communities resulting from their contacts with the Phoenician diaspora and, on the contrary, a collapse and dispersal of the communities of the interior. However, and while the genesis of these two spheres must be sought in this historical juncture, their dynamism and constant development throughout the Early Iron Age is evident, and must be read from a processual and diachronic perspective. On the other hand, new approaches and tools are required to analyze the articulation between these two spheres.

Keywords: urbanization; rural settlement; territorial systems; architecture; social structures

«Le città come i sogni sono costruite di desideri e di paure,
anche se il filo del loro discorso è segreto, le loro regole assurde,
le prospettive ingannevoli, e ogni cosa ne nasconde un'altra.»

Italo Calvino, *Le Città Invisibile* (Giulio Einaudi Editore, 1972)

Antes de lo urbano, antes de lo rural: consideraciones previas sobre el final de las estructuras territoriales y políticas de la Edad del Bronce del sur portugués

El inicio de la Edad del Hierro en el sur del actual territorio portugués ha marcado un cambio sustancial en las fórmulas de organización sociopolítica y territorial de las comunidades locales. Por primera vez se aprecia de forma clara una ruptura con el modo de vida aldeano que, con distintos grados de complejidad y articulación, había caracterizado los momentos anteriores, y la emergencia de una clara dicotomía entre, por una parte, un horizonte urbano y, por otra, un ámbito rural claramente diferenciado y autónomo.

Más que aportar datos novedosos sobre este proceso (para ello, v. los capítulos de A. M. Arruda y E. de Sousa en este mismo volumen), esta contribución pretende ofrecer algunas reflexiones sobre el estado actual de

los conocimientos sobre la emergencia y desarrollo de estos dos fenómenos conexos – el urbanismo, o más propiamente el proceso de urbanización, y la configuración de un mundo claramente rural. Los datos que se presentan a continuación son, por ende, deudores de los importantes trabajos desarrollados a lo largo de los últimos años por otras investigadoras y otros investigadores, entre los que cabría destacar la labor de A. M. Arruda (v., p. ej., Arruda 1999-2000; 2014; Arruda *et al.* 2007; Arruda *et al.* 2017), pero también la de R. Mataloto, quien ha dedicado especial atención y reflexión al mundo rural del interior sur portugués (para una síntesis reciente de sus trabajos, v. Mataloto 2018; 2020, con bibliografía anterior).

Para comprender mejor dichos datos y reflexiones, parece sin embargo importante recordar en rasgos muy generales el contexto histórico en el que se enmarcan los procesos que se discutirán a lo largo

de esta contribución, empezando por el panorama documentado en el sur portugués a finales de la Edad del Bronce. A nivel regional, este período se caracteriza en términos generales por una aparente fragmentación sociopolítica. De hecho, en los territorios estudiados en mayor profundidad, como el Alentejo Central (Mataloto 2012; 2013) y el interior del Bajo Alentejo (Soares 2013; Serra 2014), es posible detectar la presencia de un gran número de unidades territoriales articuladas en torno a sitios destacados en el paisaje, en muchos casos – si no en todos – dotados de fortificaciones, que parecen controlar otros de menor entidad, en elevaciones menos destacadas o en llano.

Esta auténtica constelación de sistemas territoriales, que parecen a todas luces constituir entidades sociopolíticas autónomas, se articulan durante estos momentos en una red cuyo equilibrio se basa de forma simultánea en la solidaridad y la interdependencia, y en unos mecanismos de competición social que encauzan las tensiones inherentes al sistema hacia formas social y políticamente reguladas marcadas por una lógica de reciprocidad (v. Gomes 2015; Mataloto 2020: 33-35).

Hacia el final de este período, sin embargo, la llegada de nuevas poblaciones de origen oriental a las costas meridionales del territorio peninsular, en general, y portugués en particular (Arruda 1999-2000; 2005; 2014), parece haber desestabilizado los delicados equilibrios en los que se basaba el funcionamiento de esta red. De hecho, la presencia fenicia en los parajes costeros del Extremo Occidente parece haber favorecido las comunidades más cercanas al litoral en detrimento de sus congéneres del interior.

El acceso privilegiado de las primeras al comercio mediterráneo mediado por los fenicios y a los bienes de prestigio que estos introducen en los ámbitos locales parece haber conllevado una disrupción de las lógicas de reciprocidad a las que antes se ha aludido, favoreciendo el desarrollo de las comunidades costeras, e incluso creando las condiciones para la creación y desarrollo de nuevos aglomerados, como se discutirá más adelante.

Mientras tanto, los grupos del interior pugnan por mantener el *status quo*, incluso ensayando acercamientos a los recién llegados orientales, como se aprecia en el caso ejemplar del Castro dos Ratinhos, en Moura (Berrocal-Rangel y Silva 2010) (Figura 1, n. 1). La implantación de un santuario de tipo fenicio en este poblado del interior de Alentejo (Prados Martínez 2010) parece resultar de un intento de las élites locales de garantizar el acceso a las redes comerciales fenicias y el control de las relaciones con los recién llegados, reforzando así su papel socialmente destacado dentro de la comunidad, pero también en las redes sociopolíticas

regionales en un sentido más amplio (Berrocal-Rangel *et al.* 2012; Gomes 2015). Este proyecto, sin embargo, no llega a cuajar, quizás debido a condicionantes de orden geográfico, y su fracaso puede incluso haber estado en el origen de episodios violentos de contestación social y política previos al eventual abandono del yacimiento (Berrocal-Rangel *et al.* 2012: 181).

Como resultado de esta asimetría, a inicios de la Edad del Hierro se generan dos dinámicas de desarrollo muy distintas en el sur del territorio portugués. Por un lado, las comunidades ubicadas en los territorios más litorales, y más concretamente en el entorno de la desembocadura de algunos de los principales cursos de agua (v. *infra*), se ven enmarcadas de forma plena en las redes sociopolíticas “orientalizantes” mediadas por la presencia fenicia, y van a conocer un importante desarrollo pautado por la adopción de formas culturales con una fuerte impronta mediterránea (v. Arruda 1999-2000; 2014; Arruda *et al.* 2007).

Por otra parte, en el interior, y tras los intentos fallidos de incorporarse a dichas redes a los que antes se ha aludido, se aprecia lo que parece ser un colapso generalizado de las formaciones sociopolíticas regionales (Gomes 2015; Mataloto 2017; 2020), seguido de un período de intensa reestructuración de las comunidades locales que, tras un período de crisis, reemergen en el registro arqueológico organizadas de forma muy distinta, ocupando pequeños núcleos dispersos organizados en *clusters* y redes microrregionales con una identidad propia muy marcada (Arruda 2001; Mataloto 2004; 2007; 2009; 2018; 2020; Calado *et al.* 2007; Calado y Mataloto 2008; Antunes *et al.* 2017; v. *tb. infra*).

Estas dos trayectorias de desarrollo a inicios de la Edad del Hierro son las que van a condicionar la aparición y desarrollo de los dos ámbitos específicos discutidos en esta contribución: un ámbito urbano, o en vías de urbanización, esencialmente litoral, y un ámbito rural autónomo en el que se enmarcan las comunidades de la casi totalidad del interior sur portugués (Figura 1). A continuación se presentarán algunas reflexiones sobre cada uno de estos ámbitos y los espacios construidos que les caracterizan, antes de entrar a valorar las posibles fórmulas de articulación entre ambos.

La génesis del mundo urbano en el litoral sur portugués: ¿el urbanismo como co-creación y proceso?

Como quedó dicho anteriormente, el arranque de un auténtico proceso de urbanización – entendido no solo desde un punto de vista territorial y arquitectónico, sino también social y político – en el sur del territorio portugués a inicios de la Edad del Hierro parece restringirse a un conjunto de yacimientos costeros cuya

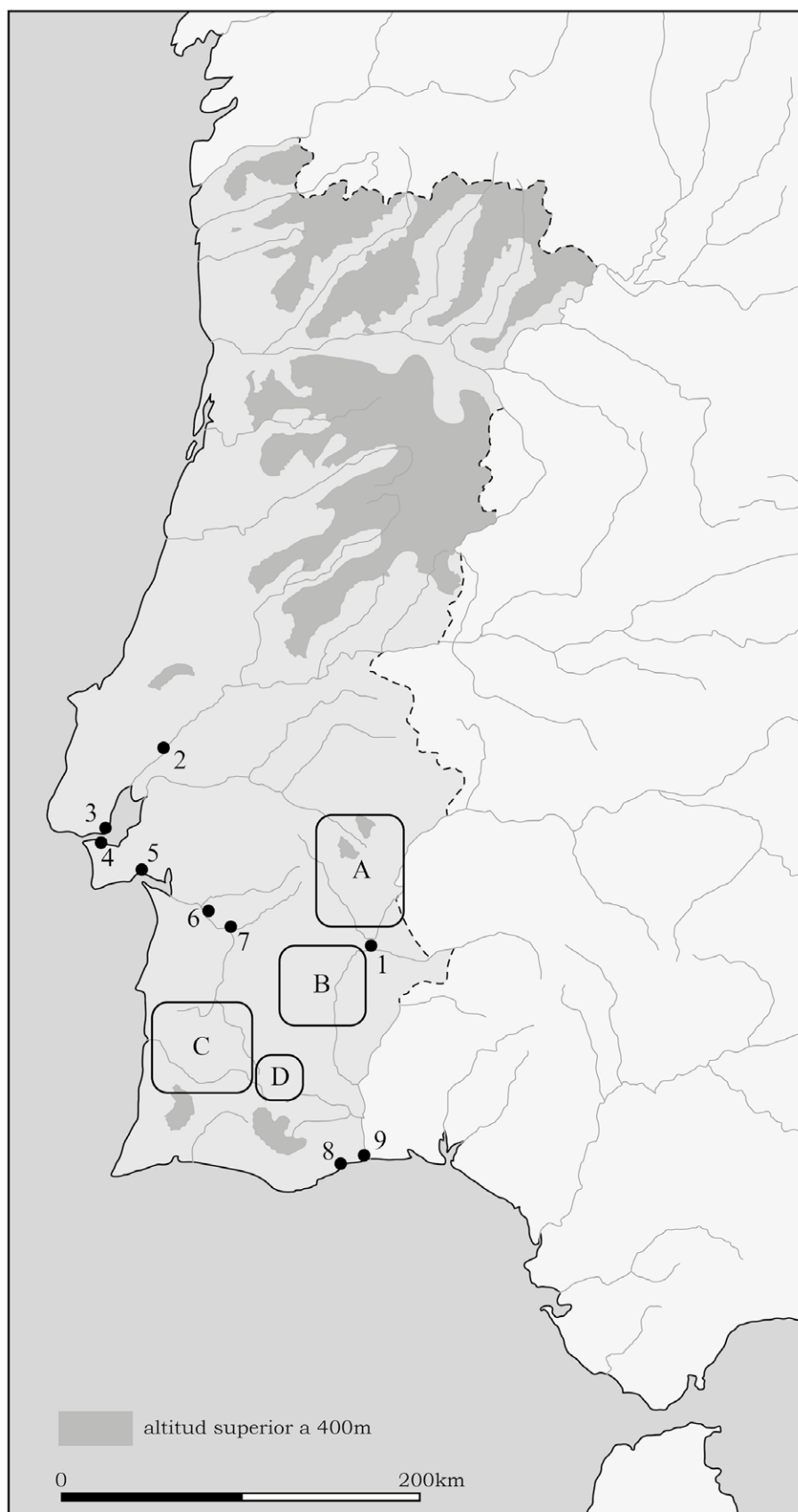


Figura 1. Ubicación de los principales yacimientos y regiones citados en el texto: 1. Castro dos Ratinhos (Moura); 2. Santarém; 3. Lisboa; 4. Quinta do Almaraz (Almada); 5. Setúbal; 6. Abul A (Alcácer do Sal); 7. Alcácer do Sal; 8. Tavira; 9. Castro Marim; A. Alentejo Central/ Alqueva; B. Beja; C. Ourique; D. Neves-Corvo (Castro Verde). Base cartográfica: Victor S. Gonçalves.

integración en una *koiné* orientalizante se ha reconocido al menos desde finales del siglo pasado (v. Arruda 1999-2000) (Figura 1). Es el caso de Santarém (Arruda 1999-2000: 137-221), de Lisboa (Sousa 2018a) y de Quinta do Almaraz (Almada) (Barros *et al.* 1993; Barros y Cardoso 2004; Olaio *et al.* 2020) en el Bajo Tajo, de Alcácer do Sal (Silva *et al.* 1980-1981; Paixão 2001; Arruda *et al.* 2021) y de Setúbal (Soares y Silva 1986), en el Bajo Sado, o de Tavira (Maia 2000; 2003a; Arruda 2003a) y Castro Marim (Arruda 2003b; Arruda *et al.* 2007; Arruda *et al.* 2017) en el Algarve.

La fuerte impronta fenicia que caracteriza el desarrollo del espacio construido en estos yacimientos a lo largo de la Primera Edad del Hierro es bien conocida (v. el capítulo de A. M. Arruda en este mismo volumen). La adopción de arquitecturas ortogonales (v. Arruda 1999-2000; Correia 2001; Arruda *et al.* 2007) y, en algunos casos, la edificación de estructuras de uso colectivo y de aparato (p. ej., Maia 2003a: 62-63; Maia y Silva 2004; Arruda *et al.* 2009; Arruda *et al.* 2017: 449; v. tb. *infra*) reflejan dicha impronta, aunque en la mayoría de los casos la extensión reducida de las excavaciones limite la comprensión global de la articulación del espacio habitado de forma más general.

La intención de esta contribución, sin embargo, no es repasar los rasgos ya conocidos, sino ofrecer algunas ideas sobre dos aspectos del proceso de urbanización de estos yacimientos que se consideran particularmente interesantes y dignos de reflexión. El primero de estos aspectos se relaciona con la cuestión del origen de los aglomerados que luego experimentaron un proceso de progresiva urbanización a lo largo de la I Edad del Hierro.

Salvo contadas excepciones para las que se ha planteado un probable origen fenicio, como Quinta do Almaraz (Barros *et al.* 1993; Barros y Cardoso 2004; Olaio *et al.* 2020), Lisboa (esp. Sousa 2018a; 2018b) y Tavira (Maia 2000; 2003a; v. tb. Amadasi Guzzo y Zamora López 2008), siempre se han reconocido de forma más o menos explícita las raíces locales, indígenas, de la mayoría de estos aglomerados.

Sin embargo, los datos publicados en la última década sobre los niveles más antiguos de algunos de ellos parecen estar indicando que su fundación responde, en realidad, a una coyuntura muy particular de recomposición territorial que podría relacionarse ya con los primeros contactos entre las comunidades locales/regionales y las poblaciones fenicias asentadas en el sur peninsular. A este nivel, los casos de Castro Marim (Oliveira 2012; 2013: 341-343 y Fig. 3) y especialmente de Tavira (Maia 2003b; Maia y Gómez Toscano 2012), en el Algarve, son particularmente notables (para una revisión reciente, v. Gomes 2023).

En este último yacimiento, los datos que se han dado a conocer sobre las más antiguas ocupaciones de la zona de la colina de Santa María parecen poner en evidencia un horizonte fundacional marcado por la presencia de estructuras domésticas de tipo cabaña. Se conoce la planta, al menos parcial, de dos de estas estructuras, excavadas en el área de Parque das Festas (Oliveira 2013: 344-345 y Fig. 6; v. tb. Covaneiro y Cavaco 2017: 222 y Fig. 2) (Figura 2A), pero contamos con referencias a otras similares identificadas en el Solar dos Corte Real (Maia 2000: 132; Maia 2003b: 42; Maia y Gómez Toscano 2012: 330), y en el Palácio da Galeria (Maia 2003b: 42-43; Maia y Gómez Toscano 2012: 330). El horizonte material asociado parece estar dominado por materiales de tipología local, pero casi siempre acompañados por las que parecen ser las primeras importaciones fenicias, que incluirían ánforas, cerámicas de engobe rojo y *oil bottles* o ampollas.

Los datos sobre los momentos fundacionales de Castro Marim son quizás menos expresivos, pero los pocos niveles con cerámica exclusivamente a mano detectados sobre el sustrato geológico (Oliveira 2012; 2013: 341-343 y Fig. 3) (Figura 2B) tampoco desentonan de la dinámica documentada en Tavira, y podrían igualmente estar indicando una fundación muy a finales de la Edad del Bronce o ya dentro de un horizonte transicional, de primeros contactos.

Los datos de estos dos yacimientos permiten además replantear el significado del horizonte del Bronce Final documentado en Alcácer do Sal (Silva *et al.* 1980-1981: 170-171; v. tb. Silva 2005) (Figura 3A), que quizás podría corresponder también a una fundación tardía, como ocurre además con Setúbal (Soares y Silva 1986) (Figura 3B), yacimiento para el que siempre se ha planteado una fundación enmarcada en un horizonte transicional entre el Bronce Final y la Edad del Hierro, a tenor de la cultura material de los niveles más antiguos en los que la cerámica a torno es todavía muy escasa (Soares y Silva 1986: 96; para una discusión reciente, v. Gomes 2021a).

A tenor de esta documentación, y a la espera de nuevos datos, se puede plantear que los primeros contactos entre las comunidades locales y las recién llegadas poblaciones orientales hayan resultado en un proceso de restructuración territorial de amplio alcance con un acercamiento de las comunidades locales a la costa, motivado por las oportunidades introducidas por la presencia y el comercio fenicio, fenómeno que además se aprecia también de forma clara en el Bajo Tajo, aunque quizás en otros moldes (v. Arruda 2017, con bibliografía).

En los casos de los aglomerados cuya fundación responde a esta dinámica concreta, podría decirse que el arranque del proceso de urbanización parte de un acto

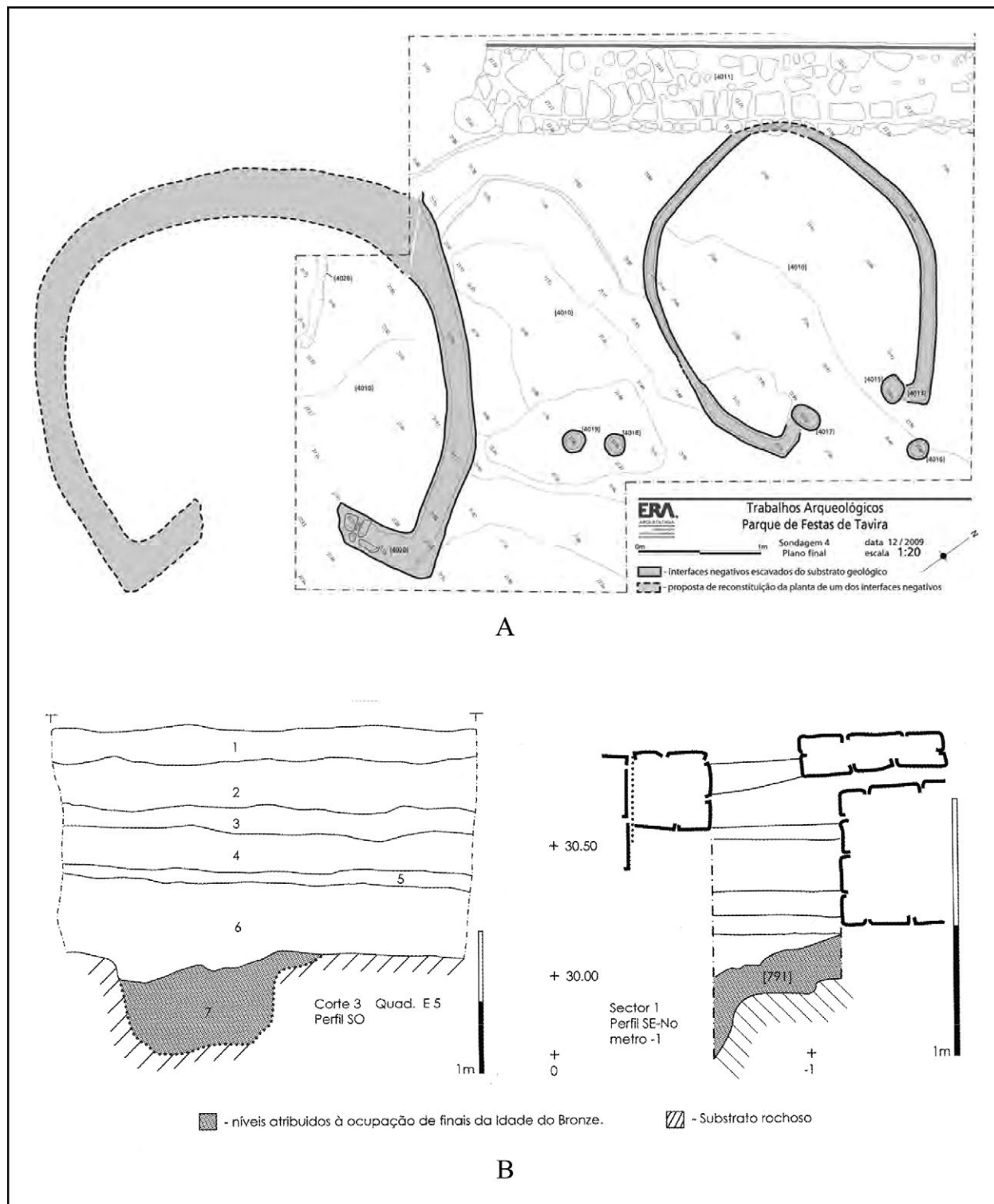


Figura 2. A. Plantas de las estructuras de tipo cabaña excavadas en el Parque das Feiras de Tavira (seg. Oliveira 2013); B. Niveles fundacionales del poblado del Castillo de Castro Marim, atribuidos al Bronce Final (seg. Oliveira 2012).

de *co-creación*, en la que convergen las agendas e incluso, en una primera fase, las formas locales de construir y ocupar el espacio con unas influencias fenicias que se sienten primero en el repertorio material mueble, y luego, en una etapa de consolidación, en la adopción de nuevas formas arquitectónicas y organizacionales.

Dicho esto, no se puede negar que son sobre todo estas nuevas formas las que van a contribuir de forma decisiva para la conformación de unas realidades socioespaciales en vías de urbanización (v. García Fernández y Ferrer Albelda 2021: 154-170). En particular, y a tenor de los datos disponibles, parecen

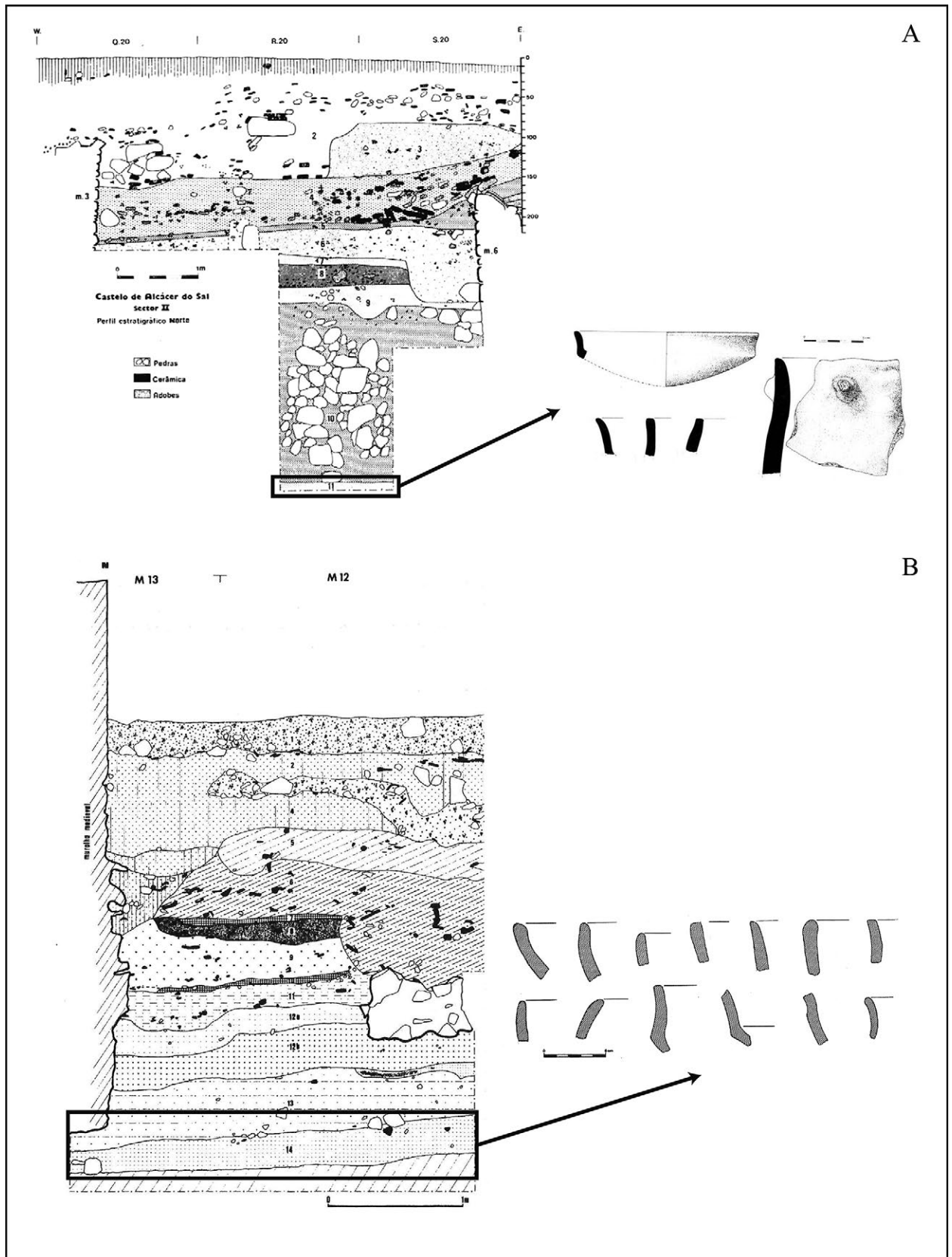


Figura 3. A. Estratigrafía de las excavaciones del Museo de Arqueología y Etnografía del Distrito de Setúbal (MAEDS) en el Castillo de Alcácer do Sal con indicación del nivel fundacional atribuido al Bronce Final y respectivos materiales (seg. Silva *et al.* 1980-1981); B. Estratigrafía de la excavación del MAEDS en Travessa dos Apóstolos, Setúbal, con indicación del nivel fundacional atribuido a la transición Bronce Final - Edad del Hierro y respectivos materiales (Soares y Silva 1986).

ser sobre todo dos los elementos que van a impulsar la progresiva transformación de estos aglomerados en el sentido de una creciente urbanización: por un lado, la implantación de espacios formales de culto dentro de los núcleos habitacionales, como se puede apreciar en Tavira (Maia 2003a: 66-69; Maia y Silva 2004) (Figura 4B) y especialmente en Castro Marim (Arruda *et al.* 2009; v. tb. Gomes 2012: 24-34) (Figura 4A); por otro, la construcción de nuevos tipos de estructuras defensivas, igualmente documentadas en los dos núcleos del Algarve (Maia 2003a: 62-63; Arruda, Oliveira y Freitas 2017: 449) (Figura 4A y C), pero también posiblemente en Quinta do Almaraz (Barros 1998: 136; Olaio *et al.* 2020: 1801) (Figura 4D), que a parte de su hipotético papel funcional conllevan igualmente un significado social e incluso cognitivo, estableciendo una separación entre el interior y el exterior, el espacio en vías de urbanización y el medio natural de su entorno, y la comunidad que se encuentra en vías de convertirse en comunidad cívica y los elementos externos y ajenos a la misma.

Dicho esto, se podría sin embargo subrayar que quizás sea conveniente repensar la forma como se ha planteado la adopción de formas urbanas, buscando una interpretación para las mismas que se aleje de la visión de un proceso lineal, uniforme y relativamente rápido marcado por la trasladación de un modelo de ciudad oriental a occidente. Parece útil en este contexto recordar que la investigación más reciente sobre la urbanización en la Europa protohistórica viene señalando la multiplicidad de formas concretas que asume el fenómeno urbano y la necesidad de distanciar la interpretación de dicho fenómeno de un esencialismo basado en la comparación de las realidades locales con modelos ideales, ya sean próximo-orientales o clásicos (Fernández-Götz *et al.* 2014; Fernández-Götz 2017; 2020; Dimova *et al.* 2021; v., sin embargo, García Fernández y Ferrer Albelda 2021: 154-170).

Pero más allá de esta necesaria sensibilidad a la posible diversidad de procesos y soluciones, creo que es igualmente importante tener en mente que el desarrollo de formas urbanas en el Extremo Occidente es dinámico y tiene su propia historia interna. Por ello, el segundo aspecto que se pretende subrayar en esta contribución es la idea del urbanismo como *proceso* (Leadbetter 2021). Un proceso constructivo, es cierto, pero sobre todo un proceso social mediante el cual las jerarquías, las relaciones sociales y las instituciones locales se transforman y adoptan nuevas formas propiamente urbanas (v., p. ej., Haggis 2015). El espacio construido seguramente reflejaría este proceso que, sin embargo, habrá igualmente ayudado a encuadrar y encauzar.

Desafortunadamente, la resolución de los datos arqueológicos a nuestra disposición no nos permite seguir e interpretar el desarrollo de este proceso como

sería deseable. Sin embargo, sí se dispone de ciertas evidencias indirectas que aportan algunas pistas para la reconstrucción de sus ritmos y dinámicas. Un ejemplo de ello lo proporciona el caso de Alcácer do Sal, un aglomerado cuyo urbanismo sigue siendo prácticamente desconocido (v. Silva *et al.* 1980-1981; Paixão 2001; Arruda *et al.* 2021). Sin embargo, este poblado y su entorno sí ofrecen dos elementos de interés para esta discusión, que se refieren a la esfera funeraria y religiosa, respectivamente.

A nivel funerario, el estudio de la vecina necrópolis de Olival do Senhor dos Mártires (Gomes 2021b, con bibliografía anterior) ha permitido constatar que, mientras su primera fase de uso a inicios de la Edad del Hierro (c. 650 – 575/550 a.n.e.) se caracteriza por una heterogeneidad de soluciones funerarias y la presencia de ajuares complejos que parecen reflejar la perduración de discursos de representación social del poder heredados del Bronce Final, a partir de inicios o del segundo cuartel del siglo VI a.n.e. se produce una transformación hacia modelos caracterizados por una mayor homogeneidad e isonomía, un desarrollo que se puede relacionar con la transferencia de los escenarios de representación y negociación del poder y del estatuto del ámbito funerario hacia unas instituciones propiamente urbanas.

Curiosamente, es este también el momento en que se abandona el vecino enclave fenicio de Abul A (Alcácer do Sal) (Mayet y Silva 2000), quizás como resultado de un proceso de centralización y concentración de funciones religiosas, pero también comerciales, que podría igualmente leerse como el resultado de la transición hacia un modelo propiamente urbano. A plazo, la fundación del santuario de ribera de Rua do Rato en el mismo poblado de Alcácer do Sal, ocurrida al parecer a finales del siglo VI a.n.e. (Arruda *et al.* 2021), parece de hecho estar indicando una concentración de este tipo, acentuando la probable capitalidad de Alcácer en el marco del estuario del Sado.

Así, y a pesar de la escasez de datos sobre el urbanismo y el espacio construido de este aglomerado, la evidencia indirecta de estos contextos funerarios y religiosos permite plantear que el desarrollo de características plenamente urbanas en el mismo se produjo de forma progresiva. La fundación del poblado, quizás en el siglo VIII o inicios del VII a.n.e., la delimitación de una necrópolis estructurada y permanente a mediados del siglo VII a.n.e., la progresiva homogeneización de dicha necrópolis entre inicios y mediados del siglo VI a.n.e. y la concentración en el poblado de las funciones religiosas y comerciales anteriormente dispersas por el territorio a finales del siglo VI a.n.e. marcan una serie de hitos importantes en este proceso de urbanización (Figura 5), y revelan su carácter esencialmente dinámico.

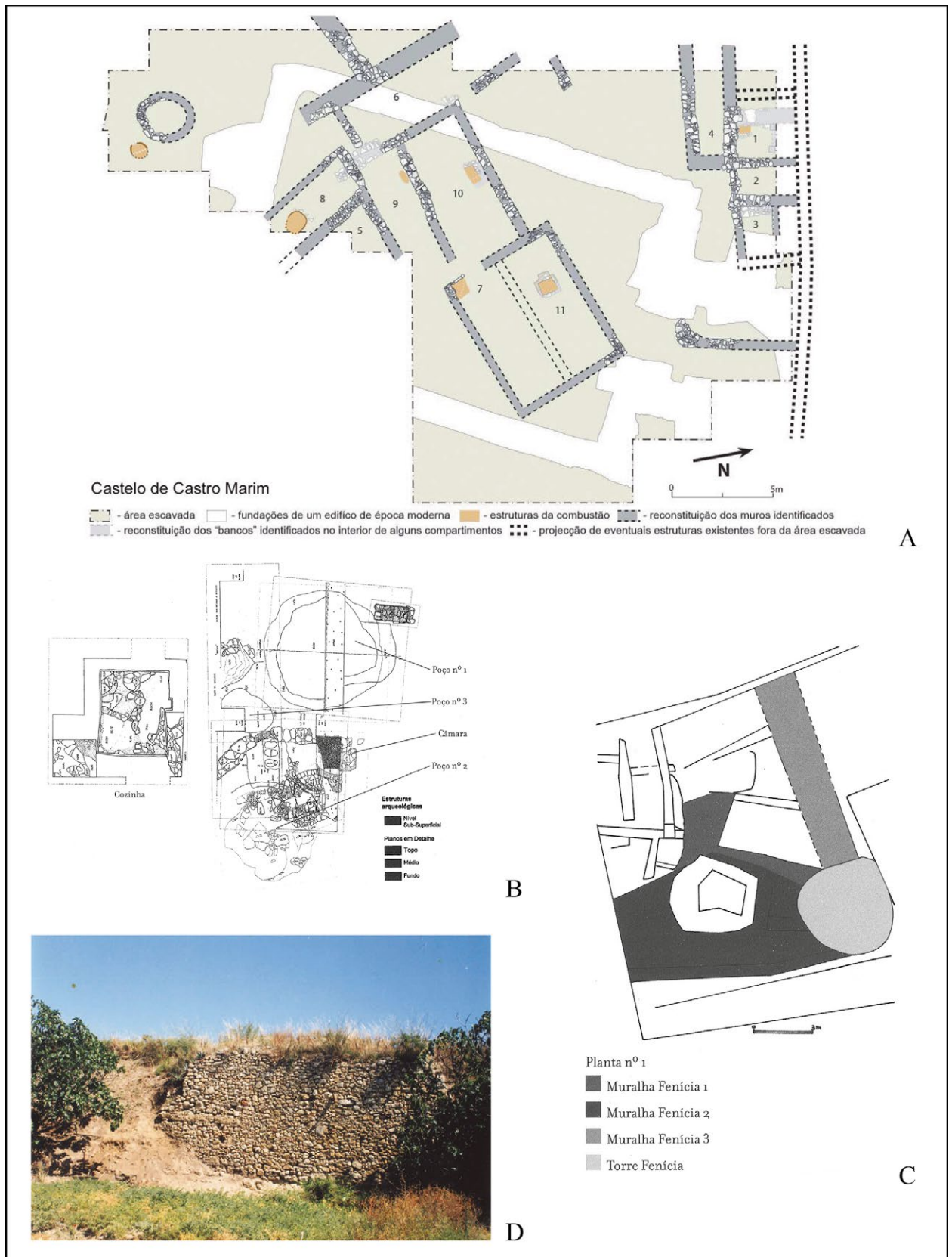


Figura 4. A. Planta de las estructuras de la Fase III del Castillo de Castro Marim (segunda mitad del siglo VII a.n.e.), en las que se aprecian las estructuras de un santuario (esp. compartimentos 7, 9, 10 y 11) e parte de la posible muralla de casamatas (compartimentos 1 a 3) (seg. Arruda *et al.* 2017); B. Planta de los "pozos" del siglo VII a.n.e. de Palácio da Galeria, en Tavira, de probable función ritual (seg. Maia 2003a); C. Planta de la muralla "fenicia" de Tavira (seg. Maia 2003a); D. Vista de la estructura interpretada como muralla en Quinta do Almaraz (Almada) (seg. Olaio *et al.* 2020).

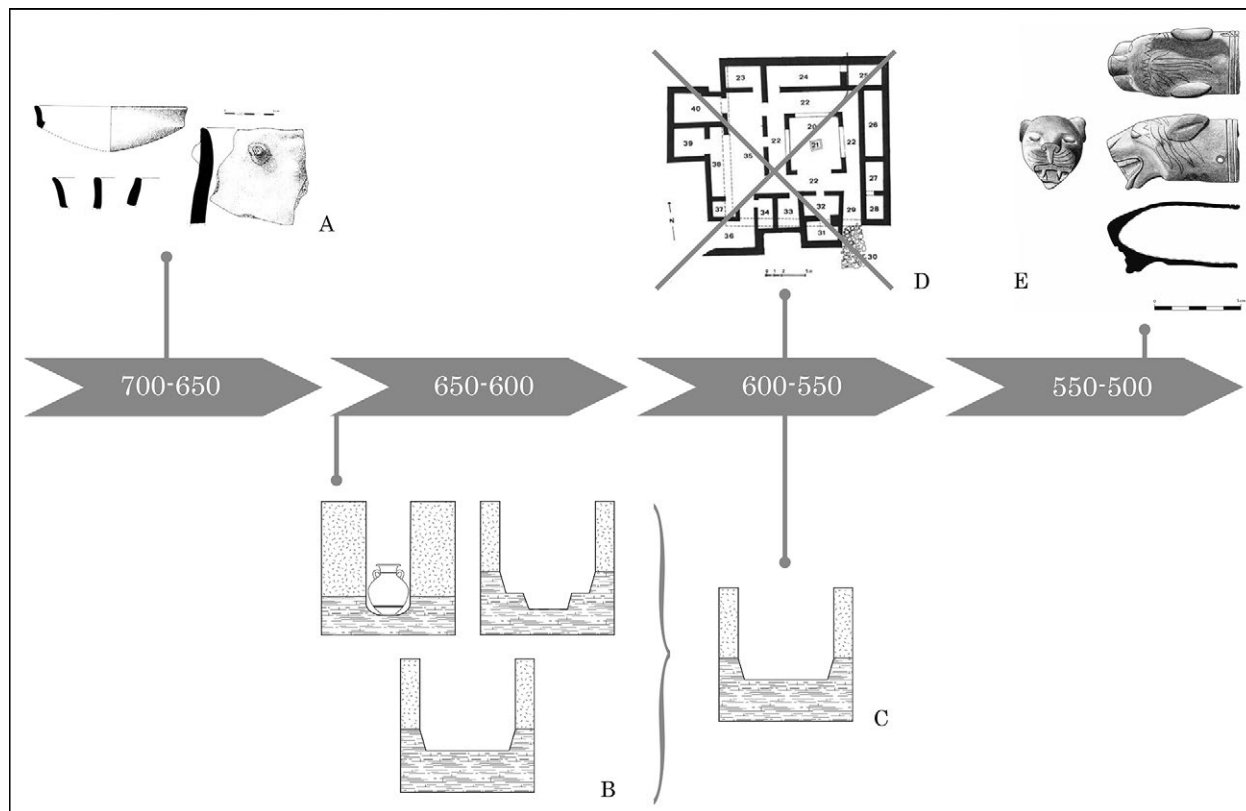


Figura 5. Indicadores indirectos del desarrollo diacrónico de las instituciones y formaciones sociopolíticas urbanas en Alcácer do Sal: A. fundación del poblado a finales del siglo VIII – primera mitad del VII a.n.e. (materiales del Bronce Final recogidos en las excavaciones en el Castillo, seg. Silva *et al.* 1980-1981); B. fundación de la necrópolis a mediados del siglo VII a.n.e. (varios tipos de tumbas asociados a la Subfase Ia de la necrópolis, fechada entre 650 y 575/550 a.n.e., seg. Gomes 2021b); C. simplificación del ritual funerario (y de los ajuares) de la necrópolis a partir de 575/550 a.n.e.; D. abandono de Abul A (Alcácer do Sal), posiblemente como resultado de la concentración de funciones en el poblado (planta de la Fase II del complejo de Abul A, seg. Mayet y Silva 2000); E. fundación de un santuario de ribera con funciones comerciales en Rua do Rato (Alcácer do Sal) (protótipo de felino en bronce, seg. Arruda *et al.* 2021).

Génesis y desarrollo del mundo rural en el interior sur de Portugal: un proceso diverso, dinámico y complejo

Mientras el proceso que acaba de describirse se desarrollaba en los aglomerados del litoral, ¿qué ocurría en los territorios del interior? Hoy en día, nuestro conocimiento sobre el desarrollo de las comunidades del interior sur portugués durante los momentos iniciales de la Edad del Hierro es muy desigual. Sí es cierto que podemos mencionar al menos cuatro zonas sobre las que disponemos de datos al respecto: la región de Ourique (Beirão 1986; Arruda 2001; Correia 2007); la de Neves-Corvo (Castro Verde) (Maia y Maia 1986; 1996); la de Beja/ Serpa (Antunes *et al.* 2017); y, sobre todo, la del Alentejo Central (Mataloto 2018; 2020) (Figura 1A-D). Sin embargo, la calidad y cantidad de la información disponible para cada una de ellas es muy desigual, en parte por la naturaleza del registro arqueológico, pero sobre todo por la propia historia de la investigación.

Hoy por hoy, el poblamiento rural de la I Edad del Hierro más bien conocido y más intensamente estudiado es, sin duda, el del Alentejo Central y del entorno del embalse de Alqueva. Aquí, los trabajos de emergencia realizados a raíz de la construcción de dicho embalse (Calado *et al.* 2007; Calado y Mataloto 2008; Albergaria y Melro 2013; Marques *et al.* 2013), pero también en el marco de los trabajos de investigación conducidos por R. Mataloto (2004; 2007; 2008; 2009; 2018; 2020), han permitido identificar una gran cantidad de asentamientos de naturaleza rural cuyas características han permitido a este último autor esbozar una interesante lectura sobre el desarrollo de las comunidades locales.

Dicha narrativa se basa en el reconocimiento de la diversidad de los yacimientos documentados, tanto en una perspectiva sincrónica como diacrónica. De hecho, gracias a los trabajos desarrollados en esta zona se ha podido apreciar, por un lado, una evolución de las últimas fórmulas constructivas de tradición local del Bronce Final, documentadas por ejemplo

en Rocha do Vigio (Reguengos de Monsaraz) (Calado *et al.* 2007: 135-138; Calado y Mataloto 2008: 188-191), hacia nuevas técnicas constructivas y, sobre todo, nuevas concepciones arquitectónicas, con estructuras ortogonales formadas por zócalos de piedra y alzados en arquitectura de tierra. Dichas estructuras y técnicas son las que van a caracterizar los pequeños núcleos rurales de la I Edad del Hierro regional, y que parecen desarrollarse y consolidarse a partir de finales del siglo VII y, sobre todo, de inicios del VI a.n.e. (v. Mataloto 2018; 2020) (Figura 6).

Por otra parte, se ha podido documentar en algunos contextos una evolución desde pequeños núcleos unifamiliares hacia estructuras más complejas y con cierta diferenciación funcional de los espacios, como se aprecia en el interesante caso de Espinhaço de Cão (Alandroal) (Calado *et al.* 2007: 147-151; Calado y Mataloto 2008: 192-204; Mataloto 2018: 178-185) (Figura 6A), pero también en Monte Roncão 11 (Reguengos de Monsaraz) (Marques *et al.* 2013: 43-51) (Figura 6C). Este proceso se ha leído como el resultado de una creciente jerarquización de las estructuras de poblamiento rural a lo largo de este período, sobre todo durante el siglo VI avanzado y el siglo V a.n.e. (Mataloto 2018: 184-186).

Sin embargo, las evidencias de dicha jerarquización en la región no parecen demasiado claras en el estado actual de nuestros conocimientos. De hecho, ese nivel estructural de diferenciación difícilmente se aprecia a nivel de la cantidad o calidad de la cultura material hallada en estos núcleos rurales. Así, y sin excluir la existencia de eventuales relaciones desiguales entre poblados, se podrían también plantear lecturas menos jerárquicas, en las que el crecimiento y complejización de determinados conjuntos arquitectónicos resultaría, por ejemplo, del éxito económico, pero sobre todo demográfico, de los mismos, sin que ello conlleve necesariamente algún tipo de control sobre otros yacimientos.

De hecho, el mismo autor ha también investigado de forma muy detallada el poblamiento contemporáneo en la zona de la Ribeira de Vascos, en particular a través de los yacimientos de Herdade da Sapatoa (Redondo) (Mataloto 2004; 2007; 2008; v. tb. Mataloto 2018: 189-192) (Figura 6E y G), en los que ha podido apreciar la continuidad de núcleos de menores dimensiones, más modestos, actuando como núcleos productivos autónomos, aunque seguramente interdependientes.

Por otra parte, la investigación en esta zona también ha podido documentar fenómenos de implantación *ex novo* a lo largo de la I Edad del Hierro, y en particular en el siglo V a.n.e., caracterizados por la edificación de complejos con un aspecto menos orgánico y más planificado, con características más normalizadas

(Mataloto 2018: 186-189), como se aprecia en el yacimiento de Malhada das Taliscas (Alandroal) (Calado *et al.* 2007: 153-156; Calado y Mataloto 2008: 204-211; v. tb. Mataloto 2018: 186-189) (Figura 6B), que podrían estar hablando de procesos expansivos, pero también de la normal dinámica demográfica y de recomposición territorial de unas comunidades cuyo sistema social, político, y quizás incluso ideológico, era contrario a la concentración y aglutinación del poblamiento.

Sin embargo, los datos de una segunda zona que apenas empezamos a conocer revelan la diversidad de soluciones de poblamiento que caracterizan el desarrollo y consolidación de estas comunidades rurales. En la zona de Beja, los datos recogidos durante los trabajos previos a la construcción del sistema de irrigación del Alqueva, y que han revelado la enorme riqueza del mundo funerario de la región (v. contribuciones en Jiménez Ávila 2017), apenas han permitido comprender las características de los contextos domésticos. Sin embargo, los datos con los que si contamos ponen en evidencia la escasa inversión realizada en las arquitecturas domésticas, que conocemos sobre todo por estructuras negativas excavadas en la roca (Antunes *et al.* 2017), cuya modestia y simplicidad contrastan con la elaboración de sus respectivas necrópolis.

A parte de este peculiar vacío documental en la región de Beja, es posible que procesos muy idénticos a los que encontramos en Alentejo Central hayan tenido lugar también en determinadas áreas del Bajo Alentejo. Sin embargo, los datos de que disponemos para esta zona son menos abundantes. En la región de Ourique, y aunque los trabajos desarrollados por Caetano de Mello Beirão y su equipo hayan permitido identificar un gran número de pequeños asentamientos de naturaleza rural dispersos por el territorio y asociados a las características necrópolis tumulares de la región (esp. Beirão 1986; v. tb. Arruda 2001), sólo uno de ellos – Fernão Vaz – se ha excavado en extensión (Figura 7), aunque los resultados de la excavación nunca se hayan publicado de forma exhaustiva (Beirão 1986; Beirão y Correia 1991; 1993; Correia 1999; 2007).

Las características de este edificio, que a tenor de la cultura material conocida debería fecharse en el siglo V a.n.e., aunque no se pueda excluir una fundación más antigua (para una discusión, v. Beirão y Correia 1991; Arruda 2001: 214-221), recuerda las arquitecturas planificadas del Alentejo Central antes comentadas, y bien así ciertos modelos arquitectónicos documentados en Extremadura (Rodríguez Díaz 2004) y en la Baja Andalucía (Vera 2012). Se desconoce si los demás poblados de la región tendrían características idénticas, y los datos disponibles no permiten comprobar si las dinámicas de evolución del poblamiento siguen unas pautas idénticas a las del Alentejo Central.

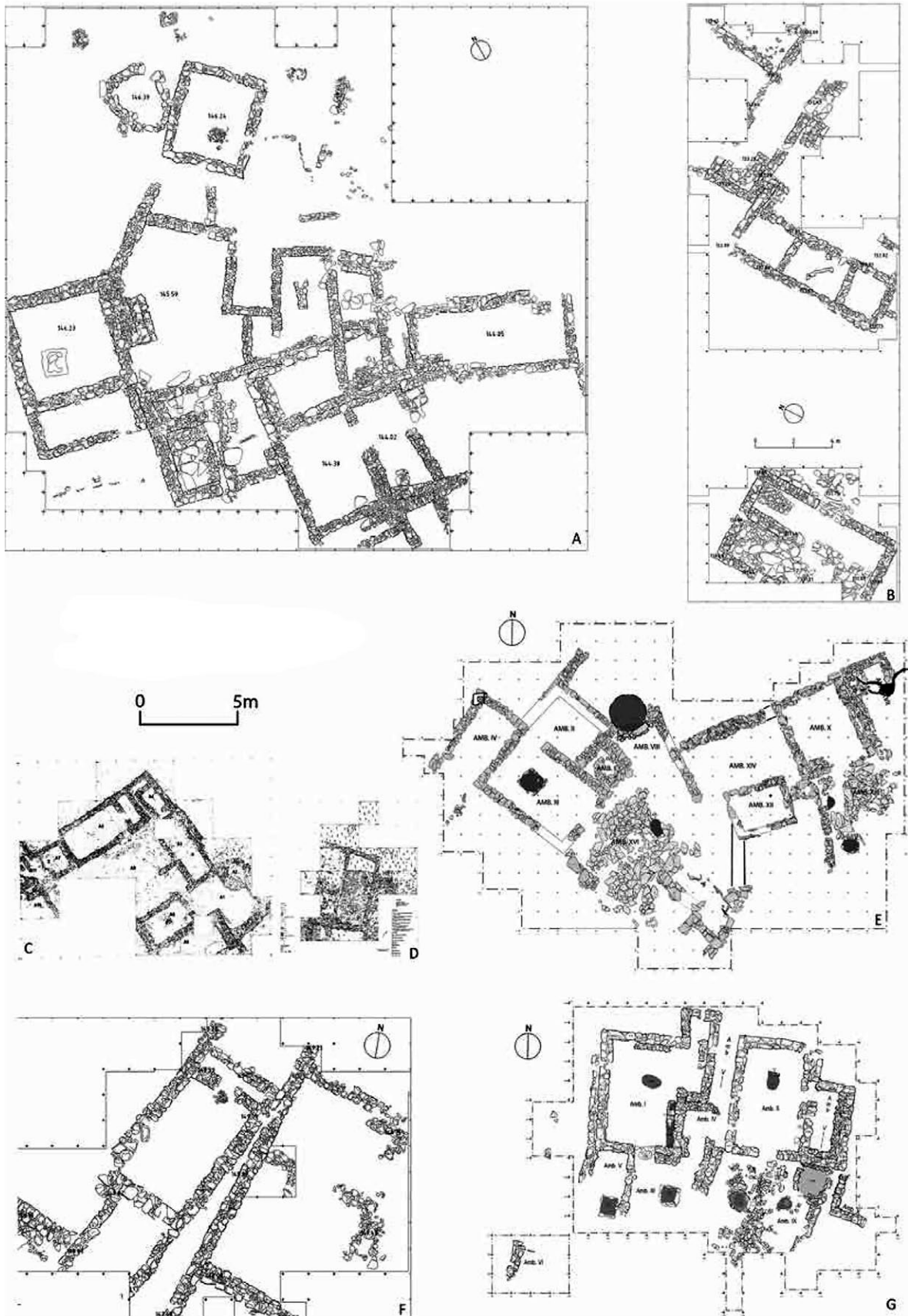


Figura 6. Pequenos povoados rurais del Alentejo Central (seg. Mataloto 2020, con bibliografía anterior): A. Espinheiro de Cão (Alandroal); B. Malhada das Taliscas (Alandroal); C. Monte Roncão 11 (Reguengos de Monsaraz); D. Espinheiro 9 (Reguengos de Monsaraz); E. Herdade da Sapatoa (Redondo); F. Casa da Moinhola (Alandroal); G. Herdade da Sapatoa 1 (Redondo).

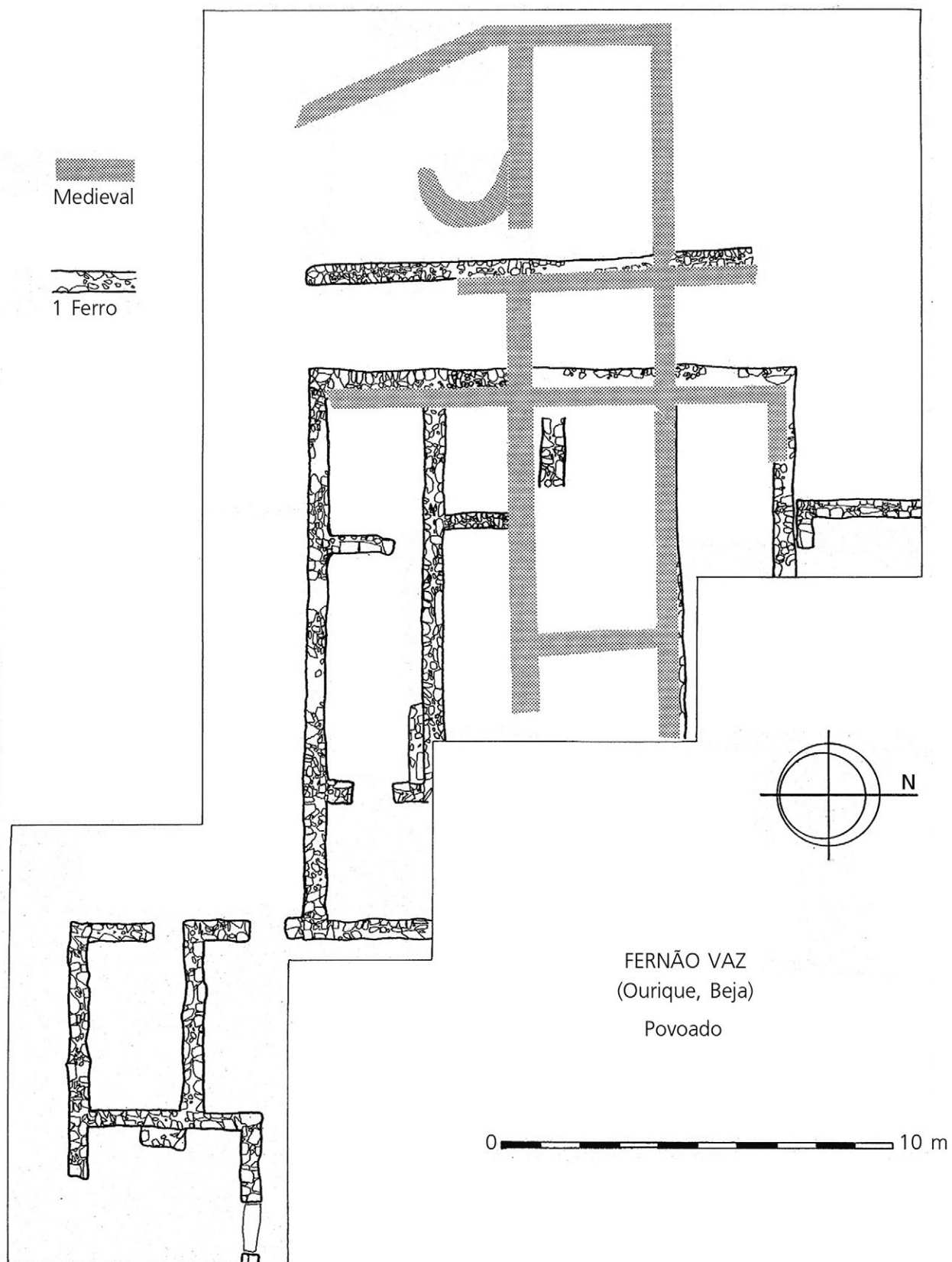


Figura 7. Planta del poblado de Fernão Vaz (Ourique) (seg. Correia 2007).

Sin embargo, si hay algunos indicios de un cierto grado de fluidez del poblamiento en esta zona que cabría valorizar. De hecho, las características arquitecturas tumulares de las necrópolis de la región presentan una evolución tipológica relativamente rápida. Si se asume un valor cronológico para las distintas fases de dicha evolución (v. Correia 1993; para una discusión de la cronología de las distintas fases establecidas por V. H. Correia, v. Arruda 2001: 269-270; Gomes 2016: 429-453), es posible señalar la existencia de conjuntos funerarios con diacronías de uso algo distintas.

De hecho, algunos de los conjuntos funerarios conocidos fundados en la Fase I de V. H. Correia, caracterizada por grandes monumentos tumulares de planta circular, no tienen continuidad en el tiempo, mientras otros perduran hasta la Fase II (monumentos cuadrangulares con cámara diferenciada), la Fase III (monumentos cuadrangulares sin cámara diferenciada), o incluso la Fase IV (monumentos en Π); otras necrópolis, por su turno, no cuentan con monumentos fundacionales de la Fase I, y parecen haberse fundado ya durante la Fase II de dicha secuencia evolutiva (Gomes 2016: 459).

Si se considera que las distintas historias internas de estas necrópolis reflejan las de los poblados asociados, lo cual parece muy probable, se puede intuir que a lo largo de toda la I Edad del Hierro se están fundando y abandonando asentamientos, seguramente a raíz de fenómenos orgánicos de fisión de núcleos familiares más numerosos y agotamiento de otros menos exitosos del punto de vista económico, pero, sobre todo, demográfico.

El poblamiento rural de una cuarta y última zona – la de Neves-Corvo (Castro Verde) – es bastante más difícil de interpretar debido a la limitada información de la que disponemos (Maia 1987; 1988; 2008; Maia y Maia 1986; 1996). En este entorno se han detectado y excavado tres conjuntos arquitectónicos de cierta complejidad (Neves I, Neves II, y Corvo I) (Figura 8), pero desgraciadamente muy mal conocidos, que parecen presentar características diferenciadas con respecto a los yacimientos mencionados arriba. La dimensión de los complejos, cuyo desarrollo parece alcanzar su máxima expresión en el siglo V a.n.e., su aparente complejidad arquitectónica e incluso las noticias con las que contamos de la presencia de materiales excepcionales en su interior, muchos de los cuales remiten para funciones culturales (para una síntesis, v. Gomes 2012: 67-83), pueden estar indicando la existencia de centros que sí adquirieron un significado especial dentro de estas redes de poblamiento rural, quizás, al menos en algún caso, como espacios de encuentro, de reunión, que cumplieron una función ritual o ritualizada que puede haber facilitado la articulación de la red de asentamientos rurales de su entorno.

Contrastes y conexiones: reflexiones finales sobre la articulación entre mundo urbano y mundo rural en la I Edad del Hierro del sur portugués

Como se puede apreciar por el panorama presentado en las páginas anteriores, son todavía muchos los aspectos de la articulación interna de este mundo rural del interior sur portugués que todavía no conocemos. Sin embargo, resulta todavía más complejo analizar la articulación entre dicho mundo rural y el mundo urbano del litoral. Algunos modelos tradicionales han llegado a plantear una capitalidad de determinados centros del litoral, como Alcácer do Sal, sobre amplios territorios del interior y sus comunidades rurales (Alarcão 1996), propuesta que no ha tenido demasiados apoyos (para una discusión, v. Correia 1997; Arruda 2004). Otros investigadores han asumido la autonomía de estas redes de poblamiento rural, pero siempre defendiendo la existencia – eminentemente teórica – de centros de poder todavía no localizados de los que dependerían (Correia 1997; 1999), algo que, tras décadas de investigación, no puede seguir sosteniéndose.

Cómo alternativa a estos modelos, desde inicios del siglo XXI se han planteado lecturas que enfatizan la autonomía de estas redes de poblamiento rural y su funcionamiento heterárquico y coordinado (esp. Arruda 2001; v. tb. Mataloto 2018; 2020). ¿Pero qué relaciones mantienen con los núcleos urbanos del litoral? Una lectura reciente ha propuesto que el florecimiento de este mundo rural del interior resulta del regreso de poblaciones que habrían migrado al litoral a inicios de la Edad del Hierro (Mataloto 2018: 176-178; 2020: 36). Dicho regreso no respondería exactamente a una dinámica de colonización agrícola promovida por un centro de poder urbano, sino a un movimiento de “emprendedores”, por utilizar un término contemporáneo (v. Mataloto 2020: 36).

Aunque esta hipótesis resulte seductora, y pudiera de hecho explicar la adquisición de algunos modelos arquitectónicos y de ciertas técnicas constructivas, la misma no parece totalmente consistente a la luz de otras evidencias ofrecidas por el registro arqueológico de estas comunidades rurales del interior sur portugués. Este modelo “pendular” no explica, por ejemplo, las particularidades de la cultura material de dichas comunidades, que no resulta del todo comparable con la de las comunidades del litoral y en la que se aprecia cierto arraigamiento de las técnicas y de los modelos locales del Bronce Final.

Por su turno, en el marco del modelo citado la recuperación de referentes ancestrales, prehistóricos, en el marco de las nuevas tradiciones funerarias que emergen en los territorios del interior durante este período se han interpretado al menos en parte como

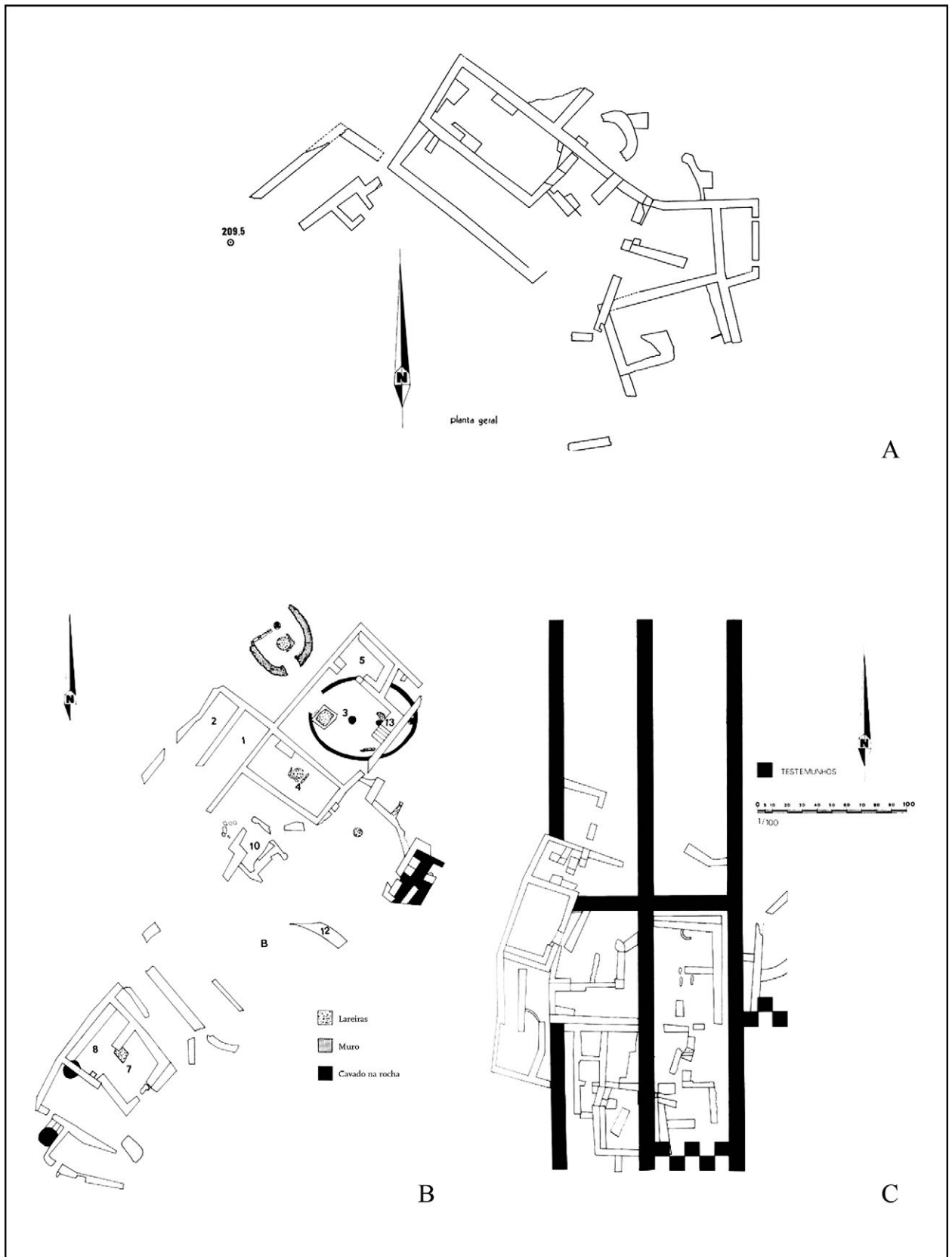


Figura 8. Plantas de los complejos arquitectónicos del área de Neves-Corvo (Castro Verde) (seg. Maia y Maia 1986): A. Neves I; B. Neves II; C. Corvo I.

muestra de un afán de legitimación de propiedad de las tierras recién ocupadas (Mataloto 2020: 39-41).

Sin embargo, dicha recuperación depende en gran medida de la transmisión de una memoria colectiva y de un conocimiento directo de los referentes materiales de dicha memoria. Resulta difícil (aunque, obviamente, no imposible) imaginar cómo se pudo haber producido de forma tan efectiva dicha transmisión dentro de unas comunidades desplazadas, a menos que se entienda la movilidad planteada por este modelo como de muy corta duración (p. ej., dentro de una misma generación), lo cual no parece consistente con el marco cronológico disponible.

De momento, resulta más convincente interpretar esta recuperación de referentes funerarios ancestrales como parte de una agenda específica de las comunidades que siguieron ocupando estos territorios tras el colapso de las formaciones sociopolíticas del Bronce Final. Además de legitimar la pose de su parcela de un territorio recién fragmentado a raíz de dicho colapso, esas comunidades pueden igualmente haber buscado en sus antecesoras prehistóricas el referente para sus nuevas fórmulas de organización social, política y territorial descentralizadas, expresando así su rechazo por el episodio de jerarquización del Bronce Final y buscando una regeneración social a través del retorno a un pasado más o menos idealizado (v. Gomes 2021c).

Por otra parte, los propios datos relativos a las tradiciones constructivas de los poblados rurales del interior permiten lecturas desde una óptica de (relativa) continuidad. Sí es cierto que, como bien ha señalado R. Mataloto (2018: 176-177; 2020: 36), la vasta mayoría de los poblados rurales conocidos hasta el momento presentan desde su fundación unas arquitecturas de tipo ortogonal que rompen con la tradición constructiva regional del Bronce Final. Sin embargo, no debe desvalorizarse la presencia de estructuras de tipo cabaña en Rocha do Vigio (Calado *et al.* 2007: 135-138; Calado y Mataloto 2008: 188-191), y en Neves I y II (Estrela 2022) ni su potencial continuidad con las ocupaciones posteriores caracterizadas por arquitecturas ortogonales, como recientemente se ha señalado para los yacimientos de Castro Verde (Estrela 2022: 515).

Estas situaciones documentadas en el interior sur portugués encuentran un potencial paralelo en la vecina Extremadura, en el yacimiento de Cerro Borreguero (Celestino Pérez y Rodríguez González 2018). Aunque su contexto sea distinto, el ejemplo de Santa Sofía (Vila Franca de Xira) en el Bajo Tajo (Pimenta *et al.* 2013) demuestra igualmente la continuidad de los modelos arquitectónicos locales hasta momentos transicionales entre la Edad del Bronce y la del Hierro.

A tenor de todas estas reflexiones, parece posible plantearse una lectura alternativa para el nacimiento del mundo rural en el interior sur portugués, basada en la premisa de que este territorio sigue ocupado durante la etapa transicional entre el Bronce Final y la Edad del Hierro, aunque con una densidad poblacional muy reducida a raíz de importantes movimientos demográficos del interior hacia el litoral (Mataloto 2018: 176; 2020: 36). Esa reducida densidad poblacional, sumada a la dispersión de la población por el territorio y a la continuidad de modelos arquitectónicos domésticos de muy baja visibilidad arqueológica, explicaría el vacío documental relativo a las etapas iniciales de la Edad del Hierro en la región.

Asumiendo esta hipótesis de trabajo, la pregunta fundamental que hay que colocarse es cual o cuales fueron los mecanismos que han potenciado la recuperación económica y demográfica de estas comunidades del interior a partir de finales del siglo VII/ inicios del VI a.n.e.. La búsqueda de la respuesta a dicha pregunta puede ser la clave para un acercamiento a las fórmulas de articulación entre este mundo rural y el mundo urbano del litoral.

De hecho, se puede plantear una sinergia entre los dos fenómenos abordados en esta contribución. Desde este punto de vista, puede plantearse que la consolidación y el florecimiento demográfico de los centros urbanos del litoral, con el consecuente crecimiento de la demanda por productos agrícolas, habría estimulado, o al menos creado una ventana de oportunidad, para la consolidación de este poblamiento rural y para su desarrollo.

Es además esa consolidación urbana la que parece generar el único caso que conocemos en el Centro-Sur portugués de un potencial fenómeno de colonización agrícola, en concreto con la aparición a inicios de la II Edad del Hierro de cierto número de instalaciones rurales, en algunos casos con evidentes signos de prosperidad y capacidad adquisitiva, en el entorno de Lisboa (Sousa 2014; 2017).

Dicho todo esto, se puede afirmar sin grandes reservas que una de las grandes tareas que habría que afrontar en el futuro, a través de nuevas investigaciones, nuevos métodos de análisis y nuevos modelos explicativos, consiste en la definición de los mecanismos de interacción entre el mundo urbano y el rural en la I Edad del Hierro del sur portugués, acotando mejor su configuración, alcance y significado. Sin embargo, esa es una tarea ambiciosa que excede los límites de esta modesta reflexión.

Bibliografía

- Alarcão, J. de 1996. Os círculos culturais da 1ª Idade do Ferro no Sul de Portugal, in F. Villar y J. de Encarnação (eds.) *La Hispania Prerromana. Actas del VI Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*: 19-36. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Albergaria, J. y Melro, S. 2013. *Ocupação Proto-Histórica na margem esquerda do Guadiana*. Beja: EDIA.
- Amadasi Guzzo, G. y J. Á. Zamora López 2008. Un ostracón fenicio de Tavira. *Vicino Oriente XIV*: 231-240.
- Antunes, A. S., M. de Deus, S. Estrela, J. Larrazábal Galarza, A. M. M. Soares y R. Salvador Mateos 2017. Monte do Bolor 3, Monte do Pombal 2, Salsa 3 e Torre Velha 3: contextos de planície da I Idade do Ferro do Alentejo Interior, in J. Jiménez Ávila (coord.) *Sidereum Ana III. El Río Guadiana y Tartessos*: 159-185. Mérida: Consorcio Ciudad de Mérida.
- Arruda, A. M. 1999-2000. *Los Fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.)*. Barcelona: Universidad Pompeu Fabra.
- Arruda, A. M. 2001. A Idade do Ferro pós-orientalizante no Baixo Alentejo. *Revista Portuguesa de Arqueologia* 4(2): 207-291.
- Arruda, A. M. 2003a. Tavira: afirmação do poder e estratégias de ocupação do território durante a 1ª Idade do Ferro, in *Tavira: afirmação do poder e estratégias de ocupação do território*: 51-56. Lisboa: MNA.
- Arruda, A. M. 2003b. Escavações arqueológicas no Castelo de Castro Marim: balanço e perspectivas. *Xelb* 4: 69-88.
- Arruda, A. M. 2004. A Idade do Ferro em Portugal: leituras de Jorge de Alarcão, in R. Vilaça y M. C. Lopes (coords.) *O Passado em Cena: Narrativas e Fragmentos. Miscelânea Oferecida a Jorge de Alarcão*: 75-98. Coimbra: CEAUCP.
- Arruda, A. M. 2005. O Iº Milénio a.n.e. no Centro e no Sul de Portugal: leituras possíveis no início de um novo século. *O Arqueólogo Português* IV(23): 9-156.
- Arruda, A. M. 2014. A Oeste tudo de novo. Novos dados e outros modelos interpretativos para a orientalização do território português, in A. M. Arruda (ed.) *Fenícios e Púnicos, por Terra e Mar (2)*. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos: 513-535. Lisboa: UNIARQ.
- Arruda, A. M. 2017. A Idade do Ferro Orientalizante no Vale do Tejo: as duas margens de um mesmo rio, in S. Celestino Pérez y E. Rodríguez González (eds.) *Territorios Comparados: Los Valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en Época Tartésica*: 283-294. Madrid: CSIC.
- Arruda, A. M., P. A. Carretero Poblete, V. T. de Freitas, E. de Sousa, P. Bargão, P. Lourenço y C. F. Oliveira 2009. Castro Marim: un santuario en la desembocadura del Guadiana. In: Mateos Cruz, P. y Celestino Pérez, S. (eds.), *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo Occidental*: 79-88. Madrid: CSIC.
- Arruda, A. M., V. T. de Freitas y C. F. Oliveira 2007. Os Fenícios e a urbanização no Extremo Ocidente: o caso de Castro Marim, in J. L. López Castro (ed.) *Las ciudades feniciopúnicas en el Mediterráneo Occidental*: 459-482. Madrid: CEFYP.
- Arruda, A. M., C. F. Oliveira y V. T. de Freitas, V. T. de 2017. Castro Marim entre indígenas, Fenícios e Tartéssicos, in J. Jiménez Ávila (ed.) *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*: 443-466. Mérida: Consorcio Ciudad de Mérida.
- Arruda, A. M., E. de Sousa, M. Ferreira, P. Lourenço y A. Carvalho 2021. *El Orientalizante en Portugal. Nuevos datos de Alcácer do Sal*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Barros, L. de 1998. *Introdução à Pré- e Proto-História de Almada*. Almada: Câmara Municipal de Almada.
- Barros, L. de, J. L. Cardoso y A. Sabrosa 1993. Fenícios na Margem Sul do Tejo. Economia e integração cultural do povoado do Almaraz, Almada. *Estudos Orientais* IV: 143-192.
- Barros, L. de y A. M. M. Soares 2004. Cronologia absoluta para a ocupação orientalizante da Quinta do Almaraz, no estuário do Tejo (Almada, Portugal). *O Arqueólogo Português* 4(22): 333-352.
- Beirão, C. de M. 1986. *Une Civilisation Protohistorique du Sud du Portugal (Ier Âge du Fer)*. Paris: Éditions du Bocard.
- Beirão, C. de M. y V. H. Correia 1991. A cronologia do povoado de Fernão Vaz, *Conimbriga* 30: 5-11.
- Beirão, C. de M. y V. H. Correia 1993. Novos dados arqueológicos sobre a área de Fernão Vaz, in J. Mangas y J. Alvar (eds.) *Homenaje a José María Blázquez*, vol. I: 285-302 Madrid: Ediciones Clásicas.
- Berrocal-Rangel, L. y A. C. Silva 2010. *O Castro dos Ratinhos (Barragem do Alqueva, Moura). Escavações num povoado proto-histórico do Guadiana, 2004-2007*. Lisboa: MNA.
- Berrocal-Rangel, L., A. C. Silva y F. Prados Martínez 2012. El Castro dos Ratinhos, un ejemplo de orientalización entre las jefaturas del Bronce Final del Suroeste, in J. Jiménez Ávila (coord.) *Sidereum Ana II: El Río Guadiana en el Bronce Final*: 167-184. Madrid: CSIC.
- Calado, M. y R. Mataloto 2008. O Post-Orientalizante da Margem Direita do Regolfo do Alqueva (Alentejo Central), in J. Jiménez Ávila (coord.) *Sidereum Ana I: El río Guadiana en Época Post-Orientalizante*: 185-217. Madrid: CSIC.
- Calado, M., R. Mataloto y A. Rocha 2007. Povoamento Proto-Histórico na Margem Direita do Regolfo do Alqueva (Alentejo, Portugal), in A. Rodríguez Díaz y I. Pavón Soldevila (eds.) *Arqueología de la Tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*: 129-179. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Celestino Pérez, S. y E. Rodríguez González 2018. Cerro Borreguero. Un yacimiento clave para estudiar

- la transición entre el Bronce Final y el periodo tartésico en el valle del Guadiana. *Trabajos de Prehistoria* 75(1): 172-180.
- Correia, V. H. 1993. As necrópoles da Idade do Ferro do Sul de Portugal: arquitectura e rituais. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* 33(3-4): 351-370.
- Correia, V. H. 1997. Um modelo historiográfico para a Idade do Ferro do Sul de Portugal e a sua Arqueologia. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* 37(3-4): 41-85.
- Correia, V. H. 1999. Algumas considerações sobre os centros de poder na Protohistória do Sul de Portugal, in *Actas do Congresso de Proto-História Europeia. Revista de Guimarães*, número especial, vol. II: 699-714. Guimarães: Sociedade Martins Sarmento.
- Correia, V.H. 2001. Arquitectura orientale e orientalizante em território português: uma revisão, in D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (coords.) *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*: 57-68. Madrid: CSIC.
- Correia, V. H. 2007. Fernão Vaz: Um caso de estudo da paisagem rural do sudoeste no período orientalizante, in A. Rodríguez Díaz y I. Pavón Soldevila (eds.) *Arqueología de la Tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*: 181-194. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Covaneiro, J. y S. Cavaco 2017. Evolução do espaço urbano da cidade de Tavira. *Scientia Antiquitatis* 1(2): 219-241.
- Dimova, B., M. Gleba y B. Marín-Aguilera 2021. Making cities: economies of production and urbanization in Mediterranean Europe, 1000-500 BC, in M. Gleba, B. Marín-Aguilera y B. Dimova (eds.) *Making cities: Economies of production and urbanization in Mediterranean Europe, 1000-500 BC*: 1-6. Cambridge: McDonald Institute for Archaeological Research.
- Estrela, S. 2022. Nos finais da Idade do Bronze, por terras de Neves-Corvo (Castro Verde), in J. Jiménez Ávila, M. Bustamante-Álvarez, F. J. Heras Mora (eds.) *X Encuentro de Arqueología del Suroeste*: 483-528. Zafra: Ayuntamiento de Zafra.
- Fernández-Götz, M. 2017. Urbanization in Iron Age Europe: Trajectories, Patterns, and Social Dynamics. *Journal of Archaeological Research* 26: 117-162.
- Fernández-Götz, M. 2020. Urbanisation and Deurbanisation in the European Iron Age: Definitions, Debates, and Cycles, in L. Zamboni, M. Fernández-Götz y C. Metzner-Nebelsick (eds.) *Crossing the Alps: Early Urbanism between Northern Italy and Central Europe (900-400 BC)*: 27-42. Leiden: Sidestone.
- Fernández-Götz, M., H. Wendling y K. Winger, 2014. Introduction: New Perspectives on Iron Age Urbanisation, in M. Fernández-Götz, H. Wendling y K. Winger (eds.) *Paths to Complexity: Centralisation and Urbanisation in Iron Age Europe*: 2-14. Oxford: Oxbow Books.
- García Fernández, F. J. y E. Ferrer Albelda 2021. *Ciudad y Territorio. Los Orígenes del Urbanismo en el Bajo Guadalquivir*. Jaén: Universidad de Jaén.
- Gomes, F. B. 2012. *Aspectos do Sagrado na Colonização Fenícia*. Lisboa: UNIARQ.
- Gomes, F. B. 2015. The West Writes Back: cultural contact and identity discourses in the Late Bronze Age and Early Iron Age of Southern Portugal, in A. Babbi, F. Bubenheimer-Erhart, B. Marin-Aguilera y S. Mühl (eds.) *The Mediterranean Mirror. Cultural Contacts in the Mediterranean Sea between 1200 and 750 B.C.*: 305-317. Mainz: RGZM.
- Gomes, F. B. 2016. *Contactos culturais e discursos identitários na I Idade do Ferro (séculos VIII-V a.n.e.): leituras a partir do registo funerário*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Lisboa.
- Gomes, F. B. 2021a. Change and permanence in a landscape of cultural interaction: The Early Iron Age in the Lower Sado valley (Portugal) as a case study, in P. Coombe y Y. Tung Fung (eds.) *Approaches to Disruptions and Interactions in Archaeology. Proceedings of the Graduate Archaeology at Oxford Annual Conferences in 2017-2019*: 7-17. Oxford: Archaeopress.
- Gomes, F. B. 2021b. *A necrópole do Olival do Senhor dos Mártires (Alcácer do Sal, Portugal) Práticas Funerárias, Cultura Material e Identidade(s) na Idade do Ferro do Baixo Sado (séculos VII - II a.n.e.)*. Lisboa: UNIARQ.
- Gomes, F. B. 2021c. Reflexões sobre escrita, identidade(s) e memória(s) na I Idade do Ferro do Sul de Portugal. *Palaeohispanica* 21: 95-125.
- Gomes, F. B. 2023. Contactos, tradiciones y (a)simetrías: el inicio de la Edad del Hierro en el Algarve (Portugal), in S. Celestino Pérez y E. Rodríguez González (eds.) *Tarteso. Nuevas fronteras*: 629-645. Mérida: IAM.
- Haggis, D. C. 2015. The Archaeology of Urbanization: Research Design and the Excavation of an Archaic Greek City on Crete, in D. C. Haggis y C. Antonaccio (eds.) *Classical Archaeology in Context. Theory and Practice in Excavation in the Greek World*: 219-258. Berlin: DeGruyter.
- Jiménez Ávila, J. (ed.) 2017. *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*. Mérida: Consorcio Ciudad de Mérida.
- Leadbetter, M. P. 2021. The fluid city, urbanism as process. *World Archaeology* 53(1): 137-157.
- Maia, M. 1987. Dois *larnakes* da Idade do Ferro do Sul de Portugal. *Veleia* 2-3: 223-242.
- Maia, M. 1988. Neves II e a fácies cultural de Neves Corvo. *Arquivo de Beja* 2(3): 23-42.
- Maia, M. 2000. Tavira fenícia. O território para Ocidente do Guadiana, nos inícios do I milénio a.C., in A. González Prats (ed.) *Fenícios y Territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenícios*: 121-150. Alicante: Instituto Alicantino Juan Gil-Albert.
- Maia, M. 2003a. Fenícios em Tavira, in *Tavira: Território e Poder*: 57-72. Lisboa: Museu Nacional de Arqueologia.

- Maia, M. 2003b. O Bronze Final pré-fenício de Tavira, in *Tavira: Território e Poder*: 39-47. Lisboa: Museu Nacional de Arqueologia.
- Maia, M. 2008. Reflexões sobre os Complexos Arquitectónicos de Neves-Corvo, na região central do Baixo Alentejo, em Portugal, in J. Jiménez Ávila (coord.) *Sidereum Ana I: El río Guadiana en Época Post-Orientalizante*: 353-364. Madrid: CSIC.
- Maia, M. y F. Gómez Toscano 2012. Um achado da Idade do Bronze em Tavira, in J. Jiménez Ávila (coord.) *Sidereum Ana II: El Río Guadiana en el Bronce Final*: 327-344. Madrid: CSIC.
- Maia, M. y M. Maia 1986. *Arqueologia da área mineira de Neves Corvo. Trabalhos realizados no triénio 1982-84*. Castro Verde: Somincor.
- Maia, M. y M. Maia 1996. Arqueologia do couro mineiro de Neves Corvo, in M. Rego (ed.) *Mineração do Baixo Alentejo*: 83-93. Castro Verde: Câmara Municipal de Castro Verde.
- Maia, M. y L. F. da Silva 2004. O culto a BAAL em Tavira. *Huelva Arqueológica* 20: 171-194.
- Marques, J., S. Gómez Martínez, C. Grilo y C. Batata 2013. *Povoamento rural no troço médio do Guadiana entre o rio Degebe e a Ribeira do Álamo (Idade do Ferro e Períodos Medieval e Moderno)*. Beja: EDIA.
- Mataloto, R. 2004. *Um “monte” da Idade do Ferro na Herdade da Sapatoa: ruralidade e povoamento no I milénio a.C. do Alentejo Central*. Lisboa: IPA.
- Mataloto, R. 2007. Viver no Campo: a Herdade da Sapatoa (Redondo) e o povoamento rural centro-alentejano em meados do I milénio a.C. *Revista Portuguesa de Arqueologia* 10(2): 135-160.
- Mataloto, R. 2008. O Pós-Orientalizante que nunca o foi... Uma comunidade camponesa na Herdade da Sapatoa (Redondo, Alentejo Central), in J. Jiménez Ávila (ed.) *Sidereum Ana I. El río Guadiana en época post-orientalizante*: 219-249. Madrid: CSIC.
- Mataloto, R. 2009. Através dos campos: arquitectura e sociedade na Idade do Ferro alto alentejana, in M. C. Belarte (ed.) *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (Ier millenni aC)*: 279-298. Barcelona: Universitat Barcelona.
- Mataloto, R. 2012. Os Senhores e as Serras: o final da Idade do Bronze no Alentejo Central, in J. Jiménez Ávila (coord.) *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final*: 185-213. Madrid: CSIC.
- Mataloto, R. 2013. Do vale à montanha, da montanha ao monte: a ocupação do final da Idade do Bronze no Alentejo Central. *Estudos Arqueológicos de Oeiras* 20: 221-272.
- Mataloto, R. 2017. “It’s the end of the world as we know it...”: o final da Idade do Bronze e o início da Idade do Ferro no interior alentejano, in S. Celestino Pérez y E. Rodríguez González (eds.) *Territorios Comparados: Los Valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en Época Tartésica*: 363-391. Madrid: CSIC.
- Mataloto, R. 2018. *All in the family...: comunidades rurais no território centro-alentejano na Idade do Ferro Antiga (séc. VI-V A.C.)*, in A. Rodríguez Díaz, I. Pavón Soldevilla y D. M. Duque Espino (eds.) *Más allá de las casas: familias, linajes y comunidades en la protohistoria peninsular*: 171-208. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Mataloto, R. 2020. “Rural “devolution”: the emergence of countryside in the inner Alentejo (Southern Portugal) in the early Iron Age. *Revista Portuguesa de Arqueologia* 23: 31-49.
- Mayet, F. y C. T. da Silva 2000. *L'établissement phénicien d'Abul. Portugal*. Paris: Diffusion du Bocard.
- Olaio, A., F.R. Henriques, T. António 2020. Singularidades de uma matriz comum: arquitectura e urbanismo orientalizante na Quinta do Almaraz (Almada, Portugal), in S. Celestino Pérez y E. Rodríguez González (eds.) *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo: IX Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. 4: 1795-1804. Mérida: IAM.
- Oliveira, C. F. 2012. O Castelo de Castro Marim durante a etapa final da Idade do Bronze, in J. Jiménez Ávila (coord.) *Sidereum Ana II: El Río Guadiana en el Bronce Final*: 345-362. Madrid: CSIC.
- Oliveira, C.F. 2013. O final da Idade do Bronze no Algarve: balanço e resultados da investigação arqueológica. *Estudos Arqueológicos de Oeiras* 20: 339-356.
- Paixão, A. C. 2001. Alcácer do Sal proto-histórica no contexto mediterrânico, in *Os Púnicos no Extremo Ocidente*: 149-172. Lisboa: Universidade Aberta.
- Pimenta, J., A. M. M. Soares y H. Mendes 2013. Cronologia Absoluta para o Povoado Pré-Romano de Santa Sofia (Vila Franca de Xira). *CIRA Arqueologia* 2: 181-194
- Prados Martínez, F. 2010. La Arquitectura sagrada: Un santuario del siglo IX A.C., in L. Berrocal-Rangel y A. C. Silva (eds.) *O Castro dos Ratinhos (Barragem do Alqueva, Moura). Escavações num povoado proto-histórico do Guadiana, 2004-2007*: 259-276. Lisboa: MNA.
- Rodríguez Díaz, A. (ed.) 2004. *El Edificio Protohistórico de «La Mata» (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Serra, M. 2014. Os Senhores da Planície. A ocupação da Idade do Bronze nos “Barros de Beja” (Baixo Alentejo, Portugal), in S. S. Lopes (coord.) *A Idade do Bronze em Portugal: os dados e os problemas*: 270-297. Tomar: Instituto Politécnico de Tomar.
- Silva, C. T. da 2005. A presença fenícia e o processo de Orientalização nos Estuários do Tejo e do Sado, in J. Jiménez Ávila y S. Celestino Pérez (eds.) *El Período Orientalizante*: 749-766. Madrid: CSIC.
- Silva, C. T. da, J. Soares, C. de M. Beirão, L. F. Dias y A. Coelho-Soares 1980-1981. Escavações arqueológicas no Castelo de Alcácer do Sal (campanha de 1979). *Setúbal Arqueológica* 6-7: 149-218.
- Soares, A. M. 2013. O sistema de povoamento do Bronze Final no Baixo Alentejo – Bacia do Guadiana. *Estudos Arqueológicos de Oeiras* 20: 273-302.

- Soares, J. y C. T. da Silva 1986. Ocupação pré-romana de Setúbal: escavações arqueológicas na Travessa dos Apóstolos, in *Actas do I Encontro de Arqueologia Urbana*: 87-101. Lisboa: IPPC.
- Sousa, E. de 2014. *A Ocupação Pré-Romana da Foz do Estuário do Tejo*. Lisboa: UNIARQ.
- Sousa, E. de 2017. Percorrendo o Baixo Tejo: regionalização e identidades culturais na 2ª metade do 1º milénio a.C., in S. Celestino Pérez y E. Rodríguez González (eds.) *Territorios Comparados: Los Valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en Época Tartésica*: 295-318. Madrid: CSIC.
- Sousa, E. de 2018a. A Idade do Ferro em Lisboa: uma primeira aproximação a um faseamento cronológico e à evolução da cultura material. *CuPAUAM* 42: 167-185.
- Sousa, E. de 2018b. A Tale of Two (?) Cities: Lisbon and Almaraz at the Dawn of the Iron Age. *Rivista di Studi Fenici* XLVI: 137-151.
- Vera, E. 2012. El yacimiento púnico-turdetano SE-M, in M. Hunt Ortiz (coord.) *Intervenciones Arqueológicas en el Área del Proyecto Minero Cobre Las Cruces (1996-2011): de la Prehistoria a la Época Contemporánea (Provincia de Sevilla, España)*: 70-72. Gerena: Fundación Cobres Las Cortes.

The urbanization process in the mouth of the Tagus estuary during the 1st millennium BC

Elisa de Sousa

Universidade de Lisboa / Faculdade de Letras / Uniarq (Centro de Arqueologia)

Abstract: This paper analyzes human occupation patterns in the Tagus estuary terminal area during the 1st millennium BC, revealing significant shifts in settlement dynamics.

While Late Bronze Age strategies favored dispersed settlements, prioritizing proximity to resources over defensibility, the arrival of Phoenician groups in the second half of the 8th century BC led to the concentration of population in select areas, specifically Castelo de São Jorge hill in Lisbon and Quinta do Almaraz in Almada, benefiting from favorable landscapes and maritime connectivity. These spaces soon adopted spatial and architectural models of Mediterranean tradition, evolving into urban or proto-urban centers during the 7th century BC.

Structural changes in the mid-1st millennium BC resulted in further urban expansion on the Castelo de São Jorge hill, coinciding with an apparent decline of Quinta do Almaraz. This moment is also reflected in the regional restructuring of settlement networks, which almost seem to revert to the Late Bronze Age preferences, showcasing the Tagus estuary as a dynamic hub of interaction and development during the 1st millennium BC.

Overall, this study contributes to understanding ancient urbanization processes in the westernmost area of Phoenician colonization, while attempting to redefine interpretive models and highlighting specific occupation singularities in the region.

Keywords: Western Atlantic; Phoenician colonization; Urbanization; Settlement patterns; Iron Age.

Resumen: Este trabajo analiza los patrones de ocupación humana en el área terminal del estuario del Tajo durante el 1^{er} milenio a.C., revelando cambios significativos en las dinámicas de asentamiento.

Mientras que las estrategias del Bronce Final favorecían los asentamientos dispersos, priorizando la proximidad a los recursos sobre la defensibilidad, la llegada de grupos fenicios en la segunda mitad del siglo VIII a.C. llevó a la concentración de población en áreas selectas, específicamente en la colina de Castelo de São Jorge en Lisboa y Quinta do Almaraz en Almada, beneficiándose de paisajes favorables y conectividad marítima. Estos espacios adoptaron pronto modelos espaciales y arquitectónicos de tradición mediterránea, evolucionando hacia centros urbanos o protourbanos durante el siglo VII a.C.

Los cambios estructurales en la mitad del primer milenio a.C. resultaron en una mayor expansión urbana en la colina de Castelo de São Jorge, coincidiendo con un aparente declive de Quinta do Almaraz. Este momento también se refleja en la reestructuración regional de las redes de asentamiento, que casi parecen volver a las preferencias del Bronce Final, mostrando el estuario del Tajo como un centro dinámico de interacción y desarrollo durante el 1^{er} milenio a.C.

En general, este estudio contribuye a comprender los procesos de urbanización antiguos en el área más occidental de la colonización fenicia, al intentar redefinir modelos interpretativos y resaltar singularidades específicas de ocupación en la región.

Palabras clave: Occidente Atlántico; Colonización fenicia; Urbanización; Patrones de asentamiento; Edad del Hierro.

Introduction

The Phoenician colonization was a phenomenon that brought about profound transformations in the exploration of territories, in the daily life, and in cultural practices of the groups inhabiting the western regions of the Iberian Peninsula. Among these multiple transformations, the establishment of new models of spatial occupation and architectural schemes is certainly among the aspects that most strongly influenced the historical evolution of these areas during the 1st millennium BC. Indeed, almost all Portuguese settlements that underwent the introduction of these urban processes from the late 8th century BC onwards evolved, with only a few exceptions, into urban entities

during the Roman period, many of which have persisted in that character until the present day.

As occurred in other areas of the Iberian Peninsula, the emergence of the first urban centers on the central facade of the Atlantic West operated at two differentiated levels: on one hand, the implementation of exogenous architectural and urban models, of Mediterranean origin, in newly founded sites closely linked to the Western Phoenician agenda; and, on the other hand, the adoption of these new urban canons in centers with previous occupation (Late Bronze Age), where indigenous traditions and agendas determined the pace of incorporation of these exogenous elements. Regardless of their nature, the selection of new

locations or the maintenance of previously occupied spaces followed quite rigorous criteria, involving careful planning of territory exploitation strategies and the optimization of potentialities offered.

In the mouth of the Tagus Estuary, the most recent data on Iron Age occupations seem to indicate that it was the first of these situations that conditioned the structuring of human occupation in the region, significantly altering the models of previous settlements.

In terms of landscape, this area features a relatively gentle relief, interspersed with more prominent hills, areas of enclosed valleys, and plains. Its agricultural potential is quite favorable, supported by the abundance and regularity of aquatic resources and mild climate. The connection zone between the river course and the Atlantic Ocean also presents sheltered areas with good port conditions, which favored the region within the framework of maritime routes.

Human occupation during the Late Bronze Age

During the Late Bronze Age, the southernmost area of Estremadura was characterized by a relatively intense network of open and non-fortified settlement clusters (Cardoso 2015), the actual extent of which remains archaeologically undetermined (Sousa 2016a). Their placement in the landscape varied in altitude, but territorially did not prioritize defensibility or visibility aspects. Archaeometric data obtained from several of these sites indicate that their occupation spanned the entire Late Bronze Age (Cardoso 2004), making them the predominant type of settlement in this area (Figure 1).

Little is known about the architecture of these sites, except for the hut at Tapada da Ajuda (Cardoso and Silva 2004) and the possible “hut bases” at Praça da Figueira (Silva 2013) and Quinta Nova de Santa António (Neto *et al.* 2013). It is assumed that their construction primarily used perishable materials, in some cases delimited by stone alignments, in circular or oval shapes. Near these structures, waste disposal areas and small combustion zones may appear, indicating a domestic use of the space. Their main economic activities would have been essentially of self-subsistence (agriculture, livestock, and hunting/gathering) (Cardoso 2004; Sousa 2016a).

Another challenge is determining the actual size of these settlements. So far, it has not been possible to extensively excavate these spaces. However, in preventive excavations at Quinta Nova de Santo António, Late Bronze Age associated layers and negative structures were identified in areas scattered over several hundred meters (Neto *et al.* 2013), suggesting a more dispersed settlement pattern, possibly integrated into the same occupation cluster (Sousa 2016a). In this

context, the scattered Late Bronze Age traces identified in Tapada da Ajuda, covering an area of about two hectares (Cardoso and Silva 2004: 233), or in the urban area of Lisbon, in the present-day Praça da Figueira and possibly also along the Santana slope (Sousa 2016a), may reflect similar situations.

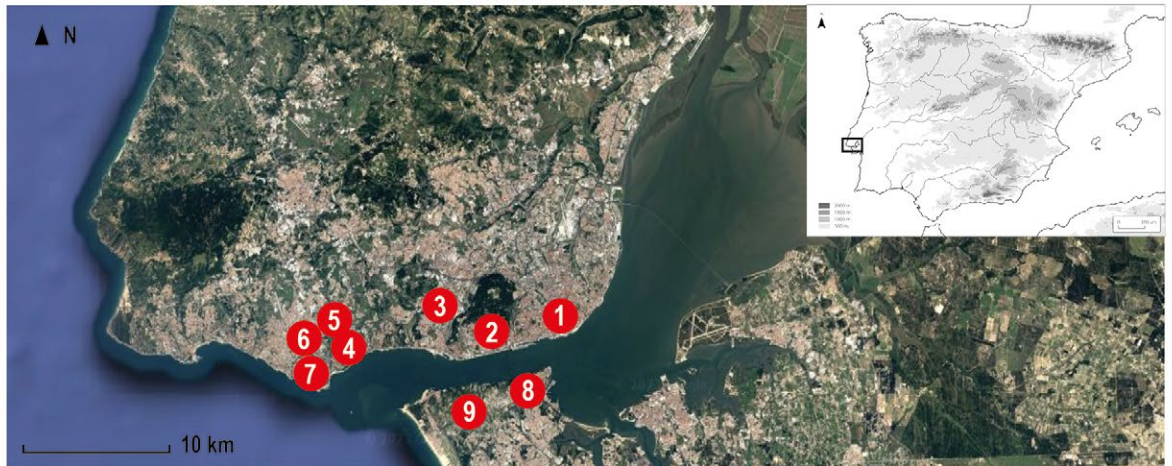
This model of dispersed settlement in Lower Estremadura, potentially comprising multiple family-based occupation clusters, could be equivalent to situations recently considered for the Alentejo region (Antunes *et al.* 2012; Mataloto 2013; Soares 2013; Soares *et al.* 2021), thus reflecting common strategies throughout the Southwest Iberian Peninsula. However, unlike the Alentejo region, the absence of large fortified sites in this southernmost zone of the Lisbon Peninsula (Sousa 2016a) suggests a lack of hierarchical organization in the settlement patterns, at least in this region, during the Late Bronze Age.

The beginning of the Iron Age and the transformation of settlement models

From the mid/late 8th century BC, and especially during the following century, structural changes occurred in the settlement network of the Lower Tagus (Figure 1). These transformations were primarily driven by the impact of the establishment of Western Phoenician communities on the regional sphere and the various responses of indigenous communities to subsequent processes of cultural interaction with external groups (Sousa 2023).

The main modifications in the settlement pattern are observed in the southernmost area of the Lisbon Peninsula. The numerous open and non-fortified occupation clusters that characterized the human landscape during the Late Bronze Age appear to have been abandoned either just before or contemporaneously with the settlement of Western Phoenician groups in the Tagus Estuary. Indeed, none of these sites show the presence of material culture elements characteristic of the earlier phases of the Iron Age, with only a few exceptions such as the double-spring fibula from Casal de Vila Chã Norte (Miranda *et al.* 1999) or the evidence from Quinta do Marcelo (Barros 1998; Cardoso 2004), which may however be related to the MCNH horizon (Alvar Ezquerro 2008). Furthermore, even the radiocarbon datings available for these settlements do not indicate chronologies later than the 8th century BC (Cardoso 2006, 2010-2011; Soares 2004).

These groups likely did not disappear from the region; it is highly probable that, during the early Iron Age, they relocated to other centers, especially those newly established at the mouth of the Tagus Estuary with the permanent settlement of Western Phoenician groups,



Late Bronze Age: 1 - Praça da Figueira; 2 - Tapada da Ajuda; 3 - Moinho da Atalaia; 4 - Abrunheiro; 5 - Alto das Cabeças; 6 - Cabeço do Mouro; 7 - Quinta Nova de Santo António; 8 - Quinta do Marcelo; 9 - Quinta do Percevejo.



1st Iron Age (7th-6th century BC): 1 - Lisboa - Colina do castelo de São Jorge; 2 - Quinta do Almaraz; 3 - Montes Claros; 4 - Ponte de Santana; 5 - Rua Manuel Febrero; 6 - Quinta do Facho.



2nd Iron Age (5th-3rd century BC): 1 - Lisboa - Colina do castelo de São Jorge; 2 - Quinta do Almaraz; 3 - Alto das Perdizes; 4 - Alto da Casa Branca; 5 - Travessa das Dores; 6 - Moinhos de Alfragide; 7 - Moinho da Atalaia; 8 - Outorela; 9 - Leião; 10 - Gamelas 3; 11 - Miroiço; 12 - Freiria; 13 - Moinhos do Filipinho; 14 - Baútas; 15 - Casal de Vila Chã; 16 - Castelo dos Mouros; 17 - Santa Eufêmia; 18 - Espigão das Ruivas; 19 - Quinta da Torre.

Figure 1. Location of the mouth of the Tagus estuary on the Iberian Peninsula and evolution of settlement networks throughout the 1st millennium BCE (source: Google Earth).

the hill of Castelo de São Jorge (Lisbon), and Quinta do Almaraz (Almada). In these locations, the presence of these indigenous populations is documented mainly by the presence of handmade ceramics that still preserve the morphological and decorative traditions of the preceding phase, diminishing rapidly as chronology advances (Sousa and Guerra 2018, 2023).

The scarcity of data for characterizing Late Bronze Age occupations hinders making corroborated proposals about demographic aspects. Nevertheless, it is possible to perceive a certain demographic growth in the Lower Tagus Estuary, due, on the one hand, to the newly arrived groups that settled in the region and, on the other hand, to the fact that these spaces became poles of attraction and possibly aggregation for pre-existing communities that were previously more dispersed in the region.

What is certain is that the settlement pattern of the early Iron Age reflected a pronounced reconfiguration compared to preceding periods. Underlying this transformation is the privileged role that waterways, particularly the Tagus River, seemed to play in regional communication networks (Sousa 2022), allowing access to and transportation of essential resources in the context of the Phoenician colonial agenda in the Far West. Therefore, it is not surprising that during the early Iron Age, the highest density of human occupation was recorded along its banks (recent synthesis in Sousa 2019), reconciling logistical needs with the utilization of the agricultural and livestock potential of these areas.

Understanding the social structures that formed in these new centers is more challenging, considering the absence of corresponding funerary contexts. Although the material culture of the main centers at the mouth of the Tagus Estuary (Lisbon and Quinta do Almaraz) indicates a clear predominance of Western Phoenician elements (Arruda 1999-2000; Barros *et al.* 1993; Olaio 2018; Sousa 2016b; Sousa and Guerra 2018, 2023), it cannot be ruled out that some indigenous agents played prominent roles in these hybrid communities, as suggested by the inscription on the funerary stele discovered in the excavations of the former Sommer Warehouses (Neto *et al.* 2016), assuming it refers indeed to local anthroponyms. In this context, we cannot ignore that the settlement of newly arrived groups was possible only through prior recognition of the territory and negotiation processes with indigenous communities (Alvar Ezquerro 2008; Wagner 2001, 2007), which surely favored some of their agents.

Nevertheless, the changes observed in settlement networks seem to indicate that economic and commercial directives during the early Iron Age were mostly dictated by external interests, focused on obtaining raw materials necessary for the Phoenician

colonial agenda and their subsequent circulation through river and maritime routes (Arruda 1999-2000; Sousa 2018a, 2022). However, it also seems evident that the settlement of these Western Phoenician groups in the Lower Tagus involved the creation or adaptation of agricultural and livestock production structures that integrated into a new economic and commercial model that marked the region throughout almost the entire 1st millennium BC. These territories were likely controlled, ultimately, by the primary settlements. Nonetheless, the communities that occupied the riverside areas of the Tagus Estuary were culturally diverse during the early Iron Age, with spaces where previous traditions predominated, coexisting with other clusters where the exogenous matrix was prevalent or exclusive, as well as other hybrid situations (Sousa 2023).

The urban or proto-urban centers

Among the settlement network characterizing the early phase of the Iron Age in the mouth of the Tagus Estuary, two locations stand out prominently in territorial structuring: Lisbon (Hill of São Jorge Castle) and Almada (Quinta do Almaraz). Although previous human occupation has been documented in their respective surrounding areas (Silva 2013; Barros 1998), these spaces seem to have been founded precisely at the beginning of the Iron Age, with a predominant Western Phoenician cultural influence.

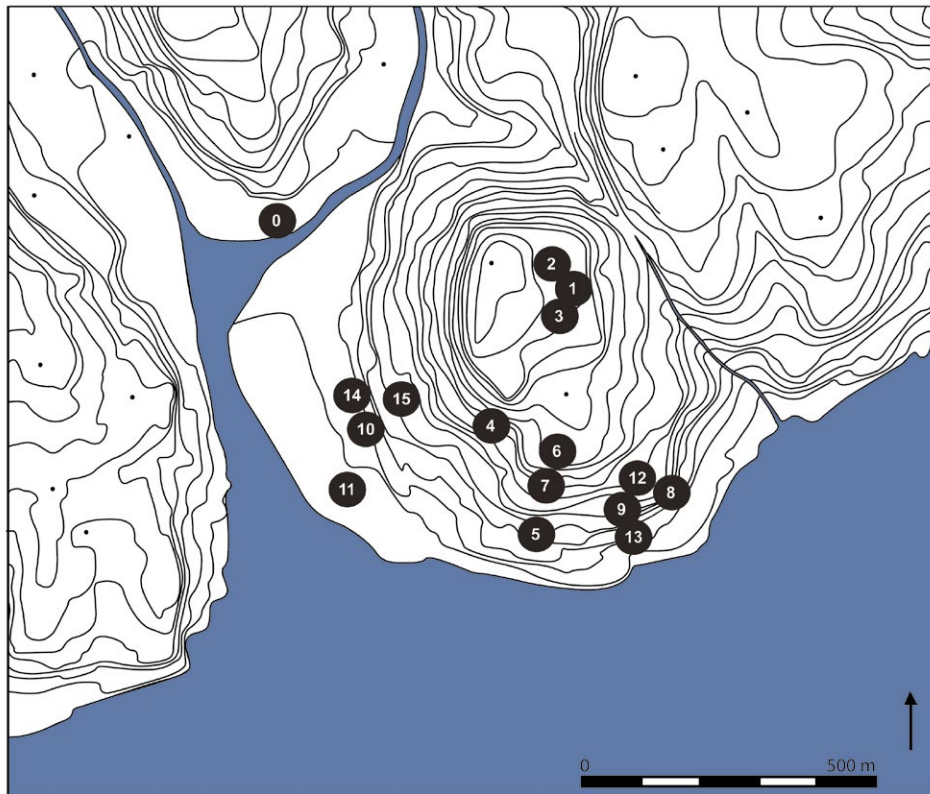
In Lisbon, its urban nature over the past millennia complicates the understanding of fundamental aspects of its early occupation, such as the identification of defensive structures, the characterization and distinction of private residential spaces from other public or semi-public areas, and sectors dedicated to more specialized activities.

As for Quinta do Almaraz, fortunately, no significant construction dynamics have been observed in the space, although erosion of its slopes, especially on the north side, and the construction of the Castle may have caused some loss of information. However, archaeological interventions have not yet allowed a more detailed understanding of the internal organization of the space, although they have revealed quite significant architectural elements.

In any case, both locations enjoy a privileged dominance over the surrounding territory, particularly the banks of the Tagus River, and possess some natural defensibility.

Lisbon - São Jorge Castle Hill

The Iron Age occupation in Lisbon focused, according to available data, on São Jorge Castle Hill, specifically on its southern slope (Figure 2). Its highest point is about 90 meters above sea level, providing excellent visibility



0 - Praça da Figueira (Late Bronze Age); 1 - Largo de Santa Cruz; 2 - Praça Nova; 3 - Rua do Recolhimento; 4 - Rua de São Mamede ao Caldas; 5 - Casa dos Bicos; 6 - Pátio do Aljube/Teatro Romano; 7 - Sé; 8 - Travessa do Chafariz D'El Rei; 9 - Rua da Judiaria; 10 - Rua dos Douradores; 11 - Rua dos Correiros/Rua Augusta; 12 - Rua de São João da Praça; 13 - Rua Cais de Santarém/Sommer; 14 - Corpus Christi; 15 - Rua da Madalena

Figure 2. Urban interventions in Lisbon (cartographic base from Pimenta 2005, modified).

over the surrounding territory, especially the banks of the Tagus River.

The evolution of this settlement during the 1st millennium BC is not sufficiently documented due to the intensity of its occupation over the last three thousand years, as mentioned earlier.

Nevertheless, it is estimated that in the earlier phases of the Iron Age (7th and 6th centuries BC), this settlement covered an area of about 15 hectares, undergoing an expansion during the mid-1st millennium BC, reaching approximately 20 hectares at that time (Arruda 1999-2000; Sousa 2017).

Architectural remains from these periods are unfortunately not very abundant, which is directly related to the current urban nature of the space. Nevertheless, it is noteworthy that in practically all interventions reaching Iron Age levels, constructions from this period have been identified (Pimenta *et al.* 2014a; Fernandes *et al.* 2013; Filipe *et al.* 2014; Gomes and

Gaspar 2017; Ribeiro *et al.* 2020; Sousa 2014; Sousa *et al.* 2016), even though their limited extent does not allow for the reconstruction of their architectural plans.

Despite the scarcity of specific data to estimate the actual density of its occupation, it is likely that the settlement was arranged on different platforms, considering the topographical characteristics of the hill, similar to what would later happen in Roman times.

The collected elements indicate that the earliest phase of its occupation dates back to the 8th /early 7th century BC. At this time, the occupation of the hill seems to be concentrated in areas close to its foothills, near the banks of the Tagus River. The oldest published contexts appeared in Rua de São Mamede ao Caldas, unfortunately without associated architectural elements, except for a “slope platform containment structure” using marl and plant material (Pimenta *et al.* 2014a). It is possible, considering the characteristics of some ceramic elements, that this moment was also documented in the excavations of Casa dos Bicos,



Figure 3. Iron Age structures of Praça Nova (according to Gomes and Gaspar 2017).

although specific stratigraphic data were not recovered (Pimenta *et al.* 2015). This early construction phase could also be associated with the oldest structure identified in Travessa do Chafariz d'El Rei, predating the 7th century BC occupation, which, unfortunately, could not be intervened (Filipe *et al.* 2014).

Associated with this chronological scope is also the earliest moment of Iron Age occupation identified in the excavations of the former Sommer Warehouses, near the Tagus River. The detailed study of the different phases of this space is still in study, so it is not prudent to provide more specific data at this time. However, it is worth noting the identification, in the earliest phase, directly above the water table, of a rectilinear structure about 1.2 meters thick, parallel to the riverbank (Figure 5, above). This construction, preserved over three meters in length, was interpreted as a wall structure, intended to protect and delimit the space. Another point of interest is its later association with an inclined stone platform, interpreted as a ramp to access the river, which may perhaps be related to a potential port aspect of this area (Ribeiro *et al.* 2020).

To date, these earliest moments of Iron Age occupation are not recorded in the higher areas of São Jorge Castle Hill.

Although this space has been the subject of multiple interventions in the 1990s and 2000s, published data is scarce. However, several materials displayed in the Museum Nucleus of São Jorge Castle, collected during these works, indicate occupations that can be integrated into the 7th and 6th centuries BC.

In a recent study (Gomes and Gaspar 2017), the existence of constructions associated with the earliest moments of occupation in the area of Praça Nova is also mentioned, specifically a rectangular compartment structured with masonry walls, dated by the responsible team to the 7th century BC (Gomes and Gaspar 2017), although the collected materials remain unpublished (Figure 3). In other nearby areas, paved spaces with clayey sediments were documented, sometimes extensive, reaching 20m², abandoned in the late 6th or early 5th century BC (Gomes and Gaspar 2017).

More recently, preventive works carried out at Largo de Santa Cruz do Castelo, led by S. Guerra, provided somewhat more substantial data on this early phase of hilltop occupation. In two of the intervened sectors, it was possible to reach the geological substrate on which the first buildings were constructed, dating back, according to materials collected from associated levels, to the 7th century BC, thus contemporaneous with

those detected in Praça Nova (Sousa and Guerra 2018, 2023) (Figure 4 - a) and b)).

These structures, of which, once again, only the stone foundations are preserved, are characterized by the use of local raw materials (limestone and sandstone) bound by clayey sediments. The walls of these phases have thicknesses ranging from 40 to 45 cm, with the height of the better-preserved elevations around 36 cm. In various areas of the excavation, remnants of adobe bricks and ceramic coating were collected, indicating the use of these materials and consequently Mediterranean construction techniques in wall construction.

The floors of this phase are mainly made of paved earth and clay, sometimes including small pebbles and horizontally arranged ceramic fragments, with associated combustion areas formed by clay plates (Sousa and Guerra 2018, 2023) (Figure 4 - f).

Still at Largo de Santa Cruz, another intervened sector, whose materials are currently under study, provided more unique architectural data, roughly contemporary with the previously mentioned structures. It is a delimited space, at least on its west side, by rammed earth and mudbrick structures (Figure 4 - c) and d), associated with a red-painted floor. It is worth noting the presence, in some collected adobe samples, of white paintings, indicating a coating that covered the walls of this compartment.

The most unique element is the installation of a square-shaped pit, approximately 40 cm wide and half a meter deep, lined with vertically arranged limestone slabs (Guerra and Sousa 2020). Additionally, another slab found in the vicinity seems to have been used as a cover for this structure (Figure 4 - e). Unfortunately, the limited area of the trench where these elements were identified, as well as the overlap of other more recent buildings, hinder a clearer reading of this emblematic space (Guerra and Sousa 2020). Nevertheless, these traces, as well as some peculiarities of the associated material culture, currently under study, seem to point to a probable religious function of this area, which, if confirmed, would be the first building with this nature identified in the context of the Iron Age occupation of São Jorge Castle Hill.

Architectural remains from the 7th and 6th centuries BC were also identified along the southern slope of São Jorge Castle Hill, specifically in Rua da Madalena (Sousa *et al.* 2016), Pátio do Aljube (Fernandes *et al.* 2013), and the Chafariz d'El Rei area (Filipe *et al.* 2014). Unfortunately, in these cases, the interventions only allowed for the recognition of small sections of masonry structures, overlaid by Roman or later constructions, severely limiting their interpretation. Among the more unique elements, only the identification, in the excavations of Rua da Madalena, of a stone element with two holes, which seems to be a lithic object (perhaps an anchor) reused in the construction of one of the structures,

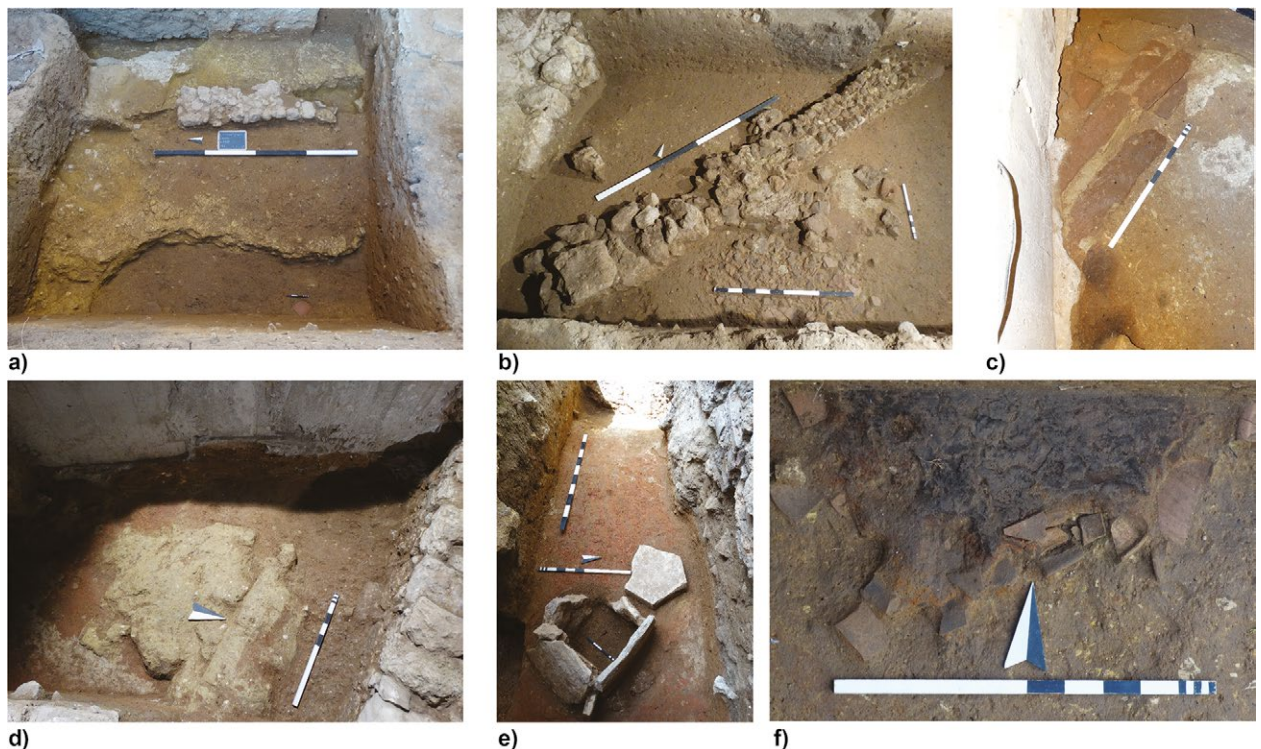


Figure 4. Largo de Santa Cruz: a) and b) - structures from the 7th century BCE; c) and d) - adobe constructions; e) pit formed by limestone slabs; f) combustion area (according to Guerra and Sousa 2020).

stands out, and it cannot be ruled out that it may have been used as a socket for the hinge of an entrance (Sousa *et al.* 2016).

In this phase, we should also integrate the second main chronological period detected in the Sommer Warehouses (Ribeiro *et al.* 2020), although this possibility must be corroborated by the detailed study of the associated material culture, which is currently ongoing (Figure 5, below).

Preserved levels from this chronology also appeared in Rua de São Mamede ao Caldas (Pimenta *et al.* 2014a) and Sé de Lisboa (Arruda 1999-2000), although without clear associations with built elements, attesting, however, to the intense occupation of the hill during this phase.

One more exceptional case, documented during archaeological works on Rua de Judiaria (Calado *et al.* 2013) should be mentioned. It consists of a series of preserved Iron Age contexts, centered around the 6th century BC, associated with combustion areas, deposited inside a karstic environment. Its location in

the easternmost area of the hill indicates that it would be integrated into the settlement nucleus or, at least, in its vicinity, and its relationship with cultic activities has already been suggested (Arruda 2017; Sousa *et al.* in press a).

Constructive moments specifically associated with a 6th century BC occupation are, so far, very scarce in the city. In the better-documented cases, this specific phase seems to be substantiated mainly in fill levels (Amaro 1993; Arruda 1999-2000; Sousa and Guerra 2018, 2023), although ongoing studies on other interventions may allow for future modifications and clarifications.

Other intervened spaces in the city also revealed materials that could be integrated into the 7th and 6th centuries BC. Unfortunately, these are residual elements that appear out of context, and it was not possible to reach a greater depth during the excavation. Nevertheless, they allow us to consider that, at these times, human occupation of São Jorge Castle Hill extended to the present-day Rua de São João da Praça (Pimenta *et al.* 2005, 2014b).

There is no doubt that the subsequent phase, from the mid-1st millennium BC, corresponded to the period of greatest dynamism of this settlement, with a considerable expansion of its perimeter, now also encompassing the westernmost areas of the hill, currently occupied by Baixa Pombalina (Sousa 2014).

Excavations conducted in the last century on Rua dos Correiros allowed the identification of a built space from this period (5th century – early 4th century BC), whose nature seems to have combined residential, artisanal, and possibly port-related functions (Sousa 2014). The identified constructions maintain the previously documented aspects: masonry foundations with a thickness between 45 and 50 cm and a preserved height of at least 40 cm. They were associated with clay and paved earth floors and combustion structures, built with rolled pebbles and clay, having a diameter of about one meter, and located tendentially in the center of the compartments.

In the corners of two of the compartments, small clay plates were detected, leaning against the masonry structures, which seem to have supported large storage vessels (Sousa 2014). In only one case was it possible to document the useful area of the compartment, measuring 11.5 m² (5.75 m x 2 m), with its entrance located in the southwest corner, formed by horizontally arranged limestone blocks, with a length of 1.5 m (Figure 6).

The same construction techniques were used in the second architectural phase documented at the site (Sousa 2014), with the space acquiring, at least



Figure 5. Iron Age structures of the Sommer Warehouses (according to Ribeiro *et al.* 2020).

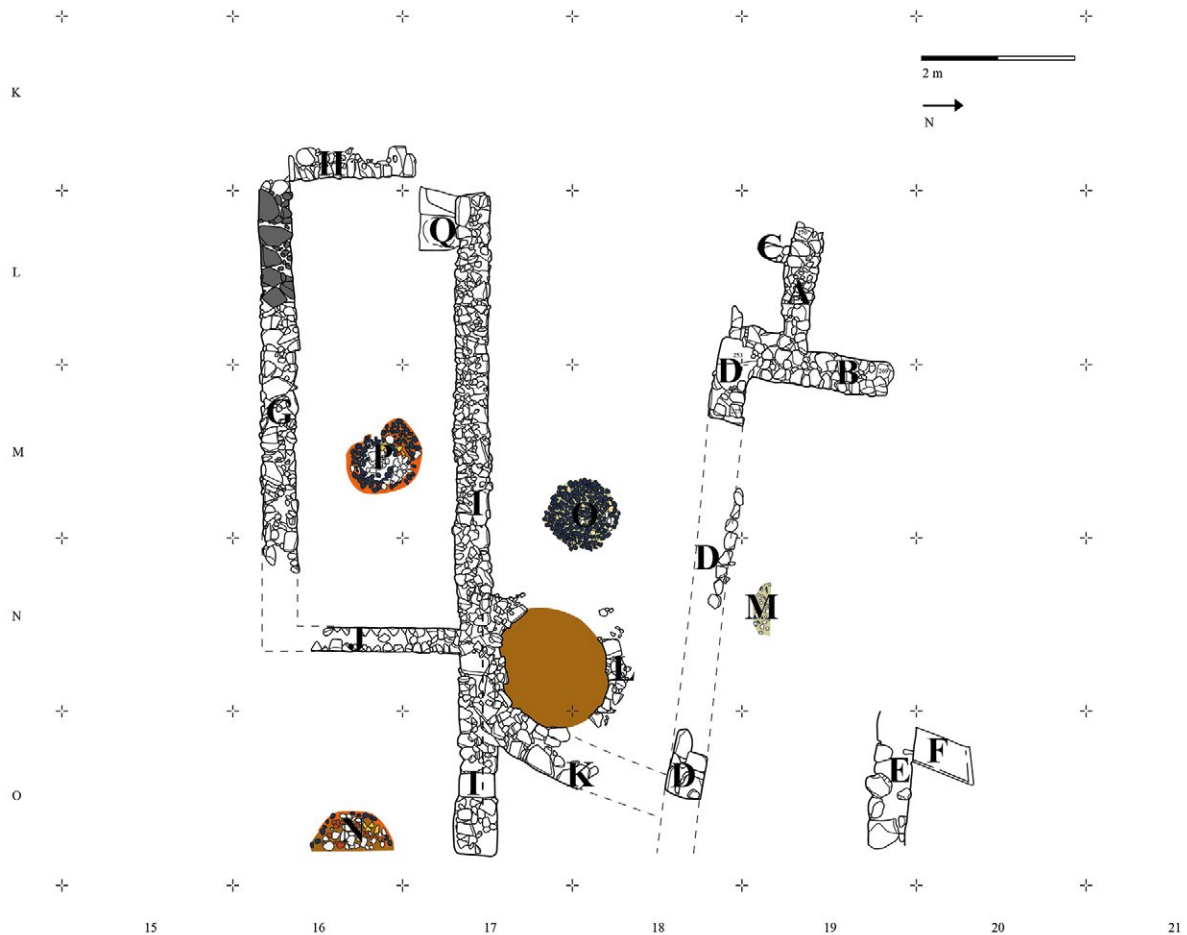


Figure 6. Plan of the second construction phase of Rua dos Correeiros (according to Sousa 2014).

partially, artisanal functions, judging by the presence of a circular-shaped kiln. Its functionality is not unequivocal and may correspond to a structure for ceramic production or for other purposes, perhaps culinary in nature (Antunes *et al.* 2020; Sousa 2014; Sousa *et al.* in press b). In this context, it is relevant to mention the identification, in a nearby area, of other similar structures. These appeared in the *Corpus Christi* excavations, about 100 meters away from Rua dos Correeiros, where preventive excavations detected two other structures very similar to the previous one, both in terms of plan and the construction techniques used, as well as in terms of their chronology (Antunes *et al.* 2020). The close proximity and contemporaneity of these elements may eventually indicate a specific area of the São Jorge Castle Hill core, probably peripheral, dedicated to artisanal activities, remaining open for now whether related to ceramic production or food processing.

Two other similar structures, but apparently slightly later in chronology (4th/3rd centuries BC), were also detected in interventions on the hillside, near São Jorge

Castle (Fernandes 2017), although no further data have been made available to clarify their functionality.

Less problematic is the role of another structure identified at the top of the hill, on Rua do Recolhimento, in excavations carried out by the team of the then Portuguese Institute of Architectural Heritage (IPPAR). In this case, it is undoubtedly a kiln intended for ceramic production, oval-shaped, with clay walls and an axial wall to support the grid. Although the associated materials for this structure are not known in detail, a chronology around the mid-1st millennium BC is plausible (Sousa *et al.* in press b).

Other material and architectural remains were collected in various other areas at the top and southern slope of São Jorge Castle Hill, reflecting the continuity of human occupation throughout the area during the mid-1st millennium BC. Unfortunately, these levels were often affected by successive construction dynamics.

In Largo de Santa Cruz, the occupation of this phase corresponds only to small segments of stone structures,

about 66 cm wide, associated with clay floors, combustion areas, and some negative structures (Sousa and Guerra 2018, 2023). Among the excavations carried out by the IPPAR team, there are also reports of clay floors and paved areas integrated into this chronology, such as Rua de Santa Cruz (lot 58) and Páteo do Sequeira (Gomes and Gaspar 2017).

Other materials from this phase appeared in areas such as Pátio da Senhora da Murça (Calado 2008), Travessa do Chafariz d'el Rei (Filipe *et al.* 2014), and Casa dos Bicos (Pimenta *et al.* 2015). Interventions in the former Sommer Warehouses also seem to have revealed levels of this chronology (Ribeiro *et al.* 2020), with more precise data on these interventions expected to be released soon.

Lastly, also on Rua dos Douradores (Cardoso and Carreira 1993) and Rua Augusta (Ferreira *et al.* 2000), other collected traces seem to integrate into that same period (Sousa 2014: 32-34), although contextual data are not available. Nevertheless, they reveal the range of human presence in the mid-1st millennium BC in current Baixa Pombalina, possibly in continuity with the evidence detected on Rua dos Correios.

Among all phases of the city's occupation, the least well-known, both architecturally and in terms of associated material culture, is the one preceding the Roman presence, which in the Lower Tagus, occurs during the last third of the 2nd century BC (Pimenta 2005). In fact, the only contexts associated with this moment were identified in Rua de São João da Praça (Pimenta *et al.* 2005) and the Roman Theater of Lisbon (Fernandes 2017). We do not have, for this phase, other architectural elements beyond the two aforementioned structures from the latter site, but for which a detailed publication has not yet been made available.

In any case, it should be mentioned that this lack of data for the final moments of the Iron Age on São Jorge Castle Hill may be more related to the subsequent construction dynamics (Roman Republican and Imperial period), which involved a very significant reconfiguration of spaces, especially those where monumental structures were built, than to a possible moment of greater instability or contraction of human occupation. Also, at the top of the hill, it is observed that Iron Age levels often appear immediately below more recent pavements from the modern and contemporary era, suggesting that the intermediate occupation moments have been destroyed by these constructive dynamics.

Almada - Quinta do Almaraz

Quinta do Almaraz is located on the opposite bank of the Tagus River, almost directly in front of São Jorge

Castle Hill. In this case, the occupation is restricted to an elongated spur, about 60 meters in altitude, in an area originally estimated at six or seven hectares but currently reduced to about five (Barros *et al.* 1993; Olaio *et al.* 2020).

This space, which also seems to be organized into platforms, underwent archaeological interventions, mainly in the 1980s and 1990s, directed by L. Barros, with excavation work more recently resumed by A. Olaio (Olaio *et al.* 2020, 2023).

In all intervened sectors, the contextual data made available so far are exclusively related to Iron Age occupations (Barros *et al.* 1993; Olaio *et al.* 2019a), chronologically extending from the 8th or 7th century BC to the mid-1st millennium BC, considering the characteristics of the material culture (Olaio 2018).

In spaces considered residential, an orthogonal layout was detected, recording the same construction techniques used on the right bank of the Tagus: stone foundations, assuming the use of earthen architecture in the elevation of walls (Barros 1998, Olaio *et al.* 2020) (Figure 7). Also in this case, the interior spaces were paved with clay sediments, sometimes associated with combustion structures formed by clay plates, and horizontally arranged ceramic fragments (Barros 1998, Olaio *et al.* 2020). It is also interesting to note the indications of coatings of some structures using lime (Olaio *et al.* 2023: 17), like the situation recorded in Largo do Castelo, as mentioned earlier.

The extension of anthropic structures to other areas of the settlement was recently suggested through geophysical surveys, although their chronological assignment is naturally dependent on future excavation work (Olaio *et al.* 2023).

Architecturally, the most emblematic elements of Quinta do Almaraz are undoubtedly its defensive structures. The best-documented one corresponds to the ditch excavated in the geological substrate that delimits this core on its southern side (Figure 7, above), whose most recent data indicate a depth between two and three meters and an estimated extension of at least 290 meters (Olaio *et al.* 2019a). Its section is V or U-shaped, with a width between 3 and 4 meters (Barros and Soares 2004). This structure may have delimited the occupation of Quinta do Almaraz since at least the 7th century BC, and its infilling seems to have occurred in the mid-1st millennium BC (Olaio 2018: 160). More difficult to characterize are the defensive walls that seem to follow some steeper slopes in the terrain (Barros 1998), but whose chronology and function have not yet been archaeologically corroborated (Olaio 2018: 130; Olaio *et al.* 2020).



Figure 7. Moat and Iron Age structures of Quinta do Almaraz (according to Olaio *et al.* 2020, 2023).

It's important to mention the data indicating a Iron Age occupation near the Tagus River in Cacilhas, interpreted within the framework of a potential port area linked to Quinta do Almaraz (Barros and Henriques 1998). Architectural elements are scarce, limited to a structure built on the geological substrate with traces of fluvial erosion, but whose association with the Iron Age does not seem to have been contextually attested (Olaio *et al.* 2019b: 135). In a nearby area, other interventions have documented the existence of other masonry walls, in this case, dated from the 6th century BC (Olaio *et al.* 2019b). These elements have allowed considering a contiguous occupation of the space from the spur to the riverbank, but its confirmation will be difficult to ascertain due to the constructions carried out in this area (Olaio *et al.* 2019b).

The evidence from Cacilhas may still witness the existence of a sector directly linked to Quinta do Almaraz, with perhaps diversified functions (port, fishing, metallurgical), considering the features of the material culture (Olaio *et al.* 2019b).

Lastly, it's worth noting the frequentation during the Iron Age of one of the artificial caves of S. Paulo (S. Paulo 2), located about one kilometer southeast of Quinta de Almaraz. Inside this space, preventive excavations identified a level that, based on the associated material culture, seems to be associated with a Iron Age chronology (Barros and Santo 1997; Barros 1998; Lacueva 2020), perhaps more specifically from the 6th century BC. It's also relevant to mention references to areas of combustion and accumulations of faunal remains associated with this occupation (Barros and Santo 1997).

Various interpretations have been proposed for these traces, such as being a shelter or temporary camp, or an area supporting the exploitation of marine resources (Barros and Santo 1997; Barros 1998). More recently, a ritualistic function has been suggested (Lacueva 2020), which seems more appropriate.

The Surrounding Territory

In both surrounding areas of these primary nuclei (within 1 to 5 km), traces of other Iron Age occupations have also been found. Unfortunately, in the vast majority of cases, these occupations are based on decontextualized materials that do not allow proposing any specific functionality for these spaces.

On the right bank, we can list several sites in this situation in Monsanto, such as Montes Claros (Cardoso, Didelet, and Leitão, 2017), Alto da Casa Branca (Cardoso, Amaro, and Batalha, 2018), and Alto das Perdizes (França, 1949, p. 102-103, est. XVIII). Although these are only isolated finds, the morphologies of the materials

seem to indicate late chronologies within the Iron Age, with the possible exception of the site of Montes Claros, which may date back to the first half of the 1st millennium BC.

In this context, we take this opportunity to publish a small set of materials deposited at the National Museum of Archaeology, labeled “Ponte de Santana,” which may have been collected in the Campolide area, in Lisbon. There are only three ceramic fragments, two of which belonging to gray wares, with the rim integrable into type 3Ea of the Tagus Estuary (Sousa 2021), and one of red slip, from a bowl with a careened profile similar to type C3b of Rufete Tomico (1989-1990), indicating a chronology from the 7th and/or 6th century BC.

Contextual data appeared only in a preventive excavation carried out on Travessa das Dores, where a small combustion structure was identified, consisting of a layer of horizontally arranged ceramic fragments and a clay plate (Cardoso, Neto and Rebelo 2018). The associated materials indicate a chronology dating back to the second half of the 1st millennium BCE.

On the other side of the Tagus River, other secondary settlements are also known, possibly of a rural nature, considering their low altitude and proximity to watercourses. The closest to Almaraz, about one kilometer away, was detected on Rua Manuel Febrero (Sabrosa and Raposo 1993; Barros 1998), with the collected materials indicating a chronology from the first half of the 1st millennium BCE. In the same phase we can also integrate other collections from Quinta do Facho, at a greater distance (about 5 km) from Quinta do Almaraz (Barros 1998).

Probably later is the occupation of Quinta da Torre (Cardoso and Carreira, 1997-1998), according to the chronology of the collected materials, although lacking secure stratigraphic contexts.

The short distance that separates these seemingly small-sized sites from the cores of Castelo de São Jorge hill and Quinta do Almaraz, between one and five kilometers, may indicate the existence of spaces directly dependent and articulated with the major occupation centers of the estuary’s mouth, possibly intended for agricultural and/or livestock activities, integrating their respective primary exploration territories. However, these were probably not spaces of prolonged occupation over time, considering that no long diachronies within the Iron Age are apparent at any of the sites, a proposal that must be, however, mitigated, given the limited contextual data available.

Furthermore, it is important to note that, from the mid-1st millennium BCE, these exploration areas expanded considerably, mainly on the right bank of the Tagus, forming a network of small nuclei located tens of kilometers away, mainly in the southern zone of the Lisbon Peninsula, but also on the inner banks of the Tagus. These occupations have already been adequately characterized in previous works (Sousa 2014, 2017), so it does not seem relevant to reproduce this information here. It is only worth emphasizing that it is still not possible to characterize possible secondary organizations between these locations. Nevertheless, it should be noted that the chronological data available for most of these sites, focusing mainly on the 5th and 4th centuries BCE, coincide with the period of the greatest expansion of the Castelo de São Jorge hill core, which does not seem casual. In fact, many of the studied artifact assemblages from these sites indicate permanent contacts with the Lisbon area (synthesis in Sousa 2017), suggesting even some degree of dependence. Despite the distances separating these nuclei, it is important to note that practically all of them are in areas close to the coast or the banks of the Tagus, indicating the use of fluvial-maritime circuits in these contact networks (Sousa 2022).

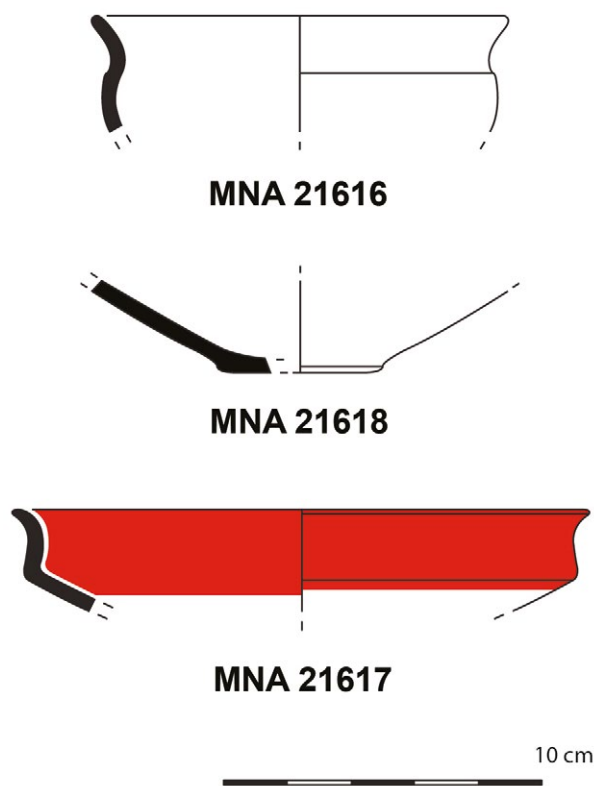


Figure 8. Materials collected near the Ponte de Santana, deposited in the National Museum of Archaeology.

Continuities and discontinuities in human occupation of the Tagus estuary during the 1st millennium BC

Despite the disparity in available data for the study of the Iron Age in the estuary of the Tagus, it is possible to propose some interpretations for the characterization of human occupation in this area throughout the 1st millennium BCE.

In its early stages, preceding the settlement of Phoenician-Western groups in the region, there seems to be a mesh of scattered settlements in the territory. The main strategy of occupation involved clusters of undetermined size, located in low or medium-altitude areas, favoring proximity to agricultural, livestock, and/or marine resources, as opposed to visibility or defensibility criteria. In the primary zone focused on in this work, these realities were documented in sites such as Praça da Figueira, in Lisbon (Silva 2013), Quinta do Percevejo and Quinta do Marcelo in Almada (Barros 1998). To date, no context attributable to the Late Bronze Age has been recognized on the slope or the top of the Castelo de São Jorge hill, or on the spur of Quinta do Almaraz. However, this does not imply that these areas were not occasionally frequented by these communities.

Although the social fabric of these groups undoubtedly possessed certain degrees of complexity and diversity, as is the case in any human community regardless of technological developments, there is no evidence of these situations in domestic spaces until now.

In any case, this model of territorial occupation and exploitation underwent significant changes with the arrival of Western Phoenician contingents to the Tagus estuary. However, these modifications were not immediate and likely integrated distinct phases.

Setting aside the issue of radiocarbon chronologies (Arruda 2005; Barros and Soares 2004), conventional datings, supported by the characteristics of ceramic material culture, only suggest a more systematic presence of these exogenous groups from the 8th century BC, probably during its second half. However, there are various indications supporting the existence of earlier contacts before this period (see, among others, Cardoso 2015; Carreira 1994; Sousa and Sousa 2018; Valério *et al.* 2015; Vilaça 2006, 2011), within the MCNH horizon (Alvar 2008). These early contacts are justified, above all, by the privileged position of the Tagus River in the context of communication circuits with more inland areas rich in metallic resources. It was during this phase that exogenous groups, of Mediterranean origin and later also from Phoenician enclaves in the southern Iberian Peninsula, likely recognized the territory, established contacts and

agreements with autochthonous groups, enabling their subsequent settlement.

This settlement likely occurred during the second half of the 8th century BCE, and it seems that the space selected for this initial occupation focused on the lower areas of the Castelo de São Jorge hill. The built elements of this moment are, so far, scarce, limited to those found in the oldest phase of the Sommer warehouses (Ribeiro *et al.* 2020). Although contexts of this chronology have also been documented in Rua de São Mamede ao Caldas (Pimenta *et al.* 2014a), it is probable that some decontextualized evidence from Casa dos Bicos (Pimenta *et al.* 2015) and perhaps the oldest construction phases of Travessa do Chafariz D'El Rey (Filipe *et al.* 2014) may be integrated into this chronological framework. To date, contextual data in Quinta do Almaraz that would indicate its occupation during this phase are still absent.

The unequivocal expansion of the settlements in the Tagus estuary seems to have occurred during the 7th century BCE, using architectural plans and construction techniques that were similar or even identical, primarily relying on local resources for constructions. The widespread absence of extensive stone collapse zones indicates that the main construction techniques involved masonry bases, using local limestone or sandstone blocks bound with clayey sediments, but the walls would rise in adobe or rammed earth. These adopt orthogonal plans, and it is possible, in some cases, to deduce a certain prior planning care.

On the Castelo de São Jorge hill, it is only during this century that the expansion of human occupation to the higher areas of the hill is observed. Indeed, constructions detected in Largo de Santa Cruz do Castelo (Sousa and Guerra 2018, 2023) and Praça Nova (Gomes and Gaspar 2017) can be dated to this period, as well as some architectural evidence, unfortunately poorly known, that emerged in Pátio do Aljube (Fernandes *et al.* 2013), Travessa do Chafariz D'El Rei (Filipe *et al.* 2014), while the occupation also continued in the lower areas (Ribeiro *et al.* 2020). The putative religious building identified in Largo de Santa Cruz, currently under study, is also associated with this construction phase. However, the understanding of its actual size and relationship with other structures in the vicinity is limited by the constraints of urban archaeology.

Regarding this construction phase detected in various areas of the hill, it is worth mentioning that in the extents where architectural traces were identified, although very fragmentary, most structures exhibit a southwest-northeast orientation. Naturally, the scarcity of chronological and urbanistic data, especially from excavations in smaller areas, requires caution in interpretative terms, but this trend may indicate a

certain planning in this constructive phase of ancient *Olisipo*.

To date, there is no data supporting the existence of circulation routes within this space, although their existence is likely. The limited extent of interventions in the urban area often does not allow, in most cases, even to confirm the distinction between interior and exterior spaces, although they would probably adopt similar solutions to internal areas (earthen floors), making its identification difficult.

There is also no concrete data on the existence of defensive structures, except for the wall from the earliest phase of the Sommer Warehouses (Ribeiro *et al.* 2020), whose study concerning functionality and chronology is currently ongoing. However, it is indicative that this construction is roughly parallel to the line of the Roman period wall, which may indicate the maintenance of certain defensive concerns throughout the history of the city.

Simultaneously, the contextual data recently collected at Quinta do Almaraz also allows the recognition of this constructive dynamism from the 7th century BCE (Olaio *et al.* 2023: 19), a period to which at least part of the identified structures belongs, and possibly also the defensive elements. Although initially a chronology of the 7th century BCE was proposed for the beginning of the Quinta do Almaraz ditch filling (Barros and Soares 2004), more recent data indicate the presence of later materials, from the 6th and early 5th centuries BCE, in the interior (Olaio 2018). Therefore, it does not seem unreasonable to relate the use of this defensive element, as well as the other putative structures of this nature mentioned for the site, to this constructive phase.

It is worth noting that it is in this chronological phase that we observe the great vitality of the ceramic production industries of Western Phoenician tradition. These areas were likely located on both banks of the Tagus River (Olaio 2018; Sousa and Pimenta 2014; Sousa *et al.* in press b) and supplied not only the areas of the Castelo de São Jorge hill and Quinta do Almaraz but also various other nuclei located in the vicinity, as well as in more inland areas of the Lisbon Peninsula and the interior of the Tagus estuary. This reflects the existence of a undisputable regional market for food and manufactured products (Sousa 2019, 2022).

Architectural data specifically attributable to the 6th century BCE are, until now, scarce on the Castelo de São Jorge hill. Although it can be assumed that structures built in earlier periods may have remained in use during part of this century, contextual data collected in Lisbon mainly correspond to landfill strata, as observed in the stratigraphy of Largo de Santa Cruz (Sousa and Guerra 2018, 2023) and Lisbon's Cathedral (Amaro 1993;

Arruda 1999-2000: 115). The only exceptions would be some stretches of walls recorded in Rua da Madalena (Sousa *et al.* 2016), but the scant associated data makes secure chronological framing difficult. However, it is still premature to interpret this small evidence as reflections of instability in this area, since they may be related to specificities of the limited stratigraphic record currently available. In fact, even assuming a specific context that may have affected human occupation, there are several elements of the material culture characteristic of this period that indicate the continuity of their respective productive spaces and distribution circuits.

On the other hand, this situation does not seem to extend to the nucleus of the left bank, considering the various material elements attributable to this century (Barros *et al.* 1993; Cardoso 2004; Olaio 2018), as well as the proposed chronological data for the Cacilhas area (Olaio *et al.* 2019b).

Another suggestive evidence of this specific chronology is the frequentation of karstic environments and ancient artificial caves, specifically Rua da Judiaria in Lisbon and Gruta de São Paulo in Almada, whose materials roughly indicate a phase centered on the 6th century BCE.

In the mid-1st millennium BCE, apparently structural changes occurred in the context of human occupation in the Tagus estuary.

A new construction phase in the Castelo de São Jorge hill can be dated to this moment, evidenced both in the higher areas and at the foot of the hill. This is reflected in an expansion of the occupied area, now reaching approximately 20 hectares, occupying part of the zone that constitute the current Baixa Pombalina.

This expansion, which may perhaps be associated with a certain demographic growth, may relate to the retraction or even abandonment observed contemporaneously in Quinta do Almaraz (Olaio 2018; Sousa 2018b). The transfer of population contingents to the right bank of the Tagus may be considered.

However, this marked reconfiguration extends beyond the local sphere, coinciding with a notable expansion of secondary character spaces observed both in the southern zone of the Lisbon Peninsula and along the banks of the Tagus (Sousa 2017).

On the Castelo de São Jorge hill, some data even allow glimpsing certain changes in the urban fabric itself. This is the case with the amortization of the proposed religious area for Largo de Santa Cruz, which seems to have occurred during the mid of the millennium. This change coincides with the installation of productive

structures, specifically the ceramic production kiln documented in the surrounding area, suggesting a restructuring of the functions of the different sectors of this nucleus. On the other hand, a curious concentration of combustion structures is also observed in the lower area (current Baixa Pombalina), particularly in Rua dos Correeiros and *Corpus Christi*. In these cases, categorizing their functional purposes is more difficult. Nevertheless, it may suggest the existence of more specialized artisanal sectors within the city's occupation network, illustrating its productive dynamism during this chronological phase.

Interpretive models

Despite some gaps in our understanding of Iron Age human occupation in the Tagus estuary, it undoubtedly encompassed complex characteristics.

One of the most relevant aspects is the location of the two main settlement nuclei, the Castelo de São Jorge hill and Quinta do Almaraz, on opposite banks of the river, separated by only five kilometers. Similarities between both spaces are evident, both at the level of material culture and in the deployment and urban planning strategies used. It is also worth noting that in neither of these areas was a preceding Late Bronze Age occupation identified, although the surrounding spaces have traces of occupation or frequentation during that time.

Therefore, based on the available data, it is difficult to assume that either of these locations could correspond to an indigenous settlement that gradually adopted exogenous architectural, technological, and material elements. What archaeological elements suggest is that these were spaces built from scratch during the early Iron Age, where urban, economic, and cultural guidelines were essentially determined by agents external to the region's preceding cultural patterns.

However, this scenario does not imply that indigenous groups in the region were mere passive spectators in this process. As mentioned earlier, a significant portion of the population in these newly founded nuclei likely originated not only from the surrounding areas but possibly also from more distant nuclei, especially those located in the southernmost area of the Lisbon Peninsula, considering that these areas seem to have been abandoned immediately before or during this period. It is also possible that some of these individuals played relevant roles not only in the restructuring of settlement but also in the resulting new socio-economic fabric. A better understanding of these complex phenomena of interaction and cultural integration and hybridization is, however, hindered by the scarcity of burial contexts in this area, even though the interpretation of the inscription on the Phoenician

funerary stele in Lisbon (Neto *et al.* 2016) may already reveal interesting clues on this issue.

The valuation of these autochthonous elements must also consider the different chronological moments that accompanied this process of urban transformation in the Tagus estuary. In this regard, it is noteworthy that in the earlier phases of Lisbon (Pimenta *et al.* 2014a, 2015; Sousa *et al.* in press c), expressive quantities of handmade productions following the morphological and decorative patterns of the regional Late Bronze Age are still observed. These illustrate the symbiotic relationships between local and exogenous groups that must have emerged at the dawn of the Iron Age in the Tagus estuary.

A new and significant restructuring of these spaces seems to take place in the 7th century BCE. The occupation on the Castelo de São Jorge hill now extends to the higher platforms of the elevation, and it seems that it is also at this moment that structures are built in Quinta do Almaraz on the opposite bank of the Tagus.

Considering the nature of the data on both banks, it does not seem possible to consider that the relationship between these two spaces could be of a competitive nature. The very process of the installation of Western Phoenician groups in this territory does not align with this possibility, as it responded to specific needs within the framework of capturing strategic resources for these communities, and that must be read on a pan-Mediterranean scale, involving recurrent maritime contacts between the Atlantic façade and at least the south of the Iberian Peninsula (Arruda 1999-2000, 2005; Sousa 2018a, 2018b, 2022). In this perspective, trade routes and logistic supply spaces should have been predetermined, involving a careful selection of occupied spaces, not based solely on defensibility and visual control of the territory but also on port conditions.

Therefore, the relationship between the Castelo de São Jorge hill and Quinta do Almaraz, which jointly control the mouth of the Tagus estuary, precisely in the narrowest area between the two banks, can only be interpreted in a scenario of complementarity and mutual articulation. For these reasons, we have already proposed in previous works (Sousa 2015, 2018b) that these spaces correspond to the same occupation strategy, of a polynuclear nature, but integrated into a single political-administrative cell, similar to other cases detected in the south of the Iberian Peninsula.

The physical extent of these spaces, which together encompass an area between 21 and 22 hectares during the 1st Iron Age, as well as the architectural, productive, and material elements, even allow us to consider their categorization, from the 7th century BCE onwards, as a

genuine urban space, structured in different functional areas, and extending across both banks.

Their delimitation by defensive structures is attested on the left bank, specifically in the ditch structure and the putative walled structure(s) detected in Quinta do Almaraz. For the Castelo de São Jorge hill, the only element that may have had a symbolic, defensive, and/or space-delimiting function is the wall recognized in the former Sommer Warehouses, whose amortization period has not yet been determined. However, it should be emphasized that the intensity of urban occupation in Lisbon poses obstacles to the recognition of similar defensive structures, not only due to the difficulty of conducting archaeological interventions in depth but also due to the construction dynamics which occurred after the Iron Age, which may have destroyed previous traces and reused their materials in other buildings. In the case of the Sommer Warehouses structure, its alignment, which is practically parallel to what will later be assumed by the Roman wall of *Felicitas Iulia Olisipo*, is nonetheless suggestive.

The architectural elements identified inside the two spaces also suggest the existence of multiple buildings, whose functionalities remain unfortunately undetermined. Nevertheless, they use identical construction techniques, pavement solutions, and internal structures.

Even though many are undoubtedly of a domestic nature, others may have different functions, such as storage spaces or even productive environments. The latter are indirectly evidenced by material data confirming craft activities, such as ceramic production (Olaio 2018; Sousa *et al.* in press b), with no indications of differentiated patterns, either in morphological or decorative terms, between the material culture of the two shores. However, it also seems probable to us that these activities could have developed in external/peripheral areas of these spaces, perhaps with a more clearly specialized character, considering the volume and diversity of local ceramic productions (Sousa and Pimenta 2014; Sousa 2016b). Indeed, during the first half of the 1st millennium BCE, the Lisbon/Almaraz area seems to have played the primary role in supplying ceramic products throughout the Tagus estuary and the Lisbon Peninsula (Sousa 2014, 2017, 2022), revealing the strategic importance of this productive resource.

Other evidence of specific productive activities has only been attested, so far, at the site located on the left bank. It is the case of metallurgical activities indicating the processing and production of objects made of bronze, iron, silver, and gold (Melo *et al.* 2014; Valério *et al.* 2012), assuming that raw materials would have been obtained in more inland areas, subsequently circulating through the course of the Tagus or even the Atlantic. On the hill

of Castelo de São Jorge, there is no concrete evidence of these activities to date. The same scenario applies to the more direct evidence of commercial activities, with notable examples being the presence of cubic weights integrable into the Phoenician metric system at Quinta do Almaraz (Vilaça 2011). These elements, along with various materials of a more exceptional nature that emerged during the interventions at Quinta do Almaraz (Greek ceramics from the Archaic period, Egyptian scarabs, and alabaster vessels – Cardoso 2004), may even indicate the presence, in this space, of individuals with greater socio-political prominence during the 1st Iron Age (Sousa 2018b).

The hill of Castelo de São Jorge offered, however, other elements that can elucidate the polynuclear nature of this space, specifically the existence of a possible religious building, located in the highest area of the elevation, although it cannot be ruled out that in the future, other spaces of this nature may be recognized. This hypothesis naturally requires nuanced distinctions of possible socio-economic differences between the inhabitants of the two shores, as political, religious, and economic spheres were deeply interconnected in antiquity.

In any case, both spaces would surely have also been equipped with port areas during this period, with proposals made for Cacilhas (Barros and Henriques 1998) and for the Sommer Warehouses area (Ribeiro *et al.* 2020) being suggestive. Such structures would have been used not only in the context of long-distance maritime contacts but also in connection between both shores and the more inland areas of the Tagus estuary.

This dual scenario, which seems to structure human presence at the mouth of the Tagus estuary during the first half of the 1st millennium BCE, underwent significant changes from the 5th century BCE onwards.

For reasons still undetermined, Quinta do Almaraz seems to lose its importance from this moment, as it appears to experience a phenomenon of settlement retraction or even abandonment. As mentioned earlier, this phenomenon may be related to the expansion observed in the urban fabric of Castelo de São Jorge in this same period, suggesting a population transfer to the left bank. Simultaneously, the increase in the number of occupied sites along the southern area of the Lisbon Peninsula (Sousa 2014, 2017, 2019) may also be associated with this phenomenon.

During the second half of the 1st millennium BCE, the nucleus of Castelo de São Jorge seems to effectively assume a certain centrality in the framework of settlement networks in the Lower Tagus, considering the relationships established with multiple documented

nuclei in the south of the Lisbon Peninsula and along the banks of the Lower Tagus (Sousa 2017, 2019).

We still do not have data to understand its evolution between the 3rd century BCE and its integration into the Roman sphere, which occurs from the second third of the 2nd century BCE (Pimenta 2005). As mentioned earlier, these contexts may have been greatly affected by the construction dynamics that occurred from the Roman-Republican period to the present day. Nevertheless, some elements of the material culture indicate that the space remained active and occupied during this period (Sousa and Pimenta 2017; Pimenta *et al.* 2005).

Regardless of the evolutionary paths that marked the human occupation of the nuclei of Castelo de São Jorge and Quinta do Almaraz throughout the Iron Age, there is no doubt that the communities that inhabited this space were, at least in part, literate (Zamora 2014; Arruda 2013; Neto *et al.* 2016), users of standardized metric systems, and capable of organizing economic activities of a specialized nature (pottery and metallurgical production). These nuclei also structured apparently secondary occupations in their immediate surroundings and perhaps also in more distant areas (Sousa 2019), possibly dedicated to agricultural, livestock, and gathering activities, which, however, would also likely have been developed within urban spaces, albeit on a smaller scale. The evidence of the introduction of new crops in the Lower Tagus, such as the vine and domestic olive (Leeuwarden and Janssen 1985; Arruda 1999-2000), even allows anticipating some prior planning in the exploitation of regional agricultural potential, which must also be articulated with the emergence of local ceramic productions, including amphora containers (Sousa and Pimenta 2014).

Considering these and other aspects, such as the size and the listed urbanistic evidence, we believe that this nucleus that encompassed both shores of the estuary formed, from the 7th century BCE, the first known “urban space” in the Lower Tagus, even though the definition of this concept is not consensual (among others, Childe 1950; Fernández-Götz 2018; Wagner 2007). Naturally, this and other proposals put forward throughout the text and in other publications are only working hypotheses constructed based on fragmentary data. As such, they are subject to future changes or even refutations that may arise following the results of new archaeological interventions. Nevertheless, they allow us to appreciate the great dynamism that this central Atlantic zone may have acquired during the 1st millennium BCE, as well as its distinct evolutionary phases.

References

- Alvar Ezquerro, J. 2008. Modos de contacto y medios de comunicación: los orígenes de la expansión fenicia, in S. Celestino, N. Rafael e X.L. Armada (eds) *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.C.)*. *La precolonización a debate*: 19-25. Madrid: CSIC.
- Amaro, C. 1993. Vestígios materiais orientalizantes do Claustro da Sé de Lisboa. *Estudos Orientais* 4: 183-192.
- Antunes, A., M. Deus, A. M. Soares, F. Santos, L. Arez, J. Dewulf, L. Baptista and L. Oliveira 2012. Povoados abertos do Bronze Final no Médio Guadiana, in J. Jiménez Ávila (ed) *Sidereum Ana II. El río Guadiana em el Bronce Final*: 277-308. Mérida: CSIC.
- Antunes, A. S., J. Oliveira and C. R. Manso 2020. Os fornos do convento de *Corpus Christi* (Lisboa, Portugal), in S. Celestino Pérez e E. Rodríguez González (eds) *Um viaje entre el Oriente y el Occidente Mediterráneo. IX Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*: 349-360. Mérida: IAM.
- Arruda, A. M. 1999-2000. *Los Fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.)*. Barcelona: Universidad Pompeu Fabra.
- Arruda, A. M. 2005. Orientalizante e pós-orientalizante no sudoeste peninsular: geografia e cronologias in *Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*: 277-303. Mérida: CSIC.
- Arruda, A. M. 2013. Do que falamos quando falamos de Tartesso, in J. Campos and J. Alvar (eds) *Tarteso. El emporio del metal*: 211-222. Huelva.
- Barros, L. 1998. *Introdução à Pré e Proto-História de Almada*. Almada: Câmara Municipal.
- Barros, L., J. L. Cardoso and A. Sabrosa 1993. Fenícios na margem sul do Tejo. Economia e integração cultural do povoado de Almaraz – Almada. *Estudos Orientais* IV: 143-181.
- Barros, L. and F. Henriques 1998. Vestígios de um cais pré-romano em Cacilhas in M. Santos and L. Antunes (eds) *Actas das 2ª Jornadas de estudos sobre o concelho de Almada*: 105. Almada, 101-105.
- Barros, L. and P. E. Santo 1997. Gruta artificial de S. Paulo. *Setúbal Arqueológica* 11-12: 217-220.
- Barros, L. and A. M. Soares 2004. Cronologia absoluta para a ocupação orientalizante da Quinta do Almaraz, no estuário do Tejo (Almada, Portugal). *O Arqueólogo Português* 4- 22: 333-352.
- Calado, M. 2008. *Olisipo pré-romana. Um ponto da situação*. Lisboa.
- Calado, M., L. Almeida, V. Leitão and M. Leitão 2013. Cronologias absolutas para a Iª Idade do Ferro em Olisipo – o exemplo de uma ocupação em ambiente cársico na actual Rua da Judearia em Alfama. *Cira - Arqueologia* 2: 118-132.

- Cardoso, G., C. Amaro and L. Batalha 2018. O Sítio Arqueológico do Alto da Casa Branca (Tapada da Ajuda, Lisboa). *Al-Madan* 22-1: 35-40.
- Cardoso, G., C. Didelet and E. Leitão 2017. Vestígios da Idade do Ferro ao Período Medieval em Monsanto. *Al-Madan* 2-21: 163-164.
- Cardoso, G., N. Neto and P. Rebelo 2018. A freguesia da Ajuda (Lisboa) durante a época clássica – séculos V a.C. a VII d.C., in *Actas do Colóquio Ajuda: o espaço, o tempo e a sociedade*. Lisboa: Câmara Municipal.
- Cardoso, J. L. 2004. A Baixa Estremadura, dos finais do IV milénio a.C. até à chegada dos Romanos: um ensaio de *História Regional*. Oeiras: Centro de Estudos Arqueológicos de Oeiras.
- Cardoso, J. L. 2006. A estação do Bronze Final do Cabeço do Mouro (Cascais): resultados das escavações realizadas. *Revista Portuguesa de Arqueologia* 9-1: 21-46.
- Cardoso, J. L. 2010-2011. O casal agrícola do Bronze Final de Abrunheiro (Oeiras). *Estudos Arqueológicos de Oeiras* 18: 33-74.
- Cardoso, J. L. 2015. Between the Atlantic and the Mediterranean: the Late Bronze Age around the Tagus estuary (Portugal). Economic, social and cultural aspects. *Rivista di Scienze Preistoriche* LXV: 149-170.
- Cardoso, J. L. and J. R. Carreira 1993. Le Bronze Final et le début de l'Âge du Fer dans la région riveraine de l'estuaire du Tage. *Mediterrâneo* 2: 193-206.
- Cardoso, J. L. and J. R. Carreira 1997-1998. A ocupação de época púnica da Quinta da Torre (Almada). *Estudos Arqueológicos de Oeiras* 7: 189-217.
- Cardoso, J. L. and I. M. Silva 2004. O povoado do Bronze Final da Tapada da Ajuda (Lisboa): estudo do espólio cerâmico. *Revista Portuguesa de Arqueologia* 7-1: 227-271.
- Carreira, J. R. 1994. A Pré-História recente do Abrigo Grande das Bocas (Rio Maior). *Trabalhos de Arqueologia do EAM* 2: 47-144.
- Childe, V. G. 1950. The urban revolution. *Town Planning Review* 21: 3-17.
- Fernandes, L. 2017. Teatro romano de Lisboa: as ruínas e o seu Museu ou como a arqueologia promove o diálogo educacional. *Revista Temporis [Ação]. Dossier Práticas Arqueológicas e Educação Patrimonial* 17-1: 88-123.
- Fernandes, L., J. Pimenta, M. Calado and V. Filipe 2013. Ocupação sidérica na área envolvente do teatro romano de Lisboa: o Pátio do Aljube. *Revista Portuguesa de Arqueologia* 16: 167-185.
- Fernández-Götz, M. 2018. Urbanization in Iron Age Europe: Trajectories, Patterns, and Social Dynamics. *Journal of Archaeological Research* 26: 117-162.
- Ferreira, M., A. Jorge and R. Ramos 2000. *Zara - Rua Augusta (Lisboa). Relatório final da escavação de salvamento arqueológico*. Lisboa.
- Filipe, V., M. Calado and M. Leitão 2014. Evidências orientalizantes na área urbana de Lisboa. O caso dos edifícios na envolvente da Mãe de Água do Chafariz d'El Rei”, in A. M. Arruda (ed), *Fenícios e Púnicos, por terra e mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos: 736-747*. Lisboa: Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa.
- França, J. C. 1949. A estação Pré-Histórica do Alto das Perdizes. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* 12-1/2: 16-113.
- Gomes, A. and A. Gaspar 2017. Pavimentos da Idade do Ferro no Castelo de São Jorge, in *Debaixo dos nossos pés. Pavimentos históricos de Lisboa: 90-91*. Lisboa: EGEAC.
- Guerra, S. and E. Sousa 2020. Intervenções no Largo de Santa Cruz do Castelo 6-7: dados preliminares sobre a ocupação da Idade do Ferro, in *II Encontro de Arqueologia de Lisboa. Atas: 11-35*. Lisboa: Centro de Arqueologia de Lisboa e Câmara Municipal de Lisboa.
- Lacueva, C. 2020. A ocupação da Idade do Ferro da gruta artificial de São Paulo 2 (Almada). Master thesis, Faculdade de Letras, Universidade de Lisboa.
- Leeuwaarden, W. V. and R. Janssen 1985. A preliminary palynological study of peat deposit near an oppidum in the lower Tagus valley in *Actas da I Reunião do Quaternário Ibérico: 225-235*. Lisboa.
- Mataloto, R. 2013. Do vale à Montanha, da Montanha ao monte: a ocupação do final da Idade do Bronze no Alentejo Central. *Estudos Arqueológicos de Oeiras* 20: 221-272.
- Melo, A., P. Valério, L. Barros and M. F. Araújo 2014. Práticas metalúrgicas na Quinta do Almaraz (Cacilhas, Portugal): vestígios orientalizantes, in A. M. Arruda (ed), *Fenícios e Púnicos, por terra e mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos: 698-711*. Lisboa: Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa.
- Miranda, J., G. Encarnação, J. Viegas, E. Rocha and A. Gonzalez 1999. *Carta Arqueológica da Amadora - do Paleolítico ao Romano*. Amadora: Câmara Municipal da Amadora.
- Neto, N., C. Gonzalez, P. Rebelo, R. Santos and M. Rocha 2013. Trabalhos arqueológicos na Quinta Nova de Santo António ou dos Ingleses – Carcavelos. A ocupação do Bronze Final. *Cira - Arqueologia* 2: 19-39.
- Neto, N., P. Rebelo, R. Ribeiro, M. Rocha and J. A. Zamora López 2016. Uma inscrição lapidária fenícia em Lisboa. *Revista Portuguesa de Arqueologia* 19: 123-128.
- Olaio, A. 2018. O povoado da Quinta do Almaraz (Almada, Portugal) no âmbito da ocupação no Baixo Tejo durante o 1º milénio a.n.e.: os dados do conjunto anfórico. *Spal* 27-2: 125-163.
- Olaio, A., P. Angeja, R. Soares and P. Valério 2019b. A ocupação da Idade do Ferro de Cacilhas (Almada, Portugal). *Onoba* 7: 133-159.

- Olaio, A., T. António, F. Henriques and S. Rosa 2019a. O sítio arqueológico da Quinta do Almaraz, Almada. Investigação, conservação e valorização. *Monumentos* 37: 224-233.
- Olaio, A., T. António, J. Almeida and J. Santos 2023. Proj. In.QA. Resultados preliminares de um projecto de investigação em curso no Sítio Arqueológico da Quinta do Almaraz (Almada). *Almadan online* 2-26 (1): 9-20.
- Olaio, A., F. Henriques and T. António 2020. Singularidades de uma matriz comum: arquitectura e urbanismo orientalizante na Quinta do Almaraz (Almada, Portugal), in S. Celestino Pérez and E. Rodríguez González (eds) *Um viaje entre el Oriente y el Occidente Mediterráneo. IX Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos: 1795-1803*. Mérida: IAM.
- Pimenta, J. 2005. As ânforas romanas do Castelo de São Jorge. Lisboa: Instituto Português de Arqueologia.
- Pimenta, J., E. Sousa and C. Amaro 2015. Sobre as mais antigas ocupações da Casa dos Bicos – Lisboa: da *Olisipo* pré-romana aos primeiros contactos com o mundo itálico. *Revista Portuguesa de Arqueologia* 18: 161-180.
- Pimenta, J. M. Calado and M. Leitão 2005. Novos dados sobre a ocupação pré-romana da cidade de Lisboa. As ânforas da sondagem n.º 2 da Rua de São João da Praça, *Revista Portuguesa de Arqueologia* 8-2: 313-334.
- Pimenta, J., R. Silva and M. Calado 2014a. *Sobre a ocupação pré-romana de Olisipo: a intervenção arqueológica urbana da Rua de São Mamede ao Caldas n.º15*, in A. M. Arruda (ed) *Fenícios e púnicos, por terra e por mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos: 712-723*. Lisboa: Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa.
- Pimenta, J., M. Calado and M. Leitão 2014b. Novos dados sobre a ocupação pré-romana da cidade de Lisboa. A intervenção da Rua de São João da Praça, in A. M. Arruda (ed) *Fenícios e púnicos, por terra e por mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos: 724-735*. Lisboa: Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa.
- Ribeiro, R., N. Neto, P. Rebelo and M. Rocha 2020. Dados preliminares de uma intervenção arqueológica nos antigos Armazéns Sommer (2014-2015). Três mil anos de história da cidade de Lisboa, in *II Encontro de Arqueologia de Lisboa. Atas: 222-245*. Lisboa: Centro de Arqueologia de Lisboa e Câmara Municipal de Lisboa.
- Rufete Tomico, P. 1988-1989. Las cerámicas con engobe rojo de Huelva. *Huelva Arqueológica* 10-11: 10-40.
- Silva, R. B. 2013. A ocupação da Idade do Bronze Final da Praça da Figueira (Lisboa): novos e velhos dados sobre os antecedentes da cidade de Lisboa. *Cira - Arqueologia* 2: 40-102.
- Soares, A. M. 2004. Variabilidade do “Upwelling” costeiro durante o Holocénico nas Margens Atlânticas Ocidental e Meridional da Península Ibérica. PhD thesis, Faculdade de Ciências do Mar e do Ambiente, Universidade do Algarve.
- Soares, A. M. 2013. O sistema de povoamento do Bronze Final no Baixo Alentejo – Bacia do Guadiana. *Estudos Arqueológicos de Oeiras* 20: 273-302.
- Soares, A. M., J. Carvalho, C. Ferreira, C. Mendes, L. Miguel, R. Soares, M. Serra, M. Valente and P. Valério 2021. O sítio do Monte do Guedelha (Pias, Serpa): contributos para uma melhor caracterização do Bronze Final do Sudoeste. *Estudos Arqueológicos de Oeiras* 28: 199-256.
- Sabrosa, A. and J. Raposo 1993. Arqueologia em Almada: a acção do Centro de Arqueologia in *Actas das Ias Jornadas de Estudos sobre o concelho de Almada: 33-37*. Almada: Câmara Municipal e Divisão de Museus.
- Sousa, E. 2014. *A ocupação pré-romana da foz do Estuário do Tejo*. Lisboa: Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa.
- Sousa, E. 2015. The Iron Age occupation of Lisbon. *Madrider Mitteilungen* 56: 109-138.
- Sousa, E. 2016a. Algumas considerações sobre a ocupação do final da Idade do Bronze na Península de Lisboa, in A. C. Sousa, A. Carvalho and C. Viegas (eds), *Terra e Água. Escolher sementes, invocar a Deusa. Estudos em homenagem a Victor S. Gonçalves: 387-402*. Lisboa: Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa.
- Sousa, E. 2016b. A Idade do Ferro em Lisboa: uma primeira aproximação a um faseamento cronológico e à evolução da cultura material. *CuPAUAM* 42: 167-185.
- Sousa, E. 2017. Percorrendo o Baixo Tejo: Regionalização e Identidades Culturais na 2ª metade do 1º milénio a.C., in S. Celestino Pérez and E. Rodríguez González (eds) *Territorios comparados: los vales del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en época tartésica: 295-318*. Madrid: CSIC.
- Sousa, E. 2018a. Entre Rio e Oceano: a herança fenícia da antiga Lisboa, in *Meios, vias e trajetos... entrar e sair de Lisboa: 23-34*. Lisboa: Câmara Municipal.
- Sousa, E. 2018b. A tale of two (?) cities: Lisbon and Almaraz at the dawn of the Iron Age. *Rivista di Studi Fenici* 46: 137-151.
- Sousa, E. 2019. O povoamento na área do *ager olisiponensis* em época pré-romana, in *Lisboa Romana. O ager olisiponensis e as estruturas de povoamento: 17-29*. Lisboa: Caleidoscópico.
- Sousa, E. 2021. A cerâmica cinzenta do estuário do Tejo durante a Idade do Ferro: algumas precisões sobre a sua cronologia, tipologia, produção e consumo. *CuPAUAM*. 47-1: 127-167.
- Sousa, E. 2022. A dimensão marítimo-fluvial de Lisboa e do estuário do Tejo durante a 1ª Idade do Ferro. *Scaena* 3: 30-43.
- Sousa, E. 2023. Processos de interacção cultural no Ocidente Atlântico durante o início da Idade do Ferro, in Celestino Pérez, S. and E. Rodríguez

- González (eds.) *Tarteso. Nuevas fronteras*: 617-634. Mérida: Mérida: IAM.
- Sousa, E., V. Leitão, M. Nabais and S. Gabriel, S. in press a. A ocupação da Idade do Ferro da Rua da Judiaria.
- Sousa, E. and J. Pimenta 2014. A produção de ânforas no Estuário do Tejo durante a Idade do Ferro, in R. Morais, A. Fernández and M. Sousa (eds) *As Produções Cerâmicas de Imitação na Hispânia. Monografias Ex Officina Hispana II*: 303-316. Porto: Faculdade de Letras da Universidade do Porto.
- Sousa, E. and J. Pimenta 2017. Produções cerâmicas de inspiração grega no Vale do Baixo Tejo, in *Arqueologia em Portugal. 2017 – Estado da Questão*: 887-896. Lisboa: Associação dos Arqueólogos Portugueses.
- Sousa, E., J. Pimenta and A. M. Arruda in press b. Iron Age pottery production and distribution networks in Central and Southern Portugal.
- Sousa, E. and S. Guerra 2018. A presença fenícia em Lisboa: novos vestígios descobertos no alto da colina do Castelo de São Jorge. *Saguntum* 50: 57-88.
- Sousa, E. e S. Guerra 2023. A ocupação da Idade do Ferro de Lisboa (Portugal): novos dados sobre as intervenções realizadas no Largo de Santa Cruz do Castelo. *Spal* 32-2: 76-114.
- Sousa, E., R. Ribeiro, P. Rebelo and N. Neto in press c. The Phoenician presence in Lisbon: new data from the excavations in “Armazéns Sommer”.
- Sousa, E., A. Sarrazola and I. Simão 2016. Lisboa pré-romana: contributos das intervenções arqueológicas na Rua da Madalena. *Apontamentos de Arqueologia e Património* 11: 69-79.
- Sousa, E. and A. C. Sousa 2018. Late Bronze Age sacred landscapes in Western Iberia: the case study of Penedo do Lexim (Mafra, Portugal). *Trabajos de Prehistoria* 75-2: 307-319.
- Valério, P., R. Silva, M. F. Araújo, A. M. Soares and L. Barros 2012. A multianalytical approach to study the Phoenician bronze technology in the Iberian Peninsula—a view from Quinta do Almaraz. *Materials Characterization* 67: 74-82.
- Valério, P., A. M. Soares, M. Monteiro, A. Pereira, M. F. Araújo and R. Silva 2015. Compositional and microstructural study of eight-century BC bronzes from Moita da Ladra (Tagus estuary): how did the spread of the Phoenician metallurgy take place in Western Iberia? *Archaeometry* 58: 593-609.
- Vilaça, R. 2006. Artefactos de ferro em contextos do Bronze Final do território português: novos contributos e reavaliação dos dados. *Complutum* 17: 81-101.
- Vilaça, R. 2011. Ponderais do Bronze Final-Ferro Inicial do Ocidente Peninsular: novos dados e questões em aberto, in M. P. García-Bellido, L. Callegarin and A. Jiménez Díez (eds) *Barter, money and coinage in the Ancient Mediterranean (10th-1st centuries BC.)*: 139-167. Madrid: CSIC.
- Wagner, C. 2001. Comercio, colonización e interacción cultural en el Mediterráneo antiguo y su entorno, in J. L. López Castro (coord) *Colonos y comerciantes en el Occidente mediterráneo*: 13-56. Almería: Universidad.
- Wagner, C. 2007. El urbanismo fenicio de época arcaica y su impacto en las sociedades autóctonas, in J. L. López Castro (ed) *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*: 43-68. Almería: Universidad de Almería, Universidad Complutense de Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos.
- Zamora López, J. A. 2014. Palabras fluidas en el extremo Occidente. Sobre un nuevo grafito fenicio, hallado en la desembocadura del Tajo, que recoge un posible topónimo local, in P. Bâdenas De La Peña, P. Cabrera Bonet, M. Moreno Conde, A. Ruiz Rodríguez, C. Sánchez Fernández and T. Tortosa Rocamora (eds) *Homenaje a Ricardo Olmos. Per speculum in aenigmate*: 306-314. Madrid.

Crisis y adaptación en la Huelva tartésica: el impacto de un evento de inundación extremo en la evolución constructiva y en la dinámica histórica del emporio onubense (siglo VI a.C.)

Manuel Álvarez-Martí-Aguilar

Universidad de Málaga

Resumen: En este capítulo se presenta una síntesis de las evidencias publicadas sobre el impacto de un evento de inundación extremo en el hábitat portuario de la Huelva tartésica, a comienzos del siglo VI a.C. Una revisión de la evolución urbanística de esa zona del emporio onubense en las décadas centrales de esa centuria permite plantear que este episodio supuso el inicio de una fase de auge edilicio e implementación de estrategias constructivas orientadas a la mitigación del riesgo de inundaciones. Ello permite, a su vez, resituar el auge comercial y económico de Huelva en esos momentos centrales del siglo VI a.C. en un escenario de adaptación y resiliencia tras la ocurrencia de un evento natural de carácter catastrófico.

Palabras clave: Eventos extremos; Inundación catastrófica; Tsunami; Tarteso; Huelva; Urbanismo; Resiliencia

Abstract: This chapter offers an overview of the published evidence of the impact of an extreme flood event on the port of the Tartessian city of Huelva at the beginning of the 6th century BC. A review of the urban development of the emporium's port area in the central decades of the 6th century BC suggests that this episode marked the beginning of a phase of building recovery and the implementation of construction strategies aimed at mitigating flood risk. This, in turn, allows us to re-establish the commercial and economic boom of Huelva in the central decades of the 6th century BC in a scenario of adaptation and resilience in the wake of a catastrophic natural event.

Keywords: Extreme events; Catastrophic flooding; Tsunami; Tarteso; Huelva; Urban planning; Resilience

Introducción

La atención al impacto de eventos medioambientales extremos en el devenir del proceso histórico de las comunidades de la Iberia antigua es un campo incipiente de investigación y, por ello, con un gran potencial de desarrollo. Para ello, se cuenta con un creciente volumen de datos generados por investigaciones geológicas y geoarqueológicas específicamente orientadas a la identificación de huellas de tsunamis y otros eventos de oleaje extremos (EWEs, por sus siglas en inglés; Lario *et al.* 2010), así como de inundaciones fluviales severas (Álvarez-Martí-Aguilar y Machuca Prieto 2022a; Rodríguez-Vidal *et al.* 2015).

Otra de las estrategias de investigación que pueden ser aplicadas para la identificación de los efectos provocados por este tipo de eventos extremos en la vida de las comunidades costeras de la antigua Iberia es la revisión de las informaciones generadas en antiguas excavaciones arqueológicas. En las primeras fases de desarrollo intenso de la arqueología urbana en España, en los años 80 y 90 del siglo XX, no se contaba con las informaciones de las que hoy disponemos sobre las características sedimentarias de los depósitos de alta energía marina. Su conocimiento ha experimentado un

gran avance en las últimas décadas, tras las catástrofes provocadas por terremotos y tsunamis como los del océano Índico de 2004 o Japón de 2011 (Costa 2012; Costa y Andrade 2020, entre otros).

El centro histórico de la ciudad de Huelva ofrece un caso privilegiado en este sentido. Las varias excavaciones realizadas en los años 80 del siglo XX en la zona del sector portuario del hábitat prerromano de la ciudad ofrecieron una valiosísima información sobre su evolución constructiva y urbanística entre los siglos VIII y V a.C. Y ello pese al limitado tamaño de la mayoría de los sondeos de excavación y las dificultades que a menudo presentaba la aparición del nivel freático en los trabajos arqueológicos (Gómez Toscano y Campos Carrasco 2001).

En varias de esas intervenciones se documentaron estratos con evidencias de inundación, que en ocasiones revelaban eventos muy energéticos, asociados a indicios de derrumbes de estructuras constructivas. El caso más explícito es el del solar de Méndez Núñez 7-13 (Osuna Ruiz *et al.* 2000), pero no el único. La información estratigráfica y sedimentológica registrada en esas intervenciones arqueológicas permite, en la actualidad, realizar revisiones orientadas a la identificación de

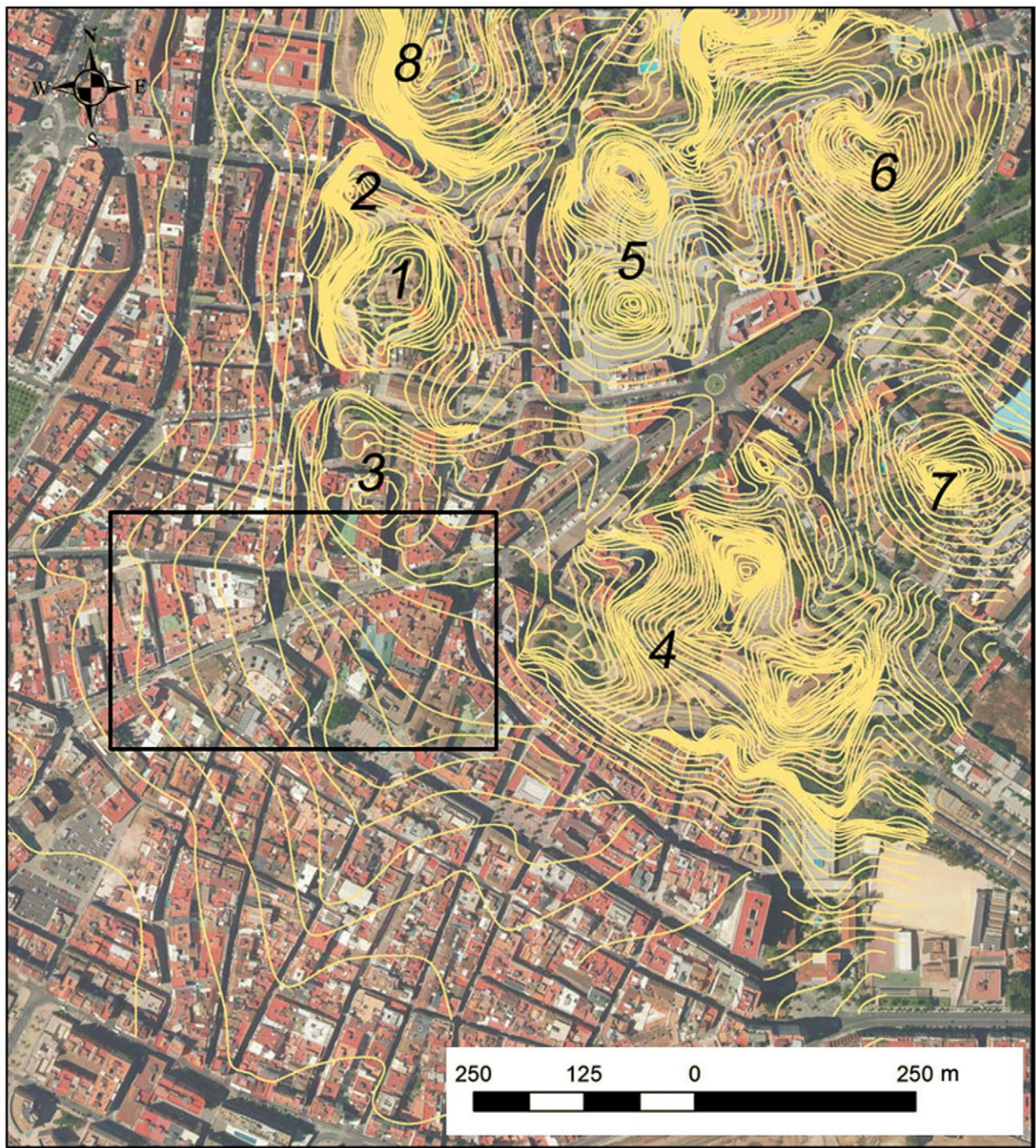


Figura 1. Mapa de la ciudad de Huelva. Se incluye la zona destacada en la Figura 2.A y las curvas de nivel, tomadas de un mapa de 1870, con la localización de los cabezos de la ciudad: 1. San Pedro; 2. Cementerio Viejo; 3. Molino de Viento; 4. Esperanza; 5. Del Pino; 6. De la Joya; 7. Padre Julián; 8. Mondaca (a partir de Bermejo Meléndez y Campos Carrasco 2020: 477, fig. 2).

episodios de inundación de alta energía con mayor precisión, gracias al avance en el conocimiento de las huellas sedimentarias de estos eventos extremos (Álvarez-Martí-Aguilar 2023a).

Partiendo de la evolución constructiva documentada en el solar de Méndez Núñez 7-13, en este capítulo revisaré la información publicada sobre niveles de inundación en otros solares de Huelva que pueden estar directamente

relacionados con los de aquel (Figs. 1 y 2). Mi objetivo es valorar el posible impacto de un evento de inundación extremo en el sector portuario del hábitat de Huelva entre los siglos VII y VI a.C. y, específicamente, el papel que este episodio pudo tener tanto en la evolución urbana como en la dinámica histórica del emporio tartésico de Huelva en el siglo VI a.C. Argumentaré que el auge comercial y constructivo que en él se constata en las décadas centrales del siglo VI a.C. puede entenderse

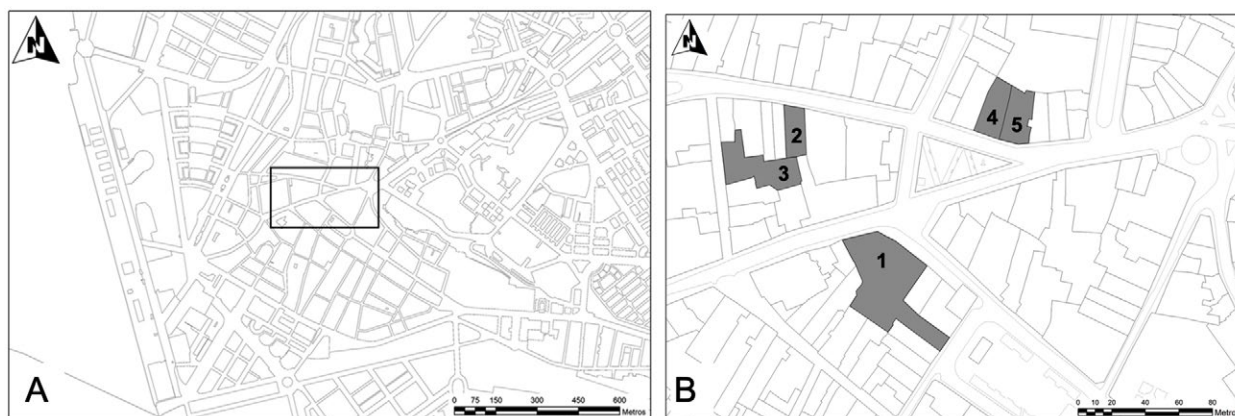


Figura 2. A: Localización del área portuaria de la Huelva tartésica. B: Ubicación de los principales solares de Huelva mencionados en el texto: 1. Méndez Núñez 7-13; 2. Puerto 29; 3. Botica 10-12; 4. Puerto 12; 5. Puerto 10.

en el marco de las respuestas sociales y económicas, de adaptación, resiliencia y recuperación, implementadas tras la presumible catástrofe.

El evento extremo documentado en Méndez Núñez 7-13

Las excavaciones efectuadas en el solar de Méndez Núñez 7-13 (Figura 2.B.1) concentran una sorprendente acumulación de novedades científicas de calado. Los hallazgos realizados entre los sedimentos del nivel subfreático, tras la finalización de las excavaciones de 1997 y 1998, revolucionaron el conocimiento de la más antigua presencia fenicia en Huelva (González de Canales 2018; González de Canales *et al.* 2004). Pero también en el tema que nos ocupa el solar ofreció novedades de extraordinario interés, con la descripción de un evento de carácter catastrófico, con indicios de la ocurrencia de un terremoto y un maremoto asociado (Osuna Ruiz *et al.* 2000).

En una primera intervención en el solar, en 1997, se documentó una secuencia estratigráfica de más de 2 m en la que se superponían, al menos, tres niveles constructivos, manteniendo las estructuras la misma orientación a lo largo del tiempo. En los niveles más superficiales, los muros estaban asociados a pavimentos de color amarillo y, a mayor profundidad, a pavimentos de color rojo, mal preservados (Fernández Jurado y García Sanz 2001).

El solar volvió a ser excavado en 1998, con un área mucho más amplia (Osuna Ruiz *et al.* 2000) (Figs. 3 y 4). Las estructuras halladas fueron interpretadas como correspondientes a un santuario y su *témenos*, con varios niveles constructivos extendidos en una amplia secuencia, entre finales del siglo VIII a.C. e inicios del siglo IV a.C., en la que se distinguieron tres fases. La Fase I estaría caracterizada por la preparación

urbanística del espacio que ocupaba el santuario y el *témenos*; por la definición del espacio sagrado mediante el establecimiento de un “túmulo fundacional”; y por la erección del edificio cultual (Figura 3.A). La fase estaría conformada por distintos niveles ocupacionales en los que se hallaron materiales que revelaban una amplia cronología, cuyo inicio sitúan los autores entre los siglos VIII-VII a.C. (Osuna Ruiz *et al.* 2000: 179). Esta primera fase finaliza con una “destrucción edilicia masiva”, fechable “hacia el primer cuarto del siglo VI a.C.”. Según los excavadores, “la manera en que quedan destruidos los paramentos y la existencia de niveles con abundantes restos de origen marino nos sugieren una destrucción violenta provocada, muy probablemente, por movimientos sísmicos asociados a convulsiones marinas o quizás, sencillamente, un maremoto” (Osuna Ruiz *et al.* 2000: 179).

Tras la ocurrencia de este evento de consecuencias catastróficas, la Fase II constituye un “periodo de transición”: la zona queda “parcialmente anegada por las aguas” pero sigue manteniendo su uso como espacio sagrado. Así lo atestiguaría la presencia de un amplio círculo de cuñas de pizarra para apoyar verticalmente una serie de betilos. Elementos similares se documentan en otros puntos del *témenos* (Osuna Ruiz *et al.* 2000: 179).

La Fase III comienza en algún momento de la segunda mitad del siglo VI a.C., con la reconstrucción del santuario (Figura 3.B). Los cambios son significativos: se modifica el acceso, que se ubica ahora en el ángulo NE del edificio, los pavimentos interiores se elevan respecto a los de la fase precedente y la calle circundante se modifica, configurándose en rampa. El edificio se reconstruye mediante “amplios zócalos de piedra sobre los que se instalan muros de adobe, constituyéndose paramentos enlucidos por lechadas de cal y suelos de tierra batida de color amarillo intenso y/o amarillo anaranjado decorados en su parte central con pintura a la almagra”

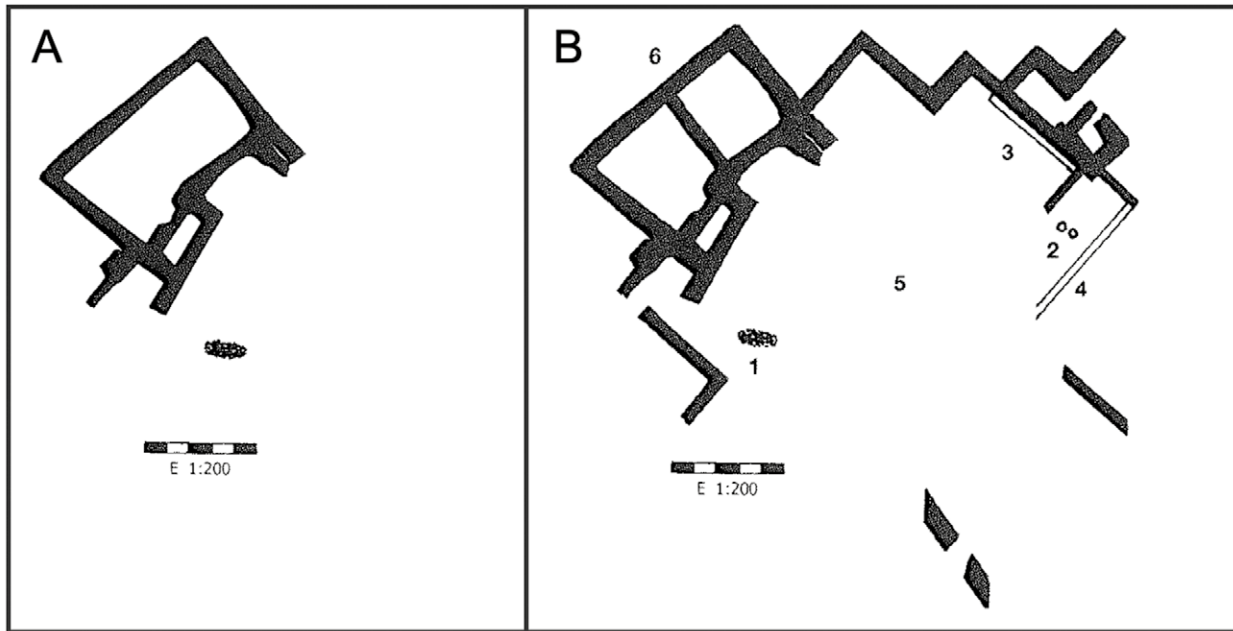


Figura 3. Méndez Núñez 7-13. A: Fase I (Osuna Ruiz *et al.* 2000: 179, fig. 3). B: Fase III. 1. Túmulo de fundación; 2. Hogares; 3. Bancadas adosadas al muro; 4. Muro de cerramiento; 5. *Témenos*; 6. Santuario (a partir de Osuna Ruiz *et al.* 2000: 181, fig. 6).

(Osuna Ruiz *et al.* 2000: 179-180). En esa Fase III también cambia la organización espacial del santuario, con la compartimentación del espacio interior y la erección de un muro en zigzag en torno al *témenos*, al que se adosan interiormente las edificaciones, en las que se documentan, a su vez, asientos corridos y hogares para los banquetes.

La información sobre el episodio traumático que pone fin a la Fase I del santuario de Méndez Núñez 7-13 es lamentablemente escasa. Pese a la aparente violencia del episodio, con evidencias de daños sísmicos y de inundación de alta energía, parece que lo expuesto en esta publicación es un *unicum* en la literatura científica, si exceptuamos la noticia publicada en la prensa local de Huelva y firmada por uno de los subdirectores de la excavación de 1998 (Castillo Rey 2011). En este texto se aporta más información sobre las evidencias de derrumbes traumáticos de muros “de gran solidez” y sobre la presencia, en los estratos de inundación, de conchas de moluscos marinos correspondientes a tres tipos: conchas fósiles procedentes de los cabezos de Huelva, otras que correspondían a restos de consumo –almejas, mejillones y navajas– y “verdaderas acumulaciones de otros moluscos nada habituales en la línea de costa y que los especialistas opinaron que procedían de fondos marinos de mayor profundidad, o sea, de alta mar” (Castillo Rey 2011). La cronología que se aporta para el evento en este texto, el siglo VII a.C., no coincide con la de la publicación de Osuna Ruiz *et al.* (2000), aunque sí la referencia a que el santuario estuvo abandonado durante un largo periodo y fue remodelado en algún momento del siglo VI a.C.

Otras posibles evidencias del evento extremo documentado en Méndez Núñez 7-13

Los hallazgos descritos en el trabajo de Osuna Ruiz *et al.* (2000) me han servido de punto de partida para tratar de identificar, en un trabajo previo, las posibles evidencias de inundación que los autores describen en el solar de Méndez Núñez 7-13, en otros contextos arqueológicos del área empórica de Huelva (Álvarez-Martí-Aguilar 2023a). En ese trabajo he partido de la constatación de que en diversas excavaciones realizadas por el servicio de Arqueología de la Diputación Provincial de Huelva en el centro de la ciudad, en los años 80 y 90 del siglo pasado, se documentaron frecuentemente niveles de inundación. Estos niveles fueron interpretados como depósitos generados por arroyadas por lluvias, que discurrirían por las vaguadas entre los cabezos onubenses, hasta la zona baja del hábitat (Figura 1) (Gómez Toscano y Campos Carrasco 2001; Gómez Toscano *et al.* 2007).

Estas interpretaciones se plantearon cuando el fenómeno de las inundaciones marinas de alta energía, y el de los tsunamis en concreto, no era un aspecto que se soliese tener en cuenta en la interpretación del registro geológico y, menos aún, en el arqueológico, tanto por su excepcionalidad como por la ausencia de casos próximos en el tiempo y el espacio. El precedente del terremoto y tsunami de 1755, que afectó severamente a las costas del Golfo de Cádiz, no era aún un referente significativo, como sí lo es hoy en día (Álvarez-Martí-Aguilar y Machuca Prieto 2022b).



Figura 4. Vista general del santuario de Méndez Núñez 7-13 (Toscano-Pérez 2017: 435, fig. 4).

En la actualidad, se cuenta con un amplio conjunto de indicadores que caracterizan los depósitos generados por eventos marinos de alta energía y, en concreto, por tsunamis (Chagué-Goff *et al.* 2011; Costa 2012; Costa y Dawson 2015; Costa y Andrade 2020; Fujiwara 2008; Kortekaas y Dawson 2007; Lario *et al.* 2010; Morales *et al.* 2008, entre otros). Estas síntesis recientes permiten destacar una serie de características generales de los depósitos de tsunami, que he empleado como guía en mi revisión:

- a. Los depósitos de tsunami pueden presentar varias capas, generadas por las fases de avance (*run-up*) y retroceso (*backwash*) de las varias olas del tsunami.
- b. En estos depósitos se suelen documentar secuencias granodecrescentes en el tamaño de los componentes que lo integran, por lo general gravas, arenas, limos y arcillas.
- c. Estos depósitos suelen presentar una base erosiva en contacto con los materiales subyacentes.
- d. Una de las características más frecuente de este tipo de depósitos es la presencia de conchas de moluscos marinos, en ocasiones con grandes acumulaciones.
- e. La capa inferior del depósito puede contener material retrabajado y, en contextos arqueológicos, se documenta la imbricación de

guijarros de playa con fragmentos de cerámicas y demás material proveniente de niveles de ocupación.

Partiendo de estos indicadores, he creído posible identificar indicios de su aparición en varios de los estratos documentados en algunas de las excavaciones realizadas en el centro de la capital onubense en los años ochenta del siglo XX. He planteado que algunos de estos niveles de inundación pudieran no corresponder a sucesivas arroyadas aluviales, sino a dos eventos de inundación de alta energía diferenciados. El primero de estos eventos podría identificarse con el que Osuna Ruiz *et al.* (2000) describieron en Méndez Núñez 7-13, con una cronología de comienzos del siglo VI a.C. El segundo de estos eventos parece haberse producido en algún momento del tercer tercio de esa misma centuria (Álvarez-Martí-Aguilar 2023a).

A continuación revisaré las posibles evidencias sedimentarias del primero de estos episodios, que parece estar registrado en la secuencia estratigráfica de tres solares: dos de ellos muy cercanos entre sí, los de las calles Puerto 29 y Botica 10-12, ubicados en lo que se ha considerado el límite de la línea de mareas de la ría del Odiel en época tartésica; y el de la calle del Puerto 12 (Figs. 1 y 2).

Puerto 29

En el caso del corte A del solar de Puerto 29 (Fernández Jurado y Rufete Tomico 1990a; Fernández Jurado *et al.* 1990) (Figura 2.B.2) se documentó un nivel de ocupación antiguo, en el marco del estrato inferior de los ocho que componen la secuencia (Figura 5). En la capa inferior (8b) del Estrato 8, de hasta 0,5 m de potencia, se hallaron, a una cota de -1,74 m, los restos de una placa de arcilla quemada asociada a una gran cantidad de cenizas y escorias, lo que evidenciaba su vinculación a labores metalúrgicas (Fernández Jurado *et al.* 1990: 19-23). Este primer nivel de ocupación fue datado a finales del siglo VII a.C. (“Tartésico Medio IIIb”, 650-625/600 a.C.). El estrato 8b parecía haber sufrido el impacto de una inundación reflejada en una capa de grava presente en los perfiles (Fernández Jurado *et al.* 1990: 22).

Por encima de este, se identificaron cinco estratos (7-3), en los que, a tenor de las descripciones de los excavadores, parecen constatarse las características que antes presentábamos como definitorias de un evento marino de alta energía. Entre ellas destacan la presencia de secuencias granodecrecientes en el tamaño de los sedimentos y las acumulaciones de conchas de bivalvos marinos. Así por ejemplo, en el estrato 7 destaca la acumulación de una gran cantidad de conchas de berdigones y en el estrato 6 se documentaron algunas conchas de ostiones (Fernández Jurado *et al.* 1990a: 22).

El estrato 5 fue considerado como el fruto de una arroyada por lluvias, al estar formado por una secuencia granodecreciente, de arena y grava en la base del estrato, y de arcilla en la parte más superficial. En el estrato 3 –cuya textura era similar al del 4– se hallaron restos de conchas, y una secuencia de gravas, arenas y limos, lo que también llevó a interpretarlo como el fruto de arrastres por lluvias ya que, además, presentaba cerámicas a mano de técnica bruñida, considerados como pertenecientes a niveles más antiguos del hábitat (Fernández Jurado *et al.* 1990: 27-28).

La presencia de estratos con secuencias granodecrecientes de gravas, arenas, limos y arcillas y, en especial, de acumulaciones de conchas de moluscos marinos, en muchos casos fragmentadas, a largo de toda la secuencia estratigráfica (Moreno Nuño 1990) y no asociadas a estructuras constructivas o niveles de ocupación, me han parecido indicios de que estos estratos podrían corresponder a las diferentes capas de un único evento sedimentario marino de alta energía (Álvarez-Martí-Aguilar 2023a: 381-383).

La correlación de este evento con el registrado por Osuna Ruiz *et al.* (2000) en Méndez Núñez 7-13, podría venir corroborada por la cronología de los materiales encontrados en los dos estratos superiores de la secuencia, asociados a la estructura constructiva antigua hallada en el solar (Figura 6).

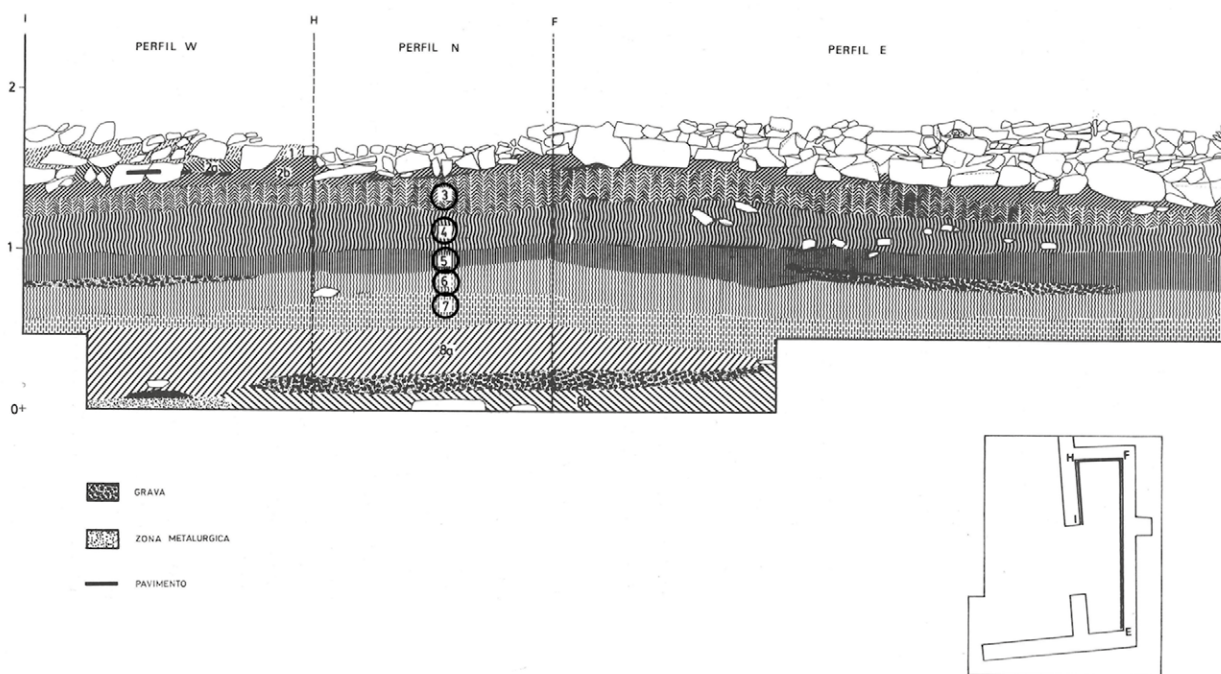


Figura 5. Puerto 29. Estratigrafía de los perfiles oeste-norte-este. Los estratos que podrían corresponder a un depósito de inundación de alta energía se destacan con círculos (a partir de Fernández Jurado *et al.* 1990a: 21, fig. 8).

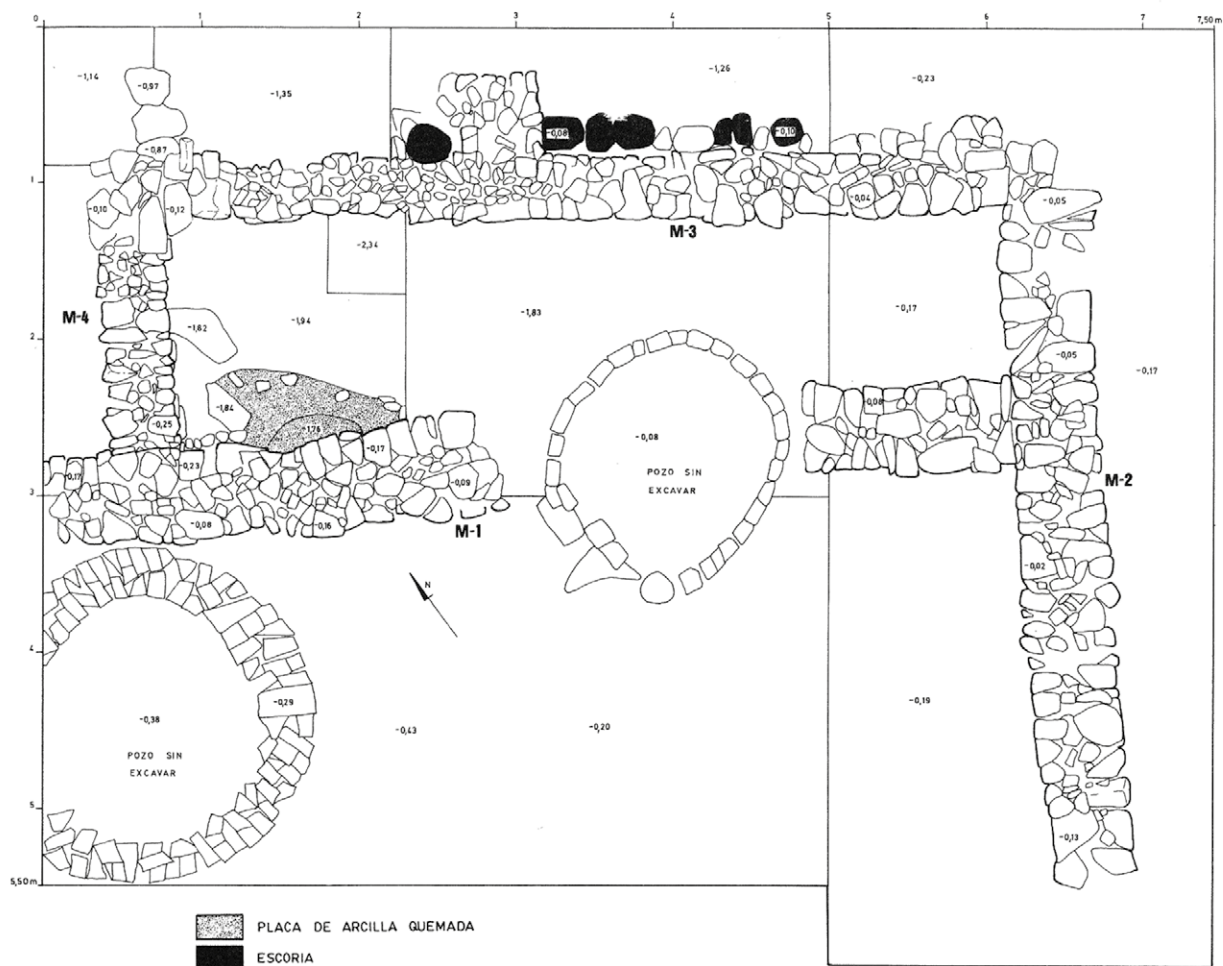


Figura 6. Puerto 29. Planta de las estructuras constructivas halladas en el solar (Fernández Jurado *et al.* 1990a: 19, fig. 7).

Se trataba de un espacio cuadrangular definido por cuatro muros con unas dimensiones de c. 1,20 x 4,30 m, asociado a un pavimento de arcilla roja. Fue interpretado como un almacén, pese a que, como reconocieron los excavadores, presentaba escasez de grandes vasos y en especial, ánforas (Fernández Jurado y Rufete Tomico 1990a: 275). Los materiales arqueológicos asociados a esta estructura, en especial fragmentos de copas griegas procedentes de la Grecia del Este, una de ellas del tipo B1 (Fernández Jurado *et al.* 1990: 28) llevaron a datarla en el “Tartésico Final II”, entre 590-570/560 a.C. (Fernández Jurado *et al.* 1990: 32). Este horizonte cronológico permite plantear que el posible evento de alta energía documentado en Puerto 29, que le precede, podría ser coetáneo al de Méndez Núñez 7-13, del primer cuarto del siglo VI a.C.

Botica 10-12

En el solar de la calle Botica 10-12 (Figura 2.3), excavado en 1983, se realizaron tres cortes –cuadros A, B y C–, muy cercanos al mencionado de Puerto 29 y en ellos también se encontraron evidencias de inundación. En los cuadros A y B se documentaron sedimentos de arena y grava, que fueron interpretados como producto de fuertes lluvias (Rufete Tomico 2002: 26). A su vez, en los cuadros B y C se describió la presencia de limo de origen marino “a una profundidad a la que aún se hallaban estratos antiguos en el Cuadro A”, lo que llevó a considerar que en ese lugar debió situarse el límite de la línea de marea en época tartésica (Rufete Tomico 2002: 160). Este significativo detalle podría ser, en cambio, un posible indicio de los restos sedimentarios de un evento marino de alta energía.

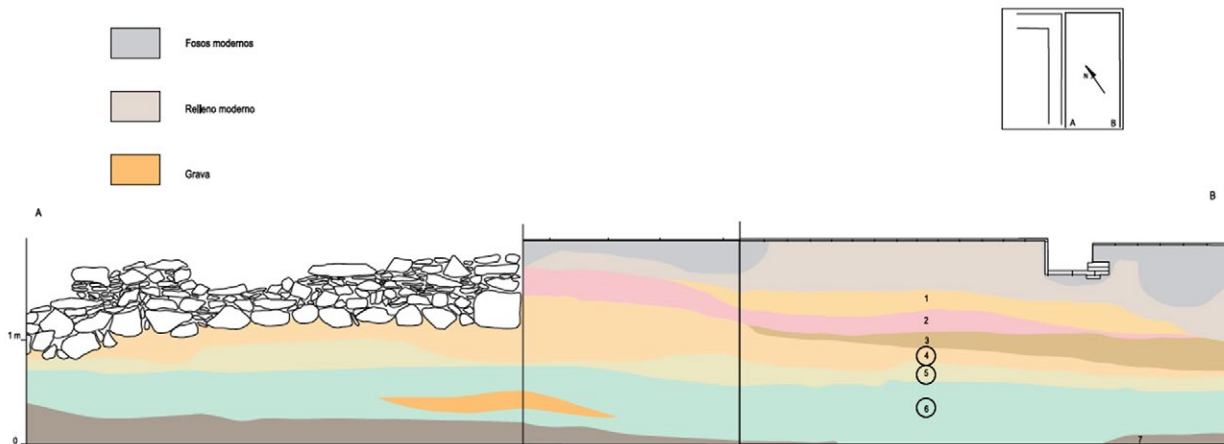


Figura 7. Botica 10-12. Estratigrafía del sector sur del cuadro A. Los estratos 6, 5 y 4, que podrían corresponder a un depósito de inundación de alta energía, se destacan con círculos (a partir de Rufete Tomico 2002: 30, fig. 10).

El cuadro A de Botica 10-12 fue el que aportó más información arqueológica y en su sector sur se documentó una secuencia con siete estratos, algunos de los cuales revelaban, de nuevo, evidencias de inundación y presencia de conchas marinas (Figura 7).

Tras el Estrato 7, el más profundo, que mostraba una textura fangosa por la presencia del agua del nivel freático, en el Estrato 6 se documentaron “finas capas de grava y arena arrastradas por las lluvias” (Rufete Tomico 2002: 31). El Estrato 5 presentaba una secuencia granodecreciente en el tamaño del sedimento, ya que estaba formado “por arenas y limos, de color amarillento, suelta, con finas capas de color gris, que parecía indicar una rápida sedimentación, posiblemente formada al depositarse la parte menos densa de los arrastres producidos por las aguas de lluvia” (Rufete Tomico 2002: 31). Por su parte, el Estrato 4, sobre el que apoyaba el muro encontrado en el corte, estaba constituido por una capa de tierra con “guijarros medianos y abundantes conchas” (Rufete Tomico 2002: 31), mientras que el Estrato 3, compuesto por tierra suelta y arenosa, colmataba las primeras hiladas del muro encontrado en la zona central del cuadro (Figura 8).

Este muro preservaba en algún punto una altura de hasta 0,70 m y comenzaba a una cota de -1,45 m, la misma a la que se encontró una acumulación de piedras que correspondía a parte de su derrumbe (Rufete Tomico 2002: 27). En la zona oeste del cuadro se documentó, a una cota de -1,58 m, por debajo del muro y sin estar asociado a él, una acumulación de valvas de ostréidos que fue interpretada como un pavimento de conchas, para cuya realización se habrían empleado también guijarros y lajillas de pizarras (Rufete Tomico 2002: 28).

Al igual que en el caso de Puerto 29, la existencia en la estratigrafía del cuadro A de Botica 10-12 de secuencias granodecrecientes en los Estratos 5 y 6, unido a la abundante presencia de conchas en el Estrato 4, me ha llevado a proponer que la secuencia formada por los estratos 6, 5 y, quizá también la parte inferior del 4, podrían constituir capas de un depósito sedimentario generado por un único evento marino de alta energía (Álvarez-Martí-Aguilar 2023a: 380).

En el Estrato 3, que colmataba las hiladas inferiores del muro, se encontraron fragmentos de copas del tipo B2 de Villard y Vallet y de Pequeños Maestros, que fueron fechados entre 560 y el 530 a.C. (Rufete 2002: 160). Estos indicadores cronológicos permiten, también en este caso, vincular la ocurrencia del posible evento de inundación marina y la elaboración del posible pavimento de conchas que precede a la erección de la estructura constructiva, con la cronología otorgada al evento de Méndez Núñez 7-13, del primer cuarto del siglo VI a.C. Cabría, incluso, poner en relación la elaboración del pavimento de conchas, al que se ha otorgado un carácter apotropaico (Escacena Carrasco y Vázquez Boza 2009: 56), precisamente con la ocurrencia previa de ese evento de inundación de consecuencias catastróficas.

Puerto 12

Los casos de los estratos de inundación de Puerto 29 y Botica 10-12 ofrecen el referente para contextualizar adecuadamente los hallados en el solar de Puerto 12 (Figura 2.B.4), aquel que permite analizar con mayor detalle el papel del impacto de eventos naturales extremos en la evolución urbanística del hábitat de Huelva entre los siglos VII y VI a.C.



Figura 8. Botica 10-12. Acumulación de conchas y estructura constructiva (Fernández Jurado y Rufete Tomico 1987: 203).

En la excavación de este solar, entre 1989 y 1990, se documentó una sucesión de horizontes de ocupación y estructuras constructivas excepcional en el contexto de la arqueología de la capital onubense (Rufete Tomico 2002: 96-155). En Puerto 12 es posible identificar una secuencia similar a la descrita en el solar de Méndez Núñez 7-13, con un primer nivel de ocupación que sufre el impacto de un evento de inundación, al que sucede una secuencia de habitación con nuevas características constructivas.

El nivel de ocupación más antiguo lo constituye un conjunto de cuatro ámbitos de habitación –H-7, H-8, H-9 y H-10– que presentan pavimentos de arcilla de color rojo y paredes de tapial de color amarillento, revocadas al interior con una capa de cal (Rufete Tomico 2002: 106) (Figura 9.A). Entre H-8 y H-9 se identificó un único muro de piedra, interpretado como pared interior de separación de estos ámbitos, y en el centro de H-7 se documentó un hogar de arcilla de grandes dimensiones. Por la orientación cronológica del trabajo de Rufete Tomico (2002), que se centra en el horizonte de finales del siglo VI a.C. en adelante, no se ofrece una cronología precisa de este nivel de ocupación más antiguo. Sin embargo, el contexto arqueológico de esa zona del hábitat de Huelva vincula ese tipo edificios, con muros

de adobe sin cimientos y pavimentos rojos, a finales del siglo VII a.C. (Osuna Ruiz *et al.* 2000: 184).

En Puerto 12 se documentó una potente secuencia compuesta por diecisiete estratos, varios de los cuales presentaban evidencias de inundación (Figura 10). El Estrato 13, que estaba directamente asociado a las habitaciones con pavimentos rojos, presentaba restos de adobes y abundantes lajas sueltas, y su composición era similar a la del Estrato 12, compuesto por una “capa de arena con alguna tongada de grava de grano fino, de color amarillenta, homogénea y muy limpia, que ocupaba prácticamente todo el cuadro con una potencia media de 40 cm” (Rufete Tomico 2002: 111). También en este estrato se apreció una secuencia granodecreciente en el tamaño de sus componentes, atribuida a la “sedimentación de los materiales arrastrados por las lluvias, quedando depositado en la zona central del cuadro los más densos” (Rufete Tomico 2002: 111).

He planteado, con anterioridad, que estos niveles de inundación de Puerto 12 pueden ponerse en relación con los de Méndez Núñez 7-13, Puerto 29 y Botica 10-12, reflejando, en todos los casos, la huella sedimentaria de un mismo evento de inundación marina de alta energía (Álvarez-Martí-Aguilar 2023a). Los estratos 13 y 12 de

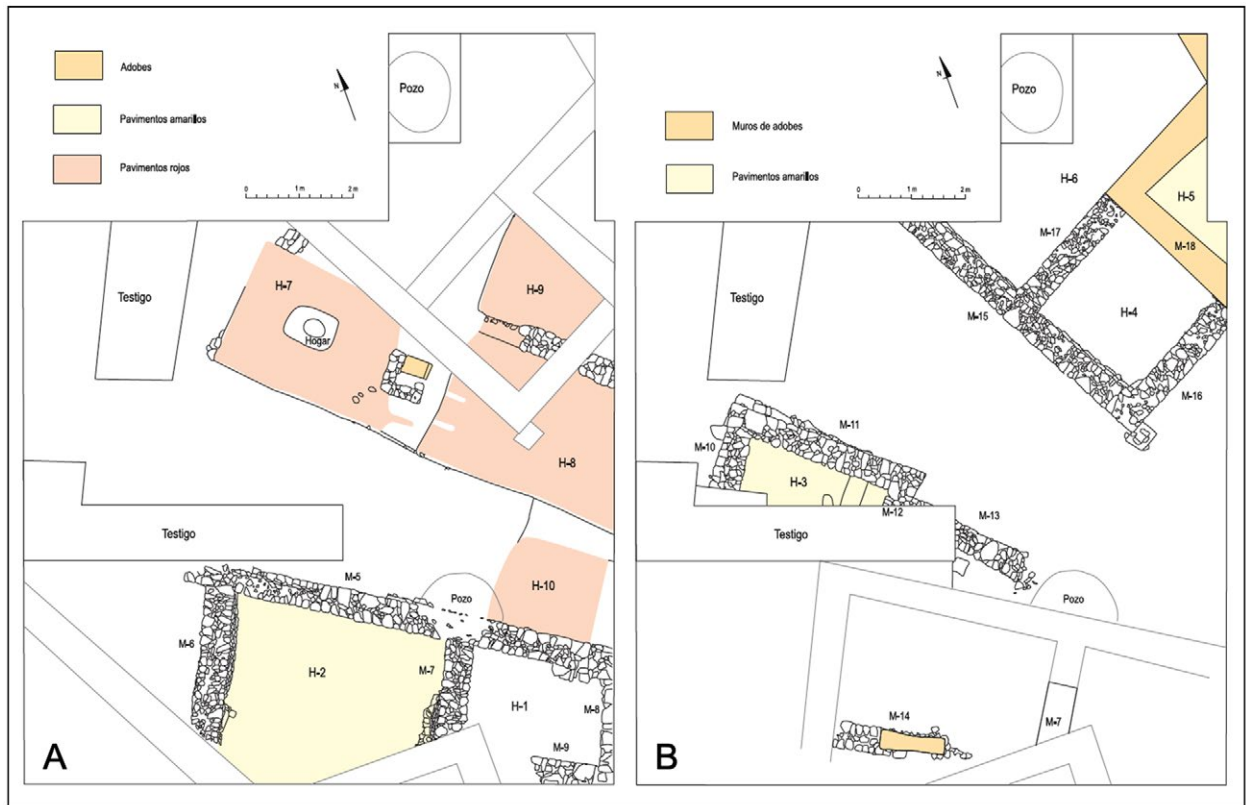


Figura 9. Puerto 12. A: “habitaciones” H-1, H-2, H-7, H-8, H-9 y H-10 (a partir de Rufete Tomico 2002: 104, fig. 23). B: estructuras M-15, M-16, M-17 y M-18; y “habitaciones” H-3, H-4, H-5 y H-6 (a partir de Rufete Tomico 2002: 107, fig. 24).

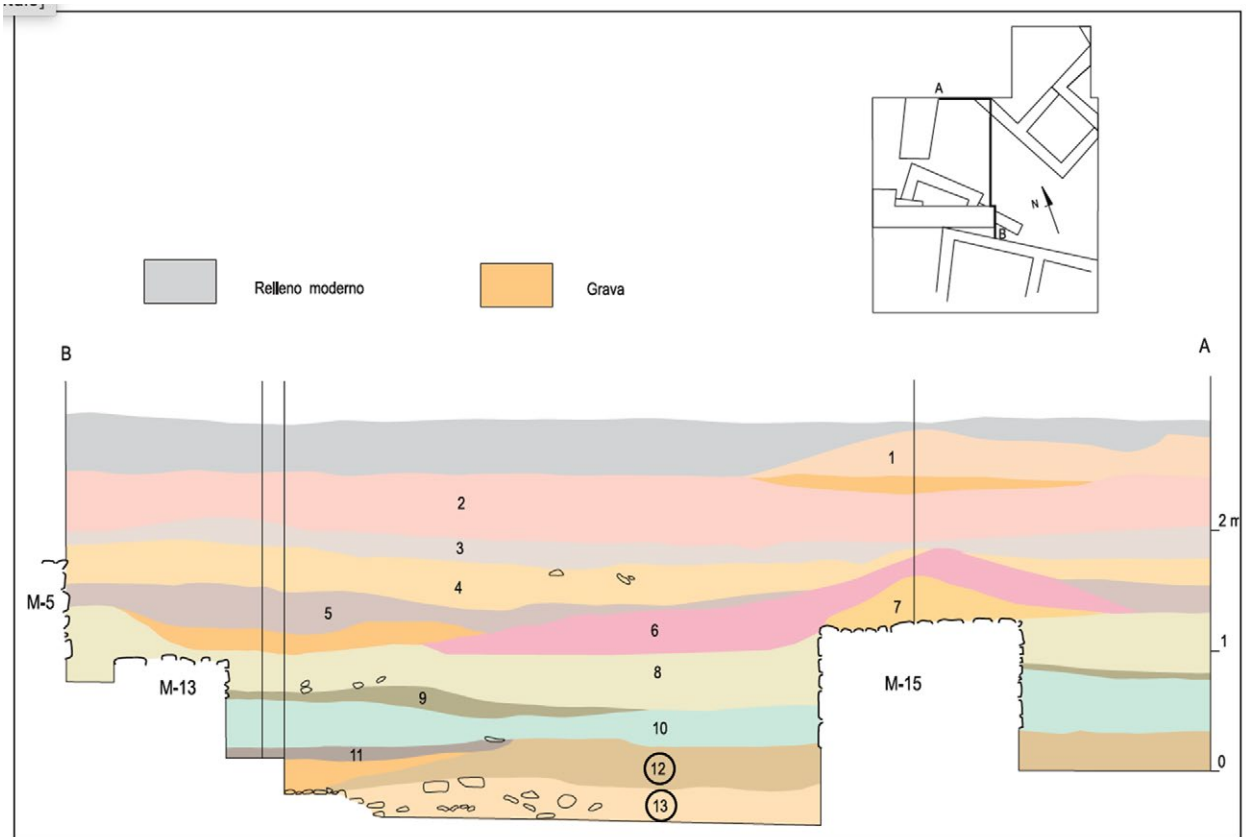


Figura 10. Puerto 12. Estratigrafía del perfil este-norte. Los estratos 12 y 13, que podrían corresponder a un depósito de inundación de alta energía, se destacan con círculos (a partir de Rufete Tomico 2002: 108, fig. 25).

Puerto 12 no presentan una gama de evidencias sobre el origen marino de la inundación tan amplia como en los casos anteriores. Sin embargo, son destacables los indicios del carácter destructivo de la inundación. Los elementos descritos en el Estrato 12 –“restos de adobes y abundantes lajas sueltas”– son indicios del posible derrumbe de los muros del edificio de pavimentos rojos. Por ello, la inundación reflejada en los Estratos 13 y 12 permite establecer una directa conexión con la destrucción descrita al final de la Fase I del santuario de Méndez Núñez 7-13.

Tras este evento sedimentario se erigieron, sobre el Estrato 12, nuevas estructuras con una orientación diferente, empleando técnicas constructivas distintas y haciendo uso de pavimentos de color amarillo. Uno de estos edificios parece ser el más antiguo de la nueva secuencia de construcciones y se ubica en el ángulo NE del solar. Allí se documentan tres ámbitos interpretados como de habitación (H-4, H-5 y H-6) definidos por cuatro muros – M-15, M-16, M-17 y M-18– que incluyen altos zócalos de mampostería –de hasta 0,90 m– sobre los que se levantaban muros de adobe, excepcionalmente bien preservados en algunas zonas (Rufete Tomico 2002:

105-106) (Figuras 9.B y 11). El pavimento preservado en este singular edificio estaba formado por “margas muy compactadas y limpias de color amarillo intenso” (Rufete Tomico 2002: 105). Las nuevas construcciones que se erigen en el solar de Puerto 12, a partir de estos momentos, van a estar caracterizadas por ambos elementos: el uso de zócalos de piedra sobre los que se erigen paredes de adobe y de pavimentos de color amarillo.

No es posible ofrecer una cronología precisa para los estratos de inundación y para la erección del “edificio singular” que, en cualquier caso, es anterior al horizonte del “Tartésico Final III” (c. 570/560-530 a.C.), en el que Rufete Tomico (2002: 157) establece el Nivel I de Puerto 12. Este Nivel I está caracterizado por el abandono de la habitación H-3, que junto a H-1 y H-2 pertenecen a un edificio erigido sobre estratos más superficiales que aquellos –los Estratos 13 y 12– sobre los que se erige el “edificio singular” del ángulo NE del solar. El edificio que incluye las habitaciones H-1, H-2 y H-3 (Figura 9.A) forma parte de esa sucesión de construcciones caracterizadas por el uso de muros de mampostería y de pavimentos amarillos.



Figura 11. Puerto 12. Se destacan los pavimentos rojos que caracterizan las habitaciones H-7, H-8, H-9, asociadas al Estrato 13. Sobre el Estrato 12, con evidencias de inundación, se erigen los muros M-15, M-16, M-17 y M-18 que conforman el ángulo SW del “edificio singular” cuyo ángulo opuesto se documentó en el vecino solar de Puerto 10 (a partir de Rufete Tomico 2002: 104-107; y Fernández Jurado *et al.* 2013: 43, fig. 8).

En Puerto 12 es posible, en suma, identificar una secuencia equivalente a la documentada en Méndez Núñez 7-13, con un nivel de ocupación antiguo, en este caso caracterizado por habitaciones de muros de tapial y pavimentos rojos, que parece amortizado por dos estratos con evidencias de inundación, cuyo carácter destructivo puede no haber sido suficientemente valorado, y que parece marcar un cambio notable en las técnicas constructivas y en la orientación urbanística en esa zona del hábitat onubense.

Puerto 10

La misma dinámica descrita en Puerto 12 parece constatarse en el solar contiguo, el de Puerto 10 (Figura 2.B.5), que fue excavado entre 1980 y 1981 (Garrido y Orta 1994). Estas excavaciones constituyeron un hito en la historia de la arqueología onubense, ofreciendo una panorámica hasta entonces desconocida –al menos con tal nivel de detalle– tanto de la evolución constructiva y urbanística de la zona portuaria del hábitat de Huelva en época tartésica, como de las características de la interacción entre gentes locales, fenicias y griegas.

A diferencia del caso de Puerto 12, el método de excavación mediante estratos artificiales empleado en las cuadrículas abiertas en el solar de Puerto 10 dificulta una lectura estratigráfica clara (Figura 12). No obstante,

también en este caso es posible identificar elementos que concuerdan con la dinámica ocupacional y constructiva que se constata tanto en el solar de Puerto 12 como en el de Méndez Núñez 7-13 y, en parte, en los de Puerto 29 y Botica 10-12.

Garrido y Orta identificaron en Puerto 10 tres niveles constructivos sucesivos, cuyo denominador común era la presencia de pavimentos de color rojo. El más antiguo, que denominan “tercer nivel de pisos colorados”, parece estar caracterizado por el uso de adobe en las construcciones y por la ausencia de cerámicas griegas. Este nivel, en el que se documentaron hornos de fundición, podría fecharse en el siglo VII a.C. (Garrido y Orta 1994: 178, 345).

A comienzos del siglo VI a.C. se identifica un cambio relevante en la evolución urbanística del área excavada, que coincide con el “nivel arqueológico de los segundos pisos colorados”. En ese momento se verifica “una planificación urbana regular de carácter prehipodámico o hipodámico”, que estos autores consideran difícil atribuir a los fenicios y vinculan, en cambio, con la actividad de gentes griegas, coincidiendo con la abundante presencia de variadas cerámicas de esa procedencia, que se fechan entre 580-540 a.C. (Garrido y Orta 1994: 344). Precisamente en este horizonte se inscribe, en Puerto 10, el ángulo NE del “edificio

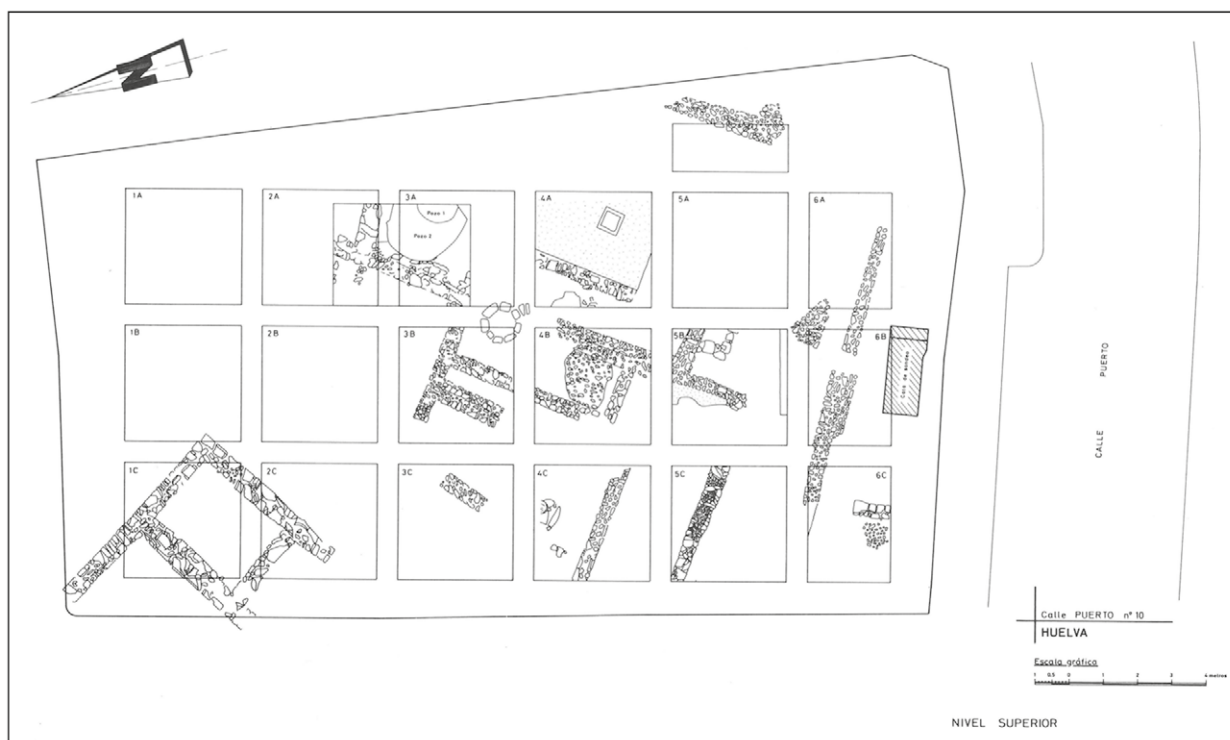


Figura 12. Puerto 10. Planta de las construcciones documentadas en el “nivel superior” de los tres que se registraron a lo largo de la excavación. En el ángulo inferior izquierdo se aprecia el ángulo NE del “edificio singular” cuyo ángulo opuesto se halló en el vecino solar de Puerto 12 (Garrido y Orta 1994: 179, fig. 104).

singular” de altos zócalos de mampostería, cuyo ángulo SW fue documentado en Puerto 12, y al que Garrido y Orta (1994: 344) atribuyeron una funcionalidad “de santuario o templo”.

Finalmente, el “primer nivel de pisos colorados” sucede a un hiato en las importaciones griegas entre el 540 y el 530 a.C., que Garrido y Orta vinculan con las alteraciones políticas y militares en Asia Menor y la huida de parte de la población de Focea a occidente, contexto que culmina con la batalla de Alalía. Según estos autores, pese a que la actividad comercial del hábitat de Huelva se reanuda en el 530 a.C., las importaciones griegas son menos abundantes y casi exclusivamente áticas, cesando por completo en el siglo V a.C., lo que ponen en relación con el tratado entre Roma y Cartago de 509 a.C. y con el supuesto “cierre” del sur de Iberia a los comerciantes griegos (Garrido y Orta 1994: 344).

El “edificio singular” de Puerto 10-Puerto 12

El “edificio singular” cuyas estructuras fueron halladas tanto en Puerto 10 como en Puerto 12 (Figura 13) permite establecer una correlación entre las secuencias estratigráficas de ambos solares.

En el caso de Puerto 12, el Estrato 13, asociado a las habitaciones de pavimentos rojos, presentaba indicios de derrumbe de estructuras, con presencia de “restos de adobes y abundantes lajas sueltas”; mientras que el Estrato 12, que sirvió de base a los muros del edificio, presentaba evidencias claras de inundación (Rufete Tomico 2002: 111). Sobre este estrato se documentaron cuatro muros con altos zócalos de mampostería, de excepcional factura técnica, y alzados de adobe (Rufete Tomico 2002: 105-106).

En el caso de Puerto 10, las estructuras del edificio se hallaron en las cuadrículas 1C y 2C de la excavación (Garrido y Orta 1994: 117-120) (Figura 12). También allí se hallaron cuatro muros de mampostería con la misma calidad técnica, que delimitaban tres espacios de habitación. La descripción de los trabajos evidencia que, a medida que se profundizó en los cortes, se documentó con frecuencia la aparición de “gran cantidad de fragmentos cerámicos, óseos y marinos” y que, a mayor profundidad, seguían “apareciendo conchas de moluscos y hueso” y cerámica diversa, “desde cerámica de tipo de cocina, fragmentos de ánforas y cerámica negra, incluso se ha encontrado un fragmento de cerámica de retícula bruñida” (Garrido y Orta 1994: 119-120). La presencia de restos marinos y el carácter caótico de la acumulación de materiales de cronologías diversas en los niveles más profundos de las cuadrículas 1C y 2C de Puerto 10, podría ser un indicador de que los estratos sobre los que se erige el “edificio singular” son, como en el caso de Puerto 12,

de inundación violenta, con arrastres de materiales de otras zonas, más elevadas, del asentamiento.

García Sanz (1990: 162-163) parece ubicar este “edificio singular” en la transición entre el Tartésico Medio IIIb y el Tartésico Final, es decir, hacia finales del siglo VII a.C. Sin embargo, Garrido y Orta (1994: 184, 344) contextualizan este edificio en el siglo VI a.C., en el marco del “segundo nivel de los pisos colorados”, caracterizado por la presencia de cerámicas griegas fechables entre el 580-540 a.C.

El impacto del evento extremo de comienzos del siglo VI a.C. en la evolución constructiva y en la dinámica histórica de la Huelva tartésica

De lo expuesto en síntesis como las de García-Sanz (1990), Garrido y Orta (1994: 343-348) y Osuna Ruiz *et al.* (2000), parece deducirse la aparición de cambios significativos en la evolución urbanística del área portuaria de la Huelva tartésica en el tránsito entre los siglos VII y VI a.C.

Desde inicios del siglo VII a.C. –al menos–, se documentan en la zona portuaria del emporio construcciones caracterizadas por el uso de muros de adobe o tapial sin cimentación ni, por lo general, zócalo de piedras, asociadas a pavimentos de arcilla roja, que son los que suelen delimitar los espacios de habitación. En ocasiones se encuentran restos de muretes de piedra que parecen servir de separación entre estos espacios de habitación con pavimentos rojos, en los que aparecen hogares de arcilla de forma cuadrangular. Se trata de características constructivas típicas del urbanismo fenicio de la época (Díes Cusí 2001). Esta fase estaría bien representada, por poner solo los ejemplos más explícitos, en solares como el de Méndez Núñez 8 (Fernández Jurado y Rufete Tomico 1990b: 281), La Fuente 19-21 (García Sanz *et al.* 2001: 227), Puerto 12, de manera especialmente nítida (Fernández Jurado *et al.* 2013: 43, fig. 8; Rufete Tomico 2002: 101-106) y, posiblemente también, en el nivel inferior de Puerto 10, en el “tercer nivel de pisos colorados” (Garrido y Orta 1994: 344; fig. 106).

El evento de inundación extremo responsable, en el primer cuarto del siglo VI a.C., del fin de la Fase I del santuario de Méndez Núñez 7-13, podría haber tenido consecuencias más amplias y marcar el tránsito a una nueva fase constructiva y urbanística en la Huelva tartésica. Las huellas sedimentarias de este evento de inundación parecen estar registradas en otros solares del área portuaria del emporio (Álvarez-Martí-Aguilar 2023a). Es el caso de Puerto 29, donde los estratos correspondientes a un posible evento de inundación de alta energía –que se identifican igualmente en el cercano solar de Botica 10-12– amortizan un nivel de

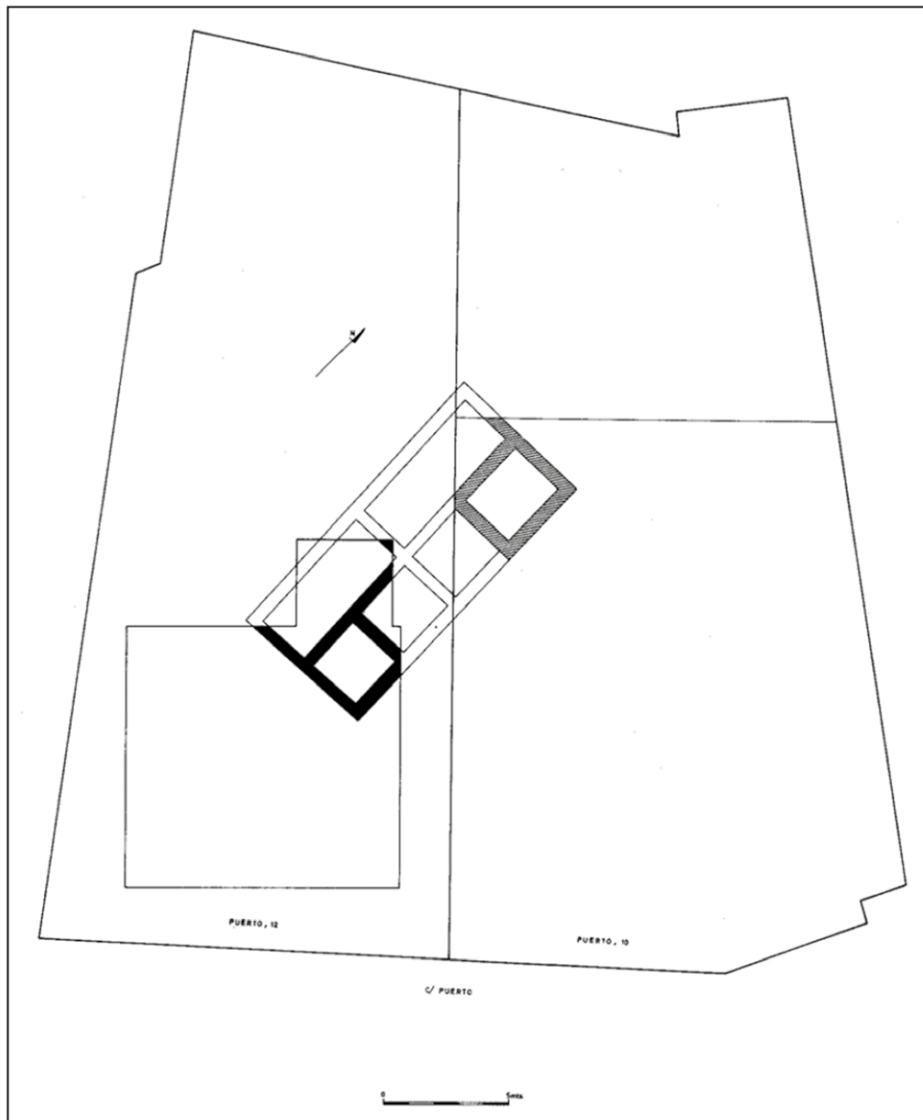


Figura 13. Reconstrucción de la planta del “edificio singular” hallado en los solares de Puerto 10 y Puerto 12 de Huelva (García Sanz 1990: 164, fig. 12).

ocupación datado a finales del siglo VII a.C. Parece que también es el caso de Puerto 12, en el que el edificio de habitaciones con pavimentos rojos es amortizado por los Estratos 13 y 12, con evidencias de destrucción e inundación, respectivamente, y sobre el que se erige el “edificio singular” documentado también en el vecino solar de Puerto 10.

Una cuestión pendiente de clarificar de forma precisa es la naturaleza y el origen de esos y otros estratos de inundación hallados en solares excavados en el centro de Huelva en los años 80 y 90 del siglo XX. Sería oportuno determinar si se trata de capas sedimentarias generadas por arroyadas por lluvias (Fernández Jurado 1990; Gómez Toscano *et al.* 2007; Gómez Toscano y Campos Carrasco 2001; Rastrojo Lunar y Gómez Toscano

2013; Rufete Tomico 2002) o bien por eventos marinos de alta energía (Álvarez-Martí-Aguilar 2019; Osuna Ruiz *et al.* 2000; Rodríguez-Ramírez *et al.* 2022), como parecen sugerir varias de las características de los estratos de inundación (Álvarez-Martí-Aguilar 2023a, b).

Lo que deseo subrayar en este trabajo es el carácter extremo del evento de inundación documentado en Méndez Núñez 7-13, Puerto 12, Puerto 29 y Botica 10-12, así como el severo impacto que debió tener sobre las estructuras halladas en varios de estos solares. En el tránsito entre los siglos VII y VI a.C. la zona portuaria de la Huelva tartésica pudo verse asolada por un evento de carácter catastrófico tras el que se inicia una nueva dinámica constructiva y urbanística en el marco de un contexto histórico diferente.

Ese evento extremo y sus consecuencias explicarían algunos de los cambios en las técnicas constructivas y en el urbanismo del área portuaria del emporio onubense que se verifican desde comienzos del siglo VI a.C. A partir de ese momento se hace más frecuente la erección de muros de mampostería realizados con bloques de pizarra de menor tamaño y en los que se emplean, en algunos casos, sillares bien escuadrados para el refuerzo de las esquinas. Sobre estos zócalos se erigen muros de adobe. En cuanto a los pavimentos, se siguen documentado los de color rojo, pero uno de los cambios relevantes es la aparición de pavimentos de color amarillo. Significativamente, destaca en esta fase la elevación de los zócalos y el refuerzo de la parte baja de algunos muros mediante estructuras en talud, lo que ha sido interpretado como evidencia de las readecuaciones derivadas del impacto de “catástrofes climatológicas” (Osuna Ruiz *et al.* 2000: 184).

Esta fase estaría representada en Puerto 12 (Rufete Tomico 2002) y en Puerto 10, en el nivel de los “segundos pisos colorados” y, quizá también, en Méndez Núñez 8 (Fernández Jurado y Rufete Tomico 1990b: 280-281) y en el solar del antiguo edificio de Hacienda, aún en fase de estudio, pero donde Toscano-Pérez *et al.* (2023: 454-455) han podido documentar estructuras compuestas por zócalos de mampuestos con alzado de adobes.

En Puerto 10 y Puerto 12 ese cambio estaría ejemplificado de manera conspicua por el “edificio singular” de altos zócalos de piedra y muros de adobe, inscrito por Garrido y Orta (1994) en un horizonte que se inicia a comienzos del siglo VI a.C. En Puerto 12, con posterioridad a la erección de ese edificio, se levantan, a lo largo del siglo VI a.C., nuevas estructuras que reproducen las mismas pautas constructivas, con muros de mampostería y adobe, y pavimentos de color amarillo. Algunas de estas características también se aprecian en la técnica de realización de los muros de mampostería hallados en Puerto 29 y Botica 10-12, asociados a cerámicas griegas de entre 590-570/560 a.C. y 560-530 a.C. respectivamente, y que se erigen sobre estratos con claras evidencias de inundación.

Donde se aprecian más claramente estos cambios es en el solar de Méndez Núñez 7-13. Tras la ocurrencia del evento destructivo y una fase de transición y semiabandono, el santuario se reconstruye en la segunda mitad del siglo VI a.C. La nueva fase refleja esos mismos cambios, con la erección de altos zócalos de mampostería con un aparejo muy cuidado y el uso de sillares bien escuadrados para el refuerzo de las esquinas. El recuerdo de la inundación catastrófica está presente en esta fase de reconstrucción, en la que parece preocupar “el ascenso del nivel de las aguas, articulándose elementos que protejan al santuario de posibles inundaciones” (Osuna Ruiz *et al.* 2000: 179).

A diferencia de Puerto 12, el edificio reconstruido reproduce la planta del anterior, ampliando sus espacios (Cano Pérez *et al.* 2022; Osuna Ruiz *et al.* 2000; Toscano-Pérez 2017; Toscano-Pérez *et al.* 2023).

Crisis y adaptación en la Huelva tartésica

Cabe concluir que el evento de inundación extremo que afecta al área portuaria del hábitat de Huelva en el primer cuarto del siglo VI a.C., según apuntan Osuna Ruiz *et al.* (2000), supone un punto de inflexión tanto en la evolución constructiva y urbanística del emporio tartésico, como en su dinámica socioeconómica. Este episodio extremo parece tener severas consecuencias destructivas en el núcleo del emporio, integrado por edificios de carácter cultural, destacadamente el de Méndez Núñez 7-13, lugar central en el esquema urbanístico del área portuaria, en torno al que se disponían almacenes y talleres de producción metalúrgica y artesanal (Cano Pérez *et al.* 2022; Domínguez Monedero 2013: 23; Toscano-Pérez *et al.* 2023).

No obstante, en la etapa que se inicia a continuación se pone de manifiesto la capacidad de adaptación de la comunidad tartésica de Huelva para sobreponerse a una situación de crisis, y para desplegar estrategias de resiliencia social, económica y urbanística. Entre las evidencias más expresivas de esta dinámica de recuperación está la erección de nuevas construcciones entre las que destaca el “edificio singular” que se extiende entre los solares de Puerto 10 y Puerto 12, de una calidad técnica excepcional. La propia reconstrucción del santuario de Méndez Núñez 7-13, ya avanzado el siglo VI a.C., evidencia esta dinámica de recuperación. En el marco de la respuesta resiliente de la comunidad tartésica de Huelva frente a la catástrofe, se constata la implementación de estrategias de larga tradición en la arquitectura fenicia para la mitigación del riesgo de inundación fluvial o marina, entre las que destaca la elevación de los zócalos o el uso de estructuras en talud para el refuerzo de la parte baja de los edificios (Delgado Hervás 2008: 74-75; Osuna Ruiz *et al.* 2000: 184). Esta fase de reconstrucción parece iniciarse inmediatamente después del evento destructivo, en casos como el de Puerto 10 y Puerto 12, y algo más tardíamente en el caso de Méndez Núñez 7-13.

El periodo, entre c. 580/570 y 530 a.C., de auge constructivo y urbanístico en la Huelva tartésica, coincide con la intensificación de las importaciones de cerámicas griegas en el emporio y evidencia unas relaciones comerciales que la tradición literaria antigua refleja en las noticias sobre el comercio de los focenses en Tarteso y su amistad con su rey Argantonio (Cabrera Bonet 1990; Domínguez Monedero 2013;

Garrido y Orta 1994: 344; Olmos Romera 1986; 1989). Es la etapa en la que la producción local de ciertos tipos cerámicos, recientemente identificada, apunta a la presencia estable de gentes griegas en el emporio onubense (Domínguez Monedero 2006; 2013; González de Canales y Llopart Gómez 2017; 2023).

La etapa de recuperación que se abre en Huelva tras el evento de inundación de tintes catastróficos se enmarca en una dinámica de intensificación de las relaciones comerciales en la que el vector focense viene a sumarse al samio, que caracteriza el final del siglo VII a.C., y al fenicio, de larguísima tradición en el emporio (González de Canales 2018). Las décadas centrales del siglo VI a.C. coinciden con la cronología que cabe otorgar al clímax del reinado de Argantonio en Tarteso, siguiendo el relato de Heródoto (1.163-165). Pese al carácter legendario de las tradiciones en torno a este personaje, es posible interpretar su figura como la personificación de una dinámica de intensificación comercial y apertura a nuevos mercados en el marco –y esta es la novedad que quiero plantear en este trabajo– de una auténtica estrategia de adaptación y resiliencia colectiva tras la ocurrencia de un evento natural de consecuencias catastróficas en Huelva a comienzos del siglo VI a.C.

En Huelva, las evidencias de crisis, entendida como la retracción del poblamiento y el decaimiento del comercio internacional, comienzan a verificarse a partir del tercer tercio del siglo VI a.C. También en este caso podrían estar relacionadas –siquiera parcialmente– con el impacto de un evento medioambiental extremo (Álvarez-Martí-Aguilar 2023a), en un contexto de profundos cambios en las estructuras del comercio internacional mediterráneo que parecen tener un punto de inflexión hacia el 500 a.C. (Almagro-Gorbea *et al.* 2021; Cabrera Bonnet 1990).

Agradecimientos

Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación TSUNIBER – Terremotos y tsunamis en la península ibérica en época antigua: respuestas sociales en la larga duración (PGC2018-093752-B-I00; MCI/AEI/FEDER, UE); y en el Grupo de Estudios Historiográficos (HUM-394) del PAIDI. Agradezco mucho a Francisco Marfil Vázquez su ayuda con la elaboración de las figuras, y a Juan M. Campos Carrasco, Javier Bermejo Meléndez y Clara Toscano Pérez su amable invitación a participar en esta monografía.

Referencias

Almagro-Gorbea, M., A.J. Lorrio Alvarado y M. Torres Ortiz 2021. Los focenses y la crisis de c. 500 a.C. en el Sureste: de La Fonteta y Peña Negra a La Alcudia de Elche. *Lucentum* 40: 63–110.

Álvarez-Martí-Aguilar, M. 2019. El retorno del cataclismo: de la Atlántida a Tarteso, en E. Sánchez Moreno (coord.) *Veinticinco estampas de la España antigua cincuenta años después (1967-2017). En torno a la obra de Antonio García y Bellido y su actualización científica*: 115–129. Sevilla: Universidad de Sevilla.

Álvarez-Martí-Aguilar, M. 2023a. ¿Tsunamis en Tarteso? Posibles evidencias de eventos marinos de alta energía en el hábitat de Huelva en época tartésica (siglos VII-VI a.C.), en S. Celestino y E. Rodríguez-González (eds) *Tarteso: nuevas fronteras* (Serie MYTRA 12): 373–394. Mérida: Instituto de Arqueología de Mérida – CSIC.

Álvarez-Martí-Aguilar, M. 2023b. A Major Earthquake and Tsunami in the Gulf of Cadiz in the Sixth Century B.C.? A Review of the Historical, Archaeological, and Geological Evidence. *Seismological Research Letters* 94 (2A): 975–982.

Álvarez-Martí-Aguilar, M. y F. Machuca Prieto 2022a (eds) *Historical Earthquakes, Tsunamis and Archaeology in the Iberian Peninsula*. Singapore: Springer.

Álvarez-Martí-Aguilar, M. y F. Machuca Prieto 2022b. Breaking the Waves: Earthquake and Tsunami Research in the Iberian Peninsula from a Historiographical Perspective, en M. Álvarez-Martí-Aguilar y F. Machuca Prieto (eds) *Historical Earthquakes, Tsunamis and Archaeology in the Iberian Peninsula*: 1–16. Singapore: Springer.

Bermejo Meléndez, J. y J.M. Campos Carrasco 2020. Maritime signalling in Antiquity: the *Lanterna* of the harbour of *Onoba Aestuarium*, a new lighthouse along the Atlantic (Huelva, Spain). *Journal of Maritime Archaeology* 15: 475–498.

Cabrera Bonet, P. 1990. El comercio foceo en Huelva: cronología y fisionomía, en *Tartessos y Huelva*: 41–100. Huelva: Diputación de Huelva.

Cano Pérez, A., C. Toscano-Pérez y J. Bermejo Meléndez 2022. Aproximación a la arquitectura y el urbanismo de Huelva en los siglos IX-VI a.C. *Onoba* 10: 207–222.

Castillo Rey, G. 2011. Un terremoto y un tsunami en Huelva en el siglo VII a.C. *Huelva información* [en línea]. Actualizado el 21 de noviembre de 2011. Consultado el 10 de julio de 2023, <https://www.huelvainformacion.es/opinion/articulos/terremoto-tsunami-Huelva-siglo-VII_0_535446794.html>

Chagué-Goff, C., J.-L. Schneider, J.R. Goff, D. Dominey-Howes, y L. Strotz 2011. Expanding the proxy toolkit to help identify past events – Lessons from the 2004 Indian Ocean Tsunami and the 2009 South Pacific Tsunami. *Earth-Science Reviews* 107: 107–122.

Costa, P.J.M. 2012. *Sedimentological signatures of extreme marine inundations*. Unpublished PhD dissertation, University of Lisbon.

Costa, P.J.M. y S. Dawson 2015. Tsunami Sedimentology, en R.A. Meyers (ed.) *Encyclopedia of Complexity and Systems Science*: 1–17. New York: Springer.

- Costa, P.J.M. y C. Andrade 2020. Tsunami deposits: Present knowledge and future challenges. *Sedimentology* 67(3): 1189–1206.
- Delgado Hervás, A. 2008. Cerro del Villar, de enclave comercial a periferia urbana: dinámicas coloniales en la bahía de Málaga entre los siglos VIII y VI a.C., en D. García i Rubert, I. Moreno Martínez y F. Gracia Alonso (eds) *Contactes: indígenes i fenicis a la Mediterrània occidental entre els segles VII i VI a.C.* Simposi d'Arqueologia d'Alcanar (Alcanar 2006): 69–88. Alcanar: GRAP.
- Díes Cusí, E. 2001. La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica (s. VIII-VII), en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds) *Arquitectura oriental y orientalizante en la península ibérica*: 69–122. Madrid: CSIC.
- Domínguez Monedero, A.J. 2006. Fenicios y griegos en el sur de la Península Ibérica en época arcaica. De Onoba a Mainake, *Mainake* 28: 49–78.
- Domínguez Monedero, A.J. 2013. Los primeros griegos en la Península Ibérica (s. IX-VI a.C.): mitos, probabilidades, certezas, en M.P. de Hoz y G. Mora (eds) *El Oriente griego en la Península Ibérica. Epigrafía e Historia*: 11–42. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Escacena Carrasco, J.L. y M.I. Vázquez Boza 2009. Conchas de salvación. *SPAL* 18: 53–84.
- Fernández Jurado, J. 1990. *Tartessos y Huelva*. Huelva: Diputación de Huelva.
- Fernández Jurado, J. y C. García Sanz 2001. Excavación arqueológica en el solar 7-13 de la calle Méndez Núñez y 12 de la Plaza de las Monjas de Huelva, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1997*: 336–339. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- Fernández Jurado, J., C. García Sanz y P. Rufete Tomico 1997. *De Tartessos a Onoba. 15 años de arqueología en Huelva*. Huelva: Diputación de Huelva.
- Fernández Jurado, J., C. García Sanz y P. Rufete Tomico 2013. De la Ermita de la Soledad... A Tartessos, en J. de Haro Ordóñez et al. (eds) *Arqueología en la Provincia de Huelva: homenaje a Javier Rastrojo Lunar*: 37–44. Huelva: Universidad de Huelva.
- Fernández Jurado, J. y P. Rufete Tomico 1987. La orientalización de Tartessos y la presencia griega en Huelva, en J. Fernández Jurado (ed.) *Huelva y su provincia. T. II. Arte e historia de Huelva: desde los orígenes hasta la romanización*: 165–218. Sevilla: Ediciones Tartessos.
- Fernández Jurado, J. y P. Rufete Tomico 1990a. Informe de la excavación de urgencia realizada en el solar n.º 29 de la calle Puerto de Huelva. *Anuario Arqueológico de Andalucía 1987*: 274–276. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- Fernández Jurado, J. y P. Rufete Tomico 1990b. Excavación arqueológica en el solar n.º 8 de la calle Méndez Núñez, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1987*, vol. III: 177–179. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- Fernández Jurado, J., P. Rufete Tomico y C. García Sanz 1990. Excavación arqueológica en el solar n.º 29 de la calle Puerto de Huelva. *Huelva arqueológica* 12: 9–70.
- Fujiwara, O. 2008. Bedforms and sedimentary structures characterizing tsunami deposits, en T. Shiki, Y. Tsuji, K. Minoura y T. Yamazaki (eds) *Tsunamiites: features and implications*: 51–62. Amsterdam – Oxford: Elsevier.
- García Sanz, C. 1990. El urbanismo protohistórico de Huelva, en *Tartessos y Huelva*: 143–175. Huelva: Diputación de Huelva.
- García Sanz, C., J. Fernández Jurado y P. Rufete Tomico 2001. Excavación arqueológica realizada en el solar n.º 19-21 de la calle La Fuente de Huelva. *Anuario Arqueológico de Andalucía 1996*: 224–228. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- Garrido J.P. y E.M. Orta 1994. *El hábitat antiguo de Huelva (periodos orientalizante y arcaico). La primera excavación arqueológica en la calle del Puerto* (Excavaciones Arqueológicas en España 171). Madrid: Ministerio de Cultura.
- Gómez Toscano, F., J.M. Beltrán Pinzón y J. Rastrojo Lunar 2007. La conformación del sitio arqueológico de Huelva. Procesos naturales y actividad humana. *SPAL* 16: 155–172.
- Gómez Toscano, F. y J.M. Campos Carrasco 2001. *Arqueología en la ciudad de Huelva (1966-2000)*. Huelva: Universidad de Huelva.
- González de Canales, F. 2018. The City-Emporion of Huelva (10th-6th Centuries BC), en É. Gailledrat et al. (eds) *The Emporion in the Ancient Western Mediterranean: Trade and Colonial Encounters from the Archaic to the Hellenistic Period*: 67–78. Montpellier: Presses universitaires de la Méditerranée.
- González de Canales, J y J. Llompart Gómez 2017. Producción de cerámicas griegas arcaicas en Huelva, *Archivo Español de Arqueología* 90: 125–145.
- González de Canales, F., L. Serrano y J. Llompart 2004. *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- González de Canales, J y J. Llompart Gómez 2023. *El antiguo emporio de Huelva (siglos X-VI a.C.). Síntesis histórica y estudio de sus cerámicas griegas*. Huelva: Universidad de Huelva.
- Kortekaas, S. y A.G. Dawson 2007. Distinguishing tsunami and storm deposits: An example from Martinhal, SW Portugal. *Sedimentary Geology* 200(3-4): 208–221.
- Lario, J., L. Luque, C. Law, J.L. Goy, C. Spencer, A. Cabero, T. Bardaji, F. Borja, C.J. Dabrio, J. Civis, J.A. González-Delgado, C. Borja y J. Alonso-Azcárate 2010. Tsunami vs. Storm surge deposits: a review of the sedimentological and geomorphological records of extreme wave events (EWE) during the Holocene in the gulf of Cádiz, Spain. *Zeitschrift für Geomorphologie* 54(Suppl. 3): 301–316.
- Morales, J.A., J. Borrego, E.G. San Miguel, N. López-González y B. Carro 2008. Sedimentary Record

- of Recent Tsunamis in the Huelva Estuary (Southwestern Spain). *Quaternary Science Reviews* 27(7-8): 734–746.
- Moreno Nuño, R. 1990. Los moluscos recuperados en Puerto 29 (Huelva). *Huelva arqueológica* 12: 107–141.
- Olmos Romera, R. 1986. Los griegos en Tarteso: replanteamiento arqueológico-histórico del problema, en *Actas del Congreso "Homenaje a Luis Siret (1934-1984)"* (Cuevas de Almanzora, junio 1984): 584–600. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- Olmos Romera, R. 1989. Los griegos en Tartessos: una nueva contrastación entre las fuentes arqueológicas y las literarias, en M.E. Aubet (coord.) *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*: 495–521. Sabadell: AUSA.
- Osuna Ruiz, M., J. Bedia García y A.M. Domínguez Rico 2000. El santuario protohistórico hallado en la calle Méndez Núñez (Huelva), en P. Cabrera y M. Santos (eds) *Ceràmiques jònies d'època arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani occidental: Actes de la taula rodona celebrada a Empúries, els dies 26 al 28 de maig de 1999*: 177–188. Barcelona: Museu d'Arqueologia de Catalunya - Empúries.
- Rastrojo Lunar, J. y F. Gómez Toscano 2013. Geoarqueología en Huelva: La formación de su registro arqueológico, en J. de Haro Ordóñez et al. (eds) *Arqueología en la Provincia de Huelva: homenaje a Javier Rastrojo Lunar*: 71–81. Huelva: Universidad de Huelva.
- Rodríguez-Ramírez, A., J.J.R. Villarías-Robles, S. Celestino-Pérez, J.-A. López-Sáez, J.N. Pérez-Asensio y Á. León 2022. Extreme-Wave Events in the Guadalquivir Estuary in the Late Holocene: Paleogeographical and Cultural Implications, en M. Álvarez-Martí-Aguilar y F. Machuca Prieto (eds) *Historical Earthquakes, Tsunamis and Archaeology in the Iberian Peninsula*: 127–150. Singapore: Springer.
- Rodríguez-Vidal, J., J.M. Campos Carrasco y L.M. Cáceres Puro (eds) *Eventos marinos y asentamientos costeros en el suroeste de Iberia. Cuaternario y Geomorfología* 29(1-2): 5–18.
- Rufete Tomico, P. 2002. *El final de Tartessos y el Período Turdetano en Huelva*. Huelva: Diputación de Huelva.
- Toscano-Pérez, C. 2016. *El suroeste hispano en la Turdetania atlántica: dinámica poblacional y evolución cultural (ss. VI-III a.C.)*. Tesis doctoral inédita, Repositorio Arias Montano, Universidad de Huelva.
- Toscano-Pérez, C. 2017. El Puerto protohistórico de Onoba: corazón en la configuración de la ciudad portuaria, en J.M. Campos y J. Bermejo (eds) *Del Atlántico al Tirreno. Puertos hispanos e itálicos*: 427–462. Roma: L'Erma di Bretschneider.
- Toscano-Pérez, C., J.M. Campos Carrasco y A. Cano Pérez 2023. *Onoba protohistórica: una ciudad-puerto*, en S. Celestino y E. Rodríguez González (eds) *Tarteso: nuevas fronteras* (Serie MYTRA 12). 447–462. Mérida: Instituto de Arqueología de Mérida – CSIC.